Geoffrey Chaucer

Cuentos de Canterbury



La peregrinación al santuario de Canterbury para visitar la tumba de Santo Tomás Beckett es el marco en el que se desarrolla esta colección de cuentos. Sus personajes son peregrinos que representan a las distintas categorías sociales. Junto a una sutil ironía, mezcla de sátira y humor, aparecen interesantes aseveraciones astronómicas, médicas y de alquimia que han sido estudiadas seriamente por especialistas en estas materias.

Geoffrey Chaucer

Cuentos de Canterbury (Tr. Josefina Ferrer)

ePub r1.0
Titivillus 06.01.2024

Título original: *The Canterbury Tales*
Geoffrey Chaucer, 1391
Traducción: Josefina Ferrer
Ilustraciones: Aguilar Moré

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


La novela, en el camino de Canterbury

EL SIGLO XIV marcó un hito importante en la evolución de la humanidad. El mundo feudal tocaba a su fin, se había iniciado una vida social más intensa y comenzaba el estudio de los escritores grecolatinos que, cien años después, desembocaría en el Renacimiento. Todo esto explica que naciese precisamente entonces el género literario que conocemos por novela. Los autores, impregnados del interés humanístico general, disponían ya de un mundo que describir y del esbozo de un idioma con el que hacerlo.

El comienzo de este género lo señalan tres obras que aparecieron a lo largo de todo el siglo XIV: en 1335, El Libro de los Exemplos del conde Lucanor, del infante don Juan Manuel; en 1353, «Il Decamerone», de Giovanni Boccaccio y, a finales, «The Canterbury Tales», de Geoffrey Chaucer.

Sorprende que en este primer ensayo de novela hubiera tanto acierto y se llegara a tal perfección en la técnica y en la forma de expresarse, de modo que, al cabo de los siglos, sus textos conserven idéntica frescura que al escribirse. Acierto mucho más extraordinario si tenemos en cuenta que los autores debieron solucionárselo todo por sí mismos, pues apenas existían precedentes de importancia, y que, además, tuvieron que crearse un idioma, puliendo lo que comúnmente se hablaba hasta que resultó útil para esos menesteres, según explica el propio don Juan Manuel. El único que ya disponía de una lengua literaria fue Giovanni Boccaccio, al que habían precedido Dante y Petrarca.

Los tres libros en cuestión recopilan una serie de relatos, que se justifican por el deseo de entretenerse de un grupo de

personas a las que han reunido determinadas circunstancias. Pero ahí termina toda semejanza, pues el temperamento del artista siempre influye en la obra y sus autores eran muy distintos entre sí. El español fue un aristócrata de sangre real, aficionado a las letras y a la guerra, el italiano, un erudito elegante, y el inglés, un burgués que supo elevarse hasta las altas esferas.

Es este inglés, Geoffrey Chaucer, el que ahora nos interesa, pues a él se debe la obra que comentamos y, también, porque se trata de un caso insólito dentro de la literatura de su país.

Geoffrey Chaucer nació en Londres, alrededor de 1340, aunque haya dudas acerca de la fecha exacta, donde su padre tenía un próspero negocio de vinos y donde, lo mismo que el abuelo, había desempeñado cargos públicos. Se ignora casi todo acerca de la infancia del escritor, pero, por sus obras, se advierte que recibió una educación poco común en su época, pues hablaba varios idiomas y tenía conocimientos de leyes, medicina, teología e, incluso, de alquimia. A los diecisiete años le encontramos como paje de la condesa de Ulster, esposa del príncipe Lionel. Luego, pasó al servicio personal del monarca y ya no debía abandonar esta relación con la corte hasta que, muy a pesar suyo, le obligaron las circunstancias políticas.

En 1339, el poeta acompañó a Edward III a Francia, el reino tan deseado por los soberanos ingleses, y fue hecho prisionero en las cercanías de Reims. Que el propio monarca pagara su rescate, indica la estima en que se le tenía en palacio, pues no era costumbre de los reyes preocuparse de sus soldados en desgracia.

A su regreso a Inglaterra, Chaucer recibió el encargo de llevar a Francia unos pliegos secretos y, luego, fue destinado al Temple, una de las cuatro cortes de justicia del reino. Asimismo, logró la protección de sir *John of Gaunt, otro hijo del rey y uno de los barones más influyentes del país, compañero de peripecias de Pedro el Cruel de Castilla.*

Por entonces, Chaucer, que no había compuesto más que baladas, comenzó más en serio su labor literaria. Puede considerarse esta época como su etapa francesa, en que escribía según la escuela de aquel país, entonces el centro

cultural de Europa, influido por sus lecturas y por su relación con la corte.

Chaucer fue un apasionado lector, que en varias ocasiones se jactó de poseer no menos de sesenta volúmenes, cantidad que, cierta o no, era superior a la de muchas universidades anteriores a la imprenta.

Como decíamos, la influencia francesa se debió también a su relación con la corte, donde sólo imperaban las modas y costumbres del otro lado del Canal, consecuencia curiosa del viejo sueño inglés de anexionarse Francia.

Sus primeras obras, como el «Romaunt of the Rose», son traducciones del francés u obras inspiradas en temas de ese país. No debe entenderse este trabajo de traducción en un sentido moderno, de ofrecer un mismo texto en otro idioma, lo que no deja de ser una aventura literaria, pues, entonces, los traductores se ceñían muy poco al original y, basándose en éste, escribían otro libro más a su gusto.



Hacia 1367, el poeta se casó con Philippa Roet, hija de un aristócrata pobre, cuya hermana enviudó poco después. Por mediación de Chaucer, su cuñada Katherine entró de ama de llaves en casa de sir *John of Gaunt, de quien luego sería amante y, por último, su tercera esposa. Sus amistades en la corte y la protección de* sir *John, le valieron al poeta figurar en distintas misiones diplomáticas, una de las cuales le llevó a*

Italia, donde parece que conoció a Petrarca, según se desprende del Cuento del Estudiante, aunque esto no se haya comprobado nunca.

Al volver a su país, el rey le nombró Recaudador de Aduanas del Puerto de Londres para Lanas, Pieles y Cueros, cargo muy remunerativo, que indica que fueron eficaces sus gestiones o que era muy grande la protección del de Gaunt. Entonces, Chaucer comenzó a figurar en sociedad, y su esposa, como medio más rápido para relacionarse bien, se inscribió en varias asociaciones de tipo religioso.

Es éste el que podemos considerar como período italiano del escritor, quien no sólo empleó el estilo de los poetas que había descubierto durante sus viajes, sino que, además, se inspiró en sus obras. Así, Troilus and Criseyde, el más importante de sus poemas de este tiempo, se basa en el Filostrato de Boccaccio.

También pertenece a esta época The Book of the Duchess, en honor de la primera esposa de sir John, que había muerto a los veintinueve años, elogio fúnebre que no parece muy sincero proviniendo de quien introdujo en su propio hogar a la que habría de suplantarla.

Mientras, Inglaterra estaba cambiando mucho. Ya no era la Merry England de las baladas, en la que, según testimonio de los viajeros, se oía de continuo la música del salterio. El país iba adquiriendo una expresión torva, que presagiaba la guerra civil, y en el que los mercaderes realizaban espléndidos negocios. La Peste Negra había visitado la isla por tres veces, aniquilando a un tercio de sus habitantes, aumentaban el hambre, la injusticia y el desorden, lo que en 1381 provocó el levantamiento de los campesinos encabezados por Watt Tyler, y la relajación de costumbres del clero daba fuerza a los lolardos, seguidores de John Wycliffe, que pedían una reforma radical.

Chaucer parece haberse mantenido al margen de estas convulsiones, atento solamente a su posición y a su trabajo, ya que de estos sucesos tan significativos no hay en sus obras más que vagas referencias y aun hechas como de pasada. En 1384 le nombraron juez de paz y representante en la cámara por

Kent, cargo que era, en cierto modo, una prueba de confianza, puesto que de este mismo condado partió la rebelión campesina antes mencionada. Lo que no está claro es si le enviaron allí para reconciliar a los labradores con la corona o, por el contrario, para reprimir el espíritu de protesta que seguía latente.

Se supone que fue por entonces cuando comenzó a escribir «The Canterbury Tales», o sea, «Los Cuentos de Canterbury», debido a ciertos comentarios que allí aparecen, pero este trabajo lo alternó con otros de menor importancia, que vieron la luz mucho antes. Es éste el que se considera como período inglés del poeta, en el que destacan cualidades que luego veremos, y en el que se libró de otras influencias, para desarrollar un estilo propio.

Pronto, sin embargo, Chaucer tuvo tropiezos, por causa, precisamente, de las convulsiones a las que hemos aludido y ante las que se mostró tan indiferente.

El duque de Gloucester, tío del joven rey Richard II, encabezó a los nobles que temían perder sus privilegios y cortó el poder real, entablándose así una pugna de la que fueron víctimas tanto el duque, que murió, como el rey, que perdió la corona y, luego, la vida.

Otra víctima fue el propio Chaucer, a quien desposeyeron de todos sus beneficios y se vio en muy mala situación. Como en todas las revoluciones, el primer cuidado del bando vencedor fue librarse de los colaboradores del vencido.

Pero, tras un período en el que Chaucer conoció la miseria casi completa, los lores coronaron, en 1393, a Henry IV, hijo de John of Gaunt, y quien, por tanto, podía considerarse casi como sobrino suyo. El nuevo monarca le otorgó una pensión, y el poeta, viudo, viejo y enfermo, creyó que habían concluido sus penalidades. Alquiló por largo plazo una casita en las cercanías de la abadía de Westminster, en la que, sin duda, no imaginaba que le iban a enterrar al año siguiente. Con su tumba, se inauguró el llamado Rincón de los Poetas, ninguno de cuyos inquilinos ha conseguido superarle.

Pese a estos honores póstumos, su hijo solicitó, y obtuvo, permiso para cambiarse el apellido Chaucer por el materno,

De Roet, que, sin duda, le sonaba más aristocrático. Sin embargo, la popularidad del poeta entre sus contemporáneos debía ser grande ya que se conservan hasta sesenta ejemplares manuscritos de sus obras.

Además, en cuanto Caxton, ya en el siglo XV*, estableció una imprenta en Inglaterra, reunió sus trabajos en un volumen titulado «The Workes of Geffray Chaucer», entre los que, en seguida, destacaron «Los Cuentos de Canterbury», que fueron apareciendo en distintas ediciones más o menos adulteradas. Incluso, se publicó una en 1721 corregida y aumentada por Dryden y Pope, quienes, por lo visto, se creían capaces de enmendarle la plana a Chaucer. Esta profusión de versiones apócrifas e incontroladas exigió de los eruditos Victorianos una ímproba labor hasta descubrir las auténticas.*

Los «Cuentos de Canterbury» son, sin lugar a dudas, no sólo la mejor obra de Chaucer, sino una de las mejores de toda la literatura universal y uno de los pilares de la novela moderna. Pero lo son pese al propio Chaucer, que no sólo no los terminó, como le había ocurrido con «Hous of Fame», sino que, además, no dejó un manuscrito limpio y ordenado, debiendo reconstruirse después de su muerte con los fragmentos que se encontraron. Por último, según él mismo confiesa en el epílogo, se avergonzó de este libro que iba a conquistarle la inmortalidad.

Decíamos que, lo mismo que el «Conde Lucanor e II Decamerone», Chaucer reúne a unas personas para que narren historias y que ahí concluye toda semejanza. El poeta inglés no pretendió moralizar como el español, que no en balde escribió su libro retirado en un convento, ni se limitó a unas narraciones galantes, como el italiano. Fue ideando relatos que creía apropiados para los diversos tipos que imaginara y, de este modo, creó un universo lleno de vitalidad y de pujanza, sin que esto presuponga que fuese superior a los otros dos. Simplemente fue distinto y, en su manera de tratar los cuentos, se adelantó bastante a su época, iniciando lo que hoy llamamos humorismo.

El primer problema con el que se enfrentó Geoffrey Chaucer fue el de la carencia de un idioma.

Al iniciarse la Edad Media, en el territorio inglés se hablaban tantos dialectos como tribus existían. A estos viejos británicos, se sumaron distintas invasiones germánicas, con su propia manera de hablar, situación similar a cuanto ocurría en el resto de Europa. Las primeras manifestaciones literarias fueron algunas baladas, por lo general irlandesas o galesas, y el poema épico Beowulf, que se supone importado por los daneses. Hay, también, otros poemas de tipo religioso, junto con libros de teología y crónicas, escritos en latín, que, si dejó de hablarse a la caída del imperio romano, era el único que se escribía y continuaba con el mismo centro, que de político había pasado a espiritual.

Hacia el siglo xi, cuando en los demás países surgían las trovas y los cantares de gesta en la lengua popular, Inglaterra sufrió la invasión normanda que estableció el francés como idioma popular y culto. Sin embargo, en el curso de trescientos años, la manera de expresarse del pueblo fue evolucionando hasta que, de la fusión de cuanto allí se hablaba, nació el Old English, o Viejo Inglés, antepasado directo del actual. No era, ni mucho menos, un idioma único, pues tenía numerosas variantes y se hallaba plagado de palabras extrañas. Pueden señalarse tres grandes formas distintas del Old English, que, a su vez, incluían otras menores, según se hablaran en los condados del Norte, los del Sur o los del Centro. Esta última, que abarcaba Londres y las universidades de Oxford y de Cambridge, era la de la familia Chaucer y la que el poeta empleó en sus obras, ya que afirmaba escribir para quienes no conocían el francés, aspiración similar a la que Gonzalo de Berceo experimentó siglos antes.

La corte, descendiente de normandos en general, había querido ignorar esta realidad, que poco a poco les fue venciendo, y hasta 1364, es decir, en plena juventud de Chaucer, no se autorizó el uso del inglés ante los tribunales. Estas restricciones habían cohibido la literatura, ninguno de cuyos poetas contemporáneos tiene gran importancia, como tampoco el pretendido libro de viajes de sir *John Maundeville. Pero en manos de este funcionario público, el idioma cobró una fuerza y una viveza que ningún otro escritor sabría darle*

hasta la aparición de William Shakespeare, y es una de las muchas ironías de la historia que esta valorización del inglés se debiera a alguien que, como su nombre indica, descendía de franceses.

No es Chaucer, dentro de la literatura de su país, la consecuencia de un proceso cultural ni tampoco el adelantado de una nueva corriente. Es una figura solitaria, de intuición e inspiración geniales. Ni antes ni después de él hay nada que destaque y durante mucho tiempo las letras británicas aparecen como muertas hasta que, doscientos años más tarde, las ilumina el dramaturgo de Stratford, a quien, en cierto modo, le ocurrió lo mismo.

Lo que establece a Chaucer, igual que al español y al italiano, como iniciador de la novela, es que el objeto básico de su libro es el de contarnos unas historias, en vez de cantar un hecho o a un héroe. Hay, además, un estudio casi fotográfico de sus personajes, de los que con dos frases nos descubre el ambiente particular. Asimismo, los cuentos que se relatan están en consonancia con su carácter y ellos se expresan según la mentalidad que les corresponde, empleando giros populares y localismos, sin que ni una sola vez se aparten del tipo reflejado.

Esta variedad en los protagonistas trae como consecuencia una gran variedad en los relatos con los que entretienen el viaje hasta Canterbury y, dados sus antecedentes, sospechamos en seguida que el poeta entró a saco en obras ajenas para encontrar sus temas básicos. Pero, en esta ocasión, la sospecha es infundada, pues, aparte de un par o tres de cuentos, como el del Caballero, inspirado en la «Teseida» de Boccaccio, los demás son producto de la imaginación de Chaucer o de las consejas populares, las fabiellas castellanas, con las que se divertían los campesinos durante las veladas de invierno. El poeta las recogió con toda su crudeza, ingenio y desfachatez, y supo, conservando sus cualidades originales, convertirlas en obras maestras. Hoy día, ningún autor iba a atreverse a escribir lo que él hizo con tanta gracia y donaire.

A causa de esta toma de contacto con su pueblo, se califica de inglés el tercer período literario del artista.

Al leer «Los Cuentos de Canterbury», vemos allí reflejada toda la Edad Media, desde lo que quiso ser hasta lo que en realidad fue, desde sus esperanzas hasta sus miserias y desde sus anhelos hasta sus necesidades. Todo ello aparece en un revoltijo, contrastando un relato con otro y contradiciéndose un personaje con el siguiente. Es como si una serie de testigos, de mentalidad opuesta, nos dieran su versión de un mismo suceso, de modo que no nos quedara ni un solo ángulo sin descubrir.

El Caballero, por ejemplo, cuenta una historia de amores contrariados, de desafíos, que, pese a estar situado en Tebas, huelen a la legua a libro de caballería; la Abadesa, cuyo relato parece extraído del martirologio cristiano y el Monje hacen una serie de disquisiciones acerca de la gloria terrenal, del orgullo y de la fatalidad, muy del gusto de la época. Pero frente a esto, el Molinero, el Marino y el Alguacil se divierten explicando truhanerías y procacidades. Por cada uno de los relatos heroicos o místicos, encontramos otro a ras de tierra, donde desfila una picaresca jocosa y descarada.

La visión que de la Edad Media nos ofrece este libro es muy distinta de la que habitualmente se tiene. En vez de ese período monolítico y sombrío que hemos aprendido a imaginar, hallamos un pueblo fuerte y gozoso, lleno de brío y de ansias de vivir, que no teme emplear las palabras más directas y brutales. Hay en este pueblo, y por tanto en Chaucer, una profunda y casi cínica clarividencia que le descubre la verdad de las cosas ocultas tras los mitos y las conveniencias, como ocurre en el caso del Bulero, pese a su mezcla de fervor religioso y de superstición. Es esa misma sabiduría que le hace decir al Romancero del Cid, quienquiera que lo escribiese:

que nunca fue rey traidor
ni papa descomulgado.

Sin embargo, a fuer de sinceros, hemos de reconocer que la Inglaterra que describe Chaucer no se ciñe por completo a la realidad de un país al que agitaban los acontecimientos antes

señalados. Es la idealización, en el recuerdo, de la Inglaterra de su juventud, de la Merry England de los bardos, pero, aunque idealizado, es, al fin y al cabo, un retrato extraído de la realidad. Chaucer, lo repetimos, no tuvo ninguna inquietud ni tampoco lo que ahora calificaríamos de preocupación social, al contrario de sus dos contemporáneos Gower y Langland, que las expresaron en diversos poemas. Sin embargo, esos dos poetas nos suenan hoy a muerto porque, con su rebuscado lenguaje y su estilo envarado, no supieron injertarles a sus obras la savia popular que le dio a «Los Cuentos de Canterbury» el cortesano e indiferente Chaucer.

El poeta escribió en verso la obra que comentamos, excepto algunos relatos, dedicados a su hijo, que dejó en prosa y que, por comparación con los otros, nos parecen un poco descuidados.

Pero Chaucer no era lírico, sino un novelista para quien la poesía constituía su modo natural de expresarse, por lo que dio mucha más importancia a la fuerza narrativa que a la forma, de manera que los relatos se desarrollan con una fluidez coloquial, como si los escucháramos de viva voz. Para conseguir esta difícil sencillez, el autor adaptó a su idioma los decasílabos pareados franceses, dividiéndolos en estancias de seis, siete y ocho versos, excepto en uno de los cuentos, el de sir *Topaz, en el que empleó la métrica de coplas, para así burlarse más a su gusto del estilo que entonces imperaba.*

Al traducir al castellano «Los Cuentos de Canterbury», se ha creído preferible hacerlo en una prosa correcta y de ritmo bíblico, en vez de remedar una poesía que, en otro idioma y con otro léxico, resultaría siempre falsa. Para la versión que ahora les ofrecemos, se han empleado las ediciones británicas de F. N. Robinson y la Skeat de Oxford, que parecen más fieles al original y que presentan un orden lógico en la sucesión de relatos. Los nombres propios y toponímicos se han adaptado a la moderna ortografía inglesa para dar mayor facilidad a la lectura de un libro que, recientemente, los críticos de su país han considerado como el más importante de la literatura anglosajona.

León-Ignacio

Prologo general

EN LA época en que las lluvias de abril penetran apacibles en las entrañas de la sequedad de marzo y bañan toda raíz con su licor, licor de tal virtud, que de producir es capaz la flor. Y en el tiempo en que Céfiro[1] con su aliento suave reanima los tiernos brotes de todo árbol o planta, y el sol en Aries recorrido ha la mitad segunda de su curso, y las pequeñas aves, inspiradas por la naturaleza, improvisan melodiosos cánticos y duermen con los ojos abiertos por la noche. En ese mismo tiempo sienten las gentes el ansia de la peregrinación y viajan a remotos países para visitar célebres santuarios y es entonces cuando de los lejanos condados de Inglaterra acuden a Canterbury en busca del bienaventurado mártir[2] que un día les socorrió en sus enfermedades.

Y así es que estaba yo también dispuesto a emprender mi devota peregrinación y me hospedaba en la posada del *Tabardo* en Southwork, cuando cerca del anochecer como unas veintinueve personas arribaron a ella; eran tales personas de condición muy diversa, pero todos peregrinos que se dirigían juntos a Canterbury. A pesar de tal concurrencia, todos estuvimos bien alojados, pues eran los aposentos grandes y las cuadras espaciosas, y pronto, antes de caer la noche, tuve yo ocasión de entablar conversación con cada uno de ellos y convenir una salida en su compañía para el amanecer del día siguiente.

Y he aquí, puesto que no estoy falto de tiempo y dispongo de espacio, que no proseguiré mi narración sin antes explicar la condición de cada una de aquellas gentes tal como me parecieron y decir quiénes eran, qué calidad tenían y qué ropajes usaban, y empezaré por un CABALLERO, que tal era su dignidad, quien desde que calzó espuelas por vez primera, se convirtió en fiel amante de la caballerosidad, lealtad y cortesía y fue en la guerra de tan esforzado valor que nadie le aventajó y, ora en tierra de cristianos, ora en tierra de infieles, honrado se vio siempre por su denuedo. Y así, cuando la

plaza de Alejandro fue ganada, muchas veces se sentó en la cabecera de la mesa, honor que no merecieron caballeros de otras naciones; en Prusia, en Letonia y en Rusia luchó como jamás ningún caballero cristiano hiciera; en Granada, peleó durante el asedio de Algeciras y cabalgó en Balmaria[3].



Estuvo también en la conquista de Layas y de Satalia[4] y en el Mar Grande concurrió a numerosos desembarcos, y peleó en quince sangrientas batallas, luchando por la fe en Tramisena y matando siempre a su enemigo. Fue asimismo ese esforzado Caballero quien luchó con el señor de Patalia, combatiendo contra los paganos en Turquía y no hubo tiempo en el que no ganase merecida fama, pues tan digno como sabio se mostraba, y no obstante su bravura, era en su porte discreto y dócil como una doncella, sin que jamás saliera de su boca palabra villana porque en verdad era un caballero perfecto y gentil. Montaba buen corcel, pero su ropa no lo era tanto, pues usaba *vesta* de *fustán* llena de orín por el roce de la cota de malla, y, acabados tan largos viajes, regresaba el Caballero para emprender sin detenerse la peregrinación a Canterbury. Con él iba su hijo, de cabello muy rizado, tal que parecía haber sido retorcido con unas tenacillas, que le servía de ESCUDERO y parecía enamorado y feliz en su doncellez; no tendría más de veinte años, era de estatura proporcionada y de carácter muy

vivo. A pesar de su edad, había ya en Flandes, Artois y Picardía[5] tenido lances de armas para conseguir de ese modo las gracias de su amada, con lo cual ganó muy buen renombre. Iba el mozo tan engalanado como si fuese una pradera cubierta de blancas y rojas flores, cantando y tañendo pasaba el día y era en verdad tan lozano como el mes de mayo; usaba veste corta de anchas mangas y montaba con maestría, igualmente sabía componer canciones y copiarlas con esmero, así como justar, danzar, pintar y escribir, y, además de esto, amaba con fervor tal, que por las noches no dormía más que un ruiseñor[6], y era cortés, afable y humilde y en la mesa trinchaba las viandas delante de su padre.

Traía consigo, como único sirviente, a un ARQUERO que cabalgaba a su lado y que iba ataviado con coleto y caperuza verdes, llevando sujetas al cinto un manojo de agudas flechas ornadas con plumas de pavo real, en su mano empuñaba un poderoso arco, era de tez morena y cabello rapado y útil en todas las usanzas forestales. Iba provisto de espada y *broquel*, así como de una vistosa daga que, bien guarnecida y bruñida, lucía como una lanza, y en el pecho con orgullo ostentaba un San Cristóbal de plata, llevando además un cuerno. Según todas las trazas, guardabosques era de su señor.

En el grupo una PRIORA iba, y a fe que de cándida sonrisa era, de tal inocencia que nunca juraba sino por San Eloy. Madama Englantina llamábase, y cantaba a maravilla los oficios divinos, usando para ello su apropiada voz nasal. Hablaba el francés con arte y donosura, según la escuela de Stradfoerd-at-Bowe, pues el francés de París le era desconocido. Mostraba en la mesa su buena crianza, ya que de sus labios nunca resbalaba ningún bocado y tenía buen cuidado de no mojar los dedos en la salsa, dándose buena maña para coger cada parte de vianda y llevarla a la boca con atención para que nunca su pecho se viera manchado con partícula alguna de comida, y era tanta su educación que incluso enjugaba su labio inferior para no manchar de grasa el borde de la copa. Así se comportaba en el yantar, además de ser afable, alegre y tener una agradable presencia; era majestuosa y muy tenida en respeto y de corazón tan tierno y compasivo, que más de una vez lloró al ver un ratón herido o preso en alguna trampa. Cuidaba con esmero sus cachorros de perro, nutriéndolos con carne asada, leche y pan blanco, y si alguno moría o alguien lo maltrataba, era tal su desconsuelo que derramaba amargas y abundantes lágrimas. Pulcra toca cubría su frente, dejando ver unos ojos pardos tan transparentes como el cristal, una boca suave y delicada, muy roja y diminuta, y una nariz de proporciones regulares. Su estatura era escasa, y usaba un limpio manto y un rosario doble, que llevaba arrollado en el brazo,

de cuentas muy verdes intercaladas de pequeños corales, e iba rematado por un broche de oro, con una A dorada y el lema «Amor vincit omnia[7]»; en su compañía iba otra MONJA, la cual era su limosnera, tres SACERDOTES y, además, un MONJE.

Según deduje, este último hombre, de notoria autoridad por ser visitador de su Orden y con grandes posibilidades de llegar a abad, era persona de pro y gustaba de la caza. Poseía numerosos y buenos corceles que guardaba en la cuadra y que al montarlos tintineaban sus frenos al viento con son tan fuerte y claro como el de la campana de la capilla. Siendo, no obstante, este buen religioso de la orden de San Mauro o de San Benito, y habiendo hallado sus antiguas reglas demasiado estrictas, optó por darlas de lado y aplicóse luego a las nuevas maneras del mundo. No concedía ni el valor de una ostra al dicho que afirma que no hay cazador que sea santo y que el monje exclaustrado es como el pez fuera del agua, y consideró que tenía razón en sus opiniones. ¿Por qué iba a estudiar y esforzarse leyendo un libro en su celda o trabajar y afanarse según ordena Agustín? ¿Cómo, entonces, andaría el mundo? Esos menesteres puede reservárselos Agustín para sí. Por tanto, el monje era un arrogante y cabal jinete, rápido como un pájaro volandero, gustaba de cabalgar y su mayor deleite era el de la caza de liebres. Llevaba en las bocamangas ribetes de piel gris, de la calidad más alta y en la capa un alfiler de oro labrado prendido bajo la barba y rematado con un emblema amoroso; tenía la cabeza calva, brillante como un cristal, y también le relucía la cara como si la hubiera untado en grasa. Era un rollizo y bien plantado dignatario, de ojos saltones e inquietos que parecían chispear como el fuego. Sus botas eran de cuero flexible y montaba buena cabalgadura; y, así, siendo este digno prelado de muy buen ver, distaba mucho de ser un espectro. Para finalizar diré que su plato favorito era el cisne asado y montaba un corcel del mismo color de las cerezas.



Había también allí un FRAILE mendicante (de aquel distrito), afable y de alegre corazón. Era de aspecto imponente, no habiendo en las cuatro órdenes ninguno tan adulador y parlanchín; había tenido que concertar y pagar las bodas de muchas mozas, por haberlas seducido antes, a pesar de lo cual era seguro sostén de su Orden, y querido y respetado por todos, guardando muy buenas relaciones con los terratenientes y hacendados del distrito donde cuidaba de recolectar las limosnas, e igualmente tenía buena amistad con las adineradas damas de la ciudad, pues siendo licenciado en su Orden, había obtenido permiso, según decía, para oír en confesión mayores y más graves pecados de los que un vulgar cura de parroquia pueda absolver. Era, en oír confesiones, benevolente, fácil en la absolución y, si estaba seguro, de recibir (en acción de gracias), buena limosna, imponía escasa penitencia. Pues, según él, cuando un hombre es generoso en dar a una pobre orden como aquélla, señal es que ha confesado bien, por lo que en cuanto viera el Fraile a alguien abrir su bolsa, no dudaba en afirmar que era buen penitente, ya que, razonaba, mucha gente tiene el sentimiento tan endurecido que no pueden llorar, y en lugar de rezos y lágrimas deben dar generosas limosnas a los frailes. Almacenaba en los bolsillos este buen Fraile gran cantidad de broches y cuchillitos para repartir a las mozas; poseía una agradable voz, pudiendo cantar y tocar el violín y era el mejor intérprete de baladas. Tenía el cuello tan blanco como la flor del lirio, mas, a pesar de ello, era tan fuerte como un luchador. Conocía todas las tabernas de cada ciudad y mejor se relacionaba con mozas de mesón que con mendigos y leprosos, pues no era propio de su dignidad mezclarse con enfermos de lepra y menesterosos. No es decoroso ni conduce a nada tener tratos con la plebe, siendo mejor y más productivo

relacionarse con ricos mercaderes y con hacendados, y así donde creía el Fraile hallar mejor beneficio ofrecía sus servicios con más cortés deferencia. Y en ningún lugar encontraríais a un hombre tan capaz, pues era el mejor mendicante de su convento, pagando una fija retribución sobre el distrito donde mendigaba, y ninguno de sus hermanos hubiera osado arrebatarle los derechos. Y no tenía más que pronunciar las primeras palabras del Evangelio de San Juan, para que incluso las pobres viudas (aun las que carecían de zapatos) sacaran de sus bolsillos por lo menos seis peniques. Y de esta manera, obtenía pingües beneficios.

En los días de sentimiento era de gran utilidad y ayuda, mostrándose no como un pobre religioso de raídos hábitos, sino que parecía un Maestro de la Divinidad o Papa, vistiendo capa de doble estambre redonda, como una campana acabada de fundir. Ceceaba un poco, lo que hacía su inglés más atractivo, y cuando acababa de tocar el arpa o cantar, sus ojos parpadeaban como estrellas en helada noche. Y este excelente Fraile llamábase Hubert.

Iba en su compañía un digno MERCADER de barba ahorquillada el cual cabalgaba en alto sillín y vestía traje jaspeado; llevaba botas elegantemente abrochadas con pulcras hebillas y sobre la cabeza lucía sombrero de castor de Flandes. Daba sus opiniones con gran ostentación y no paraba de hablar sobre el aumento de sus ganancias; diciendo que, a su modo de ver, debían ser exterminados los piratas de las costas y mares entre Harwich y Holanda, pues constituían un continuo peligro para el comercio. Y era este digno Mercader experto en el cambio de moneda, haciendo en los negocios buen uso de su ingenio, con lo cual obtenía mayores intereses, y siempre en sus transacciones conducíase con la mayor dignidad por lo que todo el mundo le apreciaba; sin embargo, ahora, de su nombre no puedo acordarme.

Figuraba también en la compañía un ESTUDIANTE de Oxford, quien por largo tiempo había estudiado Lógica. Su caballo era tan enjuto que en verdad parecía estar en los mismos huesos y os doy palabra de que a su señor no se le veía más rollizo, desprendiéndose del rostro de ambos cierto aire de melancolía. Aún no había hallado la manera de obtener beneficio, pues siendo muy apocado de carácter no osaba pedir empleo, presentando su abrigo muy lamentable aspecto por lo viejo y raído. Y prefería los libros de Aristóteles (forrados en piel de becerro roja, los cuales guardaba en la cabecera de su cama en un estante) a los buenos trajes, o al violín, o al salterio; sin embargo, a pesar de su filosofía y ciencia había en su arca muy escaso oro.

En instruirse y libros gastaba lo que los amigos buenamente le daban, y él, en justa correspondencia, diligente rezaba por sus almas y así de esta suerte

podía proseguir los estudios. Cifraba todo su empeño en instruirse y nunca hablaba más de lo preciso, haciéndolo cuando debía con formalidad y respeto, y era breve y conciso y, en su discurso, elocuente, mostrando en la conversación su bondad y virtud. Y gustábale tanto aprender cómo enseñar.

Estaba también presente un grave y prudente JURISTA[8], figura muy relevante en el Temple[9]. Era hombre de excelentes virtudes, discreto y de gran distinción, al menos esto parecía por su docta manera de hablar. Había actuado muchas veces como juez, teniendo autoridad para resolver toda clase de pleitos y, debido a su gran habilidad y reputación había obtenido buenas ganancias e incluso ropas. Hacía transferencias de propiedades, no habiendo mejor transferidor que él y, en donde hallara cosa transmisible, allí estaba él con su feudo de propiedad y no quedando jamás sus transferencias sin efecto. No había hombre más atareado que él y aún lo parecía más. Sabía redactar correctamente un auto ejecutorio y conocía todas las leyes a la perfección. Vestía traje moteado ceñido con cinto de seda a franjas y nada añadiré a su indumentaria.

Iba en su compañía un HACENDADO de barba blanca como una margarita y de robusta complexión, el cual gustaba de tomar por las mañanas sopas de vino. Era amante de placeres y, como buen discípulo de Epicuro, opináis que la verdadera dicha radicaba en la sensualidad. Y mantenía el hacendado buena casa, siendo famoso por su hospitalidad, hasta el punto que parecía el San Julián[10] de la comarca. Su pan y su vino eran siempre de la misma y mejor calidad y en su casa nunca faltaba comida (ya fuere carne o pescado), habiendo de ella tal abundancia que en verdad parecía haber caído del cielo, y servíanse muy variadas fuentes según las estaciones del año. Tenía jaulas repletas de perdices y estanques llenos de lucios y sargos. Debía poner su cocinero buen cuidado en preparar salsas picantes y no hallarse jamás desprevenido, ya que ello podía costarle una buena reprimenda, y de esta suerte hallábase la mesa del vestíbulo siempre dispuesta para la comida. Y este Hacendado era en las reuniones amo y señor, y hasta llegó un día a ser caballero del condado[11]. Pendían de su cinto una daga y una bolsa, tan blancas como la leche. Era magistrado y contador del condado, y no hallaríais entre los propietarios otro que fuera más digno que él.

Había entre los restantes de la compañía un CARPINTERO, un TEJEDOR, un TINTORERO y un TAPICERO, llevando cada uno la librea de su solemne y rico Gremio. Sus ropas eran nuevas y bien adornadas, sus punzones no estaban guarnecidos de bronce, sino de plata, lo mismo que sus cinturones y bolsas. En verdad que por su opulento aspecto parecían ser regidores, dignos de

sentarse en el Salón del Concejo, y ciertamente que para ello poseían suficientes ganancias y propiedades, además del beneplácito de sus respectivas esposas, las cuales de muy buen grado hubieran aceptado el tratamiento de «señora» y muy de su gusto hubiera sido, en vísperas, ir en cabeza de la gente luciendo un regio manto.

Y habían contratado para aquella ocasión un COCINERO para que guisara los pollos con los tuétanos de los huesos e hiciera tartas con flor de harina y especias. ¡Y harto conocía este cocinero el sabor de la cerveza de Londres[12]…! Sabía asar, cocer y tostar y también freír y preparar sopa de picadillos, así como empanadas al horno. Y era una lástima, así creía yo, que quien guisaba tan exquisitos pollos tuviera en la canilla una llaga.

Había también un MARINO de Dartmouth, ciudad del Oeste; montaba caballo de alquiler y vestía tosca túnica de sarga que le llegaba a las rodillas. Llevaba bajo el brazo un puñal sujeto al cuello por una cinta. El sol del estío había atezado su rostro y era en verdad muy buen compañero de viaje. Viniendo en barco de Burdeos, había aprovechado muchas veces el sueño de los mercaderes para beber largos tragos de vino. Y no tenía tiempo para delicadezas, pues si luchando vencía, lanzaba a su prisionero por la borda, obligándole a regresar nadando al lugar de su procedencia. Y desde Hull a Cartagena no había quien le aventajara en el conocimiento de las mareas, corrientes, peligros, fondeaderos o cambios de luna, porque, en verdad, tenía mucha destreza en el pilotaje. Era audaz y prudente en sus aventuras, habiendo sido barba agitada por más de una tempestad. Conocía todos los puertos desde Gotlandia a Cabo Finisterre, y también, cada rada de España y Britania[13], siendo el nombre de su barco *Magdalena*.

Nos acompañaba también un DOCTOR EN MEDICINA. Y nadie como él entendía en medicamentos o cirugía, pues su ciencia tenía por fundamento el conocimiento de los astros y esto le permitía administrar a los pacientes su remedio en los tiempos propicios, según le dictasen las estrellas[14]. Y podía diagnosticar toda clase de dolencia diciendo si de ella había sido causa el calor o el frio. Como consecuencia, era un modelo perfecto de médico, disponiendo, además, de toda clase de medicamentos que los boticarios guardaban para su uso, y, así, no carecía de electuarios ni jarabes que éstos le mandaban, beneficiándose unos y otros en el negocio. Y además de su ciencia, este doctor conocía a los antiguos Esculapio, Hipócrates, Dioscórides, Rufo, Hali, Galeno, Srrapión, Rhajes, Avicena, Averroes, Constantino, Bernardo, Galdesde y Gilbertino. Era moderado en su régimen, desechando las cosas superfluas, se alimentaba de comida nutritiva y de fácil digestión y

eran sus estudios tantos que apenas disponía de tiempo para leer la Biblia. Vestía ropas bermejas y de azul cielo con forro de seda y tafetán, y era muy contrario en hacer dispendios con el dinero, habiendo ahorrado todo lo que ganó cuando la peste[15]. Y así decía ser el oro buen reconstituyente, por el que sentía un especial amor.

Y había entre nosotros una buena VIUDA de Bath, algo sorda. Era en tejer paños tan hábil, que aventajaba a los de Gante e Ipres. No había otra en la comarca que se le adelantara yendo al ofertorio, y si alguna vez alguien osaba hacerlo, estad seguros que ello irritaba a la Viuda hasta sobrepasar los límites de la caridad. Y eran sus pañuelos del más fino tejido y apuesto a que aquellos que lucía en misa los domingos pesarían diez libras por lo menos. I levaba medias finas teñidas de color escarlata y zapatos nuevos flexibles atados casi junto a la rodilla. Era su cara hermosa, coloreada y atrevida, habiendo sido toda su vida una honrada mujer, que llevó a la iglesia a cinco maridos (sin contar otros amores de juventud que no hace falta citar aquí). Por tres veces visitó la ciudad de Jerusalén y cruzado muchos ríos extranjeros, había estado en Roma y Bolonia, e ido en peregrinación a Galicia, al sepulcro de Santiago en Compostela y conocía también Colonia, por lo que en verdad sabía mucho de viajes. Montaba con desenvoltura su caballo yendo al paso de ambladura, cubría su cabeza sombrero tan ancho como una rodela, llevando sobre sus amplias caderas un manto y en sus pies aguzadas espuelas, y sin duda era en el amor tan docta que no ignoraba ardid ni cura en este tan antiguo juego.

Había también un pobre PARROCO, rico en santos pensamientos y obras. Era, a más, hombre instruido, predicando devota y sinceramente el Evangelio de Cristo a sus feligreses. Bondadoso y muy activo, se mostraba muy paciente en la adversidad, según demostrara en numerosas ocasiones. No gustaba de excomulgar a nadie por falta de pago de diezmos y en verdad que hubiera preferido dar el dinero de la Iglesia o el de su bolsillo a las pobres gentes de su parroquia, pues él, con muy poco se satisfacía. Era su jurisdicción extensa y con pocas casas y apartadas; mas él, hiciera viento, lloviera, o tronara, tenía que ir, báculo en mano, a visitar a sus feligreses, sin temer a la enfermedad ni al infortunio, fueran de elevada o de humilde condición. Y tenía por norma predicar con el ejemplo, cuyo consejo había sacado del Evangelio, al cual él añadía este proverbio: «Si el oro siendo oro, se enmohece, ¿qué no hará el hierro?». Pues si confiamos en nuestro párroco y está corrompido, no nos asombremos que el ignorante se pervierta, y es oprobio para el pastor estar sucio mientras sus ovejas se mantienen limpias. Y así debe llevar el sacerdote

una vida sin tacha para modelo y ejemplo de su rebaño. El buen Párroco se preocupaba poco de su propio beneficio y nunca pensó en abandonar su grey para irse a San Pablo de Londres donde cobraría por cantar misas de difuntos o conseguiría una capilla a lo sumo. Permaneció en su iglesia para cuidar de su rebaño y preservarlo del lobo. Y este buen Párroco, a pesar de ser santo y virtuoso, no menospreciaba al pecador y no era en el hablar hosco ni despectivo, sino considerado y benigno en sus consejos. Procuraba atraer a la gente por el ejemplo de su vida honrada, mas si alguien se obstinaba en no seguirle, no dudaba en reprenderle severamente.

Y diré que no había en aquel lugar mejor clérigo ni más honrado que él, pues no estaba en su ánimo ganar honores ni reputación, niño que simplemente predicaba la doctrina de Cristo y sus doce Apóstoles; siendo él mismo el primero en seguirla.

Lo acompañaba su hermano, un LABRADOR que había carpido en su vida muchas carretadas de estiércol y vivía en paz y en caridad con todo el mundo. Y amaba este buen Labrador primero a Dios y luego a su prójimo tanto como a sí mismo y ayudaba a los pobres, trillando y cavando, siempre por amor a Cristo. Era en pagar diezmos puntual, haciéndolo tanto en dinero como en trabajo. Vestía burdo tabardo de campesino e iba montado en una yegua.

Finalmente también se hallaban allí un MAYORDOMO, un MOLINERO, un ALGUACIL, un BULERO, un ADMINISTRADOR y también estaba yo.

Era el MOLINERO hombre vigoroso, huesudo y de bien fornidos miembros por todo lo cual ganaba siempre en las luchas el carnero que se daba como premio y era tan rechoncho y rudo y de tan anchas espaldas, que muy bien podía arrancar cualquier puerta de sus goznes o derrumbarla de un cabezazo. Tenía la barba rojiza como el pelo de una cerda o de un zorro y, en la nariz, una verruga de la cual salía un mechón de pelos tan bermejos como los del hocico de un cochino y eran los orificios de su nariz dilatados y negros, siendo su boca tan ancha como un horno. Llevaba espada y broquel y era, en el hablar, dicharachero, desvergonzado y algo obsceno. Ideaba toda clase de tretas para no pagar el trigo, cobrando por su molienda por lo menos tres veces más y, con todo, era tan honrado como pueda serlo un molinero. Lucía ropas blancas, caperuza azul y también tocaba la gaita y a su son salimos de la ciudad.

Y había un gentil ADMINISTRADOR que lo era de un colegio de jurisperitos, el cual hubiera muy bien servido de modelo a sus abastecedores, enseñándoles a cobrar prontamente sus mercancías, y tanto si pagaba al contado o como a crédito, estaba siempre al corriente de los precios, de

manera que era el primero en conseguir los mejores negocios. Y en verdad era sorprendente que un ignorante tuviera el solo más ingenio que toda una corporación de sabios. Sus superiores (sumaban más de treinta) eran gente erudita y experta en leyes, habiendo en su escuela una docena de tratantes en rentas y propiedades de todos los condados de Inglaterra, lo que le permitía (a menos de ser un necio) vivir honorablemente y libre de deudas.

Era el MAYORDOMO hombre flaco y de carácter irritable, se afeitaba apurando el pelo de la barba, cortábase el pelo alrededor de las orejas y llevaba coronilla lo mismo que un clérigo. Sus piernas eran largas y delgadas como palos, careciendo por completo de pantorrillas. Cuidaba hábilmente de sus arcas y graneros, no existiendo interventor capaz de sacarle ni un penique más de la cuenta. Y si había sequedad en la tierra o llovían fuertes aguaceros, entonces sacaba beneficios devolviendo grano y semilla. Tenía a su cargo el cuidado de todos los animales de la granja de su señor, como corderos, vacas, cerdos, caballos y aves de corral; y de la administración de ella, rendía cuentas a su amo desde que éste tenía la edad de veinte años y nadie podía achacarle atrasos en sus pagos. Sabía cómo tratar a los alguaciles, ganaderos y granjeros, regateando y haciendo trampa en todo lo que podía; de manera que en cuanto lo veían llegar creían ver al diablo. Vivía en una hermosa casa, junto a un prado rodeado de árboles, y era tan hábil en el arte de negociar que tenía bien sujeto a su amo con regalos o préstamos de sus propias rentas, lo que le valía continuo agradecimiento y presentes de ropa, con lo que las propiedades iban en aumento. De joven, había aprendido el oficio de carpintero, siendo muy hábil y laborioso. Montaba una briosa y robusta jaca gris llamada Scot y sus ropas eran largas y azules, llevando al costado una enmohecida espada. Venía de la ciudad de Norfolk y recogía su túnica con un cinto a la manera de los frailes, ocupando en la compañía el último lugar.

Había también un ALGUACIL de saltones ojos, cuyo lustroso rostro, cubierto de granos, guardaba semejanza con el de un querubín[16]. Era turbulento y lascivo como un gorrión; y con sus costrones, negras cejas y áspera barba infundía temor a todos los niños de la comarca. Y ni el mercurio, plomo, bórax, albayalde, crémor tártaro[17], ni ningún conocido ungüento, podían librarle de sus postillas y de las protuberancias barrosas de sus mejillas. Era aficionado al ajo, a la cebolla y a los puerros[18], y gustaba de beber fuerte vino tan rojo como la sangre, lo que le hacía gritar como un poseso. Cuando estaba ebrio sólo hablaba latín, pues sabía de memoria algún apéndice o frase suelta leída en algún decreto o mandato y no era de extrañar el que tal hiciera, pues que en todo el día no oía otra cosa y así lo repetía

como si fuese un grajo o una cotorra, pero en realidad muy poco sabía de él. Era con los amigos tolerante y tan buen compañero, que difícilmente hallaríais otro; por un cuarto de vino dejaría a cualquier tunante acostarse con su moza por lo menos doce meses al año y era capaz de dejar sin un penique al más astuto bribón. Decía a las gentes que no temieran la excomunión mientras fueran generosos con sus dádivas, mas creo yo que mentía al decir esto, pues siempre debe temerse la excomunión porque ella sola destruye el alma, de la misma manera que la absolución la salva. Y así también debe temerse a las leyes, pues ellas son causa de la prisión de mucha gente. Y todos los jóvenes de su diócesis eran piadosos pues que tenían tan buen asesor y consejero. Había éste trenzado una guirnalda que lucía en la cabeza, mayor que las que adornaban las puertas de las cervecerías. Y así cabalgaba sujetando con el brazo una tarta tan grande como un broquel.

Acompañábale un digno BULERO de Rouncival y Charing Cross, el cual era su compañero y entrañable amigo. Había llegado directamente del Vaticano, de Roma, e iba cantando a toda voz la balada de «Ven aquí. ¡Oh amor!, ven a mí» y mientras, el Alguacil, con voz de bajo, le acompañaba con más fuerza que el más potente trombón. Tenía el Bulero el cabello lacio y estirado, tan suave como madeja de lino, y era su color amarillo cera, cayéndole esparcido en mechones sobre los hombros. Para su mayor comodidad, no llevaba puesta la caperuza sino doblada en su bolsa luciendo tan sólo en la cabeza un pequeño gorro y, de esta suerte tocado, creía estar tan apuesto como el que más. Tenía grandes ojos al estilo de la liebre y en ellos podía advertirse como un algo de insolencia. Mas aún he de decir, que llevaba en el gorro prendido un duplicado del paño de la Verónica y sobre las rodillas un maletín, que había traído de Roma, repleto de numerosas y santas indulgencias que a decir verdad aún conservaban el calor del Vaticano. Asemejábase al macho cabrío en su voz, mas no en su barba, de la cual carecía por completo, y era en su oficio muy eficiente, no habiendo desde Berwick hasta Ware, bulero que le aventajara. Y llevaba también en el maletín un velo de Nuestra Señora, pretendiendo, además, poseer una astilla de la embarcación de San Pedro, el día en que fue salvado por Jesús cuando trataba de andar sobre las olas. Traía también una cruz de bronce con incrustaciones de pedrería y un vaso de reliquias lleno de huesos de gorrino. Sin embargo, cargado de tales reliquias cruzaba comarcas y ciudades, ganando más dinero en un día que cualquier párroco en dos meses. Y así con insolente desfachatez, entre adulaciones y lisonjas, el Bulero iba embaucando a todo incauto que hallara a su paso. Mas era, en la Iglesia, excelente ministro

sabiendo leer de corrido los preceptos y parábolas. Sin embargo, donde se lucía más era en el canto de los himnos del Ofertorio, tras los cuales debía predicar, en lo que tenía gran maestría, para sacarle el dinero a la congregación. Y sólo por esto cantaba con tanto afán y con tan buena voz.

He aquí que, en pocas palabras, os he relatado la condición, el atavío y el número de las personas que concurrían en la compañía y también os he dicho la razón por la cual reuniéronse en esta relevante Posada de Southwork que era la del *Tabardo*. Y ya va siendo hora os diga de qué modo nos comportamos la noche de nuestra llegada a la posada y así luego hablaré del viaje y del resto de los peregrinos. Sin embargo, he de rogaros no esperéis de mí refinamientos, más aún quiero que mi lenguaje sea simple, para que de esta manera sea en repetir sus conversaciones más fiel. Pues sabéis tan bien como yo, que el que relatare una historia ya relatada por otro, deberá reproducir cada una de sus palabras, ya fueren éstas vulgares o soeces; de lo contrario, sería falsear el cuento y, aunque fuere su propio hermano el que usare tales palabras, no deberá tener reparo en repetirlas.

Mas digo que deberíais disculparme también por no haber prestado atención al rango de mis personajes y haber prescindido de ello en su orden de colocación; por todo lo cual, podríais suponer que mi talento anda flojo.

Nos dio el HOSTELERO cordial acogida, conduciendo a cada uno al cenador donde nos obsequió con delicadas viandas y generosos vinos, y como todos estábamos sedientos no tuvimos reparo en apurar hasta la última gota. Era el Hostelero hombre de relevante figura, corpulento y de ojos sagaces e inquietos, a más de lo cual poseía un aguzado ingenio y era en el hablar jocoso y perspicaz, siendo sus modales buenos.

Luego que hubimos cenado y satisfecho el importe de la cuenta, quiso regocijarnos con sus chanzas y nos dijo:

—Bien venidas seáis damas, y también los caballeros, pues por mi honor que no miento al decir que, en lo que va de año, no he visto bajo mi techo a tan lucida compañía; y ahora quisiera, señores, hacer algo para divertiros, por lo que he ideado un juego que, a más de distraeros, no os ha de costar un penique. Y así, estando próximos a partir para Canterbury (os deseo buen viaje y que el Santo Mártir os llene de bendiciones), he pensado que para amenizar el camino podríais cada uno de vosotros relatar un diento, pues de cierto que a nada conduce ir todo el día con la boca cerrada. Mas como decía, este juego os divertirá y, si mi decisión os complace, mañana al amanecer os diré antes de partir lo que debéis hacer y me apuesto la cabeza a que vais a pasar un buen día.

No tardamos en decidirnos puesto que no había nada que considerar y, así, sin ulteriores argumentos, convinimos todos en seguir las instrucciones del Hostelero. Entonces éste nos dijo:

—Señoras, y vosotros caballeros, atended a lo que voy a proponeros y no os adelantéis en hacer remilgos; mas he aquí el asunto: Cada uno de vosotros deberá, durante esta peregrinación, contar dos historias en el viaje de ida a Canterbury y dos historias en el de vuelta y el que narre la mejor de ellas (la más ingeniosa y divertida) será recompensado al fin del viaje con una comida que deberemos pagar el resto de nosotros. Pues yo pienso acompañaros y ser vuestro guía, y quien se niegue a seguir mi decisión, deberá pagar todas las costas del viaje. Y ahora decidme si estáis de acuerdo para que pueda disponerme para la marcha.

Y todos convinimos en que aquel asunto era bueno y, comprometiéndonos por nuestra parte en cumplir lo pactado, rogamos al Hostelero fuera nuestro guía y nos preparase comida (con precio previamente fijado) para nuestra llegada. De esta suerte quedamos unánimemente sujetos al juicio del Hostelero y éste nos trajo más vino y bebimos, tras lo cual, sin entretenernos más, nos fuimos todos a dormir. Despertóse el hostelero al amanecer y llamando a cada uno de nosotros, nos agrupó en comitiva invitándonos a partir. Fuimos todos cabalgando al paso hasta el aguadero de Santo Tomás, donde refrenando el Hostelero su caballo, nos dijo:

—Atended señores, ¿por ventura habéis olvidado lo que prometisteis anoche? Si vuestro parecer no ha cambiado de lo que ayer decidisteis, veamos entonces quién será el que relatará el primer cuento, y no olvidéis que el que no cumpla, deberá pagar los gastos de viaje de los demás, así no beba yo ni una gota más de vino en lo que me resta de vida. Y ahora, antes de proseguir nuestro camino, Señor Caballero, mi deber es invitaros a que probéis fortuna; mas acercaros, y vos, mi Señora Priora y vos también Señor Estudiante, dejad de lado vuestra timidez y ensoñación y probad suerte.

Y todos, al azar, probaron su fortuna, tocándole al Caballero la suerte y todos se regocijaron de ella. Comenzó éste el relato de su historia tal y como estaba convenido y antes he descrito. ¿Y qué más podría añadir? Sino que el Caballero, viendo que debía cumplir su promesa, dijo:

—El juego ha empezado, séanos pues la suerte propicia y que Dios nos ayude, y ahora, mientras cabalgamos, atended a lo que voy a deciros.

Y en esto, nos dispusimos todos a partir y el Caballero, con alegre y regocijado ánimo, empezó la siguiente historia que vais a oír.

Cuento del caballero

CUENTAN antiguas historias que en otro tiempo hubo, en la ciudad de Atenas, un gran duque llamado Teseo, señor y gobernador de la población, que era conquistador de tanto mérito que bajo el sol no había otro que en fama le igualase. Sometió a muchas y ricas comarcas, conquistando luego, gracias a su ingenio y bravura, el reino de Feminia, que anteriormente denominábase Escitia[19] y allí casó con la reina Hipólita a quien con muchos honores y gran solemnidad llevó a su tierra. Con ellos partía también Emilia, hermana menor de Hipólita y dejaremos al noble duque, entre cantos de victoria, cabalgando hacia Atenas al frente de sus armados caballeros.

Si no fuera por temor a extenderme demasiado os contaría gustoso cómo Teseo ganó el reino de Feminia y especialmente os hablaría de las reñidas batallas entre atenienses y amazonas, de cómo la brava y bella Hipólita, reina de Escitia, fue solicitada por Teseo, de las fiestas de la boda y de la gran tempestad que les sorprendió en el camino de regreso al país del duque; sí, callaré todo esto, pues el tiempo es corto y tengo que arar mucho campo con floja yunta y como del cuento queda aún buen pedazo, no quiero retrasarme para que así cada uno pueda narrar su historia y el ganador no se vea privado de su cena. De modo que al punto donde quedé torno y digo que estaba el duque llegando a la ciudad, henchido de júbilo y de gloria, cuando, a un lado del camino, vio a muchas mujeres vistiendo de negro que estaban arrodilladas por parejas, unas detrás de otras, y de sus bocas salían desgarradores lamentos, semejantes a los que nadie había oído otros iguales, y, sin dejar de dar voces, acercáronse al duque y cogieron las bridas de su caballo.

—¿Qué clase de gente sois que así turbáis el gozo de mi regreso con tales llantos y lamentos? —díjoles Teseo—. ¿Acaso vuestros sollozos son por envidia de mi gloria, o puede que alguien ofendido os haya? Si así es, decidme si puedo vuestro mal remediar y aclaradme además el motivo por el cual son negras vuestras vestiduras.

Y habló la más anciana de las mujeres con tan afligida voz y dolorido semblante, que compasión daba mirarla y oírla.



—¡Oh señor! —dijo—, no nos duele tu gloria ni tu honor, ya que por la suerte favorecido fuiste, logrando conquistas y victorias, sino que rogamos te apiades de nuestro dolor y nuestras desgracias, prestándonos tu auxilio, pues infelices mujeres somos y grande es en cambio tu clemencia y tu bondad. Porque es bien cierto, señor, que no hay entre nosotras una que no haya sido reina o duquesa al menos; pero ahora, por ardides de la fortuna y su falsa rueda, que no asegura la dicha ni a gentes de nuestra condición, nos vemos sumidas en el infortunio. Grande es pues nuestro pesar y quince días llevamos en el templo de la diosa Clemencia sin más propósito que acudir en tu busca para que nos auxilies ya que en tu mano está el hacerlo. Yo, infeliz de mí, a quien estos llantos y lamentos ves, fue del rey Capaneo esposa, muerto en Tebas en infausto día, y todas nosotras somos enlutadas viudas que perdido hemos a nuestros maridos en el asedio de aquella ciudad. Pero, se da el caso que el viejo Creón[20], impulsado por el odio y la iniquidad, ha ultrajado los cadáveres de nuestros esposos y señores, colocándolos al alcance de los canes para que éstos los devoren y prohibiendo el entierro o la incineración de los cuerpos muertos.

Entonces postráronse en tierra todas las demás y se lamentaron:

—¡Oh señor, ya que es tan grande nuestro infortunio, no cierres tu corazón a nuestras cuitas!

Oyéndolas, el duque se apeó, con el corazón oprimido de dolor al ver sumidas en tal tristeza a damas principales. Hízolas levantar y les prestó consuelo, jurándoles por su honor de caballero vengarlas, castigando al malvado Creón, al que daría merecida muerte. Sin más tardanza, mandó desplegar banderas y dirigióse a Tebas con toda su hueste, pero cuidando antes de enviar a Atenas a Hipólita y a su joven hermana Emilia.

Y así se puso al frente de su ejército, enarbolando su bandera blanca en la que, resplandeciente, lucía la figura de Marte, armada de lanza y escudo, y, junto a ella, había un rico pendón dorado llevando pintado al Minotauro que en otro tiempo Teseo diera muerte en Creta. Llegó el conquistador al frente de sus caballeros ante la ciudad de Tebas y allí puso pie en el campo de batalla. Parco quiero ser y no me he de extender en detalles, así que sólo diré que Creón muerto fue en caballerosa lucha por el noble Teseo y, que ahuyentando éste a los hombres del ya difunto rey, entró en la ciudad arrasando sus murallas y armazones. Recogió luego los cuerpos que reclamaban aquellas desgraciadas mujeres, entregóselos para que así pudieran ser honrados con las ceremonias fúnebres según las costumbres que en aquellos tiempos se usaban, y los cadáveres fueron incinerados, mas los llantos y lamentos que las mujeres profirieron mientras tales actos se celebraban, éstos los callaré, y no diré tampoco de los festejos con que Teseo fue agasajado al despedirse de aquellas damas; sí, todo eso callaré, puesto que es mi propósito no extenderme en este relato.

Y así que hubo este valeroso duque Teseo matado a Creón y conquistado Tebas, hizo del territorio lo que le plugo. Luego de descansar toda la noche, empezaron sus soldados a remover los montones de cadáveres que habían quedado de tanta destrucción, y, mientras despojaban a éstos de sus ropas y armamentos, hallaron entre los muertos a dos jóvenes caballeros, cuyas armas aparecían ricamente labradas y sus cuerpos cubiertos de sangre presentaban profundas heridas, mas, a pesar de ellas, parecía que sus vidas no se habían extinguido del todo. Los heraldos llegaron y vieron, por las armaduras y arreos de los caballeros, que eran éstos de la casa real de Tebas e hijos de dos hermanos. Arcites y Palamón, que así llamábanse los dos primos, fueron separados de entre los cadáveres y conducidos cortésmente a la tienda de Teseo, quien mandó encerrarlos, disponiendo que no se admitiera por ellos rescate alguno.

Y luego el digno duque reunió a -sus hombres, regresando a su tierra coronado de laureles. En Atenas vivió en paz y honor toda su vida, pero, entretanto, Arcites y Palamón, cautivos, moraban en una torre, afligidos y llenos de pena, pues sabían que nunca podrían ser rescatados.

Y, día tras día y año tras año, transcurrió el tiempo y amaneció una mañana del mes de mayo, en la que Emilia, que era tan hermosa como el lirio en su verde tallo y más lozana que las flores de la primavera, apareció, mientras salía el sol, envuelta en sutiles ropas y llevando trenzados sus cabellos, e iba de ese modo corriendo por el jardín, mientras entonaba con su suave voz melodías tan dulces que parecía un ángel del cielo.

La maciza y fuerte torre que servía de prisión a los dos caballeros de que os hablé, y de los que quiero seguir hablando, formaba un bastión que comunicaba con la muralla del jardín donde Emilia jugueteaba. Y, como decía, era aquella mañana de indecible hermosura y el sol lucía con esplendor; Palamón, el infeliz cautivo, había despertado y, con el permiso del guardián, paseábase por la torre más alta del castillo desde la cual podía verse toda la gran Atenas, así como el trozo de jardín por el que solía Emilia corretear. Y ocurrió que, estando Palamón paseando y maldiciendo una y otra vez el haber nacido, por suerte o por desgracia percibió desde la ventana a la bella Emilia corriendo por el jardín, y en este momento exhaló el caballero un lamento tal, que parecía que le habían traspasado el corazón con una daga. Oyéndole Arcites, le preguntó:

—¿Qué tienes, primo, que has palidecido de este modo que pareces un muerto? ¿Quién te causó daño? Debes llevar, por Dios, nuestra prisión con paciencia, puesto que obra ha sido de la fortuna y no tiene remedio posible. Por una maligna posición de Saturno[21] respecto a otra constelación, nos vemos en este encierro; ¿qué nos resta hacer, pues, sino aceptar de buen grado el destino que los astros al nacer nos reservaron?

Pero Palamón repuso:

—Cuán engañado estás, primo mío, mi grito no fue debido a la prisión sino a algo muy distinto, pues en verdad te digo, que he recibido en mi corazón una herida mortal, y de ésta ha sido la causa el haber visto en el jardín, y con mis propios ojos, a una doncella de hermosura tal, que apenas puedo decir si era diosa o mujer o la mismísima Venus. —Y al decir esto cayó de hinojos, exclamando—: ¡Oh Venus!, si ha sido deseo tuyo presentarte ante mí en este jardín a pesar de ser yo tan desvalida criatura, ruégote nos prestes ayuda poniendo fin a este encierro. Mas, si no es esta tu voluntad

divina y hemos en cambio de morir aquí, compadece al menos nuestro linaje que de tal modo ha sido humillado por la tiranía.

Y mientras Palamón pronunciaba estas palabras, Arcites había descubierto con la mirada a la noble dama y fue tanta la impresión que le causó su belleza que sintióse más traspasado aún que su primo y, exhalando un doloroso suspiro, dijo:

—La sin par belleza de la mujer que en ese jardín pasea me ha matado y, a fe, que he de lograr sus gracias y favores. Y si no puedo verla más, seguro es que moriré.

Mas Palamón, oyéndole, enfurecióse y repuso:

—¿Es lo que dices verdad o acaso te chanceas?

—No me chanceo —respondió Arcites—, y Dios me valga como lo que digo es cierto.

Entonces Palamón frunció el entrecejo y pronunció las siguientes palabras.

—Tu hermano y tu primo soy y entrambos tenemos juramento de no oponernos el uno al otro en cosa alguna, ni aun en el amor, y este juramento hicímoslo para toda la vida, aun a costa de la tortura. Así, pues, malo sería para tu honor el traicionarme y ser falso conmigo, mas ahora te digo que disputarme quieres esta dama a quien amo y honro y no dejaré de hacerlo mientras mi corazón tenga vida. Y te advierto, falso Arcites, que he de impedir tu obra, pues yo he amado primero a esta dama y te confié mi secreto para pedirte consejo y socorro y tú, como hermano juramentado y como caballero, estás obligado a hacerlo; de lo contrario acusarte puedo de felonía.

Pero el orgulloso Arcites muy luego le replicó:

—No soy yo un traidor como tú eres, pues en verdad que yo amé a esta mujer primero *par amour*; tú, en cambio, ¿cómo puedes saber si la amas cuando ignoras todavía si es mujer o diosa? Tú sientes natural inclinación a la santidad y yo me inclino, en cambio, hacia el amor. Por ello, primo mío, te he contado mi pasión. Mas, suponiendo aún que tú hayas amado antes a esa doncella, ¿por ventura no sabes que, según dijo con razón un antiguo sabio, «En amor no rigen leyes»? Y es el amor la ley mayor y única del hombre, de tal manera que otras leyes y disposiciones quedan siempre burladas por el amor. El hombre ama, sin que su voluntad tome parte en ello, y ni siquiera con la muerte puede éste evitar el amor y aún añadiré que este mismo hombre no deja de amar, aunque el objeto de su amor sea casada, doncella, o viuda. Además, no es probable que ni tú ni yo logremos jamás los favores de esa dama, pues bien sabes que nos hallamos condenados a prisión de por vida y

sin esperanza de rescate. Y, así, igual hacemos como aquellos dos perros que lucharon todo un día por un hueso y al cabo llegó un milano y se lo llevó. Basta ya, hermano, y no eches en olvido que, en la corte del rey, cada uno mira para sí. Ama pues, si te parece, a esta mujer, que yo he de hacer lo mismo, y dejemos de hablar, aceptando cada cual su destino ya que de esta torre no podemos salir.

Mas no acabaron aquí las discusiones, sino que duraron mucho más, pero no tengo tiempo de relatar sus querellas y, por tanto, me limitaré a los hechos para acortar así mi historia.

Cierto día arribó a Atenas un digno duque llamado Perotheus, amigo de la infancia del duque Teseo, razón por la que fue a visitarle. Mas era tal el grado de amistad que a ambos unía, que cuando uno murió, fue el otro a buscarle a la región donde rigen las sombras.

Pero ahora, no relataré esta historia. El digno Perotheus tenía gran aprecio por el joven Arcites, al que había conocido en Tebas desde hacía años, y así intercedió por él a Teseo, el cual accedió a librar al tebano de su cautiverio sin ningún rescate, pero a condición de que jamás pisaría su territorio, so pena de ser decapitado a filo de espada. De modo que tuvo que alejarse el mozo y ser prudente, pues con su cabeza respondía si no lo era; pero grande fue su aflicción ya que el precio que pagaba por su libertad era bien alto. Y lloró Arcites y se lamentó y en su desesperación hasta quiso matarse, maldiciendo de continuo su destino e incluso el día que vino al mundo. Y entre sí decía: «Desde ahora ya no moraré en el purgatorio, sino en el mismo infierno. ¿Por qué, ¡ay de mí!, habré conocido a Perotheus? De no conocerlo, estaría ahora en prisión y sería venturoso con la vista de aquélla a quien amo, aunque sus Livores no pueda obtener». Y luego exclamó: «¡Oh Palamón, tú has ganado en esta aventura, pues sigues en la prisión! Pero, ¿qué digo prisión cuando paraíso es donde te hallas? En verdad que ha sido mala mi suerte, pues heme aquí ausente de mi amada. En cambio, tú cerca de ella estás y, siendo caballero digno y meritorio, aprovechar puedes cualquier ocasión para satisfacer tus anhelos, mientras yo me hallo hundido en la desesperación y sin gracia vivo en el destierro y no hay nada en tierra, agua, aire o fuego o en parte alguna, que pueda remediar mi mal, y es mi destino morir de dolor y abandono. ¡Oh mi vida, mi gozo y consuelo, adiós! ¡Cuán injustamente los hombres deploran a menudo el destino! Empero es éste a veces más cruel de lo que ellos nunca puedan imaginar. Así vemos a uno aspirar a riquezas, que son causa de su muerte, y otro que, queriendo libertarse de la prisión, es muerto más tarde en casa por sus criados; en verdad que en este mundo nunca

sabemos lo que deseamos y esto es causa de interminables males. Y, al igual que el beodo que tantea incierto para buscar su camino, midamos nosotros tras la dicha con empeño y a menudo nos perdemos, y así me sucede a mí que creía vivir lleno de contento en cuanto me libertasen de la torre, y ahora, estando libre, me veo en el destierro y lejos de mi ventura. ¡Ay Emilia, soy muerto si no puedo verte!».

Y mientras esto ocurría, Palamón, entristecido, no dejaba de lamentarse, y tales eran sus duelos y sus llantos, que retumbaban por toda la torre y derramó tal abundancia de lágrimas, que hasta las gruesas cadenas que le sujetaban los tobillos llegaron a ablandarse. Y, así, entre gemidos, se quejaba:

—¡Ay Arcites, primo mío, victorioso eres al fin! Tienes libertad y te paseas por Tebas, mas sabe Dios que poco te acuerdas de mí. Y puesto que no te falta valor e ingenio, cabe esperar que un día, juntando a nuestros deudos, llegues a hacer tan cruenta guerra a esta ciudad que acabes acaso por someterla y logres entonces convertir en tu esposa a la dama por la que he perdido yo la paz y de seguro diera la vida. Mucho me superas, pues gozas de libertad mientras yo debo pudrirme en esta mazmorra. En verdad te digo, que las penas de mi prisión y de mi amor harán que mis lamentos duren mientras que me quede vida.

Y el fuego voraz de la envidia rasgó su pecho y adueñóse de su corazón con tanta violencia que quedó éste reducido a frías cenizas de muerte y gritó:

—Por todo ello expongo yo las siguientes razones: ¡Oh crueles dioses que gobernáis el mundo trazando nuestros destinos con lágrimas y desdichas! ¡Decidme! ¿Es acaso la humanidad más feliz que el rebaño en el aprisco? Matáis al hombre lo mismo que a una bestia; más aún, le sometéis a prisiones, dolencias y contratiempos, y muchas veces sin culpa alguna. ¡Oh dioses! ¿Con qué ley os regís para atormentar de ese modo al que está sin mancha? Pero mayor es mi enojo al ver cómo el hombre debe inclinarse ante los dioses y descuidar su propia voluntad, en tanto que el animal puede saciar todos sus deseos y, además, al término de su vida no espera a la bestia sufrimiento alguno, mientras que el hombre, a pesar de sus padecimientos en este mundo, ignora lo que hallará en el otro, pues muy bien puede ocurrir que le aguarden allí aún mayores tormentos. En fin, a los teólogos corresponde discernir el porqué de esas disposiciones, mas yo digo que ciertamente en esta vida se sufre en exceso. Y mientras hombres malvados y ladrones, que fueron causa de infortunio a gentes honradas, gozan de libertad, heme yo aquí encerrado porque éste ha sido el deseo del dios Saturno y de la loca y enfurecida Juno que ha exterminado casi toda la sangre de Tebas y arruinado de ese modo a la

ciudad. Mas no hartos los dioses, hiéreme también Venus y cólmame de celos y temores.

Y mientras de esta manera lamentábase Palamón en su cautiverio, nos ocuparemos de Arcites, pues si largas eran las noches del preso, en mayor longitud crecían las del desterrado, y, a fe, que no podría decir cuál de ambos estaba más afligido, ya que si uno clamaba bajo prisión, hacíalo el otro bajo destierro con pena además de perder la vida si osaba pisar la tierra donde moraba su dama. ¿Cuál de los dos enamorados inspiraba mayor lástima? Uno, sin salir de la torre podía contemplar a su dama todos los días; otro, en cambio, era libre de andar por donde quisiera, pero no podía mirar a su amada. Que den los entendidos su opinión que yo mientras proseguiré con la historia.

Estaba Arcites en Tebas y no cesaba de lamentarse, y ocurríasele que nunca más vería a su dama, y en verdad estaba tan acongojado que para resumir diré que jamás ningún mortal lo estuvo tanto. No comía ni dormía y quedóse flaco y seco como la varilla de una flecha; hundiéronsele los ojos y su piel tornóse pálida y cetrina tomo helada ceniza. Andaba solitario y por las noches quejábase sin parar y si por casualidad llegaba a sus oídos alguna perdida melodía, invadíanle entonces infinitos deseos de llorar. Estaba, en fin, tan desolado y era su aspecto tan distinto, que apenas nadie le hubiera reconocido, y sus modales y su proceder con la gente eran tan raros, que, más que víctima de Eros, parecíalo de la locura; pues sabido es que los humores melancólicos suelen alojarse en la porción de cerebro donde se elabora la fantasía[22], produciendo a veces fatales consecuencias. Y así de este modo hallábase Arcites trastornado de pies a cabeza, tanto en su carácter como en su disposición.

Mas dejemos de lado su dolor y veamos cómo transcurridos ya dos años de continua aflicción en Tebas, se halla Arcites una noche durmiendo y, ¡oh supremo poder de los dioses!, se le apareció el propio Mercurio, empuñando su *caduceo* y ciñendo con el *petaso* su luciente cabellera, para exhortarle a que se alegrara y añadiendo:

Parte para Atenas que tu desventura próxima está a terminar.

Y oyó Arcites a Mercurio y lanzóse fuera del lecho y se dijo:

-A fe que no me he de retardar en ir a Atenas, así me sucediera cualquier contratiempo grave, aunque fuera la misma muerte, pues ¿qué se me da morir si he de ver a mi amada?

Y miróse en un espejo y, viendo que apenas ni él mismo se reconocía, se le ocurrió que, pues tanto había cambiado, en Atenas muy bien podría pasar

por pobre mendigo y, disfrazado de esta guisa, nadie le impediría contemplar a su dama. Quitóse pues sus ropas, se vistió de labriego y fuese a Atenas por el camino más corto, sin más compañía que la de un antiguo y fiel servidor que humildemente compartía todos los secretos de su amo. Y, al cabo, llegó a la corte y ofrecióse allí de recadista para lo que le mandasen. Empero, para abreviar el relato, diré sólo que le empleó el chambelán de Emilia y, como era ingenioso y trabajador a la vez que robusto, perseveró con empeño en sus ocupaciones y, ya acarreando agua o cortando leña, su conducta fue tal, que hiciéronle al fin paje de la hermosa Emilia, conociéndole ésta por el nombre de Filostrato. Por su bondad y nobleza fue muy pronto apreciado en la corte como ningún otro de su clase había sido, y alcanzó tal fama que Teseo decidió hacerlo su escudero dándole oro suficiente para que pudiera mantener su rango, aunque Arcites tenía, además, en su país, rentas propias que puntualmente recibía cada año en secreto y gastaba con sumo cuidado para que nadie pudiera sospechar que las tuviese. Así vivió durante tres años, y fue su vida tan ejemplar, tanto en la guerra como en la paz, que llegó a ganar la estimación de Teseo de tal suerte que a nadie quería más que a él.

Mas dejemos a Arcites feliz con su fortuna y volvamos a Palamón. Cautivo éste durante siete años, habían sido tan grandes sus padecimientos y desgracias, que nunca nadie hubo que sufriera tomo él y llegó su amor a afligirle tanto que al borde estuvo de enloquecer. ¿Hay alguien capaz de describir sus tormentos? De seguro que no seré yo quien lo haga, pues siento que para ello me faltan las fuerzas.

En el año séptimo y en la noche del tercer día de mayo (según di< en antiguos libros), Palamón, ya por un azar o porque así tenía que suceder (que todo lo que traza el destino debe cumplirse), pudo con la ayuda de un amigo romper sus cadenas y así evadirse de la prisión y para ello dio a beber un narcótico a su guardián, adormeciéndose éste de tal manera que nadie, ni golpeándolo, hubiera sido capaz de despertarle. Aprovechó entonces Palamón la oportunidad y, huyendo a toda prisa, fue a ocultarse entre unos árboles no lejos del camino, a cuyo amparo pensaba pasar el día, dirigiéndose luego a Tebas, donde pediría ayuda a sus amigos para luchar contra Teseo, pues sólo estaba en su mente el conseguir a Emilia, hasta el punto de que no le importaba sucumbir para dio.

Volvamos ahora a Arcites, que estaba muy lejos de sospechar la desgracia que se cernía sobre él.

En la mañana gris, la alondra con sus cánticos saludaba al nuevo día, al tiempo que en Oriente se vislumbraba un resplandor que secaría las hojas



húmedas de rocío. Arcites, escudero mayor de la corte, salió a entretener su ocio a la vez que se solazaba contemplando la belleza de mayo; mas acordóse de pronto del objeto de sus ansias y, ligero como el fuego, saltó sobre su corcel y cabalgó veloz hacia la campiña. Pero el destino, caprichoso, hízole tomar el camino del bosque donde Palamón se ocultaba. Iba Arcites cogiendo madreselvas y escaramuzas, para con ellas componer una guirnalda, y sentíase tan feliz que cantaba:

¡Oh mayo que tan rico eres
en flores y verdor,
danos, aunque sea un poco
de tu lozana vegetación!

Y con alegre corazón, internóse en el bosque y fue a parar en el mismo sitio donde se ocultaba Palamón temeroso de que alguien le diera muerte. No reconoció éste a Arcites, ni imaginaba que estuviera allí, pero, como sabido es desde mucho tiempo que los campos tienen ojos y oídos, decidió ser cauto, pues más vale la prudencia puesto que siempre se puede encontrar uno con lo más inesperado, y así tampoco Arcites supo que Palamón se hallaba agazapado detrás de un arbusto, muy cerca de él.

E iba Arcites por el bosque, solazándose con el pensamiento de su amada, y cayó en este estado en el que suelen los enamorados caer, durante el cual

saltan de la exaltación a la melancolía, lo mismo que un cubo dentro del pozo, que lo mismo está en lo alto que en el fondo. Así como en viernes es inestable el tiempo, pues al sol esplendoroso sigue la lluvia torrencial, así Venus[23], cuyo día de la semana aquél es, gusta de alterar el ánimo y la disposición de espíritu de los enamorados.

Luego que hubo Arcites acabado su canto, suspiró y dijo sentándose:

—¡Ay, en qué triste día nací! En verdad que está extinguida la sangre real de Anfión y de Cadmos[24], fundador éste de Tebas y de cuyo tronco y estirpe desciendo en línea directa; pues Juno de martirizar no cesa a la ciudad de Tebas y, para colmar mi desventura, debo ser escudero de mi más mortal enemigo y sufrir ignominiosa afrenta al no poder proclamar mi nombre de Arcites, sino que me han de conocer por el vil de Filostrato. ¡Oh Juno y cruel Marte! Con vuestro enojo deshecho mi linaje habéis, así como el del triste Palamón, que cautivo de Teseo se consume en la torre. Además de todo eso, tenéis que quitarme la vida traspasando mi casto y afligido pecho con la flecha del amor. Porque, ¡oh Emilia!, a todos los demás males diérales yo el valor de un grano de trigo si en cambio me fuere dado ejecutar algo que te agradara.

Y después de pronunciar estas palabras, persistió largo rato en su meditación y al cabo se levantó; mas, oyéndole Palamón desde su escondite, sintió su corazón herido como por una fría espada y, no pudiendo dominar su enojo, salió de la espesura, con la cara semejante a la de un muerto, por su palidez, y la expresión de un loco apostrofando a Arcites de esta manera:

¡Cuán grande es tu perfidia y tu traición! Amas con ciega pasión a la dama por la que tantas penalidades he sufrido y de ello no te priva la circunstancia de que seas de mi sangre ni tampoco el que hayas jurado prestarme ayuda antes de ahora. Mas si esto no bastase, engañas también al duque Teseo y le sirves bajo nombre falso y por todo ello te digo que uno de los dos ha de morir, pues no dejaré que ames a mi señora Emilia, a la que quiero para mí sólo. Sabe que desde ahora eres mortal enemigo mío, mas la suerte te favorece, ¡oh Arcites! Me hallas sin armas, ya que de la torre he huido por un azar, mas a pesar de ello te desafío a que elijas de una vez entre morir u olvidar a Emilia.

Arcites, reconociéndole, irritóse y, desnudando su espada, con terrible energía dijo:

Por el mismo Dios, que afortunado eres, pues de no encontrarte enfermo y perturbado por el amor, y además sin armas, en verdad que saldrías muerto de este bosque. Quede pues roto el pacto lo que una vez hice contigo y, siendo el

amor libre y loco, amaré yo a Emilia cuando me plazca y a pesar tuyo. Sin embargo, puesto que eres caballero y noble, tienes derecho a disputar en combate, y para ello estaré aquí mañana en este lugar, con las armas necesarias. Esta noche te traeré comida y ropas para que puedas abrigarte. Si en el combate soy yo el muerto, habré dejado entonces de ser una traba para tu amor.

Y luego de aceptar Palamón la propuesta de Arcites, se despidieron hasta la mañana siguiente.

¡Oh Cupido!, que no concedes a nadie compartir tu mando. Bien se ha dicho que poder y amor no toleran amigos y, he ahí, si no, el ejemplo de Palamón y Arcites. Volvió éste a la ciudad, montado en su corcel, y, pronto, en la madrugada del siguiente día, preparó dos armaduras en buen estado, púsolas en el arzón de su caballo y cabalgó muy luego al bosque. Iba solo como había venido y así arribando en el lugar convenido encontróse con Palamón. Nada más verse los dos primos, sus rostros palidecieron de tal modo que se parecían a Cayados de Tracia en el momento que, yendo a la captura de un león u oso, aparece éste de improviso por la espesura, haciendo crujir las ramas y pisando las hojas y, en viéndole, Cayados dice:

—He aquí a mi mortal enemigo, él o yo hemos de morir pues de cierto que, si en cuanto se me acerque no le mato, él me matará.

De esta manera, digo, comportábanse los dos primos y así al encontrarse mudó el color de sus caras y sin saludos ni cortesías armáronse el uno al otro tan amigablemente como si hermanos fueran. Y, sin más dilación, empuñaron sus afiladas y fuertes lanzas y arremetiéronse con ellas con asombrosa destreza. Asemejábase Palamón, en su lucha, a león de la selva, mientras que Arcites parecíase a tigre sanguinario y era tal su cólera que de sus fauces salía blanquecina espuma, cual si fueran dos jabalíes, y sus cuerpos presentaban tales heridas, que la sangre les alcanzaba los tobillos. Mas por ahora voy a dejar en este punto su pelea y a ocuparme paso de Teseo.

El fiel destino, cumplidor de las disposiciones de Dios, es tan poderoso que, así afirme o niegue el hombre tal o cual cosa, sucederá en un día lo que no ocurrió en mil años y así están todos nuestros actos ora de guerra, paz o amor sometidos al examen de los cielos. Sea muestra de ello, si no, lo que relato a continuación:

El poderoso Teseo, fiel amante de la caza, sentía especial predilección en mayo por la captura del ciervo, hallándose siempre dispuesto para salir a cabalgar con monteros, trompas y jaurías, y era tal su entusiasmo que él

mismo quería rematar la pieza después de atrapada, siendo por ello mejor servidor de Marte que de Diana[25].



Y era, como antes dije, un bello día y Teseo, con su graciosa reina Hipólita y la joven Emilia salieron de caza en suntuoso séquito e iba esta última vistiendo un verde traje. Habían informado a Teseo acerca de la existencia de un ciervo en el bosque, por lo que el cortejo se dirigió allí, llegando a un lugar abierto, muy cerca del cual había un arroyo en el que solía el animal abrevar. Preparóse pues el duque para dar una batida con los perros, pero, antes, quiso dar una ojeada por el lugar, por si acaso veía a su presa, y en este momento distinguió a Palamón y a Arcites, que luchaban ferozmente como jabalíes, propinándose tan horribles reveses con las espadas que bien hubiera podido cada tajo traspasar un roble. Al verlos, mas ignorando quiénes eran, Teseo picó espuelas a su corcel y, alzando su desnuda espada, se interpuso entre los dos, exclamando:

¡Alto ahí! Cese ya vuestra pelea, por Marte poderoso. Decidme, ¿quiénes sois y cómo osáis luchar sin juez de campo?

A esto contestó Palamón:

—Señor, bien sabemos que merecemos morir, puesto que somos dos infortunados cautivos y en verdad que la vida nos es pesado estorbo. Así que, siendo tú como eres legítimo señor y juez, no tengas de nosotros clemencia y daños muerte. Primero a mí y a mi enemigo luego. Aunque mejor sería quizá que le matases a él primero porque has de saber que éste es Arcites, mortal enemigo tuyo y desterrado bajo pena de muerte de tus dominios, a los que ha vuelto ocultándose con el nombre de Filostrato, haciendo de ti mofa y

burlándote muchos años, y tú, en cambio, le has hecho tu escudero. Además, señor, has de saber que Arcites ama a Emilia y, ya que ha llegado mi último día, hago aquí confesión y digo que Palamón soy y he logrado con astucia huir de la Torre. He aquí pues ante ti a tu enemigo y sabe que también yo a Emilia amo, y quiero, por todo ello, morir aquí ante sus ojos. Mátame, pues, pero mata también a mi compañero ya que los dos lo merecemos.

A lo que el noble duque respondió:

—Este asunto pronto concluirá, pues habiendo hecho confesión no será necesario atormentaros con el cordel. ¡Por Marte rojo y poderoso que vais a morir!

Entonces, la reina, como mujer que era, empezó a llorar, lo mismo que todas las damas de la compañía, pues en verdad, que sentían gran piedad por tan nobles caballeros los cuales sólo luchaban por amor. Y, viendo sus sangrientas y anchas heridas, arrodilláronse a los pies de su señor, implorando clemencia para ellos, con tal afán de obtener el perdón que casi le besaron los pies y de rodillas esperaron que se ablandase el corazón del duque y se apaciguara su ira, pues sabían muy bien cuán magnánimo era Teseo y cuán dado a la misericordia, y así en efecto sucedió que, una vez el duque hubo vencido su enojo, el cual había sido en el principio causa de turbación para su mente, hizo al cabo breve examen de los delitos cometidos por ambos caballeros y de las causas que habían tenido para incurrir en ellos, y pronto diose cuenta que los dos caballeros habían sólo obrado impulsados por el amor y por el ansia de ser librados de su prisión, viendo además que las mujeres seguían sollozando ruidosamente, se dijo: «Maldito el caballero que no es capaz de mostrarse piadoso con los contritos y temerosos. Mal juzga el que en un caso así no discierne entre la soberbia y la humildad…». Y luego, alzando sus ojos al cielo, su ira desvanecida ya, dijo en voz alta las siguientes palabras:

—¡Ah benedícite! Grande y poderoso eres, dios del amor, nada existe que tu autoridad trabe y título de dios mereces, pues que a tu antojo manejas los corazones, y así pues liberas del cautiverio a Palamón y Arcites y los conduces ante mí que soy su mortal enemigo y darles muerte debo, cuando mejor estarían en la ciudad de Tebas viviendo allí como corresponde a su dignidad, mas en verdad yo digo, que todo lo que hacen es por el amor impulsado y, si no ved, por el mismo Dios, cómo en la lucha se desangran, pues, según parece, así premia Venus, la diosa del amor, la lealtad de sus vividores. ¿Por ventura habéis visto nunca a alguien tan loco como un enamorado? Y, se da el caso, que la dama por quien estos caballeros disputan,

no puede agradecerles sus cortesías pues sabe de su a mor tanto como pueden saber la liebre o los pájaros del bosque. Mas debe el hombre, ora de joven o viejo, experimentar el amor, de la misma manera que experimenta el frío o el calor, y no hay quien no pase por esta locura y yo mismo pasé por ella hace ya mucho tiempo, y, de ese modo, conociendo el sufrimiento y el perjuicio que el amor puede ocasionar a quien lo padece, yo os indulto de todas vuestras faltas, según es el deseo de la reina y de mi buena cuñada Emilia. Mas debéis prestarme juramento de que nunca, mientras viváis, obraréis en detrimento de mi país, ni aceptaréis ningún combate en contra de él. Sed ahora mis amigos, puesto que os he disculpado de vuestro error.

Y juraron ellos confiándose a la generosidad de Teseo y éste ni otorgándoles su gracia les habló de esta suerte:

Sé bien que, por vuestras riquezas y estirpe, sois merecedores de la mano de Emilia, mas, aunque os mostréis celosos y enojados, ella no puede casarse con ambos. Forzoso es, pues, que uno de vosotros se vaya con Dios. Mas para vuestro bien, dispuesto estoy a resolver vuestro destino y libres sois vosotros de aceptar, o no, mi proposición, y así os digo, que cada uno de vosotros vaya allí donde mejor le plazca, pero sólo por el plazo de cincuenta semanas, pasadas las cuales, deberéis comparecer ante mi presencia con cien caballeros armados y entonces resolveréis peleando el amor y posesión de Emilia. Y yo empeño mi palabra de caballero y hombre leal y digno que el que con sus cien caballeros logre matar o arrojar del palenque a su enemigo, éste recibirá a Emilia por esposa, y en este mismo lugar se montará la liza, y Dios me valga si no he de ser juez honrado e imparcial, y durará la lucha hasta que uno de vosotros muera o quede vencido. Decidme ahora vuestra opinión pues quiero saber si ello os satisface, mas no lograréis que cambie mi decisión final, que será la única que ponga solución a vuestro destino.

Y, entonces, el júbilo se mostró en las caras de Palamón y Arcites, pues ¿decidme si hubo nunca alguien tan dichoso como Palamón en aquel momento y si hubo nunca nadie que reflejara tanta alegría en su rostro como el propio Arcites?, pues que en verdad Teseo había sido muy razonable en concederles aquella merced, y así todos postráronse ante él y diéronle gracias con todo su corazón y todas sus fuerzas, y en particular los dos caballeros tebanos, los cuales con el corazón henchido de gozo y llenos de dulces presagios pidieron al duque autorización para partir a Tebas. Pero, pienso ahora, que de seguro me acusaréis de descuido si dejo de relatar los muchos gastos que hizo Teseo en el arreglo y preparación de la palestra, pues tan regiamente la dispuso, que no hubo otra igual en el mundo y para ello hizo

rodear la liza de un muro de piedra que medía una milla de contorno y, por la parte exterior, la defendió por un profundo foso, e hizo en el muro escalonar graderías hasta una altura de sesenta pasos, de modo que quienes miraran no privasen la vista a los demás espectadores; y había una puerta de blanco mármol abriéndose en el este y otra de igual construcción al oeste, tal fue la obra de Teseo y empleó para ella a hombres entendidos en geometría y aritmética, de manera que no quedó uno en toda la región que allí no fuese y asimismo empleó a quienes sabían pintar o cincelar figuras y a todos dio sustento y buena paga, de manera que nunca en la tierra viose nada semejante; mas no satisfecho aún, hizo construir junto al fuerte, y en el otro lado del este, un altar destinado al culto a Venus y otro destinado a Marte en el lado oeste, y todo ello costóle gran copia de oro; más aún, levantó otro templo para Diana en septentrión y era éste de alabastro rojo coral, pero no quiero pasar sin explicaros cómo eran las esculturas, figuras, cuadros y pinturas de aquellos templos, y así en el de Venus había esculpido en las paredes todo cuanto con el amor se relaciona, como suspiros, lágrimas y deseos, junto con caricias y besos, y asimismo no faltaba belleza y mocedad, lascivia y riqueza, filtros de amor y de engaño, lisonjas, disipación e intrigas; veíanse también los celos llevando amarillas caléndulas sobre la frente[26] y un cuclillo en la mano, y había también profusión de cantos, danzas, orgías y diversiones y todas estas cosas propias del amor estaban allí en su debido orden y aún había muchas más que luego relataré.

Y así decía que había en aquel lugar la mansión de Venus, con sus jardines esplendorosos y colmados de deleites, y no faltaban allí la belleza de Narciso[27], la sapiencia de Salomón, la fortaleza de Hércules ni tampoco los cánticos de Circe y de Medea[28], ni el fiero y frío corazón de Turno[29], ni la riqueza de Creso[30] y por todo lo dicho podéis deducir, que ni la fuerza, ni el valor, ni la riqueza, ni tampoco la habilidad ni la sabiduría pueden en verdad competir con la diosa Venus, la cual de todo ello dispone a su antojo; y estaban allí a miles los que la diosa había herido, y se lamentaban lanzando hondos suspiros; pero basten estos ejemplos, que creo suficientes. Y así prosigo y digo que, en medio de todas aquellas escenas, alzábase la esbelta y desnuda Venus flotando en un inmenso mar y las olas verdes y diáfanas rodeaban su talle y en su mano llevaba una cítara y rodeaba su frente una guirnalda de lozanas rosas, encima de las cuales revoloteaban varias palomas; Cupido, hijo alado de la diosa, hallábase ante ella sosteniendo su carcaj de lucientes flechas. Mas, ¿debo añadir a esto la descripción del templo de Marte las pinturas que en los muros del templo había? De seguro que sí, y a ello

voy. Veíase pues un paisaje de Tracia, helado país donde Marte tiene su regia mansión y su majestuoso templo, y figuraba en él una desolada selva, cuyos árboles añosos y quebrados levantaban sus troncos retorcidos y miedosos dando al ambiente un aspecto angustioso, y de entre esos árboles resonaba un leve ruido parecido al lejano redoble de un tambor, y allí en una ladera del monte alzábase el templo del poderoso Marte y era fundido de hierro todo él y de amenazador aspecto; algunas ráfagas de viento, en su violencia, hacían crujir sus pórticos y por la hendidura de éstos, vislumbrábase una luz, la cual no podía ser otra que la aurora boreal, pues debido al espesor de sus ventanales no podía penetrar del exterior claridad alguna en el castillo. Estaba este templo construido con toda clase de derroche, sus puertas eran de duro diamante, reforzadas de hierro, y las columnas del mismo metal, pero tan gruesas como un tonel. Y si queréis saces algo del crimen, os diré que allí lo había en todas sus tretas, pues, desde la guerra cruel hasta el traidor asesino, había todas las gradaciones posibles, como sangre y heridas y tétricos alaridos y no faltaban las armas ni los cuchillos ensangrentados y entre todo este caos se alzaba la misma muerte, luciendo su desdentado y dolorido semblante y reinaban la demencia y la ira y las gentes enfurecidas lanzábanse con estrépito a la lucha y por doquier yacían los cadáveres y era el número de heridos más de mil; divisábanse murallas derruidas y ciudades arrasadas, y no faltaban, digo, naves a la deriva o quemadas, o cazadores muertos por la garra de un oso, cerdas devoradoras de niños, cocineros abrasados y carreteros aplastados por sus carros, y todo ello estaba bajo el fatal influjo de Marte y bajo el dios había el barbero, el carnicero y el herrero, forjador éste de cortantes espadas, y, más allá, en una torre, presidiéndolo todo, estaba la Victoria que tenía sobre su cabeza una aguda espada pendiente de un finísimo hilo, y hallábanse allí escenificados los asesinatos de Julio y Serón el Grande así como el de Antonio, porque, a pesar de no haber nacido estos hombres en aquel tiempo, figuraba allí su muerte como augurio de Marte, y baste ya todo lo que he dicho, pues más no puedo referir excepto que el dios Marte aparecía en medio del templo y lucía sobre su cabeza dos refulgentes estrellas, llamadas, según los libros Puella Rubens, y a los pies del mismo había un lobo de ojos rojizos devorando a un hombre y estaba el dios erguido, llevando su armadura y lanzando destellos con la mirada y todo esto, digo, habíase traído con primoroso pincel y en honor y veneración de Marte. Referiros quiero también las trazas que el templo de Diana presentaba, seré en ello conciso y diré que en los muros estaban pintadas escenas de caza y de honesta castidad y podíase ver allí a la atribulada Calisto convertida en osa a causa del furor de la diosa,

la que según radie ignora fue más tarde transformada en Estrella Polar[31] y Calisto estaba junto a su hijo, el que a su vez fue convertido en otra estrella y no faltaba tampoco Dafne, la hija de Panero y Actión, transformada en árbol la primera[32] y en ciervo Actión, pues, según se dice, había contemplado éste a Diana estando enteramente desnuda y ésta, en justo castigo, diole forma de ciervo de tal manera que sus propios perros, no reconociéndole, lo devoraran. Y estaban también Atalante y Meleagro[33] y ambos cazaban jabalíes, y, además de todos los que aquí he citado, había muchos otros a quienes la diosa Diana preparaba calamidades y toda suerte de desgracias, reto estas historias prefiero no relatar ahora.

La diosa presidía todas las escenas e iba sentada en un ciervo rodeada de canes, y a sus pies tenía la luna menguante, brillando con un extraño esplendor, y, así vestida, de verde color y de amarillo, empuñando su arco, iba la diosa Diana, sus ojos fijos en las sombrías regiones de Plutón[34], y diré que, a sus pies, de hinojos, se hallaba una mujer encinta que, no pudiendo dar a luz a su tiempo debido, invocaba a la diosa[35] diciendo: «Prestadme vuestra asistencia, ¡oh Diana!, vos que tenéis poder para ello». Y para acabar os diré que el pintor de tales escenas puso gran realismo en ellas, a más de abundante dinero en colores.



Así la palestra construyóse al fin y Teseo quedó harto complacido viendo los templos concluidos, así como las graderías. Mas dejemos esto ya, pues presto quiero hablaros de Palamón y Arcites, y así era que próximo estaba el momento en que ambos caballeros tenían que regresar, llevando cada uno sus cien caballeros armados y así ciertamente los dos lo hicieron, y tenían todos

tan gallardo aspecto, que la gente creyó no haber visto en la tierra o el mar, por Dios creados, tan noble compañía, y en verdad que así era pues habíanse alistado nobles caballeros anhelosos de ganar fama y reputación, así como enamorados donceles ansiosos de combatir en la liza y ganar el torneo por una dama. ¡*Benedicite*! Digno de verse debió ser el espectáculo. Y ahora os diré cómo los caballeros iban vestidos, y así, usaban los de Palamón unas lorigas, peto y jubón, otros llevaban fuertes corazas y escudos o sedales, y aún había otros que calzaban robustas grebas y musleras. Iban todos armados, habiendo escogido cada uno el arma que más plugo a su discernimiento: así unos empuñaban el hacha y otros la maza de hierro. Venía con Palamón el propio rey Licurgo de Tracia, y era el tal rey de vigorosos miembros y recias espaldas, teniendo una hirsuta barba y pobladas cejas; venía de su país montado en un carro de oro, que arrastraban cuatro bueyes blancos, y usaba, en vez de loriga, una piel de oso sobre el arnés, llevaba sobre la cabeza una corona de oro maciza y gruesa como un brazo e incrustada de preciosas piedras, tales como diamantes y rubíes, y su cabellera era negra lo mismo que lo son las alas del cuervo. Rodeaban su carro veinte perros tan grandes como becerros, los que destinábanse a la caza del ciervo y leones, y por lo mismo se les sostenían las fauces apretadas con anillas y además llevaban gruesos collares de oro. E iban con Licurgo cien esforzados caballeros, todos ellos nobles y de firme corazón.

Según las críticas opinan, iba Arcites acompañado del gran rey de las Indias, el llamado Emeterio, que cabalgaba sobre negro alazán, iba éste cubierto de hierro y ornado con gualdrapa de oro labrado, de modo que parecía Emeterio el mismo dios de la guerra, y así era tal su riqueza en su atavío y arreos que su cota de malla era de Tartaria y estaba adornada con blancas y gruesas perlas, siendo su silla de oro bruñido, y su capa, que llevaba colgada de los hombros, estaba cuajada de rubíes que en sus rojos destellos semejaban al mismo fuego. Era de facciones grandes y piel sonrosada y sus ojos brillaban como el diamante tallado, pareciendo sus miradas las de un león; era rubio, de rizada cabellera, y su semblante estaba salpicado de oscuras pecas, luciendo una negra y hermosa barba cual correspondía a su edad, pues no contaría más de veinticinco años y era su voz tan potente que asemejaba al fragor del clarín. En su cabeza ceñía corona de laurel y en su mano podía verse un águila amaestrada, tan blanca como el lirio. Iba seguido de cien caballeros, todos ellos armados, pero con la cabeza desnuda, y se juntaban en aquella compañía tan nobles señores como reyes, duques y condes, y todos ellos iban por amor y honra de la carillena. Además,

movíanse alrededor del rey de las Indias numerosos animales tales como leones y leopardos, que habían sido previamente amaestrados.

Un domingo por la mañana, todos aquellos caballeros llegaron a la ciudad y, cruzando sus puentes, se apearon y salió Teseo muy luego a recibirles y dioles alojamiento a cada uno de ellos según su condición y mostróse tan afable y atento, que, según cuentan, todos creyeron que nadie jamás podría aventajarle en cortesía.

Mas por amor a la parquedad, omitiré todos los detalles, así como las canciones de los trovadores, los regalos y banquetes del festín, los manjares que allí se sirvieron y los bailes que las damas bailaron y los cánticos que se entonaban, y todo esto callaré, así como el sinfín de tiernos cortejos y agasajos, y no diré tampoco de los perros que en el suelo aparecían acostados, y así sólo referiré lo más consiente, por lo menos a mi modo de ver; prestad pues atención, que a ello voy:

Era negra noche, pues aún no había amanecido, cuando oyóse ciscar a la alondra y así despertóse Palamón y montó presto su corcel, yendo derecho en peregrinación al lugar donde se halla Cterea que, como se sabe, es ésta la muy digna venerada Venus, y, aprovechando la hora propicia de la diosa, postróse de hinojos ante ella y allí en el templo junto al palenque, Palamón con sumisa voluntad y tierno corazón estas palabras dijo:

—¡Oh Venus, mi señora, qué hermosa eres entre la hermosura, hija de Júpiter, esposa de Vulcano y alegría del monte Citereo, acuérdate del amor que por Adonis tuviste y apiádate de mis lágrimas! Sea, ¡oh diosa!, tu corazón propicio a mis plegarias, mas fáltanme palabras para expresar mis penas y aflicciones, pues tan confuso estoy que no acierto lo que decir debo y por lo mismo, señora, ruégote penetres en mi pensamiento y te hagas cargo de mi sufrimiento y, si en verdad tienes de mí clemencia, yo te prometo siempre tu más fiel servidor y tener en todo momento las armas dispuestas para luchar en contra de la castidad. Favoréceme pues, ¡oh Venus!, ya que mi único y ferviente deseo es el de poseer a Emilia y, en lográndolo, morir. Así que te digo, puesto que eres la diosa del amor, concédeme el abrazo de la que amo y ya luego no me importará vencer o ser vencido; así mejor te serviré yo a ti que a Marte y honraré tu santuario y, siempre que a caballo salga o a pie, no dejaré de ofrecer sacrificios en tus aras; mas si decides lo contrario, entonces haz que Arcites me traspase el corazón pues ya no podría vivir, y una vez muerto no tengo inconveniente en que Arcites gane a Emilia, mas sea tu voluntad, ¡oh Venus!, la de darme la posesión de mi amada.

Y Palamón puso fin a su plegaria y ofreció su sacrificio según el ritual, del que no hablaré ahora, y al cabo la imagen de Venus pareció moverse haciendo señal de que había aceptado la ofrenda, y así Palamón supuso que su petición había sido escuchada y salió con alborozado corazón, refugiándose en el sitio donde tenía su alojamiento, y ocurrió que tres horas más tarde, cuando se alzaba el sol, lo hacía también Emilia para dirigirse con premura al templo de la diosa Diana, y según cuentan, iban con ella camaristas llevando finos lienzos, incienso, fuego y todo lo necesario para ofrecer sacrificios, sin olvidar tampoco el vaso de cuerno de hidromiel. Estaba el templo dispuesto y adornado con ricos lienzos y los incensarios desprendían humeantes vapores, y Emilia, con su apaciguado corazón, se sumergió en el baño de la fuente; pero sus ritos no diré, pues, aun esforzándome, no sé si lograría hacerme escuchar y así referiré sólo que Emilia llevaba el cabello suelto y la cabeza cubierta de una corona de hojas de verde encina, y encendiendo luego los dos fuegos en el altar, ejecutó sus ceremonias según la manera de los antiguos manuscritos de Tebas. Luego que los fuegos hubieron prendido, Emilia dirigióse a Diana y con rostro compungido djóle estas razones:

—¡Oh Diana!, casta diosa de las selvas verdes y ante quien cielos, mar[36] y tierra se inclinan, diosa eres del reino de Plutón así como de las castas doncellas; ruégete, pues ha tiempo conoces mis intenciones de permanecer virgen, no me hagas caer, señora, en tu disfavor, desencadenando tu ira de la misma manera que hizo Acteón, y puesto que no ignoras, ¡oh diosa de la castidad!, que mi deseo es permanecer virgen toda mi vida, pues doncella soy y no he de ser nunca esposa o amante de nadie, que más amo a las monterías y correr por el bosque que casarme y tener hijos, así, señora, por las tres formas que hay en ti, te imploro tu ayuda y te pido que no me dejes tener trato con el hombre, pero presta también tu ayuda a Palamón y a Arcites y haz que reine entre ellos la paz, ya que, como tú sabes, los dos me aman. Aleja, pues, de mí sus corazones y haz que sus penas y congojas se extingan y que su pasión se dirija a otra parte, mas, si a pesar de todo, no quisieras otorgarme esta gracia, te suplico, entonces, que sea yo para el caballero que más y mejor me ame, pues pudiera suceder que a pesar de mi decisión de permanecer virgen fuera yo destinada a casada sin saberlo; pero tú, ¡oh diosa!, concédeme mi petición primera y seré, en cambio, fiel sirviente tuya mientras viva.

Y en aquel momento, mientras Emilia oraba, aconteció un hecho sorprendente y fue que de los dos fuegos que antes encendiera la doncella, se apagó uno, pero renació al cabo de poco rato y el otro al fin consumióse también, pero en vez de reanimarse dejó escapar un sordo ruido, tal como

hace una ascua al mojarse, y entonces se desprendió de él un torrente de sangre. Emilia, en viéndolo, a punto estuvo de enloquecer y, en su pavor, gritaba con lastimeros quejidos, mas entonces Diana, con su atuendo de cazadora y su arco, apareciósele y le dijo:

—Sosiega tu ánimo, pues los dioses han convenido que uno de aquellos que por ti se afligen, te recibirá en matrimonio, mas no me es dado el poder comunicarte cuál de los dos es el escogido, y como no puedo retardarme más, pues debo marcharme, te digo que los fuegos de mi altar te orientarán para que puedas saber a quién estás destinada.

Y así que la diosa hubo hablado, oyéronse entrechocar las flechas de su aljaba y se desvaneció. Entonces Emilia, llena de pavor, exclamó:

—¡Oh, Diana! No sé todo lo que esto significa, pero haré lo que tú me mandes; a tu protección me acojo.

Y luego que así hubo hablado a la diosa, dirigióse a su morada por el camino más corto y todo esto sucedió en el templo de la diosa Diana y nada más añadiré.

La hora de Marte estaba pronta a llegar y Arcites encaminóse al santuario del sangriento rey y allí ofreció sus sacrificios según la costumbre pagana y, en haciéndolo, elevó su plegaria a Marte con honda devoción y con el corazón lleno de congoja dijo:

—¡Oh dios!, qué grande es tu poder, pues señor eres de los helados países de Tracia y tienes autoridad sobre todos los reinos y regiones dándoles desgracia o dicha según tu voluntad augusta, acoje, ¡oh Marte!, mi humilde sacrificio, ten compasión de mi pena y de mi juventud y yo seré en cambio uno de tus adeptos. Acuérdate, ¡oh Marte!, de tus sufrimientos y pasiones, pues, tal amabas a la hermosa Venus, que parecía de fuego tu pecho el día que lograste su posesión; recuerda también, ¡oh dios!, cuando te sorprendió Vulcano estando con su mujer, y pues que tan infortunado fuiste en amor, por tu angustioso pasado, y por todas tus penas, ten, señor, ahora lástima de las mías, pues que me aquejan tamaños sufrimientos y me siento del amor conturbado como nadie se ha sentido jamás y aumenta mi dolor el que mi amada se muestre indiferente a mis ansias ya que en verdad no le importa que viva o muera; mas si ganar sus favores quiero, he de luchar por ella en el palenque, y si tú, Marte, no me prestas tu ayuda, de seguro que me fallarán las fuerzas y así una vez más te digo, señor, que tengas presentes tus antiguas congojas para aliviar las mías y para tu honra y gloria concédeme mañana la victoria y te prometo frecuentar tu templo más que ningún otro y me afanaré siempre en seguir tus inclinaciones y duros trabajos. Llevaré mi bandera y mis

armas a tu templo y cuidaré de que no se consuma el fuego de tu altar, mas si esto no bastara, te ofrezco mis largos cabellos, que nunca he cortado, y juro desde ahora servirte mientras viva. Por ello, señor, ruégote que de mí te apiades y me alcances la victoria.

Y cuando hubo concluido su plegaria, oyóse un gran estrépito y rechinaron las puertas, y las argollas pendientes del portal del templo entrechocaron entre sí y Arcites, con todo ello, se sintió atemorizado. Entretanto, los fuegos que ardían en el altar se avivaron y desprendieron una suave y grata fragancia. Luego, dedicóse Arcites a otras ceremonias y, en el momento que éste derramaba el incienso sobre el fuego, el dios Marte parecía mover su armadura y en el aire oyóse como un lejano rumor que decía «Victoria»; y Arcites honró a Marte y le glorificó, y lleno luego de esperanzas y buenos presagios retornó a su morada sintiéndose feliz cual pájaro al salir el sol. Mas cuán lejos estaba él de sospechar (lo mismo que el resto de los mortales) la enorme contienda que en los cielos habíase desencadenado, pues por un lado estaba Venus, la diosa del Amor, y de otro lado Marte, el dios de las armas, inflexible y poderoso; y era tan fuerte la discusión que intervino Júpiter, pero sin lograr éxito, mas al fin compareció Saturno y con su sabiduría y larga experiencia puso orden y paz en el Olimpo. Pero en verdad que la vejez muchas ventajas tiene, pues de algo ha de valerle su larga práctica y así como bien se dice, «Al anciano alcanzarás en la carrera mas no en el consejo», así Saturno para poner fin a aquella discusión dijo:

—Querida hija Venus, grande es mi poder puesto que grande es la órbita en que giro, y no hay hombre en la tierra que pueda imaginar mi fuerza poderosa, pues yo soy el que provoca los naufragios, doy tétrica prisión a los hombres, les estimulo en el crimen, y así soy causa de envenenamientos, calumnias, descontentos, de la misma estrangulación en la horca, y hago todo esto cuando me hallo bajo el signo de Leo y aún muchas cosas más, tal como arruinar castillos y torres, repartir enfermedades y dolencias, inspirar traiciones y conjuras y aun con mi propia presencia propago la misma peste, y nadie sino yo mismo dio muerte a Sansón mando se hallaba asido en la columna. Así te digo, ¡oh Venus!, que contengas tu llanto, pues a ocuparme voy de Palamón, tu protegido, y haré que obtenga a su dama como le prometiste. Deja, pues, que Marte ayude al suyo y reine entre vosotros dos la paz a pesar de vuestros tan distintos caracteres; cesen pues tus lágrimas, que, como sabes, padre de tu padre soy y quiero en todo cumplir tu deseo y darte gusto.

Mas dejo ahora a los dioses, a Marte y a Venus, pues quiero pasar a contaros el gran acontecimiento sobre el que esta historia versa: Era la vigilia del día señalado y todo Atenas ardía en entusiasmo, celebráronse festines y banquetes, hubo justas, danzas y sacrificios honrando a los dioses y a Venus. Al fin, cuando todo cubo concluido, vino la noche y las gentes volvieron a sus lechos, pues debían madrugar al siguiente día. Y así, a la primera claridad del alba oyóse el piafar de los caballos y el entrechocar de las armas y, luego, viose a los caballeros montando sus palafrenes y monturas, y daba gloria de ver tanta riqueza en armaduras, aceros y escudos, así como labrados yelmos y cotas de malla y, además de los señores montados con tantos arreos, había sus escuderos que se aplicaban con esmero al cuidado de ajustar los yelmos y afirmar los escudos, e iban de ese modo todos en comitiva y hacia palacio. Y así grande era el ir y venir de las gentes y el movimiento de las hacinadas masas, el sonar de trompetas y clarines y el trajinar de los herreros, de suerte que todo ello instigaba a la matanza y al combate, y oíanse las dulzainas y atabales, mientras los caballos echaban de sus fauces blanca espuma, y, ya dentro de palacio, veíanse grupos de tres, cinco o diez personas discutiendo cuál de los dos caballeros tebanos sería el vencedor; y cada uno de ellos tenía su opinión, de modo que unos se inclinaban por el caballero de la barba espesa y otros decían que su contrario ganaría por tener más pesada hacha y ser su aspecto más fiero.

Tanta algazara y bullicio despertaron al fin al gran Teseo, quien aguardaba en su palacio la llegada de los caballeros tebanos. Y estaba el duque de pie junto al ventanal e iba tan ricamente ataviado, que más que un rey un dios parecía en su trono, y allí, bajo aquel mismo ventanal, se congregó su pueblo para verle y honrarle y para recibir sus órdenes y disposiciones y luego subióse un heraldo a un tablado y dando la voz de silencio, hizo saber a todos la voluntad del duque, diciendo las siguientes palabras:

—Nuestro señor el duque, por su muy alta prudencia y benevolencia, estima inútil el derramamiento de sangre en esta aventura, de modo que, para evitar muertes, pone enmienda a su primera determinación y dice que nadie, so pena de vida, deberá entrar en la palestra con armas, sea puñal, hacha o espada de punta afilada, ni nadie cargará a caballo usando lanza con punta más de una sola vez, pudiéndolo hacer luego a pie si ello le place, y quien en la lucha cayera en desgracia, éste no será muerto sino apartado a una estacada, que para el caso se ha dispuesto, y deberá forzosamente de permanecer en ella. Mas si ocurriera que uno de ambos caballeros jefes cayera herido o muerto, en aquel instante cesará el torneo. E id, pues, ahora a luchar y que

Dios os dé su favor y libres sois de escoger para la lucha lo que mejor os plazca, así sean mazas o espadas largas. Adelante, que hora es ya de ponerse en camino, que ésta es la voluntad de mi señor.

Y al acabar estas palabras prorrumpió el pueblo en atronadores gritos y exclamaban:

—¡El gran Dios guarde a nuestro benigno señor que a los hombres priva de destrucción y muerte!

Oyóse entonces la música y los clarines empezaron a resonar, y así aquellos campeones muy presto fueron a la palestra, y las calles estaban engalanadas con colgaduras de hilo de oro. El digno duque cabalgaba en compañía de los tebanos, llevando uno a cada lado y, tras ellos, iban la reina y Emilia y, luego, seguíanles, según su dignidad, los demás caballeros. De esta manera, antes de la hora prima estaban todos en el palenque y Teseo había tomado asiento en el regio lugar para él destinado, mientras que la reina, Emilia y el resto de las señoras ocupaban los sitios según su condición. Luego, llenaron las graderías gente del pueblo, haciendo para ello gran ruido y cuando todos estuvieron colocados, abrióse la puerta del Oeste, que era la de Marte, y apareció Arcites con sus cien caballeros, enarbolando bandera roja.



Entretanto, al Este, por la puerta de Venus, izando blanca bandera, entraba Palamón, y en su cara se reflejaban la decisión y la audacia. Y eran aquellas huestes de tanta calidad, que, de seguro, buscando, no hallaríamos otra que les aventajase, pues sus caballeros habían sido todos elegidos con acierto y eran entre sí tan iguales como quepa imaginar, y, presto, formáronse, junto a

aquellos caballeros, dos largas filas, siendo luego llamados uno a uno por su nombre, para asegurarse de que no había engaño en el número, y después se cerraron las puertas y oyóse una gran voz que decía:

—Hora es ya de que cumpláis con vuestro deber, puesto que sois jóvenes, valientes y esforzados paladines; yo os digo: ¡Adelante!

Entonces, los reyes de armas picaron espuelas y se apartaron a ambos lados de la liza y, al son de trompas y clarines, los caballeros del Este y del Oeste, avanzaron todos con las lanzas enristradas y las astas de las lanzas chocaron contra los escudos y quebráronse, haciéndolo con tanta fuerza que más de un pedazo fue lanzado a una altura de veinte pies, y así muchos fueron heridos y muchos fueron los huesos rotos, y la sangre manó en gran abundancia, de tal modo que, doquier se fijara la vista, podía verse. Y así fueron unos yelmos atravesados, y derribados otros, reluciendo las espadas como la misma plata, y en este tremendo fragor de la batalla veíanse entrechocar los caballos y bajo ellos yacía más de un caballero derribado y vencido. Duró la lucha y de vez en cuando mandaba retirar Teseo a los heridos y éstos, aun en contra de su voluntad, eran apartados a las opuestas estacadas, y a su vez la lucha era también suspendida a intervalos para que los paladines pudieran reposar y beber.

Repitiéronse los encuentros muchas veces a lo largo del día y cada vez la lucha era más encarnizada entre los dos rivales y ocurrió que, en uno de ellos, ambos caballeros rodaron al suelo descabalgados y tal era su furor y crueldad que parecía Arcites un tigre de Gargafía y Palamón un león de Balmaria[37], mas en verdad ningún tigre o león hubieran sido tan fieros como los dos caballeros, porque ambos batíanse enloquecidos por causa de los celos, y sus cuerpos fueron bien pronto cubiertos de roja sangre. Sucedió, no obstante, lo que tenía que suceder y, así como no hay cosa en este mundo que no tenga su fin, lo mismo ocurrió aquí, y fue que, antes de oscurecer, cuando, viendo el noble Emeterio la lucha que sostenían Arcites y Palamón, se lanzó aquél sobre este último causándole tan profunda herida con la espada que el tebano cayó en tierra y así dio Teseo la orden de que fuera apartado de la liza, mandando para ello una veintena de hombres para que lo sujetasen, y así se hizo a pesar de la oposición y resistencia del caído.

Entretanto, el poderoso rey Licurgo, que había prestado su ayuda a Palamón, fue derribado del caballo y aun el mismo Emeterio, a pesar de su vigor, había sido desmontado también a causa de un golpe que recibiera de Palamón antes de ser apresado. Pero, volviendo a Palamón, diré que, al cabo, pese a sus esfuerzos, fue llevada a la estacada, teniendo que permanecer allí

en cumplimiento de la orden de Teseo; mas grande era su tristeza, tal que me atrevería a afirmar que no hubo nunca nadie tan triste como Palamón lo fue al serle impedido continuar en la liza. Teseo, percatándose de lo que sucedía, con fuerte voz clamó:

—Cese el combate y sean vuestras armas arrojadas. Yo, juez efectivo y justo, digo que Emilia es de Arcites de Tebas, quien la ha ganado gracias a la fortuna y en buena lid.

Y en oyendo esto, el pueblo lanzó tan estrepitoso vocerío que las graderías parecieron derrumbarse. Mas, ¿en qué se ocupaba la hermosa Venus, diosa del amor, que así había abandonado a su protegido?

Pues, si lo queréis saber, Venus lloraba, y su llanto era amargo, ya que su deseo no había sido cumplido, y, mientras maldecía y se llenaba de oprobio, sus lágrimas deslizábanse quedamente del Olimpo y caían sobre el palenque. Mas el poderoso Saturno, viéndola tan atribulada, acercósele y le dijo:

—Haya en ti sosiego y paz, pues Marte ha obtenido lo que su deseo era, la victoria de su caballero. Yo, Saturno, te prometo, como hija mía que eres, que pronto te será dada la consolación.

Mas a la tierra vuelvo y he aquí que estaban las trompas atronando con su son y los heraldos con potentes voces anunciaban la gloria del victorioso Arcites, cuando, en aquel mismo momento, ocurrió el más prodigioso hecho que jamás nadie haya visto; ved si no:

El feroz Arcites quitóse el yelmo y, picando espuelas a su corcel, entró en el ancho palenque, para que todos pudieran admirarle, y, cabalgando llegó al lugar donde se hallaba su amada y, alzando su rostro fijó sus ojos en ella, mas viendo que la dama a su vez le correspondía con la mirada (que siempre suelen las mujeres a tales cambios de destino acomodarse), sintió su pecho desbordar de alegría, pero, asombraos, pues de la tierra salió, entonces, una furia del averno, la cual fue enviada por Plutón a ruegos de Saturno, y era tal la furia que el ánimo de las gentes quedó sobrecogido y tanto fue que el caballo de Arcites, en viéndola, se encabritó de tal manera que, antes de que el jinete pudiera sujetarse, fue despedido por la cabeza del caballo cayendo el vencedor Arcites en tierra, como muerto. El metal del arzón habíale golpeado, quebrantando su pecho por dentro, yacía impregnado en sangre y era su rostro negro como el carbón o como la corneja. Mas vinieron presto unos hombres y sacaron a Arcites de la palestra llevándolo al palacio de Teseo y allí fue acostado en una cama y deseñida la armadura, en todo lo cual mostraron gran solicitud y honradez y, mientras, el triste e infortunado caballero con voz acongojada no cesaba de llamar a Emilia.

Teseo, con su comitiva, llegó al cabo a su palacio de Atenas y para ello no omitió ninguna pompa ni ceremonia, porque no quería afligir a su pueblo con el peso de aquella desgracia, pero lo cierto es que tenía el convencimiento de que Arcites lograría sanar y así estaban todos los demás paladines llenos de júbilo, pues, por suerte, ninguno de ellos había muerto, aunque sí había alguno muy mal herido, especialmente uno que tenía el esternón hecho pedazos. Algunos de aquellos caballeros se ocupaban en curar a los heridos y aplicaban para ello medicamentos, aunque los había que se valían de encantamientos o brebajes de hierbas, bebiendo éstas para no perder sus dañados miembros.

El duque Teseo, viéndoles en aquel estado, dioles ánimo y les confortó y a todos honró lo mejor que pudo y, al llegar la noche, mandó preparar un festín, según las costumbres, en agasajo de los señores. Y así todos departieron amigablemente, pues habiendo sido el lance a justa o torneo, nadie considerábase derrotado, ya que verse descabalgado es sólo un percance, ni tampoco supone deshonor o cobardía ser lanzado en tierra y llevado luego por fuerza y sin rendirse a una estacada y, con mayor razón, si estando solo, le aferran veinte caballeros mientras otros se cuidan de alejar su montura.

Y, de esta suerte, el muy noble duque ordenó pregonar que cesaran las rencillas y hubiera paz y para ello manifestó que ambos lados habían luchado con igual valor y por lo mismo merecían ser iguales como hermanos; y, para celebrarlo, dio grandes fiestas que duraron tres días seguidos y obsequió a los paladines con regalos, haciéndolo a cada uno según su clase. Mas luego que las fiestas hubieron terminado, quisieron aquellos señores retornar a sus lejanas comarcas y así se despidieron de Teseo y éste les hizo el honor de acompañarles un día entero, concluido el cual, se separaron definitivamente y todo fueron adioses y presagios felices para el viaje.

Y pongo fin a tan honrosa batalla pues retornar quiero a Palamón y a Arcites y así diré que el pecho de éste hinchábase y ennegrecíase cada vez más, aumentando el dolor de su corazón; ni la misma ciencia de los sabios pudo evitar que la sangre coagulada en las vísceras se corrompiera, ni tampoco valieron sangrías, venosas, ni infusiones de hierbas; nada logró impedir que aquella sangre se pudriera, pues ni siquiera la llamada fuerza expulsora: natural fue capaz de eliminar el veneno, de modo que los conductos de los pulmones de Arcites hincháronse y su pecho inundando de aquella infesta materia, pudrióse al cabo, y nada pudieron los vomitivos y purgantes que le administraron, pues habíase extendido de tal suerte la putrefacción, que todo remedio era vano y, así digo que, cuando la naturaleza

no proporciona alivio, más vale llevar al enfermo a la iglesia y esto aconteció al infortunado Arcites y, comprendiendo él que iba a morir, hizo llamar a Emilia y a su primo Palamón y les dijo:

—Tal es mi congoja que me impide expresar el espantoso surtimiento de mi corazón. A ti, señora, a quien amo y por la que tanto he penado, me dirijo y ruego que, estando próxima mi muerte, te ocupes del cuidado de mi alma. Mas, en verdad, te digo que grande ha sido el dolor que por ti he padecido, pero, por cruel injusticia, viene ahora la muerte y me separa de ti, que mi amor y mi esposa eres, pero, ¿qué es este mundo, sino ruina?, y ¿a qué puede el hombre aspirar, sino a la soledad y desamparo de la fría tumba? Adiós te digo, mi dulce amada Emilia, pues voy a morir, pero antes, decirte algo debo; acércate y atiende, pues, y en tus brazos sosténme que voy a hablarte. Por unos desgraciados celos, enemigo de Palamón he sido durante muchos años y ello causa ha sido de continuos enojos y sufrimientos, mas sabe que desde ahora en mi corazón ha cesado el rencor y reconozco a Palamón como primo y hermano mío y te digo que puesto que es leal y honrado caballero, además de prudente, humilde y generoso y noble, tanto que confieso no haber conocido nunca a nadie como él, por esta razón y por estar de ti muy enamorado no debes mientras vivas echarle en olvido.

Y en aquel momento falló la voz de Arcites y, al fin, la muerte le invadió el pecho y así sus vigorosos brazos cayeron y poco a poco las fuerzas le abandonaron; mas, a pesar de ello, aún en su corazón persistía la vida, pero al cabo también la muerte puso su garra en él y se nubló su pensamiento y sus mismos ojos enturbiáronse, mas aún antes de expirar pudo mirar a su amada y murmuró:

—¡Emilia, piedad!

Y su espíritu abandonó la tierra y fue allí donde yo no diré, puesto que nunca estuve y así silencio todo lo que a las almas se refiere pues de ellas nada sé y cuídese el que sepa de dar su opinión. Y así que muerto Arcites, dejémosle en manos de Marte y pasemos nosotros a ocuparnos de Emilia. Ésta, al ver a su caballero exánime, lanzó un grito desgarrador y cayó sin sentido, y Teseo, sosteniéndola en sus brazos la separó del cadáver. Pero pasaré sin explicar el llanto de Emilia, pues, como es sabido, en estos casos, cuando las mujeres pierden a sus maridos o prometidos, suelen tener tal dolor que muchas veces llegan a enloquecer y aún a morir.

En toda la población se lamentó y lloró la muerte del caballero Arcites, de tal manera que hasta los viejos y los niños la deploraron y fueron las lágrimas tan abundantes que de seguro no se lloró tanto cuando la muerte de Héctor en

Troya; pues hubo quien en su desesperación se rasgó el rostro o se mesó los cabellos y así oyose a las mujeres gemir y lamentarse diciendo:

¿Por qué te has ido ¡oh Arcites!, si tenías suficiente oro y además a Emilia?

Igualmente, apenado se hallaba Teseo y no había consolación pula él; empero, su anciano padre Egeo, que mucho conocía el mundo, pues numerosas veces había visto trocarse la dicha en pena y ésta a su vez en júbilo, así era su experiencia tanta, que ton sus consejos lograba mitigar la pena que su hijo sentía y también la de los demás, citando para ello numerosos ejemplos y comparaciones.

Y así decía:

Nunca ha muerto nadie que no viviese y nunca vivirá nadie que no haya de morir, puesto que estamos aquí de paso y es sitio de amargura este mundo, peregrinos somos y andamos en todas direcciones hasta dar con la muerte que pone fin a todos los terrenos padecimientos.

Y así siguió hablando muy sabiamente durante mucho rato, para de ese modo consolar a las gentes.

Entretanto, el duque Teseo pensaba dónde daría sepultura al pobre Arcites, pues quería para él una tumba honrosa y buena romo correspondía a su condición, y, al cabo, ocurriósele que el mejor sitio para enterrarle sería sin duda el lugar del bosque donde una vez Arcites y Palamón riñeran, y donde Arcites, de amorosas ansias lleno, sintióse abrasado por primera vez con el fuego de su pasión.

Entonces Teseo mandó aserrar unas viejas encinas y formó con ellas hileras que dejó dispuestas para la cremación del cadáver, y, mientras sus sirvientes se apresuraban en cumplir sus órdenes, corriendo a caballo de un lado para otro, hizo Teseo preparar un féretro y lo cubrió con las más ricas telas de oro que poseía. Luego, con gran ceremonia, hizo amortajar a Arcites y mandó que sus manos fueran calzadas con blandos guantes y su cabeza coronada de laurel, poniendo luego a su lado una reluciente y afilada espada. Y fue de ese modo depositado en el féretro y su rostro estaba descubierto. Teseo lloraba que daba compasión ver y, al llegar al siguiente día, hizo conducir el cuerpo de Arcites al vestíbulo de su palacio para que las gentes lo vieran y honraran y todo fueron lamentos y ruido de sollozos.

Palamón acudió también e iba vestido de luto y hecho un mar de lágrimas; sus barbas estaban sin peinar y sus cabellos llenos de ceniza, y Emilia, que también estaba allí, lloraba más que ninguna, pues era la que más sentía el dolor.

Siendo la voluntad de Teseo que se celebraran exequias especiales, hizo traer tres caballos de batalla, de enorme corpulencia, y los hizo cubrir de hierro bruñido, engalanándolos con las armas de Arcites, y sobre los corceles montaron tres jinetes, y llevaba uno el escudo del muerto, otro su lanza y el último un arco turquestano y, además, su aljaba de brillante oro como la misma armadura.

Y con doloridos rostros, salieron en comitiva hacia el camino del bosque y cruzaron la ciudad llevando el féretro en hombros, y, junto a él, iban los más ilustres caballeros griegos. Y así todos cabalgaron y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, y, doquier en la ciudad se mirara, veíanse colgaduras adornadas de crespones negros.

El anciano Egeo iba a la derecha del cadáver y a su izquierda el duque Teseo y ambos eran portadores de vasos del más fino oro, los cuales contenían miel, vino y sangre. Seguíales Palamón, con su brillante cortejo, e iba a su lado Emilia, que dolorida, llevaba, según costumbre de la época, el fuego que debía ser empleado para las ceremonias fúnebres.

Tras laboriosa jornada, quedó el servicio fúnebre preparado, así como la pira cineraria, la que era tan vasta que con sus árboles extendidos medía hasta veinte codos, y colocaron sobre ella grandes haces de paja, así como también las ramas de los árboles, las que dispusieron de muy hábil manera. Mas de cómo se compuso la pira, no explicaré nada, como tampoco diré de la forma que se amontonaron aquellos árboles que eran en su mayoría encinas, pinos, abedules, álamos, olivos, robles, sauces, chopos, olmos, plátanos, fresnos, bojes, castaños, tilos, laureles, arces, espinos, hayas, avellanos y tejos, ni cómo éstos fueron derribados, ni cómo los faunos, dríadas y ninfas del bosque corrían al ser arrojados de sus moradas, ni el asombro de la tierra del bosque, cuando desprovista de árboles sintió el sol por primera vez; ni quiero decir tampoco cómo la pira se erigió, con paja primero y con árboles partidos en tres secciones y luego con verdes ramas de hierbas aromáticas, ni cómo luego fue cubierta de finos lienzos de oro y adornada con guirnaldas de flores, mirra y piedras preciosas.

Mas tampoco contaré cómo el difunto fue colocado en medio de tantas riquezas, ni las que llevaba consigo el propio cadáver, ni cómo Emilia prendió fuego a la pira, según la buena usanza, ni cómo ella perdió el sentido al ver elevarse las llamas. Y así callaré, también, las palabras que allí se pronunciaron y cómo el fuego se extendió y cómo algunos lanzaban sus lanzas a la lumbre y otros lo hacían con las vestiduras del muerto, mientras la hoguera, voraz, alimentábase de sangre, de leche y de mirra.

Y así no diré, tampoco, cómo todos los griegos corrieron tres veces rodeando la hoguera, yendo de derecha a izquierda y lanzando fuertes voces, ni cómo luego entrechocaron sus lanzas por tres veces, ni cómo fue Emilia conducida a palacio, y menos diré cómo Arcites fue reducido a cenizas, ni quiénes fueron los que velaron por la noche, ni hablaré de los festejos fúnebres, ni diré quiénes fueron los que lucharon mejor. No, nada de eso diré, ni tampoco, cómo regresaron a Atenas los ciudadanos, cuando al fin las ceremonias hubieron concluido, porque en verdad que mi deseo es poner pronto remate a esta larga historia.

El transcurso de los años hizo que los duelos y lágrimas cesaran, y los griegos decidieron entonces tener una asamblea en Atenas, pues había que discutir varios asuntos, entre los cuales estaba el ordenar entera sumisión a los tebanos y concertar la alianza con algunas ciudades. Por esta razón, el noble Teseo mandó llamar al digno Palamón y, aunque calló el motivo de su cita, éste compareció diligente, mas en su cara reflejábase la tristeza y sus vestiduras eran negras.

Y viole Teseo llegar y fue presuroso en busca de Emilia y, ya todos reunidos, acomodáronse en sus asientos y reinó por largo tiempo el silencio. Al cabo, viendo Teseo que la ocasión era propicia, alzó la vista en derredor suyo y exhaló un hondo suspiro y luego, con semblante grave, manifestó sus intenciones del siguiente modo:

—Cuando de las cosas el Impulsor primero, hizo en el cielo la suave cadena del amor, en verdad que la forjó con bien elevados propósitos y fecundas consecuencias y de cierto que sabía lo que pretendía, puesto que con aquella cadena unió fuego, aire, agua y tierra. Y esta misma Fuerza y Causa ha establecido en esta tierra el período de tiempo o la duración precisa para que nazca lo que aquí se engendra; y son estos tiempos inexcedibles, aunque no inacortables, y no es menester gran autoridad para afirmarlo porque la experiencia lo enseña. Empero, quiero dejar aparte esos razonamientos y exponeros mi criterio y así digo: Por ese orden de las cosas, sabemos que el principio de todo es inmutable y eterno; por consiguiente, no se precisa de gran entendimiento para advertir que todo procede de su todo. Y, así, la naturaleza no tomó sus principios de parte o fragmento de cosa, sino de un Ser perfecto e inmutable, aunque en el transcurso del tiempo esta misma naturaleza se haya degradado y corrompido. Por eso el Creador, en su providencia dispuso que las especies y evoluciones de los seres se propagaran mediante sucesivas herencias y no por ser los seres eternos e infinitos. Mas, cosa es ésta que puede verse y para ello sólo hace falta mirar y así vemos

cómo el roble crece hasta alcanzar gran tamaño y, a pesar de ello y de los muchos años que vive, muere al fin, y así la dura piedra se desgasta, se secan caudalosos ríos y grandes ciudades declinan y desaparecen de modo que todo tiene su término; y, en cuanto a mujeres y hombres se refiere, es fuerza del destino que en su juventud o vejez mueran y nadie puede escapar a este destino, y así mueren el rey y el paje y lo hacen unos en el lecho, en el extenso campo otros o también en el profundo mar; y esto es bien sabido, pues nadie ignora que todos hemos de seguir el mismo camino así como las cosas han de perecer también, porque de esa manera lo dispuso el poderoso Júpiter, que es principio y causa de todo ser y absoluto en su voluntad, de la que depende cuanto existe y contra la cual no hay humana criatura capaz de luchar sea cualquiera que sea su condición. Por todo lo que acabo de exponer, deduzco: que es de sabios hacer de la necesidad virtud y aceptar de buen grado lo que no tiene remedio y más aún si ello implica obligación para uno mismo, que el que todo quiere, acaba de seguro por enloquecer, puesto que se alza contra el que todo lo dispone. Y así, pues, os digo que con más honra muere el hombre cuando lo hace en su plenitud y apogeo y tiene, además, buena reputación, pues en este caso deben sus parientes y amigos tener gran consuelo al verle exhalar su último aliento, ya que su muerte sólo puede proporcionarle honor y fama, cosa que difícilmente lograría si muriese viejo, pues es muy probable que sus hazañas estuvieran ya olvidadas. Y así es que siempre es mejor morir cuando más fama se tiene y de ese modo se logra alcanzar mayor reputación, e ir contra el destino es en verdad testarudez y por esto yo os digo: ¿Por qué hemos de desolarnos viendo al buen Arcites, modelo de caballeros, dejar con honra la prisión de esta vida? ¿Por qué deploran su primo y esposa la muerte de quien tanto les amó? ¿Podrá él tener agradecimiento de sus lágrimas y lamentos? Por el mismo Dios que no, y así además de injuriarse ellos mismos, le injurian a él, viéndose a su vez privados de satisfacer sus propios e íntimos deseos. Y, luego de tan largo razonar, infiero que no debe permanecer el dolor en nuestras almas, sino que, desechando éste, es menester alegrarnos, y agradecer a Júpiter sus muchas mercedes. De manera que, antes de abandonar este lugar, propongo que de las penas hagamos una alegría y que ésta sea perfecta y duradera. Y así es mi voluntad (y la de toda la corte) que tú, Emilia, mi hermana, otorgues tu gracia y favor y aceptes como a tu señor y esposo al muy digno Palamón, que durante tanto tiempo te ha servido con todo el corazón y fuerzas. Es pues nuestro acuerdo que concedas tu mano a Palamón y le des muestras de tu clemencia de mujer; pues es este caballero de muy alta dignidad, como

sobrino de un rey; mas aunque fuere de más modesta condición, tanto ha sufrido por tu amor y tanto te ha honrado que no deberías olvidarle, pues la piedad debe siempre anteponerse a la justicia.

Y dirigiéndose a Palamón le dijo: De cierto que no precisan mayores razones para que consientas en esto; acércate pues, y alcanza tu dama de la mano.

Y de ese modo se estableció entre los dos el alto sacramento que llaman casamiento o matrimonio y ello fue con el beneplácito de todos los varones de la asamblea. Y entre la gente reinó el júbilo y hubo música de alborozo general, y así Palamón unióse a Emilia, y Dios, creador de este vasto mundo, les otorgó su favor que bien merecían. Palamón fue venturoso y tuvo riquezas y alegrías, y vivieron una larga vida, siendo amado por Emilia con gran ternura y atendiéndole él con tanta delicadeza, que nunca hubo entre ellos celos ni otras discordias.

Y así termina la historia de Palamón y Emilia, y Dios guarde a esta honrada compañía.



Razonamientos entre el hostelero y el molinero

Cuando el Caballero hubo concluido su historia, todos en la compañía, jóvenes y viejos, acordaron que aquel relato había sido bueno y digno de

memoria, siendo los nobles quienes más la elogiaron.

—Creedme —dijo el Hostelero riendo—, buen camino llevamos, el saco se ha abierto ya; veamos quién relatará la próxima historia, pues de cierto que el juego ha empezado bien. Señor Monje, si podéis contadnos ahora vos algo que pueda competir con la historia del caballero.

El Molinero, con el rostro demudado por la bebida, apenas lograba sostenerse sobre su montura; era un hombre de modales rudos y comenzó a escandalizar con sus juramentos.

—¡Por los brazos de Cristo, por su sangre y por sus huesos!, que podría contaros una muy divertida historia, la cual apagaría, sin duda, a la del caballero.

Mas el Hostelero, viendo que estaba ebrio, le amonestó:

—¡Refrena tus impulsos, viejo loco! Sé razonable y abandona tu puesto, pues mejores cualidades debe poseer el que relate nuestro cuento.

—Pardiez, que no haré tal cosa —dijo el Molinero—, pues, si no logro contar mi historia, me he de marchar de esta compañía.

—Malhaya con tu insensatez —dijo el Hostelero—, ¿acaso ignoras que tu ingenio flojea por el abuso de bebida?

Pero el Molinero interrumpió, diciendo:

—Atended todos vosotros, reconozco mi embriaguez, por lo que si mi voz es ronca o tartamudeo, no me achaquéis a mí la culpa, sino dádsela a la cerveza de Southwork. Ahora bien, la historia que quiero contaros trata de un estudiante y de la manera que éste puso cuernos a un carpintero, con la esposa de este último.

—Silencio —dijo el Mayordomo—, olvidas que, además de borracho, eres necio, pues de insensatos es el calumniar a un hombre y poner mala reputación a las mujeres; mejor sería si hablaras de otra cosa.

Pero el ebrio Molinero replicó:

—Mi viejo y querido Oswald, has de saber que cuando un hombre no tiene esposa no puede ser cornudo, y no digo esto pensando que tú puedas ser uno de ellos, pues hay esposas muy virtuosas; casi diría que hay mil por cada una mala. En fin, tú debes saberlo. No te inquietes, pues, por mi historia y escúchala, pero antes, debo informarte de que también yo tengo esposa y, ni por todos mis bueyes consentiría en ser llamado cornudo, a menos que, en verdad, lo fuese, pero lo cierto es que no lo soy. Sin embargo, un hombre no debiera hurgar demasiado estrechamente en los secretos de Dios ni en los de su esposa, pues mientras en ella encuentre bienes y riqueza hará bien en no investigar el resto.

Y en su propio estilo, empezó el Molinero el relato de aquella indigna historia, y temo ahora tener que reproducirla aquí fielmente, por lo que ruego a toda persona refinada no vea en ello mala intención por mi parte, sino sólo el deseo de no omitir ningún cuento, ya sea bueno o malo, pues, de lo contrario, sería falsificar esta obra.

De manera que, si alguien lo juzga conveniente, vuelva la hoja y escoja otra historia. Encontrará abundantes de ellas cuyos temas tratan de buenas costumbres, moralidad y piedad. No me culpéis a mí, pues, si os equivocáis en la elección; es el Molinero persona poco digna, como muy bien habéis observado, y, por consiguiente, su cuento también lo es, y lo mismo digo del Mayordomo y de muchos otros, todos los cuales contaron cuentos soeces.

Pensadlo pues detenidamente antes de empezar la lectura y no me achaquéis luego la culpa, mas yo os digo que todo está escrito en plan de chanceo y nada hay en ello que pueda tomarse en serio.

Cuento del molinero

TIEMPO ha vivía en Oxford un perchero, que era carpintero de oficio y viejo en años además de rico; en su casa admitía huéspedes, por lo que con él vivía un estudiante muy pobre, pero muy letrado, pues conocía las artes liberales y tenía apasionante vocación para el estudio de la astrología, de manera que podía calcular las respuestas a muy diversos problemas, como predecir el tiempo, anunciando lluvia o viento según el dictado de las estrellas, pronosticar tales o cuales acontecimientos de una u otra clase que omito, por ser muy largos de enumerar.

Este estudiante llamado el gentil Nicholas, a pesar de ser tan recatado como una doncella, tenía una rara habilidad en asuntos amorosos y gustaba de solazar a las mujeres. En su alojamiento disponía de una habitación particular, la cual estaba bien provista de hierbas olorosas pues él mismo era buen bebedor de licor de raíces y de valeriana; en la cabecera de su cama, en un estante, colocados en buen orden, descansaban su Almagesto[38] y otros libros de astrología y de cálculo, así como su astrolabio[39]. Cubría su armario un tosco y rojo paño y, colocado sobre él, veíase un salterio que el estudiante acostumbraba tocar por las noches, llenando de placenteras melodías aquel aposento. Tocaba a veces el «Angelus de la Virgen», otras, «La Marcha del Rey», pero lo hacía tan dulcemente que a menudo la gente solía premiar su voz, y con esto y con la ayuda de una pequeña renta que poseía y con lo que los amigos proveían pasaba su tiempo este digno y jovial estudiante.

Había el carpintero contraído reciente matrimonio con una doncella de dieciocho años a la que quería más que a su propia vida, y sobre la que ejercía gran vigilancia, a causa de sus celos, no dejándola salir de casa, pues nada en el mundo temía tanto como el llegar a ser cornudo; el buen hombre, en su escaso saber, no pudo nunca llegar a conocer el consejo de Catón que dice: «Hará bien el hombre en casarse con alguien de su condición». Así, pues, los hombres debieran casarse con mujeres apropiadas para su posición y tiempo

de vida, puesto que la vejez y juventud van en común desacuerdo. Pero el carpintero había caído en el cepo y tuvo que soportar sus molestias como las demás gentes.

Era una bella mujer y joven, con cuerpo flexible y dócil cual un velero, llevaba sobre los hombros una bata tan blanca como la leche, con franja de seda moteada y en su blusa lucía un cuello blanco, bordado todo él de seda tan negra como el carbón. Llevaba, además, un sombrero blanco, rematado al cuello por cintas y adornado en su parte alta con una ancha tira de seda, y, debajo de unas arqueadas cejas, sus ojos penetrantes y negros como la endrina, eran atrevidamente lascivos. Era más deliciosa de mirar que una pera en flor y su tacto más suave que una nube. Un bolso de piel adornado de borlas y botones de metal pendía de su ceñidor. Largo trecho andaríais sin encontrar hombre capaz de imaginar tan bella doncella, pues su tez brillaba más y mejor que las recién acuñadas monedas de oro de la Torrea y era su canto tan suave y ligero como el de la golondrina en el granero y saltaba y retozaba como un cabrito o como un ciervo a quien persigue la hembra; su boca era tan dulce como el hidromiel o como frescas manzanas del árbol, y era tan retozona y voluble como un potrillo, era alta como un mástil y esbelta como una flecha. Más abajo de su cuello, lucía un broche tan grande como el relieve de un escudo y su calzado bien ceñido sujetaba buena parte de la pierna. Era bella como la margarita y lozana como el melocotón y digna del lecho de un príncipe o de casarse con un hacendado.

Ahora, señores, ocurrió que, estando un día su marido en Oseney, el gentil Nicholas, que era un astuto y redomado pícaro, comenzó a retozar y a holgarse con aquella mujer y así viose de pronto prendido por sus encantos.

—Querida —le dijo—, lleno de amor estoy por ti y grandes son mis ansias de poseerte, de manera que si no me otorgas tus favores moriré.

Y, mientras hablaba, sus manos sujetaban fuertemente su cintura.

—Amémonos —añadió—, pero que sea ahora.

Revolvióse ella entonces, como potro herido, y con rápido gesto apartó la cabeza.

—Vete, no quiero que me beses, y si lo haces pediré auxilio. Aparta tus manos de mi cuerpo, ¿son ésos los modales de un caballero?

Pero Nicholas empezó a argüir, haciendo de su causa tan buena defensa que ella al cabo se rindió jurando por Santo Tomás de Canterbury ser suya a la primera ocasión.

—Mi marido está enfermo de celos, por lo que deberás esperar con paciencia y ser cauto, de lo contrario sería mi perdición —dijo.



Mas Nicholas contestó:

—No sea esto para ti motivo de preocupación; si un estudiante no puede discurrir mejor que un carpintero, señal sería para él de haber perdido el tiempo.

Así, pues, como he dicho, acordaron ambos esperar mejor ocasión. Esto dispuesto, Nicholas acarició debidamente los muslos de la joven y la besó con ternura y luego cogiendo su salterio entonó una alegre melodía.

Pero, un buen día, ocurrió que aquella santa y digna esposa dejó de lado sus domésticos quehaceres y encaminóse a la iglesia de la parroquia para cumplir con sus devociones; moraba allí un sacristán llamado Absolón, el cual tenía el cabello rizado y tan brillante como el oro, llevándolo suelto en forma de abanico, desde la raíz hasta media espalda. Era de tez rosada y sus ojos grises parecían los de un ganso, calzaba medias rojas al estilo de la época y botas de tan buena horma que podían compararse al rosetón de la iglesia de San Pablo, usaba chaqueta azul claro de impecable corte, adornada de encajes y sobre ella llevaba una sobrepelliz tan blanca que parecía rociada de capullos en flor; en verdad que era aquél un buen mozo, además de lo cual sabía provocar sangrías, conocía el oficio de barbería y tramitaba documentos legales y, también, sabía danzar de veinte maneras distintas, pero según el estilo que entonces imperaba en Oxford, lanzando las piernas en todas direcciones, y cantaba, también, con voz aguda acompañándose de una viola de dos cuerdas, e incluso sabía tocar la guitarra. No existía posada ni tugurio en la ciudad que no hubiese animado con sus visitas, siendo de su preferencia las mejor provistas de mozas. Sin embargo, era escrupuloso en lo que se refiere a ventosidades y algo relamido en su conversación.

Pero, aquel día, al tomar Absolón en sus manos el incensario, notó dentro de sí un extraño desasosiego y, mientras incensaba a las mujeres de la parroquia, sus ojos de cordero no se apartaban de ellas, yendo al cabo a posarse en la buena mujer del carpintero, pues en verdad aquella mañana iba tan pulcramente ataviada que resultaba muy atrayente, de manera que el sacristán, al mirarla, creyó poder colmar su vida de felicidad, y digo yo que si ella hubiera sido un ratón y él un gato, de cierto que se le habría echado encima. En fin, tan absorto estaba en su contemplación que dejó de tomar las limosnas que las mujeres ofrecían en la colecta, aduciendo que las buenas maneras se lo impedían.

Así pues, aquella misma noche, bajo la luz de la luna llena, Absolón tomó su guitarra y se dispuso a iniciar su cortejo, partiendo lo más aprisa que pudo hasta llegar a la casa del carpintero; y, a la hora en que canta el primer gallo,

el sacristán tomó su puesto bajo un ventanal, cerca de un cobertizo próximo al muro, y púsose alegremente a cantar en voz suave y dulce, mientras se acompañaba con la guitarra:

Oye, señora, mi ruego,
pues que tanto te amo,
ten compasión de mí y de mi amor...

Su canción, al cabo, despertó al digno carpintero, que dirigiéndose a su mujer le dijo:

—Allison, ¿oyes?, Absolón está cantando en la calle bajo nuestra alcoba.

—Sí, John —repuso ella—. Lo oigo, y tan claramente que creo distinguir cada una de sus notas.

Pero Absolón no se dio por vencido, sino que alegre y jovial vino noche tras noche a cortejar a la mujer hasta que su corazón fue llenándose de melancolía y de tristeza, de tal modo que viose privado del sueño y apenas comía. Para aliviar su pena, dedicábase a peinar sus rubios rizos y a pulirse y hermosearse en lo que podía. Cuando no lograba galantearla personalmente, enviaba emisarios con pruebas de su amor, mas si conseguía llegar junto a ella, entonces gorjeaba como un ruiseñor, y no pasaba día sin que la obsequiase con vino, hidromiel o cerveza especiada, además de tiernas tartas recién sacadas del horno, y dábale también dinero, pues viviendo en la ciudad, con él podía adquirir buena cantidad de cosas. Mujeres hay que se ganan con riqueza, otras a fuerza de palos y algunas con ternezas.

Un día, incluso, para demostrar su talento y versatilidad, representó Absolón a Herodoto, pero ni con eso logró atraer la atención de la que amaba, pues ella prefería al gentil Nicholas y gozaba haciendo escarnio del pobre Absolón, el cual de muy buena gana se hubiera echado al río, pues no podía soportar sus continuas burlas.

Dice un viejo refrán: «Sé cauto si te ha favorecido el amor y procura no ausentarte, que un amor lejano pierde toda oportunidad». Y, así, mientras Absolón lejos de ella se enfurecía, Nicholas de cerca, le tomó el puesto.

Mas ahora, dejaremos a Absolón en su congoja para continuar la historia de Nicholas. Y ocurrió que un sábado, el carpintero partió para Oseney y Nicholas y Allison acordaron idear alguna treta por la que, distrayendo la atención del celoso marido, dejara éste de vigilar a su mujer, de manera que ello les diera ocasión de pasar la noche juntos como era su deseo.

Nicholas, que no podía dominar sus ansias por más tiempo, llevó con todo secreto a su habitación comida y bebida suficiente para abastecerse durante un día o dos, y luego dijo a Allison.

—Si tu marido preguntara por mí, mientras estoy en la habitación, deberás decirle que no sabes dónde me hallo, que no me has visto en todo el día y que lo más probable es que haya enfermado, puesto que de mi alcoba, a pesar de haber llamado fuertemente la doncella, no se ha obtenido contestación alguna.

Y así, pues, durante todo aquel sábado estuvo Nicholas tranquilamente acomodado en su aposento, y comió y bebió e hizo lo que le vino en gana hasta la noche del próximo domingo. En esto, el carpintero empezó a sentir preocupación por el estudiante y se preguntaba qué podría haberle ocurrido. «¡Por Santo Tomás!», se decía, «¿qué habrá sido de él? Temiendo estoy por su suerte. ¡Confío que el Dios Todopoderoso le preste su auxilio y le libre de la muerte súbita! En verdad que es incierto este mundo; hoy, sin más, he visto llevar el cadáver de un hombre a la iglesia, el cual gozaba el pasado lunes de excelente salud, y lo digo porque yo mismo lo había visto trabajando».

Luego, dirigiéndose al mozo le dijo:

—Sube al piso de arriba y grita a la puerta de la alcoba del huésped, y si es preciso, golpéala con una piedra, pero entérate de una vez de lo que ocurre y vuelve pronto para decírmelo.

Y el mozo, no sin cierto temor, subió la escalera, y púsose a vociferar y aporreó con fuerza la puerta de aquel aposento.

—¡Eh!, señor, contestad. ¿Estáis durmiendo? Contestad.

Mas todo fue en vano; no hubo respuesta. Sin embargo, en el fondo de uno de los paneles había un agujero por el cual solía entrar el gato, y el mozo, agachándose, miró detenidamente por él; al cabo, pudo vislumbrar a la escasa luz de la estancia al gentil Nicholas. Estaba enhiesto, sentado, mirando hacia arriba con la boca abierta de par en par, como un lunático o un enajenado; así que, viéndole el mozo en aquel estado, quedó muy intrigado y echó a correr hacia abajo para informar a su amo de lo sucedido.

Entonces, el carpintero, lleno de espanto, comenzó a santiguarse y a implorar la ayuda de Santa Fridisvinda[40].

—¿Quién hubiera podido imaginar nada semejante? —dijo—. En verdad que nadie sabe lo que puede haber dentro de nosotros. He aquí a este pobre mancebo; a fuerza de consultar sus astrolabios ha caído en algún sortilegio o encantamiento; por cierto, que temía yo que esto ocurriese. Y, así, digo que en verdad la gente no debiera hurgar en los secretos de la Providencia. Bendito sea el hombre de sencillo corazón que no tiene en su saber otra cosa que el

Credo. Y ahora, hablando de Nicholas, me viene a la memoria lo que le ocurrió a otro estudiante de astrolobia, el cual, mientras estudiaba, solía andar errante por los campos, buscando las estrellas y tratando de adivinar el futuro, pero un buen día se hundió en un pozo, que no había previsto, y nunca más se supo de él. Pero por Santo Tomás que lamento lo del pobre Nicholas. Por el Cristo del cielo, hay que hacer algo o será preso de sus mismos estudios. —Y, dirigiéndose al criado, añadió—: Trae el cayado, Robin, y, mientras hago yo palanca, procura sostener la puerta. Supongo que esto será el fin de los estudios de este loco mancebo.

Y dirigióse seguidamente a la puerta de la cámara. El criado era un muchacho vigoroso y, en cuanto forzó la aldaba del candado, la puerta se desplomó hacia el suelo, y allí, petrificado, sentado sobre la cama, estaba Nicholas, y su boca aparecía abierta como si no fuera a cerrarla nunca.

El carpintero, suponiéndole en estado de trance, asióle con fuerza por los hombros y le sacudió sin miramiento gritando:

—¡Ay! Nicholas, pobre Nicholas, mira hacia acá y despierta; por la Pasión de Cristo, recupera ya tus sentidos y tu entendimiento. Que el Signo de la Cruz te defienda de trasgos y espíritus.

Y, entonces, comenzó el buen carpintero a mascullar una especie de sortilegio sobre cada una de las esquinas de su propia casa, haciéndolo también en el portal de la entrada.

Cristo Jesús, Santo Benedicto,
Aparta de nosotros los malos espíritus.
Y por este Pater Noster[41] *sean*
Ahuyentadas las brujas de la noche,
Y hacedlo así como un día
Lo hicisteis con la hermana de San Pedro.

Al cabo el gentil Nicholas suspiró hondamente y exclamó:

—¡Pardiez! ¿Cómo puede el mundo acabar tan pronto?

Y el carpintero le dijo:

—¿De qué hablas Nicholas? Abre tu corazón a Dios y en él confía como hacemos nosotros, que no somos más que hombres honrados y trabajadores.

Pero Nicholas contestó:

—Anda, tráeme algo de beber y te explicaré… Mas lo que voy a decirte es estrictamente secreto, pero como a ti te atañe lo mismo que a mí, me veo en la obligación de comunicártelo, mas a nadie dirás de ello ni una sola palabra.

Y fue el carpintero al sótano y trajo un cuarterón de cerveza fuerte, y luego que cada uno de ellos hubo bebido su parte, Nicholas cerró la puerta, de manera que nadie pudiera oír nada, y, sentándose junto al carpintero, le dijo:



—Estimado amigo John y mi buen hostelero; préstame primero juramento, ahora y en este lugar, de que lo que voy a revelarte nunca será sabido por otra persona, pues en verdad te digo que ello es secreto de Cristo y estarías perdido si hablaras a alguien de esto, pues Dios te mandaría la locura. Mas Cristo y su Santísima Sangre no lo permitan.

—No soy charlatán —interrumpió el carpintero—, habla ya con toda confianza, pues, así como Cristo maldice el infierno, que no he de repetir palabra a hombre, mujer o niño.

—John —dijo Nicholas—, no hay engaño posible en lo que voy a decirte, pues, debido a mis constantes estudios de astrología y mis observaciones de la luna, he llegado a descubrir que, en la noche del próximo lunes, y alrededor de las nueve, se desencadenará una torrencial lluvia, tanto, que de existir Noé posiblemente naufragara. Tan terrorífico será ese diluvio —continuó diciendo Nicholas— que la tierra desaparecerá en menos de una hora y será el fin de toda la humanidad.

En esto el carpintero exclamó:

—¿Qué será de mi esposa? ¿Debe ella ahogarse? ¡Pardiez, mi pobre Allison! —estaba tan desconcertado y abatido que casi perdió el sentido; al

cabo dijo—. De seguro que esto no tiene remedio.

—No te desesperes, John; si te dejas guiar por mis expertos consejos, en lugar de seguir las brillantes ideas de tu cabeza, lograréis salvaros tú y tu mujer. Pues bien dice Salomón: «No hagas nada sin consejo y te alegrarás de ello». Y, ahora, si estás dispuesto a actuar según yo te dicte, tomaré bajo mi cargo la salvación de los tres y lo haré aun careciendo de la más elemental embarcación. ¿No has oído hablar de la historia de Noé, el cual fue salvado de las aguas, gracias a la advertencia del Señor?

—Sí —dijo el carpintero—, de esto hace mucho tiempo.

—Pues sabrás también los apuros que pasó para convencer a su mujer de que subiera al Arca —dijo Nicholas— y me atrevería a asegurar que Noé hubiera deseado en aquel momento que su esposa tuviera una embarcación para ella sola. Mas en verdad que la situación es apremiante —siguió Nicholas— y no hay tiempo que perder en arengas y, puesto que careces de ingenio, a mí me corresponde decirte lo que debes hacer. Así pues, te encomiendo que salgas de inmediato de esta casa y busques una tina o un barril grande y hueco y traigas uno para cada uno de nosotros, asegurándote bien de que sean lo suficientemente grandes para servir de bote, y luego colocarás en ellos comida para un día entero, pero no para más, pues a las nueve de la mañana del día siguiente las aguas descenderán. Pero ten cuidado de que tu mozo Robin ignore esto y lo mismo digo en cuanto a la doncella Gillian y no me preguntes por qué, pues, aunque quisiera, no podría revelarte los secretos de Dios. Mas, a menos que seas un loco, debes sentirte satisfecho de que el Señor te haya favorecido tan maravillosamente como lo hizo con el propio Noé. Desecha pues toda preocupación, nada ha de ocurrirle a tu mujer y, ahora, corre y trae presto las tres tinas y cuando las tengas las colgarás fuertemente atadas en lo alto del techo para que de esa manera nadie pueda descubrir nuestros preparativos, y cuando hayas hecho lo que te he dicho y colocado nuestras provisiones en el fondo de cada una (sin olvidar de meter también un hacha para que al llegar las aguas, podamos cortar la soga y flotar), haces luego un gran agujero en el tejado del establo, para que al descender las aguas podamos regresar. Y te apuesto que has de flotar tan bien y tan felizmente como pato cuando sigue a su hembra; y yo desde lejos, gritaré: «¡Eh Allison! ¡Eh, John!», y vosotros me contestaréis: «Hola, master Nicholas». Y luego se hará de día y seremos los dueños de toda la Creación, por el resto de nuestras vidas, de la misma manera que lo fueron Noé y su esposa. Pero, debo advertirte que tengáis buen cuidado en guardar silencio cuando aquella noche embarquemos, de manera que cada uno de nosotros

deberá permanecer callado sin pronunciar palabra ni proferir grito alguno, mas por el contrario deberemos estar recogidos y entregarnos a la oración, que ésta es la voluntad de Dios. Tú y tu mujer deberéis colocaros lo más apartados posible, para que no haya pecado entre vosotros ni siquiera con la mirada. Y aquí acaban mis órdenes. Parte pues y que la suerte te acompañe. Mañana noche cuando todo el mundo duerma, treparemos a las artesas y nos sentaremos allí, confiando en que Dios nos libere de la desgracia del naufragio. Apresúrate a partir y cesen ya mis argumentos, que bien dice el refrán: «Menos cuesta mandar al sabio que al necio». Y, puesto que a ti no te falta inteligencia, deberás ser bien mandado.

El pobre carpintero empezó a lamentarse y, yendo directamente a su mujer, le confió el secreto que ella tenía bien sabido, pero disimuló ante su marido lo mejor que supo, fingiendo un susto de muerte.

—¡Por Dios y todos los Santos! —exclamó ella—, apresúrate o moriremos. Tu esposa legítima y verdadera soy, por lo cual, esposo mío, a quien amo y respeto, te ruego que corras si es que quieres salvar nuestras vidas.

¡Cuán maravilloso es el poder de la fantasía, pues que a fuerza de imaginar puede conducir a la gente hasta la misma muerte! Y así, aquel pobre carpintero comenzó a temblar de miedo y en su mente forjábanse las escenas espantosas del diluvio y veía a las desbordantes aguas llevar violentamente y arrebatar de su lado a la pequeña y dulce Allison, y, entonces, se lamentó, suspiró y lloró y se sintió tremendamente miserable, pero al cabo, levantándose, fue a buscar las tinas y las entró con sigilo en la casa, atándolas luego del techo e hizo todo esto en el más absoluto secreto. Luego, con sus propias manos, anudó las cuerdas hasta formar con ellas una escalera colgante y cuando hubo concluido este trabajo llevó a ella las provisiones que consistían en queso y pan y buena cerveza, todo ello en cantidad suficiente para pasar un día entero. Y, para llevar a cabo aquellos preparativos, había antes dispuesto la salida de su mozo y doncella, de modo que no pudieran estorbarle.

Y así, al caer la noche de aquel lunes, cerró bien las puertas, de manera que quedaran fuertemente ajustadas; luego a oscuras y asegurándose de que todo estuviera en orden, dispusiéronse a trepar los tres hacia las tinas, y una vez allí, quedaron inmóviles, sentados en el profundo silencio. Al cabo dijo Nicholas:

—Orad por vuestras almas. Orad al Señor.

Y se oyó un suave murmullo. El carpintero rezaba; eran largas sus devociones, pero, cuando hubo concluido éstas, empezó otro rezo, y luego otro y otro y, mientras rezaba, procuraba prestar atención por si oía la lluvia; pero en verdad que después de un día tan agotador estaba atrozmente cansado, así es que quedó profundamente dormido, siendo entonces la hora de toque de queda o quizás antes. Leves ruidos, como quejidos salían de la boca del carpintero, como si éste en su sueño tuviera una fuerte pesadilla; luego, tornáronse aquellos quejidos en sonoros ronquidos que invadieron con armonía aquella amplia estancia. Entonces, Nicholas descendió de puntillas por la escalera y Allison con sigilo hizo lo mismo y así, sin decir palabra, fuéronse los dos hacia la cama del carpintero; y allí alegremente Allison y Nicholas retozaron y llenaron su tiempo de delicias y felicidad y de este modo se holgaron hasta que la campana de la madrugada sonó a Laudes. Mas aquí, en su amor los dejo para ocuparme del sacristán.

Aquella mañana Absolón se hallaba en Oseney, jugando una partida con sus amigos, pues era éste el mejor remedio para aliviar sus pesares amorosos, cuando oyó ciertos rumores sobre el carpintero, y no habiéndole visto él mismo en los últimos días se apresuró a preguntar por él a un amigo suyo; éste, levantóse y con grave semblante llevó al sacristán a un apartado lugar de la iglesia y le dijo:

—Creo que algo misterioso pasa en casa del carpintero, pues nadie lo ha visto trabajar desde el sábado, aunque es muy probable que haya ido a por leña a Abbot y se haya detenido en la granja por un día o dos, y aún es posible que esté en su propia casa, pero de cierto no sé dónde se encuentra.

Y, al oír esto, Absolón se llenó de júbilo y pensó: «He aquí, pues, mi noche de estar despierto; en verdad que he de aprovecharme de la ausencia del carpintero, y así, cuando cante el primer gallo, me acercaré a la ventana de Allison, y la veré y le diré todo el amor que por ella siento e incluso creo que llegaré a besarla, aun sin su consentimiento, pues noto en mis labios un peculiar escozor que es seguro presagio de besos y, por si fuera poco, esta noche he soñado con un banquete. Por esto, ahora, pensándolo bien, lo mejor es que haga la siesta para que esta noche esté bien desvelado y pueda divertirme».

Y aquel gallardo mozo que era el sacristán, despertóse aquella noche al primer canto del gallo y vistióse en un santiamén y, antes de peinar sus cabellos, tuvo buen cuidado de mascar regaliz y cardamomo[42] para que su aliento fuera grato y, además, colocó bajo su lengua una hoja de amor creyendo que ella le haría irresistible. Y, luego, despacio, encaminóse a la

casa del carpintero y, sin hacer el menor ruido, tomó su puesto bajo el ventanal (era tan bajo que le llegaba al pecho). Entonces, tosió con disimulo varias veces y al cabo dijo:

—Allison, dulce Allison, ¿dónde estás, mi rico panal, mi lindo polluelo? Allison, amor de mi corazón, despierta y háblame. Apiádate de mi tristeza e infelicidad, pues tan acongojado estoy, que donde quiera que me halle siento terribles sofocos y sudores, y de ellos sólo es causa el amor que por ti siento; así que no es de extrañar que languidezca y mi rostro haya palidecido. En verdad que te deseo tanto como el cordero a su oveja, y para colmar mis males he perdido el apetito de manera que en mi boca apenas entra alimento, así de esta manera me he prendado de ti y a veces paréceme que no soy más que una tórtola enamorada.

—No seas necio —dijo una voz—, apártate de la ventana. Dios me valga si he de dar a este truhan el más mínimo consentimiento. Abandona tu puesto, Absolón —siguió Allison—, debes saber que amo a otro, el cual en ingenio y donaire te aventaja. Por tanto, te digo que, por el mismo Jesús Crucificado, te apresures a partir y, si no lo haces ligero, por el diablo que te echaré una piedra.

Y dispúsose Allison a reanudar su sueño.

—¡Malhaya mi suerte! —exclamó Absolón—. ¿Habrá en la historia otro amante más desafortunado que yo? Sin embargo, quiero que me beses, pues nada en el mundo hay que desee tanto. Así que, por el amor de Cristo y por el mío, te pido que me concedas un beso.

—¿Me das tu palabra de marcharte luego? —preguntó ella.

—Te lo prometo —contestó Absolón.

—Entonces prepárate —replicó Allison—. Estoy contigo al momento. —Y, dirigiéndose entonces al gentil Nicholas, le dijo—: Atiende ahora, y sabrás lo que es bueno.

—Estoy bien preparado —dijo Absolón, arrodillándose—, y espero que después de este beso venga algo más.

Entonces, ella abrió la ventana y dijo:

—Date prisa, Absolón, no sea que algún vecino te vea.

La noche era oscura, y yo diría que era tan negra como el carbón, cuando Allison, sin más, sacó por aquella ventana su trasero, dejando al descubierto su orificio posterior y Absolón, sin la menor sospecha, estampó allí un sonoro beso. De súbito, saltó hacia atrás de un brinco, pues había notado en la boca un pelo y sabía que las mujeres no tienen barba.

—Por el mismo diablo —dijo—, aquí hay algo muy raro.

Se oyeron fuertes carcajadas, luego la ventana se le cerró en sus narices, y quedó el sacristán solo con sus turbados pensamientos, y, mordiéndose de rabia el labio, se dijo: «En verdad que van a pagar cara su hazaña». Y, lleno de repugnancia, dedicóse a limpiarse la boca, empleando para ello arena, y paja, lienzos y otros afeites.

«Malhaya», se decía, «que el diablo me lleve, si he de soportar este insulto». Su pasión, antes tan ardiente, habíase extinguido de súbito desde el momento en que había besado aquellas posaderas, de modo que al cabo había curado de su mal, no importándole mujer alguna, y, mientras pensaba esto, lloraba como un niño al que acaban de propinar una azotaina.

Mas, tiempo era de vengar aquel insulto y, así, a paso lento, cruzó la calle y dirigióse a casa de Master Gervase, que era forjador de oficio, y estaba el buen hombre absorto en el trabajo de forjar unas rejas para su arado, cuando oyó llamar a su puerta.

—Abre, Gervase, soy yo, tu amigo Absolón.

—¿Absolón? —dijo el maestro—. ¡Dios me valga! ¿Qué haces tú aquí a estas horas? Mas, el Señor sea contigo, entra y dime en qué puedo ayudarte, pues, si no me equivoco, lío de faldas debe haber por en medio.

Mas a Absolón no le importaba una higa lo que su amigo pudiera decir o pensar y se limitó a callar, porque lo cierto era que tenía más pescado para freír del que Gervase pudiera sospechar.

Y, al cabo, dijo:

—Veo, desde aquí, un arado, el cual, por ser tú mi viejo amigo, deberías prestarme, pues debo hacer con él un apremiante trabajo, después de lo cual te lo devolveré y te digo que será corto el plazo que necesitaré de él, pues con un minuto o dos me bastará.

—Puedes disponer de él —contestó Gervase—. No defraudaría a un amigo por tal pequeñez, mas aún te digo que si el tal arado fuese de oro macizo te lo prestaría igualmente e incluso si tuviera una bolsa repleta de soberanos no dejaría de ofrecértela. Y así que, ante mi buena intención, yo te pregunto ahora, en nombre de Cristo, ¿para qué menester quieres ese arado?

—No te importe —replicó Absolón—, más tarde lo sabrás.

Y, cogiendo el arado con el asa, se deslizó por la puerta entreabierta, y, ya en la calle, echó a correr hacia la casa del carpintero y una vez allí, tosió de la misma manera que lo había hecho antes y golpeó la ventana con los nudillos de sus dedos. Y al cabo, oyóse a Allison gritar:

—¿Quién va? A buen seguro que es un ladrón.

—¡Oh, no, mi cielo! Te equivocas, es tu Absolón, y te trae además un rico presente, el cual es anillo de oro fino y diestramente labrado, y que por la gracia de Dios recibió Absolón un día de su madre —y añadió—. Anda, bésame y es tuyo.

Pero el gentil Nicholas habíase entretanto levantado a orinar y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, puso en práctica un plan que acababa de ocurrírsele y que ganaba en mucho al anterior y así cuidadosamente colocó sus propias posaderas en aquella ventana.

—Dulce amor, lindo polluelo —decía el sacristán—, ¿dónde estás que no puedo verte?

Y lanzó entonces Nicholas una ventosidad tan fuerte como un trueno, de modo que su explosión casi cegó a Absolón, pero éste tenía el arado bien preparado y asiéndolo golpeó fuertemente el lugar más rollizo de las nalgas del estudiante, de modo que aquel ardiente arado quemó su parte posterior, dejándole sin piel en una extensión de un palmo o dos y, así, creyendo el estudiante sentir en su cuerpo las agonías de la muerte, y en su angustia gritaba como un poseído:

—¡Auxilio, agua, agua, en nombre de Dios, que alguien me traiga agua!

En esto, el carpintero despertó de su sueño y al oír los gritos de «¡Agua! ¡Agua!», pensó: «Pardiez, ya está aquí el diluvio», y sin más, se levantó y cortó la soga con el hacha y artesa y hombre se precipitaron por el vacío hasta dar con el suelo de la estancia.

Allison y Nicholas continuaban gritando y, entretanto, habían salido a la calle para que así la gente pudiera mejor oír sus llamadas de auxilio, y en verdad que lo hicieron, pues al poco rato todos los vecinos se hallaban reunidos delante de la casa del carpintero; pero, al entrar en ella, ¿cuál no sería su asombro al ver yaciendo en el suelo al dueño de la casa? y, por demás, que bien lamentable era su estado pues su rostro había palidecido y en sus ojos había tan extraño brillo, que en verdad parecía hallarse embrujado. Y, así, cuando el buen hombre intentó abrir la boca para decir lo que le ocurría, Allison y Nicholas se apresuraron a impedirlo haciendo que guardara el más absoluto silencio. Y, luego, dirigiéndose a los vecinos, dijeron:

—No tengáis cuenta de él: está delirando. Asegura haber visto el diluvio de Noé y, en su locura, ha comprado tres tinas y las ha colgado de las vigas e incluso nos ha rogado, en nombre de Dios, que le acompañásemos, sentándonos ahí en lo alto.



Todos rieron entonces del engaño y miraron al techo y vieron las cuerdas colgando y se burlaron de buena gana de aquella hazaña, y no valieron las protestas del carpintero, pues nadie quiso tomarle en serio, y mucho se chancearon y muchos fueron los juramentos hasta que el pobre John fue del todo vencido y su locura proclamada por todo el pueblo. E incluso los muy letrados estudiantes estuvieron de acuerdo en que aquel hombre estaba más que chiflado y todos rieron y se chancearon y de este modo fue como la esposa del carpintero perdió su honra, como recibió su trasero el beso de Absolón y como Nicholas vio sus nalgas quemadas. Y así esta historia ha terminado y Dios guarde a esta compañía.

Prólogo al cuento del mayordomo

Todos en la compañía rieron y comentaron las vicisitudes de Absolón y del gentil Nicholas, y nadie se dio por ofendido excepto el mayordomo Oswald, el cual, siendo carpintero de oficio, sintió resentimiento en su ánimo y empezó a censurar aquella historia diciendo:

—En verdad, que bien pudiera pagarte este cuento con la historia de un molinero baladrón, pero éste es un cuento soez y soy ya muy viejo para meterme en este juego, pues ha pasado para mí ya el tiempo de pacer verde yerba y he de comer forraje de invierno y, si no os convencéis, ved mi cabeza

del todo blanca; pero sabed que mi corazón está tan marchito como mi cabeza, de modo que bien quisiera ser un níspero, y, como él, vaciarme y pudrirme para ser echado al estiércol. Sin embargo, no somos nísperos, pues muchos de nosotros nos pudrimos antes de madurar, pues en verdad que somos tan amantes de las locuras que incluso cuando nuestras fuerzas se agotan no dejamos de hacerlas y aún al final de nuestras vidas encontramos placer al recordarlas. Y os diré ahora cuatro ascuas que pertenecen a la ancianidad y que son: vanidad, mentira, cólera y ambición; pues sabed que, aunque nuestros miembros se hallen debilitados, el deseo no muere y, en cuanto a mí, de cierto que no me falta vida, aunque mucho tiempo hace que se abriera la espita de mi existencia, pues de seguro que la muerte la abrió dejando que ésta fluya hasta que el recipiente se vacíe y no ignoro que en él quedan ya pocas gotas. Mas, a pesar de mi chochez de viejo, yo os digo que podría alardear de muchas pasadas aventuras.

El Hostelero que había escuchado de mal grado aquellas razones, dijo:

—¿Para qué nos valen tales sutilezas y sermones? Deja en paz a la Biblia, no pierdas más tiempo y empieza tu historia, pues llegando a Deptfort estamos y son ya las siete y media tocadas y todo el mundo sabe que en Greenwich abundan los ladrones.

—Bien, señores —dijo Oswald, el Mayordomo—, espero que, si tiro un poco de la manga, nadie se dé por ofendido; tal para cual, el juego ha de ser limpio. Así, este ebrio molinero os ha contado tan sólo de la manera que un pobre carpintero fue burlado, quizá con el propósito de burlarse de mí, porque yo lo soy, y es mi deseo pagarle ahora con la misma moneda, de manera que hablaré en su mismo estilo y mi cuento será soez.

Cuento del mayordomo

EN TRUMPINGTON, no lejos de Cambridge, hay un arroyo sobre el cual cruza un puente y al lado de este arroyo existe un molino, donde hace muchos años vivía un molinero y, pues que la historia que voy a contaros es cierta, prestad buena atención.

Era el tal molinero alegre y orgulloso como un pavo real, y sabía jugar, tocar la gaita y pescar e incluso remendaba sus redes, y torneaba tazas y sabía luchar y manejar el arco como el primero. Iba bien armado, pues de su cinto pendía una daga, y llevaba espada además de un pequeño puñal y de una navaja de Sheffield que ocultaba en sus calzones. Era de cabeza pelada y nariz chata, lo que le prestaba cierto parecido a los simios, y era por demás fanfarrón y matasiete, tramposo y ratero, por todo lo cual, digo, nadie en aquella región hubiera osado tocarle y de haberlo hecho alguien, de seguro lo habría pagado caro. Le apodaban Simkin, el Fanfarrón, y tenía esposa, la cual descendía de noble familia (pues su padre era clérigo) y aportó a la boda una hermosa vajilla de bronce, sin la cual el molinero no se hubiese casado. Había sido, además, educada en convento de monjas, lo cual Simkin pregonaba diciendo que si su mujer no hubiese sido de buena crianza y virgen no sería su esposa, pues, por su reputación de hombre hacendado, habría tenido que rechazarla. Pero, con todo, resultó ser ella tan orgullosa y descocada que parecía una urraca; de modo que cuando salían los domingos de su casa, él con su capa roja colgando y ella con las faldas del mismo color, formaban en verdad una muy digna pareja. E infundía ella tanto respeto, que nadie la hubiese llamado sino señora, y bien podían hacerlo así, pues nadie sabe de lo que es capaz un marido celoso y, en particular, si va tan provisto de puñales, dagas y cuchillos como aquél iba. Y como la reputación de aquella dama había sufrido un ligero desdoro, procuraba en lo posible mantener la gente a cierta distancia para así demostrarles su altivo desdén; sin embargo, a pesar de

ello se creía muy digna e importante, y consideraba que los demás la debían juzgar del mismo modo, pues no en balde habíase educado con las monjas.

Y fruto de este matrimonio resultó ser una hija, de veinte años, y nada más, exceptuando un crío de pocos meses, el cual era muy rollizo y pasaba sus horas en la cuna. Y era la doncella esbelta y lozana, con nariz respingona, ojos grises, anchas caderas y pechos altos y redondeados, culminado todo ello por una hermosa y espesa cabellera y, como el abuelo pretendía nombrarla heredera universal, estaba muy solicitada por los mozos de aquella región.

Ahora bien, este digno molinero exigía sobre el trigo y cebada buenos impuestos, cuidándose particularmente de la molienda de cereales del colegio de Cambridge, el cual era importante y se llamaba Solar Hall; un día, no obstante, sucedió que el mayordomo de dicho colegio enfermó muy gravemente, tanto que se creyó iba a morir; y, entonces, el molinero, viéndose libre de vigilancia, robó a sus anchas y a su placer, almacenando víveres y grano en abundancia, de modo que, si antes había robado con discreción, lo hacía ahora sin ningún reparo, y las repetidas advertencias de la autoridad no parecían impórtale, negando siempre con osadía sus delitos. Y en aquel colegio, que antes he citado, había dos jóvenes y picaros estudiantes, los cuales eran tipos alegres y pertinaces, que gustaban de embromar al más pintado; así, pues, con el deseo de divertirse, solicitaron del guardián permiso para ausentarse del colegio, aduciendo que debían visitar el molino para vigilar la molienda de su trigo. Pero, antes de salir, hicieron ambos promesa de no dejarse robar por el molinero, respondiendo de ello con sus vidas, y, al cabo, el guardián les dejó salir y uno de ellos se llamaba John y el otro Alian, y ambos eran nacidos en la misma ciudad, un lugar llamado Strohter, que estaba situado lejos, hacia el norte.

Alian enjaezó su montura y echó sobre su caballo un saco de grano. Luego, ambos, Alian y John partieron, llevando cada uno su espada y su escudo. No necesitaron guía, pues John conocía muy bien el camino y, cuando llegaron al molino, asió éste el saco de grano y lo echó al suelo.

—¡Ah de la casa! —gritó Alian—. ¿Dónde estás, Simkin?

—Bien venido seas, Alian —dijo Simkin—; pero, ¡pardiez!, si aquí veo también a John. Cosa extraña es, pero decidme, ¿qué os trae por aquí?

—Por Cristo, Simkin, que no necesitas saber mucho para comprender que ello no es de tu incumbencia, mas te diré que nuestro criado ha enfermado de un fuerte dolor de muelas y, pues, hemos tenido que venir Alian y yo con nuestro trigo, para que sea molido y podamos llevarlo de nuevo a casa y así espero que te darás buena prisa en servirnos.

—Confía en mí —dijo Simkin—, pero mientras yo me ocupo en estos menesteres, ¿qué haréis vosotros?

—¡Oh!, estaré junto a la tolva —dijo Alian—, pues quiero ver cómo se muele el grano, cosa que nunca he presenciado.



Y el molinero entretanto se dijo: «Esto me huele a artimaña. ¡Qué no se traerán entre manos estos dos truhanes! En verdad, que muy listos se creen; pero, aun siendo molinero, no me he de dejar engañar. Mucha filosofía tienen estos dos estudiantes, pero cuantos más ardites traten de jugarme, más he de robarles. Y así llenaré sus sacos de salvado en lugar de harina; pues, como la yegua dijo un día al lobo: “No son siempre los sabios los que poseen mayor ingenio y de cierto que no daría yo una higa por toda su ciencia”». Y, cuando tuvo ocasión, se deslizó el molinero por la puerta y, vigilando que nadie le viera, se dirigió tras el emparrado donde los estudiantes habían atado sus caballos y, cogiendo su cuchillo, cortó las cuerdas que los sujetaban de manera que éstos al quedar libres huyeron como yeguas salvajes hacia el bosque.

Y volvió el molinero sin decir palabra y continuó su trabajo, bromeando con los estudiantes hasta que el trigo estuvo bien molido.

Y ya la harina en el saco bien atada, salió John en busca de los caballos, pero no los halló.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!, hemos perdido los caballos —gritó—. Por los huesos de Dios, Alian, mueve estas ramas, mala suerte tenemos, pues que hemos perdido el palafrén del guardián.

Y Alian olvidóse de la harina, del trigo y de todo lo demás como también de vigilar al molinero y saliendo gritó:

—¡Pardiez!, ¿dónde podremos hallarlos?

Entonces, la esposa del molinero salió y dijo:

—He visto huir a vuestros caballos en dirección al pantano, corriendo como dos flechas y Dios bien sabe que esto es cierto, mas yo os digo que otra vez pongáis mejor cuidado en anudarlos; id, pues, ahora, que tras las yeguas los hallaréis.

—Por el diablo que los he de encontrar —dijo John—, saquemos las espadas, Alian, y vayamos tras ellos, mas tuya ha sido la culpa por no haber atado los jacos en el granero.

Y, de esta manera, aquellos dos estudiantes corrieron a todo correr hasta llegar al pantano y, entretanto, el molinero salió y, al ver que no se hallaban allí, cogió el saco de harina y lo vació hasta la mitad y con aquella harina robada mandó a su mujer hacer una tarta y dijo:

—Apuesto a que estos dos estudiantes habrán llevado buen susto. Por lo que veo, aún puede un molinero chamuscar las barbas de un estudiante, aún a pesar de su ciencia, pero bien saben correr estos tunantes, aunque, ¡pardiez!, por más que corran no han de alcanzarlos y, si lo hacen, por el mismo diablo que me he de comer el sombrero.

Y así los estudiantes pusieron todo su empeño en aquella búsqueda y gritando fueron de un lado a otro, pero todo fue en vano, pues siempre los jacos se les evadían, de tal manera que parecían espíritus endiablados y sólo al caer la noche pudieron hallarlos en una zanja. Al cabo, John y Alian regresaron y sus semblantes mostraban enojo y sus ropas suciedad.

—Cuán necios hemos sido —dijo John— pues hemos sido motivo de burla, de manera que el molinero, riéndose de nosotros, nos ha robado el trigo.

Y mientras hablaba, iba camino del molino, llevando a su bayardo[43] bien cogido por la brida y hallaron allí al molinero y, no pudiendo hacer otra cosa, pidiéronle cobijo para pasar aquella noche a cambio del dinero que ambos traían.

—Mi casa está mal acondicionada —dijo el molinero—. Es pequeña, pues apenas hay en ella espacio para nosotros. Pero vosotros sois letrados y quizá sepáis cómo hacer que veinte pies valgan por una milla. Ahora, veamos si este espacio bastará para todos.

—Me importa un ardite lo que digas —replicó John— aquí nos quedaremos, pues, según el dicho: «Un hombre debe decidirse por lo que

encuentra o por lo que trae» y a fe que traemos bien poca cosa. Así, gentil hostelero, ruégote nos des comida y bebida y nos hagas los honores de tu casa y da por seguro que hemos de pagarte por ello.

Y alzando John una bolsa, hizo sonar ante él sus buenas monedas. Y, entonces, el molinero cogió un ganso y lo asó y mandó a su hija al pueblo a por pan y cerveza, y aseguróse luego de que los caballos de los estudiantes estuviesen bien atados, para que no pudieran escapar de nuevo. Al cabo, preparó una cama en su propia habitación y puso en ella sábanas limpias y mantas; pero ocurrió que aquélla distaba de la suya no más de doce pies y cerca, en la misma estancia, había también el lecho de la hija del molinero. Y éste fue el mejor modo de poner arreglo a aquella situación porque en realidad no tenían espacio y no podían hacer otra cosa.

Y, así, luego cenaron todos y charlaron y se regocijaron, bebiendo gran cantidad de cerveza, hasta que, bien entrada la noche, fueron todos a la cama; sin embargo, el molinero permaneció sentado en su sitio, pues hallábase abotagado por la bebida y estaba tan quieto que parecía una estatua, a no ser por las sacudidas que el hipo le producía en el cuerpo. Luego, se salieron de su boca unas palabras, pero con tan gangosa voz que parecía constipado o asma, pero al cabo fuese también a la cama y allí halló a su mujer tan contenta como un grillo, pues que en remojar el gaznate no se había quedado corta.

Y, así, sucedió que la cuna del niño estaba justamente situada a los pies de la cama del matrimonio, para que, en caso de que llorara la madre pudiera atenderle y darle el pecho. Y, también, cuando aquella doncella y los estudiantes hubieron vaciado la jarra de cerveza, fuéronse a la cama, mas digo, y que bien entendido quede, que fue cada cual a la suya.

Mientras, habíase dormido el molinero y en su sueño resoplaba como un caballo, mas aún acompañaba sus resoplidos con otros ruidos más indecorosos y su mujer le seguía formando una magnífica sinfonía, la cual podía oírse más allá de una milla.

Y Alian estuvo buen rato despierto en la cama, oyendo aquella melodía, y al cabo llamó a su amigo y le dijo:

—¿Duermes, John, o acaso te ha desvelado este concierto? Malditos sean, y así les pique la sarna, pues lo que es yo no voy a poder pegar un ojo. En verdad que nunca hasta ahora música semejante ha rozado mi oído. De seguro que han de acabar mal quienes tal hacen.

Y, así razonando, a Alian se le ocurrió que, viéndose en aquella situación, sería bueno buscar alguna compensación; pues, según la ley, si a un hombre le perjudican de alguna manera, deben compensarle de otra.

—Y, he aquí —añadió— que he hallado ya mi compensación, pues es la moza lozana y apetitosa y, a más, el molinero el trigo me ha robado, de modo que habiendo sido perjudicado y el daño no reparado todavía, debo en verdad ahora tomarme compensación.

—Alian, ten cuidado —dijo John—, mira que Simkin tiene malas pulgas y, si despierta y te ve, sabe Dios lo que puede pasar.

Pero Alian replicó:

—El molinero me importa un rábano.

Y, levantándose, fuese a la cama de la moza y, sin hacer el menor ruido, trepó sobre ella, pero, en verdad, que la doncella dormía tan fuerte que no se enteró y, cuando se dio cuenta, era demasiado tarde.

Y así dejo ahora a Alian en su diversión, para volver a John el cual se mantenía quieto en la cama y así sin moverse pasó buen rato, pero, al cabo, empezó a lamentarse diciéndose: «De cierto que no hallo en esto ni pizca de gracia; he sido engañado lo mismo que mi amigo. Sin embargo, él ha encontrado compensación en los brazos de la moza, de tal suerte, que ha aprovechado bien la ocasión, mientras yo aquí estoy tendido en la cama como un saco de desperdicio.

»Y digo, cuando un día este lance se descubra, ¿en qué lugar quedaré, pues de seguro que me tomarán por necio o chiflado? Voy, pues, a cambiar mi suerte, así salgan a mi paso ortigas o estiércol según reza un refrán».

Y levantóse entonces, y fue hacia el lugar de la cuna y, cogiendo ésta, la condujo sigilosamente a los pies de su propia cama. Muy luego, la esposa del molinero dejó de roncar y despertó, y sintiendo ganas de orinar, fuese derecha al lugar preciso, volvió a la cama luego y, tanteando en la oscuridad, buscó la cuna del niño, pero no la halló.

«¡Pardiez! —se dijo—, poco ha faltado para que me metiera en la cama de los estudiantes. ¡Menuda la que hubiera armado!». Y fue entonces en la oscuridad, tanteando hasta dar con la cuna, y, sin saber dónde estaba ni lo que hacía, metióse presto en aquella cama que lo era del estudiante y allí se quedó quieta y de cierto hubiérase dormido a no ser por John, el cual, sintiéndose retozón, se abalanzó sobre ella y se solazó muy a su gusto. Y así de esta manera pasaron los estudiantes bien divertida la noche y la mujer del molinero quedó confusa y aturdida por la súbita fogosidad de su marido.

Y así, al clarear el día, Alian, rendido por aquella noche, dijo a la moza:

—Ha llegado el alba y debo partir, mas sabe, mi amor, que donde quiera que me halle siempre pensaré en ti.

—No te retrases pues —dijo ella—, pero antes, querido, debo decirte algo y disculparme por haber yo misma ayudado a mi padre a robarte. Para remediar esto, cogerás, cuando pases por el molino, una tarta que allí he dejado y que está hecha con tu propia harina; y, ahora, parte ya, y que Dios te guarde en el camino y te preste su ayuda.

Y mientras decía esto, apenas podía contener el llanto.

Y levantóse Alian, dispuesto a marchar, pero, al pronto, cambió de pensamiento, creyendo sería mejor dormir un rato, hasta que el día levantara del todo, y, así, fuese a la cama de su amigo, pero antes de llegar a ella dio de lleno con la cuna del niño. «¡Pardiez! —se dijo—. Cómo estoy esta mañana, la cabeza me da vueltas. ¡Pues no iba a meterme en la cama del molinero y su esposa! De seguro que la pasada noche ha entorpecido mis sentidos de modo que no sé ni dónde me hallo».

Mas el diablo, que se mete donde no le llaman, se metió aquel día de por medio y condujo al pobre estudiante a la cama del molinero y allí se metió y, muy luego, dijóle a John:

—Despierta y atiende, he de contarte algo, ¡pardiez!, y que es una historia que ha de gustarte, pero deja ya de dormir como un cerdo y, por el mismo Cristo, préstame atención y así te digo que esta noche, y por San Jaime te lo juro, he deshonrado por tres veces la hija del molinero, mientras tú, aquí solo dormías helado de frío.

—¡Ah redomado tunante! —vociferó el molinero—, te mataré por traidor y mequetrefe, pues has osado deshonrar a mi hija siendo de tan noble cuna.

Y, asiendo a Alian por los hombros, le sacudió furioso, propinándole buenos y sonoros puñetazos en la nariz y un río de sangre corrió por el pecho de Alian y luego ambos cayeron al suelo y allí estuvieron dando tumbos y peleando de manera que parecían dos cerdos; mas al cabo, tropezó el molinero con una piedra que le hizo caer de lleno sobre su esposa, la cual, durmiendo al lado de John no se había enterado del alboroto.

—¡Por la bendita Cruz de Bromeholme, socorredme! Los demonios de la noche se han abalanzado sobre mí y mi corazón va a estallar —y añadió gritando con todas sus fuerzas—: ¡Auxilio! ¡Auxilio! Simkin, me estoy muriendo. Apresúrate, o mi estómago y cabeza estallarán.

Entonces, John, que había despertado, dio un salto y, ligero, púsose a tantear la pared hasta dar con un palo; y, así, también habíase levantado la mujer del molinero, la cual, conociendo mejor la casa, tardó menos en proveerse de otro palo y, en aquel momento y a la débil luz de la aurora, logró distinguir en el suelo la sombra de los dos hombres luchando como bestias,

pero no pudo descubrir quién era cada uno de ellos. Así que, viendo moverse algo blanco, supuso que uno de los estudiantes llevaba un gorro de dormir y, levantado el palo, le atizó un buen estacazo y así creyendo haber golpeado a Alian lo hizo sobre su marido.



—¡Ay, que me están matando! —exclamó éste; pero los estudiantes sin ninguna piedad, continuaron dándole buenos golpes hasta que, al cabo, dejáronle tendido en el suelo y pusiéronse entonces las ropas y recogieron sus caballos y harina y presto se marcharon a otra parte y no olvidaron llevarse aquella tarta, la cual estaba en el molino y era hecha de su propia harina.

Y fue de esta manera como el astuto molinero recibió una buena lección, pues, a más de la paliza, perdió el dinero de la molienda y pagó por la cena de Alian y John hasta el último penique, y fue su mujer deshonrada lo mismo que su hija y bien merecido tuvo lodo ello por ser, además de molinero, ladrón. Pues según un proverbio dice: «Da a los demás lo que para ti quisieras». Y así acaba siempre el tramposo por ser cogido en sus propias redes.

Y con esto ha concluido la historia y quiera Dios, en su bondad, proteger a todos en esta compañía, que, como veis, el cuento del molinero ha quedado bien pagado.

Prólogo al cuento del cocinero

Muy de su gusto encontró el cocinero el cuento del mayordomo y, riéndose, dijo:

—Por Cristo, que el molinero obtuvo un buen pago por los alojamientos. En verdad que muy aventurero es alojar por la noche a extraños en la propia casa, y así decía Salomón en su consejo: «No lleves a tu casa al primero que pase por la calle». Y yo digo que el molinero pudo haber tenido más cuidado, pues Dios me confunda si he oído hablar nunca de alguno que quedara tan mal parado ni de estudiantes que fueran tan redomadamente picaros como aquéllos y que jugaran tan malvadas tretas; pero Dios nos guarde de hallarnos en semejante trance y, si ahora queréis, os relataré mi cuento, el cual es tan indigno como yo, pero procuraré poner todo mi empeño en contarlo bien; y, así, es ésta una historia ocurrida en nuestra ciudad, con la cual os podréis chancear todos.

—Bien está —dijo el hostelero—, pero cuida de que tu cuento sea en verdad bueno, pues muchas veces nos has engañado escatimando el azúcar de los pasteles, y vendiéndonos tartas recalentadas dos veces al menos y aún muchos peregrinos han cogido indigestión a causa de las muchas moscas que había en tu asado con perejil. Habla ya pues, mi buen cocinero Hodge, y no te molesten mis chanzas que más de una verdad se puede hallar en ellas.

—Bien has hablado —dijo Hodge—, pero, como decían los flamencos[44], una broma verdadera no es nunca una broma, y ahora, por Harry Bailly, júrame que no te darás por ofendido si cuento la historia de un hostelero.

Y entonces el cocinero empezó su relato, del mismo modo que vais vosotros a oírlo.

Cuento del cocinero

VIVÍA antaño en nuestra ciudad, un aprendiz del gremio de tratantes en vituallas. Era este mozo alegre como un jilguero del bosque y muy apuesto, tenía la tez morena y largos cabellos negros que cuidaba con esmero y sabía danzar tan bien que le llamaban Perkin el Bullanguero, no habiendo moza en diez millas a la redonda que no se alegrara en tropezar con él, pues era tan dulce en hacer el amor que asemejaba un panal rezumando miel. Y cantaba y bailaba el mozo, siendo requerido en todos los casamientos que en la región se celebraban; y era en verdad mucho más amante de la taberna que del negocio, de modo que siempre que tenía ocasión abandonaba éste para vagabundear por la calle y, cuando en Cheapside había procesión, solía correr tras ella, no regresando hasta que, saciada su curiosidad, había visto todo lo que había por ver. Y en sus andanzas, bailes y diversiones, iba siempre acompañado de una pandilla de mozos, los cuales eran de su misma estatura y tenían sus mismos gustos. Y no había aprendiz en la ciudad que jugara tan bien a los dados, ni que fuera tan astuto. Y, así, engañaba a su amo, pues en verdad que quien pasa el día bailando, apostando o solazando a las mujeres mal puede llevar el negocio, y, aunque el aprendiz tocara el violín o la guitarra, con ello no daba al amo compensación, sino más bien era otra manera de hurtarle.

Nobleza y dignidad suelen estar, según se dice, en común desacuerdo con la pobreza, y, así, a pesar de ser este aprendiz de noche y de día reprendido por su amo, no enmendaba su comportamiento; y aun fue arrestado en la prisión de Newgate, pero ni esto ni nada lograron quitarle la alegría y las ganas de divertirse y así continuó al lado de su amo hasta completar el aprendizaje.

Sin embargo, ocurrió un día que su amo, que gustaba mucho de la lectura, releyó un libro y en él halló un viejo proverbio que tenía olvidado y el cual dice: «Tira la manzana podrida antes de que ésta pueda pudrir a las demás». Y

así aquel digno amo creyó que esto podría muy bien ocurrirle con su criado, pues, como rebelde que era, terminaría, al cabo, por estropear a los otros criados.

Y, así, el amo le incitó amablemente a abandonar su casa, relevándolo de su cargo, lo que hizo sin dejar de soltar algunas buenas y sabrosas maldiciones. Y de esta manera viose el aprendiz libre, y con toda la noche por delante para poder divertirse.

Pero, según se ha dicho y es cierto, siempre hay un tunante para ayudar a otro, y así Perkin encontró el suyo y fuese a su casa y acomodóse, llevando incluso su cama. Y era, éste su amigo, un tipo jugador y mujeriego, de modo que ambos emparejaban bien. A más vivía allí su mujer, que era de vida airada y, según se decía, una prostituta.

Nota del editor: Chaucer no terminó este cuento.

Introducción al cuento del jurista

En esto observó el Hostelero que el sol había recorrido ya un cuarto de su curso. No era hombre versado en ciencia, pero no ignoraba que estábamos a veintiocho de abril, precursor de mayo, y, reparando que la longitud de las sombras era igual a los objetos que las producían, infirió que el refulgente y claro Febo se hallaba a cuarenta y cinco grados de elevación, por todo lo cual llegó a la conclusión que debían ser las diez, y, girando bruscamente su caballo, se dirigió a la compañía y les dijo:

—Señores, os prevengo que ha transcurrido ya la cuarta parte del día, y os digo, por Dios y por San Juan, que no perdamos más tiempo, pues éste, si se gasta inútilmente, es como un arroyo de la montaña que desciende, pero no puede retornar a su lugar de origen. Y ya Séneca y sus filósofos lamentaron la pérdida de tiempo, de tal suerte que mejor perdieran ellos oro y riquezas, pues siempre se recuperan las riquezas, pero no el tiempo. Y así digo, tened la certeza de que éste no ha de volver, lo mismo que no vuelve la virginidad a la

doncella que la ha perdido. Por tanto, maese Jurista, hora es de mostrarnos diligentes y cumplir la promesa que hicisteis de contarnos una historia.

—Yo mantengo mi promesa —replicó el Jurista—. Así, del mismo modo, los que hacen las leyes no pueden volverse atrás. Y, sin embargo, no estoy muy seguro de contaros una historia que no haya sido ha tiempo relatada por Chaucer (a pesar de la poca habilidad de sus rimas). Y si no las ha relatado en un libro, entonces, queridos amigos, es que las ha relatado en otro, pues ha contado tantos cuentos que superan en número a los que mencionó Ovidio en sus Epístolas. Así, no he yo de contarlas, pues, de lo contrario, sería repetición. Mas si alguno quisiera regocijarse, hallará buenas historias en el voluminoso tomo titulado «La leyenda de las Buenas Mujeres», el cual escribió Chaucer y contiene las aventuras de nobles damas y de sus amantes. Mas en él hallaréis también las anchas y hondas heridas de Lucrecia, de Tisbe de Babilonia, y a Dido traspasada por el acero de Eneas, a Filis colgando de un árbol por culpa de Demofonte, los lamentos de Deyanira[45], de Hermiona, de Ariadna y de Hipsípyla[46], la Isla prohibida, Leandro[47] estrangulado por Ero, las lágrimas de Helena, la congoja de Bríscida[48] y Ladomea[49], la crueldad de la reina Medeaa[50], la cual, a causa del traidor Jasón, colgaba por el cuello a sus hijos, todas las cuales son historias tristes. Sin embargo, si queréis solazaros, hay en él relatos de bellas doncellas como Hipimestra, Penélope, y Alcestes[51]; pero Chaucer no escribió en él pecaminosas historias como son el desgraciado e infortunado amor de Canace por su hermano, pues bien dijo que eran, éstas, execrables historias indignas de ser contadas; ni de Tiro Apolonio quiso inspirarse para relatar la criminal historia del rey Antíoco, el cual arrebató la doncellez de su hija. Y en verdad estas historias son demasiado horribles para ser leídas, y así Chaucer muy acertadamente no quiso escribir sobre ellas, las cuales no son más que abominaciones antinaturales, ni yo voy a repetirlas. ¿Pero entonces cuál será mi historia? En verdad, que no quisiera ser comparado a las Piéridas[52], de que se habló en la *Metamórfosis* de Ovidio, aunque viniendo después de Chaucer poco se me da, pues, comparado al de él, será mi relato tartamudeo, puesto que yo lo hago en prosa llana y él en verso.

Y habiendo el Jurista finalizado su plática empezó su cuento según vais ahora a oír.

Prólogo al cuento del jurista

Detestable e infortunada es la condición de la pobreza, oprimida por la sed, el hambre y el frío. Siente en su corazón bochorno para pedir auxilio y, si no lo hace, la misma necesidad le acosa, hasta dejar al descubierto su escondida llaga.

Y, aunque le quepa el recurso de mendigar, robar o pedir prestado, no dejará de censurar a Cristo, cuando observe con amargura cómo Él ha favorecido a los ricos, dándoles tan desproporcionada cantidad de bienes y, así, del mismo modo, censurará al vecino, diciendo que lo tiene todo, mientras él posee tan poco y su única consolación es pensar cómo le arderá la cola en las brasas por no haber sido generoso con los necesitados.

Y, así, según decía un sabio: «Es la muerte mejor que la indigencia, si tienes además de la pobreza el desprecio de tu vecino». Y he aquí otra sabia observación que reza: «Todos son días malos, los días del pobre». Cuidad, pues, todos en no llegar a este estado, pues de seguro que, si no, llegará a odiaros vuestro hermano y los amigos os rehuirán. ¡Oh vosotros ricos mercaderes! Sois poderosos y prudentes, la suerte está de vuestro lado, pues, aunque en vuestras bolsas no haya *dobles ases*, sí hay *cincos* y *seises*[53] en abundancia y así podéis danzar alegremente cuando la Navidad llegue, en tanto que los pobres tiritan de frío.

Y así bien habéis recorrido tierra y mar, aprovechándoos de todos sus beneficios y reuniendo información, a la manera de los sabios, de lo que sucede en muchos y lejanos países. He ahí la razón por la cual sois un torrente de nuevas y conocéis tantas historias, ya sean de guerra o paz.

Pero en lo que a mí concierne, si no fuera por la historia de un mercader que ha muchos años me contó, de cierto que no sabría ninguna ahora. Atended pues, que os la voy a contar.

Cuento del jurista

HUBO antaño en Siria una compañía de dignos y honrados mercaderes, los cuales dedicábanse a la exportación de especias, paños dorados y satenes ricamente coloreados. Y ofrecían tantas ventajas sus mercancías, que todos estaban ansiosos de tratar con ellos de negocios.

Y así ocurrió que algunos de estos mercaderes decidieron ir a Roma, no sé si para negociar o por simple deleite; en cualquier caso, no quisieron mandar ningún emisario, partiendo ellos personalmente a Roma, donde se alojaron convenientemente en el lugar que mejor les plugo, residiendo por algunos días en la ciudad. Como era de suponer, llegaron rumores a sus oídos de la buena y excelente reputación de la hija del emperador, la cual llamábase Lady Constance y era, según el decir de la gente, de tal bondad y belleza que nunca hubo otra igual desde el principio del mundo. De modo que bien mereciera ser reina de Europa, quien, además de ser honrada, poseía tal dechado de virtudes, pues en verdad que había en ella belleza sin vanidad, juventud sin desenfreno o locura, por lo que todos sus actos eran guiados por su recto corazón, y así era éste templo de bendiciones y su mano instrumento de caridad. Y así, tan ciertos como Dios eran los rumores que se propagaban en la ciudad.

Mas, volviendo a nuestra historia, diré que los mercaderes habían cargado ya sus barcos y, luego de haber conocido aquella gentil doncella, regresaron a Siria, para continuar allí sus negocios. Sin embargo, sucedió que estos mercaderes gozaban de gran amistad con el Sultán de Siria, quien les invitaba a palacio cuando regresaban de sus largos viajes. Y así, a la vez que les brindaba su generosa hospitalidad, preguntábales sobre los diversos países que habían recorrido y de esta suerte se informaba el sultán de todas las nuevas que ellos pudieran haber oído o visto alrededor del mundo.

Y así, de esta manera, llegó el Sultán a conocer la existencia de Aquella gentil doncella que era Lady Constance, e hicieron los dignos mercaderes

buena mención de sus virtudes, describiéndola con tanta perfección, que, al cabo, el Sultán se conmovió por ella y sintió deseos de verla y este deseo vino a obsesionarle de tal modo que se transformó en amor.

Y bien pudiera ser que su destino estuviera escrito en las estrellas (las cuales están en un enorme libro que los hombres llaman cielo), y así digo que lo más creíble es que allí constase su infortunado amor y su muerte; de la misma manera que constaban las muertes de tantos otros, como Héctor, Aquiles, Pompeyo, y Julio César, todos los que en Tebas murieron, así como el fin de Sansón, de Turno[54] y de Sócrates, pero el talento del hombre es en verdad exiguo, por lo que nunca alcanzará interpretar del todo al cielo.



Y, así, el Sultán, reuniendo a sus consejeros en privado, púsoles al corriente de cuáles eran sus sentimientos, diciéndoles que de cierto perecería si no lograba ver a Constance y alcanzar sus favores, y entonces les indujo a que la buscaran para de ese modo remediar en algo su pesar. Algunos de los consejeros hicieron varias sugerencias, mas, a pesar de ellas y de las muchas discusiones que tuvieron, y de lo mucho que platicaron, no lograron hallar más solución, sino que casara el Sultán con Constance. Mas no dejaron de ver los consejeros gran dificultad en esta boda, puesto que cada uno de los contrayentes tenía diferente religión, y así no creían probable que ningún príncipe cristiano accediera de grado a casar su hija según las leyes de Mahoma.

Sin embargo, el Sultán se había prendado de tal modo de Constance, que dijo mejor prefería ser bautizado que perderla y, no hallando otra solución, se

dirigió a sus consejeros diciéndoles:

—Os ruego, señores, que pongáis fin a vuestras discusiones y presto partáis en busca de mi señora, pues sólo con ello será mi vida puesta a salvo; de lo contrario moriré.

Mas no me extenderé en esta historia; sólo diré que mediaron en aquel asunto nobles, embajadores y hasta el mismo Papa, respaldado por su Iglesia, hasta que al cabo se abolió la idolatría y propagóse la santa ley de Cristo, acordando que cada uno de los bandos juraría el siguiente convenio:

El Sultán y sus nobles, así como todos sus súbditos, debían ser bautizados, en compensación de lo cual, obtendría el Sultán la mano de Constance, incluyendo cierta cantidad de oro (que no sé a cuánto ascendía), suficiente para proveer cualquier necesidad eventual. Y ahora, gentil Constance, sólo Dios sea tu guía.

Pero sospecho que de mí esperarán algunos que describa los preparativos que el Emperador, en su magnificencia, dispuso para su hija Lady Constance; sin embargo, bien sabéis que es del todo imposible relatar en tan pocas palabras los preparativos que precedieron a suceso tan importante. Y así, los obispos, damas y caballeros famosos y aún muchos más (sería la lista interminable) alistáronse para partir con ella, y cada uno en la ciudad fue exhortado a rogar a Cristo, para que Este bendijera aquel casamiento y les concediera feliz viaje.

Y así llegó el día en que debían partir, y en verdad que era este día triste y lleno de melancolía, pero no pudiendo retrasar más el viaje, hizo Constance sus preparativos, y mientras los hacía su semblante estaba pálido y su corazón lleno de dolor, y nada de extraño había en ello puesto que iba a separarse de los que tan tiernamente la habían amado y por tanto tiempo. Así, entre sollozos, disponíase a ser entregada a un hombre cuyo carácter desconocía por entero (aunque según las esposas dicen, siempre son y han sido los maridos buenos, a lo que yo no daré mi opinión).

Y entonces ella dirigióse a su padre y a su madre y les dijo:

—Habéis vosotros sido, después de Cristo, la única alegría de mi corazón y mi consuelo, y puesto que con tanto amor me habéis criado, y, estando próxima a partir para Siria, me confío una vez más a vuestros corazones, ya que no he de volver a veros con estos mis ojos, y, así, siendo por el cielo este vuestro deseo, debo juntarme con las gentes de Berbería; que Cristo, que murió para salvación nuestra, me dé valor suficiente para obedecer sus mandatos, y así no importa si en esta aventura perezco, pues que no soy más

que infeliz mujer, y hemos las mujeres venido a este mundo a sufrir y a estar bajo el dominio del hombre.

Y diré que hubo en aquella despedida tanta congoja y dolor, que en mucho superó al de Troya cuando Pirro hundió el muro antes de incendiar Ilion, y ni en la ciudad de Tebas, ni en Roma, cuando por tres veces venció Aníbal a los romanos, hubo tanta aflicción como en aquel día. Pero, sin embargo, a pesar de los sollozos, ella debía partir.

Ahora bien, al iniciar esta historia, «la Prima Mobile» (esta despiadada esfera que, moviéndose a lo largo del día, presiona todas las cosas y que va del Este al Oeste, aunque igual podría ir al revés), cruzaba los cielos en disposición tal, que predisponía al sangriento Marte a la destrucción de aquel casamiento; además, el signo de Aries, en su ascendencia oblicua, presagiaba infortunio, mientras el candente Marte, su regulador, apartándose de su ángulo, dirigíase a las oscuras mansiones de Escorpión; y, he aquí, que de todo ello se deducía una muy maligna influencia; además, la luna, debido a los movimientos de las estrellas, había sido apartada de su posición favorable perdiendo su natural resplandor; por todo lo cual, grande había sido la temeridad de aquel Emperador de Roma por no haber consultado antes del viaje a los astrólogos; mas aún pudiera ser que en aquella ciudad no los hubiera.

Y así os digo que, en verdad, no es indiferente la fecha que se elija para un viaje, pues por algo nos las señala la astrología, particularmente tratándose de personas nobles que saben la hora de su nacimiento; y hacer caso omiso de esto es necedad e ignorancia.

Y así, con gran pompa y boato, aquella gentil y triste doncella lúe llevada a bordo de aquel barco y, mientras, hablábales a las gentes que la rodeaban, diciéndoles:

—Que Cristo Jesús nuestro os bendiga y guarde.

Y replicaban ellos:

—Que la suerte sea contigo, noble y dulce Constance.

Mas al cabo, todo terminó de la misma manera que se había previsto.

Pero dejaré que navegue ella por los mares lejanos y volveré de nuevo a mi historia.

Y así pues, el Sultán, del cual os he hablado antes, tenía por madre un áspid de maldad, la cual era por demás muy aferrada a las antiguas costumbres; por lo que al tener noticia de los propósitos del Sultán, quiso reunir a sus consejeros, para lo cual dio inmediata orden; y, formada la asamblea, ella tomó la palabra y dijo:

—Señores, todos vosotros sabéis que mi hijo está al punto de renunciar a las sagradas leyes del Corán, las cuales nos entregó Dios Todopoderoso, por mediación de Mahoma, y así pongo a éste por testigo de que se me arrebate antes la vida que la fe de Mahoma de mi corazón. Y así, pues, os digo, ¿qué puede esta nueva ley traernos sino pesadumbre para las almas y esclavitud para el cuerpo, a más de nuestra condenación eterna en el infierno? Por lo mismo, señores, os ruego que me prestéis juramento de seguir los consejos que os voy a dar, a cambio de lo cual yo os doy fe de que estaréis conmigo a salvo para siempre.

Y juraron ellos, y cada uno hizo promesa de estar de su parte en vida y en muerte, y así cada cual en cuanto le fue posible, reunió también a sus amigos para apoyo y afianzamiento de ella. Y, dispuesto todo, emprendió aquella mala mujer la aventura y dirigiéndose a sus amigos les dijo:

Ante todo, señores, debemos simular que entramos en la fe de Cristo, pues el agua del bautismo no nos hará gran perjuicio, y dispondré luego un banquete tal, que podrá competir con el del Sultán.

Y añadió:

No os importe, pues, que la esposa de mi hijo sea una bautizada; yo os digo que, en verdad, hará falta más agua que la que cabe en una pila de bautismo para lavar la sangre que será derramada.

¡Oh Sultana, raíz de iniquidad! Virago, segunda Semíramis, serpiente en forma de mujer, pues la misma que mora en el profundo infierno eres; ser maligno, nido de vicios en el que todo mal se engendra; confusión eres de la virtud e inocencia.

¡Ah, Satán, envidioso desde el día que fuiste desheredado, qué bien sabes guiar a las mujeres por los viejos caminos del infierno! Ya por mediación de Eva nos hiciste esclavos y, ahora, te has propuesto llevar al infortunio y destruir este cristiano matrimonio, pues bien sabido es que de la mujer te vales para seducirnos, y así lo haces siempre, aunque nos cueste buenas lamentaciones.

Y, para terminar, diré que aquella maldecida Sultana despidió a sus consejeros y fue luego al Sultán y le dijo que deseaba recibir el bautismo de manos de un sacerdote, pues hallábase arrepentida de haber permanecido hereje por tan largo tiempo, y le pidió permiso para asistir a su banquete, prometiendo hacer lo imposible para complacer a los cristianos.

A todo esto, el Sultán respondió:

—Sea como tú deseas.

Y en señal de agradecimiento, hincóse de rodillas a los pies de la Sultana y mostróse tan complacido que apenas pudo demostrar sus sentimientos; pero, al cabo, diole ella un beso y desapareció.

Llegó Navidad y con ella Siria viose alegrada y así dispúsose a recibir también a aquella compañía que formaban Constance y sus acompañantes, y, entonces, el alborozado Sultán apresuróse a anunciar la llegada de su esposa, haciéndolo primero a su madre y luego a todo el país, y, para mayor honra del reino, rogó a ésta que accediera a cabalgar junto a él para de este modo dar la bienvenida a su reina.

Y, así, juntáronse sirios y romanos en espléndida y engalanada congregación; y, ricamente vestida y de júbilo llena, recibió la madre del Sultán a Constance, haciéndolo tan cariñosamente como cualquier madre hubiera hecho con su hija, y luego fueron cabalgando juntas por toda la ciudad. Y así, creo que ni en el triunfo de Julio César, del que Lucano canta tales excelencias, hubo nunca congregación que fuera tan rica en magnificencia y perfección, como la formada por aquella jubilosa multitud; sin embargo, tras todos aquellos halagos, el alma perversa de la Sultana, maligna como el escorpión[55], preparaba su mortal picadura.



Y, así como su madre, dio también el Sultán la bienvenida a su esposa e hízolo alborozado y lleno de felicidad; y los dejaré ahora en su regocijo, pues que sólo me atañe relatar el resultado de esta historia.

Y, así, cuando hubo pasado un tiempo, creyeron oportuno suspender aquellas algazaras y tomar descanso, mas entretanto llegó el día fijado por la Sultana para celebrar el banquete del cual hablé, y dispusiéronse todos los cristianos, jóvenes o viejos, a asistir a aquella fiesta. Y, en verdad, fue éste magnífico especiando y hubo en él más detalles de los que podría describir; sin embargo, caro, muy caro, debían pagarlo todos, antes de que les fuera dado levantarse de la mesa.

Mas, ocurre que, en este mundo, suele siempre el dolor suceder a la felicidad, la cual es a menudo vencida por la aflicción; y así el dolor, consecuencia de todos nuestros terrenos males, vegeta a espaldas de la dicha; de modo que debéis, en vuestros días de felicidad, acordaros que tras ellos se esconde siempre algún no previsto infortunio o calamidad.

Y, así, el Sultán y cada uno de los cristianos caballeros fueron apuñalados por la espalda, y pasados a cuchillo, librándose tan sólo lady Constance.

Aquél tan execrable hecho, debióse, como podéis suponer, a la maligna y vieja arrugada que era la Sultana y a sus adictos consejeros, e hizo esto porque era deseo de ella gobernar el reino; de modo que no quedó en el país sirio quien fuera partidario del Sultán, pues, antes que pudieran huir, eran asesinados.

Y, en medio de aquel caos, fue Constance asida y llevada a bordo de un mal acondicionado barco, e instáronle a que aprendiera a navegar si quería llegar con bien a las costas de Italia, y diéronle entonces parte de los bienes que ella había traído consigo, y, para hacerles justicia, diré que cargaron también en el barco ropas y provisiones en abundancia, y, al cabo, desplegó velas para internarse en el profundo y salado mar.

¡Oh, Constance! De amores y ternezas llena, hija bien amada de un emperador; sea Él, el que rige todos los destinos, quien te guíe y ampare. Y haciendo la señal de la Cruz, fijó ella sus ojos en la Cruz de Cristo y rezó:

—¡Oh, altar bendito!, y de luz lleno, Cruz santa, roja sangre del Cordero, el cual lava las antiguas iniquidades del mundo, sálvame del maligno espíritu y de sus acechanzas y ampárame en la hora en que deba ser absorbida por el profundo y oscuro mar. Victorioso Arbol, cobijo de los que en ti creen, sostén de las llagas del Rey de los cielos; tú tan sólo posees el poder de expeler los demonios que moran en el hombre y en la mujer y sólo para ello te basta extender los brazos. Guárdame, pues, Señor, y dame valor suficiente para soportar mi amargura y poder enmendar mi vida.

Y así navegó la doncella por largos días y años por aquellas aguas que eran las de Grecia, hasta que un día vino en dar su barca con las costas del

estrecho de Marruecos; y, por cierto, que escaso alimento ingirió en tan largo plazo, estando más de una vez a punto de morir, antes que las olas turbulentas la llevaran a aquel lugar de la costa.

Mas os preguntaréis: ¿cómo no la mataron a ella, lo mismo que a los demás en el banquete? ¿Quién pudo haberla salvado? Y yo os replico: ¿Quién salvó a Daniel de los leones en la caverna? Nadie más sino Dios, a quien llevaba él en su corazón. Y así, del mismo modo, quiso Dios, a través de aquella doncella, mostrarnos su milagroso poder, para que pudiéramos admirar la grandeza de sus obras.

Y así, los filósofos bien conocen que Cristo (el cual es seguro remedio para todo mal) emplea instrumentos escogidos para sus propósitos, los cuales están fuera del alcance de la mente humana, y nunca nuestra ignorancia podrá comprender su sabia providencia.

Pero dejando aparte el que ella se salvara de la muerte en el banquete, ¿quién la libró de ser ahogada en el enfurecido mar? Y yo os pregunto: ¿Quién salvó a Jonás en el seno del pez hasta devolverlo a Nínive? En verdad que fue el mismo que protegió a los hebreos, librándolos de ser ahogados en el paso del mar. ¿Y quién sino El domina los cuatro elementos de las tormentas (son Norte, Sur, Este y Oeste), y tiene poder para vejar la tierra?

Y, así, yo os digo que Él, que rige estos elementos, guardó también a esta mujer salvándola de la tempestad; a más, ¿de dónde hubiera ella sacado alimentos y bebida para sobrevivir durante más de tres años? Y yo os pregunto: ¿Quién alimentó a María de Egipto[56] en la cueva y en el desierto? De seguro que nadie sino Cristo, del mismo modo que alimentó también un día a quinientas personas con cinco panes y dos peces.

Y, así, aquella doncella fue conducida por los solitarios mares de nuestro Océano, hasta ser lanzada por las olas a un acantilado, cuyo nombre desconozco, pero que sé que estaba en las lejanas tierras de Northumberland. Y así, debido a la marea, su barco quedó fuertemente apresado en la arena, siendo la voluntad de Cristo que aquella embarcación embarrancase en aquel lugar.

Y así ocurrió, que, habiendo un castillo próximo a la costa, bajó su Condestable a inspeccionar aquel naufragio, y halló a la desventurada mujer, exhausta por todas las tribulaciones que había padecido, e hizo luego el Condestable mejor registro del barco, descubriendo el tesoro que Constance llevaba consigo.

Y entonces aquella infeliz mujer dirigióse a él, suplicándole piedad, y le rogó que le quitara la vida pues no podía soportar por más tiempo tanto

infortunio, y a pesar de hablar ella latín y el Condestable no, pudo éste comprender lo que le decía; y así, cuando hubo el Condestable terminado aquella inspección, asió a la infeliz mujer y llevóla a la playa, y ella agradeció tanta bondad, e hincóse de rodillas para bendecir a Dios, pero sin embargo, nada logró inducirla a revelar su personalidad, aduciendo que su mente estaba confusa y no recordaba nada. El Condestable y su esposa sintieron entonces gran compasión por ella y la llevaron a su castillo, y mostró Constance tal diligencia y presteza en servir y agradar a cada uno, que fue estimada por todos aquellos que la rodearon.

Pero el Condestable y su esposa lady Hermengyld eran paganos, como el resto de los habitantes de aquellas tierras. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que lady Hermengyld se encariñase tiernamente de Constance; y así ésta, permaneciendo con ellos largo tiempo, dábase a la oración y penitencia, hasta que, por gracia de Jesucristo, la esposa del Condestable se convirtió.

Pero dábase el caso que los paganos habían conquistado todas las regiones del Norte, de modo que no quedaba ningún cristiano por haber huido éstos con los britanos (antiguos moradores de la isla) a Gales, donde habían buscado refugio. Sin embargo, no todos los cristianos fueron desterrados; algunos quedaban viviendo a espaldas de los paganos, y adorando a Cristo en el más absoluto secreto. Y ocurrió que tres de aquellos cristianos moraban cerca del castillo, y era uno ciego, no pudiendo ver si no era con los ojos del entendimiento, con los cuales suelen los ciegos percibir muchas cosas.

Y así ocurrió que un día de verano, bajo el ardiente sol, paseaba Constance con el Condestable y su esposa, y juntos los tres tomaron el sendero que conducía derecho a la playa, pues era su deseo tomar descanso y solazarse a la vista del mar; mas apenas hubieron iniciado su camino, halláronse frente al hombre ciego, del cual os he hablado antes. Y así aquel viejo britano, dirigiéndose a lady Hermengyld exclamó:

—Por el nombre de Cristo, haz que la vista sea devuelta a mis ojos.

Y quedó la dama aterrada al oír semejante ruego, pues, en verdad, que temía que su marido le diera muerte por amar a Jesús; mas estando Constance junto a ella, diole ánimos diciéndole que, como hija que era de la Iglesia, debía efectuar la voluntad de Cristo. Sin embargo, el Condestable quedó turbado por aquella visión y dijo:

—A fe, que no sé a qué viene todo esto.

Y respondióle Constance:

—Señor, es el poder de Cristo que salva a las gentes del demonio.

Y comenzó ella a exponer su fe, con efectos y convencimientos tales que, antes del atardecer, habíase convertido el Condestable a la Fe de Cristo.

Ahora bien, este Condestable no poseía pleno gobierno sobre el país, sino que estaba bajo el dominio del rey Alia, el cual regía todas las tierras de Northumberland y fue este astuto rey el que un día dominó con dura mano a los escoceses.

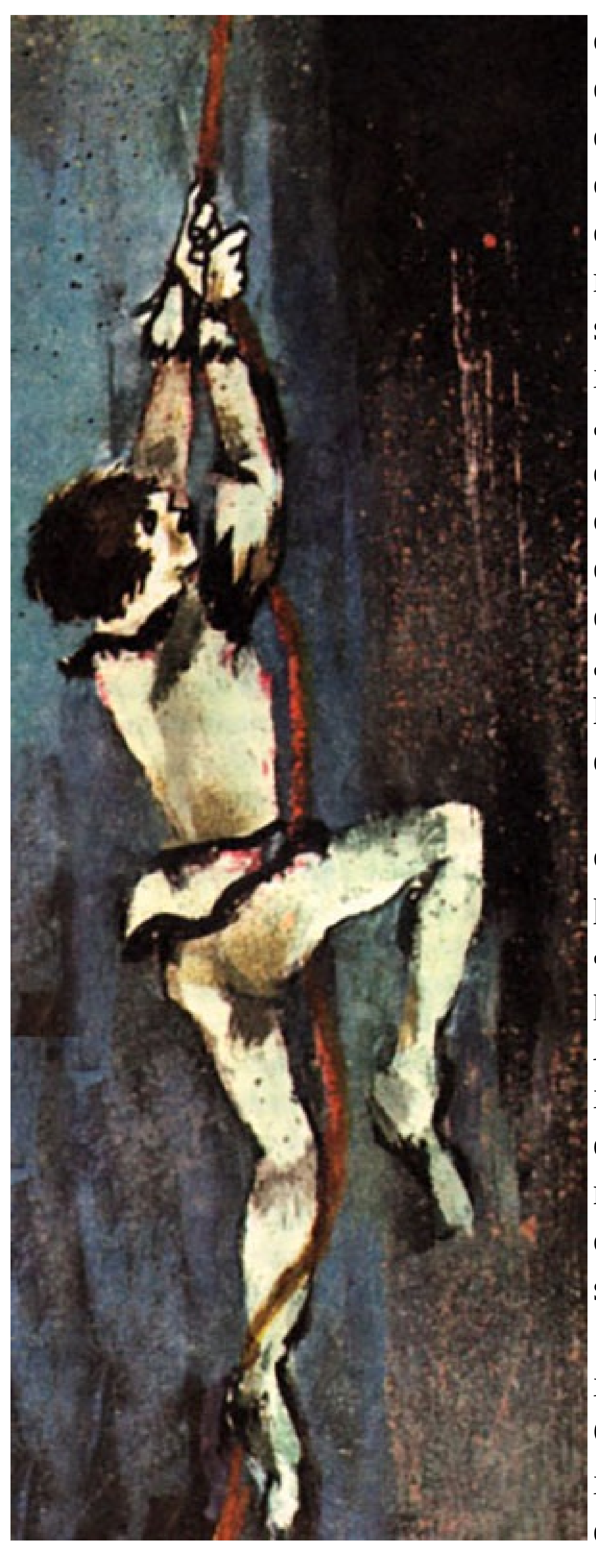
Mas no he de apartarme de mi historia; y así, como decía, Satán, el cual para seducirnos no cesa de tendernos lazos, advirtió la perfección que en Constance había y apresuróse a buscar algún medio para probar su virtud; y, así, fuese en busca de un joven caballero, que en la ciudad había, e instigóle a que se enamorara de aquella mujer y puso en él tan lasciva pasión, que, en verdad, creyó el caballero morir si no poseía a Constance en muy corto tiempo. Sin embargo, a pesar de su cortejo, nada consiguió de ella, pues era tal su virtud que nada podía la tentación. Y entonces él, en su decepcionado furor, ideó para ella la más ignominiosa muerte.

Y así pues, estando una noche ausente el Condestable, trepó en silencio por la ventana de Hermengyld entrando en su cámara mientras dormía, lo mismo que Constance, pues ambas habían paulo la jornada en vigilias y penitencias de modo que se hallaban agotadas por el cansancio. Y así, como decía, el diablo, que nunca para de hacer el mal, guió al caballero a la estancia de Hermengyld y le indujo a que, con su mismo brazo, le diera muerte, cortándole el cuello en dos. Y así luego, el malvado caballero, con sumo cuidado, colocó el ensangrentado cuchillo al lado de lady Constance, después de lo cual huyó. (Que Dios le dé merecido castigo).

Muy luego, regresó el Condestable al castillo, acompañado del rey Alia, y encontró a su esposa cruelmente asesinada, y retorciendo sus manos de dolor rompió en sollozos y mesó sus cabellos; pero, al cabo, levantóse y fuese al lugar donde Constance dormía y junto a ella descubrió aquel ensangrentado cuchillo que había herido a su esposa de muerte. Y, siendo Constance interrogada, calló, pues que nada podía decir ni hacer y así quedó ella misma sumida en el más profundo dolor.

Y diose al rey Alia la debida información sobre aquel desastre, sin omitir mencionar el tiempo, lugar y circunstancia en que fue hallada lady Constance en el barco, todo lo cual, vosotros ya conocéis.

Y ocurrió que el rey, a la vista de tan desgraciada criatura, la cual reflejaba en su rostro la bondad y la tribulación, sintió su corazón movido a la piedad. Y así era ella llevada a la muerte cual inocente cordero, pues que falsamente había sido culpada de aquel horrendo crimen, quedando el mal



caballero fuera de sospecha. Sin embargo, era su aspecto tan dulce, que levantóse del pueblo un fuerte clamor, pues no podían las gentes creerla capaz de haber cometido tan monstruoso acto; además, muchos sabían de sus virtudes y no ignoraban cuán tiernamente había amado a Hermengyld, y esto declararon todos, excepto el pérfido caballero que había asesinado a la esposa del Condestable, por lo que el rey decidió hacer más hondas averiguaciones sobre aquel asunto, hasta que la verdad fuera descubierta.

En aquel juicio, Constance carecía de campeón ni tampoco podía defenderse a sí misma. Pero ahora os digo que Aquel que pereció para redención nuestra, Aquel que envió a Satán a los infiernos, será hoy su segura defensa; pues, en verdad, que si Él no obra un milagro, deberá ser ella condenada a muerte muy a pesar de su inocencia.

Y en aquel momento, cuando iba a ser juzgada, hincóse Constance de rodillas y rezó: «Dios inmortal, que a Susana[57] salvaste de falsa acusación; Vos, piadosa Virgen, hija de santa Ana, por cuyo Hijo los ángeles cantan “Hosanna”», sed ahora mi socorro si me halláis inocente y, si no, apiadaos de mí y dadme la muerte.

Y mientras así hablaba, era el semblante de Constance pálido como lo es el de un condenado a muerte, y en él se posaban las miradas de la gente.

¡Oh vosotras, reinas, duquesas y damas que vivís en la prosperidad, apiadaos de la adversidad de esta infortunada mujer! Sabed que la hija de un emperador es y, sin embargo, hállase sola y sin nadie a quien acudir, puesto que sus amigos están ausentes.

Pero el rey Alia, el cual tenía muy noble y compasivo corazón, sintió por ella piedad hasta el extremo de verter lágrimas sus ojos. Y así, con el deseo de ayudarla, mandó traer un voluminoso libro y sobre él hizo jurar al caballero que Constance era la que había dado muerte a aquella mujer. Y así si lo hiciera, dijo el rey, confirmarían la sentencia.

Y presto trajeron el libro que era britano y contenía los Evangelios, y, sobre él juró el indigno caballero la culpabilidad de Constance y en aquel momento, a la vista de todos, una mano le golpeó en la nuca y cayó pesadamente al suelo y sus ojos aparecían tan hinchados que casi le salían de las órbitas; y, entonces, se oyó una gran voz que decía:

—Esta que condenáis es hija inocente de la Iglesia, por lo que entre vosotros ya no reinará la paz.

Y, ante aquel prodigio, las gentes se aterrorizaron temiendo la venganza, y sólo Constance se mantuvo serena; y así aquellos que antes sospecharan erróneamente de ella, quedaron aturdidos y emprendieron largas penitencias; y por este milagro y por la mediación de Constance, el rey y muchos de los presentes se convirtieron a la fe de Cristo, gracias a Él le sean dadas. Y entonces Alia dispuso que aquel pérfido caballero fuera muerto de inmediato por su perjurio, lo cual se efectuó a pesar de los ruegos de Constance para salvarle la vida. Luego, Jesús, en su misericordia, hizo que casara Alia con aquella dulce y santa doncella, celebrándose la boda solemnemente.

Y así de esta manera, convirtió Cristo a Constance en reina. Sin embargo, alguien hubo a quien esta boda desagradó profundamente, y ésta era Donegild la vieja y tirana madre del rey; pues creía gran deshonor para su hijo el haber tomado esposa extranjera, y así era tal su pena que sentía su corazón partirse en dos.

Pero hora es ya de dejar de lado las divagaciones e ir al grano de la historia, pues en verdad, que nada me obliga a relataros todas las ceremonias y pompas que en aquella boda hubo y así no os diré los platos que se sirvieron en el banquete ni quiénes tocaron las trompas o los clarines; mas sólo os diré que comieron, bebieron y cantaron y regocijáronse todos a sus anchas, y luego fueron a acostarse como era lo propio y conveniente en aquella ocasión. Pues suelen las mujeres ser santas criaturas, pero deben de noche condescender con aquellos actos necesarios para complacer a los hombres con

los cuales casaron, y, así, por un corto tiempo, prescinden un poco de su santidad, y esto es algo que no puede remediarse.

Y transcurrió el tiempo y, al cabo, el rey engendró en aquella mujer un hijo, mas teniendo que partir a pelear en las lejanas tierras de Escocia, encomendó a su esposa a los cuidados del Condestable y del Obispo. Y así, estando la gentil Constance adelantada en su embarazo, recluyóse apaciblemente en sus habitaciones, esperando allí la voluntad de Cristo. Y, a su debido tiempo, dio a luz a un niño, el cual fue bautizado con el nombre de Mauricio. Convocó entonces el Condestable un mensajero, para que, por escrito, llevara aquella nueva al rey Alia, junto con otros asuntos de urgencia, y así aquel emisario, cogiendo la carta, púsose en camino; mas ocurriósele, de pronto, que, tal vez, aquello podría beneficiar sus intereses y, sin pensárselo dos veces, presto encaminóse a la morada de la madre del rey. Y así, en cuanto hubo llegado, saludó a la dama y en su propia lengua le dijo:

—En verdad, señora, que podéis regocijaros y alegraros y dar gracias a Dios mil veces seguidas, pues mi señora, la Reina, acaba de dar a luz a un niño, por lo cual, todo el pueblo bulle de satisfacción. Mirad, estas cartas selladas son las portadoras de las nuevas que os acabo de anunciar y deben ser llevadas sin tardanza a su destino; mas, como servidor vuestro soy en todo lugar y hora, si algo deseáis añadir para el rey vuestro hijo…

—No —atajó Donegild— ahora no; mas reposad tranquilo esta noche aquí y mañana os diré cuáles son mis deseos.

Y quedóse el mensajero y bebió cerveza en muy abundante cantidad y así, al cabo, durmióse como un cerdo, y, estando profundamente dormido, alguien deslizóse junto a él y secretamente robó las cartas de su faltriquera, poniendo luego otras en su lugar; e iban éstas igualmente dirigidas al rey y estaban firmadas por el Condestable. Y así aquella pérfida mujer, que era la madre del rey, había falseado la misiva con maligna intención y escrito otra que decía que la reina había, en efecto, dado a luz un niño, pero era éste tan horrible, y de tan diabólico aspecto, que nadie en el castillo osó quedarse a su lado, y añadía que la madre capaz de traer al mundo tal engendro, no podía ser más que una bruja llevada allí por algún extraño sortilegio, y que todos en el país odiaban su presencia.

Y llegó esta carta a manos del rey, y, al leerla, embargó su ánimo gran aflicción. Sin embargo, nada dijo de su dolor, y limitóse a contestar, escribiendo de su mano lo siguiente:

—Acogeré con agrado lo que me mande Cristo, pues que instruido he sido en su Santa Doctrina. Señor, a tu disposición pongo por entero mis deseos;

desde hoy acataré tu voluntad. Acoge, pues, al niño, sea monstruoso o no, y guarda a mi esposa hasta que llegue el momento de mi regreso, y espero que, con el tiempo, Dios me envíe otro heredero más satisfactorio.

Y, no pudiendo apenas contener el llanto, selló la carta que fue entregada al mensajero, el cual apresuróse a partir.

Pero ocurrió que aquel mensajero, que olía a vino y charlaba más que un grajo, no tenía remordimiento en revelar cualquier secreta confidencia que se le hiciera. En cuanto a Donegild, no halló palabras suficientes para hacer justicia a su crueldad y a su malicia, por lo que renunció a ello y lo dejó a cargo del diablo. Pues tan indigna mujer no debiera, en verdad, andar por la tierra, sino hallarse en el mismo infierno.

Y de regreso de la corte del rey, volvió el mensajero a Donegild, y ésta le llenó de atenciones y agasajos, y, él, después de beber como una cuba, durmióse, y así, roncando, estuvo toda la noche hasta que amaneció. Y, como la otra vez, sus cartas fueron robadas y sustituidas por otras falsas que decían: «Bajo pena de prisión y muerte, el Rey ordena a su Condestable no consienta, bajo pena de la vida, a Constance permanecer en su reino por más de tres días. Deberá llevarla al barco que la trajo y con ella irán su hijo y equipaje y, una vez allí, partirá hacia los mares, encomendándole que nunca más regrese». Y mientras Donegild, en su incomparable maldad, fraguaba este plan, el sueño de Constance invadióse de extrañas y horribles pesadillas que llenaron su ánimo de terror.

Y, al siguiente día, levantóse el mensajero y, presto, se dirigió al castillo, entregando la carta al Condestable, y éste, al leer tan onerosa misiva, exclamó:

—¡Cristo Jesús!, ¿cómo puede este mundo subsistir habiendo tan malvadas criaturas en él? Dios mío, si tu voluntad es que sufra la inocente y prospere el mal, entonces sea esta orden bien acatada, puesto que Vos sois recto Juez. Sin embargo, muy afligido estoy, buena Constance, de pensar que debo ser yo tu verdugo o recibir ignominiosa muerte; más, en verdad, que no tengo otra alternativa.

Todos en palacio, jóvenes y ancianos, sollozaron ante aquella infame misiva que el rey mandara, y, así, al cuarto día, Constance, con triste y pálido semblante, encaminóse hacia el barco; mas iba sumisa a la voluntad de Cristo y, al llegar a la playa, hincóse de rodillas y dijo:

—Señor, haced que reciba siempre con agrado lo que Vos me mandéis. Quien en tierra me salvó de falsas acusaciones, puede en el mar librarme del mal y del furor de las olas, y puede hacerlo, aunque yo ignore cómo, pues es

su poder tan grande como siempre ha sido. Y yo pongo mi confianza en Él y en Su Madre Santísima, y sean ellos ambos quien me guíen en esta nave.

Y, entonces, como lloraba su hijo, ella, aún de rodillas, le dijo:

—No llores, mi pequeño, nada ha de ocurrirnos.

Y, luego, cogiendo la cofia de su cabeza, la colocó por encima de los ojos del niño y lo acunó en sus brazos. Y entonces sus ojos fijáronse en el lejano cielo y dijo:

—¡Oh, María!, esclarecida Doncella, dulce Madre, bien es cierto que la humanidad fue condenada a eterna muerte a causa de una mujer y que tu Divino Hijo tuvo por ello que morir en Cruz, y cierto es, también, que vuestros benditos ojos presenciaron aquella agonía, por lo que en verdad no puede haber comparación entre vuestro dolor y el de los hombres; pues visteis Vos morir a vuestro Hijo y el mío está aún con vida. ¡Oh Señora!, a quien afligidos y desheredados acuden. Gloria de la feminidad, Virgen severa, Refugio del cielo, Luminosa Estrella, Vos que tan gentilmente os apiadáis de los desdichados y afligidos, tened ahora compasión de mi hijo —y entonces, mirando al niño, exclamó—: ¡Ay hijo mío! ¿Cuál es tu culpa? En verdad que no has cometido pecado y tu padre quiere matarte —y, dirigiéndose al Condestable, le dijo—: Señor, apiadaos de mi hijo; y dejad que permanezca con vos; mas si no osáis retenerlo, entonces, besadle en nombre de su padre.

Y levantóse luego y anduvo hacia el barco y aún giró su cabeza hacia tierra, para, con el pensamiento, despedirse de su despiadado esposo, y oyó, entonces, el clamor de la multitud y, haciendo la señal de la Cruz y llevando a su hijo en brazos, subió a bordo de aquel barco, y así, de esta manera, partieron Constance y su hijo hacia los mares lejanos. Mas por ella no temáis, pues que, en verdad, llevaba muy abundantes provisiones, además de otros objetos necesarios, de manera que no le había de faltar nada en mucho tiempo.

Y, ahora, quiera Dios amortiguar el furor del viento y de los mares, para que pueda llegar ella a buen término. Y así, de esta suerte, fue internándose en el mar y ya nada puedo añadir. Muy luego, el rey Alia regresó al castillo y preguntó al Condestable por su esposa e hijo, y éste sintió el corazón helársele de temor, pero, reponiéndose, con llaneza expuso al rey todas las circunstancias que vosotros sabéis, puesto que acabo de relatarlas del mejor modo que he podido.

Y entonces el Condestable, mostró al rey su sello y carta diciendo:

—Señor, con exactitud he seguido vuestras órdenes, las cuales me mandasteis, so pena de mi vida.

Y, ante aquella infamia, hizo el rey torturar a su emisario, hasta que confesó los lugares en que durmió cada una de aquellas noches, y al cabo confesó todo desde el principio al fin. Y así, de este modo, con un hábil interrogatorio, descubrieron la procedencia de aquel mal, averiguando quién había sido la autora de aquella venenosa y malvada carta y ocurrió, entonces, que el rey Alia, resentido por aquel agravio y traición, a su propia madre hizo dar muerte, y de esta suerte fue como aquella malvada dama, que era lady Donegild, acabó sus días.

Y así, Alia quedó muy afligido por la desaparición de su mujer e hijo y se consumió de tal manera en su dolor, que nunca nadie podrá saberlo. Pero ahora volveré a Constance, quien (por la voluntad de Cristo) fue por los mares llevada a lo largo de cinco interminables años, y padeció privaciones y angustias, hasta que al cabo su barco fue lanzado a tierra por las olas, y ocurrió que cerca del lugar donde arribara, había un castillo de los gentiles, pero de su nombre no tengo información. Y, ahora, Dios, que en su bondad salvó a los hombres, proteja una vez más a Constance y su hijo del furor de los paganos; pues, como veréis, hallábanse de nuevo en peligro de muerte.

Y así el barco, al arribar a aquellas costas, atrajo de tal modo la curiosidad de las gentes, que fueron muchos los que bajaron a visitarlo, y entre aquellos visitantes había un tipo felón y renegado, el cual era mayordomo del castillo, y a quien Dios castigue. Y así, como decía, fue éste al barco de Constance y le dijo que tanto se había prendado de ella que debía ser su amante de agrado o a la fuerza; y viose entonces la infeliz mujer sumida en tal infortunio que prorrumpió en lastimeros sollozos. Mas ocurrió que la Virgen, que ayuda siempre a los que la imploran, vino esta vez a socorrer a Constance; y así en aquella terrible lucha con el gentil, viose éste de súbito lanzado de la cubierta del barco cayendo en el mar, donde se ahogó. Y así, Constance fue salvada una vez más por Cristo y su Madre Santa.

Y aquí tenéis los efectos que el aborrecible vicio de la lujuria produce, pues no sólo debilita la mente, sino que destruye el cuerpo y proporciona la miseria.

Y podría añadir: ¿Cuántos no han hallado la muerte o han sido destruidos por el mero hecho de haber intentado cometer este pecado?

¿Cómo pudo aquella débil mujer hallar fuerza para defenderse de aquel renegado? Y yo pregunto: ¿Cómo consiguió el joven y mal armado David vencer al poderoso Goliat? En verdad, que fue Dios quien lo hizo. Del mismo modo que dio a Judit el coraje para matar al rey Holofernes en su tienda y

libró al pueblo escogido de la miseria. Y así también libró a Constance del desastre, dándole el valor y la fuerza suficiente.

Y, al cabo de un tiempo, hízose de nuevo su barco a la mar y así cruzó el pequeño estrecho entre Gibraltar y Ceuta, y, navegando siempre, unas veces al oeste, otras al norte, sur o este, transcurrieron muchos otros días de cansancio y aflicción hasta que al cabo la Virgen Madre de Cristo (que sea eternamente bendita), decidió en su inefable bondad, poner fin a las penalidades de la afligida Constance.

Mas dejemos ahora por un tiempo a Constance, y pasemos a hablar del Emperador romano. Había sido éste informado por cartas llegadas de Siria de la terrible matanza de cristianos y de la deshonra infligida a su hija por aquel áspid. En otras palabras, por aquella malvada e infame Sultana, la cual había ordenado la muerte de cada uno de ellos en el banquete. De modo que el Emperador dispuso que su Senador, acompañado de otros muchos dignos señores, partieran, debidamente equipados, hacia la ciudad de Siria y vengaran allí aquella injuria. Y a lo largo de muchos días, llevaron la desolación a aquel país, robando, matando e incendiando todo lo que hallaban a su paso, pero al cabo partieron, regresando de nuevo a su tierra. Y, en aquel victorioso viaje de regreso a Roma, hallaron, según dice la historia, aquel barco en el cual iba la afligida y triste Constance; mas el Senador no podía saber quién era aquella mujer ni lo que allí hacía, y por otro lado Constance ni por su vida revelaría su personalidad y su rango. Y así el Senador la llevó consigo a Roma y una vez allí la confió a su esposa (lo mismo que a su hijo) quedándose a vivir en casa del Senador. Y de esta manera libró Dios a Constance, lo mismo que a muchos otros, de las tribulaciones del mar.

Y en casa del Senador fue su destino que viviera mucho tiempo, ocupándose, como era propio en ella, de buenas y piadosas obras. Y a pesar de ser la esposa del Senador tía suya, no pudo reconocerla. Mas no me he de entretener en estos detalles y así dejaré a Constance al cuidado del Senador, para volver de nuevo con el rey Alia, el cual estaba aún muy afligido a causa de su mujer.

Mas para acortar la historia, diré que el rey Alia, sintió un día gran remordimiento por haber dado muerte a su madre y decidió ir a Roma para someterse a la penitencia que el Papa le impúbera e implorar de él el perdón de Cristo por el daño que había cometido. Y envió emisarios a Roma anunciando su llegada, diciendo que el rey Alia iría allí en peregrinación a visitar al Papa. Al saberlo, según era entonces el uso, el Senador cabalgó a su encuentro, llevando consigo a sus familiares, e hízolo así para mostrarle su

magnificencia y a la vez honrarle como a Rey. Y así fueron muchas las atenciones y cortesías que ambos cambiaron, siendo el rey Alia agasajado y acogido con gran hospitalidad.

Y corrió que, un día o dos más tarde, asistió el Senador a un banquete dado por el Rey y, si no me engaño, el hijo de Constance estaba entre los invitados (aseguran unos que el Senador llevó allí al hijo de Constance a ruegos de ésta), mas estos detalles están lucra de mi alcance. Sin embargo, sea como fuere, lo cierto es que estaba allí. Y durante toda aquella comida estuvo el niño con la mirada puesta en su padre, el rey Alia, sin apartar la vista ni un solo momento; y así diose cuenta el Rey de aquel niño y con gran interés le preguntó al Senador.

—Decidme, ¿quién es ese mozo tan apuesto que no cesa de mirarme?

—De cierto, no os lo puedo decir —contestó el Senador—. Sólo sé que tiene madre pero al padre no lo conozco —y entonces, hizo el Senador al rey Alia un breve resumen de cómo el mozo había sido hallado—. Y bien sabe Dios —dijo el Senador refiriéndose a la madre del muchacho—, que de todas las mujeres de la tierra, casadas o vírgenes, nunca en mi vida oí de otra que la aventajara en virtud. Y me atrevo a asegurar que mejor soportaría ella en el pecho un puñal, que ser pecadora mujer, y así no hay en el mundo hombre que pueda hacerla caer en la tentación.

Y ocurrió que aquel mozo asemejábase a Constance tanto como puede un hijo parecer a su madre; y no habiendo el Rey olvidado a su esposa, dio en pensar que la madre de aquel muchacho bien pudiera ser Constance, mas rechazó la idea y se dijo: «En verdad que me estoy dejando llevar por la fantasía, pues sé de cierto que Constance ha muerto en el fondo del mar»; mas en seguida razonó: «¿Cómo puedo, en verdad, afirmar que ha muerto? Mas pudiera ser que Cristo, que la llevó un día hasta mi país, la hubiera traído ahora hasta el suyo». Y aquel mismo atardecer decidió el Rey ir a casa del Senador para comprobar si aquel milagro había sido posible. Y el Senador, luego que le hubo honrado y agasajado, ordenó que fueran en busca de Constance. Y, comprendiendo ella el motivo por el cual la habían llamado, sintió tan viva impresión que apenas pudo mantenerse en pie.

Al ver Alia a su esposa, la saludó muy rendido y, llorando lastimosamente, pues la reconoció a la primera mirada; y ella, más triste aún y recordando su ingratitud, permaneció callada y desmayóse ante el Rey dos veces lo menos, y, al cabo, éste, sollozando, le dijo:

—Por Dios y todos los Santos, ten piedad de mí. En verdad te digo que no tengo culpa de los daños que habéis padecido tú y tu hijo Mauricio, el cual

tanta semejanza guarda contigo; y, si no me creéis, que me lleve el espíritu del mal ahora y en este lugar.

Mas no terminaron los sollozos ni se apaciguó la angustia hasta después de un tiempo en que sus corazones empezaron a encontrar consuelo.

Pero debo rogaros que me libréis de la tarea de contaros todo esto, pues ni aun disponiendo de todo el día podría relataros todas las escenas de dolor que allí hubo, y en verdad que ya me cansa tanta melancolía.

Y cuando al fin Constance supo la verdad de la inocencia del Rey y de que nada tuvo que ver en sus sufrimientos, supongo que se besaron cien veces por lo menos y hubo tal felicidad entre ellos, como ninguna criatura ha tenido desde el principio del mundo.

Luego Constance, en compensación a sus largos padecimientos, rogó humildemente a su marido le concediera el favor de invitar a su padre a un festín, callando sin embargo que era su hija quien lo invitaba.

Creen algunos que fue el joven Mauricio quien llevó este menaje al Emperador, pero yo no creo al rey Alia capaz de encomendar misión tan importante como aquélla a un niño, y mejor supongo la llevó él mismo.

El Emperador consintió y diose por muy honrado de asistir a aquel festín, y, después de muchas y largas cortesías, volvió el rey Alia a su aposento, y, como era lo propio, hizo las debidas preparaciones para el banquete.

Y cuando fue de día, Alia y su esposa dispusiéronse a partir y así cabalgaron juntos al encuentro del Emperador, y Constance, viendo a su padre en la calle, lanzóse en sus brazos sollozando y dijo:

—Padre mío, ¿acaso habéis olvidado a vuestra hija Constance?, la misma que un día mandasteis a Siria y la que luego fue lanzada al mar y condenada a perecer. Mas, ahora, amado padre, acudo a vuestra misericordia, rogándoos que no me mandéis de nuevo con los paganos, mas agradeced aquí a mi esposo su bondad.

¿Y quién sería ahora capaz de describir el júbilo que reinaba en y fuella estancia donde se encontraban Constance, Alia, y el Emperador? Por cierto que no seré yo, pues debo apresurarme a poner fin a esta historia, porque en verdad el tiempo transcurre rápido y no puedo retrasarme. Y así la gente encaminóse feliz al festín y allí los dejaré que se deleiten jubilosamente, mil veces más dichosos de lo que yo podría decir.

Mauricio, hijo de Constance, fue más tarde ungido emperador por el Papa y vivió cristianamente para mayor gloria de la Iglesia. Pero dejaré su historia de lado para continuar con la de Constance; que la de Mauricio podréis hallarla en todas las historias romanas y yo, en cambio, no puedo recordarla.

Y el tiempo llegó en que el rey Alia y su amada esposa debían regresar a Inglaterra e hiciéronlo así, y vivieron dichosos y en paz.

Pero yo os digo que no hay terrena felicidad que perdure, pues sabido es que el tiempo, como la marea, cambia, haciendo de la noche día, y del día noche.

Mas, ¿quién ha logrado vivir un solo día en felicidad completa, sin que le haya perturbado el furor, el deseo, la vanidad, pasión, injuria o temor? Y esto digo porque en verdad que la dicha de Alia y Constance fue bien efímera, pues la muerte arrebató cruelmente a Alia del lado de Constance, y ésta, de dolor llena, le lloró largamente e imploró a Dios misericordia por su alma.

Y así para rematar esta historia diré que partió ella a Roma, donde halló a sus amigos y allegados en buen estado de salud; y con esto finalizaron las aventuras de aquella santa mujer, la cual, al encontrarse de nuevo con su padre, derramó de gozo tiernas y abundantes lágrimas. Y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por lo menos mil veces, y así vivieron gozosos y en la virtud repartiendo muchas y abundantes limosnas, y ya no partió Constance de aquel lugar hasta que Cristo tuvo a bien llevarla consigo.

Y ahora pues, que ha terminado mi historia, quedad todos con Dios y que Él os guarde.

Epílogo al cuento del jurista

—¡Buena historia ha sido ésta! —exclamó el Hostelero—, y muy digna de ser escuchada. Ahora, por los clavos de Cristo, buen Párroco, a ver qué nos contáis vos, pues, a fe, que nos habíais prometido algo bueno. Mas por lo que he podido deducir, sois todos gente letrada y de educación y en verdad sabéis muchas cosas.

—*Benedicite* —replicó el Párroco— ¿quién habla tan pecadoramente?

—Atención, amigos —replicó el Hostelero—, o mucho me equivoco o ya trae el viento olor a Aleluyas. Aguardad, y, por Cristo, veréis qué sermón se nos prepara.

—Por todos los diablos —dijo el Marino— que no soportaré aquí prédicas sobre las Sagradas Escrituras. Es cierto que todos creemos en Dios —continuó el Marino—, pero el Párroco sólo ve en nosotros lo malo y no lo

bueno. Pero os advierto, Hostelero, que de mí saldrá un cuento que hará resonar las campanas y así despertaréis de una vez, que parecéis estar dormidos. Pero de cierto que el cuento que yo relate no ha de ser sobre filosofía, ni diré enrevesadas palabras de legista, pues que dentro del cuerpo poco latín me cabe.

Cuento del marino

ANTAÑO vivía en Saint-Denis un rico y astuto mercader. Era su mujer de gran belleza y gustaba de la vida de sociedad, siendo amiga de dar fiestas y banquetes, todo lo cual resulta para el hombre más gravoso que placentero, pues tanta etiqueta y parabién, pasan como pasa una sombra por la pared, pero compadezco al que debe pagarlo, que es casi siempre el marido. Éste, por su buen nombre, tiene que adornar a su mujer con ricos vestidos, y, si se da el caso de no poder o no querer pagar el gasto por considerarlo una extravagancia inútil, entonces, de cierto que otra persona deberá abonar las cuentas o dejarnos dinero para que lo hagamos nosotros; mas en esto se halla siempre gran peligro.

Y debido a la gran hospitalidad del mercader y a la belleza de su esposa, estaba siempre su casa frecuentada por numerosos huéspedes; y así los había también de muy diferente condición y entre ellos destacaba un monje, el cual en verdad tenía muy buenas cualidades, pues era audaz, aguerrido, apuesto y joven y, además, continua visita de la casa.

Eran el mercader y este monje, los dos muy amigos, habiendo ambos nacido en el mismo pueblo, por lo que el último le daba el tratamiento de primo, a lo cual el otro no se oponía, sino que se lo aceptaba con placer, sintiéndose más feliz que un pájaro en la primavera.

Este monje, llamado el hermano John, mostrábase muy generoso en aquella casa, no descuidando a nadie en sus dádivas. De modo que, siempre que iba a la casa, llevaba buenos presentes para cada uno, sin olvidar los sirvientes y éstos y todos sentíanse tan felices de su llegada, como lo son los pájaros al amanecer. Pero dejemos esto ahora. Ocurrió un día que el mercader hizo los preparativos para ir a la ciudad de Brujas a comprar cierta cantidad de mercancía, por lo que antes de partir, mandó aviso, por medio de un mensajero, al hermano John, en París, que quedaba invitado a pasar algunos días festivos en casa, con él y su mujer.

Gozando este digno monje en su Abadía de una posición de confianza y autoridad, tenía permiso del Prior para cabalgar hacia muy lejanos lugares para visitar graneros y granjas, lo cual hacía siempre que deseaba. Y así, de ese modo, llegó también a Saint-Denis, y fue su llegada tan celebrada como nunca lo había sido, y traía consigo una cuba de malvasía[58] y otra de suave vino de Italia y, además, como regalo, un juego interesante y extraño. Y ahora dejaré al mercader y al monje que juntos se solacen comiendo y bebiendo, y así los dejaré hasta que transcurran un día o dos.

Y, al tercer día, el mercader levantóse y comenzó a estar seriamente preocupado por sus negocios; y subiéndose al piso de arriba, sentóse en su escritorio y empezó a calcular sus gastos y beneficios y fue esparciendo los libros ante él, así como las bolsas de dinero (que tenía en abundancia), y pronto la mesa estuvo abarrotada de tal modo que no cabía en ella ni una pluma de pájaro; mas diré que antes de entregarse a aquella tarea, había dado las oportunas órdenes de que no le molestase nadie y así habíase encerrado convenientemente de modo que la puerta del despacho no pudiera abrirse.

Y así aquella mañana, no pudiendo dormir más, habíase levantado el hermano John al amanecer y disponíase a rezar devotamente el oficio, mientras paseaba recatadamente por el jardín, y entonces, en uno de aquellos paseos, salióle al encuentro aquella santa y a la vez lozana mujer que era la esposa del Mercader y, en viéndole, le saludó cortésmente como solía; e iba en su compañía una niña de corta edad que estaba bajo su autoridad y vigilancia.

—¿Cómo habéis madrugado tanto esta mañana mi buen primo John? —preguntó la señora.

—Sabed, prima —replicó él— que cinco horas de sueño bastan, y sólo necesitan más los casados, que duermen tan rendidos como liebres tras haber sido perseguidas por furiosos perros. Y así supongo que nuestro buen amigo el mercader, poco habrá descansado esta noche, por lo que ¿no sería conveniente, querida prima, que fueras a dormir un rato más?

Y en esto empezó a reír, al tiempo que su rostro sonrojábase por aquel extraño pensamiento. Pero haciendo ella un mohín con la cabeza, dijo:

—No, primo, no es como piensas, pues, por el que me dio este cuerpo, te digo que no hay en toda Francia mujer que menos haya gozado que yo, de este tan desabrido juego. Mas, no diré de lo que me ocurre palabra alguna a nadie, pero en verdad mi preocupación es tan grande que he pensado seriamente en quitarme la vida o abandonar el país al menos.

—¡Pardiez! —exclamó el monje dando un respingo— esto es grave, mas ¿acaso ignoras que Dios prohíbe quitarse la vida a causa del dolor o miedo? Pero dime qué es lo que te perturba de este modo y quizá pueda darte consejo o ayudarte en tu dificultad. No tengas reparo, pues, en contarme tus preocupaciones, que nada he de decir a nadie y lo juro por este Libro Sagrado.

Y, entonces, ella así mismo juró por Dios y por los Sagrados Libros de que no repetiría nada de aquel asunto, diciendo que antes se dejaría despedazar que decir palabra, y aún sería capaz de condenarse por ello. Y añadió:

—No hago esto, primo, a causa del parentesco sino porque en verdad te aprecio y te tengo confianza.

Y así, en cuanto los dos hubieron jurado, se besaron tiernamente y dejaron que sus mentes andaran libremente por el viento.

—Primo —dijo ella—, si tuviera tiempo, que en realidad no tengo, te contaría mi historia y verías entonces cuánto a causa de mi marido he padecido y la vida de tormento que he llevado desde que fui esposa suya, y esto no priva de que él sea primo tuyo.

—No —replicó el monje—. Por San Martín, que él no es más primo mío de lo que pueda serlo esta hoja que cuelga del árbol; mas, por San Dionisio, te digo que no me enemistaré con él, pues quiero tener motivo para verte, porque, en verdad te digo, que te amo más que a ninguna mujer y así te lo juro por mi condición de monje. —Y añadió—: Dime ahora tu preocupación, y apresúrate, no sea que tu marido baje, en cuyo caso deberás marcharte.

—¡Ay, mi querido primo John! —comenzó ella—. Mejor sería que esto no saliera de mis labios, pero no puedo soportarlo más; y así te digo que, en lo que a mí concierne, es mi marido el peor de los hombres, pues nunca desde el principio del mundo creo haya habido otro peor; mas su esposa soy y como tal debo callar nuestros privados asuntos, así fueren los del lecho u otros. Y así bien sé que Dios me prohíbe hablar de ellos y más si es en descrédito de mi marido, mas, a pesar de ello, a ti y en privado te los diré, y que Dios me perdone si él vale menos que un comino, que culpa mía no es. Sin embargo, esto no es lo que más me preocupa, pues en verdad, te diré que lo que más siento es su ruin tacañería y su mezquindad. Y así tú de seguro no ignoras que las mujeres deseamos en los hombres seis cosas por lo menos, y éstas son: valor, inteligencia, riqueza, generosidad, consideración para la esposa, y, en el lecho, vitalidad. Y ahora, por Cristo y por la Sangre que por nosotros derramó, te digo que estoy en un aprieto tal que no sé cómo solucionarlo, pues verás que a causa de haber comprado un hermoso vestido, he contraído

una deuda de cien francos, y así debo el próximo domingo satisfacer dicha cantidad, y, si no lo hago, será mi descrédito y mi ruina de tal manera que ya empieza a pesarme el haber nacido, pues tan infortunada me siento, sobre todo por no poder recurrir al marido, pues si él se enterara, de seguro que sería mi perdición; así pues, debo rogarte me prestes este dinero, pues, si no, es bien cierto que moriré. Sólo te pido cien francos, y, si haces como te digo, te juro que mi agradecimiento no ha de decepcionarte, y te pagaré al contado y como desees y, si no he de complacerte, déme Dios peor castigo que el que le dio al traidor Ganelón de Francia[59].

—En verdad, querida prima, que lamento lo que te ocurre y así te doy palabra de honor que, tan pronto tu esposo parta para Flandes, he de ir en busca de los cien francos.

Y, entonces, asióla con delicada fuerza por la cintura y la besó una vez y luego otra.

—Debes irte ahora —díjole él— y hazlo sin el menor ruido y presto, y así como son, según mi cuadrante[60] dice, las nueve de la mañana, apresúrate también a preparar el almuerzo, y, eso sí, confía en mí, como yo en ti lo hago.

—No quiera Dios que haga otra cosa —dijo ella, y salió corriendo como una alegre alondra, y, ya en la cocina, dio las oportunas órdenes para que el almuerzo fuera dispuesto, y fuese luego en busca de su esposo y, sin ningún miramiento, golpeó repetidas veces la puerta de su despacho.

—Basta de aporrear la puerta —vociferó una voz desde dentro.

—Por San Pedro, que soy yo —dijo ella— ¿y cuándo piensas comer? ¿Hasta cuándo piensas estar aquí encerrado con tus cálculos, libros y demás? ¡Pardiez! que con el oro que tienes te basta y sobra; deja en paz ya tus bolsones repletos de monedas y baja a atender a nuestro querido primo John, que, por cierto, está solo y aguardándote. Vamos, pues. Oigamos primero la misa y almorcemos luego.

—¡Ay, esposa mía! —dijo el mercader— qué poco entiendes de los intrincados caminos de los negocios. Por San Ivo y por Dios, te digo que pocos son los versados en este arte, pues que escasamente dos entre una docena de mercaderes logran sacar beneficios de su trabajo. Pues de tal manera debemos vivir, que, cuando las cosas van mal, tenemos que poner buena cara y guardar las apariencias y callar muchos secretos que mejor revelaríamos, y así hemos de hacer hasta que muramos, y, sin embargo, ¿cuál es nuestra compensación sino algún día de holganza o alguna peregrinación que aprovechamos para poder librarnos de nuestros acreedores? Por todo lo cual, te digo que es menester, en negocios, tener los ojos abiertos, pues

siempre se está a merced de la suerte y de las circunstancias. Así que parto para Flandes mañana al amanecer, pero volveré lo antes que pueda y, entretanto, te ruego, querida esposa, que te muestres cortés y gentil con cada uno de esta casa y te encomiendo pongas gran cuidado en la distribución de nuestras mercancías, procurando que la casa marche bien, y así puedes hacerlo si quieres, ya que no te falta disposición para ello, ni buena cantidad de ropas, ni buena bolsa de dinero.

Y, diciendo esto, cerró su escritorio y, sin más, dispúsose a bajar la escalera. Y fue la Misa prontamente dicha, y aún más pronto oída, y la mesa estuvo dispuesta y así ellos dieron buena cuenta de la comida, que, dicho sea de paso, era excelente.



Y así, muy luego de comer, puso aquel digno monje un compungido semblante y llevando aparte al mercader le dijo:

—Por lo que veo y he oído, estás próximo a partir para Brujas; que Dios y San Agustín te guíen a lo largo del camino, mas recibe de mí consejo. Y así te digo que seas cauto en cabalgar y moderado en tu dieta, y, más aún, teniendo en cuenta el calor, y, ahora, sin más ceremonias, te digo adiós y que Cristo te guarde de todo mal; y si alguna vez deseas algo de mí, y está en mi mano complacerte, da por seguro que lo haré. Sin embargo, antes de que partas, hay una cosa que quisiera tratar contigo. Necesito de cien francos para proveer nuestras granjas de ganado y he pensado que tal vez pudieras tú prestármelos, y bien sabe Dios que te los devolvería en cuanto quisieras y así lo haría, aunque se tratara de mil francos; mas lo único que pido de ti es que mantengas secreta mi petición, pues aún debo comprar el ganado y lo quiero hacer esta noche. Y ahora sí, debo decirte adiós y gracias, querido primo, por tu hospitalidad y gentileza.

Y, a esto, el digno mercader cortésmente contestó:

—Mi buen hermano John, sabes lo mucho que te aprecio y sabes también que puedes disponer de mi dinero y, no sólo de él, sino de mis mercancías y de cuanto poseo. Así, pues, toma cuanto desees, y no permita Dios que lo gastes malamente. Mas debes saber que es para nosotros, los mercaderes, el dinero cosa principal, pues mientras tenemos crédito nos fían y, acabado éste, pronto nos hallamos en bancarrota, lo que ciertamente no es muy divertido; así que, te ruego me devuelvas este dinero sin mucho retraso y sabe, querido primo, que es mi deseo servirte en lo que pueda.

Y así el mercader dio los cien francos al Hermano John y nadie excepto ellos dos tuvo noticia de aquel préstamo. Y entonces, los dos bebieron juntos y se solazaron y regocijaron, celebrando la buena amistad que los unía, hasta que, al cabo, el hermano John tuvo que cabalgar de nuevo hacia su Abadía. Y, a la mañana siguiente, partió el mercader para Flandes, llegando allí en buen estado gracias a la habilidad de su guía, y fuese directamente a sus negocios, comprando lo que debía y, también, vendiendo. Y no perdió el tiempo en jugar a los dados o en beber, sino que fue su conducta la de un verdadero mercader, y así, ahora, aquí en sus asuntos lo dejo.

Y al siguiente domingo de la partida del mercader, el Hermano John, recién afeitado y tonsurado, llegaba a Saint-Denis, y todos los de aquella casa, hasta el más humilde servidor, celebraron su regreso y se regocijaron.

Pero volvamos al asunto que nos importa. Aquella bella y lozana mujer, que era la esposa del Mercader, había hecho promesa al primo John de solazarse con él una noche entera, en debida compensación a los cien francos que le había dado; y, en verdad, que esta promesa fue ampliamente cumplida, y, así, después de las ocupaciones propias de aquella noche, el digno monje partió y despidióse ante todo el personal de la casa, y nadie abrigó de él la menor sospecha, ni nadie en la ciudad hubiera osado tenerla. Y así cabalgando dirigióse a su Abadía, o a cualquier sitio que le pluguiere, y ya nada voy a añadir acerca de él por el momento.

Y cuando la feria hubo terminado, el Mercader regresó a Saint-Denis, y allí se regocijó y holgó con su mujer, pero, al cabo, le dijo que tenía que partir de nuevo, pues había sido el precio de la mercancía tan elevado que aún debía pagar mil coronas, por lo cual, sin más dilación, partiría para París.

Y así fue que al llegar a esta ciudad, el Mercader, guiado por el afecto y amistad que sentía por su amigo y primo John, fue a visitarle, y no estaba en su intención pedirle préstamo alguno, sino que quería hablar con él confiadamente como amigo suyo que era, y, a la vez, discutir sobre la marcha de sus negocios. De manera que hablaron largo rato hasta que, al fin, el

Mercader le informó de la gran deuda que había contraído al elevado precio de la última mercancía (aunque debía agradecer a Dios que el motivo de ella fuese la adquisición de nuevo género) y en verdad estaba preocupado pues no hallaba quien pudiera hacerle un préstamo. Y, en cuanto hubo hablado, el Hermano John le dijo:

—Ciertamente que me halaga tu confianza y me siento dichoso de que hayas llegado con bien a mi casa y con salud. Mas sabe Dios que no soy rico, que, de serlo, no te habrían de faltar mil coronas, pues tú fuiste gentil en prestarme, no ha mucho, tu dinero y yo no puedo agradecértelo tanto como sería mi deseo. Pero, ¡por Dios y todos los Santos!, ahora me viene a la memoria que devolví aquel dinero a tu digna esposa y sé de cierto que lo guardó ella en tu escritorio, mas te digo que tu esposa no habrá olvidado algunos detalles sobre ello. Y, ahora, deberás excusarme, pues no puedo retardarme más; nuestro Abad está próximo a partir y, antes, es su deseo juntarnos en una reunión. Así es que te digo adiós, primo, y hasta más ver.



Pero el Mercader, que era hombre cauto y prudente, pidió dinero a crédito y luego pagó en propia mano a ciertos banqueros lombardos[61] de París, recogiendo de ellos su fianza. Tras lo cual, se volvió a casa tan contento como un grillo, puesto que en el camino había aprovechado para hacer otros negocios, ganándose de paso otros mil francos.

Y, a su llegada, le esperaba su esposa, de pie junto a la reja como siempre solía, y ambos se regocijaron, pues él era rico y estaba libre de deudas y, así, celebráronlo la noche entera solazándose hasta el amanecer, y aún entonces diole él un beso en la cara, y ella dijo:

—Ya basta, en verdad que has tenido lo tuyo.

Pero, retozona, se le acercó otra vez. Y entonces dijóle, el Mercader.

—Por cierto, querida esposa, que esta mañana estoy algo enojado contigo y ello me causa un vivo pesar y la razón es que tú has obrado de tal manera que has logrado enfriar la amistad entre mi primo y yo, pues, en verdad, que debías haberme advertido, antes de mi marcha, que él te había pagado los cien francos, pues lo cierto es que me miró de muy mal modo cuando fui a su casa a pedírselos, y no sé qué pensaría de mí. Mas, por el cielo, juro que no estaba en mi ánimo ofenderle y ahora te ruego que no vuelvas a hacerlo y, en lo sucesivo, me avises cuando alguien te pague en mi ausencia, pues de lo contrario puede suceder, como ahora, que vaya yo desprevenido a pedir dinero al que ya ha pagado.

Mas su mujer, ni se inmutó siquiera, ni dio señal alguna de preocupación y así, atrevidamente, repuso:

—En verdad, me importa una higa de tu muy digno pariente el Hermano John y de los detalles de que habla nada sé, pero, ¡malhaya su jeta de monje! Él me dio una cantidad, cierto es, pero, Dios bien sabe que cogí el dinero, en el convencimiento de que se me daba por amistad y afecto y para que lo empleara en ataviarme y otras lindezas, y así lo acepté yo pensando que era primo nuestro y quería agradecernos de algún modo nuestra hospitalidad; mas, por lo que veo, me encuentro en una posición difícil, a la que responderé brevemente. Y así te digo, querido esposo, que tienes muy peores deudores, pues yo he de pagarte pronto y por entero y cada día un poco, así es que conmigo no te enojes. Tu esposa soy, ten ánimo que te pagaré muy pronto; mas, para tu tranquilidad, debes saber que no he gastado nada del dinero, sino en un vestido y éste muy bien me sienta, por lo que no te enojes más conmigo, sino regocíjate y seamos felices, que aquí está mi bello cuerpo para pagarte en el lecho. Así que te digo me perdones, te acerques y te solaces conmigo.

Y el mercader vio que no tenía remedio y, así, consideró inútil insistir en un hecho ya pasado y dijo:

—Dejémoslo, pero te doy orden de que, de hoy en adelante, atiendas y cuides mejor mis asuntos, y procures no ser tan imprudente y ligera.

Y así acaba mi historia, y mientras nos quede vida, dénos Dios muchas que contar.

Lo que dijo el Hostelero al Marino y ala Priora

—Por «Corpus Dominus» que has hablado bien —dijo el Hostelero—, y muy lejos irás por este camino; mas déle Dios al Monje mil cargas de mala suerte, pues en verdad que sus chanzas han sido perversas. De modo que, burlándose del Mercader y de su esposa, han quedado éstos en muy mal lugar. ¡De seguro que no es conveniente traer monjes a casa! Pero, sigamos adelante y veamos quién será el próximo en relatar otro cuento. —Y, entonces, haciendo uso de sus mejores modales, dirigióse a la Priora y le dijo—: Excusadme, Señora Priora; con vuestra licencia, y si ello no os enoja, diría que es vuestro turno contar una historia. ¿Consentís?

—Lo haré de buen grado —dijo ella, y empezó, entonces, a expresarse de la siguiente manera.

Prólogo al cuento de la Priora

¡Oh Señor, Señor nuestro, cuán milagrosamente se expande vuestro nombre por este vasto mundo, pues no tan sólo te ensalza la gente digna, sino que los niños adoran también tu Magnificencia y aun incluso aquellos que se alimentan del pecho de sus madres no dejan de bendecirte!

Por esto, he de poner mi mejor empeño en contar esta historia, para que sea en honra Tuya y de aquella Blanca Flor de Lirio, que, a pesar de ser virgen, te llevó en sus entrañas; mas no intento con ello aumentar su gloria,



pues Ella, de por sí, es la misma Gloria, siendo con su Hijo, socorro de nuestras almas y la fuente de todas las gracias. ¡Dulce Madre y Doncella! ¡Vos que fuisteis ante los ojos de Moisés, ardiente Rama! ¡Vos, por cuya humildad hizo Dios descender el Espíritu y por cuyo poder el Verbo se hizo Carne! ¡Oh Señora, no hay labios capaces de expresar vuestra generosidad, poder y magnificencia así como también vuestra gran modestia! Pues, ¿cuántas veces os habréis anticipado a nuestros ruegos, concediéndonos, por tu Divino Hijo, la luz que nos guía hacia Él? Mas, en verdad que mi habilidad es poca para proclamar tus grandezas, pues me siento tan incapaz de expresar palabra como lo es un recién nacido y así te ruego que me guíes en este cuento que en tu honor voy a relatar.

Cuento de la priora

EN UNA gran ciudad de Asia, existía una judería. Estaba bajo la protección del señor de la región a causa del turbio lucro obtenido por los judíos a través de la usura, cosa que aborrecen Cristo y bus seguidores; la gente podía transitar libremente por allí, pues no existían vallas en la calle, sino que estaba abierta por cada uno de mis extremos.

Y, en el más apartado lugar de aquella calle, existía una pequeña escuela cristiana en la que recibían educación la mayoría de los hijos de los Cristianos y allí iban, año tras año y se les enseñaba las cosas propias de la infancia, como leer o cantar.

Y así, ocurrió que entre aquellos niños había uno que era hijo d< una viuda, el cual, a pesar de ser de corta edad, pues sólo contaba siete años, cantaba ya en el coro y nunca faltaba a la escuela. Sentía, además, gran devoción por la Virgen, de manera que siempre que hallaba su imagen por la calle, arrodillábase y rezaba el Ave María tal como le habían enseñado. Pues en esta edad de la inocencia, un niño logra siempre aprender rápidamente y éste había aprendido de su madre a reverenciar a la Virgen María. Mas, siempre que hago memoria de esta historia, se me ocurre pensar en San Nicolás, pues también él, en su tierna edad, reverenció a Cristo.

Y así, como decía, estando el niño atendiendo a su primera lección, oyó cómo otros muchachos, mayores que él, ensayaban el Alma Redemptoris[62], y tanto le gustó este canto, que acercóse todo lo que pudo y escuchó su letra y música hasta saber de memoria el primer verso; sin embargo, debido a ser tan pequeño no pudo comprender su significado, por lo que rogó a un amigo suyo se lo tradujera y explicara y tanto insistió en su ruego que al cabo mi amigo se compadeció de él y le dijo:

——He oído decir que esta canción se compuso para saludar a Nuestra Señora y, en ella, le rogamos nos ayude y socorra en la muerte, esto es todo

cuanto puedo decirte, pues aunque es cierto que aprendo a cantar, aún sé poca gramática.

—Por lo que dices —replicó el niño— este canto sirve para honrar a la Madre de Cristo, y así he de aprendérmelo, aunque mucho esfuerzo me cueste, de manera que antes que llegue Navidad he de saberlo de memoria, y lo haré, aunque me reprendan por no haber estudiado la lección y me golpeen por ello, en una hora tres veces, y todo lo soportaré en honor a Nuestra Señora.

Y cada día, de regreso a casa, su amigo enseñábale palabra por palabra aquella canción, hasta que el niño la aprendió, a tono con la música; y, mientras iba y venía de la escuela, cantaba con su tierna voz aquel canto, pues era deseo de su corazón agradar a la Madre de Nuestro Señor.

Y así como decía, cantaba esta gentil criatura alegremente el O *Alma Redemptoris* y lo hacía también cuando cruzaba la judería, pues el amor de la Madre de Cristo había traspasado su corazón y no podía dejar de cantar en su alabanza.

Pero nuestro primer enemigo, la Serpiente que colocó en el seno de cada judería un avispero de maldad, enfurecióse y dirigiéndose a los judíos dijo:

—¡Ah vosotros, gente judía! ¿Cómo dejáis a tan endeble criatura vagar libremente y a su gusto mientras con sus canciones injuria vuestra fe?

Y los judíos reuniéronse entonces y conspiraron la manera de dar muerte a aquel inocente niño, y para ello fueron en busca de un asesino, que se escondía en un apartado callejón, y lo alquilaron; y así ocurrió que al pasar el niño frente a la judería asióle éste fuertemente y le cortó la cabeza, después de lo cual arrojó su cuerpo y su cortada cabeza a una próxima alcantarilla en donde los judíos evacuaban sus *detritus*.

Pero yo os digo, ¿de qué os aprovechará tanta maldad? ¡Oh vosotros, maldita raza de los judíos, nuevos Herodes…! Habéis, en verdad, dado muerte al fruto por el cual se manifestaba la Gloria Divina de Dios. Y así os digo que la sangre de tan monstruoso crimen caiga sobre vuestras cabezas.

—¡Oh Mártir de la virginidad! —exclamó la Priora— desde ahora cantarás en el cielo ante el Divino Cordero, pues así lo asegura el gran Evangelista San Juan, el cual dice: «Seguirán al Cordero aquellos que en vida no conocieron cuerpo de mujer».

Y durante la noche la viuda aguardó la llegada de su hijo, pero éste no regresó; y, así, al amanecer partió la mujer en su busca y fuese derecha a la escuela y, al no hallarlo, sintió la ansiedad en su corazón y, con semblante

pálido y de temor llena, fue recorriendo su busca largo trecho; mas al cabo halló unas gentes que le dijeron haberlo visto por última vez en la judería.

Y así aquella mujer fue corriendo un sitio y otro, en los cuales pudieran haber la remota posibilidad de encontrar a su hijo, y era tanto su dolor que al borde estaba de perder la razón; y, en su angustia, suplicaba a la Santa y Bendita Madre de Cristo, la ayudara en aquella cruel búsqueda y, al cabo, no sabiendo dónde dirigirse ni qué hacer, fuese a la judería y suplicó lastimosamente a cada uno de los judíos que vivían allí le dijeran si su hijo había pasado por aquel lugar, a lo cual los judíos contestaron negativamente.

Pero ocurrió entonces que Jesús, el cual es todo Misericordia, Inspiró a aquella santa mujer a que llamara a su hijo precisamente donde se hallaba la alcantarilla en la cual habían los judíos arrojólo el cuerpo del niño; y así Dios, que manifiesta su gloria por medio de la inocencia, dio muestras de su inmenso e indecible poder, y aquel infante, que en verdad era joya de castidad, preciosa esmeralda y rubí, a pesar de su cortada cabeza comenzó a cantar el O *Alma Redemptoris*, con tan viva y potente voz, que I nidia oírsele por todo aquel lugar; y así los cristianos que cruzaban la calle quedábanse asombrados ante aquel prodigio y apresuráronse a buscar el Preboste de la Escuela, el cual, al ser avisado, no tardó en llegar; y entonces éste, ante la vista de aquel milagro, glorificó a Cristo, Rey de los cielos, y a su santísima Madre y dio orden de apresar a todos los judíos. Mas al cabo, entre sollozos y lamentos, levantaron el cuerpo de la infeliz criatura, la cual había dejado de cantar, y lleváronla en procesión solemne a una cercana Abadía. Y su madre, a semejanza de Raquel, yacía sin sentido junto al féretro, y nadie era capaz de separarla de él.

En esto, el Preboste, no pudiendo tolerar por más tiempo aquella abominable perversidad, procesó a cada uno de los judíos culpables de aquel crimen condenándolos a la tortura y a ignominiosa muerte.

Pues siempre el mal debe tener su justo castigo y así aquellos malvados judíos fueron arrastrados por caballos salvajes y ahorcados luego, según disposición de la ley.

Y, durante todo este tiempo, aquel tierno infante yació en féretro abierto a los pies del Altar Mayor en tanto que en éste se cantaba una misa; pero, al cabo, el Abad y sus monjes decidieron darle cristiana sepultura. Antes el Abad esparció por su cuerpo el agua bendita, y la boca del niño entre tanto no paraba de cantar el *O Alma Redemptoris*.

El Abad, que, como buen monje, era piadoso (aunque también los hay que no lo son), comenzó a interrogar al niño diciendo:

—¡Oh criatura a quien tanto estimo! Yo, por la Santa Trinidad, te conjuro a que me des razón de estos tus cánticos, pues en verdad que tu garganta, atravesada por cruel cuchillo, está partida en dos, e incapaz es de emitir sonido.

—Lo que dices es cierto —contestó el niño— y, por ley natural, mucho ha que debería estar muerto, pero voluntad es de Jesucristo, según podéis hallar en la Sagrada Escritura, de que su gloria permanezca y sea recordada; y así permite, para mayor gloria de su Madre Santísima, que yo cante *O Alma Redemptoris* a pesar de estar ya muerto, pues la Virgen puso en mi agonía una perla bajo mi lengua, y ella es quien me permite cantar ahora con esta clara voz que podéis oír; y así continuaré cantando, para mayor Gloria de la Madre del Cielo, hasta que la perla me sea del todo extraída; pues Ella así me lo dijo.

Y, en esto, aquel hombre piadoso que era el Abad, asió la lengua del infante y de su boca sacó la perla y en el mismo instante el niño pacíficamente expiró. Y, ante aquel milagro, el Abad postróse al suelo y golpeó en él su cabeza repetidas veces, mientras por su rostro corrían abundantes lágrimas. Y, al cabo, los demás monjes también se prosternaron y, sollozando, dieron gracias a la Madre de Cristo. Mas, luego que hubo pasado un tiempo, levantáronse todos y, sacando del féretro el cuerpo de aquel pequeño mártir, lo depositaron cuidadosamente en una tumba de mármol.

¡Que Dios en su infinita bondad nos permita verle en el lugar donde ahora se halla!

Y así te pedimos a ti también. ¡Oh Hugh de Lincoln!, que fuiste asimismo muerto por los malvados judíos[63], como bien se sabe (pues de ello no hace mucho tiempo) ruegues por nosotros que somos débiles y pecadores y que Dios, en su gran misericordia, nos ampare para mayor gloria Suya y de su Madre Santísima.

Prólogo al cuento de Chaucer

Cuando la historia de aquel milagro hubo concluido, todos en la compañía callaron, pero al cabo el Hostelero empezó de nuevo con sus chanzas y fijó su atención en mí.

—¿Quién eres? —me dijo— y ¿qué se te ha perdido por el suelo, pues que tus ojos no se aparten de él? Acércate, hombre, y sonríe, y vosotros, caballeros, dejad paso a este mozo. ¡Mirad qué talle más esbelto! En verdad que dignos son sus brazos de estrechar mujer hermosa; y sin embargo, ahí lo tenéis con cara de espectro e incapaz de pronunciar palabra. Pero, ahora, querido amigo, mal que os pese, nos vais a contar algo como los demás han hecho, y que sea ingenioso y divertido.

—Gentil Hostelero —repliqué—, no quiero desanimarte, pero la verdad es que no sé más historia que una balada que aprendí en otro tiempo.

—Bien, muy bien —dijo el Hostelero—, a juzgar por tu cara, o mucho me equivoco o será algo bueno.

Cuento de sir Topaz

OÍD, señores, con atención. Os voy a contar la historia de un gentil y gallardo caballero, muy metido en batallas y torneos y cuyo nombre es Sir Topaz.

Nacido lejos del mar, en las apartadas tierras de Flandes —llamábase Poperinghe el lugar— era su padre noble de alto linaje y, por gracia del cielo, señor del país.

Creció Sir Topaz con la esbeltez del cisne, su cara era blanca como la flor de harina, sus labios como la rosa bermejos y su tez matizada de carmín, y, podéis creerme, su nariz era hermosa.

Su barba y cabello, que eran de azafrán, caíanle sueltos hasta rodearle el cinto, y usaba siempre botas de cuero español, y sus medias de color marrón habían sido traídas de la feria de Brujas, cabiendo pagado por su bata de seda buenos y costosos sueldos.

Dedicábase a la caza del ciervo salvaje y también a la caza con halcón, y bajaba junto al río cabalgando, en su brazo un azor. Era también buen arquero y en luchar no tenía igual y tenía tanta suerte que siempre ganaba sus apuestas.

Más de una doncella, desde su cámara, había suspirado de amor por él (aunque mejor hubieran hecho en dormir), mas era el caballero casto y no disoluto y, en verdad, más dulce que la flor de zarzal.

Mas llegó el día, y la verdad os digo, que Sir Topaz debería partir; y así, montando su alazán, lanza en ristre, partió el caballero cabalgando y de su cinto colgaba larga y afilada espada.

Galopó a través de una hermosa selva llena de gamos y liebres y de otras salvajes bestias y así fue de este a oeste cabalgando sin temer le ocurriera ningún mal.

Había allí tal variedad de hierbas, como *licorice*, raíz de jengibre y clavo y aún muchas más, y no faltaba tampoco nuez moscada para sazonar cerveza,

según se desee ésta clara, oscura o añeja. Y debo decir que cantaban las aves, desde el gavilán al papagayo, y eran sus acordes melodiosos, no faltando tampoco tordos y palomas torcaces.



Y cuando el caballero oyó el canto del tordo, sintió en su corazón ansia de amor, y espoleó enloquecido su caballo, con tanta fuerza, que emprendió el corcel veloz carrera hasta el punto de sudar de tal modo que parecía salir del agua, y, a más, sus ijares sangraban por el fuerte acicate.

Y cansado Sir Topaz de aquel furibundo galope, tendióse en la hierba para reposar y dio de paso respiro a su caballo y lo puso a pacer.

—¡Oh Santa María! ¡Oh Cielos, benedicite! ¿Por qué, prendiéndome en sus redes, me atormenta de esta manera el amor? Sabed que esta noche he soñado en mi amada, y sabed que era de las Hadas la reina y sabed que ha dormido en mi capa. Mas, os digo que sólo he de amar a la reina de las Hadas, pues, en verdad, no he visto mujer en la ciudad que pueda merecer mi amor; y así, desechando a las demás mujeres, andaré largo camino y recorreré norte, sur, este y oeste, hasta que halle a mi reina.

Y subióse el caballero en su silla de montar, y fuese cabalgando sobre setos y rocas siempre en busca de su amada reina, y fue su cabalgar tan largo que, al final, halló en escondido y remoto lugar, aquel secreto y encantado

país de las hadas. Mas grande fue su decepción pues éstas, temerosas, tapáronse la cara con las manos, de manera que no pudo ver ninguna.

Y vino entonces un gigante corpulento, al cual llamaban Sir Olifonte, y era por demás muy peligroso y dijóle a nuestro caballero.

—Señor, por derecho propio este lugar me pertenece. Partid, pues, ligero si no queréis que de un tajo os rompa la cabeza. A más, sabed que es este país de encantamiento, donde suena el tamboril, y la flauta y el arpa de las hadas, y de él ha hecho la reina su morada.

—¡Pardiez, y vive Dios! —exclamó el caballero—, y podéis creerme; mañana me hallaréis aquí con mi armadura puesta y palabra os doy que he de atravesaros de parte a parte con mi lanza, y será aquí y a las nueve.

Pero entonces el gigante comenzó a apedrear con una enorme honda al joven e incauto caballero, y éste, volviendo grupas a su caballo, partió veloz como el viento y así logró escapar y todo fue gracias al cielo y a su noble crianza.

Mas atended, señores, que mi historia no ha terminado aún; y así fue que Sir Topaz, más alegre que un ruiseñor, siguió cabalgando, cabalgando, y cruzó oteros y barrancos hasta que al final volvió otra vez a su ciudad.

Y una vez allí, sus hombres se regocijaron y le agasajaron, pues que debía enfrentarse con el monstruo gigante de tres cabezas, y lodo lo haría a causa del amor de una brillantísima mujer.

—Haced que mis trovadores vengan —dijo el caballero— a contarme historias mientras me ciño la armadura. Quiero oír algún romance, que sea en verdad real; de obispos, del Papa o del Cardenal, o tal vez me gustaría mejor la historia de un enamorado doncel.

Y sirviéronle delicados vinos, y carnes en fuentes de arce y pino, y toda clase de especias reales, buen pan de jengibre y licorice, y también dulces, cominos y no faltó el azúcar.

Y cubrió su delicado cuerpo con alba del más fino lino, vistió < tizón y camisa y sobre ésta púsose una cota de malla para cubrir mi corazón. Llevaba sobre el busto rica coraza cincelada, hecha de gruesas planchas de hierro y, para terminar, usaba blanca armadura, tan blanca como la flor de lis.

Sus grebas eran de cuero flexible; llevaba, blasón, una gran cabeza de oso y un carbúnculo. Y entonces juró; juró el caballero sobre cerveza y sobre pan, que mataría al gigante.

Sus grebas eran de cuero flexible, llevaba, para su espada, funda de marfil y su yelmo era de bronce. Montaba en sillín de hueso de ballena y sus bridas brillaban como el sol o quizá como la luna y las estrellas.

Su lanza estaba hecha de la mejor madera de ciprés y había sido, en verdad, construida para la guerra y no para la paz puesto que su punta era muy afilada.

Su pardo corcel iba a paso de ambladura y era su aspecto gentil mientras recorría el bosque.

Ahora, caballeros, ésta es la primera parte y, si queréis más, veré lo que se me ocurre.

Silencio os pido, caballeros; gentiles damas, os ruego guardéis silencio si en verdad queréis oír la continuación de la historia; y sabed que en ella hallaréis batallas y lances de caballería, de amor y de cortesía.

Y hallaréis en ella viejas leyendas de Horn y de Sir Ypotis, de Bevis y de Sir Guy, de Líbense y de Sir Pleyndamour, pero de cierto donde hallaréis la flor de la caballería real es en la historia de Sir Topaz.

Y, montando a horcajadas su gris alazán, deslizábase campo adelante como chispa desprendida de la llama. Y, sobre la cimera de su yelmo, llevaba una torrecilla con una flor de lis para que Dios lo guardase de todo mal.

Era este caballero tan amante de aventuras que nunca dormía en casa, sino arropado en su caperuza y servíale el reluciente yelmo de almohada. Y mientras dormía él, su alazán pacía en la fresca yerba y bebía agua del pozo.

Y como el muy gentil caballero Parsifal, el cual muy bien armado iba, hasta que un día…

El Hostelero interrumpe el cuento de Chaucer

—¡Válgame Cristo! Para de decir sandeces —vociferó el Hostelero—, en verdad, que has agotado mi paciencia, y bien sabe Dios que noto en las orejas cierto escozor y ello es debido a oír este lamentable desecho. ¡Que el diablo cargue con esos tipos que, a mi entender, no merecen más que figurar en simples aleluyas o coplas de ciego!

Mas protesté yo:

—¿Por qué? ¿Por qué he de interrumpir mi historia y no otros, siendo como es la mía la mejor?

—¡Pardiez! —replicó el Hostelero—, ¿cómo he de decirte que tus ripios son boñigas y no valen lo que un tordo? No haces más que perder el tiempo,

terminemos de una vez. Mas, si quieres en su lugar contar algo diferente, cuida entonces que sea ingenioso, divertido y en prosa… ¿Tal vez sepas algún romance?

—Por Cristo —alegremente contesté—, que os voy a contar algo muy corto y en prosa que de seguro os complacerá; al menos así lo creo. Mas si no es de vuestro agrado, entonces es que tenéis un gusto muy difícil de complacer. Es una historia edificante y de mucha moralidad, aunque debiera decir que ha sido ya contada de diferentes maneras y por diferentes personas. Pues, por ejemplo, libéis que los Evangelistas, al describir la Pasión de Cristo, no lo lineen todos de la misma manera y, sin embargo, cada uno de ellos dice la verdad, y así el sentido general que dan a sus escritos es el mismo, aunque sea dicho de diferente modo, aunque unos se extiendan más en ellos y otros sean más parcos; así Mateo, Marcos, Juan y Lucas, describiendo la Pasión, son diferentes y, sin embargo, lo mismo dicen. Por lo que os ruego, señores, no me culpéis si halláis algún cambio en mi historia, pues pudiera llamaros la atención la abundancia de proverbios que he puesto con toda intención para dar más fuerza a la obra. Mas si esto os incomoda, no tenéis más que decírmelo y la relataré con las palabras que conocéis. Sin embargo, creo no será mucha la diferencia entre una manera y otra.

Así pues, atended a lo que voy a deciros, y esta vez os ruego me dejéis terminar.

Cuento de Melibeo[64]

UN JOVEN, nombrado Melibeo, poderoso y rico, engendró de su mujer, que se llamaba Prudencia, una hija, que tenía por nombre Sofía.

Cierto día sucedió que, para solazarse y divertirse, se fue aquél al campo, dejando a su mujer y a su hija en casa, y cerrando sólidamente las puertas. Tres de sus antiguos enemigos le espiaron, y colocando escalas en los muros de la casa, entraron por las ventanas, apalearon a su mujer e hirieron a su hija con cinco mortales heridas en cinco sitios diferentes, a saber: en los pies, en las manos, en los oídos, en la nariz y en la boca; y dejándola por muerta, huyeron.

Cuando Melibeo volvió a su mansión y contempló aquella desgracia, desgarró como loco sus vestidos y rompió a llorar y a gritar.

Prudencia, aventurándose cuanto pudo, rogóle que cesara en su llanto; pero, no obstante, tornó él a gritar y a llorar más aún.

Esta digna esposa Prudencia recordaba la sentencia de Ovidio en su libro que se llama *El Remedio del Amor*, donde dice así: «Es un loco el que interrumpe a la madre que llora la muerte de su hijo, mientras ella no ha llorado a su hartura durante cierto tiempo; entonces hará diligencias para consolarla con palabras cariñosas, rogándole que cesen sus lágrimas». Por lo cual esta noble esposa Prudencia dejó a su marido que llorase y se lamentase algún tiempo, y cuando vio que era sazón, díjole de esta manera:

—¡Ay, mi señor! ¿Por qué te conduces como un loco? Pues verdaderamente no es de hombres discretos mostrar tal dolor. Tu hija, con el favor de Dios, sanará y escapará del peligro. Y aun mando así fuere que estuviese ahora muerta, no deberías aniquilarte a causa de su muerte. Séneca dice: «El hombre sabio no debe sentir gran pena por la muerte de sus hijos, sino que, ciertamente, ha de sufrirla con paciencia, del mismo modo que aguarda la suya propia».

Melibeo respondió al punto diciendo:

—¿Cómo ha de cesar en su llanto quien tiene tan gran motivo para llorar? El mismo Jesucristo, nuestro Señor, lloró en la muerde de su amigo Lázaro.

Prudencia repuso:

—Bien sé yo, verdaderamente, que el llanto moderado no se le prohíbe a quien está afligido, a personas que se hallan apenadas, sino que, por el contrario, les está permitido llorar. El apóstol Pablo escribe a los romanos: «El hombre debe alegrarse con los que están alegres, y llorar con las personas que lloran». Mas aunque el llanto moderado esté permitido, el llanto excesivo está vedado, en verdad. La medida del llanto debe ser estimada según la doctrina que nos enseña Séneca: «Cuando tu amigo muera —dice—, no permitas que tus ojos se preñen de lágrimas, ni que permanezcan demasiado secos; aunque las lágrimas acudan a tus ojos, no las dejes correr». Y cuando hayas perdido a tu amigo, practica diligencias para ganar otro amigo, y esto es más sabio que llorar al amigo que has perdido, pues aquello no tiene remedio. De consiguiente, si te guías por la sabiduría, lanzarás de tu corazón el dolor. Recuerda que Jesús de Sirach dice: «El hombre que tiene el corazón alegre y contento, se mantiene vigoroso a través de sus años; mas, en verdad, el corazón triste seca sus huesos». Él dice también de esta manera: «que la tristeza del corazón mata a muchos hombres». Salomón dice «que del mismo modo que la polilla en el vellón de la oveja daña a los vestidos, y la pequeña carcoma al árbol, así daña la tristeza al corazón». Por lo cual debemos tener paciencia, tanto en la muerte de nuestros hijos como en la pérdida de nuestros bienes temporales. Recuerda al paciente Job, cuando había perdido a sus hijos y su fortuna temporal, y recibía y padecía en su cuerpo muchas y graves tribulaciones; sin embargo, se expresaba en estos términos: «Nuestro Señor me lo ha dado, nuestro Señor me lo ha quitado; ha sucedido enteramente lo mismo que nuestro Señor ha querido; bendito sea el nombre de nuestro Señor».

A lo antedicho respondió Melibeo a su esposa Prudencia:

—Todas tus palabras —dijo— son ciertas, y además provechosas; pero, en realidad, mi corazón se halla tan gravemente turbado con este dolor, que yo no sé qué hacer.

—Manda llamar —dijo Prudencia— a todos tus verdaderos amigos y a tus parientes discretos; cuéntales tu caso, escucha la opinión que den, y guíate según su parecer. Salomón dice: «Obra en todas tus cosas por consejo, y nunca te arrepentirás».

Entonces Melibeo, siguiendo el de su esposa Prudencia, hizo llamar a gran número de personas, como cirujanos, médicos, gente vieja y joven, y atrajo

aparentemente a su amistad y su gracia a algunos de sus antiguos enemigos. Llegaron luego algunos de sus vecinos, que le hacían reverencia más por temor que por amor, como acontece a menudo. Allí acudieron también muchos arteros aduladores, y sabios abogados, instruidos en las leyes.

Y cuando toda esta gente estuvo reunida, Melibeo, afligido, mostróles su caso, y, según el modo de expresarse, parecía que en su corazón encerraba cruel ira, y que se hallaba dispuesto a tomar venganza de sus enemigos, manifestando incontinente su deseo de que la lucha comenzara; pero, con eso y con todo, pidió consejo sobre esta materia. Un cirujano, con licencia y asentimiento de los presentes, se levantó y dijo a Melibeo lo que vais a oír.

—Señor, a nosotros los cirujanos pertenece que obremos con todos lo mejor posible en cualquier parte adonde seamos llamados, y que no hagamos daño a nuestros pacientes; por lo cual sucede con frecuencia y en muchas ocasiones que, cuando dos hombres se han herido mutuamente, el mismo cirujano cura a ambos. Por esa razón no es pertinente a nuestro arte el fomentar la guerra ni el apoyar facciones. Mas respecto a la curación de vuestra hija, aunque ella está herida de cuidado, nosotros hemos de poner tan diligente solicitud noche y día, que, con el favor de Dios, estará sana y restablecida tan pronto como sea posible.

Casi enteramente igual declararon los médicos, salvo que *añadieron* algunas palabras más: «que lo mismo que las enfermedades se curan con sus contrarias, de igual modo se cura la guerra con la venganza».

Sus vecinos, llenos de envidia; sus falsos amigos, que parecían reconciliados, y sus aduladores, pusieron el semblante afligido, y empeoraban y exageraban mucho el asunto, alabando extraordinariamente a Melibeo por su fuerza, por su poder, su riqueza, sus amigos, y desdeñando el poder de sus adversarios; y dijeron claramente que debía tomar en seguida satisfacción de sus enemigos y comenzar la guerra.

Levantóse entonces un discreto abogado, por consejo y con licencia de otro que también lo era, y dijo:

—Señores, el motivo por el cual estamos congregados en este lugar es cosa muy grave y asunto serio, a causa de la ofensa y la maldad que han sido hechas, así como por razón de los grandes daños que en el tiempo venidero es posible sobrevengan por este mismo motivo, y también en virtud de la gran riqueza y poder de ambas partes; razones por las cuales sería muy peligroso errar en esta materia. Así que, Melibeo, nuestro parecer es éste: nosotros te aconsejamos, ante todo, que sin tardanza pongas tu diligencia en la guarda de tu propia persona, de tal suerte que no necesites espía ni centinela alguno para

salvar tu cuerpo. Y después de esto te aconsejamos que distribuyas en tu casa suficiente guarnición, de modo que pueda defender lo mismo tu persona que tu morada. Porque, ciertamente, para mover guerra o tomar pronta venganza, no podemos decidir en tan poco tiempo de manera que resultase provecho. Por tanto, solicitamos tiempo y espacio para deliberar lo que se ha de hacer en este caso; pues el adagio vulgar dice: «El que pronto se decide, pronto se arrepiente». Y también se dice que es juez sabio aquel que comprende pronto un asunto y juzga despacio; porque aun cuando toda tardanza sea enojosa, no es censurable, con todo, tratándose de pronunciar alguna sentencia, ni para tomar venganza, siempre que sea suficiente y razonable. Y esto lo prueba nuestro Señor Jesucristo con ejemplos; pues cuando la mujer que fue cogida en adulterio fue conducida a su presencia, para saber lo que se habría de hacer con ella, a pesar de que Aquél sabía bien lo que tenía que responder, no quiso, sin embargo, contestar de repente, sino que le plugo deliberar, y dos veces escribió en la tierra. Por eso nosotros pedimos deliberación, y después, con la ayuda de Dios, te aconsejaremos lo que sea más conveniente.

Se levantaron entonces los jóvenes a la vez, y la mayor parte de esta compañía despreció a los prudentes ancianos, y comenzaron a alborotar, diciendo que, así como al hierro se le debe golpear mientras está ardiendo, así han de vengarse los agravios cuando están frescos y recientes; y en alta voz clamaron: «¡Guerra!».

Levantóse en esto uno de los ancianos experimentados, y haciendo con su mano ademán de imponer silencio y de que se le prestara atención:

—Señores —dijo—, hay muchos hombres que gritan «¡guerra!, ¡guerra!», que saben muy poco lo que la guerra significa. La guerra en sus comienzos tiene entrada tan amplia y tan espaciosa, que todos pueden ingresar en ella cuando les parece, y encontrar prontamente la guerra; pero qué fin haya de tener, en verdad no es fácil saberlo. Porque, realmente, una vez empezada la guerra, muchos niños hay, aún no nacidos de madre, que morirán jóvenes a causa de la misma guerra, o bien vivirán entre dolores y morirán en la miseria. Por consiguiente, antes que alguna guerra comience, debe celebrarse importante consejo y gran deliberación.

Y cuando este anciano quiso reforzar sus palabras con razones, levantáronse casi todos a una para interrumpir su discurso, mandándole repetidas veces que abreviara sus palabras. Porque, verdaderamente, el que predica a los que no quieren escuchar sus palabras, los molesta con su sermón. Jesús de Sirach dice que «la música en medio del llanto es cosa desagradable»; es decir, tanto aprovecha el hablar delante de la gente a quien

el discurso enoja, como el cantar delante del que llora. Así que cuando este hombre prudente observó que no le prestaban atención, tornó a sentarse, avergonzado por completo. Porque Salomón dice: «Allí donde tú no logres conseguir atención, no intentes hablar a la fuerza». «Yo bien sé —decía este hombre sabio— que es verdadero el proverbio vulgar que dice que "el buen consejo falta cuando es más necesario"».

Tenía, empero, Melibeo en su consejo a muchas personas que secretamente y en su oído le aconsejaban una cosa, proponiéndole la contraria en general audiencia.

Cuando Melibeo hubo escuchado cómo la mayor parte de su consejo acordó que él hiciera la guerra, convino al punto con su opinión y confirmó plenamente su sentencia. Entonces la dama Prudencia, viendo que su marido se preparaba a vengarse de sus enemigos y a comenzar la guerra, de manera muy humilde y cuando juzgó que era tiempo oportuno, díjole estas palabras:

—Señor mío, yo te suplico, tan sinceramente como puedo y me atrevo, que no te apresures demasiado; y por toda recompensa préstame atención. Pedro Alfonso dice: «No te apresures a pagar a quien te haga bien o mal; porque de este modo tu amigo esperara, y tu enemigo vivirá más tiempo con temor». El proverbio dice: «Mucho se apresura el que verdaderamente puede aguardar»; y no hay ningún provecho en darse prisa para lo malo.

Melibeo respondió a su esposa Prudencia:

—Yo no me propongo obrar según tu consejo por muchas causas y razones. Si yo, por consejo tuyo, quisiera cambiar cosas que están dispuestas y confirmadas de tantas maneras, ciertamente todos me tomarían entonces por loco. En segundo lugar, afirmo que todas las mujeres son malas, y ninguna hay buena entre todas ellas. Pues «entre mil hombres —dice Salomón—, yo encuentro un hombre bueno; mas, en verdad, entre todas las mujeres, jamás hallo una mujer buena». Además, si yo me guiase por tu consejo, parecería que te había dado superioridad sobre mí, y Dios no quiere que así sea esto; pues Jesús de Sirach dice que «si la mujer tiene el dominio, es contraria a su marido». Y Salomón dice: «Nunca en tu vida des poder alguno sobre ti a tu mujer, ni a tu hijo, ni a tu amigo. Porque mejor es que tus hijos te pidan las cosas que necesiten, que tú te veas en manos de tus hijos». Por otra parte, si yo obrara con arreglo a tu consejo, mi decisión habría de permanecer, sin duda, en secreto durante algún tiempo, hasta que llegase la hora en que debiera ser conocida; y esto no puede ser. Porque está escrito que «la charlatanería de las mujeres no puede ocultar sino las cosas que ellas no

saben». Además, dice el Filósofo: «En el mal consejo las mujeres vencen a los hombres». Por estas razones, yo no debo utilizar tu consejo.

Cuando la dama Prudencia hubo escuchado con gran mansedumbre y paciencia todo lo que su marido quiso decirle, pidióle venia para hablar, y se expresó de esta manera:

—Mi señor, cuanto a tu primera razón puede ser, en verdad, prontamente contestada. Digo, pues, que no es locura el mudar de opinión cuando la cosa ha cambiado, o bien cuando ésta aparece de otra manera que en un principio. Digo también que, aunque tú hayas jurado y prometido ejecutar tu intento, y abandones, sin embargo, su ejecución por justa causa, no se diría por eso que tú fueras mentiroso ni perjuro. Porque el Libro dice que «el hombre sabio no comete mentira cuando dirige su atención a lo mejor». Y aunque tu empresa haya sido dispuesta y consolidada por gran multitud de gente, con todo es preciso que no lleves a cabo esa misma resolución sino como te plazca. Porque la verdad y la utilidad de las cosas se encuentra más bien en poca gente, que sea discreta y muy razonable, que en gran número de personas, donde cada una charla y grita lo que le place. En verdad, semejante multitud no es honrada.

Respecto de la segunda razón, donde tú dices que «todas las mujeres son malas», salvo tu parecer, desprecias de igual modo a todas las mujeres; y «a quien todo lo desprecia, todo le disgusta», como dice el Libro. Y Séneca dice que «el que quiera tener sabiduría, no debe censurar a nadie, sino enseñar alegremente la ciencia que sepa, sin presunción ni orgullo. Y las cosas que no sepa, no debe avergonzarse de aprenderlas y averiguarlas de las personas más inferiores que él». Y que ha habido muchas mujeres buenas puede ser probado fácilmente. Porque, en verdad, nuestro Señor Jesucristo jamás hubiera descendido para nacer de una mujer, si todas ellas hubiesen sido malas. Mas, aparte de eso, por la gran bondad que hay en las mujeres, nuestro Señor Jesucristo, cuando resucitó, aparecióse antes a una mujer que a sus apóstoles. Y aunque Salomón dice que «él no encontró jamás una mujer buena», no se sigue de ahí que todas las mujeres sean malas; pues aun cuando él no encontrase ninguna mujer buena, ciertamente otros muchos hombres han hallado muchas muy buenas y honradas. O también quizá la intención de Salomón fue ésta: que no encontró ninguna mujer con absoluta bondad; es decir, que no hay nadie que tenga la suprema bondad, sino solamente Dios, como El mismo recuerda en su Evangelio; pues no existe criatura alguna tan buena que no necesite algo de la perfección de Dios, que es su Hacedor.



Tu tercera razón es ésta: dices que «si tú te guiaras por mi consejo, parecería que me habías dado el dominio y el señorío sobre tu persona». Salvo, señor, tu opinión, esto no es así; porque si así fuera que ningún hombre debiese ser aconsejado sino sólo por aquellos que tuvieran señorío y dominio sobre su persona, los hombres no se aconsejarían tan a menudo. Y, a pesar de ello, el hombre que pide consejo acerca de algún asunto, tiene libre elección para obrar o no según ese consejo.

Respecto a tu cuarta razón, donde tú dices que «la charlatanería de las mujeres encubre las cosas que ellas no saben», lo cual equivale a decir que «una mujer no puede ocultar lo que sabe», estas palabras, señor, se entienden de las mujeres que son habladoras y malas, por las cuales se dice: «Tres cosas arrojan al hombre de su casa, a saber: el humo, las goteras y las mujeres malas». Y de tales mujeres afirma Salomón que «sería mejor vivir en el desierto que con una mujer bulliciosa». Mas, con tu licencia, señor, eso no va conmigo; pues tú has experimentado muy a menudo mi mucho silencio y mi gran paciencia, e igualmente cuán bien sé ocultar y encubrir las cosas que se deben tener en secreto.

Y respecto de tu quinta razón, cuando dices que «en el mal consejo las mujeres vencen a los hombres», Dios sabe que esa razón no está aquí en su lugar. Porque entiendo que ahora pides consejo para obrar mal, y si tú quieres obrar mal y tu esposa impide aquel mal propósito, y te vence con razones y con buenos consejos, verdaderamente tu mujer debe más bien ser alabada que vituperada. Así debes interpretar al filósofo que dice que «en el mal consejo las mujeres vencen a sus maridos».

Y pues tú censuras a todas las mujeres y sus razones, yo te demostraré con muchos ejemplos que infinidad de mujeres han sido muy buenas, y aún lo

son, y sus consejos muy sanos y provechosos. Han dicho asimismo algunos que «el consejo de las mujeres es o demasiado costoso o bien de muy escaso valor». Mas, aunque así fuere que muchas mujeres sean malas y su consejo vil y de ningún valor, encuéntranse, no obstante, muchas mujeres buenas y muy discretas y sabias en el consejo. Mira Jacob, que, por el buen consejo de su madre Rebeca, alcanzó la bendición de su padre Isaac y el señorío sobre todos sus hermanos. Judit, merced a su buen consejo, libró a la ciudad de Betulia, donde ella vivía, de las manos de Holofernes, que la había sitiado y la hubiera destruido por completo. Abigail libró a su marido Nabal del rey David, que quería matarle, y mitigó la ira del rey con su sagacidad y su buen consejo. Ester, gracias a su buen consejo, levantó sobremanera al pueblo de Dios en el reinado del rey Asuero. E igual bondad en el consejo podríase referir de muchas mujeres buenas. Por otra parte, cuando nuestro Señor creó a nuestro primer padre Adán, dijo de este modo: «No es bueno que el hombre esté solo; llagamos para él una ayuda semejante al mismo.» Aquí puedes ver que, si las mujeres no fuesen buenas, y sus consejos buenos y provechosos, nuestro Señor, Dios de los cielos, nunca las hubiera creado, ni llamado ayuda del hombre, sino más bien confusión del hombre. Y a este propósito dijo en cierta ocasión un sabio en dos versos: «¿Qué hay mejor que el oro? El jaspe. ¿Qué es mejor que el jaspe? La sabiduría. ¿Y qué es mejor que la sabiduría? La mujer. ¿Y qué hay mejor que una buena mujer? Nada.» Con otras muchas razones, señor, podrías tú ver que muchas mujeres son buenas, y sus consejos saludables y útiles.

Por consiguiente, señor, si te quieres fiar de mi consejo, yo te devolveré a tu hija sana y salva, y además me arreglaré de tal suerte respecto a ti, que quedarás con honra en este asunto.

Cuando Melibeo hubo escuchado las palabras de su esposa Prudencia, dijo de esta manera:

—Bien veo que es verdadero el dicho de Salomón, el cual afirma que «las palabras que se dicen discreta y ordenadamente son panales de miel, pues proporcionan dulzura al alma y salud al cuerpo». Así que, merced a tus suaves palabras, esposa mía, y también por haber yo experimentado y probado tu gran discreción y tu honradez, quiero guiarme por tu consejo en todas las cosas.

—Ahora bien, señor —dijo la dama Prudencia—; puesto que tú te dignas guiarte por mi consejo, voy a informarte de cómo te has de gobernar en la elección de tus consejeros.

Primeramente, en todas tus obras rogarás con humildad al Altísimo que sea tu consejero, y disponte de tal modo, que Él te dé consejo y consuelo, cual instruyó Tobías a su hijo: «En todo tiempo bendecirás a Dios y le rogarás dirija tus pasos.» Y mira que todas tus decisiones estén siempre puestas en Él. Santiago dice: «Si alguno de vosotros tiene necesidad de la sabiduría, pídala a Dios.» Después tomarás consejo de ti mismo, y examinarás bien tus pensamientos tocantes a las cosas que tú creas son mejores para tu provecho. Y entonces arrojarás de tu corazón tres cosas, que son contrarias al buen consejo, a saber: la ira, la codicia y la precipitación.

En primer lugar, el que toma consejo de sí mismo ha de hallarse, ciertamente, sin ira, por muchas razones. La primera es que quien lleva en sí gran ira y cólera, imagina siempre que le es posible hacer lo que no puede. Y, en segundo lugar, el que está colérico y enojado no puede juzgar bien, y el que no puede juzgar bien no puede aconsejar con acierto. La tercera es ésta: que «quien está colérico y airado —como dice Séneca—, no puede hablar, sino que censura las cosas», y con sus viciosas palabras incita a otros a la ira y al enojo.

Y también, señor, debes arrojar la codicia de tu corazón; porque el Apóstol dice que «la codicia es la raíz de todos los males». Y cree, sin duda, que el hombre codicioso no puede juzgar ni pensar, sino solamente satisfacer el fin de su codicia, y ése, en verdad, no puede verse cumplido jamás, pues en todo caso, cuanta más abundancia de riquezas tenga él, tanto más desea.

Debes asimismo, señor, echar fuera de tu corazón la precipitación; pues, ciertamente, no puedes juzgar como el mejor un pensamiento súbito que en tu corazón entra, sino que has de deliberar sobre él muy a menudo. Porque, según has oído antes, el proverbio vulgar dice que «el que pronto juzga, pronto se arrepiente».

Tú no te hallas siempre, señor, en igual disposición; pues, a decir verdad, cualquier cosa que a veces te parece buena para ponerla por obra, en otra ocasión te parece lo contrario.

Cuando hayas tomado consejo contigo mismo, y hayas resuelto tras buena deliberación lo que te parezca mejor, entonces te advierto que guardes el secreto. No manifiestes tu determinación a ninguna persona, a menos que creas con seguridad que, mediante lo que reveles, tu situación ha de mejorar para ti. Jesús de Sirach dice: «No descubras a tu amigo ni a tu enemigo tu secreto ni tu locura; porque ellos te prestarán oídos, te pondrán buen semblante y te apoyarán en tu presencia; mas en tu ausencia te desprendían.» Otro sabio dice: «Con dificultad hallarás una persona que pueda guardar el

secreto reservadamente.» Y dice el Libro: «Mientras guardas tu consejo en tu corazón, en tu prisión lo encierras; y cuando revelas tu secreto a alguna persona, te coge en su trampa». Por tanto, es mejor que ocultes tu consejo en tu corazón, que rogar a quien lo has revelado lo mantenga secreto y en silencio. Porque Séneca dice: «Si tú no puedes guardar tu propio secreto, ¿cómo te atreves a rogar a otro que lo tenga reservado?»

Pero, sin embargo, si tú crees realmente que el revelar tu secreto a alguna persona ha de hacer que tu condición se coloque en mejores circunstancias, le dirás entonces tu consejo de este modo. En primer lugar, no manifestarás en tu semblante si deseas la paz o la guerra, o esto o aquello, ni les descubrirás tu voluntad ni tu intención; porque has de saber de cierto que generalmente estos consejeros son aduladores, sobre todo los de los grandes señores, pues se esfuerzan más bien en dirigirles siempre palabras agradables, encaminadas a contentarles, que palabras verdaderas o provechosas. Por eso se dice que «el hombre rico rara vez tiene buen consejo, si no lo adquiere de sí mismo».

Después de esto, consultarás con tus amigos y con tus enemigos. Por lo que toca a tus amigos, considerar cuál de ellos es más fiel, más prudente, de más edad y más experimentado en el consejo; y se lo pedirás según el caso requiera.

Digo que primero debes llamar, para que te aconsejen, a tus amigos verdaderos; porque Salomón dice que «así como el corazón del hombre se deleita con el sabor agradable, de la misma manera el consejo de los amigos fieles da suavidad al alma». Él dice también: «Nada hay comparable al amigo verdadero.» Porque, de seguro, ni el oro ni la plata tienen tanto valor como la buena voluntad de un verdadero amigo. Y asimismo dice que «el fiel amigo es fuerte defensa; el que lo encuentra, ciertamente halla un gran tesoro.»

Luego considerarás también si tus fieles amigos son discretos y sabios. Porque el Libro dice: «Solicita siempre su consejo de los que son sabios.» Y por esta misma razón, debes llamar, para que te aconsejen, a tus amigos que tengan edad, a los que hayan visto y experimentado muchas cosas, y sean hábiles en el consejo; pues el Libro dice que «en los ancianos reside la sabiduría, y en los muchos años la prudencia». Y Tulio dice que «los grandes hechos no se realizan siempre con la fuerza, ni con la actividad del cuerpo, sino con el buen consejo, con la autoridad de las personas y con la ciencia: tres cosas que no se debilitan con los años, sino que realmente se vigorizan y acrecientan de día en día».

Además, debes observar esto como regla general: has de llamar primero a tu consejo a algunos pocos de tus principales amigos; pues Salomón dice:

«Muchos amigos tienes; pero, entre mil, elige uno que sea tu consejero.» Porque, aun cuando en un principio comuniques solamente tu opinión a pocos, puedes luego manifestarla a más personas, si es necesario. Pero mira en todo caso que tus consejeros tengan aquellas tres condiciones que he dicho antes; es decir, que sean verdaderos, sabios y de vieja experiencia. Y no te guíes siempre en todos tus asuntos por un solo consejero; pues algunas veces es conveniente ser aconsejado por muchos. Salomón dice: «La garantía de las cosas está allí donde hay muchos consejeros.»

Puesto que yo te he dicho por qué personas debes ser aconsejado, quiero enseñarte ahora qué clase de consejos debes evitar.

Ante todo, debes huir el consejo de los locos; pues dice Salomón: «No tomes consejo del loco, porque no puede aconsejar sino según su propio deseo e inclinación.» El Libro dice que lo característico de un loco es esto: «él piensa mal de todos con ligereza, y ligeramente imagina en sí mismo toda bondad». Evitarás también el consejo del adulador, el cual se esfuerza más bien en alabar tu persona con la lisonja, que en decirte la verdad de las cosas.

Por eso dice Tulio: «De todas las pestilencias que lleva consigo la amistad, la mayor es la lisonja».

Y, por consiguiente, es más necesario que evites y temas a los aduladores, que a cualquier otra gente. El Libro dice: «Debes temer y huir más las palabras melifluas de los aduladores, que las severas de tu amigo, que te dice la verdad».

Salomón asegura que: «Las palabras del adulador son una trampa para coger a los inocentes. El mismo dice también que el que dirige a su amigo palabras de dulzura y de agrado, extiende mu red delante de sus pies para cogerle».

Y por eso dice Tulio: «No prestes oídos a las lisonjas, ni tomes consejo alguno de palabras de adulación».

Y Catón dice: «Delibera bien, y huye de las palabras dulces y agradables. Asimismo, eludirás el consejo de tus antiguos enemigos que se huyan reconciliado. El Libro afirma que con seguridad ninguno vuelve a la gracia de su antiguo enemigo».

Y Esopo dice: «No confíes en aquéllos con quienes has estado alguna vez en guerra o enemistad, ni les reveles tu secreto».

Séneca explica el porqué: «No es posible —dice— que donde ha habido gran fuego por mucho tiempo, no quede algún resto de calor».

Por lo cual dice Salomón: «Jamás confíes en tu antiguo enemigo. Verdaderamente, aunque tu enemigo esté reconciliado, y dé muestras de

humildad, e incline su cabeza, nunca te fíes de él. Porque, de seguro, él manifiesta esa falsa mansedumbre más por su provecho que por amor a tu persona; pues cree conseguir la victoria sobre ti con ese aspecto fingido, victoria que no podría obtener por la contienda o la guerra».

Dice Pedro Alfonso: «No te acompañes de tus antiguos enemigos; porque si tú les haces bien, ellos te devolverán mal. Esquivarás igualmente el consejo de los que son tus servidores y te hacen gran reverencia; porque tal vez lo dicen más por temor que por amor». Y por eso se expresa un filósofo de este modo: «No hay persona completamente sincera para aquél a quien teme demasiado».

Y Tulio dice: «No hay poder de emperador alguno, por grande que sea, que mucho pueda durar, si no tiene del pueblo más amor que temor. Evitarás también el consejo de la gente que sea aficionada a la bebida; pues no puede ocultar ningún secreto».

Por eso dice Salomón: «No hay nada secreto allí donde reina la embriaguez. Debes desconfiar asimismo del consejo de los malos»; porque el Libro dice: «El consejo del malo está siempre lleno de engaño.»

Y David dice: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malos. Debes evitar igualmente el consejo de la gente joven, pues no es maduro».

Puesto que yo te he indicado, señor, de quiénes debes tomar y seguir el consejo, te enseñaré ahora cómo has de examinar ese tu consejo, según la doctrina de Tulio.

En el examen, pues, de tu consejero, has de considerar muchas cosas. Procurarás, en primer lugar, manifestar y mantener la verdad en aquello que te propongas y sobre lo cual desees aconsejarte; es decir, exponer verdaderamente tu caso. Porque quien habla con falsedad no puede ser bien aconsejado en la cosa acerca de la cual mintió.

Después de esto, deberás considerar las cosas que convienen a lo que tú te propongas hacer mediante tus consejeros, si la razón está conforme con ello; así como también si tienes poder para conseguirlo, y si la mayor y mejor parte de tus consejeros están acordes con ello o no. Entonces meditarás qué cosa has de seguir de aquel consejo: si odio, paz, guerra, perdón, provecho o daño, y otras muchas. Y entre todas ellas, elegirás la mejor y dejarás las demás. Luego considerarás de qué raíz se engendra la materia de tu consejo, y qué fruto puede concebir y dar. Reflexionarás también de dónde proceden todas estas causas.

Y cuando hayas examinado tu consejo como te he dicho, y qué parte es la mejor y más provechosa, y la hayas sometido a muchos sabios y ancianos,

entonces verás si puedes llevarlo a la práctica y conducirlo a buen fin. Porque, ciertamente, la razón no quiere que el hombre comience una cosa si no ha de ejecutarla como es debido, ni nadie debe tomar sobre sí tan pesada carga que no pueda soportarla; pues el proverbio dice: «El que mucho abarca poco aprieta.» Y dice Catón: «Procura hacer sólo aquello que puedas, no sea que la carga te oprima tan penosamente, que te veas obligado a abandonar lo que has empezado.» Y si tienes la duda de si puedes ejecutar una cosa o no, prefiere más bien sufrir que comenzar. Pedro Alfonso dice: «Si puedes hacer alguna cosa de la cual has de arrepentirte, mejor es el *no* que el *sí*»; es decir, mejor es que mantengas tu lengua en silencio que hablar. Debes pensar entonces, con más sólidas razones, que, si tienes poder para ejecutar alguna obra, de la cual te has de arrepentir, es mejor que sufras que comenzar; bien lo ven quienes prohíben a todo el mundo ensayar cosa de la que se esté en duda si se puede poner por obra o no. Después, cuando hayas examinado tu consejo, como antes he dicho, y conocido perfectamente que puedes acometer tu empresa, manténlo entonces con firmeza hasta el fin.

Ahora es tiempo y razón que yo te muestre cuánto y por qué podrás cambiar tu opinión sin censura.

Verdaderamente, el hombre puede mudar su propósito y su consejo cuando la causa desaparece, o si sobreviene alguna nueva circunstancia. Dice la ley que «ante las cosas que nuevamente acaecen, es necesario nuevo consejo». Y Séneca dice: «Si tu secreto llega a oídos de tu enemigo, cambia de consejo.» Debes también mudar tu consejo si, por error o por otro motivo, ves que puede suceder mal o daño. Asimismo, si tu resolución es deshonrosa, o si de causa deshonrosa procede, cambia tu consejo. Porque las leyes dicen que «todos los mandatos que sean deshonrosos carecen de valor»; así como también si aquél es imposible, o no puede buenamente ser llevado a cabo o mantenido.

Y acepta esto como regla general: todo consejo que esté afirmado tan fuertemente, que no se pueda mudar por ningún motivo que sobreviniere, digo que es malo.

Melibeo, cuando hubo oído las instrucciones de su esposa la dama Prudencia, respondió de esta manera:

Señora, hasta aquí me has enseñado bien y convenientemente, de modo general, cómo me he de conducir en la elección y guarda de mis consejeros. Mas ahora deseo de buena gana te dignes hablarme en especial, como te plazca, y me manifiestes tu opinión, acerca de los consejeros que hemos elegido en nuestra necesidad presente.

—Señor mío —contestó ella—, yo te suplico con la mayor humildad que no te opongas obstinadamente a mis razones, ni se irrite tu corazón, aun cuando yo diga algo que te desagrade; porque Dios quiere que mi intención sea decírtelo como lo mejor para ti, por tu honra y también para tu provecho. Y, verdaderamente, yo espero que tu bondad sabrá tomarlo con paciencia.

Créeme de seguro —añadió—, que tu consejo en este caso no debiera, propiamente hablando, llamarse consejo, sino movimiento o impulso de locura; y en tal consejo has errado de muy diversos modos.

Ante todo, y sobre todo has errado en la reunión de tus consejeros; pues debieras haber llamado primero, para aconsejarte, a poca gente, y después habrías podido mostrar tu opinión a más personas, si hubiese sido necesario. Pero lo cierto es que has convocado repentinamente a tu consejo a gran muchedumbre, muy molesta y muy enojosa de escuchar.

Has errado también porque, debiendo haber llamado a tu consulta sólo a tus verdaderos amigos, ancianos y experimentados, has reunido a gente extraña, a jóvenes, a falsos aduladores, a enemigos reconciliados y a personas que te hacen reverencia sin amarte. Además, has errado también por haber traído contigo a tu consejo a la ira, a la ambición y a la precipitación, tres cosas que son contrarias a todo consejo bueno y útil, y a las que no has rechazado, como debieras, en ti mismo ni en tus consejeros.

Tampoco has acertado en haber descubierto a tus consejeros tu deseo y tu intención de mover guerra en seguida y de tomar venganza; ellos han inducido por tus palabras a qué cosa te inclinas, y, por consiguiente, te han aconsejado más bien con arreglo a tu deseo que para tu provecho. Has errado asimismo porque parece que te bastaba ser aconsejado solamente por estos consejeros, y con poca reflexión, siendo así que, en tan grande y alta necesidad, para llevar a cabo tu empresa, habrían sido necesarios más consejeros y más deliberación.

Te has equivocado igualmente en no haber examinado tu propósito del modo antedicho, ni de conveniente manera, según el caso requiere. Has errado también porque no has establecido distinción alguna entre tus consejeros, es decir, entre tus fieles amigos y tus consejeros falsos; ni has averiguado la opinión de tus amigos verdaderos, los ancianos y prudentes, sino que has recogido sus palabras en un almodrote, e inclinado tu corazón a la mayor parte y al mayor número, y consentido en ello. Bien sabes in que se encuentran siempre más locos que cuerdos, y por eso Lis decisiones que se toman en las reuniones y en las multitudes, donde se pone más atención al

número que a la sabiduría de las personas, son consejos insensatos, los cuales obtienen la preferencia.

Melibeo respondió a su vez, y dijo:

—Reconozco, en verdad, que he errado; pero ya que tú me has dicho antes que no es censurable se cambie de consejeros en determinados casos y por ciertas causas justas, estoy pronto a cambiar los míos enteramente como tú quieras ordenarme. El proverbio dice que «el cometer pecados es humano; mas el perseverar mucho tiempo en ellos es obra del diablo».

A esta sentencia respondió al punto la dama Prudencia, y dijo:

—Examina tus consejeros, y veamos cuál de aquéllos ha hablado más razonablemente y te ha dado mejor consejo. Y por cuanto el examen es necesario, comencemos por los cirujanos y por los médicos que son los que primero hablaron en este asunto.

Dígote que los cirujanos y los médicos te han aconsejado con discreción, cual debían, y han dicho, muy sabiamente, que al oficio de ellos pertenece el proporcionar a todos honra y provecho y el no dañar a nadie, sino poner gran diligencia con su arte pina remediar a los que se hallan bajo su cuidado. Y de la misma manera, señor, que ellos han respondido sabia y discretamente, mil creo yo que deben ser alta y regiamente recompensados por sus nubles palabras, y además porque pondrán la más escrupulosa solicitud en la curación de tu querida hija; pues aun cuando sean tus amigos, no por eso permitirás que te sirvan de balde, sino que debes remunerarles cuanto antes y mostrarles tu generosidad. Y tocante a la proposición que los médicos han sentado en este caso, a saber, que una enfermedad se cura con otra contraria, desearía conocer de buena gana cómo has entendido este apotegma, y cuál es tu opinión.

—Yo —dijo Melibeo—, lo he comprendido de esta manera: que así como me han hecho una cosa contraria, del mismo modo debo yo hacerles otra; pues así como ellos se han vengado de mí y me han hecho agravio, también debo yo vengarme de ellos y hacerles agravio; y entonces habré curado una cosa con su contraria.

—¡Mira, mira —dijo la dama Prudencia—, y cuán pronto se inclina todo hombre a su propio deseo y a su propia satisfacción! Ciertamente —añadió—; las palabras de los médicos no deben entenderse de tal suerte; porque, en verdad, la maldad no es contraria a la maldad, ni la venganza a la venganza, ni el agravio al agravio, sino que estas cosas son semejantes. Por tanto, una venganza no se remedia con otra venganza, ni un agravio con otro agravio, sino que cada uno acrecienta y agrava al otro. En realidad, las palabras de los

médicos debieran ser entendidas de esta manera: por cuanto lo bueno y lo malo son dos cosas contrarias, así como la paz y la guerra, la venganza y la longanimidad, la discordia y la armonía, y otras muchas cosas; por tanto, la maldad debe ser curada con la bondad, la discordia con la armonía, la guerra con la paz, y así en lo demás. Y con esto conviene el apóstol San Pablo en muchos lugares. Él dice: «No pagues mal con mal, ni malas razones con malas razones, sino haz bien a quien te hace mal, y bendice al que mal dice de ti.» Y en muchos otros pasajes recomienda la paz y la concordia.



Mas ahora quiero hablarte del consejo que te han dado los abogados y la gente discreta, quienes opinan de común acuerdo, como has oído antes, que debes poner tu diligencia, sobre todas las cosas, en guardar tu persona y en defender tu morada; y dicen también que en este caso debes obrar muy juiciosamente y con mucha reflexión. Respecto al primer punto, señor, que se refiere a la guarda de tu persona, ten entendido que quien está en guerra debe siempre y ante todo rogar humilde y devotamente a Jesucristo que, en su gran merced, le tenga bajo su protección y sea su soberano auxilio en su necesidad. Porque, de seguro, en este mundo no hay nadie que pueda ser aconsejado ni guardado suficientemente sin la defensa de nuestro Señor Jesucristo. Con esta doctrina conviene el profeta David cuando dice: «Si Dios no protege tu ciudad, en vano permanece en vela el que la guarda.» Después, señor, debes confiar el cuidado de tu persona a tus verdaderos amigos, que sean conocidos y probados, y solicitar su ayuda para guardarte. Porque Catón dice: «Si

necesitas ayuda, pídela a tus amigos; pues nadie hay tan buen médico como tu amigo fiel».

Luego de esto, habrás de guardarte de toda gente extraña, y de los embusteros, y recelar siempre de su compañía. Pedro Alfonso dice: «No te acompañes de hombre extraño en tu camino, a no ser que le hayas conocido de mucho tiempo. Y si acontece que él va en tu compañía por casualidad y sin tu consentimiento, inquiere entonces, tan mañosamente como puedas, su manera de vivir y su conducta anterior, y finge tu ruta: di que te diriges allí donde no has de ir; y si él lleva una lanza colócate en el lado derecho, y si lleva una espada, ponte en el izquierdo».

Después de esto, te guardarás con discreción de la clase de gente que te he dicho antes, y huirás de ellos y de su consejo. Y debes guardarte de tal modo, que, por presunción de tu fuerza, no desdeñes ni estimes tan poco el poder de tu adversario, que encomiendes la custodia de tu persona a tu jactancia; pues todo hombre sabio teme a su enemigo. Y así dice Salomón: «Dichoso el que de todo tiene temor; pues, ciertamente, a quien, por el loco atrevimiento de su corazón y por su arrojo, tiene gran arrogancia, le sucederá mal».

Debes también estar siempre en guardia contra emboscadas y todo género de espionaje; porque Séneca dice que «el hombre sabio que teme los daños, los evita; no cae en los peligros el que huye de ellos». Y aunque te parezca que estás en lugar seguro, harás diligencias para la guarda de tu persona; o, lo que es lo mismo, no seas negligente para guardarte, no ya de tus mayores enemigos, sino de tus enemigos más pequeños. Séneca dice: «El hombre bien avisado teme a su menor enemigo». Y Ovidio dice que «la pequeña comadreja puede matar al toro grande y al ciervo salvaje». Y el Libro afirma: «Una espina pequeña puede pinchar a un gran rey de modo muy doloroso; y un perro puede sujetar al jabalí».

Sin embargo, yo no te digo que seas tan cobarde que vaciles allí donde no hay ningún temor. El Libro dice que «algunas personas tienen gran placer en engañar; pero, no obstante, temen ser engañadas».

Además, debes temer ser envenenado, y guardarte de la compañía de los insolentes; porque el Libro dice: «Con los insolentes no tengas trato, sino evita sus palabras como ponzoña».

Ahora, respecto al segundo punto, donde tus sabios consejeros te advierten que defiendas tu casa con gran diligencia, yo desearía saber de buena gana cómo has entendido sus palabras y cuál es tu opinión.

Melibeo contestó diciendo:

—A decir verdad, yo lo he comprendido de esta manera: que debo guarnecer mi casa con torres tales cuales las tienen los castillos y otra clase de edificaciones, así como con armas y máquinas de artillería; con todo lo cual podré guardar y defender mi persona y mi casa, de tal modo que mis enemigos tendrán miedo de acercarse a mi morada.

A estas palabras respondió al punto Prudencia:

—Las fortalezas con altas torres y con grandes construcciones descansan algunas veces en el orgullo; además, no se levantan torres y grandes edificios sin muchos gastos y enorme trabajo, y, sin embargo, ya terminados, no tienen el valor de una paja si no están defendidos por amigos fieles, que sean viejos y experimentados. Y ten bien entendido que la mejor y más fuerte defensa que el rico puede tener, tanto para guardar su persona como sus bienes, es el amor de sus súbditos y sus vecinos. Tulio se expresa de esta manera: «Hay una clase de defensa que nadie puede vencer ni destruir, y es el amor que a un señor profesan sus ciudadanos y su pueblo».

Ahora, señor, respecto del tercer punto, según el cual tus ancianos y sabios consejeros dicen que no debes proceder en este asunto repentina ni apresuradamente, sino que has de proveer y aparejarte en el presente caso con gran diligencia y alta deliberación, encuentro, sin duda, que ellos hablan con mucha sabiduría y mucha verdad. Porque Tulio dice: «En todo negocio, antes que lo comiences, prepárate con gran diligencia». También, por mi parte, te aconsejo yo que, en la venganza, en la guerra, en las contiendas y en las fortificaciones, te prepares antes de empezar, y lo hagas con gran deliberación. Pues Tulio dice que «el largo preparativo antes de la batalla trae pronto la victoria». Y Casiodoro afirma: «La defensa es más fuerte cuando está preparada de mucho tiempo».

Pero hablemos ahora del consejo que ha sido acordado por tus vecinos, que te hacen reverencia sin amarte; por tus antiguos enemigos reconciliados; por tus aduladores, que te aconsejan privadamente una cosa, y públicamente te aconsejan la contraria; por los jóvenes también, que te aconsejan que te vengues y declares la guerra de seguida. En verdad, señor, como he dicho antes, has errado mucho en haber llamado a tal clase de personas a tu consulta, los cuales consejeros están suficientemente censurados con las razones antedichas. Descendamos, sin embargo, a pormenores.

Debes proceder primero según la doctrina de Tulio. Realmente, la verdad en este asunto o en este consejo no es preciso averiguarla con diligencia; pues bien sabido es quiénes son los que te han hecho esta ofensa y villanía, y cuántos los delincuentes, y de qué manera te han inferido el agravio y la

felonía. Después de esto examinarás la segunda circunstancia, la cual añade el mismo Tulio en esta materia. Porque Tulio siente una cosa que él llama «consentimiento»; es decir, quiénes, cuántos y cuáles son los que consienten en tu consejo, en tu deseo de tomar pronta venganza. Y consideremos también quiénes, cuántos y cuáles son los que están conformes con tus adversarios.

Ciertamente, respecto del primer punto, bien se sabe quiénes son los que están acordes con tu apresurado deseo; pues, en verdad, todos los que te aconsejan que hagas pronto guerra, no son tus amigos. Veamos ahora cuáles son los que tú consideras tan amigos tuyos como tu propia persona. Aun cuando seas poderoso y rico, estás solo; porque, en realidad, no tienes hijo alguno, sino una hija, ni tienes hermanos, ni primos hermanos, ni ningún otro cercano pariente, por temor de los cuales tus enemigos deban abstenerse de disputar contigo o exterminarte. Tú sabes bien que tus riquezas han de ser distribuidas en varias partes; mas cuando cada uno tenga su porción, pondrán poco cuidado en vengar tu muerte. Y tus adversarios son tres, y tienen muchos hijos, hermanos, primos y otros parientes próximos; y aunque sucediera que matases a dos de ellos, o a los tres, todavía quedarían bastantes para vengar su muerte y destruir tu persona. Y aun cuando tus parientes fueran más seguros y firmes que los de tus adversarios, con todo no son sino lejanos, y están poco relacionados contigo, mientras que los de tus enemigos se hallan muy relacionados con ellos. En esto ciertamente, su situación es mejor que la tuya.

Has de considerar también si el consejo de los que te recomiendan tomes pronto venganza está conforme a razón. Sin duda alguna, bien sabes que no; porque según derecho y razón, nadie puede tomar venganza de ninguna persona, sino el juez que tiene jurisdicción para ello, cuando le esté permitido tomar esa venganza, apresurada, o templadamente, como la ley lo exija. Debes considerar además, respecto de la palabra que Tulio llama «consentimiento», si tu fuerza y tu poder están de acuerdo y es posible que basten para tu deseo y el de tus consejeros. Realmente, puedes decir que no; porque, hablando con verdad, nosotros no podemos hacer sino sólo las cosas que legalmente son factibles. Legalmente, es cierto que no debes tomar venganza alguna por tu propia autoridad; luego debes ver que tu poder no consiente ni está conforme con tu deseo.

Examinemos ahora el tercer punto, que Tulio denomina «consecuencia». Tú has entendido que la venganza que te propones tomar es el resultado; mas de ella se siguen otras venganzas, peligros y guerras, y daños sin cuento, de los cuales nosotros no nos hacemos cargo en esta sazón.

Y tocante al cuarto punto, que Tulio llama «producto», has de considerar que el agravio que se te ha hecho es producto del odio de tus enemigos, y de la venganza que de él se tome se engendrará otra venganza, y muchas aflicciones y pérdidas de riquezas, según he dicho.

Ahora, señor, respecto del punto que Tulio llama «causas», que es el último, ten entendido que el agravio que has recibido obedece a ciertas causas, que los sabios llaman *Oriens* y *Efficiens*, *Causa longinqua* y *Causa propinqua*, es decir, causa remota y causa próxima. La causa remota es Dios omnipotente, que es causa de todas las cosas. La causa próxima son tus tres enemigos. La causa ocasional fue el odio. La causa material son las cinco heridas de tu hija. La causa formal es su modo de obrar: que trajeron escaleras y treparon por las ventanas. La causa final fue matar a tu hija; lo cual no faltó en cuanto en ellos estuvo.

Mas hablando de la causa remota, con referencia a qué fin debieron ellos venir, o qué debe al final sucederles en este caso, no puedo juzgar sino por conjeturas y suposiciones. Nosotros debemos suponer que vendrían con mal fin; pues el Libro de los Decretos dice: «Rara vez o difícilmente tienen un buen fin las cosas que han comenzado mal».

Ahora, señor, si se me preguntase por qué Dios ha permitido se te haga esta villanía, ciertamente yo no sabría responder bien y con exactitud; porque el Apóstol dice que «la ciencia y los juicios de Dios, nuestro Señor todopoderoso, son muy profundos; ningún hombre puede comprenderlos ni escudriñarlos suficientemente».

Sin embargo, por ciertas presunciones y conjeturas, estimo y creo que Dios, que es todo justicia y rectitud, ha consentido este suceso por justa y razonable causa.

Tu nombre es Melibeo, que quiere decir «hombre que bebe miel». Tú has bebido tanta miel de dulces riquezas temporales y delicias y honores en este mundo, que estás embriagado; te has olvidado de Jesucristo, tu Criador, y no le has hecho la honra y reverencia que debías. Ni tú te has cuidado de las palabras de Ovidio, que dice: «Debajo de la miel de los bienes del cuerpo se esconde el veneno que mata al alma». Y Salomón dice: «Si encuentras miel, come la suficiente; pues si la comes sin tasa, vomitarás», y te verás necesitado y pobre. Y tal vez Cristo, en venganza, ha desviado de ti su rostro y sus oídos misericordiosos, y ha permitido, además, que seas castigado en la misma forma que pecaste. Tú has ofendido a Cristo, nuestro Señor; pues, ciertamente, consentiste que los tres enemigos del género humano, a saber, el mundo, el demonio y la carne, entrasen voluntariamente en tu corazón por las

ventanas de tu cuerpo, y no te has defendido lo bastante contra sus asaltos y tentaciones; así que ellos han herido tu alma en cinco sitios, o, lo que es lo mismo, los pecados mortales han entrado en tu corazón por tus cinco sentidos. De igual manera, Cristo, nuestro Señor, ha querido y permitido que tus tres enemigos hayan entrado en tu casa por las ventanas, y hayan herido a tu hija del modo ya dicho.

—Ciertamente —dijo Melibeo—, bien se me alcanza que con tus palabras intentas vencerme de tal manera, que yo no pueda vengarme de mis enemigos, mostrándome los peligros y los daños que pueden seguirse de esta venganza. Mas cualquiera que considere los peligros y los males que pueden sobrevenir por tomar venganza, jamás querrá llevarla a efecto; y eso sería perjudicial, pues, mediante la venganza, los malos son separados de los buenos; porque los que tienen intención de cometer alguna maldad, reprimen sus malos propósitos cuando ven la pena y el castigo de los delincuentes.

A lo cual contestó la dama Prudencia:

—Concedo que de la venganza viene mucho mal y mucho bien; mas el tomarla no pertenece a cada uno, sino solamente a los jueces y a los que tienen jurisdicción sobre los criminales. Y aun digo más: así como una persona particular peca tomando venganza de otro hombre, de igual modo peca el juez que no administra justicia con aquellos que lo han merecido. Séneca dice así: «Es buen señor el que reprende a los malos». Y Casiodoro se expresa de esta manera: «El hombre teme cometer delitos cuando sabe y conoce que desagradan a los jueces y a los soberanos». Y otro dice: «El juez que teme hacer justicia vuelve malos a los hombres». Y el apóstol San Pablo dice en su epístola a los romanos que «los jueces no llevan la lanza sin causa»; llévanla, pues, para instigar a los bribones y malhechores, y para proteger a los hombres honrados. Si tú quieres, por consiguiente, tomar venganza de tus enemigos, debes dar parte y recurrir al juez que tiene jurisdicción sobre ellos, y él los castigará como la ley demanda y requiere.

—¡Ah! —dijo Melibeo—, esa venganza no me satisface nada. Yo recapacito ahora y observo cómo la fortuna me ha alimentado desde mi infancia y me ha ayudado a atravesar muchos pasos dificultosos. Quiero probarla en el momento presente, creyendo que, ion el auxilio de Dios, ella me ha de favorecer para vengar mi afrenta.

—Si quieres obrar según mi consejo —dijo Prudencia—, no debes probar fortuna de ninguna manera, ni inclinarte o apoyarte en ella, en atención a estas palabras de Séneca: «Las cosas que se hacen locamente y que se hallan en esperanza de fortuna, jamás llegarán a buen fin». Y también dice Séneca:

«Cuanto más clara y brillante es la fortuna, tanto más frágil es y más pronto se quiebra». No confíes en ella, porque no es constante ni estable; pues cuando tú creas estar más cierto o seguro de su favor, te faltará y te burlará. Y por cuanto la fortuna te ha nutrido desde tu niñez, por lo mismo te digo que debes confiar menos en ella y en su poder. Séneca dice: «La fortuna se burla grandemente de quienquiera que sea mantenido por ella». Ahora bien; ya que tú deseas y pides venganza, y la que se hace según la ley ante el juez no te satisface, y puesto que la venganza que se ejecuta en expectación de fortuna es peligrosa e incierta, no te queda entonces otro remedio sino recurrir al soberano Juez, que venga todas las villanías y agravios, y Él te vengará, según atestigua cuando dice: «déjame la venganza, que yo la haré».

Melibeo respondió:

—Si yo no me vengo de la villanía que se me ha hecho, intimo o invito a quienes me la han inferido, y a todos los demás, a que me hagan otra villanía. Porque está escrito: «Si no tomas venganza de la antigua ofensa, invitas a tus adversarios a que te hagan nuevas ofensas». Y además, por causa de mi gran tolerancia, se me harán tantas infamias, que no podré sobrellevarlas ni soportarlas; y así seré señalado y tenido por débil. Pues se dice: «con la excesiva paciencia te sucederán muchas cosas que no podrás sufrir».

—Verdaderamente —dijo Prudencia—, yo te concedo que en el mucho sufrimiento no hay bien; pero de eso no se deduce que toda persona a quien se haga alguna villanía tome venganza de ella; pues pertenece y concierne solamente a los jueces, que son los que deben vengar las villanías e injurias. Y, por tanto, las dos autoridades que has citado antes, se refieren únicamente a los jueces, ya que cuando ellos aguantan demasiado los agravios y las infamias que se cometen y no se castigan, no sólo invitan al hombre a hacer nuevos agravios, sino que se lo ordenan. También dice un hombre sabio que «el juez que no castiga al delincuente, le manda y le ordena que cometa delitos». Los jueces y los soberanos pueden tolerar a los criminales y malhechores en su territorio hasta el punto de que, merced a semejante tolerancia, adquieran tal poder y fuerza con el transcurso del tiempo, que arrojen de sus puestos a aquéllos, haciéndoles perder, por último, su señorío.

Pero supongamos ahora que tú tengas facultad para vengarte. Dígote que no te encuentras en esta ocasión con poder ni con fuerza para ello; pues si vas a establecer comparación con el poder de tus adversarios, hallarás en muchas cosas, que antes te he indicado, que su situación es mejor que la tuya. Por eso digo que es bueno que ahora sufras y tengas paciencia.

Además, bien sabes que, según el dicho vulgar, «es demencia que el hombre luche con alguien más fuerte o más poderoso que él; y el combatir con un hombre de igual fuerza, es decir, con uno tan fuerte como él, es peligroso; y el pelear con otro más débil es locura». Por lo cual debe el hombre evitar la contienda en tanto cuanto pueda; pues Salomón dice: «Es gran mérito que el hombre se guarde de alborotos y peleas». Y si acontece o sucede que algún hombre de más poder y fuerza que tú te agravia, aprende y ocúpate más bien en guardar silencio acerca de tal agravio, que en vengarte. Porque Séneca dice que «se pone en gran peligro el que disputa con un hombre más fuerte que él». Y Catón dice: «Si algún hombre de más alta condición o posición o más poderoso que tú, te molesta u ofende, súfrele; pues el que una vez te ha agraviado, puede en otra ocasión desagraviarte y ayudarte».

Aun poniendo el caso de que tengas a la vez poder y facultad para vengarte, digo que hay muchísimas cosas de las cuales debes evitar el tomar venganza; y has de estar dispuesto a sufrir y a tener paciencia con lo que te han hecho, primero y sobre todo si consideras tus propias faltas, por las que Dios ha permitido padezcas esta tribulación, según te he dicho antes. Porque el poeta dice que «debemos tomar con paciencia las tribulaciones que vienen sobre nosotros, si pensamos y consideramos que las tenemos merecidas». Y San Gregorio dice que «cuando el hombre considera bien el número de sus faltas y de sus pecados, las penas y aflicciones que sufre le parecen menores; y cuanto más profunda y gravemente reflexiona sus pecados, tanto más leve y llevadero le parece el castigo». También debes doblegar tu corazón y estar dispuesto a imitar la paciencia de nuestro Señor Jesucristo, como dice San Pablo en sus Epístolas: «Jesucristo —declara— ha subido por nosotros, y ha dado ejemplo a todos los hombres, para que le imiten y sigan, pues Él nunca cometió pecado, ni jamás salió de su boca palabra villana; cuando los hombres le maldecían, Él no maldecía a ellos, y cuando le atormentaban, no les amenazaba».

Asimismo, la gran paciencia que han mostrado los santos del paraíso en las tribulaciones que han sufrido, sin merecerlas y sin culpa, deben estimularte mucho a la paciencia. Además, debes esforzarte en tenerla, considerando que las aflicciones de este mundo duran poco tiempo, y pronto pasan y se van. Y la alegría que el hombre busca tener, mediante la paciencia en las tribulaciones, es perdurable, según afirma el Apóstol en su Epístola cuando dice: «el goce de Dios es perdurable», o, lo que es igual, sempiterno. También pienso y creo firmemente que no está bien educado ni enseñado el

que no sabe tener paciencia o no quiere admitirla. Salomón dice que «la instrucción y la inteligencia del hombre se conocen en su paciencia». Y en otro lugar declara que «el que es paciente se rige con gran prudencia». El mismo Salomón afirma: «El hombre colérico y furioso alborota, y el hombre paciente se reprime y calla». También dice: «Es más meritorio ser paciente que ser muy violento; el que tenga el dominio de sí mismo es más de alabar que el que por su fuerza o poder toma grandes ciudades». Y por eso dice Santiago en su Epístola que «la paciencia es gran virtud de perfección».

—En verdad —dijo Melibeo—, yo te concedo, señora Prudencia, que la paciencia es gran virtud de perfección; pero no todos pueden llegar a la perfección que tú pretendes, ni yo soy del número de los hombres perfectos, pues mi corazón no estará jamás tranquilo hasta tanto que se vengue. Y aunque exista gran peligro para mis enemigos en hacerme alguna villanía, tomando venganza de mí, no obstante, ellos no se preocupan de él ni poco ni mucho, sino que satisfacen sus malos propósitos y deseos. Por tal razón, me parece que no se me debe censurar, aunque afronte un pequeño peligro para vengarme, y aun cuando cometa algún gran exceso, es decir, que vengue un ultraje con otro.

—¡Ah! —dijo la dama Prudencia—, tú manifiestas tu deseo como te place; mas por ningún motivo del mundo debe el hombre cometer injusticia ni exceso alguno para vengarse. Casiodoro dice que «tan mal obra quien se venga de algún ultraje como el que lo comete». Por consiguiente, debes vengarte según regla de derecho, o sea, según la ley, y no con exceso ni con ultraje. De lo contrario, si tratas de vengar el agravio de tus enemigos de modo diferente a como el derecho ordena, delinques. Por eso dice Séneca que «el hombre jamás debe vengar una maldad con otra maldad». Y si objetas que la justicia exige que el hombre se defienda con la agresión, efectivamente dices la verdad, siempre que la defensa se lleve a cabo en seguida, sin intervalo, dilación ni demora, para defenderse y no para vengarse. Y es preciso que el hombre ponga tal moderación en su defensa, que no haya causa ni motivo para reprocharle que se defendió con exceso y crueldad; porque esto también sería contra razón. Por Dios, bien sabes tú que ahora no practicas acto alguno para defenderte, sino para vengarte, de lo cual se deduce que no tienes intención de ejecutar tu acción moderadamente; y por eso pienso que la paciencia es buena, pues Salomón dice que «el que no es paciente recibirá gran daño».

—Te concedo, en verdad —dijo Melibeo—, que cuando algún hombre está impaciente e irritado con lo que no le importa ni le concierne, si eso le

perjudica no es ninguna maravilla; porque la ley dice que «es culpable el que interviene o se mezcla en cosa que no le incumbe». Y Salomón dice que «el que se entremete en altercado o riña de otro hombre, es como el que coge a un perro por las orejas». Porque, así como el que agarra a perro ajeno por las orejas sale a veces mordido por él, de la misma manera es razón que reciba daño quien por su impaciencia se mezcla en la contienda de otro hombre, allí donde no le llaman. Pero tú sabes bien que el hecho en cuestión, es decir, mi agravio y mi aflicción, me tocan muy de cerca; por eso, aunque yo esté enojado e impaciente, nada tiene de extraño. Y, salvo tu opinión, yo no puedo concebir que el tomar venganza me haya de perjudicar mayormente: pues yo soy más rico y más poderoso que mis enemigos. Demasiado sabes que, teniendo dinero y grandes riquezas, se manejan todas las cosas de este mundo. Salomón dice que «todas las cosas obedecen al dinero».

Cuando Prudencia oyó a su marido vanagloriarse de su riqueza y de su dinero, y despreciar el poder de sus enemigos, habló y dijo de esta manera:

—Efectivamente, querido señor, convengo en que eres rico poderoso, y en que las riquezas son buenas para los que las han ganado legítimamente y saben usar bien de ellas; porque así como el cuerpo del hombre no puede vivir sin alma, tampoco puede vivir sin bienes temporales. Con las riquezas puede el hombre atraerse muchos amigos; por lo cual dice Pánfilo: «Si la hija de un vaquero es rica, podrá elegir, entre mil hombres, el que ella quiera para esposo; pues de los mil, ninguno renunciará a ella ni la desairará». Y también dice Pánfilo: «Si tú eres muy feliz, es decir, si eres muy neo, hallarás gran número de camaradas y amigos. Mas si la fortuna se trueca y te vuelves pobre, adiós amistad y compañerismo, pues te quedarás solo, sin compañía alguna, como no sea la de los pobres». Y el mismo Panfilo declara igualmente que «los que son siervos y esclavos por su linaje, pueden convertirse en nobles y respetables mediante las riquezas». Y así como por las riquezas se alcanzan muchos bienes, así también por la pobreza vienen muchos perjuicios y males; porque la excesiva pobreza obliga al hombre a cometer muchas maldades. Por eso llama Casiodoro a la pobreza «la madre de la ruina», es decir, la madre del trastorno y de la destrucción. Por cuya razón dice Pedro Alfonso: «Una de las mayores adversidades de este mundo es que un hombre libre, por naturaleza o por obligación se vea constreñido, por causa de su pobreza, a comer con las limosnas de su enemigo». Y lo mismo afirma Inocencio en uno de sus libros cuando dice: «Triste y desdichada es la condición del pobre mendigo, pues si no pide su alimento, se muere de hambre, y si lo pide, se muere de vergüenza; de todos modos, la necesidad le

obliga a pedir». Por eso dice Salomón que «mejor es morir que permanecer en tal pobreza». Y también el mismo Salomón dice: «Mejor es morir de muerte amarga que vivir de tal manera».

Por las razones que te he dicho, y por otras muchas que podría decir, convengo contigo en que las riquezas son buenas para los que las adquieren bien y para quienes usan bien de ellas. Por consiguiente, voy a enseñarte qué debes hacer y cómo has de conducirte en la adquisición de las riquezas, y de qué modo debes usar de ellas.

Ante todo, debes procurarlas sin gran ansia, poco a poco, con buena reflexión, y no con demasiado apresuramiento. Porque el hombre que está deseoso de ganar riquezas, se entrega de seguida al robo y a todas las demás maldades. Y por eso dice Salomón: «El que se apresura a hacerse rico presto, no puede ser inocente». También dice él que «la riqueza que viene repentinamente a un hombre, pronto y fácilmente pasa y se va de él; mas la que viene poco a poco aumenta siempre y se multiplica».

Tú, señor, debes ganar las riquezas con tu ingenio y tu trabajo, y para tu provecho, sin perjuicio o injusticia para ninguna otra persona; pues la ley dice que «ningún hombre se haga rico a costa del daño de otro»; es decir, que la naturaleza impide y prohíbe por derecho que nadie se haga rico con daño de otra persona. Tulio dice: «Ninguna aflicción, ni temor de muerte, ni nada que pueda sobrevenir al hombre, va tanto contra naturaleza como el que acrecienta sus propias ganancias a costa del mal de otro hombre».

Y aunque los grandes y los poderosos ganen riquezas más rápidamente que tú, no debes, sin embargo, mostrarte perezoso ni tardo para tu provecho, sino que de todos modos has de hallarte libre de ociosidad. Porque Salomón dice que «la pereza enseña al hombre a hacer muchas maldades». Y el mismo Salomón declara que «el que trabaja y pone diligencia en cultivar la tierra, comerá pan; mas el que es perezoso y no se aplica a ningún trabajo u ocupación, caerá en la pobreza y morirá de hambre». El que es perezoso y tardo no na be encontrar jamás tiempo a propósito para trabajar en su provecho; pues hay un poeta que dice que «el hombre perezoso se excusa en invierno a causa del excesivo frío, y en el verano por razón del calor». Por lo cual, dice Catón: «Despierta y no te aficiones a dormir demasiado; pues el excesivo descanso engendra y fomenta muchos vicios». Y por eso dice San Jerónimo: «Practica algunos netos buenos, para que el demonio, nuestro enemigo, no te encuentre desocupado». Porque el diablo no tienta fácilmente en sus faenas a los que halla ocupados en buenas obras.

Así, pues, en la adquisición de las riquezas debes huir de la pereza. Luego debes usar de tal modo las que hayas ganado con tu habilidad y tu trabajo, que no se te tenga por mezquino ni por cicatero, ni por excesivamente liberal, es decir, por demasiado pródigo. Pues, así como se censura al hombre avariento por su tacañería y miseria, de la misma manera es censurable el que gasta con demasiada largueza. Por eso dice Catón: «Usa las riquezas que has ganado, de tal modo que no haya motivo ni causa para llamarte mísero ni avaro; pues es gran vergüenza para un hombre tener el corazón pobre y la bolsa rica». Dice también aquél: «Usa con mesura los bienes que has ganado»; es decir, gástalos con moderación, pues los que disipan y derrochan locamente los bienes que poseen, cuando ya no tienen más de lo suyo, intentan apoderarse de los bienes de otro.

Digo, pues, que debes evitar la avaricia, empleando tus riquezas de tal manera que no se diga que están enterradas, sino que las tienes en tu poder y bajo tu dominio. Un sabio censura al avaricioso, y dice así en dos versos: «¿Cómo y por qué entierra el hombre sus bienes por su gran avaricia, sabiendo de sobra que tiene que morir, pues la muerte es el fin de todo hombre en la vida presente?». ¿Y por qué causa o razón reúne o junta sus bienes con tal presteza, que todos sus sentidos no saben separarse o apartarse de ellos, sabiendo bien, o debiendo saber, que cuando él muera no llevará nada consigo fuera de este mundo? Por ese motivo, dice San Agustín que «el hombre avariento es semejante al infierno, que cuanto más devora, tanto mayor deseo tiene de tragar y devorar».

Y así como debes evitar te llamen hombre avariento o miserable, también has de conducirte y gobernarte de tal guisa, que no se te llame demasiado pródigo. A este propósito dice Tulio: «Los bienes de tu casa no deben estar escondidos ni guardados muy ocultamente, sino que han de hallarse manifiestos mediante piedad y generosidad» —es decir, para dar participación a los que se encuentran en necesidad grande—; «ni tus bienes deben estar tan descubiertos, que sean bienes de todos los hombres».

Además, en la adquisición de tus riquezas y en el uso de ellas, has de llevar siempre tres cosas en tu corazón, a saber: Dios nuestro Señor, conciencia y buena fama. Primeramente, debes tener a Dios en tu corazón, y por riqueza ninguna debes hacer nada que pueda en alguna manera desagradar a Dios, que es tu criador y hacedor. Porque según las palabras de Salomón, «es mejor tener pocos bienes con amor de Dios, que poseer muchas riquezas y tesoros y perder la amistad de Dios y del Señor». Y el Profeta dice que

«mejor es ser hombre bueno y tener pocos bienes y tesoros, que ser considerado como malvado y poseer grandes riquezas».

Y yo digo más aún: que debes realizar tus negocios, para adquirir riquezas, de modo que las ganes con buena conciencia. El Apóstol asegura que «no hay cosa en este mundo, de la cual debamos alegrarnos tanto, como cuando nuestra conciencia nos acusa buen testimonio». Y el Sabio dice: «La esencia del hombre es muy buena cuando el pecado no está en su conciencia».

También en la adquisición de tus riquezas y en el uso de ellas debes poner gran cuidado y diligencia para que tu buen nombre sea siempre mantenido y conservado; pues Salomón dice que «mejor es y más aprovecha al hombre tener buena fama que poseer grandes riquezas». Y por eso dice él en otro lugar: «Pon gran solicitud en la guarda de tu amigo y de tu buen nombre; porque esto ha de permanecer más tiempo contigo que un tesoro, aun cuando no sea tan precioso». Y, ciertamente, no debe ser llamado hombre noble el que, después de Dios y de la buena conciencia, abandona todas las cosas y no pone su diligencia y su cuidado en conservar mi buen nombre. Casiodoro dice que «es señal de corazón noble si el hombre quiere y desea tener buena fama». Con tal motivo dice San Agustín: «Dos cosas son necesarias y precisas, que son la buena conciencia y la buena fama; es decir, buena conciencia para el interior de tu propia persona, y buena fama fuera para tus prójimos». Y el que confía tanto en su buena conciencia, que desprecia y en nada tiene su buen nombre o fama, y no se cuida de conservarla, es un fiero rústico.

Ya te he indicado, señor, cómo debes conducirte en la adquisición de las riquezas, y de qué manera debes usarla; pero bien veo que, por la confianza que tienes en tus riquezas, deseas suscitar la guerra y el combate. Yo te aconsejo que no inicies la lucha contundo en tus riquezas, pues ellas no bastan para mantener las guerras. A este propósito dice un filósofo: «El hombre que desea y quiere a toda costa mover guerra, nunca tendrá suficiente; pues cuanto más rico sea, tanto mayores gastos tendrá, si quiere conseguir honra y victoria». Y Salomón dice que «cuanto mayores riquezas tenga un hombre más gastadores tiene».

Aunque por tus riquezas, querido señor, puedas reunir a mucha gente, no es necesario, sin embargo, ni bueno, que comiences la guerra, siendo así que puedes de otro modo tener paz para tu honor y provecho. Porque las victorias de las batallas que se lila un en este mundo, no estriban en el gran número o multitud de la gente, ni en el valor de los hombres, sino que dependen de la voluntad y están en la mano de Dios, nuestro Señor todopoderoso. Por eso

Judas Macabeo, que era campeón de Dios, cuando iba a combatir contra su adversario, que disponía de gran número y multitud de gentes, más poderosas que el ejército del Macabeo, animaba a su pequeña hueste, diciendo de este modo: «Con tanta facilidad puede Dios, nuestro Señor omnipotente, dar la victoria a poca como a mucha gente; porque la victoria en el combate no viene del gran número de personas, sino que procede de nuestro Señor, Dios del cielo». Y, amado señor, comoquiera que no hay hombre que esté seguro de ser digno de que Dios le dé la victoria o no (así como tampoco está cierto de ser digno del amor de Dios), según dice Salomón, todo hombre debe temer mucho el empezar las guerras. De igual manera, en las batallas sobrevienen muchos peligros, y sucede a veces que con la misma facilidad muelen los fuertes que los débiles; y, como está escrito en el segundo libro de los Reyes, «las acciones de guerra son fortuitas y nada ciertas, pues tan pronto es uno herido de lanza como otro». Y puesto que hay gran peligro en la guerra, debe el hombre huirla y evitarla en tanto como buenamente pueda; porque dice Salomón: «El que ama el peligro, perecerá en él».



Luego que la dama Prudencia hubo hablado de esta suerte, Melibeo respondió y dijo:

—Bien veo, señora Prudencia, por tus hermosas palabras y por las razones que me has expuesto, que la guerra no te place nada; pero aún no he oído tu consejo acerca de lo que debo hacer en esta necesidad.

Yo te aconsejo —dijo ella— que te pongas de acuerdo con tus enemigos y que estés en paz con ellos. Porque Santiago dice en sus Epístolas que «mediante la concordia y la paz, las pequeñas riquezas se tornan grandes; y por la guerra y la discordia, las grandes riquezas sucumben». Y tú sabes bien que una de las cosas más grandes y más altas que hay en el mundo es la armonía y la paz. Por eso nuestro Señor Jesucristo dijo así a sus apóstoles: «Bienaventurados y dichosos los que aman y procuran la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios».

¡Ah! —dijo Melibeo—, ahora veo claro que tú no quieres mi honor ni mi dignidad. Tú sabes de sobra que mis enemigos han traído este combate y altercado por causa de su ultraje, y bien ves que ellos no buscan ni me suplican la paz, ni piden reconciliarse. ¿Quieres entonces que yo vaya y me humille y me someta a ellos, y les implore gracia? Porque la verdad es que eso no sería ninguna honra para mí; pues así como se dice que «el excesivo orgullo engendra el desprecio», lo mismo sucede con la demasiada humildad o mansedumbre.

Entonces la dama Prudencia puso semblante de enojo, y contestó:

—Realmente, señor, salvo tu parecer, yo quiero tu honor y tu provecho como el mío propio, y siempre lo he procurado; ni tú ni otro alguno vio jamás lo contrario. Con todo, si yo he dicho que tú debías haber solicitado la paz y la reconciliación, no me he equivocado ni he dicho mal. Porque el Sabio dice: «La discusión empiece por otro, y la reconciliación principie por ti». Y el Profeta dice: «Huye de lo malo y practica lo bueno; busca la paz y síguela, tanto como de ti dependa». Sin embargo, yo no digo que debas acosar a tus enemigos con la paz, mejor que ellos a ti; pues bien, se me alcanza que eres tan insensible, que por mí nada has de hacer. Salomón declara: «El que tiene el corazón demasiado duro, se encontrará al fin con el infortunio, y será desgraciado».

Cuando Melibeo observó que la dama Prudencia ponía cara de enfado, se expresó de esta manera:

—Señora, te ruego no te disgustes por las cosas que digo; porque bien sabes que estoy irritado y colérico, lo cual no es maravilla; y los que se hallan airados no saben lo que hacen, ni que lo dicen. Por eso el Profeta afirma que

«los ojos turbios no tienen clara visión». Mas dime y aconséjame cómo te plazca, pues estoy pronto a hacer exactamente lo que tú quieras; y si me reprendes por mi locura, nadie tan llamado a amarte y a admirarte como yo. Porque dice Salomón que «el que reprende a quien comete alguna locura, encontrará mayor gracia que el que le engaña con palabras dulces».

Respondió entonces la dama Prudencia:

—Yo no pongo semblante de enojo ni de ira sino para tu mayor provecho; pues Salomón dice: «Es más digno el que reprende o regaña al loco por su demencia, mostrándole rostro enojado, que el que defiende y alaba su yerro y ríe su locura». Y el mismo Salomón añade luego que «por el rostro angustiado de un hombre» (es decir, por el aspecto sombrío y grave de un hombre), «el loco se corrige y se enmienda».

A esto dijo Melibeo:

—Yo no sabría contestar a razones tan hermosas como me expones y presentas. Di brevemente tu deseo y tu consejo, y aquí me tienes dispuesto en absoluto a cumplirlos y a practicarlos.

Entonces la dama Prudencia manifestóle todo su deseo, y le dijo:

—Ante todas cosas, te aconsejo hagas las paces entre Dios y tú, y te reconcilies con Él y con su gracia; porque, según te he dicho antes, Dios ha permitido que tengas esta tribulación y dolor por tus pecados. Y si haces lo que te digo, Dios te enviará a tus enemigos y hará que caigan a tus pies, prestos a cumplir tu deseo y tus órdenes; pues Salomón dice: «Cuando la condición de un hombre es grata y afecta a Dios, El cambia los corazones de sus enemigos y les obliga a pedirle paz y gracia». Te ruego me permitas hablar con tus enemigos en lugar apartado; pues ellos no sabrán cuál es tu deseo o tu acuerdo. Y luego que yo conozca sus propósitos y su intención, podré aconsejarte con toda certeza.

—Señora —dijo Melibeo—, haz tu voluntad y tu gusto; que yo me pongo completamente a tu disposición y a tus órdenes.

Entonces la dama Prudencia manifestóle todo su deseo, y le dijo:

—Ante todas cosas, te aconsejo hagas las paces entre Dios y tú, y te reconcilies con Él y con su gracia; porque, según te he dicho antes, Dios ha permitido que tengas esta tribulación y dolor por tus pecados. Y si haces lo que te digo, Dios te enviará a tus enemigos y hará que caigan a tus pies, prestos a cumplir tu deseo y tus órdenes; pues Salomón dice: «Cuando la condición de un hombre es grata y afecta a Dios, El cambia los corazones de sus enemigos y les obliga a pedirle paz y gracia». Te ruego me permitas hablar con tus enemigos en lugar apartado; pues ellos no sabrán cuál es tu

deseo o tu acuerdo. Y luego que yo conozca sus propósitos y su intención, podré aconsejarte con toda certeza.

—Señora —dijo Melibeo—, haz tu voluntad y tu gusto; que yo me pongo completamente a tu disposición y a tus órdenes.

Entonces la dama Prudencia, cuando vio la voluntad de Dios y de su esposo, deliberó y tomó consejo consigo misma, pensando cómo podría llevar este asunto a feliz conclusión y buen fin. Y cuando vio que era tiempo oportuno, mandó llamar a los enemigos, para que fueran con ella a un sitio retirado, y les expuso hábilmente las grandes ventajas que vienen de la paz, así como los grandes males y peligros que trae la guerra, diciéndoles de manera afable cómo debían mostrar profundo arrepentimiento por la injuria y agravio que habían inferido a su señor Melibeo, a ella y a su hija.

Una vez que ellos hubieron oído las generosas palabras de la dama Prudencia, quedaron tan sorprendidos y admirados, y experimentaron con ellas tan gran alegría, que era maravilla decirlo.

—¡Ah, señora! —exclamaron—, tú nos has mostrado «el beneficio de la dulzura», según el dicho del profeta David; pues, en tu gran bondad, nos has ofrecido la reconciliación que nosotros no somos dignos de obtener en manera alguna, antes al contrario, debiéramos solicitarla con profunda contrición y humildad. Bien vemos ahora que la sabiduría y la ciencia de Salomón son muy ciertas, pues dice que «las palabras dulces multiplican y aumentan los amigos, y hacen que los malos se vuelvan bondadosos y mansos».

—Verdaderamente —añadieron ellos—, depositamos por completo nuestro pleito, nuestro asunto y nuestra causa en tu buena voluntad, y estamos prontos a obedecer las palabras y mandatos de nuestro señor Melibeo. De consiguiente, amada y bondadosa señora, te rogamos y suplicamos, tan humildemente como sabemos y podemos, que a tu gran bondad plazca se ejecuten en el acto tus generosas palabras, ya que nosotros estimamos y reconocemos que hemos ofendido y agraviado sin medida al señor Melibeo, hasta el punto de que nosotros no tenemos poder para remediarlo. Por lo cual, nosotros y nuestros amigos nos obligamos y sujetamos a cumplir toda su voluntad y sus mandatos. Pero quizás él tenga tal pesadumbre y enojo contra nosotros, por causa de nuestra ofensa, que quiera imponernos algún castigo que no podamos soportar ni sufrir. Así que, noble señora, imploramos de tu piedad de mujer tengas tal indulgencia en este asunto, que ni nosotros ni nuestros amigos seamos desheredados ni exterminados por nuestra locura.

—Ciertamente —dijo Prudencia—, es negocio grave y muy peligroso que un hombre se entregue por completo al arbitrio y juicio y bajo el poder y

dominio de sus enemigos. Salomón decía: «Creedme y dad fe a lo que voy a decir, vosotros, pueblos, gentes y ministros de la santa Iglesia: no deis jamás poder ni dominio sobre vuestro cuerpo, mientras viváis, ni a vuestro hijo, ni a vuestra esposa, ni a vuestro amigo, ni a vuestro hermano».

Ahora bien; puesto que él prohíbe se dé al hermano o al amigo la potestad sobre el cuerpo, con mayor razón veda y prohíbe que el hombre se entregue a su enemigo. Sin embargo, yo os aconsejo que no desconfiéis de mi señor; porque yo sé bien y conozco en verdad que él es compasivo y apacible, espléndido, afable y nada codicioso ni deseoso de bienes ni riquezas, pues no quiere nada de este mundo, salvo solamente honor y dignidad. Por otra parte, bien sé y estoy completamente segura de que él no hará nada en este asunto sin mi consejo; y yo trabajaré de tal modo en esta causa que, mediante la gracia de Dios, nuestro Señor, quedaréis reconciliados con nosotros.

Entonces dijeron ellos a la vez:

—Respetable señora, nosotros nos sometemos por completo, juntamente con nuestros bienes, a tu voluntad y disposición, y estamos prontos a venir, sea cual fuere el día que plazca a tu nobleza fijarnos o señalarnos, para cumplir nuestra obligación y promesa, tan rigurosamente como guste tu bondad; pues hemos de realizar tu voluntad y la de nuestro señor Melibeo.

Cuando la dama Prudencia hubo oído la respuesta de estos Hombres, les mandó que se fueran de nuevo en secreto, y volviendo a donde se hallaba su señor Melibeo, le refirió cómo había encontrado muy arrepentidos a sus enemigos, los cuales reconocían muy humildemente sus pecados y delitos, y cómo ellos estaban aparejados a sufrir todo castigo, suplicándole y rogándole merced y piedad.

A esto dijo Melibeo:

—Muy digno es de obtener perdón y gracia de su pecado el que no lo disculpa, sino que lo confiesa y se arrepiente, pidiendo indulgencia. Séneca dice: «Hay remisión y perdón allí donde hay confesión»; porque la confesión es compañera de la inocencia. Y sédala en otro lugar: «El que se avergüenza de su falta y la reconoce, es digno de remisión». Y por eso yo consiento y me ratifico en ajustar la paz; mas bueno es que nosotros no la hagamos sin el asentimiento y voluntad de nuestros amigos.

Púsose entonces Prudencia muy alegre y contenta, y dijo:

—En verdad que tú has respondido bien y razonablemente; pues así como con el consejo, aprobación y asistencia de tus amigos, has nido instigado a vengarte y a mover guerra, así también sin su consejo no debes reconciliarte

ni concertar la paz con tus enemigos. Porque la ley dice: «No hay nada tan bueno, por vía natural, como que una cosa sea desatada por quien la ató».

Entonces la dama Prudencia, sin dilación ni demora, mandó al pinito mensajes a sus allegados y a sus antiguos amigos, fieles y di o retos, a los cuales refirió por orden, en presencia de Melibeo, indo este suceso, como ha sido expresado y declarado arriba, rogándoles dieran su opinión y su consejo respecto de lo que sería más conveniente hacer en este asunto. Y cuando los amigos de Melibeo hubieron consultado y deliberado acerca de la materia predicha, y la hubieron examinado con gran atención y suma diligencia, manifestaron su pleno consentimiento de mantenerse en paz y tranquilidad, y de que Melibeo admitiera a sus enemigos, con ánimo benévolo, a su gracia y perdón.

Luego que la dama Prudencia hubo oído la aprobación de su señor Melibeo y el consejo de sus amigos, acorde con su deseo y su intento, quedó extraordinariamente satisfecha en su corazón, y habló así:

—Hay un antiguo proverbio que dice: «Lo bueno que puedas hacer hoy, hazlo, y no aguardes ni lo difieras para mañana». Por consiguiente, te aconsejo envíes tus emisarios más discretos y prudentes a tus enemigos, para que les digan en tu nombre que, si quieren tratar de paz y concordia, se dispongan a venir aquí, sin dilación ni tardanza.



Lo cual fue realizado en el acto. Y cuando los delincuentes, es decir, los adversarios de Melibeo, arrepentidos de sus locuras hubieron escuchado lo que los mensajeros les dijeron, pusiéronse muy alegres y contentos, y respondieron con mucha humildad y dulzura, dando gracias y mercedes a su señor Melibeo y a toda su compañía, y aprestándose sin demora para ir con los mensajeros y obedecer el mandato de su señor Melibeo.

En seguida emprendieron su camino hacia la casa señorial de Melibeo, llevando consigo a algunos de sus fieles amigos, para que dieran fe por ellos y fuesen sus representantes. Y cuando llegaron a la presencia de Melibeo, les dirigió él estas palabras:

—Cierto es que vosotros, sin causa, motivo ni razón, me habéis hecho grandes injurias y agravios, así como a mi esposa Prudencia y a mi hija; pues habéis entrado en mi casa violentamente y habéis cometido tal ultraje, que todos saben bien que tenéis merecida la muerte. Por tanto, deseo conocer y

saber de vosotros si dejáis la pena, el castigo y la venganza de esta afrenta a mi voluntad y a la de mi esposa Prudencia, o no.

Entonces el más discreto de los tres respondió por todos, y dijo:

—Señor, bien sabemos que somos indignos de venir a la morada de tan grande y noble señor como tú, pues hemos delinquido tan gravemente, y hemos ofendido y agraviado de tal manera a tu alto señorío, que, en verdad, hemos merecido la muerte. Pero, sin embargo, contando con la gran bondad y clemencia que todo el mundo atestigua de tu persona, nos sometemos a la excelencia y benignidad de tu gracioso señorío, y estamos prontos a obedecer todos tus mandatos, suplicándote que, en tu compasiva piedad, consideres nuestro profundo arrepentimiento y nuestra humilde sumisión, y nos perdones nuestro afrentoso crimen y ofensa; pues bien sabemos que tu generoso perdón y tu clemencia se extienden, con relación a la bondad, más allá que nuestros abominables delitos y crímenes con respecto a la perversidad, a pesar de que hayamos ofendido horrible y ominosamente a tu ilustre señorío.

Melibeo entonces los alzó del suelo muy dulcemente, y admitió mis seguridades y sus promesas, mediante sus juramentos hechos sobre fianzas y cauciones, y les señaló cierto día para que volvieran a su casa a recibir y aceptar el juicio y la sentencia que Melibeo les mandara cumplir por los motivos arriba expresados; y dispuestas tales cosas, regresaron todos a su casa.

Cuando la dama Prudencia vio llegada su hora, rogó y preguntó a su señor Melibeo qué venganza pensaba tomar de sus enemigos.

A lo cual Melibeo respondió diciendo:

—En realidad, pienso y me propongo despojarles por completo de todo cuanto tengan, y enviarles al destierro para siempre.

—Verdaderamente —dijo la dama Prudencia—, sería ésta una sentencia cruel y muy contra razón; porque tú eres bastante rico, y no tienes necesidad del caudal de otros, pudiendo fácilmente de esa manera ganar fama de codicioso, lo cual es un vicio que deben evitar todos, pues, según las palabras del Apóstol, «la codicia es la raíz de todos los males». Por consiguiente, mejor sería que perdieras gran cantidad de tus propios bienes, que adquirir sus riquezas de este modo; porque es preferible perder los bienes con dignidad, a ganarlos con villanía y deshonra, y todos deben poner su diligencia y su cuidado en procurarse buen nombre. Y no sólo se debe uno emplear en mantener su buena fama, sino que también hay que esforzarse de continuo en hacer algo, merced a lo cual pueda aquélla renovarse; porque está escrito que

«la buena fama o buena opinión antigua de un hombre pasa y se disipa pronto cuando no se restablece ni renueva».

Y tocante a lo que dices de querer desterrar a tus enemigos, paréceme eso muy contra razón y fuera de medida, considerando el poder que te han dado sobre ellos. Está escrito que «merece perder su privilegio el que abusa del poder y de la fuerza que le fueron conferidos». Y aun suponiendo que pudieses imponerles esa pena según la ley y el derecho, lo cual creo no puedes hacer, afirmo que no deberías acaso llevarlo a la práctica, pues entonces sería probable que volvieras como antes a la guerra. Por tanto, si quieres que se te preste obediencia, debes juzgar más benévolamente, es decir, debes pronunciar sentencias y juicios más moderados; porque escrito está que «a quien manda con más cortesía, más se le obedece». Por lo cual te ruego combines algún medio para triunfar de tu corazón en este extremo y necesidad; pues Séneca dice que «el que vence a su corazón, vence dos veces». Y Tulio dice: «Nada hay tan loable en un gran señor como cuando se muestra bondadoso y humilde y se pacifica prontamente». Así, pues, te ruego que te abstengas ahora de tomar venganza, de tal manera que tu buen nombre pueda ser mantenido y conservado, que haya causa y motivo para alabar tu misericordia y piedad, y que no tengas ocasión de arrepentirte de cosa alguna que hagas. Séneca dice: «Triunfa de mala manera el que se arrepiente de su victoria». Por consiguiente, te suplico que la clemencia entre en tu alma y en tu corazón, con el objeto y la mira de que Dios todopoderoso tenga piedad de mi en el juicio final; pues Santiago dice en su Epístola: «Se juzgará sin misericordia al que no la tuvo del prójimo».

Cuando Melibeo hubo escuchado los excelentes argumentos y razones de la dama Prudencia, así como sus discretos avisos y enseñanzas, su corazón comenzó a inclinarse hacia la voluntad de su esposa, vista su recta intención, y sometióse al punto, consintiendo en obrar por completo según su consejo, dando gracias a Dios, de quien procede toda virtud y toda bondad, por haberle dado esposa de tan gran discreción. Y llegado el día en que sus enemigos debían comparecer ante su presencia, hablóles muy cariñosamente, diciéndoles de este modo:

—Aunque en vuestro orgullo, presunción y locura, y por vuestra negligencia e ignorancia, habéis procedido mal y me habéis ofendido; sin embargo, por cuanto yo he visto y considerado vuestra rendida humildad, y que estáis apenados y arrepentidos de vuestros delitos, oblígame ello a concederos merced y perdón. Por unto, os admito a mi gracia y os perdono enteramente todas las «densas, injurias y agravios que habéis cometido contra

mí y los míos, a fin de que Dios, en su misericordia infinita, nos perdone en la hora de la muerte las faltas que hemos cometido contra Él en este miserable mundo. Porque, sin duda, si estamos contritos y arrepentidos de los pecados y ofensas que hemos hecho en la presencia de Dios, nuestro Señor, Él es tan liberal y misericordioso, que nos perdonará nuestras faltas y nos conducirá a su bienaventuranza, que nunca tendrá fin. Amén».

Prólogo al cuento del monje

Cuando mi cuento de Melibeo y de la noble Prudencia hubo concluido, el Hostelero exclamó:

—¡Por el cuerpo bendito de San Madrián, daría yo un barril de cerveza para que mi mujer oyera esta historia!, pues en verdad es tan impaciente que en nada se parece a la esposa de Melibeo. Y, así, en cuanto yo golpeo a alguno de mis mozos, va en seguida ella en busca de un mozo y, vociferando, dice: «Atízales bien a estos cerdos. ¡A ver si de una vez les rompes los huesos!». Y, si acaso algún vecino olvida saludarla o la ofende, entonces se pone hecha un basilisco, y me increpa. «¡Eres un miserable cobarde; me llenan de oprobio y ni siquiera tratas de vengarme! ¡Por mi vida, que me has de dar tu cuchillo, y en cambio tomarás mi rueca y podrás hilar como te corresponde!». Y de esta manera pasa noche y día y no para de quejarse: «Malhaya mi suerte —dice— pues que ha dispuesto que casara con un marica, con un simio cobarde que se deja avasallar por todos. La verdad es que te faltan agallas para defender los derechos de tu mujer». Y así, con sus continuos insultos, logra enfurecerme hasta que no me queda otro remedio que ausentarme de casa; por lo que veis, es mi vida tan infortunada que en verdad no vale la pena de vivirse, a menos que mi proceder se asemeje al de un león furioso, y sé que un día u otro acabaré matando, por su culpa, a algún vecino (y me convertiré en un fugitivo para el resto de mi vida), pues, aunque no me atreva a replicarle, soy hombre peligroso con un cuchillo en mano. En fin, no creáis, por lo que he dicho, que ella sea una endeble criatura, que buenos músculos tiene, como bien he comprobado. Pero dejemos esto, que ya me está cansando —y, dirigiéndose al Monje, le dijo—: Alegraos, que os ha tocado el turno de contar el cuento, y, como llegando estamos a Rochester,

cabalgad, mi señor, hacia adelante no sea que se nos agüe la fiesta. Pero ¡pardiez!, que aún no sé vuestro nombre, pues no sé si llamaros milord, hermano John, o hermano Thomas, ¿o acaso os llamáis hermano Alban? Decídmelo llanamente y también cuál es vuestro monasterio. En verdad que vuestra piel es harto delicada ¡vive Dios! Muy buenos pastos hay en el lugar del cual venís, pues de cierto que no parecéis penitente ni cualquier otro espectro. Mas de seguro que sois alguna especie de supervisor, sacristán quizás, o celador. Pero, por los huesos de mi padre, que alguien de autoridad debéis ser en vuestras cosas, pues no sois novicio, ni hermano lego, sino astuto administrador. Y ¡pardiez!, que también estáis bien fornido. Y Dios confunda al primero que os llevó a las Sagradas Ordenes, pues en verdad que hubierais sido buen gallo de corral de haber tenido libertad; hay en vos tanta vitalidad como para tener un sinfín de vástagos, lástima que llevéis capa pluvial; mas sabed que si fuera yo papa, obligaría a todos los apuestos mozos como vos, con tonsura o sin ella, a que tuvieran esposa.

Y así la religión, habiendo elegido lo mejor, ha dejado para el matrimonio a los enclenques y enanos, de modo que no será extraño que acabe el mundo por perecer. Pues sabido es que de árboles débiles nacen brotes raquíticos. Y ésta es la razón por la cual nuestros hijos nacen endebles y flacos y apenas hacen el amor, y por esta misma razón nuestras mujeres buscan a los clérigos para comprobar si ellos saben rendir mejor homenaje a Venus. Y, mientras, el Cielo parece hacer de ello caso omiso. Pero no os ofendáis a mis alianzas, señor, que en lo que he dicho hay mucho de verdad.

El digno Monje, que soportaba aquello con gran resignación, replicó:

—Bien está, haré lo que pueda para relataros un cuento o dos, siempre y cuando estén unidos a la decencia. Y si me prestáis atención, os contaré la vida de Eduardo el Confesor o, mejor, primero algunas tragedias de los cientos que tengo en el monasterio. Pues según dicen los antiguos libros, la tragedia representa la historia de aquellos que, habiendo vivido en la prosperidad, caen luego en el infortunio, para terminar en la miseria y en la muerte. Acostumbran estar escritas en versos de seis líneas, llamados hexámetros; sin embargo, muchos se han escrito en prosa o en otra clase de rima. Y creo que esta definición bastará. Ahora, oídme si queréis escuchar algunos ejemplos, pero os ruego me excuséis si un relato estas historias, ya sean de Papas, emperadores o reyes, en orden cronológico, como se hallan en los libros y así relataré uno y otro a la medida que se me ocurran.

Cuento del monje

EN VERDAD, que mucho lamento la suerte de aquellos que cayeron de la prosperidad al infortunio; pues la Fortuna es dama caprichosa y, en cuanto se hace a la idea de desaparecer, no hay humana forma de retenerla. Así no confiéis ciegamente en ella, sino que toméis consejo de estas advertencias que no por viejas son menos verdaderas.

LUCIFER

Empezaré pues con Lucifer, que no era hombre, sino ángel, y, aunque la Fortuna nada puede con los ángeles, éste, debido a su pecado, cayó desde lo Alto al profundo Infierno, donde aún permanece. De manera que Lucifer, el más brillante de los ángeles, es ahora Satán y nunca escapará de los horrores en que ha caído.

ADAN

Aquí tenéis a Adán, el cual no fue hecho de esperma humano, sino por la misma mano de Dios, y Este hízole dueño de todo el Paraíso menos de un árbol. Y tan grande era la dicha de Adán que nunca hombre en la tierra llegó a igualarla. Sin embargo, debido a su mal proceder, viose apartado de la prosperidad y condenado al trabajo, a la pobreza y al infierno.



SANSON

Mirad a Sansón, cuya venida al mundo anunció un ángel, mucho antes de su nacimiento, y fue a Dios consagrado, viviendo en los más altos honores, hasta que, al cabo, perdió la vista. No hubo otro de tanta fuerza ni del valor que la acompaña; pero, haciendo partícipe a su esposa de aquel secreto, labró su propia desdicha.

¡Sansón! Esforzado Campeador, que dio muerte con sus manos a un león cuando se dirigía a su propio casamiento. Y fueron los ruegos de su malvada mujer tan convincentes, que al cabo él tuvo que ceder y contarle su secreto y ella, entonces, informando a sus enemigos de ello, lo abandonó.

Y enfurecióse Sansón de tal modo, que, cogiendo cien zorros, los ató uno a otro por la cola y púsoles luego en ella un tizón, y así soltándolos, se esparcieron por los campos quemando toda la cosecha de la tierra incluyendo la vid y el olivo. Y no contento con esto, mató a cien hombres sin otra arma que una quijada de asno. Y cuando hubo concluido aquella matanza, sintióse tan sediento que creyó iba a perecer, y así suplicó a Dios se apiadara de su infortunio, y le mandase algo con que saciar su sed, pues, de lo contrario moriría.

Y ocurrió entonces, que de uno de los molares de la quijada apareció agua en tal abundancia como para llenar un pozo, y bebió él hasta saciarse. Y de esta manera Dios le socorrió y así consta en el Libro de los Jueces.

Pero era tal el despecho que sentía por los filisteos, que una noche derribó la ciudad de Gaza y llevó sobre sus espaldas a cada uno de sus habitantes depositándolos en la cima de un monte, para que de ese modo pudieran ser vistos y escarnecidos por las gentes.

Sin embargo, de haber callado Sansón aquel secreto a su mujer, no hubiera habido en el mundo su igual. Y así, por mandato de un ángel, dejó de beber vino y toda bebida fuerte, y no permitió que navaja alguna rozara su cabeza, pues que en ella residía su fuerza. Pero, aquel que durante veinte largos años había gobernado Israel, debía en verdad verter muchas y abundantes lágrimas; y serían las mujeres quienes le conducirían hacia su infortunio y muerte.

Y así, estando un día Sansón junto a Dalila, le confesó a ésta que todo su poder radicaba en la largura de su cabello, y Dalila, aprovechando una ocasión en que Sansón dormía, se lo cortó traidoramente y luego reveló el secreto al enemigo.

Y hallándose en aquel estado, le ataron fuertemente y vaciaron sus ojos. Mas digo que de haber poseído Sansón su cabello, nada ni nadie hubiera

logrado sujetarlo; mas ahora, cautivo en una cueva, hacíanle moler el grano del molino.

¡Ah, Sansón! ¡Fuerte como ninguno de los hombres, Juez de Israel que de tanta riqueza y esplendor gozaste! Llora ahora con tus ojos ciegos; tú que fuiste lanzado de la dicha a la miseria más abyecta. Mas próximo estaba ya tu fin.

Y así pues, llegó el día en que sus enemigos debían celebrar en el Templo una gran fiesta, y, creyendo que podría ser Sansón para ellos motivo de diversión, fuéronle a buscar, y nadie sospechó que el fin de aquella fiesta sería el terror y la desolación. Y habían fuertemente atado a Sansón entre dos columnas de manera que al hacer éste fuerza cedieron y con ellas se derrumbó todo el Templo.

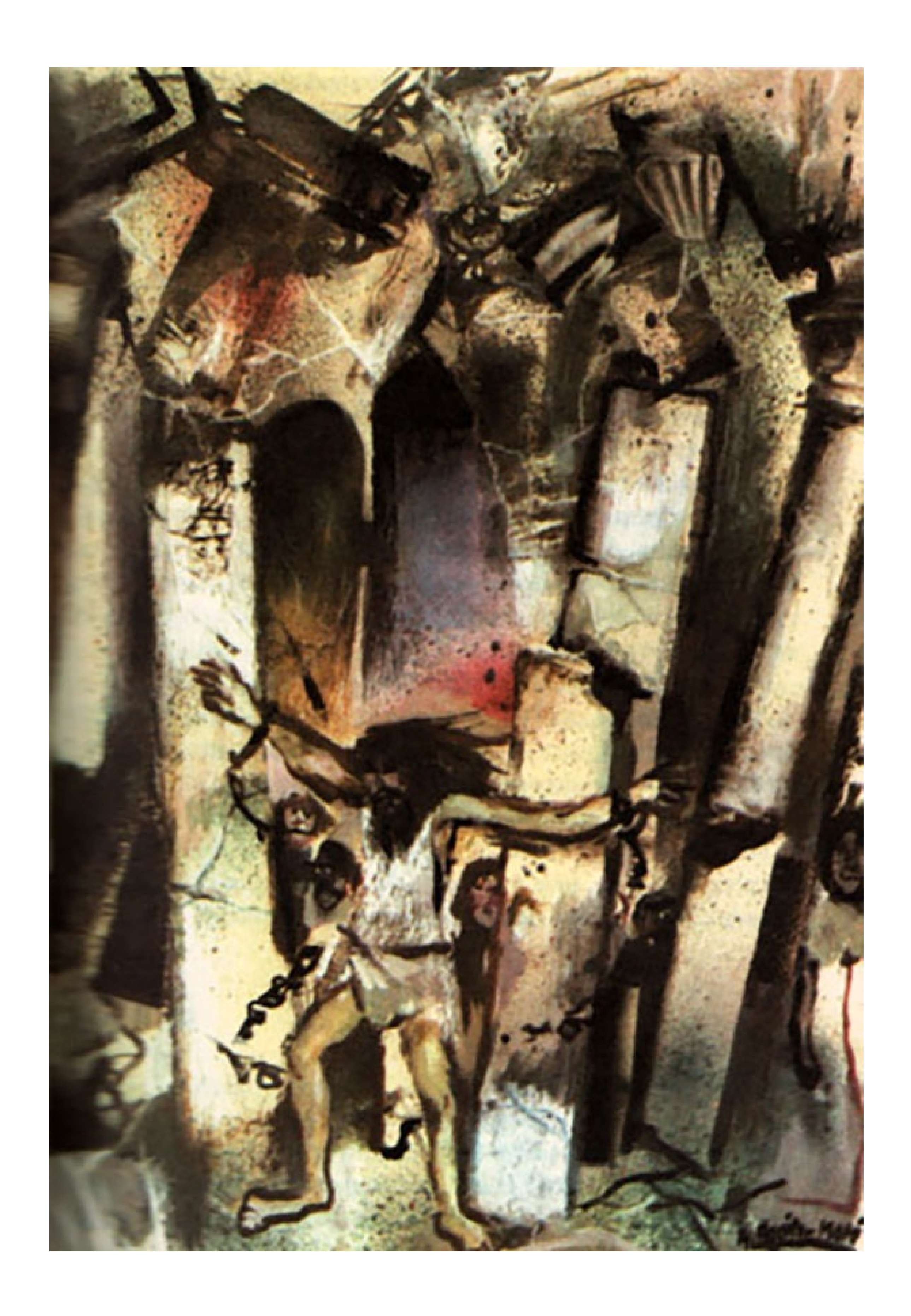
Y allí murió Sansón junto a sus enemigos, además de tres mil personas cuyos cadáveres se encontraron bajo las caídas piedras del Gran Templo.

Y nada más diré de Sansón, pero tomad aviso de esta vieja y simple historia y no dejéis que hombre alguno diga a su mujer lo que en verdad desea mantener oculto, y, en particular, si de ello depende la propia vida.

HERCULES

Las hazañas de Hércules revelan de por sí la gran celebridad de este conquistador. Fue en su tiempo ejemplo de vigor y fortaleza. Mató y desolló al león de Nemea, humilló la dignidad de los Centauros, quitó la vida a las feroces y crueles Harpías, apoderóse de las doradas manzanas del Dragón, ahuyentó al can Cerbero[65] del Infierno, mató al tirano y cruel Busiris, haciendo que su cuerpo fuera devorado por su propio caballo hasta no dejar rastro, mató a la ponzoñosa Hydra y rompió los cuernos de Aqueloo[66]; además, quitó la vida a Caco[67] en su cueva y también la del poderoso gigante Anteo[68], matando al temible jabalí Erymanthian; y por algún tiempo fue portador del cielo sobre sus espaldas.

Y nunca, desde los principios del tiempo, hubo hombre que matara tantos monstruos, y, debido a su enorme fuerza y magnanimidad, extendióse su fama por el mundo visitando todos los reinos, y, según Trophee, colocó un pilar en cada uno de sus extremos para de este modo determinar sus límites.



Pero ocurrió, que este digno héroe tenía por amante a Deyanira, la cual era en verdad más lozana que el mes de mayo y, según los estudiantes aseguran, ofrecióle ella como presente una nueva túnica, tan hermosa como funesta; pues habían puesto en ella tan fuerte veneno, que antes de media hora de llevarla empezó su carne a desprenderse de los huesos. Sin embargo, algunos entendidos, no reconocen culpable a Deyanira, sino a un tal Neso que fue el que la confeccionó. Sea como fuere, yo no he de acusarla. Mas Hércules, a pesar de los desgarros de su carne, no menospreció aquella camisa, llevándola prendida de los hombros, hasta que su cuerpo quedó ennegrecido por la ponzoña. Y cuando ya no tuvo solución arrojó sobre su cuerpo ardientes brasas, despreciando de este modo el morir envenenado.

Y de esta suerte pereció el poderoso y celebrado Hércules.

Ahora, decidme, ¿quién, por un solo momento, puede confiar en la fortuna? Así, aquellos que siguen los caminos de este agitado mundo son a menudo arrebatados a un lugar inferior antes que ellos mismos puedan darse cuenta de su situación.

Hombre sabio es, pues, aquel que bien se conoce. Estad atentos y vigilad; pues, para seducirnos, la fortuna aguarda el momento propicio y nos destruye cuando menos lo esperamos.

NABUCODONOSOR

¿Qué boca es capaz de describir el poderoso trono, el preciado tesoro, el glorioso cetro y la real majestad del Rey Nabucodonosor? Por dos veces conquistó la ciudad de Jerusalén, despojando al Templo de sus vasos; y, para su mayor gloria y honra, tenía en Babilonia su real asiento.

E hizo castrar este rey a los más apuestos mozos de la real casa de Israel y convirtiólos en esclavos; mas entre ellos hubo uno llamado Daniel, que sobrepasaba en ingenio a los demás, pues un día logró interpretar los sueños del Rey, cuando todos los sabios de Caldea habían fracasado.

Había este rey ordenado construir una estatua de oro, la cual debía medir sesenta codos de altura por siete de ancho, y, luego que estuvo hecha, hizo que ancianos y jóvenes se arrodillaran ante ella y la reverenciaran y aquellos que rehuían hacerlo eran quemados vivos en un horrible horno. Pero ni Daniel ni dos de sus jóvenes acompañantes consintieron en ejecutar aquel horrible acto.

Y este Rey, que lo era de reyes, imaginó en su soberbia y orgullo que Dios, sentado en su majestad, nunca le despojaría de su posesión y riquezas, y sin embargo, apenas sin advertirlo perdió el cetro que tanto amaba, pues Dios le convirtió en bestia, y juntóse a ellas y comió la misma paja del buey y fue

el campo abierto su única morada. Y así su pelo creció a la manera de plumas de águila, convirtiéndose en garras sus uñas y, de esta suerte, vivió a lo largo de varios años, hasta que Dios le perdonó devolviéndole la razón. Y el Rey vertió entonces abundantes lágrimas y agradeció al Señor la gracia recibida, viviendo por el resto de su existencia en el temor de ofenderle o quebrantar alguna de sus divinas leyes; y así, el mismo día en que su cuerpo yació en el féretro, conoció la grandeza y el poder de Dios.

BALTASAR

Su hijo Baltasar gobernó el reino después de su padre. Sin embargo, hizo caso omiso del destino y fue orgulloso de corazón, viviendo con gran boato y magnificencia. Y era, además, reconocido idólatra. Debido a su elevada condición y a su prosperidad, creció su orgullo de tal modo, que la Fortuna que nada perdona le castigó dividiendo su reino.

E hizo celebrar este Rey una gran fiesta e invitó a ella a toda la nobleza del país; mas queriendo solazarse a su gusto y placer, mandó llamar a sus oficiales y les dijo:

—Id y partid en busca de los vasos que un día arrebató mi padre del Templo de Jerusalén, y alabemos a los dioses pues que nuestro predecesor nos ha dejado tal honor.

Y entonces bebieron su esposa, sus nobles y sus concubinas varios vinos en aquellos vasos, y bebieron hasta la saciedad.

Mas en aquel momento el Rey, que tenía la vista fija en un muro, vio sobre él una mano sin brazo que escribía extrañas y enigmáticas palabras.

Y crujieron sus huesos de terror y exhaló su boca hondos suspiros y, mientras, aquella mano, que tal miedo le ocasionara, había dejado sobre el muro escrito, «Mene, Tekel, Pares», y ni una palabra más. Y no hubo mago en el país que fuera capaz de descifrar tal escrito; mas avisado Daniel, hizo de él buena interpretación y dijo:

—¡Oh, Rey!, Dios, a vuestro padre, había dado gloria, poder, honores, realezas y, además un gran tesoro; mas por su orgullo y por su falta de temor a Dios, le fue quitado otra vez, y ésta fue la venganza del Señor, pues, a más de quitarle cuanto poseía, lo arrojó de los hombres e hizo que viviera en compañía de los asnos y paciera como tal, mientras su espalda era abrasada por el sol o traspasada por el agua de la lluvia. Y éste fue su castigo, hasta que, por la gracia de Dios, entró en razón y comprendió que Dios desde el cielo extiende sus dominios a todas las criaturas y reinos.

Y entonces el Señor compadecióse y devolvióle su humana forma.

Y vos, que sois su hijo, sabéis cuán cierto es esto y, sin embargo, sois tan orgulloso como él y, así rebelándoos contra Dios, os convertís en su enemigo. Mas aún osáis hacerle mayor afrenta, bebiendo estos vinos de los sagrados vasos y no sólo vos, sino también vuestra esposa y concubinas. Así que grandes son los padecimientos que os aguardan, pues en verdad, que la mano que visteis escribir sobre el muro las palabras «Mene, Tekel, Pares», era enviada por Dios y esto es muestra de que habéis llenado hasta el borde vuestro vaso, apurando la misericordia Divina y ahora vuestro reino, dividido, pasará en poder de los Medas y los Persas.

Y aquella misma noche alguien asesinó al rey y su trono fue ocupado por Darío, aunque legalmente no tenía ningún derecho a él.

Y he aquí, señores, que podéis sacar de esta historia buena filosofía.

Y, así, el que se halle en el poder y en la riqueza no deberá confiarse demasiado, pues siempre puede la Fortuna cansarse de favorecerle y arrebatarle cuanto posee, incluyendo a sus más íntimos amigos; pues suele suceder que los amigos que gana un hombre en la prosperidad, se convierten en enemigos cuando la suerte es adversa. Y éste es proverbio real y generalmente aplicable.

CENOBIA

De la fama de Cenobia, reina de Palmira[69], escribieron los persas que era tan audaz y hábil en el manejo de las armas que ningún hombre la aventajaba en temeridad, prosapia y otros nobles atributos.

Descendía de la sangre real de Persia; y no diré que fuera la más bella de las mujeres, pero era su figura perfecta. Desde la infancia había rehuido el trabajo femenino, gustando en cambio de dar largos paseos por el bosque, donde a menudo cazaba con su arco ciervos y otros animales, siendo tan veloz que siempre lograba apresarlos en su huida. Cuando creció, llegó a matar leones, leopardos y osos, haciendo sin armas lo que quería de ellos, y solía a menudo buscar las guaridas de las bestias y no la arredraban el cansancio, ni el vagar por el monte, ni las noches en el campo bajo las estrellas. Podía luchar con el más aguerrido mozo y someterlo, no habiendo nadie que escapara a la enorme fuerza de sus brazos. Conservó la doncellez por mucho tiempo, desdeñando unirse a hombre alguno, pero al cabo, después de largas demoras, sus amigos la convencieron para que casara con Odenato, Príncipe de Palmira, el cual compartía sus gustos y aficiones. Y así ocurrió que, una vez juntos, vivieron ambos dichosos y en armonía, pues que en verdad que se amaban muy encarecidamente; sin embargo, púsole la condición de que jamás debería acostarse con ella sino una sola vez, pues era su deseo dar a luz un

hijo que fuera para el mundo gloria y motivo de engrandecimiento; mas, si luego, después de efectuado el acto, no quedaba encinta, dejaba entonces que una vez más hiciera él su voluntad, pero sólo una; y si al cabo quedaba embarazada, se negaba a recibirlo hasta transcurridas cuarenta largas semanas, después de lo cual era de nuevo admitido. Y así Odenato, se enfureciese o suplicara, no conseguía de ella nada más; pues decía ser oprobio y lascivia, por parte de la esposa, consentir al amor del esposo con otras miras que no fueran las de la procreación.



Y tuvo de Odenato dos hijos, los cuales crecieron en la virtud y sabiduría. Mas, volviendo a Cenobia, diré que con el tiempo su saber se acrecentó, de modo que en el mundo no había humana criatura que la aventajara y era, por demás, digna, generosa y cortés y en la guerra incansable. Y usaba de tan majestuosos atavíos que materialmente no pueden describirse, pues eran sus trajes cubiertos por entero de oro, llevando además asombrosa cantidad de piedras preciosas. Sentía gran afición por los libros, de los cuales sacaba buenos conocimientos para llevar una virtuosa vida y a pesar de su gusto e inclinación por el bosque y la caza, había hallado tiempo de obtener un sólido conocimiento de varias lenguas.

Mas para acortar esta historia, diré que, tanto Cenobia como su esposo, fueron intrépidos e invencibles guerreros que conquistaron y sostuvieron con dura mano a muchos de los grandes reinos del Este, así como a otras ciudades pertenecientes al majestuoso Imperio de Roma. Y, siempre en vida de Odenato, hicieron frente al enemigo sin huir jamás. Sin embargo, aquellos que quisieren leer las batallas que sostuvieron contra el rey Sapor y otros, así

como todos los acontecimientos que se desprendieron de ellas, sus conquistas y las causas que las motivaron, como también el dolor e infortunio de Cenobia y su derrota, deberán dirigirse a mi maestro Petrarca, el cual, en sus escritos, da extensa información.

Y, como decía, a la muerte de Odenato adquirió Cenobia el gobierno del reino, sosteniendo con el enemigo encarnizadas y feroces luchas, de manera que no había príncipe o emperador en la tierra que no se considerase afortunado si podía librarse de guerrear contra ella, y así fueron muchos los gobernantes que pactaron con Cenobia alianza, para de ese modo conseguir la paz.

Y, a pesar de sus múltiples ocupaciones, no abandonó Cenobia su afición a la caza, pues deseo suyo era vagar por los montes persiguiendo toda suerte de animales; mas en la guerra, trataba a sus hombres con mano dura, de manera que de sus filas nadie osó nunca desertar, y ni Claudio[70], el Emperador de Roma, ni su antecesor Galiano, ni armenio, egipcio, sirio, o árabe, hubieran tenido el coraje de abandonarla, pues ella con sus propias manos les hubiera dado muerte.

Y tuvo de Odenato dos hijos, que, al uso persa, se llamaban Hermano, y Thymalao, los cuales, como correspondía a su dignidad de herederos del trono, iban siempre ricamente ataviados.

Mas la Fortuna, que siempre mezcla la amargura con miel, no dejó que la prosperidad de la reina perdurara y así la arrojó de su tan alta posición, para sumirla en la desgracia e infortunio. Y así, al caer el gobierno de Roma en manos de Aureliano, quiso éste vengarse de Cenobia y mandó sus legiones contra ella, de tal modo, que a pesar de huir ésta, fue al final apresada y conducida a Roma, lo mismo que sus dos hijos; y, entre los objetos capturados por Aureliano, figuraba la real carroza de Cenobia (de oro y piedras preciosas) y delante de ella y ciñendo corona iba la vencida reina. Eran sus vestiduras ricas, luciendo en su atavío preciosas piedras y abundante oro.

¡Ah, qué malas tretas gasta a veces la Fortuna! La que un día fuera causa de desdichas de emperadores y reyes, no es ahora más que un punto sobre el cual convergen las miradas de la inmensa e inquieta plebe. Y así, la que tan austeramente había llevado el yelmo, la que supo reprimir el furor ante las conquistadas ciudades, es ahora portadora de indigno gorro de mujer; ella, que supo mantener en toda ocasión su elevado espíritu, debe ahora inclinarse ante la rueca y ganar para sobrevivir.

PEDRO, REY DE ESPAÑA

¡Oh noble y digno Pedro, que fuiste gloria de España, a quien la Fortuna favoreció tan esplendorosamente! En verdad, que lamentamos tu lastimosa muerte. Y, así, tu propio hermano, conduciéndote fuera de tu país natal, tendiéndote un cerco, te dio ignominiosa muerte e hízolo solamente con la intención de sucederte en el trono.

Mas, decidme ahora, ¿quién pudo albergar en su mente tan ruin y pecadora villanía? En verdad, que debía ser águila negra sobre blanca nieve o, quizá, hoja de limero entre ardientes brasas. Y así digo que quien ayudara a perpetrar tan horrible crimen no sería más que un nido de corrupción; y éste ciertamente no fue el digno y leal Oliveros de Cario Magno, sino aquel llamado Oliveros Ganilón, quien, corrompido por el soborno, hizo caer a tan noble rey en el engaño.

PEDRO, REY DE CHIPRE[71]

También tú, ¡oh noble rey de Chipre!, cuyo valor conquistó la ciudad de Alejandría, ¡a cuántos paganos no sumiste en el dolor y la miseria! Y así tus vasallos, sintiendo un día envidia de tus caballerescas hazañas, te dieron alevosa muerte en tu lecho. Pues así la Fortuna, haciendo girar su rueda, puede llevar al hombre de la dicha a la infelicidad.

BERNARDO DE LOMBARDIA

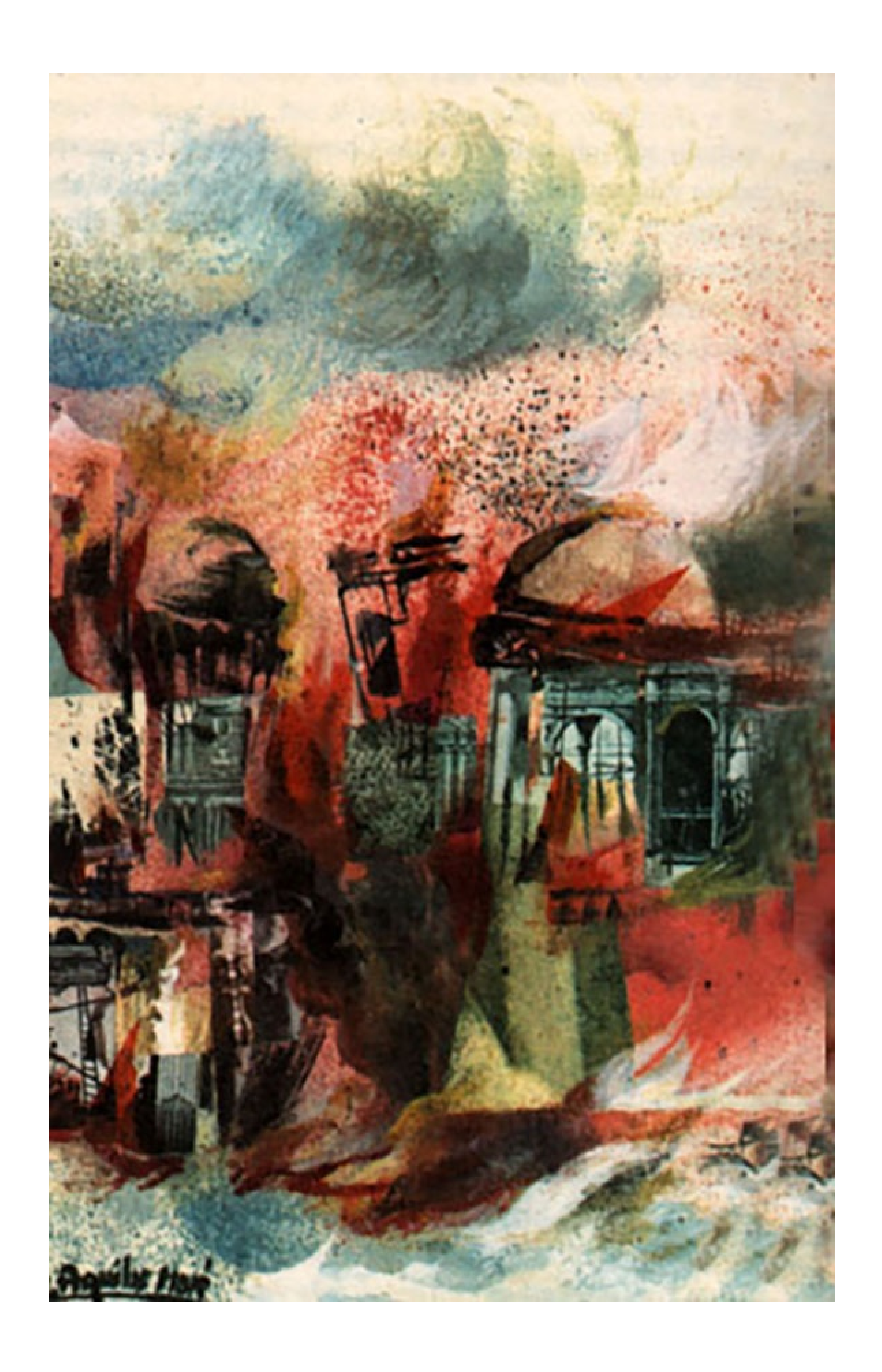
¿Por qué no contar, ¡oh, Bernardo!, tu infortunio? Fuiste Vizconde de Milán, azote de Lombardía, y llegaste tan alto, que en verdad poseías todo el placer de los dioses; sin embargo, el hijo de tu hermano, aun siendo tu allegado, te dio muerte desde su misma prisión e ignoro cómo pudo hacerlo, pero el hecho es que lo hizo.

NERON

Había en Nerón tales vicios que sólo el mismo diablo era capaz de poseerlos, mas nos asegura Suetonio, que, a pesar de ellos, era tan grande su poder que se extendía por el mundo en sus cuatro partes. Amante de joyas, sus ropas estaban recamadas de rubíes, zafiros y perlas blancas; y no había en el mundo emperador que fuera tan suntuoso en el vestir; ni más vano, ni tampoco más irritable y enojoso. Nunca llevaba un traje más de una vez y guardaba gran cantidad de redes de oro, por si acaso sentía el deseo de pescar en el Tíber. Y era siempre su palabra ley y la misma Fortuna, como buena amiga, no dejaba de obedecerle.

Mas, para buscar nuevos alicientes a su diversión, quemó la ciudad de Roma y como sus senadores lamentaran y deploraran aquel acto, dioles Nerón muerte, asesinando también a su propio hermano.

Y así, siguiendo su monstruosa inclinación, a su hermana la honra arrebató e hizo de su madre cruel espectáculo, abriendo las entrañas que lo habían concebido, y no sintió por ella compasión alguna, mas al verla ante él, sin verter ni una lágrima, sólo supo decir: «En verdad que era una mujer hermosa». Y yo digo, ¿cómo pudo Nerón juzgarla después de muerta? Mas esta pregunta es un misterio, sólo descifrable por la crueldad. Y entonces mandó traer vino y bebió hasta saciarse y ésta fue su única demostración de dolor. Pues cuando al poder va unida la crueldad, suele el veneno calar muy hondo.



Tuvo este Emperador en su juventud un tutor que (si los libros no se equivocan), era modelo de virtud y sabiduría, de tal modo, que en su tiempo no tenía rival; y así, pues, este ilustre y digno caballero enseñó a Nerón su ciencia y sus buenas maneras y él fue discípulo aprovechado, tratable e inteligente y nunca mientras estuvo bajo su vigilancia mostróse déspota, ni dio señal alguna su corazón de poseer ningún vicio. Sin embargo, una vez Nerón emperador, mostró un acusado temor por su maestro, pues a menudo éste le increpaba por su falta de virtud, de tal modo que, molesto Nerón por aquella reprensión, le condenó a muerte, siendo desangrado en el baño después de abrirse las venas de sus brazos; pues había enseñado Séneca a Nerón a mantenerse de pie en presencia de su maestro y fue esto, más tarde, grave ofensa para el Emperador, lo cual decidió su muerte; sin embargo, dejó la elección de ella a Séneca que escogió el baño en lugar de otros más terribles tormentos. Y así fue cómo Nerón dio muerte a su bien amado maestro.

Mas día llegó en que la Fortuna no alentaría más la soberbia de Nerón, y así, a pesar de ser él tan poderoso, la Fortuna lo era mucho más, y viendo a su ingrato favorecido exclamó: «¡Por los dioses del Olimpo que no me hallo en mi sano juicio!, pues cómo he podido hacer emperador a hombre tan plegado al vicio. En verdad que he de arrojarlo de su puesto y así lo haré cuando más desprevenido se halle».

Y el pueblo, cansado de los horrendos crímenes y de la tiranía de Nerón, sublevóse al cabo contra su Emperador y tuvo éste que huir, deslizándose por la puerta de su palacio y, hallándose solo, fuese en busca de ayuda, llamando a las puertas de sus amigos, mas éstos habían cerrado adrede las puertas de sus casas para no oírle. De modo que Nerón advirtió al cabo que no querían escucharle y desapareció y fuese entre la multitud y allí oyó la gente lamentarse y deplorar su suerte, y en éstas llegaron a sus oídos unas voces que gritaban: «¿Dónde está este maldito tirano? ¡Matadle!». E, invadido su ánimo de terror, Nerón imploró a sus dioses socorro, mas éstos tampoco le oyeron. Y corrió enloquecido de pavor hasta encontrar refugio en un jardín, donde casualmente se hallaban dos campesinos calentándose al fuego e hízoles entonces jurar Nerón por su vida que nadie deshonraría su cuerpo después de muerto; y así, después de esto, sin otra cosa que hacer, diose él mismo muerte.

Y la diosa Fortuna, que había estado observando todo su juego, quedó complacida y riendo.

HUGELINO DE PISA

No hay boca capaz de describir los largos tormentos y la muerte por hambre del conde Hugelino de Pisa.

Existe no lejos de la ciudad de Pisa una Torre, en la cual sufrieron cautiverio el Conde y tres hijos suyos, todos de corta edad, pues el mayor de ellos contaba escasamente cinco años. ¡Oh Fortuna, en verdad que tu crueldad fue grande al colocar a tan tiernos pajarillos en tan espantosa jaula! Y aquí, en esta terrible prisión, se condenó a muerte al Conde. Rogerio, obispo de Pisa, había levantado contra él un falso testimonio, por lo cual las gentes, después de amotinarse, lo encarcelaron. Y fue en verdad triste su tiempo de cautiverio, pues muy escasa comida se le daba y ésta aun mal condimentada; y un día en que acababa de servirle el carcelero su parvo alimento, cerró éste las rejas de la torre de manera que no pudiera ser abierta, y así, aunque lo advirtió, el conde nada dijo, pero presintió que se le preparaba la muerte y ésta sería por inanición. Y entonces, sintiendo la angustia en el corazón, exclamó: «¿Por qué ¡oh dioses!, habré venido a este mundo?». Y de sus ojos manaban abundantes y amargas lágrimas. De modo que su hijo menor, que no contaba más de tres años, al ver su llanto le dijo: «Padre, ¿por qué te lamentas de este modo? ¿Es que el carcelero ha olvidado nuestro caldo? Dime, ¿acaso no escondes en algún lugar un buen trozo de pan? El hambre no me deja dormir, y pienso que de estar muerto dejaría ésta de atormentarme, pues nada en el mundo hay que desee tanto como un pedazo de pan».

Y así, de esta suerte, día a día repetía el niño lo mismo, hasta que, al cabo, no pudiendo resistir más, expiró en brazos de su padre. Y cuando el desconsolado padre advirtió la muerte de su hijo, sintió tan terrible angustia que mordiéndose los brazos de dolor exclamó: «¡Oh, Fortuna, a ti debo atribuir la culpa de tanto dolor, a ti, y a tu maldita Rueda!». Y, mientras esto pensaba, mordíase los brazos, mas no por el dolor, sino por hambre. Y aquellos que eran sus hijos decíanle: «¡Oh padre! Deja de hacer esto y come de nuestra carne, que tuya es, pues que, al cabo, nos la diste». Y esto mismo dijeron y con las mismas palabras, mas, apenas hubieron transcurrido un día o dos, los tres murieron en brazos de su padre. Y entonces él, sumido en la más cruel desesperación también acabó por perecer. Y éste fue el fin del poderoso y digno Conde de Pisa, a quien la Fortuna hizo caer de su elevada posición. Mas harto me siento de tan trágicas historias, por lo que, quien desee ampliar su conocimiento, puede leer el gran poema de Italia, pues en él hallará descritas todas desde el principio hasta el fin, sin omitir palabra; y es Dante el nombre del autor.

HOLOFERNES

No hubo en su tiempo capitán de rey que conquistara tantos reinos, ni fuera tan valeroso y arrogante como lo fue Holofernes. Mimado por la Fortuna, llevóle ésta en brazos, hasta el momento en que, sin darse él cuenta, viose perdida la cabeza.

Mas no se había reprimido en vida de hacer lo que le plugo; pues hizo que las gentes le temieran, arrebatándoles su libertad y riquezas, y aún hizo que éstas renunciaran a sus creencias religiosas, obligándoles a reconocer como a su Dios a Nabucodonosor, no consintiendo que adoraran a otro más que a él. Y nadie osó discutir aquel edicto, salvo en la ciudad de Bethulia donde residía el sacerdote Eliakin.

Mas advertid ahora cómo fue el fin de Holofernes.

Yaciendo ebrio una noche en su tienda (la cual no era más grande que un granero) y rodeado de todo su ejército, allí en medio de su poder, una simple mujer, Judit, cortóle la cabeza, y ocultándose luego, logró llevarla hasta su mismo país.

ANTIOCO

¿Qué falta hace repetir los crueles crímenes, la gran arrogancia y soberbia del rey Antíoco?

En verdad que nunca hubo otro como él. Leed, si no, los Macabeos y sabréis de su gloria y poder y también de su miseria y de su triste fin en la ladera de una colina.

Pues así la Fortuna exaltó de tal modo su vanidad, que se creyó seguro de poder alcanzar las estrellas, llegando su desvarío incluso a querer pesar una montaña y a detener las mareas de los mares.

Sentía particular aversión por los que creían en Dios, y suponiendo que Él nunca llegaría a juzgar sus actos, dábales muerte entre crueles tormentos. Y por haber los judíos derrotado a Nicanor y Timoteo, sintió contra ellos tal rencor, que hízose traer la carroza con el fin de partir hacia Jerusalén y descargar allí su venganza; pero sus planes se frustraron, pues Dios, encolerizado por aquella amenaza, le hirió de muerte con invisible e incurable dolencia, y así pues, sus entrañas eran roídas hasta no poder soportar el dolor y fue esto justo castigo a su crueldad, pues él sin piedad había torturado a muchos. Mas a pesar de su enfermedad, no cesó en el empeño de su venganza y ordenó a su ejército se dispusiera a partir, y en aquel momento, sin advertirlo, Dios doblegó su soberbia y orgullo e hízole caer de la carroza, hiriendo sus miembros y carnes de tal suerte que viose impedido de andar o cabalgar y tuvo que ser trasladado en silla de manos, a causa de sus violentos dolores de espalda. Mas no terminó aquí la venganza del Señor, pues viose su

cuerpo cubierto de perniciosos gusanos y era tal el hedor que despedía que nadie pudo soportarlo, y así pues fue abandonado en medio de aquel terrible tormento. Y grandes fueron sus lamentaciones y sollozos hasta que al cabo reconoció a Dios como Señor de la Creación. Y era el hedor de su carroña tan nauseabundo, que ni él podía soportarlo, y así su propio ejército, incapaz de acercársele, viose obligado a abandonarle a los pies de una colina donde miserablemente murió.

Y de esta manera aquel malvado y cruel asesino, sembrador de lágrimas y desesperación, recibió justo castigo a su soberbia.

ALEJANDRO

En verdad que es la historia de Alejandro tan conocida, que no hay persona de criterio que no haya oído hablar de sus aventuras.

Conquistó el vasto mundo a viva fuerza, dominando hombres y bestias, y sólo otorgó su perdón a los que, implorando la paz, se acogieron a su formidable reputación. Y la tierra temblaba a su paso, pues tan gran conquistador era que nunca tuvo rival, y era la flor de la caballería y ejemplo de magnanimidad, por todo lo cual, hízole la Fortuna heredero de todos sus honores. Y era tal su coraje que nada lograba calmarle a no ser las mujeres y el vino.

Y era tan grande su reputación que conquistó a Darío y a cien mil reyes más, incluyendo príncipes, duques y demás nobles, dejando a todos en la más ruinosa miseria.

¿Y qué más diría yo de él, sino que cuanto el mundo abarca en longitud y anchura le pertenecía? Mas, aunque eternamente hablara de sus hazañas y caballerosas proezas, esto no bastaría.

Era este conquistador, según asegura Macabeo, hijo de Filipo de Macedonia, primer rey de Grecia y estuvo en el poder por espacio de doce largos años. ¡Oh noble y digno Alejandro! ¿Cómo pudiste caer envenenado en manos de tu propia gente? Pues así, ella, la Fortuna, jugando al azar, te volvió la suerte, y quitándote los seises te dio ases, y al hacerlo no tuvo ningún remordimiento.

¿Mas quién me dará lágrimas para llorar la muerte del noble y generoso que rigió el mundo como a un reino y ni aun con ello logró colmar su ambición? Y así digo, ¿quién me ayudará a maldecir la Fortuna que tan traidoramente causó este irreparable dolor?

JULIO CESAR

Debido a su sabiduría, valor y laboriosidad, ascendió Julio César de su humilde posición, a ser majestad real. Conquistó todo el Occidente

adueñándose de tierra y mar e hízolo con diplomacia a veces, y otras a la fuerza, y logró que fueran tributarias de Roma, de la cual sería más tarde Emperador. Mas un día, la Fortuna también le volvió la espalda. Y así ocurrió que en Tesalia tuvo que luchar el gran César contra Pompeyo (el cual poseía la caballería del Oriente, la mayor del mundo, pues se decía de ella que llegaba hasta el naciente sol) y en verdad que luchó con inusitado valor, matando a mansalva y haciendo incontables prisioneros, mas aún algunos lograron huir uniéndose a las filas de Pompeyo; sin embargo, logró sembrar el pavor por todo Oriente y fueron las batallas tan crueles y sangrientas, que pudo agradecer a la Fortuna por haberle servido tan bien librándolo de la muerte.

Mas dejadme ahora que dedique mi atención al digno Pompeyo y lamente su desafortunado destino; pues así ocurrió que este noble procurador romano, huyendo de aquella batalla, halló la muerte en manos de un traidor, el cual, para obtener los favores del César cortóle la cabeza, llevándosela luego a éste como prueba de su cruel hazaña. Y éste fue el fin que la Fortuna había preparado para este que fue gran Conquistador del Oriente.

Y coronado de laureles, hizo Julio César su entrada triunfal en Roma, mas ocurrió que Bruto Cassio, que siempre había envidiado su poder, fue secretamente urdiendo una artera conspiración contra él y (como relataré luego) escogió el lugar donde debía ser apuñalado. Así un día, cuando dirigíase Julio César al Capitolio, fue sorprendido por Bruto y otros de sus amigos, y acometiéndole con los puñales, diéronle muerte, dejando su cuerpo cubierto de numerosas heridas. Y, a pesar de haber sido el Emperador tan cruelmente herido, sólo una vez salió queja de sus labios, o quizá dos, y esto que digo es verdad, a menos que la historia mienta.

Y tenía Julio tan noble corazón y tal amor a la honradez y al decoro, que a pesar del dolor de sus mortales heridas tuvo la delicadeza de cubrir sus caderas con el manto para de esta manera preservar sus secretas partes de la curiosidad de la gente, y, así, semiinconsciente, dando por segura la muerte, aún guardaba en su mente el sentido de honestidad y propia estimación.

Mas si queréis obtener un más completo relato de la historia, dirigiros a Lucano, a Suetonio y también a Valerio[72], los cuales la han escrito desde el principio hasta el fin, diciendo cómo la Fortuna fue primero amiga y enemiga más tarde, de estos dos grandes conquistadores. Y así el hombre no debe confiar en los favores de la Fortuna sino estar siempre sobre aviso. Ved, si no, el ejemplo de estos dos conquistadores.

CRESO

El rico Creso, un día poderoso rey de Lidia, a quien temía hasta el propio Ciro, fue arrebatado de su gloria y lanzado al fuego para ser quemado; mas del cielo bajó gran diluvio, de manera que, extinguiéndose las llamas de aquel fuego, logró escapar de la muerte. Sin embargo, no tomó aviso de esta advertencia, y así, otro día, la Fortuna, llevándole al patíbulo, lo colgó de la horca.

Y así ocurrió que, después de haber sido librado de la hoguera, creyóse invencible, por lo que volvió de nuevo al campo de batalla, y tuvo entonces un sueño que le complació altamente; pues que incitó su ánimo a la venganza.

Y así soñó que estaba en la copa de un árbol, y bañaba Júpiter su espalda y costados, mientras Febo sostenía un fino lienzo para secar su cuerpo; y, tan halagado se sintió Creso por este sueño, que quiso saber su significado y fuese a su ilustre hija, la cual en verdad, entonces, le dio la siguiente interpretación:

—El árbol —dijo— representa el patíbulo, Júpiter reemplaza la nieve y lluvia y Febo está en lugar del sol. Y esto quiere decir, padre, que serás ahorcado, siendo tu cuerpo lavado por la lluvia y secado por el sol.

Y de esta manera su hija, que se llamaba Fania, anunció a su padre su destino, y de nada valieron a Creso su orgullo, su trono y su gloria, pues al cabo fue ahorcado.

Y así ocurre que siempre son las tragedias motivadas por las mismas causas, pues siempre la Fortuna asalta a vanidosos reyes con insospechados ardides. Y cuando el hombre más confía en ella, desaparece cubriéndose la cara con una nube.

Prólogo al cuento del capellán de monjas

—¡Basta ya! —exclamó el Caballero—. Largo te has extendido y bien es verdad lo que has dicho y aún mucho más; pero, por lo que vislumbro, hay en el ambiente cierto aire de melancolía. Y en cuanto a mí, en verdad que me siento deprimido de oír cómo tanta gente, viviendo en la riqueza, se arruina. Mejor quisiera oír que un hombre, viviendo humildemente, ha sido afortunado en la prosperidad. Sí, de cierto éste es el cuento que me gustaría que relataran.

—Lo que has dicho es verdad —dijo el Hostelero—. Mas, ¿qué se me da a mí que la Fortuna esconda su rostro tras una nube?

Y ciertamente que tanta tragedia acaba por deprimir el ánimo, pero, ¿de qué sirve lloriquear y lamentarse cuando ya un hecho está consumado, como decía, pues es pura penitencia tener que escuchar tales calamidades? Así que no contéis más de ellas, maese Monje. De cierto este material aburre a la concurrencia y no vale ni un mosquito, pues carece de gracia y no se puede sacar de él ningún motivo de chanza. De modo que, señor Monje, o mejor hermano Peter, si es éste vuestro nombre, os rogamos nos cuentes algo diferente; pues, por el mismo Dios, que de no haber sido por el continuo repiquetear de las campanillas de vuestra brida, estaríamos ahora todos durmiendo, de modo que habríais contado vuestros cuentos en vano. Acertadamente dicen los letrados: «De nada sirve un discurso cuando no hay auditorio».

Y debo añadir que soy buen oyente, siempre y cuando lo que se diga esté bien dicho. Mas podríais ahora relatar alguna historia de caza, si es que ello os place.

—No —replicó el Monje—, no estoy de humor para sutilezas y veleidades, de modo que dejad a otro que cuente su historia como yo he hecho. —Y dirigiéndose entonces el Capellán, cordialmente le dijo—: Acercaos, reverendo y ved si contáis algo que nos anime. Mas no pongáis esa cara, que aunque montéis un rocín viejo y feo, mientras el animal aguante ya basta. Así, pues, regocijaos y no dejéis que en vuestro corazón entre el desánimo.

—Tenéis razón —replicó el Capellán de monjas—, si no cumplo mi deuda seré acusado de mal pagador. Ahí va mi cuento.

Cuento del capellan de monjas

EN UN lejano valle, rodeada de árboles, había una choza en la cual vivía una pobre viuda. Era de avanzada edad y llevaba, desde que había enviudado, una vida sencilla, pues tanto su ganado como sus rentas eran escasas. Ella y sus dos hijas se mantenían con lo que Dios les deparaba. Tenían tres cerdas gordas y rollizas, tres vacas y una oveja que se llamaba Molí; solía comer su parvo condumio en un cenador o vestíbulo que se hallaba cubierto de hollín. No necesitaba de especiadas salsas ni de delicados alimentos, sino que comía buenamente lo que encontraba y de esta suerte nunca había enfermado por mucho comer, siendo su mejor medicamento la sobriedad, el ejercicio y la alegría de corazón. Y ni la gota le impedía bailar, ni la apoplejía amenazaba su cabeza. No bebía jamás vino, ni tinto, ni blanco, y en su mesa servíanse blancas y negras fuentes, no faltándole el pan, fuera éste moreno o blanco como la leche, y aun a veces comía buena loncha de tocino y también un huevo o dos. Llevaba buen camino de convertirse en granjera. Disponía de un patio vallado y rodeado en su parte exterior por una zanja, donde a sus anchas vivía un gallo, el cual se llamaba Chanteclair, y en cantar no tenía rival en la tierra. Su voz era tan melodiosa que ganaba en mucho al órgano de la Iglesia Mayor, siendo en su canto más exacto que el reloj de la Abadía, porque sabía por instinto los cambios equinocciales de aquel lugar, de manera que no olvidaba cantar cada quince grados a la hora, haciéndolo a la perfección. Tenía la cresta más bermeja que el coral y almenada como muralla de castillo, las patas y pezuñas ligeramente azuladas, siendo las puntas de sus uñas tan blancas como la flor de lirio y las plumas de color de oro bruñido.

Tan digno gallo, tenía a su cargo y para su deleite, a siete hermosas gallinas, las cuales eran hermanas y esposas y se le semejaban en el color del plumaje.



Había una que lucía en su cuello vistosos colores y se llamaba Madame Pertelote; era tan cortés, elegante, sociable y de buenas maneras, que el corazón de Chanteclair había sido suyo desde que cumplió una semana. ¡Y qué feliz se sentía en el amor…! Cantaban juntos deliciosos acordes a la aurora. Pues, según me han dicho, en aquellos tiempos los animales sabían cantar y hablar.

Mas ocurrió un día que, estando Chanteclair sentado con sus queridas esposas en el palo del corral, comenzó a emitir extraños gemidos como haría un hombre atormentado por pesadilla. Pertelote, que se hallaba a su lado, oyó aquellos lastimosos lamentos y, temerosa de que pudiera ocurrirle algún mal, le dijo:

—Mi señor y mi amor, te he oído quejarte mientras dormías, lo cual me ha llenado de inquietud, y, ahora, para mi tranquilidad, te ruego me digas cuál ha sido la causa de tu atormentado sueño.

—No debes preocuparte —dijo Chanteclair—. Mas, de cierto que he tenido un sueño horrible, tanto que mi agitado corazón aún palpita por el espanto; y ¡así Dios me guarde de perecer en vil mazmorra!… Pues, he soñado que, paseando por el patio, veía a una horrible criatura la cual asemejábase a un perro y me acosaba de tal modo que creí acabaría por darme muerte. Y era este animal de color pardo rojizo, orejas negras, hocico puntiagudo y mirada feroz, y me ha producido tal sobresalto, que milagro es que no me halle ahora muerto. ¿Qué de extraño tiene pues que me lamentara en mi sueño y lanzara algún quejido?

—¡Ay! —dijo ella—. ¡Cómo flojea tu ánimo! ¿Dónde están tu arrojo y tu valor? De cierto que tu conducta debería avergonzarte, pues con ella sólo logras perder mi amor. Porque, juro por el cielo y los santos, que no amaré a ningún cobarde. Así las mujeres con razón dicen que es deseo de ellas poseer, a ser posible, maridos valerosos, sabios y generosos; además de confiados y no avaros, necios o cobardes, ni tampoco fanfarrones. Mas digo que tu osadía es grande, pues no has reparado en demostrar a tu amada cuán susceptible eres al miedo. ¡Por los huesos de Cristo! ¿Es que te faltan agallas? Un inocente sueño te trastorna, pero Dios en el cielo sabe que los sueños son locos y provienen a menudo de comer en demasía, y así ellos no son más que vapores del estómago, junto a la mezcla de sobrantes humores. No me juzgues pues resabida si te digo que tu sueño ha sido consecuencia de un exceso de bilis en la sangre; lo cual hace que las gentes sueñen a menudo en mortíferas flechas, en bermejas lenguas de fuego o también en enormes y voraces bestias, en luchas y en perros de todas clases y tamaños. Del mismo

modo, el humor negro, que proviene de la melancolía, hace que muchos en sus sueños lancen lastimosos lamentos a causa del terror que les infunden los negros osos, toros y hasta los mismos demonios. Y de esta suerte podría enumerarte muchos otros humores, los cuales son causa de perturbación en el sueño de las gentes, pero los omitiré. Sin embargo, para cerciorarte de que estoy en lo cierto, no tienes más que estudiar a Catón, el cual dice: «No tomes a los sueños en consideración». Y así te digo —añadió Pertelote—, que todas las mañanas, al descender del travesaño, deberías tomar un laxativo que purgase los malos humores de tu cuerpo, y ten este consejo mío por bueno, pues que es el mejor que puedo darte. Mas, como no hay boticario en el pueblo y la cosa es de urgencia, yo misma te instruiré en la selección de hierbas para que puedas con ellas recobrar la salud. Y no andaré muy lejos para hallarlas; aquí en nuestro patio las hay en abundancia y tan fuertes, que seguro te purgarán de la cabeza a los pies. Y ahora, por lo que más quieras, no olvides que eres de carácter irascible y que debes guardarte por ello del sol del mediodía, pues si éste te sorprendiera un día el cuerpo lleno de humores, de cierto que te daría calentura o la fiebre terciana, lo que sería tu muerte. Y puedes estar tan seguro de esto como yo lo estoy de no poner una moneda de seis peniques. Así, procura sostener una dieta ligera a base de inofensivos gusanos, y luego, cuando hayan transcurrido dos días, tomas un buen purgante de laurela, centaura, fumaria, eléboro, fruto de ladierno u hojas de hiedra, todo lo cual hallarás en nuestro apacible jardín. De manera que no tienes más que buscarlas y comerlas en el mismo lugar donde las encuentres. Anímate pues, querido esposo y no sientas temor de un absurdo sueño. Eso es todo cuanto tenía que decirte.

—Mil gracias por tu información —replicó el gallo—. Sin embargo, pese a la muy reconocida sabiduría de Catón, que dice no haber en los sueños ningún presagio de mal ni de bien, hallarás no pocos sabios de la antigüedad que han escrito contrariamente a la opinión de éste, e incluso han demostrado, con la experiencia, que los sueños son verdaderos augurios de dicha o de infortunio, de vida o de muerte. Y esto no admite discusión, puesto que hay de ello abundantes pruebas. Atiende, si no, a esta historia, que no es mía, pero sí de una vieja y celebrada autoridad:

Hubo en otro tiempo dos amigos dispuestos a emprender pía peregrinación, y así, en verdad, lo hicieron, mas ocurrió que después de un primer día de largo caminar, detuviéronse a descansar en una villa. Y he aquí que estaba esta villa tan repleta de gentes y había tal concurrencia, que no quedaba un solo alojamiento, y así, pues, aquellos amigos decidieron

separarse y buscar cada uno por su cuenta dónde pasar la noche, y fue uno alojado en un establo junto a los bueyes, mientras el otro, más avispado o con mejor suerte, pudo hallar buena posada.

No había amanecido aún, cuando hallándose este último dormido en la cama, oyó que su amigo le llamaba por su nombre, y eran sus voces desesperadas, pues creía estar en peligro de morir asesinado.

—¡Socórreme! —chillaba con todas sus fuerzas—; amigo mío, ven pronto o moriré.

Y eran las voces tan poderosas, que al cabo despertáronle, pero viendo que no había sido más que un absurdo sueño, volvió a dormirse, y soñó lo mismo por segunda vez, mas a la tercera, oyó que la voz le decía:

—Ahora estoy muerto, y mi cuerpo está cubierto de heridas —y añadió—: Mañana, antes de que amanezca, levántate y dirígete hacia la puerta oeste de la ciudad; hallarás allí un carro cargado de estiércol. En él, yace mi cadáver; no dudes en detener el carro. Quien tan vilmente me ha asesinado, debe pagar por ello. Y sabrás que mi bolsa de oro ha sido la causa por la cual estoy ahora muerto.

De esta suerte aquella débil y lúgubre voz fue extendiéndose en los detalles de su muerte, influyendo de tal modo en el durmiente, que por la mañana hallábase éste convencido de la veracidad de su sueño, y así fuese derecho al establo y al llegar a la cuadra donde pernoctara su amigo empezó a llamarle.

—Señor —dijo el mesonero—, tu amigo ha partido de la ciudad al amanecer.

Empero, aquel hombre, recordando su sueño, comenzó a sospechar que algo andaba mal y, sin más dilación, dirigióse a la puerta occidental de la ciudad, donde, según le había descrito su amigo muerto, halló el carro de estiércol. Ante su vista, sintió su corazón acongojado y, con decidido ánimo, clamó pidiendo venganza y justicia de aquel crimen.

—Mi amigo ha muerto asesinado; su cadáver yace aquí tendido de espaldas con la boca entreabierta. Id y buscad los magistrados que gobiernan la ciudad. ¡Apresuraos y que alguien venga a socorrernos!

Vino la gente, volcó el carro y entre el estiércol apareció el cadáver del asesinado. Y de esta manera finalizó el cuento.

Mas advierte en él, cómo el Señor, que es justo y verdadero, no consiente que sea el asesinato encubierto. Pues es en verdad a los ojos de Dios tan aborrecible, que, aunque Este permita a veces que no se descubra en varios años, al cabo hace siempre que se averigüe. Al menos de esta manera opino.

Los jueces, entonces, apresaron al carretero y al mesonero y los sometieron a tortura, hasta que ambos confesaron su crimen, después de lo cual fueron ahorcados.

Esto demuestra que los sueños no son para tomarse a la ligera, sino que hay que temerlos. Por cierto, siguiendo la lectura del mismo libro que dije, hay otra historia que voy a relatarte, y no pondré exageración ni fantasía, sino que la diré tal cual es.

Hubo en otro tiempo dos hombres, los cuales por una extraña razón debían partir hacia un remoto país, y así debían internarse en los mares y cruzarlos hasta llegar a él. Mas los vientos eran contrarios y quedaron retenidos en una hermosa y placentera ciudad junto al puerto.

Sin embargo, un día, hacia el atardecer, el viento sopló en la deseada dirección, por lo que ambos acostáronse complacidos pensando hacerse a la vela temprano de mañana.

Mas he ahí que, antes del amanecer, uno de aquellos hombres tuvo un maravilloso y extraordinario sueño. Parecióle ver al lado de su lecho una figura exhortándole a que aplazara aquel viaje. «De seguro que si partes mañana, te ahogarás». Y despertó de pronto y fuese derecho a informar a su amigo de aquel sueño, rogándole aplazara la partida, aunque fuera por un día. Mas el otro rió y tomó su aviso en plan de chanza.

—Ningún sueño —dijo— me amedrenta hasta el extremo de dejar mis negocios, porque en verdad te digo que los sueños son mera ilusión y fantasía. Por esto se sueña a veces en búhos o en simios, pero casi siempre son cosas sin sentido de asuntos que nunca han sido ni deberán ser. Mas, por lo que veo, tu decisión de permanecer en este lugar es inquebrantable, de modo que no te importa perder el tiempo y la marea a la vez. En fin, tú sabrás por qué lo haces; que tengas buena estancia.

Tras esta despedida, púsose en camino navegando, pero no había llegado a la mitad de su recorrido cuando, por alguna circunstancia desconocida, quebróse la quilla de su nave y hundióse el bajel entre las olas, pereciendo todos. Y esto ocurrió ante la vista de otras embarcaciones sin saber cómo ni de qué manera.

—Así, mi buena y amada Pertelote, en consideración a los antiguos, harás bien en no tomar los sueños con desprecio, pues en verdad que muchos de ellos están cuajados de graves consecuencias. Y aún puedo citarte otro sueño que leí en la vida de San Kenelino, hijo de Kenulfo, el gran rey de Mercia. Y esto sucedió a Kenelino el día antes de ser asesinado, el cual tuvo en su sueño una visión perfecta de su muerte.

Su nodriza, empero, enterada de los detalles de su sueño, advirtió a Kenelino se guardara de la traición, pero siendo éste solamente un muchacho de siete años, inocente y de santo corazón, hizo de aquel sueño poca estima.

En verdad me gustaría que leyeras este cuento como lo he leído yo. Además, sabe, *madame* Pertelote, que Macrobio, el cual escribió sobre el sueño de Escipión en África, confirma que los sueños son advertencias de futuros acontecimientos. Mas si con esto no te basta, mira en el Antiguo Testamento y verás si juzga los sueños con ligereza; lee también a José y hallarás cómo en numerosas ocasiones los sueños son predicciones de lo que sucederá más tarde. Porque, ¿acaso el Faraón de Egipto y su panadero y copero no experimentaron el efecto de los sueños?

Quien sea el que examine la historia de los diferentes reinos, hallará en ella, a propósito de los sueños, relatos pasmosos y extraordinarios. Creso, rey de Siria, soñó estar sentado en un árbol, y su significado fue la horca; y así también Andrómaca, esposa de Héctor, soñó, la misma noche de la partida de su marido, que moriría éste en la batalla, y, a pesar de haber sido advertido Héctor, partió y fue asesinado por Aquiles. Pero ésta es una larga historia para ser contada, a más que está oscureciendo y debo acostarme.

En resolución te diré que este sueño mío no parece presagiar nada bueno y en cuanto a laxativos y purgantes, sabrás que son ponzoñosos, perjudiciales y que no los puedo soportar, por lo que harás bien en prenderles fuego.

Y ahora, dejemos estas cosas y pasemos a hablar de algo más grato que regocije nuestro ánimo; pues en verdad te digo, *madame* Pertelote, que Dios se ha mostrado generoso conmigo, y muestra de ello es tu hermoso rostro. Al mirar tus ojos parecen rodearse de un círculo de tan bello carmín, que en el acto siento disipar todos mis temores. Tan cierto como el Evangelio es el antiguo refrán «Mulier est hominis confusio», que significa «La mujer es la alegría y regocijo del hombre[73]». Por lo que, cuando por la noche, siento tu suave costado junto al mío, aunque la estrechez de la percha impida montarte, experimento no obstante un sumo placer y consuelo que me hace desdeñar los malos sueños y visiones.

Y al decir esto, viendo que ya era de día, descendió del travesaño y las gallinas le imitaron. Halló un grano en el corral y cacareó para llamarlas; ya no estaba temeroso sino arrogante como un rey. Voló sobre Pertelote veinte veces y otras tantas la cubrió, e hizo todo esto antes que el día llegara a la hora prima y por su aspecto parecía un fiero león. Paseaba sobre las puntas de sus uñas, pues consideraba indigno plantar el pie en el suelo y, de vez en cuando, cacareaba en señal de haber hallado algún grano con que invitar a sus

esposas. Pero dejo aquí a Chanteclair picoteando y comportándose como un príncipe en su palacio y entretanto contaré la aventura que le ocurrió.

El mes de marzo[74], mes en que Dios creó al mundo y al primer hombre, había concluido y treinta y dos días habían transcurrido desde que principiara dicho mes. Chanteclair, paseando en su altivez con sus siete gallinas, miró al sol; éste, había recorrido en el signo de Tauro poco más de cuarenta y un grados y, por instinto, conoció que eran las nueve; entonces cantó, y era su voz jovial, y luego que hubo cantado dirigióse a *madame* Pertelote y le dijo:

—El sol ha remontado el cielo más de cuarenta y un grados y los pajarillos gorjean felices. Asimismo, brotan lozanas las flores; por todo lo cual, mi amada Pertelote, siento el corazón lleno de contento y alborozo.

Pero como suele acabar siempre la alegría en dolor, viose aquel digno gallo envuelto en terrible lance, pues Dios sabe bien cuán efímeros son los goces terrenales, tanto, que un retórico hábil en poesía podría escribir una crónica cierta y verdadera.

Mas atended ahora, todos los discretos, que la historia que voy a deciros es tan cierta como el libro de Lanzarote del Lago, a quien tanto las mujeres veneraban. Pero vayamos a lo que importa.

Un astuto y malvado zorro moteado, que vivía en el bosque desde hacía tres años, lanzóse de improviso aquella noche sobre el matorral y, cruzando un seto, vino a situarse junto al mismo corral donde Chanteclair se solazaba con sus muy dignas esposas. Y, agazapado el zorro entre unas hierbas, aguardó pacientemente que llegase la mañana y con ella la ocasión de apresar al galio, de tal modo que parecía un homicida a punto de cometer un crimen.

¡Oh pérfido asesino, acechando desde tu escondrijo! ¡Oh segundo Iscariote, nuevo Ganelón! ¡Oh engañoso y falso griego Sinón, que llevaste a Troya la ruina y desolación! ¡Oh Chanteclair, malhaya el día en que descendiste del travesaño del corral! En verdad que fuiste advertido por tu sueño de que aquél sería para ti un día peligroso. Aunque, según los sabios dicen, lo que está previsto por Dios debe necesariamente suceder. Mucho se ha discutido en las Escuelas sobre esta tesis[75], y aun ha habido grandes altercados a causa de ella; pero yo no sé discernir, como lo saben, el Santo teólogo Agustín, o Boecio, o el obispo Bradwardino, si la divina previsión de Dios obliga necesariamente a ejecutar un acto o si le es dado a uno escoger entre hacerlo o no.

Mas, en verdad, que este asunto no me concierne, pues mi historia, como sabéis, es la de un gallo que, al cabo, decidiendo seguir el consejo de su

esposa (consejo que dio fatal resultado), bajó al corral por la mañana después de haber tenido el sueño que os he contado.

Sabido es cuán fatales son, a menudo, los consejos de las mujeres; pues, ya en el comienzo, fue el consejo de la mujer el que trajo la desgracia en el mundo, expulsando a Adán del Paraíso donde moraba feliz y lleno de paz. Pero, por si estas palabras pudieran incomodar a alguien, las pasaré por alto y dejaré que sean tomadas como una de mis chanzas. Mas leed a los antiguos versados en el asunto, y, de seguro, os informarán sobre las mujeres. En cuanto a mí, sólo repito las palabras del gallo, pues yo ningún mal hallo en las mujeres.

Y ocurrió que, aquella mañana, la bella y gentil Pertelote paseaba con sus hermanas por el corral. Mientras tomaba el sol, parloteando con ellas, Chanteclair cacareaba, y sentíase tan feliz y cantaba tan bien, que aún sus cantos ganaban a los de las sirenas del mar y, según afirman los fisiólogos, éstas cantan a la perfección. En esto, siguiendo con la vista a una mariposa, descubrió al zorro agazapado en su escondrijo; sus ganas de canto cesaron y de su pico salió un triste cacareo que demostró muy claramente la angustia de su corazón. Porque un animal huye por instinto de su enemigo, aunque no lo conozca. Y de cierto Chanteclair hubiera huido en aquella ocasión, pero el zorro le dijo:

—¿A dónde te diriges, mi buen señor, que tanto te apresuras? ¿Acaso temes de mí algún daño? Soy tu amigo y de cierto sería peor que el diablo si te deseara algún mal. Sabe, pues, que no he venido a espiar tus secretos sino a oír tu delicioso canto. Porque de cierto que tu voz es melodiosa como la de los ángeles del cielo y tienes para la música tan buen gusto como Boecio o cualquier otro que sepa cantar.



»En otros tiempos, tu padre, que era mi señor y cuya alma Dios bendiga, y también tu madre, me hicieron el honor, con gran júbilo mío, de visitar mi casa y ahora yo quiero corresponderte y servirte en lo que pueda. Pero estábamos hablando de tu canto y no miento al decirte que nunca oí otro igual a no ser el de tu padre, cuando cantaba al despuntar el día. Y ponía todo su corazón, de tal manera, que aún paréceme que lo estoy viendo con los ojos fuertemente cerrados, para dar con ello más fuerza a sus notas altas; sosteníase entonces sobre las puntas de las uñas, alargando su delgado y largo cuello, y nadie le aventajaba en el canto, ni tenía tan buenas mañas. En los versos de don Brúñelo el Jumento[76] he leído cómo un famoso gallo viose atacado y herido en la pierna por un joven y alocado muchacho, hijo de un clérigo, y cómo éste viose desprestigiado a causa del gallo. Sin embargo, no hay comparación posible entre la agudeza e ingenio de aquel gallo y la prudencia y sabiduría de tu padre. Así señor, canta pues, por caridad y prueba que eres capaz de emular a tu progenitor.

Encantado por aquellas adulaciones, Chanteclair, sin sospechar su traición, empezó a batir las alas. ¡Ah de vosotros los nobles, en verdad que en vuestros palacios hay gentes aduladoras y lisonjeras, a quienes miráis mejor que a los que os dicen la verdad! Mas ved lo que sobre la adulación os dice el Eclesiastés y precaveos contra los hechizos de la lisonja.

Chanteclair, pues, empinándose en la punta de sus uñas, estiró el cuello y, cerrando los ojos, principió a cantar, y su voz era muy bella. Entonces, maese Russell el Zorro, saltó sobre él, asióle por el pescuezo y corrió hacia el bosque.

¡Oh inevitable destino! ¿Por qué bajaría el gallo del travesaño? ¿Por qué desdeñaría su mujer los sueños?



Y fueron tantas las lamentaciones de las gallinas en el corral, que de cierto no lloraron tanto las mujeres cuando Ilion fue ganada y Pirro, asiendo por la barba al rey Príamo, le mató con la desnuda espada, según relata la *Eneida*. Mas, sin duda, fue *madame* Pertelote quien más vociferó; pues de seguro que ésta aventajó en ello a la mujer de Asdrúbal; la cual, al morir éste, arrojóse valientemente a las llamas de la incendiada Cartago para perecer en ellas.

Pero volvamos al punto donde he dejado mi historia.

Al oír la pobre viuda aquel alboroto en el gallinero, salió de la casa con sus dos hijas y vio al zorro huyendo con el gallo a cuestas.

—¡Favor! ¡Al zorro! ¡Al zorro! —exclamó la mujer, y echó a correr en su persecución. Muchos hombres se le juntaron y también Coll el perro, Talbot, Garland y Malkin la doncella, sin dejar las vacas, terneros y las puercas. Los ladridos de los perros y los gritos de los hombres espantaron a los animales, y así todos corrieron, armando tal algarabía que parecía la de los diablos del infierno; graznaron los patos como si los matasen, volaron amedrentados los gansos e incluso las abejas salieron de sus colmenas.

Y fueron tantos los gritos y el vocerío que se profirieron en la caza del zorro, que ni siquiera Jack Straw[77] y los suyos los sobrepasaron cuando la caza del flamenco. Llevaban todos cuerno de bronce, madera y hueso, y soplaban y rugían, haciendo tal estruendo que parecía desplomarse el cielo.

Mas, atended, señores, y veréis cómo la Fortuna suele mudar de súbito las esperanzas y soberbia del que deja de ser su amigo.

El gallo, que, dominado por el terror, iba entre las mandíbulas del zorro, hizo un esfuerzo y dijo:

—Dios me valga, señor, si yo, en vuestro lugar, no avisaría a estas gentes, diciéndoles: «Deteneos, hatajo de patanes, que yo os maldigo, y ahora, que he llegado a la linde del bosque, hagáis lo que hagáis, me comeré el gallo».

—Eso haré… —comenzó a decir el zorro.

Mas, mientras hablaba, el gallo, soltándose de su boca, voló a la copa de un árbol. El zorro, cuando vio que su presa había huido exclamó:

—¡Ah Chanteclair! Temo que me he comportado mal contigo, pues en verdad que mis maneras han sido un tanto rudas en el corral y han podido causarte perjuicio. Mas de cierto, amigo, que mi intención no era causarte daño, y si no me crees baja del árbol y te convencerás.

—No —dijo el gallo—. Malhaya en cada uno de vosotros y en mí primero, si me dejaré engañar una vez más. Pues en verdad que mis ojos no se cerrarán para volver a cantar. Porque aquel que cierra los ojos, cuando debiera tenerlos abiertos, a éste Dios ciertamente lo abandona.

—Sí —dijo el zorro—, y también castiga al imprudente por hablar cuando debiera estar callado.

Ved aquí la moraleja, y no despreciéis este cuento por ser el de un gallo y el de una gallina, pues, según San Pablo, todo lo escrito puede servirnos de provecho. No hay más que coger el grano y tirar el pellejo.

Y ahora, Señor, si es ésta tu voluntad, haznos buenos a todos y condúcenos hacia la bienaventuranza. Amén.

Epílogo al cuento del Capellán de monjas

—Benditos sean tus calzones y todas tus partes —dijo el Hostelero—. Divertido ha sido tu cuento de Chanteclair, y a fe que serías tú buen gallo con tus gallinas. Imagino que por lo menos te harían falta siete veces diecisiete para satisfacerte. Mas, ved que tiene este clérigo buenos músculos, fuerte cuello, pecho ancho y ojos de halcón y su presencia es tan placentera que no necesita tintes de Portugal para mejorarla. Enhorabuena por vuestro cuento.

Y dando media vuelta, el Hostelero habló alegremente a otro.

Cuento del medico

HUBO antaño un caballero llamado Virginio, el cual, según Tito Livio relata, era hombre digno y honrado, además de rico en amigos y bienes.

Tenía el caballero una sola hija de su mujer, pero de tal belleza, que por la perfección de su hermosura sobrepasaba a todas las doncellas. La Naturaleza habíala moldeado con esmerado primor, de tal modo que parecía proclamar: «Ved cómo puedo modelar una criatura a mi antojo. ¿Podéis imitarme? No, de seguro no lo hará Pigmalión, aunque mucho forje, grabe o pinte; ni Apeles, ni Zeuxis[78]; pues, así estuvieren grabando, cincelando o pintando eternamente, no lograrían emularme, y sería en vano todo lo que hicieran, pues Él, que es el primer Hacedor, ha hecho de mí su vicario general en materia de modelar terrestres criaturas y lo vengo haciendo según su deseo y voluntad. Y todo lo que existe bajo la capa de la creciente y menguante luna está a mi cuidado y nada pido por mi trabajo; pues mi Señor y yo estamos en perfecta armonía. Y así digo que he modelado a esta doncella para honra y gloria de mi Señor, de la misma manera que doy forma y color a las restantes criaturas».

Catorce años contaba la doncella en la cual tanto habíase la Naturaleza complacido. Porque ésta, que puede pintar blanco el lirio y de carmín la rosa, pudo también pintar, con iguales colores, los miembros de esta gentil criatura antes de nacer. Y tiñó Febo los bucles de la niña del color de sus esplendorosos rayos.

Mas si su belleza era perfecta, lo era mil veces más su virtud. No carecía de ninguna buena cualidad; pues era su alma casta, así como su cuerpo, floreciendo su doncellez en humildad, sobriedad, paciencia, abstinencia, modestia en el porte y compostura. Y aunque hubiera sabido tanto como Palas, se expresaba siempre con sencillez y de femenil manera, rehuyendo la afectación y las frases rebuscadas que pudieran parecer doctas, de modo que cuanto decía proclamaba su virtud y cortesía.

Era siempre recatada, con el propio recato de una doncella; de corazón constante y manteníase siempre ocupada para ahuyentar de sí la ociosidad. Baco no tenía ningún privilegio sobre su boca (pues sabido es que el vino acrece en la juventud los placeres de Venus, del mismo modo que el aceite y grasa avivan el fuego).

Movida por su natural virtud, habíase fingido muchas veces enferma para de este modo evitar la asistencia a festines y banquetes, donde a menudo tan locamente se habla, rehuyendo asimismo los bailes y orgías que dan ocasiones de retozo; pues tales cosas, como sabéis, hacen que los niños pierdan la inocencia y se vuelvan insolentes y atrevidos, lo cual es en verdad peligroso, pues que una niña al volverse mujer aprende muy pronto el descaro.

No os incomodéis por mis palabras, vosotras, dueñas a quienes los señores encomiendan el cuidado de sus hijas; mas pensad que sólo por dos cosas gobernáis a las hijas de los señores; ora porque conservasteis vuestra castidad, o porque, habiendo conocido este liviano arte muy a fondo, lo abandonasteis para siempre. Por esto y para mejor honrar a Cristo no cejáis en vuestro empeño de instruir a las jóvenes en la virtud. Pues siempre puede el cazador furtivo, cuando pierde su afición a la caza, ser mejor guardabosque que otro hombre cualquiera. Así que guardad a las doncellas con esmero, pues en vuestras manos está el hacerlo y no les consintáis vicio alguno si no queréis ver vuestra fama vituperada. Y atended a lo que os digo. No hay peor traidor que el que seduce al inocente.

En cuanto a vosotros, los padres, si tenéis algún hijo, recordad que sois los responsables de custodiarlos y educarlos mientras estén bajo vuestra autoridad. Cuidad que el ejemplo de vuestra vida sea bueno y no os mostréis en el castigo negligentes; pues si tal descuidáis, en verdad lo pagaréis caro. Porque al indolente pastor suele a menudo el lobo arrebatar sus reses. Baste por ahora con lo dicho y volvamos a nuestro tema.

La doncella de mi cuento se guardaba ella sola y no necesitaba dueña. Su vida parecía un libro de virtudes en el cual muchos jóvenes hubieran podido leer, y eran tantas sus bondades, que éstas, lo mismo que su belleza, se propagaron de tal modo que no hubo amante de la virtud que no loara a la doncella.

Sólo la envidia, que se duele de la dicha de los demás y goza de su infortunio (según San Agustín), miraba con enojo a la hija de Virginio.



Un día aquella niña, como acostumbraban las de su edad, fuese con su querida madre a la ciudad a visitar el Templo. Había en la ciudad un magistrado que gobernaba la región. Y ocurrió que, pasando junto a él la doncella, posáronse en su hermosura los ojos del juez de tal manera que alteraron su corazón y pensamiento. Y dijóse para sí el caballero: «Mía será esta moza, aunque a todos pese». Y entonces, metiósele el diablo en el corazón, insinuándole algunas mañas para conseguirla. Y creyó el caballero oportuno hacer uso de la violencia para obtenerla o también de dádivas, porque ella tenía muchos amigos en la ciudad que la protegían, a más que, siendo tan virtuosa, de seguro el magistrado no hubiera podido persuadirla a que pecara.

Así, después de largo deliberar, mandó el magistrado en busca de un malvado que había en aquel lugar, hombre atrevido y artero a quien el juez, en riguroso secreto, confió su historia, haciéndole jurar no repetirla so pena de perder la cabeza, y así, cuando aquel rufián hubo consentido en llevar a cabo aquel infame proyecto, el juez complacióse en extremo y le llenó de agasajos y presentes.

Ya concertada la maquinación que debía satisfacer la lascivia del juez, Claudio (que así se llamaba el truhan), retornó a su casa, y el indigno juez Apio (Apio era verdaderamente su nombre, pues puedo asegurar que este relato no es leyenda sino historia real y bien conocida), apresuróse a hacer lo posible para acortar el tiempo que debía transcurrir antes que se viera cumplido su deseo.

Así, según la historia relata, estaba este perverso magistrado sentado un día en el tribunal sentenciando los casos que se le presentaban, cuando irrumpió en la sala aquel villano y a voz en grito dijo las siguientes palabras:

—Señor, os pido justicia, debo presentar contra Virginio una demanda, mas si él la rechaza, yo aportaré testigos que declaren a mi favor.

—No puedo sentenciar al acusado en su ausencia —dijo el juez—, mas hacedle venir y os escucharé a los dos, y no haré iniquidad sino justicia.

Vino Virginio a saber la decisión del juez y leyóse en su presencia la infame denuncia, que era ésta:

—A vos, amado señor Apio, vuestro humilde servidor Claudio, expone: Que un caballero llamado Virginio, mantiene en su poder contra la ley y contra mi deseo, a una legítima esclava mía, la cual una noche salió de mi casa cuando aún era niña. Puedo, señor, demostrar lo que he dicho; ella no es hija suya como dice y os ruego, señor Magistrado, me entreguéis a mi esclava, si así os dignáis hacerlo.

Virginio enfurecióse ante aquella petición, pero antes que pudiera dar su propia versión y probar, por su honor de caballero, que cuanto el villano dijera era falso, aquel maldito juez, rehuyendo oír a Virginio y, aparentando una insospechada prisa, dictó la siguiente sentencia:

«Dispongo que la esclava sea entregada a ese hombre, de suerte que ni por un momento deberá permanecer en casa de Virginio. Id, pues, en su busca y traedla para que este hombre tenga a su esclava».

El digno caballero Virginio, viendo que debía ser entregada su hija para que Apio viviera lascivamente con ella, regresó presto a su casa, y aún no había traspasado el umbral de ésta, cuando hizo llamar con urgencia a su hija.

Con el semblante pálido cual la ceniza, miró aquel padre a su hija y su corazón se llenó de piedad. Sin embargo, ello no le apartó de su propósito.

—Hija Virginia —le dijo— tienes dos caminos ante ti: uno te ofrece la muerte y el otro la vergüenza. ¡Maldito el día en que nací! Nada hiciste tú que mereciera la muerte por espada. ¡Oh mi amada hija! ¡Finalidad de mi vida, a quien con tanto placer he criado! Nunca en verdad te apartaste de mi pensamiento. ¡Oh hija, tú eres de mi vida el mayor deleite y el mayor dolor! Tú, que eres joya de castidad, acepta con resignación la muerte, pues he resuelto, no por odio sino por amor, que debes morir, y así mi mano por compasión debe decapitarte. Mas, ¿por qué, ¡oh, dioses!, fijaría Apio en ti sus ojos? Y así por este motivo ha juzgado hoy tan falsamente.

Entonces, tal como oísteis, contó Virginio a la doncella lo que había ocurrido y ésta exclamó:

—¡Misericordia, padre mío! —y como solía hacerlo, le echó los brazos al cuello. Llenáronse sus ojos de lágrimas y agregó—: ¿Es que debo morir? Dime, ¿no hallarás para mí otro remedio?

—No en verdad —repuso el padre— no hay ninguno.

—Entonces, concédeme tiempo, padre —dijo la niña—, para poder llorar mi muerte; pues aún el mismo Jefté otorgó a su hija tiempo para lamentarse antes que él la matara, y Dios sabe que tampoco ella había obrado mal, a no ser correr para ver llegar pronto a su padre para darle los buenos días. Y al decir aquellas palabras, aquella grácil doncella perdió el sentido y cayó desvanecida al suelo; pero sobreponiéndose pronto a aquel desmayo, dirigióse a su padre y le dijo: Bendito sea Dios que me hace morir virgen. ¡Ejecuta, padre mío, tu voluntad antes que la deshonra me mancille!

Y rogó a su padre lo hiciera suavemente con la espada, y aún, al decir esto, desvanecióse otra vez. Entonces aquel atribulado padre, sangrando de dolor su corazón, asió la espada y le cortó de un tajo la cabeza. Y luego que hubo hecho esto recogió la cabeza de su hija y agarrándola de los pelos, llevóla al tribunal donde aún se hallaba el Magistrado.

Dice la historia que, cuando el juez vio la ensangrentada cabeza de la doncella, mandó arrestar a Virginio y le condenó a la horca.

Mas ocurrió que en aquel momento, miles de personas impulsadas por la piedad y compasión irrumpieron en aquella sala para salvar al caballero. Porque la gente, después de haber escuchado la sentencia de Apio, había entrado en sospechas de que todo aquel asunto era una intriga tramada por el propio juez cuya lascivia conocían. Así, volviéronse todos contra Apio y le pusieron en prisión donde él mismo se dio muerte. Claudio, su servidor, fue condenado a morir en la horca, y de cierto hubiera perecido en ella, a no ser por la intervención de Virginio que consiguió su destierro. Y todos aquellos que habían consentido en aquel odioso delito fueron colgados sin salvarse ni tan sólo uno.

Y aquí tenéis buen ejemplo de cómo el crimen recibe siempre su castigo. Sed pues precavidos, que nadie sabe a quién Dios puede castigar ni tampoco cómo el gusano de la conciencia reconvendrá su mal proceder, aunque éste haya sido tan secreto, que no lo conozca nadie sino Dios y él. Y así tanto el lego como el docto ignorarán el tiempo en que deberán temer la tribulación.

Por lo tanto, os digo que sigáis mis consejos y abandonéis al pecado antes que él os abandone a vosotros.

Lo que el Hostelero dijo al Médico y al Bulero

El Hostelero soltó algunos juramentos y dijo:

—¡Por los clavos y por la sangre de Cristo, qué ruin villano y qué juez más felón! En verdad que el juez y sus abogados merecen ignominiosa muerte. ¡Ah desgraciada doncella, cuán cara has pagado tu hermosura! Por eso digo que los dones de la Fortuna y de la Naturaleza son causa de muerte para muchos. Y así puedo asegurar que su misma belleza la mató y ¡de qué triste manera! Perjuicio traen pues estos dones y nada bueno se saca de ellos. Pero, en verdad, señores, que éste, aunque triste, ha sido un buen cuento. Mas sigamos ahora adelante, y a ti, doctor, que Dios guarde tu fornido cuerpo, sin olvidar tus orinales y bacinillas, medicamentos y cordiales, ni tu repleta caja de drogas. Y que Él y Nuestra Señora Santa María te los bendigan. ¡Pardiez, que no miento al afirmar que eres todo un hombre! Por tu ingenio bien merecerías ser, al menos, obispo. Mas no sé si me expreso bien, no soy hombre instruido y no sé usar de lindezas en el hablar. Pero lo cierto es que habéis puesto mi corazón en tal estado que temo me dé un ataque cardíaco. ¡Corpus Dómini! Si no me cura pronto algún remedio o un buen trago de cerveza o al menos algún cuento jocoso, de seguro que mi corazón estallará por la congoja que siento al recordar aquella muchacha. Ven aquí, Bulero; nárranos tú algo divertido y con ingenio.

—Sí, lo haré —contestó el Bulero— pero, por San Román, debo, primero, beber y morder una buena hogaza de pan, aquí, en esta taberna.

Pero entonces los nobles de la compañía protestaron diciendo:

—No queremos oír cuentos soeces ni bellaquerías, sino alguna historia moral que nos sirva de enseñanza.

—Conforme estoy —dijo el Bulero—. Echaré un trago a ver si mientras se me ocurre alguna cosa honesta.

Prólogo al cuento del Bulero

—Señores —comenzó el Bulero—, cuando predico en las iglesias me esfuerzo para que mi voz sea clara y armoniosa como una campana. Cuanto

tengo que decir, sé de memoria, pues trato siempre el mismo tema que es y será, «Radix malorum est cupiditas[79]».

Lo primero que anuncio en mis prédicas es de dónde vengo y luego exhibo todas las bulas y certificados. Y antes de empezar muestro mis licencias, con el sello del Señor Obispo, para que ello me proteja y no pueda ser estorbado por sacerdote y clérigo en mis santos ministerios. Después que he cumplido con estos requisitos, empiezo a relatar historias, extraigo bulas de papas, cardenales, patriarcas y obispos; luego, hablo un poco en latín para que mi sermón sea más atrayente y pueda estimular la devoción de las gentes.

Seguidamente, saco mi maletín repleto de trapos y huesos; todo lo cual son reliquias, o así al menos lo imaginan las gentes.

Tengo el brazuelo de una sagrada oveja del rebaño de Jacob engastada en latón.

Y he aquí cómo digo: «Atended, buenas gentes, atended a mis palabras. Si una vaca, carnero, oveja o buey enferma a causa de haber comido gusanos o por picadura de insectos, tomad agua del pozo, en el que habréis echado antes este hueso y luego lavad con cuidado la lengua del animal; veréis cómo éste sana en el acto. Mas sabed también que la oveja que bebiere de este pozo, quedará curada de la sarna, úlceras o cualquier otra enfermedad. Y si cada semana, en ayunas y antes de que cante el gallo, bebe el amo de esta agua, verá multiplicarse su ganado y prosperar su hacienda. A más que también cura los celos, de modo que el celoso que hiciere su potaje con esta agua ya nunca desconfiará de su esposa, aunque ésta tuviera dos o tres amantes. Aquí tengo un guante. Quien meta la mano en él, verá multiplicar sus cereales, ya sean avena o trigo y para conseguirlo, bastará que añada una pequeña ofrenda en plata o algún penique. Sin embargo, buenas gentes, hay algo que quiero advertiros y es que aquéllos, aquí presentes, que se hallaren en pecado y por vergüenza no hubieren confesado, así como las mujeres, jóvenes o viejas que hubieren hecho cornudos a sus maridos, éstas no tendrán facultad ni gracia de subir a ofrendar mis reliquias en este lugar. Pero el que se halle libre de semejantes culpas, puede subir y ofrendar en nombre de Dios y yo le daré la absolución con la autoridad que por la bula me ha sido conferida».

Y con estos ardides me he ganado mis buenos cien marcos al año desde que soy hulero. Me instalo en el púlpito, como cualquier clérigo y cuando se han sentado los rústicos, empiezo yo a predicar lo que os he dicho y cien cosas mentirosas más. Alargo el cuello cuanto puedo y miro a diestra y siniestra, como un palomo en la percha de su granero y hago mover las manos y la lengua tan aprisa que da gusto ver. Y predico sobre la avaricia, y sólo

sobre ella, pues de este modo ellos sueltan sus peniques sin remordimiento. Porque sabed que cuanto me propongo es ganar y no enmendar pecados, y nada se me da del alma del prójimo, así anden errantes después de muertos sus cuerpos. Y, así, mis sermones tienen doble intención; complacer a las gentes con mis lisonjas y sacarles sus peniques con hipocresía. Y si no logro mi propósito, entonces mis prédicas son punzantes y hiero con mi lengua al que me ofendió a mí o a mis hermanos, y así, aunque no mencione su nombre, los demás lo conocen por las circunstancias y señales. De esta suerte pago a los que me enojan y lanzo mi ponzoña bajo la justa capa de la santidad.

Y ahora, en pocas palabras, os expondré mi propósito: «Predico por codicia». Sin embargo, mi texto es y continuará siendo «Radix malorum est cupiditas». Porque sé predicar contra el vicio (que yo mismo practico) y así, a pesar de ser culpable, puedo hacer que las gentes se enmienden de este pecado y se arrepientan hondamente, aunque en verdad mi finalidad esencial no sea ésta, sino satisfacer mi avaricia. Pero baste con esto sobre el asunto.

Luego, después de esto, suelo contar historias añejas, de las que el vulgo gusta porque pueden repetir y aprender de memoria. Y decidme ahora, si predicando gano oro y plata con mis sermones, ¿por qué debo en otro caso escoger la miseria? Mas tal cosa nunca se me ha ocurrido. Y así predico en las tierras donde me hallo y no vivo de limosna ni de trabajar con las manos, pues poco me gusta tejer cestas ni otras parecidas tareas. Y como, por otro lado, tampoco se me da imitar a los apóstoles, debo procurar, por lo tanto, tener dinero, lanas, queso y trigo, aunque esto me sea dado por el más pobre paje de la aldea o por la viuda más menesterosa, sin cuidarme de que sus hijos, si los tiene, puedan perecer de hambre.

Porque sabed que quiero apurar el licor de la vida y tener buenas y hermosas mozas dondequiera que vaya.

Pero ya acabo, señores, con esto, y como es vuestro deseo que cuente una historia, por el Señor, ahora que he bebido fuerte creo que os podré relatar una que sea moral, a pesar que yo no lo sea, y callad pues, que voy a empezar.

Cuento del bulero

Hubo antaño, en Flandes, una compañía de jóvenes que se entregaban a toda suerte de disipaciones; frecuentaban tabernas y lupanares y danzaban acompañados de laúdes y de guitarra. Jugaban a los dados noche y día, comían y bebían más de lo que sus fuerzas podían soportar, haciendo, de esta suerte, al diablo sacrificio en su propio templo. No dudaban en proferir los más horrendos juramentos, tales que sobrecogía al ánimo oírles, porque con ellos desgarraban el cuerpo de Nuestro Señor (como si no hubiera sido bastante desgarrado por los judíos); y cada uno de ellos complacíase en alabar las maldades del otro.

Y venían luego las danzarinas, cantadoras de arpa, prostitutas y alegres doncellas vendedoras de frutas y, a más, otras mujeres que parecían auténticas enviadas del diablo, encendiendo por doquier el fuego de la lascivia; la cual es inseparable compañera del vicio de la gula.

Las Sagradas Escrituras atestiguan que la lascivia es consecuencia del vino y de la embriaguez; y ahí tenéis el ejemplo de Lot, el cual a causa de estar beodo, sin saber lo que hacía, pecó contra natura cohabitando con sus dos hijas, y Herodes, estando ebrio en un banquete, dio orden, según la historia cuenta, de asesinar al inocente Juan Bautista. Por lo que, sin duda, tiene razón Séneca al afirmar que entre el beodo y el loco no hay diferencia, salvo que la locura dura más que la embriaguez.

¡Oh! ¡Maligno vicio de la gula! ¡Causa primera de nuestro infortunio! ¡Origen de la condenación, de la cual nos redimió la Sangre de Cristo! En verdad hemos pagado este execrable pecado por el cual el mundo se ha visto corrompido.



Y fue este vicio el que echó del Paraíso a nuestro primer padre Adán junto con su mujer, siendo ambos condenados al trabajo y al dolor; y así, mientras Adán en el Paraíso se abstuvo de comer el fruto prohibido, gozó de felicidad; pero desde el momento que comió de él, viose sumido en la desventura. ¡Cuánta razón tenemos en quejarnos de la gula! ¡Ah, si sólo el hombre supiera cuantas enfermedades provienen de la intemperancia y glotonería! De cierto que entonces no habían de cometer más excesos en la mesa y seguirían un régimen moderado.

Mas, ved cómo la corta garganta y delicada boca del glotón hacen que los hombres se afanen de Oriente a Poniente y de Norte a Sur, en la tierra, mar y aire, buscando toda clase de manjares y bebidas. Bien juzgó San Pablo a estas gentes al decir: «La vianda es para el vientre y el vientre para la vianda, pero, al cabo, ambos serán destruidos por Dios». A fe que vergonzoso es proferir tal sentencia, pero más vergonzoso es ver al hombre beber vino blanco y tinto hasta que su garganta se convierte en letrina. Y así el Apóstol con lágrimas en los ojos se queja y dice: «Muchos de éstos de que os he hablado son enemigos

de la Cruz de Cristo porque tienen como único dios su vientre y como fin la muerte». ¡Oh vientre! ¡Oh inmunda panza! Saco hediondo repleto de corrupción y de excrementos; impuros ruidos se desprenden a tus partes. Trabajo nos cuesta, a más de muchos gastos, el atenderte. Innumerables cocineros se esfuerzan en cocer y moler para que tus voraces deseos queden satisfechos. Y así han de extraer el tuétano de los más duros huesos por no desperdiciar lo que es grato al gaznate. También, para estimular el apetito, sazonan las salsas con especias de hojas, raíces y cortezas; mas he de decir que quienes gustan de tales deleites y en ellos perseveran, muertos están por no decir menos.

El vino es lascivo; la embriaguez pendenciera y miserable. Enrojécese el rostro del beodo y vuélvese su aliento fétido y repugnante su contacto, al tiempo que su nariz parece emanar un sonido como si dijera: «Sansón, Sansón»; empero sabido es que Sansón no bebió nunca vino. Y así cae el ebrio como puerco trabado, y vuélvese violenta su lengua y su dignidad. Porque la embriaguez es auténtica tumba de la razón y entendimiento del hombre y nadie que esté bajo la influencia de la bebida puede guardar su pensamiento oculto. Y, esto que digo, es un hecho.

Alejaos pues del vino, sea blanco o tinto y en particular del blanco vino de Lepe[80] que se vende en Fish Street o en Cheapside; pues este vino español, vertido en otros vinos que crecen aquí, suele desprender tal aroma que el hombre que bebe tres tragos seguidos de él, si piensa estar en Cheapside se halla en España y no en Burdeos o la Rochela, sino en el mismo Lepe, y entonces es cuando su nariz empieza a runrunear; «Sansón, Sansón».

Pero oíd, señores, mis palabras:

—Todas las grandes victorias del Antiguo Testamento fueron, por la gracia de Dios, ganadas en la abstinencia y oración. Ved la Biblia y hallaréis de ello información. Reparad en Atila, el gran conquistador que murió en el deshonor y en la afrenta, sangrando por la nariz mientras dormía, vencido por la embriaguez, y así un caudillo debe vivir siempre en la sobriedad. A más, haréis bien en informaros del mandato que Samuel recibió. Leed la Biblia y veréis cuán expresamente condena a los que, administrando justicia, no se abstienen de beber vino.

Pero no añadiré más a esto, que ya dije bastante, y, pues que he tratado ampliamente de la gula, pasaré ahora a hablar de los juegos de azar.

Los dados son una verdadera madre de mentiras, decepciones, malditos perjuicios, blasfemias contra Cristo, homicidios y pérdidas de tiempo y dinero. A más de ser oprobioso y deshonroso ser tenido por jugador vulgar; y

cuanto más alta la condición del que juega, mayor es su afrenta. Así, si un príncipe fuere habitual jugador su reputación flojearía en cuanto al gobierno y opinión pública.

Stilbon, sabio embajador enviado desde Lacedemonia a Corinto para celebrar allí alianza, al llegar a la ciudad halló a sus hombres principales entretenidos en el juego de dados, y así, al verlos, retornó a su propio país aduciendo que no quería perder su dignidad y buen nombre pactando con jugadores y solicitó fuera expedido otro embajador a aquel país, pues, según dijo, prefería la muerte a tener trato con aquellas gentes. Y de esta suerte obró aquel tan sabio filósofo. Mas aquí tenéis también la historia que nos explica cómo el Rey de los partos[81] envió, en señal de desprecio, dados de oro al rey Demetrio[82] porque éste se había entregado a tal juego, por lo que ya no daban valor a su fama y a su gloria. Y de ello se deduce que los señores principales debieran hallar, para llenar sus ocios, mejores diversiones o más honrados juegos.

Añadiré ahora unas palabras acerca de los juramentos y perjurios; pues ya los antiguos hablan de lo abominable que es la blasfemia y el perjurio. Dios prohíbe todo juramento; y atestigúalo San Mateo. El Santo Profeta Jeremías nos dice: «Deberás decir verdad en tus juramentos, no mentir y hacerlos con justicia y deliberación».

Jurar en vano es pecado, y en las Tablas de la Ley podréis hallar el segundo mandamiento[83] el cual os dice: «No tomarás el nombre de Dios en vano». Advertid cómo el Altísimo nos prohíbe el juramento antes que el homicidio y otros execrables pecados. Y así digo que cualquiera que conozca los mandamientos sabrá que éste ocupa el segundo lugar en los preceptos divinos.

De suerte que quedáis advertidos; abandonad la blasfemia o caerá sobre vosotros la venganza de Dios como también sobre vuestras casas. Por lo cual, en nombre de Cristo, insisto en que abandonéis toda clase de juramento.

Mas largo he hablado y hora es ya de que empiece mi cuento.

Aún no era la hora sexta, hora en que la campana suena a oración, cuando hallábanse los tres libertinos, de los que os he hablado, bebiendo y jugando alegremente en una taberna, y ocurrió que, desde allí sentados, oyeron el tintinear de una campanilla que anunciaba el paso de un cadáver.

Uno de los tres jóvenes dirigióse entonces al mozo y le dijo:

—Corre, sal a la calle y averigua quién es el muerto que llevan a enterrar y dime su nombre sin equivocarte.

—Señor —contestó el mozo—, no es menester que salga a la calle para averiguar su nombre, pues en verdad, que ya llevo por lo menos dos horas sabiendo quién es el difunto el cual era en vida uno de nuestros mejores amigos. Pero ved que la pasada noche mientras dormía, entró en su alcoba un maleante (al cual llaman los hombres muerte, y de cierto que ha quitado la vida en esta villa a muchas gentes) e hirió a este hombre en el corazón de modo que murió sin proferir palabra. Y de esta misma manera ha dado muerte a miles de personas en esta epidemia o plaga que todos venimos sufriendo. Por lo que os ruego, señor, andéis precavido ante tal temible adversario; esto me dijo mi madre y nada más puedo añadir.

—Por Santa María —habló el tabernero— lo que decís es verdad, y no andará muy lejos este tal Muerte, pues que en una ciudad que hay a una milla ha asesinado a muchos hombres, mujeres y niños, e incluso labriegos y pajes han caído bajo su furor; de ello deduzco que este extraño ser debe morar allí. Estemos pues sobre aviso, no vaya a hacernos una mala jugada.

—¡Ah, por los brazos de Dios y sus benditos huesos! —exclamó el libertino—. Si tan peligroso es ir en busca del tal Muerte, entonces yo iré por las calles y caminos hasta que lo encuentre. Y ahora, amigos míos, atended y, puesto que los tres no formamos sino un solo hombre, démonos las manos en señal de amistad y juremos proceder como hermanos matando al falso y pérfido Muerte. Y, así, antes del oscurecer démosle muerte para mayor gloria de Dios.

Y de esta manera prometieron los tres, bajo palabras de honor, vivir y morir uno para el otro como si fueran hermanos de nacimiento. Y alegráronse luego y llenos de vino y furor dispusiéronse a emprender el camino hacia la ciudad (de la cual les hablara el tabernero), y mientras, no dejaban de proferir espantosos juramentos, desgarrando con ellos el bendito cuerpo de Cristo, y así esperaban dar muerte a Muerte en cuanto tuvieran ocasión de ello.

Habían apenas caminado media milla, cuando, al ir a franquear una *saltadera*, hallaron junto a ella a un anciano que les dijo humildemente:

—Dios os guarde, señores.

Mas ved que el más engreído de aquellos disolutos le replicó:

—¡Eh, maldito rústico!, ¿por qué llevas tu cuerpo cubierto hasta los ojos? Y ¿por qué siendo tan viejo estás aún con vida?

Y el anciano mirándole fijamente le dijo:

—Porque a pesar que he llegado hasta la India, no he podido hallar en ciudad algún hombre que accediera a cambiar mis años por su juventud; por lo cual debo resignarme a vivir con ellos el tiempo que a Dios plazca. Mas,

ved ahí que ni el mismo Muerte puede arrebatarme la vida, y así me he vuelto en errante vagabundo. Noche y día golpea mi báculo sobre la tierra. Y digo: «Madre Tierra déjame reposar en tus entrañas, mira cómo se consumen mi carne, sangre y piel.



¿Cuándo hallarán mis huesos el deseado reposo? Y así mejor cambiaré todo el guardarropa de mi arca por una vieja mortaja en que envolverme». Pero ella no quiere otorgarme esta merced y por esto está mi semblante pálido y descolorido. Pero, señores, os he de advertir que no es cortesía hablar con

rudos modales a un anciano que no os injurió, y así lo hallaréis en las Sagradas Escrituras: «Poneos en pie ante el encanecido anciano». Por lo cual, os aviso de no hacer mal al anciano, si no queréis que al llegar a viejos, si es que llegáis, alguien os pueda dañar del mismo modo. Y ahora, que os proteja Dios en este viaje, que yo debo marcharme.

—Por Dios, no tan aprisa —dijo el otro de los disolutos—. Por San Juan que no te marcharás tan pronto; pues ahora mismo acabas de hablar del pérfido Muerte, el cual en verdad ha asesinado a muchos de nuestros amigos y temo que bien pudieras ser tú un espía suyo. Dime, pues, dónde mora esta maligna criatura, o por Dios y los Santos que lo pagarás caro. Porque tú, espurio bandido, has acordado con él darnos muerte a nosotros los jóvenes.

—Si tanto anheláis hallar a Muerte —replicó el anciano— encaminaos por este sinuoso sendero, pues sabed que, no ha mucho, he estado con él y le he dejado bajo un árbol del bosque. Y allí debe seguir aún. No temáis, que no ha de esconderse ante vuestro alarde. Ved aquel roble; allí le encontraréis. Que el Señor, que redimió a la especie humana, os salve y enmiende.

De esta suerte, el anciano habló. Y entonces corrieron aquellos disolutos y no pararon hasta llegar al árbol. Mas, ved que bajo su sombra hallaron ocho bolsas de recién acuñados florines y era su brillo tan hermoso que olvidáronse de buscar a Muerte y sentáronse junto a aquel preciado tesoro, holgándose del hallazgo.

Al cabo, el peor de ellos dijo:

—Hermanos, atended a lo que voy a indicaros, porque, aunque guste de bromear y hacer el loco, aún me queda juicio, y así os digo que la Fortuna nos ha dado este tesoro para que nuestras vidas se alegren con la diversión; por lo cual, propongo que gastemos de fácil manera el dinero que se nos ha dado con facilidad. Por el mismo Dios, ¡quién hubiera creído en tal suerte! Pero si éste pudiera ser trasladado a mi casa, o tal vez a la vuestra, de seguro que entonces nos sentiríamos todos más venturosos. Porque en verdad este oro nos pertenece y debe ser trasladado con la mayor prudencia y cautela, y, así, sugiero que se haga por la noche, y, ahora, echemos suertes y al que le corresponda, correrá a la ciudad y, contento y con buen ánimo, traerá pan y vino, mientras los dos restantes se quedarán a vigilar el tesoro. Si no tarda en llegar, esta misma noche podremos llevar el tesoro al lugar donde previamente hayamos acordado.

En efecto, cogieron tres pajas y la de la suerte recayó al más joven, el cual diligente se encaminó hacia la ciudad. En cuanto se fue, uno de los que quedaban dijo al otro:



—Sabes que eres mi hermano juramentado, por lo cual he de decirte algo, para tu propio bien. Como puedes ver, nuestro amigo ha partido dejando aquí suficiente oro para los tres; sin embargo, supón que yo hiciese de modo que el tesoro fuera sólo para los dos. ¿No te habría hecho un gran favor?

—No veo cómo puedes hacer esto —dijo el otro—. Nuestro compañero sabe que el oro está aquí, ¿qué podemos, pues hacer y decirle?

El primero de aquellos malvados respondió:

—Debes guardar silencio y luego te diré lo que haremos para acabar con bien este negocio.

—No temas —dijo el otro—, palabra que no te traicionaré.

—Bien has hablado —dijo el primero—; como sabes, somos dos, y dos tienen mayor fuerza que uno, por lo que, en cuanto oigas venir a nuestro compañero saltas sobre él, como retozando, y, mientras, le atravesaré yo de parte a parte, y tú luego, haciendo como si jugaras, haces lo mismo con tu puñal. Luego, querido amigo, podremos compartir el oro y jugar a los dados y satisfacer nuestros caprichos.

Y así, como ya he dicho, aquellos malvados acordaron dar muerte al tercero de ellos.

Mas he ahí que, hallándose el más joven de los tres compañeros en camino hacia la ciudad, no paraba su mente de reflexionar sobre aquellos tan brillantes florines. «¡Oh, Señor!» decía para sí. «Si este tesoro fuera para mí sólo, de cierto que entonces no habría bajo la capa del cielo hombre más feliz que yo». Al cabo, el demonio, nuestro enemigo, púsole en la mente la idea de

comprar un veneno para matar a sus dos amigos, y ved cómo debido a su mala vida, lo sedujo el diablo.

Y, entonces, aquel joven, sin ningún remordimiento, decidió matar a sus amigos, para lo cual fuese a un boticario de la ciudad y le rogó le vendiera un veneno para matar a las ratas y también a un gato montés que había matado a todos sus capones, por todo lo cual estaba ciertamente ansioso de exterminar a aquella plaga de alimañas.

—Válgame el cielo, si lo que te voy a dar no es puro veneno, violento y fuerte sin ninguna clase de mezcla. Y así te digo que aún tomado en dosis tan pequeña como un grano de trigo, es capaz de hacer perder la vida a toda criatura terrestre, y ello en tan corto tiempo como el que tú tardas en andar media legua.

El malvado rufián cogió la caja del veneno y, asiéndola fuertemente, corrió a la calle. Cerca de aquel lugar pidió prestadas tres botellas y en dos de ellas vertió el veneno, dejando vacía la tercera para beber él. Pues su propósito era trabajar con diligencia toda la noche con el fin de transportar el oro. Y al cabo llenó las botellas de vino y, albergando en su mente siniestras intenciones, retornó al lugar donde se hallaban sus compañeros.

¿Es menester hablar sobre lo que sucedió? Suponéis bien si pensáis que fue muerto por sus compañeros, pues éstos, como habían planeado, en cuanto llegó le dieron muerte.

Luego uno de ellos dijo:

—Ahora está hecho; sentémonos, pues, y holguémonos y bebamos, que luego enterraremos el cadáver.

Y mientras hablaba, empuñó la botella que contenía el veneno y bebió y luego que hubo bebido la pasó a su compañero, con lo cual uno y otro muy presto murieron.

Y en verdad creo que nunca Avicena escribió en ningún Canon de Medicina signos tan horribles como los que mostraron aquellos desgraciados al morir.

¡Oh, iniquidad de iniquidades! ¡Pérfidos asesinos! ¡Oh, perversidad, gula, lascivia y juego! Habéis con vuestros horribles juramentos blasfemado contra Cristo. Decidme, ¿cómo habéis podido ser tan ruines y falsos con el Creador que os hizo y redimió con la Preciosa Sangre de su Corazón? ¡Que Dios perdone, ahora, queridos hermanos, vuestras culpas y os libre del pecado de la avaricia! Sin embargo, sabed que yo mismo os puedo absolver de todo, si hacéis alguna ofrenda de monedas de plata u oro, o también algún broche, cucharas, sortijas o alguna libra esterlina.

Humillad, pues, la cabeza ante esta Santa Bula. Y yo inscribiré vuestros nombres en el registro y, con esto, ganaréis la bienaventuranza eterna. Absuelvo pues con mi sacro poder; libres quedan de culpas, y puros como nacieron, todos los que han ofrendado.

Ved, señores, de tal suerte yo predico y que Jesucristo, médico de nuestras almas, os conceda el perdón, que esto es lo mejor que podéis conseguir y no miento en afirmarlo.

Pero, de cierto que algo se me olvidaba en mi relato y es que llevo en mi alforja reliquias e indulgencias recibidas de manos del Papa, las cuales son tan buenas como puedan serlo las mejores de cualquier caballero inglés. Si alguno de vosotros está deseoso de hacer devota ofrenda y recibir mi absolución, acérquese y póstrese de rodillas para oír humildemente mi perdón. Y sabed que, aunque no nos detengamos en nuestro camino, podéis conseguir nuevas indulgencias siempre que os cuidéis de renovar la ofrenda en buenos peniques de plata u oro.

En verdad que es para vosotros gran honor, tener un bulero a mano capaz de absolveros en caso de ocurriros desgracia mientras cabalgáis por esta tierra. Pues bien pudiera ser que uno de vosotros o tal vez dos, cayeran desprevenidos de sus caballos y se rompieran la nuca. Pensad en el alivio que os representa el que vaya yo en vuestra compañía, pues siempre podré prestaros ayuda y absolver vuestras almas cuando éstas abandonen vuestros cuerpos.

Y propongo que nuestro Hostelero, que es el que más pecados tiene, comience. Ven, señor posadero, haz tu ofrenda el primero y luego puedes besar cada una de estas reliquias por el módico precio de seis peniques. No vaciles y afloja pronto tu bolsa.

—¡No, no! —exclamó el Hostelero—. Aunque la maldición de Cristo caiga sobre mí, no haré tal cosa, pues válgame el cielo si no eres muy capaz de hacerme besar tus calzones diciendo que son reliquias, aunque los hubieras manchado primero con tu trasero. Por la Cruz bendita de Santa Helena, te juro que mejor tendría a mi mano tus testículos que tus reliquias; deja que te los corte y ayude a llevarlos guardados como en relicario en una boñiga de puerco.

El Bulero no repuso palabra, porque era tal su furor que no pudo ni abrir la boca.

Advirtiéndolo, el posadero dijo:

—No quiero chanzas contigo ni con ningún hombre que no pueda mantener su cólera.

Pero en esto, viendo que los demás reían, acercóse el Caballero y dijo:

—Basta ya, alegrémonos, y vos, querido, señor Hostelero, os ruego beséis al vendedor de indulgencias, y vos, señor Bulero os pido que accedáis, de manera que reine de nuevo la paz y podamos reírnos y holgamos como hasta ahora…

Entonces Hostelero y Bulero se besaron y continuaron cabalgando su camino.

Prólogo al cuento de la viuda de Bath[84]

De no existir libros que tratasen sobre el matrimonio, de seguro mi propia experiencia bastaría para que opinara sobre los males que este estado encierra; pues sabed, señores, que cinco veces he casado por la Iglesia desde que cumplí los doce y han sido mis maridos todos de noble condición.

No ha mucho me dijeron que, al presentarse Cristo en una boda en Cana de Galilea, quiso darme a entender que no debería casar más de una vez; pero también guardo presentes las palabras que dijo a la Samaritana: «Has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu esposo». Esto fue lo que dijo Cristo, mas lo que quiso decir no lo sé. Pero, ¿por qué el quinto hombre de la Samaritana no era su esposo? ¿Cuántos hombres pudo ella tener en matrimonio?

En mi vida no he oído definición sobre las veces que puede casar una mujer y así cada cual interprételo a su manera. Pero sé, y de esto estoy bien segura, que Dios nos ordenó: «Creced y multiplicaos» y estas palabras son tan claras que puedo entenderlas. Y, así, Él también dijo: «Dejarás padre y madre y te unirás a la mujer». Pero en verdad que no mencionó nunca el número, la bigamia o la octogamia. ¿Por qué se atreven pues los hombres a juzgar a esta última como una villanía?

Ved, si no, al sabio rey Salomón, el cual tuvo de seguro muchas esposas[85], solazándose con ellas. Y bien quisiera yo holgarme aunque fuera la mitad de lo que él se holgó con sus mujeres. Y así creo que ningún ser de este mundo tuvo mejor vida que él, siendo el Señor testigo de los buenos ratos que pasó cada primera noche con sus mujeres.

Loado sea Dios por haber casado yo cinco veces. Y bien venido sea el sexto de mis maridos, pues de cierto no quiero mantenerme largo tiempo casta; así, si mi esposo abandonase este mundo, presto casaría con otro cristiano. Porque según dice el Apóstol, puedo, en nombre de Dios, casarme donde y cuando me plazca, y añade: «No hay pecado en el matrimonio» y «Siempre es mejor casarse que abrasarse».

Así que tanto se me da que la gente vitupere al pérfido Lamech con su bigamia. Sólo sé que Abraham fue un santo varón y lo mismo fue Jacob (como otros muchos); sin embargo, ambos tuvieron más de dos mujeres. Mas, decidme, ¿en qué lugar prohíbe Dios expresamente el matrimonio? Y decidme también, ¿dónde prescribió Él la virginidad?

En verdad que no hay contestación, pues que no la hubo tampoco para San Pablo el día que éste le interrogó sobre ella al Señor.

Y el Señor dijo: «No tengo precepto para la virginidad».

Así pues, a una doncella pueden aconsejarla permanecer virgen, pero un consejo no es ciertamente un mandamiento. Dios dejó, pues, este negocio a nuestro albedrío, porque de haber ordenado la virginidad, habría con ello condenado al matrimonio.

Por lo que yo os digo que, si la simiente no hubiera sido sembrada, ¿de dónde ahora tendríamos vírgenes? Y así el mismo San Pablo no osó ordenar en materia donde su Maestro no había preceptuado nada. Sin embargo, hay en la meta de la virginidad buen galardón, mas, «alcáncelo el que más corra». Empero esta sentencia no toca a todos sino sólo a los que Dios, con su poder, le place conceder.

Reconozco que el Apóstol era virgen y, aun cuando aconsejaba a los otros seguir su ejemplo, con esto no hacía más que aconsejar la virginidad. De ello se deduce que nos dio licencia para casarnos, por lo que una mujer que haya perdido al marido hará bien en casarse y no habrá en ello pecado, siempre que no use de la bigamia. No obstante, no es de alabar en el hombre el tacto carnal con la mujer; pues siempre se dijo que fuego y estopa al fin arden.

En fin, el Santo quiso preconizar la virginidad como mejor que el matrimonio, entendiendo como a tal, aquél en que marido y mujer proponen vivir en castidad toda la vida.

Admiro a la doncella virgen, mejor que a la bígama, mas no envidio a aquélla. Muchos son los que desean mantenerse puros de cuerpo y alma, pero en mi caso no alardearé de tal estado, pues, como sabéis, no todas las vajillas de una casa son de oro. Las hay también de madera, que hacen buenos

servicios. Y así el Señor llama a las gentes por diversos caminos y cada uno recibe un don particular de Dios, que distribuye a su albedrío.

Gran perfección es la virginidad, siéndolo asimismo la continencia; pero Cristo, del cual emana toda perfección, no dijo a todos: «Vended, dad a los pobres cuanto tengáis y seguid el camino que os indico». Y al hacerlo, dirigíase sólo a los deseosos de vida perfecta. Y yo, señores, no la deseo. Antes al contrario, prefiero pasar mis mejores años ejercitando los actos del matrimonio. Si no, decidme, ¿para qué fueron hechos los órganos generativos del hombre? Estad seguro que para nada no fueron hechos, ni tampoco hiciéronse con el solo fin de expulsar la orina. Mas digo que estos pequeños órganos fueron hechos para distinguir al varón de la hembra y sólo con este propósito. La experiencia lo demuestra, por lo que no vale contradicción. Empero, para no ofender a los clérigos, diré que estos órganos se formaron para ambas cosas: servir al cuerpo y procreación, siempre que con ello no ofendamos a Dios. Y, si esto no fuere, ¿por qué se escribió en los libros que el esposo deberá pagar a la esposa su débito?, y ¿cómo hubiera éste pagado de no utilizar el adecuado instrumento?

De esto deducimos que estas cosas fueron dadas a los seres para la procreación y expulsión de orina. Y no es que con ello diga que deba todo hombre emplear sus arreos en la generación, porque esto iría en contra de la castidad.

Cristo, aunque vivió como hombre, se mantuvo casto toda su vida y cómo El hicieron muchos santos. Personalmente nada tengo contra la doncellez; mas sean ellos panes de pura harina, que nosotras lo seremos de cebada; empero, sabed que este pan es nutritivo y, con él, alimentó el Señor a miles de cuerpos, al menos esto dijo el Apóstol.

Así yo perseveraré en mi estado, en el cual Dios me llamó, y, como no me ando en dengues, seré, cuando sea esposa, generosa en usar mi instrumento[86], porque Dios me lo ha dado y castígueme Él si no lo uso con largueza. Y así mi marido dispondrá de la noche y del día y podrá pagarme su deuda cuando le plazca.

Marido quiero, marido que sea deudor y también mi siervo, y quiero, mientras sea esposa, que tenga en su carne tribulación. Debo, durante toda mi vida, tener poder sobre su cuerpo, pero no él. Eso es lo que dice el apóstol San Pablo a los esposos cuando ordena a éstos que se amen. Y yo apruebo lo que él dice porque me complace grandemente.

A esto habló el Bulero, diciendo:

—¡Por Dios y por San Juan!, señora, que sois buena predicadora en esta materia; yo he estado a punto de casarme, pero, si mi cuerpo ha de pagar por ello precio tan alto, en verdad, que prefiero no tomar mujer.

—Espera —dijo la señora—, aún no he comenzado mi cuento, y, antes que yo calle, beberás de otro tonel, aunque su sabor sea más amargo que el de la cerveza. Y cuando oigas mi cuento sobre las tribulaciones del matrimonio, las cuales he experimentado toda mi vida, pues he sido un verdadero azote, podrás luego decidir si te conviene o no beber del barril que yo destapone. Pero sé cauto en no aproximarte demasiado. Pues según dice Ptolomeo en su Almagesto: «Quien no aprende en cabeza ajena, hará aprender a los demás en la suya propia».

—Señora —dijo el Bulero— empezad el cuento y, a la vez, adoctrinadnos, pues que, siendo jóvenes, carecemos de experiencia.

—Bien —dijo ella— ya que, según parece, esto os complace, empezaré mi cuento, pero con la condición de que nadie en la compañía tome por ofensivas mis palabras, porque mi propósito es sólo divertiros.



Y ahora, señores empezaré el relato. Así no beba yo más vino o cerveza si miento al deciros que de mis cinco maridos, tres fueron buenos y dos malos. Los tres buenos, eran ricos y ancianos y apenas podían pagarme el débito de su cuerpo. Yo me río ahora cuando pienso en los trabajos y afanes que hicieron por la noche para cumplir conmigo. Mas sabed que yo, a esto, no le daba importancia.

Diéronme al cabo sus tierras y riquezas y así no tuve que retozar con ellos para conseguir su amor ni tampoco reverenciarlos.

Mas, el cielo sabe, que aunque estos ancianos me amaban tanto, yo no hice ningún caso de su amor. Una mujer sensible procura siempre conquistar el amor que no tiene; mas, ¿para qué había de esforzarme en agradar a estos maridos cuyos bienes y propiedades eran ya míos? Y así les tenía yo en la palma de la mano y púseles en tales aprietos que muchas noches oí sus quejas.

Y no, no trajeron a casa el tocino que muchos casados ganaban en Dunmon Flitch. Sin embargo, los gobernaba tan bien, imponiéndoles mi voluntad, que todos fueron dichosos y a menudo traíanme buenas cosas del mercado. ¡Cuán felices eran cuando les hablaba cariñosamente porque, bien sabe Dios, que solía yo reprenderlos duramente!

Mas atended, vosotras que sois esposas y podéis entenderme. Ved cómo yo me conducía con mis maridos: primero, sabed que no hay varón capaz de mentir tan atrevidamente como una mujer, y aquí no me refiero a las mujeres sabias y prudentes, sino a las que a menudo se equivocan. Pues de cierto que una mujer discreta, que sabe cuál es su provecho, puede hacer que su esposo vea negro allí donde hay blanco, y no contenta con esto, poner a su propia doncella por testigo.

Pero, escuchad a lo que yo decía: «¡Eh, señor, viejo loco! ¿Por qué la esposa de mi vecino está tan alegre y viste tan ricos trajes? Donde quiera que vaya es bien recibida, mientras yo, no tengo vestido que ponerme y debo permanecer en casa. Mas dime, ¿qué se te ha perdido a ti en casa de mi vecino? ¿Acaso tan hermosa es? A más, te he oído cuchichear con la doncella. En verdad que eres un viejo incorregible y rijoso. Toma descanso y deja tus malas mañas. Mas he ahí, que si debo, por algún azar, ausentarme yo para visitar a algún pariente o amigo, chillas entonces como un demonio. En cambio, no reparas en venir a casa borracho como una cuba y entonces aprovechas para sermonearme y me dices que es gran desgracia casar con mujer pobre por los gastos que ocasiona; pero si es rica y bien relacionada, me dices que es puro tormento soportar su orgullo y humores. Si es hermosa, aseguras que cualquier libertino puede quitártela, de manera que siendo

asediada no podrá permanecer casta. Y, así, me dices que algunos de vosotros preferís las mujeres por sus riquezas, mientras a otros les agrada que sean hermosas o con lindo cuerpo y también que sepan bailar o cantar y que su trato sea cortés y que sean sus brazos finos y largos y su talle esbelto. Y ¡que el diablo ande con todo ello! Pues, según tú opinas, malamente puede una muralla defenderse cuando es atacada largo tiempo por todas partes.

»Y si es fea, entonces la acusas de apetecer todo hombre y de buscar a cualquiera que se entienda con ella. Pues no hay gansa que, por parda que sea, no busque al ganso. Esto es lo que dices, y así aseguras que es difícil gobernar a una doncella cuando no hay hombre que quiera retenerla. ¡Maldito bellaco! Así es como hablas cuando vas a la cama y luego dices que ningún hombre que se tenga por sabio o quiera ir al cielo, debería casarse; pero yo te digo que maldito seas y que mal rayo parta tu provecta nuca.

»Afirmas que humo, gotera y mujer regañona al hombre echan de su casa. ¡Ah, tunante! Dices que bueyes, caballos, perros y jumentos se prueban una y otra vez, e igual hacemos con las jofainas, vajillas, cucharas, taburetes y demás enseres antes de comprarlos; pero nadie ensayó con la esposa antes de casarse, y así dices, ¡viejo maligno!, que luego, después de casados, sacamos nuestros vicios.

»También dices que me siento disgustada si no me haces el amor de continuo o descuidas de alabar mi belleza o pasas por alto el día de mi cumpleaños. También me acusas de sentirme molesta cuando eres descortés con mi doncella, mayordomo, allegados de mi padre o amigos y tal dices, por lo que yo te replico que no eres más que un viejo barril lleno de patrañas.

»Y aún has llegado a sospechar de nuestro aprendiz Jankin, por tener el pelo rubio y servirme de escudero, a veces, cuando salgo. Pero te digo que no me gusta y no sería mío, aunque murieras mañana.

»Empero, viejo maldito, ¿por qué no me dices dónde escondes la llave del arca? Pues tan mía como tuya es; ¿o acaso me tienes por necia? Y así te digo por San Jaime, que no poseerás mi cuerpo y mis bienes a la vez, sino que deberás escoger entre uno y otro. Y deja ya de espiarme y seguir mis pasos, pues que no parece, sino que quieras tenerme encerrada en un arca. Sin embargo, he aquí lo que deberías decir: “Querida esposa, vete donde te plazca, entretanto, mi bella Alice, sé que me eres fiel y ningún chisme llegará a mis oídos”.

»Porque nosotras no amamos al hombre que pone especial cuidado en vigilar nuestras idas y venidas. No, mejor preferimos sentirnos libres. Bendito, sobre todos los demás, sea el sabio filósofo Ptolomeo pues que en su

Almagesto dice: “De todos los hombres es más sabio el que no se preocupa de saber si hay otro más rico que él”. De esta sentencia puedes deducir: teniendo tú bastante riqueza no te preocupes de los demás mientras a ti no te falte.

»Pero tú no debes quejarte, porque en verdad, me tendrás a mí por la noche cuantas veces quieras. Porque ¿hubo nunca alguien tan tacaño que no diese a otro luz para su linterna? ¿Tuvo, después de dársela, menos luz? No debes, por tanto, lamentarte, pues bastante tienes.

»Dices también que, si nosotras nos ataviamos con ricos vestidos y joyas, y ponemos a prueba nuestra castidad, y, para arreglarlo, añades el texto de San Pablo que dice: “Vosotras, mujeres, debéis ataviaros con vestidos sobrios y decorosos y vuestro pelo no debe ser trenzado, ni llevar en él broches ni ricos paños”.

»En verdad, señor viejo loco, que he de hacer tanto caso de tu sentencia como de la del Apóstol. ¿Por qué, pues, no dejas de espiarme? Ni los cien ojos de Argos[87] podrán guardarme mejor de lo que yo me guardo, porque yo, haciéndolo según mi deseo, me burlo de los dos y me quedo contenta.

»También dices que hay tres cosas que conturban la paz de la tierra y que nadie puede sufrir la cuarta. ¡Oh señor regañón, que Dios acorte tu vida! ¿Por qué predicas que la mujer odiosa trae la desgracia e infortunio? ¿Acaso no dispones de mejores semejanzas para usar en tus ejemplos?

»Luego comparas el amor de la mujer al del infierno y a la tierra estéril. Lo comparas también al fuego griego; el cual cuanto más arde, tanto más desea consumir todas las cosas. Y así dices que, igual que el gusano destruye al árbol, la mujer destruye a su marido. En fin, los casados lo sabrán».

Señores, así hablaba yo a mis maridos haciéndoles creer que, en sus borracheras, tales cosas habían dicho; era falso, pero mi sobrina y Jankin me servían de testigos. ¡Ah, Señor, cuánta angustia y celos causaba a mis inocentes maridos! Porque yo, como la yegua, un día muerdo y al otro espero ser acariciada. Y así, aunque muchas veces tenía la culpa, procuraba quejarme la primera; pues, de cierto que quien va antes al molino antes muele, y de esta manera, quejándome yo antes, no proseguía la pelea.

Acusaba a uno de mis maridos de ir en busca de mujeres, cuando estaba tan enteco que apenas se sostenía de pie. Sin embargo, esto servía para que yo le halagase y demostrara mi cariño. Y así, mis salidas por las noches, las justificaba diciendo que iba a espiar la moza con quien se refocilaba y, con este pretexto, me corría no pocas aventuras. Porque sabed que Dios ha dado a las mujeres el engaño, las lágrimas y la habilidad de hilar, con lo cual

podemos ganar a los hombres en toda cosa por medio de la astucia, la fuerza, también, las lamentaciones.

Y os diré, que en la cama era donde ellos parecían más desgraciados, porque allí me lamentaba yo y no les complacía. De modo que en cuanto notaba el brazo de mi esposo en mi costado, ya no quería permanecer en cama hasta que me hubiese pagado su rescate y, luego, le permitiría hacer lo que quisiera. Todo en este mundo tiene su precio y no se puede cazar al halcón con las manos vacías. Y así, para mi provecho, tenía que aguantar su lujuria y aun demostrar un apetito que no sentía; pues nunca he gustado de saborear el tocino viejo. Por esto era yo tan regañona con ellos. Sin embargo, y Dios me ayude a decir verdad, si tuviera que hacer ahora testamento, de cierto que no habría en él palabra que no hubiera pagado a mis maridos. Y me conducía con tal ingenio que ellos siempre cedieron, pues, de lo contrario, para él no hubiera habido descanso. Aunque se pusiera furioso como un león, yo nunca cedía y, para ablandarle, solía decirle. «Querido, mira a nuestra oveja Wilkin, qué aspecto tan manso tiene. Ven junto a mí, querido esposo, y bésame en la cara». Y luego le reprendía diciendo: «Debes ser más paciente y humilde y tu conciencia más escrupulosa para contigo mismo. ¿Por qué predicas tanto sobre la paciencia de Job? Y así, puesto que tan bien predicas, sé tolerante, y si no, yo te enseñaré a buen seguro a mantener la paz en casa. Uno de nosotros debe ceder, pero siendo el hombre más razonable que la mujer, es lógico que seas tú el que se someta. Para, pues, de gruñir y lamentarte, y si tanto deseas mi cuerpo, tómalo de una vez por entero, aquí lo tienes.

»Por San Pedro seas maldito. ¡Pues no lo deseas con pocas ansias! Porque si yo quisiera vender lo mío, de seguro que entonces no me faltarían trajes ni otras lindezas, y bien sabe Dios que lo que digo es verdad».

De esta manera razonábamos mi esposo y yo, que era el tercero. Mi cuarto marido era disoluto, y con esto quiero decir que tenía una amante. Yo era joven y vigorosa, audaz y alegre como una urraca, no tenía más que saborear un trago de vino dulce, para que bailara al son del arpa o cantara como un ruiseñor. Porque sabed, que ni el mismo Metelio (aquel cerdo malvado que mató a su esposa porque no dejaba de beber), de ser yo su esposa, hubiera logrado quitarme el vino. No, porque después del vino pienso yo en Venus, y, así como el frío engendra el granizo, la boca bebedora engendra lascivia. Mujer ahíta de vino, escasa defensa tiene. Y esto lo saben bien los libertinos.

Pero cuando recuerdo mi juventud y mi alegría, siento cosquillear mi corazón en todas sus fibras, y pienso que bien hice entonces en correr el mundo; porque ahora, ¡ay de mí!, ya soy vieja y la belleza ha huido de mí.

Adiós digo a todo y ¡que el diablo cargue con ello! Nada me queda pues; no soy flor de harina sino salvado y debo vender éste lo mejor que pueda. Porque a pesar de todo quiero holgarme.

Quiero hablaros ya de mi cuarto marido, el cual sentía tanta inclinación por su amante que llenaba mi corazón de despecho; pero, por Dios y San José, que pagó cara su desvergüenza, porque yo, hícele para él un báculo de la misma madera. No con deshonor para mi cuerpo, pero sí mirando a los hombres con tal cara que hacía enfurecer a mi esposo y freírse en su propia salsa. Y así, Dios bien sabe que fue para él su purgatorio, por lo que espero que ahora Él lo acoja en la gloria. Porque sólo Dios y él saben cuán amargamente le hacía sufrir. Y murió un día al regresar yo de Jerusalén y ahora se halla enterrado bajo la peana de una cruz, pero su tumba dista mucho de ser como la de Darío, la cual fue esculpida por Apeles. Porque, en verdad, que hubiera sido gasto inútil invertir mucho oro en su tumba. Y así le digo adiós ahora y que en paz su alma descanse.

Os hablaré ahora de mi quinto marido, Dios le guarde del fuego del infierno. Fue para mí el peor de todos mis esposos, lo cual experimenté muchas veces en mis costillas y nunca mientras viva dejaré de experimentar. Sin embargo, era en la cama retozón y alegre y sabía acariciarme tan bien que siempre conseguía mi «*belle chose*», y así, aunque me molía a palos, lograba pronto reconquistar mi amor.



Pero, por ser avaro en prodigarse, yo le amaba más. Pues en verdad digo, y no miento, que nosotras las mujeres despreciamos cuanto se nos da y apetecemos lo escaso. Porque la gran demanda en el mercado encarece los géneros y los demasiado baratos en poco se estiman. Y esto es sabido por toda mujer que no carezca de ingenio.

A mi quinto marido (que Dios bendiga su alma); le tomé por amor y por dinero. Había sido estudiante en Oxford y, luego de dejar la escuela, entró de pupilo en casa de una amiga mía que vivía en la ciudad y se llamaba Alison (Dios haya acogido su alma). Tal era el grado de amistad que me unía a aquella comadre mía que conocía mis más secretos pensamientos mejor que nuestro cura párroco; yo le confiaba todo; si mi marido orinaba en la pared y aun si hubiera hecho algo que le costara la vida, yo se lo hubiera dicho a ella y también a mi buena sobrina Alice a quien apreciaba mucho, y así a ambas les hubiera contado todos los secretos de mis maridos y de cierto que muchas veces lo hice y puse con ello (Dios lo sabe), la cara de mi marido roja de vergüenza e hice que más de una vez se arrepintiera de haberme confiado sus secretos.

En cuaresma solía yo visitar a mi amiga, pues gustaba de andar en los meses de marzo, abril y mayo yendo de casa en casa y oyendo los chismorrees que podía. Mi marido pasó aquella cuaresma en Londres y yo tuve tiempo para divertirme, para ver y para ser vista. ¿Cómo pude sospechar dónde y en qué lugar se me volvería la suerte? Por eso asistí a fiestas, procesiones y peregrinaciones, a bodas y representaciones de milagros, luciendo para ello mis mejores trajes nacarados, que, a decir verdad, nunca la polilla ni insecto pudo atacar. ¿Sabéis por qué? Por lo viejos y usados que estaban.

Mas ahora os diré lo que me ocurrió un día paseando en el campo con el estudiante, del cual ya os hablé. Ciertamente nos llevábamos muy bien él y yo, y así yo le hablé de mis planes para el porvenir, diciéndole que cuando yo quedara viuda se casara conmigo. Porque en verdad, y no lo digo por arrogancia, nunca quiero en cuestiones de matrimonio andar desprevenida, ni en otras cosas tampoco, porque no diera yo una higa por el ratón que en su casa tiene sólo un agujero para escapar, pues si éste le falla, entonces todo concluye:

Y así, hice yo creer al estudiante que me había hechizado (mi madre me enseñó este ardid), también le dije que soñaba con él la noche entera y que en el sueño quería matarme en el mismo lecho donde dormía y que mi cama estaba llena de abundante sangre. Sin embargo, añadí, esperaba que él obraría

bien conmigo; pues la sangre significa oro, o al menos esto me enseñaron. Mas todo lo que decía eran mentiras, porque nada de aquello había soñado. Y lo único que hacía era seguir los consejos de mi madre, tanto en esto, como en muchas cosas más.

Pero, ¡pardiez!, no hago más que perder el hilo de mi historia y así, pues, dejad, señores, que continúe con el cuento.

Cuando mi cuarto marido estuvo en el ataúd, lloré y me enluté como es costumbre en las esposas, y cubrí mi cara con un pañuelo; pero, como estaba provista de otro compañero, de cierto que lloré muy poco.

Al día siguiente, fue llevado mi difunto esposo a la iglesia y seguíanle los vecinos en señal de luto. Uno de ellos ¡Dios me ayude!, era el estudiante Tankin y ved que al mirar yo sus piernas y pies por detrás del ataúd, éstas me parecieron tan esbeltas y hermosas que le entregué todo mi corazón.

Creo que contaba él veinte años, y yo, si he de decir verdad, contaba cuarenta inviernos, pero con todo tenía yo un diente de nacimiento y los demás separados lo cual es signo de Venus. Y Dios me ayude, si no era yo hermosa y apasionada, rica y muy alegre, por todo lo cual me habían dicho mis maridos que era el mejor *juguete*[88] que podía haber.

Y así hallóme él, bajo la influencia de Venus. Porque Venus encendió mi pasión y me dio valor. Mi signo fue Tauro, que es casa de Marte. Mas ¡ay de mí!, que siempre deba ser pecado el amor. Guiada por las estrellas, he seguido mi inclinación, lo que hizo que yo pudiera siempre procurar para mi casa de Venus un buen compañero y aún llevo en mi cara la señal de Marte, así como también en otro lugar privado. Y, así Dios me salve, como en el amor no tuve discreción, pues siempre seguí mis propios apetitos, fuera éste corto o largo, alto o bajo. Y nada me importaba si el hombre me complacía, aun cuando fuese pobre o de cualquier condición.

Y qué más puedo añadir, sino que, al final de aquel mes, el jocoso estudiante casó conmigo con gran solemnidad. Yo le di mis tierras y mis rentas, las cuales fuéronme dadas hasta entonces; empero, pronto me arrepentí de lo que había hecho, pues él no complacía ni un solo deseo mío.

Por cierto, que un día me pegó en la oreja tan fuerte que aun ando medio sorda y sólo porque había roto una hoja de uno de sus libros. Yo era indomable como una leona, pendenciera, y gustaba de ir de casa en casa, aunque él me lo prohibiera. Y por estas razones me predicaba él constantemente viejas leyendas de los romanos. Y me decía cómo Simplicio Galo abandonó a su esposa para siempre, por el hecho de haberla visto en el portal sin el manto.

Hablábame también de otro romano que repudió a su esposa por haber ido a los juegos de verano sin su consentimiento. Y entonces cogía él la Biblia y me repetía la sentencia del Eclesiastés, donde se ordena a todo hombre prohíba a su mujer andar por una y otra parte. Y luego me decía: «Quien edifica su casa de mimbres, lleva su ciego caballo por tierra de barbecho o permite a su mujer correr a visitar santuarios, ciertamente nunca será colgado en la horca».

Pero poco me importaban sus discursos y así no hacía yo caso de sus viejas sentencias, porque en verdad no me gusta ser corregida por nadie. Y aun cuando él se enfurecía conmigo, yo no cedía nunca.

Y ahora os diré la verdad del porqué rompí una hoja de su libro lo cual hizo que me golpeara tan fuerte, hasta quedarme sorda:

Tenía él un libro que leía día y noche con delectación[89]; llamábase este libro «Valerio y Teofrasto», y encontró tal diversión en él, que en cuanto fijaba en él sus ojos, ya estaba dando fuertes carcajadas. Tenía también otro, escrito por un romano, en donde se atacaba a Joviniano, y varios tomos más sobre Tertuliano, Crisipo, Trótula y Eloísa[90], que se fue de abadesa no lejos de París; y también los Proverbios de Salomón y de Ovidio (sobre el arte de amar) y muchos otros encuadrados todos en un solo volumen.

Por la noche o durante el día, en cuanto se hallase desocupado de otros trabajos, leía él en aquel libro cosas sobre las mujeres malas, hasta llegar a saber más historias de ellas que de vidas de mujeres buenas de la Biblia. Porque no hay escritor que hable con bien de una mujer, exceptuando cuando lo hace de la vida de las santas, pero en ningún caso más; estad seguros. Decidme, ¿quién sino un hombre pintó el vencido león? Por Dios, que si las mujeres hubieran escrito historias, como lo han hecho los hombres, hubieran en verdad puesto en ellas tantas maldades de éstos, que ni todos los hijos de Adán juntos podrían reparar.

Los sabios descienden de Mercurio, las mujeres somos de Venus[91], y así entre ambos hay fuertes discrepancias, pues Mercurio ama la ciencia y Venus el amor y la extravagancia. De modo que su posición es diversa, experimentando cada uno depresión en la exaltación del otro. Y así (Dios lo sabe), cuando Piscis es exaltado, Mercurio cae en humillación y Venus es sublimada. Ved aquí la razón por la cual nunca una mujer será alabada por un sabio. Y éste, cuando es viejo, no sirve para el matrimonio, se sienta y comienza a escribir mal de las mujeres diciendo que no pueden ser fieles al matrimonio.

Pero volvamos al asunto, porque, como os decía, fui golpeada a causa de un libro. Cierta noche leía junto al fuego; primero leyó la historia de Eva, su maldad, la cual trajo el infortunio a la humanidad, por la cual Jesucristo tuvo que redimirnos con la preciosa Sangre de su Corazón. Luego, seguía un texto en el cual expresamente se citaba a la mujer como la ruina del linaje humano. Después, me leyó cómo Sansón perdió su cabello en manos de una mujer y cómo esto fue causa de que quedara ciego; también me leyó acerca de Hércules y Deyanira, siendo ésta la culpable de que él se arrojara al fuego. No olvidaba tampoco los dolores y tribulaciones que sufrió Sócrates con sus dos esposas y cómo Xantipa orinó sobre su cabeza y cómo él quedó callado como un cadáver y secó su cabeza diciendo: «Antes que el trueno se extinga, viene la lluvia».

Le placía enormemente la maldad. Pasifae[92], reina de Creta… Mas no voy a hablar de sus horribles placeres y deseos, porque en ellos hay miedo y pavor.

Con el más grande entusiasmo leíame también Clytemnestra[93], la cual pérfidamente hizo matar a su esposo por lascivia. Y así me relataba cómo Anfiaro perdió su vida en Tebas[94]. Mi marido tenía la historia de Erifila, la cual por un collar de oro reveló a los griegos el lugar de su escondite, con lo que halló la desgracia en Tebas.

Me habló de Livia[95] y de Lucidia[96] que hicieron morir a sus esposos, una por amor; la otra por odio. Livia envenenó a su marido al atardecer, porque le odiaba; mientras Lucidia, en su impudicia, amando tanto a su marido, le dio muerte para que no pensara más que en ella, y diole un afrodisíaco tan fuerte que murió antes del amanecer.

De esta manera ocurre que de un modo u otro los maridos llevan siempre la peor parte.

Luego, él me contaba, cómo un tal Laturnio, se lamentaba con su amigo Arrio sobre un árbol del jardín, del cual por celos habíanse colgado sus tres esposas. «Querido amigo —le contestaba su amigo Arrio—. Dame un tallo de tu maravilloso árbol y lo plantaré en mi propio jardín».

Y, así, leíame también, que en fechas más recientes, habían las esposas matado en el lecho a sus maridos y dejado sus cadáveres tendidos en el suelo mientras permitían a sus amantes pasar la entera noche con ellas; y cómo otras les hincaban clavos en la cabeza mientras dormían. Y de esta manera tan cruel, los mataban y también vertiendo en sus bebidas fuertes ponzoñas. En verdad, que no es posible concebir lo malamente que mi marido hablaba y

aún, a pesar de ello, conocía él más proverbios que hierbas y semillas hay en el mundo.

«Mejor vivir con león o dragón horrible que con mujer regañona». Esto es lo que decía y también que es mejor vivir en el desván que en casa con enfurecedora mujer, pues tan perversas son y tan amigas de llevar la contraria, que siempre aborrecen lo que los maridos aman. Y decía: «Una mujer pierde la vergüenza cuando se saca la camisa» y «Una mujer hermosa, a menos que también sea casta, es como anillo de oro en hocico de cerda». ¿Quién podía imaginar o suponer el dolor y el tormento que sentía yo en mi corazón? Cuando vi que no llevaba camino de terminar la lectura de aquel maldito libro en toda la noche, con brusco y veloz movimiento, le arranqué tres hojas del volumen que leía y a la vez dile con el puño en la mejilla tan fuerte golpe, que lanzó a Jankin muy cerca de la lumbre. Y entonces, saltando sobre mí como bestia salvaje, diome una puñada en la cabeza de manera que quedé yo en el suelo como muerta. Cuando vio mi esposo que permanecía sin moverme, lleno de miedo se dispuso a huir; pero yo dije:

—¡Ay, me has matado! ¡Traidor! Sí, me has matado para obtener mis tierras; sin embargo, antes de morir he de besarte.

Entonces, él se acercó y arrodillándose cortésmente dijo:

—Alison, amada y dulce Alison, no te pegaré más. Tú tienes la culpa de lo que he hecho. Perdónamelo, te lo suplico.

Pero yo entonces, golpeando una vez más su mejilla, le dije:

—¡Ladrón, así estoy vengada, y ahora no puedo hablar más! ¡Voy a morir!

Al cabo, entre aflicciones y dolor, vinimos a hacer las paces poniéndonos de acuerdo en que yo llevaría el gobierno de la casa, de sus bienes y también de su lengua y mano. Le hice quemar aquel libro. Así, cuando por mi habilidad tuve la soberanía, él me dijo:

—Mi fiel esposa, haz lo que te plazca mientras vivas, pero guarda mi honor y mi dignidad. Y desde aquel día jamás tuve disputa alguna.

Y Dios me valga si halláis entre Dinamarca y la India mujer que más cariñosa sea con su marido de lo que yo fui, y él me correspondía del mismo modo. Y pido a Dios en su majestad bendiga su alma y tenga de él misericordia.

Y ahora, si queréis escucharme, empezaré mi historia.

Conversación entre el Fraile y el Alguacil

Cuando el Fraile hubo oído todo esto, se echó a reír y dijo:

—Señora, así tenga yo felicidad y gloria, como que esto es largo preámbulo para una historia.

—¡Por los brazos de Dios! —intervino el Alguacil—, siempre han de entremeterse los frailes, y así, al igual que las moscas al posarse en los platos, se meten en todos los asuntos. ¿Qué hablas tú de preámbulo? Sigue andando al paso o al trote porque en verdad que estás estorbando esta diversión.

—Así que ¿tal pensáis de mí, señor Subdiácono? —replicó el Fraile—, pues de cierto he de contaros un cuento, antes que me marche, el cual es de un alguacil y hará reír a todas las gentes que aquí van.

—Inténtalo —dijo el otro— que yo haré lo mismo, y así te digo que antes que lleguemos a Sitingbourne, sea yo maldito si no cuento dos o tres historias sobre frailes que llenarán de congoja tu corazón, pues por lo que veo, estás muy cerca de perder la paciencia.

—¡Silencio! —gritó el Hostelero—. Permaneced callados y dejad que la señora cuente su historia. Os comportáis como si estuvierais llenos de cerveza. ¡Ea! Señora, contad vuestro cuento.

—Estoy dispuesta, señor —dijo ella—. Empezaré en seguida si este digno fraile me da licencia.

—Contad con ella señora —repuso el Fraile—. Os escucho.

Cuento de la viuda de Bath[97]

EN LOS antiguos tiempos del rey Arturo, cuya merecida fama conocen los britanos, toda esta tierra se hallaba llena de huestes de hadas. La reina de éstas y su alegre compañía danzaban a menudo sobre las verdes praderas. Era esto, según he leído, una antigua creencia de hace cientos de años. Pero en estos tiempos ya no hay hadas por los campos; pues las oraciones y la caridad cristiana de los mendicantes y otros santos frailes que recorren toda tierra y todo río de este país con tanta asiduidad como motas de polvo en rayo de sol, bendiciendo salones, cámaras, cocinas y alcobas, ciudades, torres y aldeas, graneros, lecherías y establos, han visto que aquí no hay hadas. Y en el lugar donde ellas moraban, recorren ahora los frailes mañana y tarde rezando maitines y otros oficios, mientras visitan la demarcación. Y así las mujeres pueden andar con seguridad bajo arboledas y matorrales, que no han de hallar otro ser sino algún fraile, el cual ciertamente no ha de hacerles daño.

Ocurrió pues, que tenía el rey Arturo en su corte a un alegre caballero; el cual, cabalgando cierto día hacia casa, vio junto al río a una doncella y descendiendo de su caballo, arrebató a viva fuerza su doncellez. Esta violación levantó tal clamor y hubo tantas instancias en la corte del rey Arturo, que el caballero fue condenado a muerte. Y de cierto hubiera perdido la cabeza, pues tales eran las leyes, a no ser por la reina y otras damas, que pidieron al rey gracia por él, hasta que accedió aquél en poner la vida del caballero en manos de la reina, dejando que ésta decidiera si debía ser muerto.

La reina dio gracias al rey con todo su corazón, y al cabo de un día o dos habló con el caballero y le dijo:

—Es verdad que tu situación es harto difícil, pues te hallas de tal manera que tu vida no presenta ninguna seguridad; sin embargo, si eres capaz de decir qué cosa es lo que las mujeres desean más, te concederé la vida. Pero ten prudencia y guarda tu cuello del cuchillo. Mas si no puedes contestarme en seguida, te dejaré marchar libremente durante doce meses para que puedas

inquirir y hallar respuesta a esta cuestión. Y antes que partas, quiero tener garantía de que volverás a esta corte.

Afligido quedó el caballero y suspiró tristemente, y pues que no cabía elegir, decidió partir para regresar al final de aquel mismo año con la respuesta que Dios pluguiera darle. Y así con permiso de la reina emprendió el camino.



Visitó el caballero toda casa y lugar esperando aprender lo que mejor las mujeres amaban, pero no logró encontrar en país alguno dos personas que opinaran lo mismo sobre aquel asunto. Unos decían que las mujeres preferían el amor, otros el honor, el matrimonio feliz, o las riquezas; algunos aseguraban que sentían predilección en deleitarse en el lecho, en quedar viudas y casar de nuevo. Y también otros decían que su mayor placer era verse halagadas y complacidas, y admito que éstos andaban muy cerca de la verdad; pues a las mujeres se nos gana con lisonjas y atenciones, con las cuales pronto caemos en la trampa.

Algunos dicen que mejor deseamos ser libres y hacer lo que nos plazca, que ningún hombre censure nuestros vicios, mas, al contrario, que digan que somos discretas y no necias; porque de cierto que no hay una de nosotras que no acosase al que poniendo el dedo en la llaga dijera la verdad. Y, si no, hágase la prueba de ello, porque aunque interiormente seamos viciosas, queremos pasar por virtuosas y discretas.

Otros dicen que mostramos gran placer en ser tenidas por constantes y capaces de guardar secretos. Pero esta razón no vale un comino, porque las mujeres no podemos ocultar nada. Testigo Midas[98]. ¿Queréis oír la historia?

Ovidio, entre otras anécdotas, cuenta que Midas escondía bajo su largo cabello dos orejas de asno, defecto que cuidadosamente ocultaba y sólo sabía su esposa. Él la amaba sobre todas las cosas por lo que un día le confió el secreto, rogándole encarecidamente que no revelara a persona alguna su deformidad.

Ella le juró que ni que le dieran el mundo entero podría causarle tanto daño, a más, que ello sería en detrimento de su dignidad de esposa. Mas ved que aquella esposa creyó morir por tener que guardar un secreto tanto tiempo, y así fue su angustia agrandándose en su corazón de tal manera, que temió no poder evitar que alguna palabra escapara de su boca. Y sin decírselo a nadie, corrió a un cercano arroyo, y allí, al igual que el alcaraván, puso su cara en el fango y dijo:

—Que tu murmullo, agua, no traicione mi secreto. Te lo diré a ti y a nadie más; mi esposo tiene dos largas orejas de asno. Y ahora que he dicho esto, me siento mejor, pues en verdad que no podía soportarlo por más tiempo.

Con esto veréis que, aun cuando intentemos guardar algo oculto por algún tiempo, tarde o temprano acabamos por revelarlo, y, si queréis saber el final de este cuento, no tenéis más que leer a Ovidio y allí lo hallaréis.

Pero volvamos al caballero, al que me refiero en mi historia, el cual, no pudiendo descubrir lo que las mujeres más quieren, sintió gran pesar en su corazón, y, habiendo terminado el plazo que le concediera la reina, dispúsose a regresar a casa. Mas ocurrió que, cabalgando por la linde de un bosque, vio danzando en un coro a unas como cuarenta mujeres y, movido por la curiosidad, acercóseles el caballero esperando aprender de ellas algún consejo. Pero, no había llegado al lugar de la danza, cuando ésta se desvaneció y nada quedó de ella sino una vieja y fea mujer sentada en el césped y tan fea era, que nadie podría imaginar otra igual.

Y no había en aquel lugar otra criatura viviente además de ella.

Se levantó la vieja ante la presencia del caballero y dijo:

—Señor caballero, por aquí no hay camino. Será un bien para vos si me decís qué buscáis, pues nosotras las viejas sabemos muchas cosas.

—Buena madre —repuso el caballero—, la verdad es que estoy muerto a no ser que pueda decir lo que las mujeres más quieren.

Y si vos me instruís, en verdad que os lo pagaré bien.

—Prométeme por tu honor —dijo la vieja— que harás lo primero que te pida y esté en tu poder, y antes de la noche te revelaré lo que es.

Y el caballero dijo:

—Palabra te doy de hacer lo que me pidas.

—Entonces —dijo ella—, me atrevo a alardear de que tu vida está a salvo, y apuesto la mía a que la reina opinará como yo, y que ninguna de las damas de la corte osará contradecirme. Sigamos, pues, adelante y no hablemos más.

Y entonces murmuró al oído del caballero unas palabras animosas para que cesara en él todo temor.

Cuando ambos llegaron a la corte de la reina, el caballero anunció que había cumplido su promesa y se hallaba allí, en la fecha convenida, para dar contestación a la reina.

Y he aquí que reuniéronse en gran asamblea las damas, doncellas y también las viudas (por lo discretas) y todas ellas, presididas por la reina, dispusiéronse a oír la respuesta.

Se impuso silencio y se mandó buscar al caballero y éste, en pública asamblea, dijo lo que era lo más deseado por las mujeres. Y habló el caballero con voz varonil de manera que pudiera oír toda la corte.

—Mi soberana señora —dijo—, lo que más estiman las mujeres es tener autoridad sobre sus maridos y también sobre sus amantes, y aunque pague con la vida por decir esto, afirmo que éste es vuestro mayor deseo. Haced, señora, vuestra voluntad; aquí estoy para que dispongáis de mí.

No hubo dama, doncella o viuda en la corte que contradijera lo que había dicho, declarando todas que el caballero merecía conservar la vida.

En esto, levantóse aquella vieja que viera el caballero en el césped y, dirigiéndose a la reina, dijo:

—Majestad, yo he enseñado al caballero la respuesta, por la cual él me ha dado palabra de honor de realizar el primer acto que yo le ordene si en su poder se halla. Por lo que te digo, señor caballero, consientas en recibirme como esposa. Yo te he salvado la vida, y si he dicho mentira decláralo por tu fe.

—¡Ay de mí! —exclamó el caballero—. Sé muy bien que tal promesa hice, mas, por amor de Dios, haz otra petición. Toma todos mis bienes, pero deja mi cuerpo libre.

—No —replicó ella—, quiero ambas cosas, pues aunque vieja, pobre y fea, ni por todo el oro que se halla soterrado a flor de tierra, dejaría de ser tu esposa o tu amor.

—Mi amor —repuso él—, ¿acaso quieres mi maldición? ¡Ay de mí! ¡Que mi linaje tenga que verificar tal vil unión!

Pero cuanto hizo fue inútil; y, al cabo, se le obligó a casar con aquella mujer y a que la llevara a su alcoba.

Ahora, quizá, dirán algunos que no me cuido de relatar las pompas y regocijos de aquella ceremonia; pero, para acortar, diré que no hubo júbilo en aquella boda, ni se celebró ningún festín. Sino que se hizo en el mayor secreto muy de mañana al siguiente día; y, luego, ocultóse el caballero como un búho, tal era la fealdad de su esposa; mas grande fue el dolor de su alma al ser llevado al lecho con su mujer, y así, volvíase de un lado para otro, mientras su vieja mujer permanecía a su lado sonriente.

—*Benedicite*, querido esposo —dijo al cabo—. ¿Son éstas las costumbres en la corte del rey Arturo? ¿Son todos los caballeros que aquí hay tan despegados con sus esposas? Soy tu esposa y también tu amante, he salvado tu vida y, en verdad, que hasta ahora no te he hecho daño alguno. Así, ¿por qué te comportas de este modo conmigo en la primera noche? No parece sino que hubieras perdido la mente. Dime, por el amor de Dios, si en algo me he equivocado y puedo ahora remediar.

—¡Remediar! —exclamó el caballero—. ¡Ay de mí! Eso no podrá remediarse jamás, pues que eres odiosa y vieja y de baja condición. Así no te extrañe que dé vueltas en la cama y Dios permita que mi corazón estalle.

Mas ella le dijo:

—¿Es ésta la causa de tu inquietud?

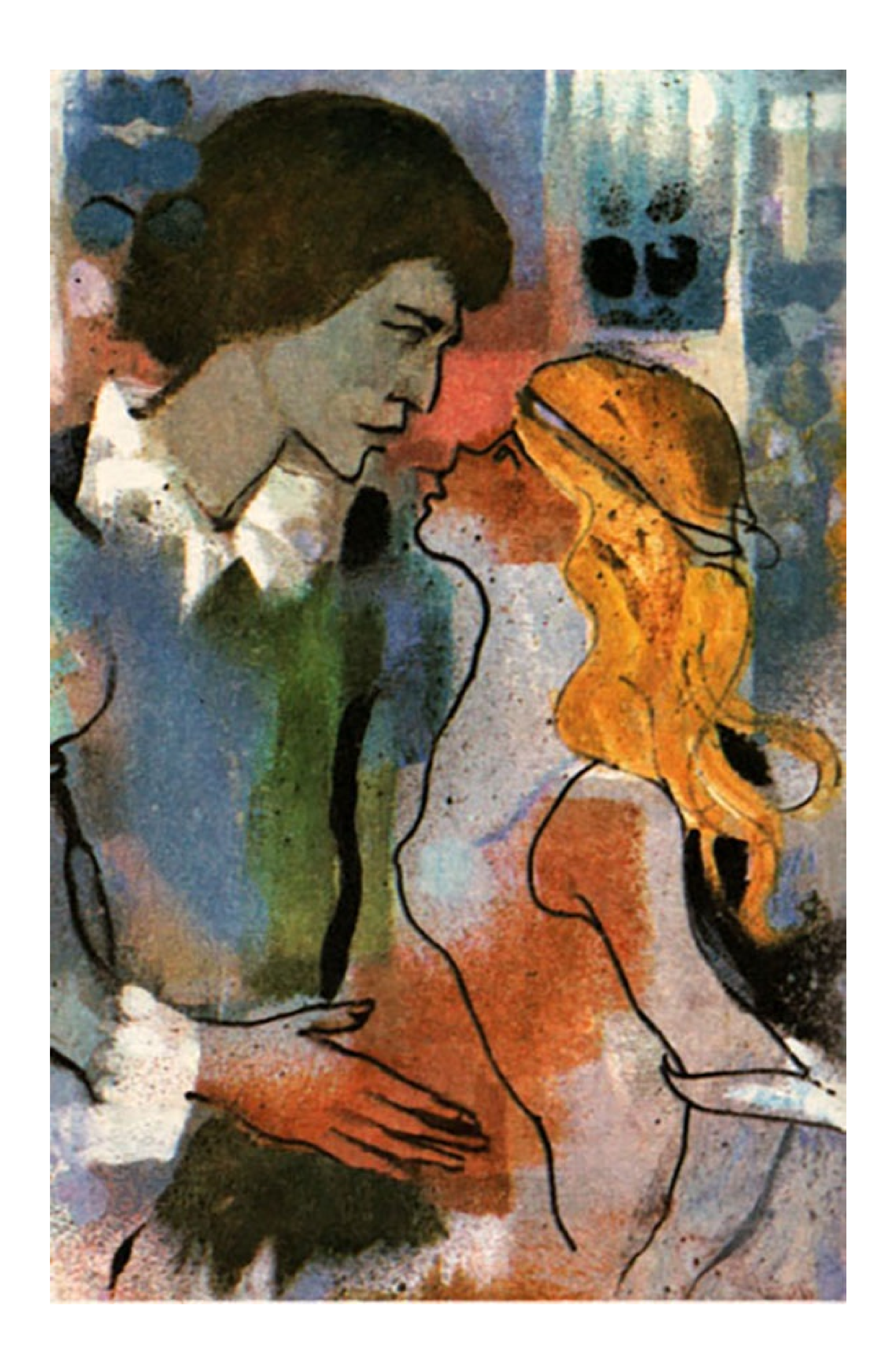
—Muy cierto —replicó el caballero—, y a nadie puede extrañar.

—Si quieres, señor —dijo ella—, puedo vender mis derechos en menos de tres días, por lo que te aconsejo que te portes bien conmigo. Pero, ya que has hablado de la nobleza que procede de la antigua riqueza y crees que por ella son los hombres nobles, sabe que tal nobleza no tiene el precio de una gallina. El hombre que es siempre virtuoso, lo mismo en privado que en público, y se esfuerza en practicar las acciones nobles que pueda, éste es en verdad el más noble de los hombres. Cristo quiere que saquemos de El nuestra nobleza, y no de nuestros padres, a causa de su antigua riqueza, pues aunque ellos nos den su herencia, por la cual pretendemos ser de alto linaje, no pueden por sus medios legarnos su vida virtuosa. Y a ellos sólo confiere ser llamados nobles exigiendo de nosotros el seguimiento de su ejemplo. Sobre este particular habla Dante, el sabio de Florencia, y dice: «Muy rara vez la excelencia del hombre procede de su linaje, porque Dios desea, en su bondad, que nuestra nobleza proceda de Él. Porque, en verdad, no podemos heredar de nuestros antepasados, sino cosas temporales que nos dañen o perjudiquen. Y todos saben, lo mismo que yo, que si en determinada familia se implantara la nobleza, ésta, por regla de sucesión, no podría dejar de practicarla tanto en privado como en público, por lo cual no podría cometer ningún vicio ni

villanía. Toma fuego, llévalo a la más oscura casa que halles de aquí al Cáucaso, cierra luego la puerta y vete, y aún el fuego arderá con tanto esplendor como si veinte mil hombres lo contemplasen, hasta que por su natural virtud se apague. De esto, vemos que la nobleza no depende de la riqueza, porque los hombres no cumplen siempre su misión como lo hace el fuego. Pues Dios sabe cuán a menudo se puede hallar al hijo de un señor cometiendo villanías y acciones vergonzosas. Quien desee ser honrado por haber nacido en noble cuna, si no realiza nobles acciones o sigue el noble ejemplo de sus difuntos abuelos, no será noble así sea conde o duque; pues las acciones perversas y viciosas hacen al villano. Y así la nobleza no es más que la fama de nuestros antepasados, los cuales la ganaban por sus buenas acciones, lo cual nada tiene que ver contigo, puesto que la nobleza proviene de la gracia de Dios y no de nuestra posición en el mundo. Piensa en la nobleza de Tulio Hostilio, el cual, según Valerio dice, elevóse por sus propios medios de la pobreza, a la posición más alta. Lee a Séneca y también a Boecio y hallarás claramente en sus escritos que el hombre es noble si sus actos lo son. Por todo lo cual, amado esposo, llego a la conclusión de que, a pesar de mi humilde condición, Dios Todopoderoso puede concederme la gracia de vivir en la virtud, lo cual espero que haga, porque sólo cuando me aparte del pecado y viva en la virtud seré noble. En cuanto a la pobreza que me reprochas, el Altísimo (en el cual todos creemos) escogió voluntariamente vivir una vida de pobreza. Y de cierto está al alcance de la comprensión de todo hombre, mujer o niño que Jesús, Rey del cielo, no escogiera vida viciosa. Porque la pobreza es honorable cuando se acepta con alegría; en ello os instruirán Séneca y muchos otros sabios. Quien se contente con su pobreza, será rico, aunque carezca de camisa con que cubrir su espalda. El que ambiciona es pobre, porque no puede poseer cuanto desea, pero el Que nada tiene, ni nada codicia, éste es rico, aunque tú no lo consideres más que un rústico».

Tiene Juvenal un alegre dicho sobre la pobreza que dice: «Cuando un hombre pobre viaja, puede alegremente reírse de los ladrones». Y yo te diré que la pobreza es un bien aborrecible dispensador de preocupaciones y de sabiduría para aquellos que la aceptan con paciencia. Pues, aunque la pobreza sea desgraciada, encierra en sí una grandeza que nadie puede quitarnos. Un hombre humilde, llega con la pobreza a un mejor conocimiento de Dios y de sí mismo. Y yo diría que la pobreza os un espejo por el cual podemos ver cuáles son nuestros verdaderos amigos. También, señor, me reprochas mi vejez. Pero en verdad, señor, que aun cuando los libros no tuvieran autoridad

sobre ello, vosotros, los caballeros, deberíais saber cómo tratar a un anciano y llamarle señor con cortesía, y muchos autores están de acuerdo con lo que digo. También me echas en cara el ser vieja y fea; pero, por este lado debes alegrarte porque no podrás ser cornudo, porque, tan cierto como vivo, que la fealdad y los años son el mejor guardián de la castidad. Pero yo sé de qué deleites apeteces y podré satisfacerlos. Ahora escoge —dijo ella—, escoge una de las dos cosas: tenerme vieja y fea hasta que muera, pero sumisa y fiel; o tenerme por el contrario joven y hermosa y correr la aventura de los que acuden a tu casa o tal vez a algún otro lugar. A ti corresponde elegir la que más te guste.



El caballero meditó largo tiempo y al final suspirando dijo:

—Señora mía, mi amor y mi queridísima esposa, me confío en tu sabio consejo: escoge tú lo que haya de ser más agradable y honroso para ambos, y nada me importa que elijas una u otra cosa; lo que tú quieras me satisfará.

—Entonces —exclamó ella—, he ganado dominio sobre ti, puesto que hago mi voluntad.

—En verdad —dijo él—, creo que esto es lo mejor.

—Bésame —dijo ella—, no tendremos más peleas, pues por mi honor que seré para ti ambas cosas: hermosa y buena. Y Dios me dé la locura o muerte si no soy para ti la esposa más buena y fiel desde que principió el mundo. Y si mañana no soy tan hermosa de ver como cualquier dama, reina o emperatriz, entonces dispón de mi vida a tu entero albedrío. Mas ahora te digo que levantes la cortina y mires.

Cuando el caballero vio que realmente era joven y hermosa, lleno de júbilo la tomó en sus brazos y, sintiendo su corazón lleno de felicidad, la besó mil veces seguidas y ella le obedeció en todo lo que pudiera complacerle y proporcionarle deleite.

Y de esta manera, en perfecta armonía y felicidad, vivieron su vida entera, y que Jesucristo nos mande al lecho esposos tan sumisos, jóvenes y con tan buen ánimo y nos dé también vida para sobreviviros. Y así también ruego a Jesucristo que acorte los días de aquellos que no quieren ser gobernados por sus esposas, y a los viejos, tacaños y regañones que Dios les mande la peste.

Prólogo al cuento del Fraile

El buen Fraile miró con ceño al Alguacil.

—Señora —dijo—, en verdad que el asunto que habéis tratado es harto difícil y debatido en todas las escuelas y vos lo habéis hecho con maestría; pero mejor haremos, mientras cabalgamos, en discutir temas más ligeros; así dejemos pues éstos para los libros y escuelas. Y ahora, si con ello he de complaceros, os contaré la muy digna historia de un alguacil, y Dios sabe bien que sólo con oír su nombre basta para saber que nada bueno se puede decir de ellos. Os suplico, pues, que no os ofendáis si digo que el alguacil es el sujeto

que convoca a aquellos que han fornicado y por ello es muchas veces apaleado.

—¡Ah, señor! —dijo el Hostelero—, un hombre de vuestra condición debería ser más comedido. Pero tengamos paz en la compañía, empieza ya tu historia y no enojes más al Alguacil.

—Nada me importa —dijo éste—, puede contar lo que quiera. Cuando llegue mi turno le pagaré con la misma moneda. Y a fe que no me he de callar hasta que sepan todos lo que es ser un honorable y engaitador mendicante.

—No discutamos más —replicó el Hostelero—, que ya hemos tenido bastante. —Y volviéndose entonces hacia el Fraile dijo:

—Señor, podéis empezar el cuento.

Cuento del fraile[99]

HABÍA en mi país, en otro tiempo, un arcediano, hombre de elevada clase y muy rígido. Solía imponer duros castigos a todo acto de brujería, fornicación, homicidio, adulterio, profanación de templos y contratos; negligencias en los sacramentos, simonía y astrología y aún a muchas cosas ofensivas que aquí no menciono.

Trataba a los lascivos tan severamente, que más de una vez les hacía lanzar lastimeros gritos y no tenía compasión para aquellos que no pagaban los diezmos, pues en cuanto se quejaba el párroco de alguno de ellos, no dejaba de acosarlo y nunca desperdiciaba ocasión para poner multas. Y si los diezmos y ofrendas eran escasos, salía entonces a visitar a la gente y, antes que el Obispo lograra reprenderles, ya estaba él imponiendo sus nombres en su registro, con lo cual pasaban a formar parte de su demarcación y esto le daba poder para castigarlos.

Disponía para sus servicios de un alguacil tan astuto, que no había en aquel lugar otro mozo que le aventajara en urdir artimañas y habíase rodeado de buen número de espías que le informaban sobre cualquier cosa que pudiera beneficiar su bolsillo. Y, así, había perdonado muchas veces a más de un lascivo si éste le descubría el lugar donde hallar un par de docenas de ellos.

Pero antes de proseguir con mi historia, he de decir que no callaré ninguna bellaquería ni pasaré por alto maldad alguna del alguacil, pues en verdad nada me importa que nuestro compañero pierda los estribos; porque de cierto que ellos no tienen ningún poder**[100]** sobre nosotros los frailes, ni nunca lo tendrán.

—¡Por San Pedro! —chilló el Alguacil—, tampoco las mujeres de los burdeles están bajo nuestra jurisdicción.

—¡Maldito seas si no callas de una vez! —vociferó el Hostelero—. Señor, no tengáis en cuenta sus chocarrerías y continuad sin omitir detalle, vuestro cuento.

—Como decía —siguió el Fraile—, aquel traidor y pérfido alguacil tenía siempre tras su espalda a algún lascivo, el cual, al igual que el reclamo del halcón, le servía para enterarle de muchas ocultas cuestiones. No admitía nuevas amistades, valiéndose sólo de sus espías, los cuales le proporcionaban pingües beneficios, no sabiendo nunca su amo a cuánto ascendían éstos.

Imponía, bajo pena de excomunión, emplazamientos a los rústicos sin tener autorización para ello, porque todo su afán consistía en llenar de buenas monedas su bolsillo y concurrir la taberna dándose comilonas. Y, así, tan ladrón era como el mismo Judas que llenaba su bolsa dejando para su amo menos de la mitad de lo debido.

Y en verdad que era este alguacil felón, traidor y alcahuete, pues no tenía más que pagar a sus amigos lascivos, para enterarse de si tal o cual reverendo, o Pedro, o Juan, no habían cumplido con el sexto. Entonces, hablaba primero con la moza en cuestión, y luego, buscando falsos testigos, lo hacía comparecer ante el cabildo y se le despojaba de sus bienes mientras que a la mujer se la dejaba partir. Mas luego dirigíase a él diciéndole:

—Amigo mío, nada temas, he tachado el nombre de ella de nuestra lista negra, así, queda este asunto zanjado y no debes preocuparte más, porque en verdad amigo tuyo soy y haré lo que pueda por complacerte.

De esta suerte hablaba aquel vil estafador, que de cierto sabía más artimañas que las que pudiera yo relatar en más de dos años. Ni el perro cazador es tan hábil en atrapar al ciervo herido, de lo que era este alguacil en sorprender incautos, lascivos, adúlteras o mujeres caprichosas. Y como este negocio le proporcionaba el mejor beneficio de sus rentas, dedicábase a él con todo el ingenio.

Y ocurrió un día que, estando como solía, el alguacil al acecho, iba corriendo la comarca en busca de una viuda con el ánimo de robarle, mas sucedió que a la linde de un bosque vio cabalgando a un caballero, el cual empuñaba un arco con relucientes flechas. Y era su traje verde y negro su sombrero.

—Os saludo, señor —dijo el alguacil—. En verdad que me place este encuentro.

—Sed bien venido, así como lo es todo hombre bueno —replicó el otro—. Decidme, sin embargo, hacia dónde os dirigís y si tenéis que andar muy largo trecho.

—No —dijo el alguacil—, el lugar donde me dirijo está muy cerca y voy para cobrar un diezmo para mi amo.

—¡Ah!, por lo que veo, eres mayordomo —dijo el caballero.

—Sí, esto soy —dijo el otro, procurando ocultar lo que era, pues el nombre de su cargo le parecía vergonzoso y hediondo.

—Dios te bendiga, compañero —dijo el caballero—, yo mismo soy intendente, y pues que desconozco estos lugares, me siento muy halagado y complacido por tu amistad y a causa de ella pongo a tu disposición buena cantidad de oro y plata que tengo guardada en la casa de nuestro condado. Por lo cual espero que algún día me visitarás.

—Palabra que os agradezco tal merced —exclamó el alguacil.

Y estrecharon sus manos, jurando ser hermanos de por vida.

Y luego cabalgaron juntos alegremente.

Él, que era por temperamento tan hablador como un alcaudón, no cesaba de interrogar al caballero:

—Dime —le decía—; dime el lugar donde resides, pues que ahora eres mi hermano y debo ir a visitarte.

Y el otro le respondió:

—En las lejanas tierras del Norte hallarás mi morada y antes de que nos separemos te diré el lugar exacto para que no puedas perderte.

—Bien está, hermano mío —dijo el alguacil—, pero mientras cabalgamos quisiera me instruyeras en tus negocios y me dijeras con franqueza la manera de sacar más beneficio; puesto que tú, al igual que yo, eres intendente, y así te digo que no tengas reparos en hablar, además que soy tu amigo.

—Entonces, amigo mío —respondió el caballero—, seré sincero contigo. Tengo un amo cicatero y duro, por lo cual mi salario es harto escaso y mi trabajo onerosamente retribuido. Vivo como puedo de extorsiones y acepto cualquier trabajo eventual que me permita pagar gastos atrasados y nada puedo hacer mejor que esto.

—Por cierto —dijo el alguacil—, que a mí me sucede lo mismo.

Y Dios sabe que no dejo perder nada, a menos que ello me sea muy gravoso. Y así careciendo de escrúpulos, tomo para mi provecho cualquier asunto privado. Y si no fuera por estas extorsiones y otras, no sería posible sostenerme. Mas no me acuso en confesión de estos engaños, los cuales a nadie hacen daño y así no me remuerde la conciencia porque de ella me queda muy poca, y como tengo las entrañas secas no puedo sentir compasión. Mas digo que el diablo cargue con todos los frailes confesores que hay y habrá. Por Dios y San Jaime que celebro este encuentro; pero decidme vuestro nombre —dijo el alguacil.

Entonces su compañero sonrió y habló de esta manera:

—Amigo mío, si quieres en verdad saber mi nombre, te diré que soy un diablo, vengo del Averno, y me hallo cabalgando en este lugar para asuntos de negocios y ver lo que puedo sacar a las gentes; porque has de saber que el hurto es mi único rédito y, por lo que veo, también tú andas por los mismos derroteros, pues, como yo, quieres sacar beneficios de cualquier lugar sin importarte la manera, e irías hasta el fin del mundo con tal de dar alcance a tu presa.

—¡Ah! —dijo el alguacil—, ¿qué estás diciendo? Por mi vida creí que erais intendente, y ahora veo que sois de mi misma calaña. Mas decidme, ¿adoptáis en vuestro infierno alguna figura peculiar, o moráis allí en vuestro estado natural?

—¡De cierto que no! —replicó el otro—, pero podemos adoptar, si es nuestro deseo, diversas formas, para aparecernos a los humanos y así a veces somos hombres, otras simios y aun conseguimos ser ángeles, lo cual nada tiene de admirable, pues que para seduciros basta la más ruin superchería.

—Decidme —replicó el alguacil— ¿por qué os aparecéis bajo tan diversas formas? ¿Es que no os basta una sola?

—Hacemos esto para mejor alcanzar nuestra presa —contestó el otro.

—Por lo que veo, vais muy apurado de trabajo. Mas quisiera saber por qué os tomáis tantas molestias —dijo el alguacil.

—Las razones son muchas —contestó el diablo— pero, mi señor alguacil, cada cosa vendrá a su tiempo; el día es corto y aunque mi cuadrante marca las nueve, no he probado bocado, de modo que, si no os incomoda, me dedicaré a mis negocios en lugar de discutir vuestras habilidades; porque has de saber, querido hermano, que tu ingenio es harto escaso para comprenderlas y, ni aun cuando yo te las explicara, alcanzarías a entenderme. Pero ya que me preguntas el porqué de mi trabajo, te diré que, con él, soy a veces instrumento de Dios y también un medio para hacer que los hombres cumplan los divinos mandamientos. Y así se nos manda que vejemos el cuerpo de los hombres, pero no su alma —como hicimos atormentando a Job— y en otros casos se nos confiere poder sobre ambos, o sea, sobre el cuerpo y el alma, y también algunas veces se nos permite vejar el alma, aunque no el cuerpo. Y todo se hace para el bien de los hombres, pues si resisten nuestras tentaciones, ellos se salvarán, a pesar de nuestro propósito; el cual por cierto no es de que se salven. Y así sin proponérnoslo, servimos a los hombres como ocurría con San Dunstan[101] y te diré que yo mismo fui pertinaz tentador de los Apóstoles.

—Dime sinceramente —preguntó el alguacil— ¿formas sin cesar para ti nuevos cuerpos de los elementos?

—No por cierto —replicó el diablo— a menudo las simulamos; algunas veces, sin embargo, tomamos los cuerpos de los muertos y, a través de ellos, hablamos con fluidez y tan razonablemente, como lo hizo Samuel a la Pitonisa de Tudor (aunque algunos afirmen que no fue él), pero te digo que no estoy ahora por teologías y, aparte de chanceo, te advierto que sabrás un día de nuestra forma; porque, tú, querido hermano, vendrás a un lugar que no necesitarás aprender de mí, porque tu propia experiencia te aleccionará acerca de este particular mejor que Virgilio, cuando vivía, o que Dante. Ahora, cabalguemos, tu compañía me es grata, por lo cual quiero pasar a tu lado todo el tiempo que pueda.

—Así sea —dijo el alguacil— soy hombre digno y muy conocido en esta comarca, y así mantengo mi palabra, aunque seas el mismo Satanás pues que ambos hemos jurado ser hermanos verdaderos en este negocio. Por lo que toma tú tus ganancias, que yo tomaré las mías, de manera que saquemos provecho los dos; mas si uno de nosotros sacara más ganancias, sea honrado y las comparta con su compañero.

—Estoy contigo de acuerdo —dijo el diablo.

En esto, cabalgaron juntos y justamente a la entrada de la ciudad donde se dirigía el alguacil vieron a un carretero que conducía un carro lleno de heno. El camino tenía muchos baches y en uno de ellos el carro se atascó; el carretero, entonces, empezó a golpear a los animales y a vociferar como un loco:

¡Arre, Tejón! ¡Arre, Escocés! ¡Que el demonio lleve tus huesos y cuerpo! ¡Tantas fatigas sufridas por vuestra culpa! ¡Pero que el diablo cargue con todo; caballo, carro y heno!

El alguacil dijóse para sí: «Aquí tendremos diversión»; y con sigilo acercóse al demonio y le murmuró al oído:

—Hermano, ¿has oído esto? El carretero te acaba de dar el heno, el carro y los caballos.

—No —dijo el diablo—. Dios sabe que no quiere dármelos de ninguna forma, y, si no me crees, aguarda un minuto y te convencerás.

El carretero acarició entonces la grupa de los caballos y al punto ellos comenzaron a tirar y a avanzar.

—¡Ea, ya! ¡Jesucristo os bendiga a vosotros y a toda criatura grande o pequeña! ¡Bien, tordillos míos!, que Dios y San Eloy[102] os mantengan a salvo, pues que al cabo, ¡voto a Dios, mi carro ha salido del lodazal!

—Aquí tienes, hermano —dijo el diablo—. ¿No te lo dije? Esto demuestra que el rústico dice una cosa, pero piensa otra. Ahora, prosigamos nuestro camino, que ninguna ganancia sacaré yo de este carro.

En los arrabales de la ciudad el alguacil murmuró a su amigo:

—Hermano —dijo—. Por aquí vive una vieja que se dejaría cortar la cabeza antes que soltar un penique. Yo quiero sacarle doce, y si no puedo, a pesar que ella no tenga vicio, he de citarla en la curia. Pues en verdad debo tener yo alguna ganancia, y como parece que tú no puedes ganar para tus gastos, toma ejemplo de mí.

El alguacil llamó a la puerta de la vieja.

—¿Quién va? —vociferó la vieja bruja—. Apuesto que no será algún fraile el que aporrea de tal modo mi puerta. ¡*Benedicite*! ¡Dios os guarde! ¿Qué deseáis?

—Traigo aquí —respondió el alguacil— un auto de comparecencia, y mañana, bajo pena de excomunión, has de presentarte ante el arcediano para responder ante el tribunal de ciertas cosas.

—¡Oh, señor! —exclamó la mujer—. Jesucristo, Rey de reyes, me ayude, no puedo ir. Estoy enferma hace tiempo, lo que me impide andar tan lejos. De seguro sería mi muerte. Mi costado me duele; por esto os propongo me deis una copia para que mi procurador responda por mí de las inculpaciones que se me imputan.

—Si puedes —respondió el alguacil—, págame ahora doce peniques, y yo te absolveré. En verdad que no saco mucho de este negocio, pues mi amo es el que se lleva las ganancias. Mas te digo que te apresures en darme los doce peniques porque no puedo estar aquí más tiempo.

—¡Doce peniques! —exclamó la vieja—. ¡Nuestra Señora la Virgen María me guarde de penas y pecados! ¡Ni que me dieras el mundo entero podría yo sacar doce peniques de mi bolsillo! ¿Acaso no ves que soy vieja y pobre? Compadécete pues de mí, que soy pobre y desventurada.

—No haré tal —dijo el alguacil—, aunque mal demonio me lleve, no te dispensaré, así ello cause tu ruina.

—¡Ay de mí! —dijo ella—. Dios sabe bien que nunca a nadie he hecho daño.

—Pues entonces, págame —insistió él—, o por la dulce Santa Ana[103], me he de llevar tu nueva sartén a cuenta de lo que me debes de antiguo cuando yo te pagué la multa por haber hecho cornudo a tu marido.

—¡Mientes! —gritó la vieja—. Por mi salvación que nunca antes de ahora he sido citada ante un tribunal en toda mi vida, ni de esposa, ni de viuda, ni he

sido otra cosa que fiel de mi cuerpo. Y al diablo negro doy el tuyo y mi sartén.

Cuando el demonio oyó que ella maldecía de aquella forma, dijo:

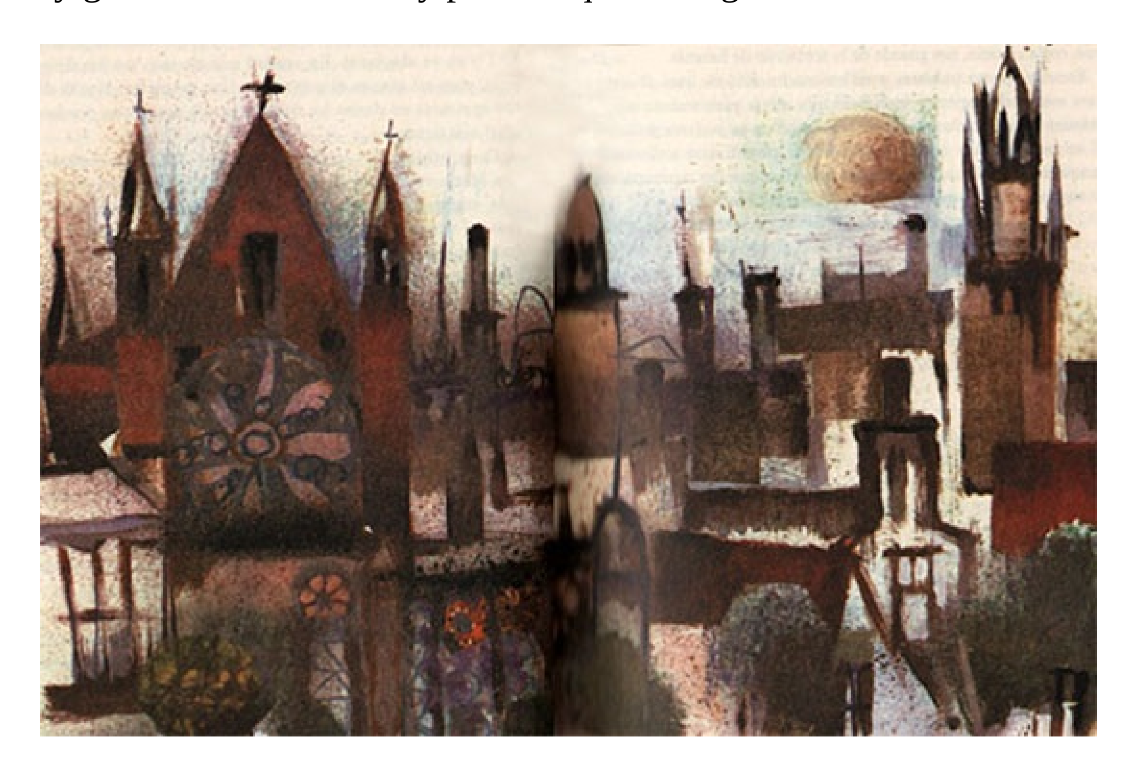
—Abuela, mucho me parece que no deseas cuanto dices.

—Que el diablo lleve a este alguacil antes que muera y que cargue con sartén y todo si no es capaz de pensar mejor de lo que hace —dijo la vieja.

—No —dijo el alguacil—, no es mi intención arrepentirme de nada de lo que de ti he obtenido. Más aún te digo, que pronto me llevaré tu camisa y todas tus prendas.

—No te enojes, hermano —dijo el diablo—; tu cuerpo y esta sartén son de hecho míos, porque esta noche vendrás conmigo al infierno donde podrás aprender más secretos que un doctor en teología.

Y el demonio le agarró cuerpo y alma yendo con él al lugar destinado a los alguaciles. Y Dios, que creó el género humano a su imagen y semejanza, salve y guíe a todos nosotros y permita que los alguaciles se vuelvan buenos.



—Señores —continuó el Fraile—, si nuestro alguacil lo permitiera, podría haberos relatado, según los textos de Cristo, San Pablo, San Juan, y muchos otros doctores, tan espantosas agonías que hubieran colmado vuestros corazones de terror; pero mi lengua es incapaz de describíroslos, así hable yo mil años de la maldita mansión infernal.

Pero, para salvaros de este terrible lugar, vigilad y rogad a Jesús que, con su gracia, nos guarde de la tentación de Satanás.

Escuchad estas palabras y reflexionad: «El león está al acecho para atacar al inocente, estad siempre alerta para resistir las acechanzas del demonio que os quiere convertir en esclavos y siervos. Y así, aun cuando veléis, él os tentará; pero Cristo será vuestro campeón y paladín». Y rogad para que los alguaciles se arrepientan de sus culpas antes que el diablo cargue con ellos.

Prólogo al cuento del Alguacil

El Alguacil se alzó en sus estribos; estaba tan enojado con el Fraile que temblaba de ira como la hoja de un álamo.

—Señores —dijo—, sólo os pido un favor; ahora que habéis escuchado cómo miente este falso Fraile, os ruego me permitáis que yo relate un cuento. El Fraile alardea saber cosas del infierno; mas Dios sabe que no es cosa que maraville a nadie, porque en verdad que frailes y demonios tienen mucho en común. Y, así Dios nos bendiga, si habéis a menudo oído la historia de aquel fraile que tuvo una visión en la cual era lanzado al Averno, y siendo llevado por un ángel para que viera todos los tormentos de aquel lugar, no encontró ni un solo fraile, aunque sí muchas otras gentes en tribulación. Y el fraile, entonces, preguntó al ángel:

—Dime, señor, ¿gozan los frailes de tanta gracia, como para no hallar aquí uno?

—No, por cierto —dijo el ángel—, hay aquí millones de ellos.

Y entonces llevó al fraile a las honduras para ver a Satán.

—Ve —le dijo—, Satanás tiene un rabo más largo que la vela de un barco. ¡Satanás, levanta la cola y muestra tus nalgas para que este fraile vea el lugar donde anidan sus compañeros en el infierno!

Y en aquel momento aparecieron, como enjambre de abejas bullendo alrededor de la colmena, veinte mil frailes en tropel que se extendieron por todo el infierno para regresar lo más aprisa que pudieron y deslizarse de nuevo en el demoníaco ano. Luego, Satanás bajó el rabo y quedóse quieto.

Cuando el fraile hubo visto bastante de los tormentos de este siniestro lugar, Dios hizo la gracia de devolver el alma a su cuerpo, e hizo que despertara. Mas aún las piernas le temblaban de terror por no poder apartar de su mente las posaderas del diablo convertidas en mansión natural. Dios salve

a todos nosotros excepto a este maldito Fraile. Y de esta manera pongo fin a este prólogo.

Cuento del aguacil[104]

CREO que hay en Yorkshire una región pantanosa llamada Holderness. Allí vivía un fraile mendicante y predicaba y, sin duda, también pedía.

Cierto día, predicando a su manera en una iglesia, exhortó a los fieles a que mandasen celebrar treintenas para las almas de los muertos y les instigó a que hicieran donativos para edificar iglesias donde es honrado el servicio divino y no mal gastado ni devorado. También decía que no se diera a aquel que no tuviera necesidad, como a los prebendados que gracias a Dios pueden vivir con facilidad y abundancia. «Las treintenas para los muertos, redimen las almas, viejas o jóvenes, de las penas del purgatorio, y así lo hacen, aunque se canten pronto; mas no deben servir para que un cura se mantenga alegre y ufano, cantando al día una sola misa. ¡Sacad a las pobres almas del purgatorio! Horrible es quemarse y cocerse desgarrado con garfios y punzones. Apresuraos, pues, y, por Jesucristo, no os retardéis». Y luego, cuando el fraile hubo dicho lo que quiso, recogió las dádivas de la gente y, despidiéndose con unas bendiciones, fuese a otro lugar.

Y así siguió caminando con su morral y bastón herrado y en cada casa se paraba a atisbar pidiendo harina, queso o un poco de grano. Su acompañante llevaba un bastón con punta de cuerno, un par de tabletas de marfil[105] y un estilo pulimentado con esmero, y escribía los nombres de los que le daban algo, asegurándoles que rogaría por ellos.

—Dadnos una medida de trigo, de cebada, o centeno; un bollito, un pedazo de queso o, si no, lo que queráis; no podemos escoger; dadnos medio penique para una misa, una magra de cerdo si la tenéis, o también un trozo de vuestro cobertor. Y si no, querida señora, dadnos tocino, carne o lo que tengáis y veréis cuán pronto escribo vuestro nombre.

Un fornido mozo, que era criado del hospedero del fraile, seguíale por todas partes, llevando en sus espaldas una bolsa en la que recogía lo que les

daban. Al salir de cada casa, el fraile borraba los nombres escritos de los donantes y, entretanto, burlábase de ellos con discreción.

—No —dijo el Fraile—, en esto mientes, Alguacil.

—Silencio —gritó el Hostelero—; en nombre de la dulce Madre de Cristo, sigue, Alguacil, con la historia y no omitas nada.

—¡Voto al cielo que lo haré! —contestó el Alguacil. Y así continuó el cuento diciendo—: Y, de esta manera, recorriendo aquel fraile su camino, fue de casa en casa hasta que llegó a una en la que solía ser mejor recibido que en las otras. Estaba el amo al que pertenecía la casa, postrado enfermo en una cama baja.

—*Deus hic*, ¡amigo Thomas, buenos días! —dijo el fraile con dulce y gentil voz. Luego, repitió—: Dios te bendiga, Thomas. ¡Qué buenos tiempos he pasado en este banco y qué comilonas me he dado aquí!

Y, echando el gato del banco, el fraile dejó a un lado bastón, bolsa y sombrero y se sentó cómodamente.

El acompañante del fraile, junto con el criado, había partido hacia la ciudad a una hostelería, donde determinó pasar la noche.

—¡Oh, querido señor! —dijo el enfermo—. ¿Cómo os ha ido desde principio de mayo? Hace quince días o más que no os he visto.

—Dios sabe cuán duramente he trabajado —dijo el fraile—, pues he ofrecido muy valiosos rezos para tu salud y también para otros amigos. ¡Dios los bendiga! He oído hoy misa en tu iglesia y he predicado mi sermón a la medida de mi ingenio, sin atenerme enteramente al texto de la Sagrada Escritura; porque creo que es para vosotros de difícil comprensión y por esto yo lo interpreto a mi manera. El comentario es cosa admirable y, según dicen los clérigos, la «letra mata». Y así he enseñado a las gentes a ser caritativas y a gastar su dinero juiciosamente. Mas allí vi a tu esposa, y dime, por cierto, ¿dónde se halla ahora?

—Creo que ha salido al jardín —dijo el hombre—, y entrará de un momento a otro.

—¡Ah, señor, sed bien venido en nombre de San Juan! —dijo la mujer—. Espero que os encontréis bien.

El fraile se levantó con mucha cortesía, estrechó a la mujer en sus brazos y la besó. Luego, gorjeando como un jilguero, dijo:

—Señora, vuestro servidor soy en todo, y loado sea Dios por habernos dado alma y cuerpo y a mí bendígame también pues que hoy no he visto en toda la iglesia mujer tan hermosa.

—Que Dios me corrija los defectos —dijo ella—. En todo caso sed bien venido.

—Gracias, señora, siempre sois generosa conmigo; pero quisiera pediros un favor, y es que no os enojéis conmigo si deseo hablar a solas con Thomas. Los curas son muy negligentes y descuidados en el delicado arte de examinar una conciencia, pero yo pongo tal solicitud en la confesión y en mis sermones, y hago tal estudio de las palabras de San Pedro y San Juan, que pesco las almas de los cristianos para pagar a Cristo su tributo. Porque mi solo propósito es difundir la palabra divina.

—Entonces —dijo ella—, haréis bien en reprender a mi esposo. Por la Santísima Trinidad que lo lamento; está tan colérico como un oso, sin faltarle nada. Porque por la noche, le echo encima un brazo o una pierna para calentarle y entonces él gruñe como el cerdo de nuestra pocilga. Y ésta es toda la diversión que consigo de él, y en ningún caso puedo contentarle.

—¡Oh, Thomas, *je vous dis*[106], Thomas, Thomas, esto es obra del diablo! Esto hay que enmendarlo… La ira es algo que prohíbe el Altísimo y de ello voy a hablarte ahora una o dos palabras.

—Bien, señor —dijo la mujer—, decidme antes que yo me vaya qué queréis comer. Pues voy a prepararlo.

—Señora —respondió el fraile—, *je vous dis sans doute* que, aunque yo no comiera más que un hígado de gallina y una fina rebanada de vuestro blando pan, y después de esto me asarais una cabeza de lechón, pues no quiero que por mi causa se mate a ningún animal, bastaría; porque poco necesito para sostenerme. Mi espíritu halla su alimento en la Biblia y yo tengo el cuerpo tan avezado a las vigilias, que mi estómago se halla del todo destruido. Querida señora, os ruego no lo interpretéis mal si os lo digo con franqueza, que a muy pocas gentes confío tales cosas.

—Señor —dijo ella—, debo deciros antes de que marchéis, que en estas últimas semanas, después de vuestra partida, mi hijito ha muerto.

—En verdad —dijo el fraile— que supe de su muerte por una revelación. Y así digo, como Dios ha de juzgarme, que en mi visión vi cómo era llevado a la gloria horas después de su muerte. Y de la misma manera lo vio también el sacristán y nuestro enfermero, los cuales han sido durante cincuenta años frailes verdaderos y constantes y pueden andar ahora sin compañía por donde les plazca.

Yo me levanté e igual hizo el resto de los monjes; no había ruido, ni sonido de campanas, y noté por mis mejillas deslizarse lágrimas; cantamos el Tedeum y yo recé a Cristo para darle gracias por su revelación. Porque debéis

creerme, señor y querida señora, nuestras oraciones son más eficaces, porque nosotros comprendemos mejor los secretos de Cristo que los seglares.



Vivimos en la pobreza y abstinencia, mientras los demás gastan sumas extraordinarias en comida, bebida y otros impuros deleites. Nosotros desdeñamos todo placer terrenal. Dimas y Lázaro vivieron muy diversas vidas, y como resultado obtuvieron distintas recompensas. El que quiere orar, debe ayunar y mantenerse puro; alimentar el alma y debilitar el cuerpo. Nosotros hacemos lo que dice el Apóstol; y así, aunque la comida y vestidos no sean muy buenos, nos bastan, y el ayuno y la pureza de los frailes hace que Cristo acepte nuestras plegarias. Recuerda que Moisés ayunó cuarenta días y cuarenta noches, antes que Dios le hablara en el monte Sinaí, y con el vientre vacío de ayunar tan largo tiempo recibió las Tablas de la Ley escritas por el mismo Dios. Y, como sabes, Elias ayunó y meditó en el monte Horeb por mucho tiempo antes de que el Altísimo conversara con él. Aarón, que tuvo el gobierno del Templo y de todos los demás sacerdotes, cuando tenía

que celebrar oficios o rogar por las gentes, no quería beber bebida que pudiera embriagarle. En vez de esto, hacía largas vigilias y oraba, pues en caso contrario temía morir.

Atiende a esto; los que rezamos por el pueblo somos sabios, pero ya basta con lo que he dicho.

Nos dice la Biblia, que Nuestro Señor Jesucristo nos dio ejemplo de ayuno y rezó. Por lo que nosotros, mendicantes, nosotros los frailes, hemos casado con la pobreza, la continencia, la caridad, la humildad y abstinencia; con la persecución de la justicia, con las lágrimas, la piedad y la pureza. Y por esto nuestras oraciones, me refiero a las de los mendicantes, son más aceptables al Altísimo que las vuestras. En verdad que el hombre fue echado del Paraíso por su glotonería. Y esto es muy cierto.

Ahora, Thomas, escucha a lo que te voy a decir. No creo poder hallar esto en un texto; pero, sin embargo, el comentario que hace Jesucristo, cuando dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu», se refiere especialmente a los fieles. Mira en el Evangelio y ve, si está más conforme a nuestra profesión que a la de quienes nadan en la opulencia. Vergonzoso es su fausto y glotonería; yo les desprecio por su ignorancia, porque, como Joviniano, me parecen gordos como ballenas y con andares de pato y tan repletos de vino como las botellas de la bodega. ¿Y cuándo rezan? Pues no tienen más que oír su Salmo de David cuando dicen: «¡Buf! *Cor meum eructavit*[107] ¡Buf!». Porque, ¿quién sigue las huellas de Cristo y su Evangelio sino nosotros que somos humildes, castos y pobres y no auditores de la palabra de Dios? Y así, al igual que el halcón se eleva en lo alto, las oraciones de los caritativos, castos y diligentes frailes vuelan raudas hasta los oídos de Dios. ¡Thomas! ¡Thomas! Si tú no fueras nuestro hermano no medrarías, y puedes, por San Ivo, creerme, porque tan cierto es, como que vivo y respiro. En nuestro capítulo rogamos noche y día a Cristo para que te dé salud, fuerza y puedas mover pronto tus miembros.

—Dios sabe —dijo el villano— que no noto diferencia, y Él me valga si no he gastado en los últimos años libras a montones en unos frailes y otros y a pesar de ello no me siento mejor. Mas ved que he consumido todos mis bienes. Todo mi oro se ha ido.

—¿Es cierto que has hecho esto? ¡Oh Thomas! —dijo el fraile—. ¿Qué falta te hacía a ti ir en busca de otros frailes? Cuando un hombre tiene el mejor doctor de la ciudad ¿qué necesidad tiene de buscar otro? Tu inconstancia es tu ruina. Así ¿que no te bastaron mis rezos, ni los de mi convento? Thomas, tu proceder no tiene sentido; si estás enfermo, es porque

tus dádivas han sido insuficientes. «¡Ah!, da a este convento un cuartillo de avena… ¡Eh!, da a aquél otras veinticuatro monedas… ¡Eh!, da a este fraile un penique y que se vaya…». No, no, Thomas esto no está bien. Divide un ardite en doce y ¿qué quedará? Mira, toda cosa que está unida es más fuerte que si se halla esparcida. No, Thomas, no, no debo adularte, porque lo que tú quieres es nuestro trabajo por nada. El Altísimo, que ha creado todas las cosas, dice que un trabajador es digno de su salario. Ahora, Thomas, en cuanto a mí concierne, no quiero un penique de tus bienes; pero nuestro convento reza solícito por ti y necesita de buenas limosnas para edificar la Iglesia de Cristo. Thomas, si aprendieras a practicar buenas obras, descubrirías en la vida de Santo Tomás de las Indias, lo bueno que es construir Iglesias.

Tú, que estás aquí tendido lleno de ira y furor, con lo cual el diablo alienta en tu corazón a regañar con esta inocente mujer, que es tu sumisa y paciente esposa. Así, Thomas, por tu propio bien te digo que no te disputes con ella y recuerdes aquellas palabras de los sabios que rezan: «no te comportes en casa como furioso león, ni oprimas a los criados, ni hagas que de ti huyan los amigos». Una vez más, Thomas, te exhorto; guárdate de la serpiente que se desliza bajo la hierba. Sé cauto, hijo mío, y escucha con paciencia mis consejos y recuerda que veinte mil hombres han sido destruidos por querellarse con sus esposas y prometidas. En todo caso, Thomas, teniendo tan santa mujer, ¿qué necesidad tienes de querellarte? En verdad, que si pisaras la cola de una serpiente, ésta no sería ni la mitad tan cruel como lo es una mujer enfurecida, porque ellas sienten el rencor en su corazón. Grave pecado es la ira, y es de los siete pecados el más abominable a los ojos del Altísimo porque empuja al pecador a la destrucción. Y cualquier lego o cura, por ignorante que sea, podrá decirte que la ira engendra el homicidio y es agente activo del orgullo. Si debiera hablar de todas las penalidades que trae consigo la ira, mi homilía duraría hasta el amanecer. Y así pido a Dios noche y día que no conceda ningún poder al hombre colérico; porque en verdad es gran perjuicio y un gran mal, colocar al hombre enojado en posición de poder.

Nos cuenta Séneca que hubo en un tiempo un magistrado colérico, durante cuya magistratura partieron dos caballeros cabalgando, y así, por voluntad de la Fortuna; regresó uno, pero no el otro. A su debido tiempo, el caballero fue conducido ante el juez, que dijo: «Has matado a tu compañero y por ello te condeno a muerte», y dirigiéndose a otro caballero le ordenó: «Lleva a este hombre para que sea ejecutado, ésta es mi voluntad». Pero al dirigirse al lugar donde debía recibir muerte, ocurrió que el caballero que se

suponía muerto apareció de pronto por el camino, por lo cual acordaron llevar ante el juez, una vez más, a los dos hombres. Pero cuando dijeron: «Señor, el caballero no ha asesinado a su compañero, ved que está aquí sano y salvo», el juez replicó: «Debéis morir, Dios me ayude, mas no uno, o dos de vosotros, sino los tres». Y, entonces, le dijo al primero de los caballeros: «Yo te condeno a morir sin solución». En cuanto a ti —dijo el segundo— «serás decapitado, pues has sido la causa de la muerte de tu amigo», y al tercer caballero le dijo: «Tú no has cumplido lo que he mandado». Y entonces los tres fueron asesinados.



Además de ser colérico, Cambyses era muy dado a la bebida y sentía siempre gran placer en comportarse como un perverso. Un día, hablóle privadamente un virtuoso caballero del condado y le dijo: «Si un señor es

vicioso, está perdido; la embriaguez es vergüenza para la fama de un hombre, muy en especial si éste es señor. Porque, aunque crea que no le ven, son muchos los ojos y oídos que vigilan a un señor. Sed pues, por amor de Dios, más comedido en la bebida, porque el vino hace que el hombre pierda miserablemente el control de su corazón y su cuerpo». «Pronto verás si tienes razón o no —replicó Cambyses—. Tu propia experiencia te demostrará que el vino no produce daño alguno a la gente, y no hay vino capaz de hacer flojear mi mano, ni mi vista». Y entonces bebió aquel vil infame más de lo acostumbrado, y encolerizado, hizo traer al hijo del caballero a su presencia mandando que se pusiera de pie ante él. Empuñó Cambyses el arco y, estirando de la cuerda, lanzó una flecha que dejó al niño muerto en el acto. «Ahora dime, ¿tengo o no seguridad en la mano? ¿He perdido acaso mi fuerza y mi juicio? ¿Me ha despojado el vino de mi vista ni de mis ojos?». ¿Qué podía contestar el caballero? Su hijo había muerto y no había más que decir. Pero yo te digo que seas prudente cuando hables con los señores y no les contradigas a menos que estés hablando con un pobre; al cual podrás decir sus faltas, mas nunca lo hagas a un rico aunque sus faltas lo lleven al infierno.

Aquí tienes a Ciro, el colérico persa que destruyó el río Gyndes porque uno de sus caballos se había ahogado en él durante la conquista de Babilonia, y disminuyó tanto el río que hasta las mujeres lograron cruzarlo.

Mas recuerda también lo que dijo acerca de la ira el gran maestro Salomón: «No tengas amistad con hombre colérico alguno, ni te juntes con los que se enojan con facilidad, porque de cierto, que si lo haces, te arrepentirás». Y yo no añadiré más.

Así, querido hermano Thomas, abandona ya la ira. No tengas hundido en tu corazón el cuchillo del diablo, porque en verdad que la cólera te hace sufrir excesivamente, y ahora hazme una completa confesión.

—No, por San Simón —exclamó el enfermo— he sido hoy confesado por el cura de mi parroquia y le he expuesto mi estado; por lo que no hay necesidad que yo confiese de nuevo y sería una falta de humildad hacerlo.

—Entonces —dijo el fraile— dame una cantidad de dinero para edificar el claustro; porque mientras otros viven en la abundancia y comodidad, nuestra comida ha sido ostras y almejas y, a pesar de ello, Dios sabe que apenas hemos levantado los cimientos del claustro. Y, por Dios, que aún debemos veinticuatro libras de piedras. Ayúdanos, Thomas, por aquel que venció al Infierno, porque si no, tendremos que vender libros, y, si nuestra enseñanza falta, el mundo estará irremediablemente perdido. Así, te digo, Thomas, que el que privare al mundo de nuestros servicios, es como si le dejara sin sal, y

Dios nos ayude entonces a todos. Porque, dime, ¿hay acaso alguien capaz de predicar como nosotros? Y esto no es de un tiempo acá, sino que desde los tiempos de Elias[108] o de Eliseo ha habido frailes que practicaran la piedad.

El enfermo estaba casi loco de ira; hubiera querido ver al fraile, con sus hipócritas mentiras, ardiendo en el fuego.

—Sólo puedo darte lo que tengo y nada más —dijo—, ¿no acabas de decir que eres mi hermano?

—Por cierto que sí —dijo el fraile— puedes estar de ello plenamente seguro, pues yo he entregado a tu mujer la carta de fraternidad de mi orden con nuestro sello.

—Bien, entonces —dijo él— te daré algo para tu convento, que tendrás ahora mismo y en tu propia mano; mas ve que te impongo una condición, y es, querido hermano, que partas lo que te doy entre los frailes, de tal modo, que ninguno tenga más que los otros, y jura, por tu confesión, que tal harás y que no habrá fraude ni vacilación.

—Lo juro por mi fe —dijo el fraile, mientras con su mano tocaba la del enfermo—; te lo he prometido y no me volveré atrás.

—Entonces —dijo el enfermo— pon tu mano en mi espalda y tantea con cuidado, y cuando llegues a mis posaderas, hallarás algo que guardo muy secreto.

«¡Ah! —pensó el fraile— al final esto será mío». Y deslizó la mano justo en el centro de las posaderas de Thomas esperando encontrar allí algún don. Mas cuando el villano notó la mano del fraile tanteando alrededor de su orificio posterior, soltó tal ventosidad, que ningún caballo tirando de carro, ha podido imitar jamás tal estruendo.

El fraile dio un salto como bestia furiosa.

—¡Ah, traidor villano! —exclamó—. Por los huesos de Dios que lo has hecho a propósito; pero te digo, esta ventosidad te costará cara.

Al cabo, el criado del enfermo, oyendo aquel vocerío, acudió y echó al fraile de la casa. Y éste, rojo de ira, fuese a buscar a sus compañeros al lugar donde dejara sus provisiones. Mas era tal su furor, que sus dientes rechinaban como los de un jabalí irritado. Y así, a buen paso, encaminóse a una casa solariega donde vivía un señor de alta dignidad, de quien era confesor, y que en aquel momento hallábase en la mesa comiendo. Allí irrumpió el fraile preso de indecible locura e incapaz de articular palabra; mas al cabo, con gran esfuerzo, logró decir un «Dios os guarde».

Contemplóle el señor y dijo:

Benedicite. ¿Qué pasa hoy por el mundo, hermano John? A la vista está, que algo no marcha; no parece sino que todos los bosques estuvieran plagados de bandidos que te asaltan. Ahora, siéntate y cuéntame tus cuitas, y si puedo haré algo por ti.

—¡Señor! —exclamó el fraile— hoy he sido ultrajado en este vuestro feudo, de tal modo, que el más humilde paje se hubiera sentido execrado de haber sido tratado como yo lo he sido en esta ciudad. Pero nada me duele tanto, como que este villano de blancas guedejas haya blasfemado de nuestro convento.

—Maestro —dijo el señor— te lo suplico…

—Sirviente, señor, y no maestro —dijo el fraile—. Porque, a pesar de habernos conferido tal honor las escuelas, Dios no quiere que se nos llame rabí, ni en el mercado, ni en los templos.

—En verdad —dijo el señor—, que esto importa poco, pero confíate a mí y explica tus preocupaciones.

—Señor —dijo el fraile— hoy me ha ocurrido un abominable contratiempo y, *per consequens*, a toda la jerarquía de la Santa Iglesia, que Dios lo enmiende con rapidez.

—Vos, mejor que yo, sabéis lo que conviene hacer —dijo el caballero— no os atribuléis, sois mi confesor, la sal de la tierra y su sabor. Por amor de Dios, calmaos y decidme lo que os perturba de este modo.

Y entonces el fraile le dijo lo que bien sabéis. La señora de la casa se mantuvo quieta escuchando el relato del fraile.

—¡Ah, Madre de Dios! —dijo ella—. ¡Virgen bendita! ¿Hay algo más? No reparéis en decírmelo sinceramente.

—No —repuso el fraile— pero os he dicho esto, sólo para preguntaros vuestro parecer.

—¡Mi parecer! —exclamó ella—. El Señor me asista, pues que éste es el acto más villano cometido por la más villana criatura. Mas qué puedo yo decir, sino que el Señor lo confunda.

—Señora —replicó el fraile— si no miento, puedo ser vengado de otra manera que con palabras; y así deshonraré a este engañoso blasfemo en mis predicaciones; el cual me hizo prometer dividir en iguales partes lo que no puede ser dividido. ¡Que el diablo cargue con él!

Quedó pensativo el señor del condado cual si estuviera en trance, y en su mente daba vueltas todo lo que había oído. «¿Cómo pudo el villano imaginar para vos semejante problema? En verdad que jamás oí nada igual. De seguro que cosa del diablo es, porque de cierto que en toda la aritmética no

hallaríamos la fórmula de dividir el sonido y el olor de una ventosidad. El muy loco… ¡Maldito sea!».

—Ved caballeros —exclamó luego en voz alta—, si entre vosotros hay alguno que sepa de esto. Partes iguales… Decidme, ¿de qué manera? Porque en verdad que esta imposibilidad no puede efectuarse. ¡Ah, loco villano! Dios te mande el infortunio… Al igual que todos los sonidos, la ventosidad no es más que una resonancia del aire que desfallece lentamente, y así digo, que nadie puede juzgar, en caso de dividirse, que las partes sean iguales. ¡Que uno de mis villanos haya procedido así! Y a mi propio confesor… Yo opino que este hombre debe estar loco. Mas, ahora, comamos y dejémosle en paz y que el diablo se lo lleve.

El criado del señor, que junto a la mesa trinchaba la carne, oyó la conversación y dijo:

—Si yo quisiera, señor fraile, con tal que no os enojéis y a cambio de un trozo de paño para un vestido, podría relataros el modo de repartir equitativamente una ventosidad entre los frailes de vuestro convento.

—¡Por Dios y Santo Tomás!, habla —dijo el caballero—, que no te faltará el paño.

—Señor —dijo el criado—, cuando el tiempo esté bueno, sin viento, ni corra un pelo de aire, mandad traer una rueda de carro a esta habitación; cuidad que tenga los palos; y entonces, hacéis venir a los doce frailes. ¿Me diréis por qué? Porque un convento se compone de trece frailes y aquí tenemos a vuestro confesor para completar el número. Luego, cada uno de ellos se arrodillará cuidadosamente y mantendrá su nariz unida al extremo de cada radio. Este digno confesor debe colocar la suya bajo el cubo de la rueda. Entonces hacéis que venga el villano con el vientre repleto de aire como un tambor, y colóquese en el justo centro de la rueda y que suelte una ventosidad. Y por mi vida que veréis demostrado en esta prueba cómo el sonido y olor se esparcen en partes iguales por los radios, sólo que este digno confesor tendrá las primicias; pues, por ser una eminente personalidad tiene más derechos que los otros. Porque tienen siempre los frailes la costumbre de servir primero al mejor y más bueno de ellos, lo que este fraile tiene bien merecido, pues, sin ir más lejos, hoy nos ha instruido en el púlpito con tan buenos sermones, que en cuanto a mí concierne le recompensaría con el olor de tres ventosidades y creo que los demás frailes pensarán lo mismo. Porque en verdad que éste se conduce siempre muy santamente.

El señor, la señora, y todos los allí presentes, excepto el fraile, dijeron que Jankin había hablado tan bien como Euclides o Ptolomeo. Y en cuanto al

villano, acordaron que ni estaba loco, ni era necio, y que sólo la agudeza de su ingenio le hizo obrar de esta suerte. Jankin ganó un vestido nuevo. Y esto es el final de mi historia. Casi llegamos a la ciudad.

Prólogo al cuento del Estudiante

—Señor Estudiante de Oxford —dijo nuestro Hostelero—, cabalgáis tan callado que parecéis una doncella recién casada. En todo el día no he oído palabra que saliera de vuestros labios. Dejad vuestras cavilaciones y filosofías para otra ocasión que, como dice Salomón: «Para cada cosa hay su tiempo». Así, pues, acercaos y alegrad el ánimo. Éste no es lugar de meditaciones, y puesto que lo habéis prometido, contadnos un cuento que sea alegre y divertido. Porque todos los que han entrado en el juego tienen que seguir sus reglas. Mas no nos sermonees, ni trates de hacernos llorar nuestros pecados como suelen algunos frailes hacer en Cuaresma, ni tampoco cuentes algo que nos predisponga a la somnolencia. Procura, al contrario, relatar un cuento de aventuras que nos haga estremecer, pero guarda tus floreadas retóricas y tus giros de lenguaje para los reyes y demás gente de importancia. Sólo te pedimos que hables llanamente para que podamos entender lo que dices.

—Señor Hostelero —dijo con buen ánimo el Estudiante—, tú gobiernas esta compañía; estoy para lo que dispongas, siempre que sea razonable. Y así, os relataré una historia que me enseñó un digno estudiante en Padua, el cual era muy respetado por sus excelencias y ahora está muerto y enterrado. A Dios ruego para que se apiade de su alma. Se llamaba este estudiante Francesco Petrarca, insigne y laureado[109], cuya suave elocuencia iluminó, al igual que Lignano[110] en filosofía, leyes y otras ciencias, todo el país de la Italia. Mas, la muerte que no soporta vivamos en este mundo más tiempo de un pestañeo, ha hecho perecer a ambos.

Pero, como decía, el digno estudiante me relató este cuento en elevado estilo, el cual era una relación en la cual se describía el Piamonte, Saluzzo, los Apeninos y todas las altas colinas que forman la cordillera situada al oeste de Lombardía; haciendo especial mención del monte Viso, lugar donde nace el Po, principiando este río por un pequeño manantial que aumenta luego paulatinamente a medida que avanza hacia el este en dirección a Almodia,

Ferrara y Venecia. Pero todo esto me parece fuera de propósito. Por lo que os relataré el cuento como vais a oír.

Cuento del estudiante[111]

EN LA vertiente oeste de Italia, al pie del yermo monte Viso, hay una extensa planicie donde se ven numerosas ciudades y castillos que fueron fundados en la antigüedad, habiendo también muy buenos paisajes, y esta región se llama Saluzzo.

Un marqués era príncipe del país, como lo habían sido, antes que él, sus ilustres abuelos; todos sus vasallos, ricos y pobres, le obedecían. Y de esta suerte había vivido con el favor de la Fortuna, siendo amado y temido por los señores y el pueblo. Era por su linaje el más noble señor nacido en Lombardía, siendo apuesto y vigoroso, además de jovial y cortés, y gobernaba el país con gran sabiduría a no ser por una cosa o dos que merecían censura.

Y este noble marqués se llamaba Gualterio. Mas ved, que el príncipe concentraba su pensamiento en placeres pasajeros, como la caza del halcón, o bien iba de montería por todo el país, descuidando por ello sus deberes, olvidándose de mirar por el futuro de su país; pues el príncipe no quería desposar con esposa alguna.

Esto sentó tan mal a los vasallos, que un día vinieron en gran número a su señor, y uno de ellos, por ser el más sabio y experimentado, o porque el marqués consintiera mejor en oírle, o también por saber exponer mejor el asunto, le dijo lo que vais a oír:

—¡Oh, noble marqués, vuestra benevolencia nos da confianza y osadía para hablaros de nuestras penas! Ahora, señor, permitid que expongamos nuestras apesadumbradas quejas y no desdeñéis oír nuestra voz. Aunque a mí, no me cabe mayor parte que a los demás, vos, querido príncipe, me habéis favorecido con vuestra gracia; por esto me atrevo a pediros que oigáis nuestra petición.

Y luego, señor, haced lo que mejor convenga, porque en verdad que os amamos a vos y a todo cuanto hacéis, tanto que no imaginamos vivir en

mayor felicidad; sin embargo, señor, si vos quisierais desposaros tendría vuestro pueblo gran tranquilidad de corazón.



»Inclinad vuestro cuello bajo el yugo feliz del matrimonio, el cual no es yugo de servidumbre sino de soberanía, y considerad, señor, en vuestros sabios pensamientos, cómo los días se deslizan de una u otra manera; así durmamos o velemos; andemos o cabalguemos, el tiempo transcurre sin esperar a nadie, y aunque la verde juventud florezca, la vejez silenciosamente no deja de deslizarse, mientras la muerte nos amenaza a cualquier edad, y nadie puede escapar de ella. Porque en verdad, todos sabemos que debemos morir, aunque ignoremos el día.

»Nuestra intención es sincera y pues que nunca, señor, hemos rechazado vuestro mandato, si estáis de acuerdo, presto elegiremos para vos la esposa nacida de la más alta nobleza de esta tierra, lo cual nos parece que será honroso a los ojos del cielo. Por el amor del Altísimo, libradnos de esta perpetua preocupación; tomad esposa, pues si llegara a ocurrir (no lo permita Dios), que la muerte extinguiera vuestro linaje, y pasare vuestra herencia a sucesor extranjero, sería para nosotros el mayor dolor e infortunio. Por eso os ruego, señor, que os desposéis sin tardanza.

La humilde súplica y las compungidas miradas movieron a compasión el corazón del marqués.

—Vosotros queréis obligarme, mi amado pueblo —dijo el marqués— a algo que jamás pensé hacer. Gozo de libertad, lo cual difícilmente hallaría en el matrimonio, y así, siendo libre, debo ahora sujetarme a la esclavitud. Veo, sin embargo, la sinceridad de vuestra intención y, como confío en vuestro juicio, os digo, de libre voluntad, que consiento en desposarme, lo que haré lo más pronto que pueda. Pero, habiéndoos hoy ofrecido a buscarme esposa, yo os relevo de ello, y os ruego olvidéis vuestro propósito. El cielo sabe cuán a menudo los hijos no se parecen a los padres porque, de cierto, que la bondad proviene enteramente de Dios y no de la estirpe de la cual nuestros padres nos engendraron y nacieron. Confío en la bondad de Dios y, en consecuencia, le encomiendo mi matrimonio, mi estado y mi posición y mi paz de conciencia; que El haga su voluntad. Y yo asumo la responsabilidad de elegir a mi esposa. Pero os ruego que, por vuestras vidas, aseguréis honrar a la esposa que yo tome, siempre y en todo lugar, y que prometáis hacerlo como si fuera la hija de un emperador y mientras viva. Debéis jurar, además, no oponeros a mi elección ni hablar mal de ella, porque creedme, a instancia vuestra renuncio a mi libertad; y así os digo que sólo casaré con quien me dicte el corazón. Espero que todos estéis conformes con estas disposiciones y, ahora, os suplico no hablemos más de este asunto.

Ellos juraron de buena voluntad y ni uno de ellos disintió; mas sólo pidiéronle que fuera tan complaciente como para fijar el día definitivo de su boda, pues aún quedábales cierto temor de que el marqués no se desposara.

Así pues, fijó él la fecha en que debería casarse sin remisión y, entonces, ellos hincáronse de rodillas dando gracias por aquel favor. Y, conseguido su propósito, todos regresaron a sus casas.

En esto el marqués, mandó a sus oficiales que preparasen las fiestas y dio las órdenes necesarias a sus caballeros y pajes, obedeciendo todos cumplidamente para honrar la fiesta.

No lejos del palacio donde el marqués preparaba su matrimonio, había una aldea donde moraban algunos pobres villanos; mantenían sus animales y comían de lo que la tierra estéril podía proporcionarles. Entre estos pobres vivía uno que era considerado como el más pobre de todos ellos; sin embargo, el Señor puede favorecer con su gracia un pequeño establo de bueyes. Llamábase este hombre Janícula[112] y tenía una hija muy hermosa de mirar, y el nombre de esta joven doncella era Grisélida. Pero si he de hablar de la hermosura de su virtud, diré que era la que más resplandecía bajo el sol. Habiendo sido criada en la pobreza, ningún deseo impuro había rozado su corazón; bebía más de la fuente que de la bodega. Amaba la virtud, estando

más acostumbrada al duro trabajo que a la ociosidad. Y a pesar de que fuese de tierna edad, guardaba en su seno un espíritu maduro y entero. Cuidaba de su anciano y desvalido padre, por el cual sentía gran devoción y afecto, y mientras vigilaba en el campo las pocas ovejas que tenían, sus manos no paraban de hilar, de manera que sólo descansaba cuando dormía. Recogía, a menudo, hierbas y raíces del campo que llevaba a casa y cocía para comer y preparaba luego su lecho, que era duro y no blando. Y mantenía a su padre con toda la solicitud y obediencia que debe demostrar un hijo para sus mayores.

Mas un día, yendo de caza, el marqués dio con aquella moza y en ella puso sus ojos. Sin embargo, no había lascivia en su mirada, sino que contemplaba el semblante de la doncella con gran dignidad, ensalzando en su interior su doncellez y su virtud, porque tanto en sus obras como en su apariencia sobrepasaba a cualquier persona de su misma edad. Y así, aunque la gente no tuviera conocimiento de su virtud, el marqués supo apreciar sus cualidades y determinó que debía desposar con ella.

Acercábase el día de la boda, mas nadie podía decir quién sería la esposa; muchos quedaron pensativos preguntándose si su señor habría al fin abandonado sus ligerezas, y así se decían: «¿No casará el príncipe? ¿Por qué querrá engañarse y engañarnos?».

Sin embargo, el marqués había encargado joyas para Grisélida; broches y anillos engastados en oro y lapislázuli y, también, tomando la medida en otra doncella de su estatura, se le habían confeccionado vestidos, y asimismo había obtenido muchos adornos propios para suntuosas bodas.

La mañana del día de la boda estaba próxima y, así, dispusiéronse los salones del palacio y las cámaras, mientras que las alacenas surtiéronse en abundancia con las más exquisitas viandas que pueden encontrarse en toda la extensión de Italia.

El marqués, ricamente vestido, acompañado de las damas y caballeros invitados a la fiesta y de los jóvenes de su séquito, entre acordes de música, dirigióse, por el más corto camino, a la aldea de la cual hablé.

Grisélida (Dios lo sabe), no tenía conocimiento de que todo aquel aparato estuviera dispuesto para ella. Había salido a sacar agua del pozo y apresurábase a regresar a casa, pues había oído decir que el marqués se casaba aquel día y quería ver algo de la ceremonia. «Estaré detrás de nuestra puerta con las amigas —pensó— y así veré a la marquesa, por lo que, ahora, haré lo antes que pueda el trabajo de la casa, porque en verdad los quiero ver cuando pasen por este camino en dirección al castillo, si es que por aquí pasan». Mas

cuando iba a trasponer el umbral, llegó el marqués y la llamó. En seguida ella dejó la vasija del agua en el establo de bueyes junto al umbral, y, cayendo de hinojos, se mantuvo arrodillada y silenciosa ante el príncipe esperando con grave semblante oír el deseo de su señor.

El marqués, pensativo, se dirigió a la muchacha y hablando muy seriamente le dijo:

—¿Dónde se halla vuestro padre, Grisélida?

Y ella entonces humildemente dijo:

—Aquí está, señor, para lo que dispongáis.

Y entró en la casa sin perder tiempo, para buscar a su padre.

El príncipe entonces tomó de su mano al anciano y en privado le dijo:

—Janícula, no debo, ni puedo ocultar por más tiempo el mayor deseo de mi corazón. Si tú consientes, antes de irme, tomaré a tu hija por esposa hasta el fin de su vida. No dudo de tu lealtad, pues que eres mi fiel vasallo desde que naciste. Por lo que doy por supuesto que todo lo que me place a mí, también a ti te place. Así, contéstame sinceramente a la proposición que acabo de hacerte, y dime si estás de acuerdo en recibirme como yerno tuyo.

Turbóse el anciano ante aquel súbito caso y, rojo y tembloroso, apenas pudo pronunciar estas palabras:

—Señor, mis deseos son los vuestros, nada apetezco sino hacer vuestra voluntad. Sois mi amado príncipe. Que este asunto se resuelva según vuestro deseo.

—Prefiero, sin embargo —dijo el marqués— que resolvamos esto los tres juntos; por lo que tú, tu hija y yo tengamos conferencia en tu habitación, pues en verdad quiero preguntar a tu hija si desea ser mi esposa y estar bajo mi gobierno, y esto debe hacerse en tu presencia, porque nada diré lejos de tus oídos.

Mientras en aquella habitación tenían lugar las negociaciones que luego oiréis, fuera de la casa amontonábase la gente, maravillándose y alabando el amor y cuidados que aquella doncella procuraba a su querido padre. Pero Grisélida, que, antes de ahora, nada semejante había visto, hallábase en extremo confundida, porque de cierto no tenía costumbre de recibir un príncipe en su casa y por esto su rostro había perdido color. Mas, para continuar con el cuento, he aquí lo que el marqués dijo a aquella bondadosa y cándida doncella:

—Grisélida, tu padre se complace de que yo case contigo y lo mismo digo de mí. Esto, creo yo, lo puedes comprender muy bien y espero que estés conforme. Pero debido a lo rápido del caso debo hacerte algunas preguntas.

¿Consientes en casarte conmigo o quieres pensarlo más detenidamente? Deseo saber si estás dispuesta a cumplir todos mis gustos sin demora para que yo sea libre de efectuar todos mis deseos, así sean ellos para ti motivo de dicha o de pena; quisiera tener también la seguridad de que nunca murmurarás y que cuando yo diga «sí», tú no dirás «no» ni de palabra ni de insinuación. Jura esto y yo por mi parte juraré aquí nuestra alianza.

—Señor, no soy merecedora del honor que me ofrecéis, pero humildemente os digo que siempre vuestra voluntad será la mía. Y juro no desobedeceros voluntariamente de obra ni de pensamiento, aunque ello fuera a costa de mi vida. Y, en verdad, señor, que no deseo la muerte.

—Grisélida mía, con esto me basta —exclamó él, y con grave continente salió a la puerta seguido de la doncella.



Y entonces dirigióse el príncipe a las gentes y les dijo:

—Esta que veis aquí será mi esposa, y así pido que, quien me ame a mí, ame también a ella y la colme de honores, y nada más tengo que añadir.

Y de inmediato, mandó el príncipe que se la despojara allí mismo de sus vestidos, para que nada de ellos entrara en su casa. Algunas damas, no muy complacidas de tocar aquellas ropas, se encargaron de hacerlo, y luego vistieron a la gentil doncella adornándola de la cabeza a los pies; peinaron con sus delicadas manos sus cabellos, que tenía en gran desorden, colocando en su cabeza una rica corona llena de toda clase de joyas. Mas, ¿para qué he de prolongar mi cuento con el relato de sus adornos? Sólo diré que cuando Grisélida estuvo transformada por aquella magnificencia, la gente apenas pudo reconocerla por lo bella que era…

El marqués le entregó un anillo que había traído para aquella ocasión y, luego, montándola en su caballo blanco como la nieve, los dos, sin más

tardanza, partieron para el palacio del príncipe. Las gentes alegremente se adelantaban a su paso y, llenas de júbilo, pasaron aquel día de fiesta hasta la puesta del sol.

Para proseguir mi cuento diré que Dios le favoreció con su gracia de tal manera, que no parecía ella nacida y criada en rústica aldea, ni en establo de bueyes, sino en el palacio de un emperador, y así llegó a ser tan respetada y querida por todos, que la gente de su propia aldea no podía dar crédito a sus ojos. Y no lo hubieran creído a no ser que de antemano sabían que ella era la hija de Junícula. Grisélida, que habiendo sido siempre virtuosa, había ahora acrecentado su natural bondad; era discreta, amable y elocuente, y en su decir tan graciosa que conquistaba el corazón de las gentes hasta el extremo que todos los que miraban su rostro la amaban.

No sólo en la ciudad de Saluzzo se hablaba de sus bondades, sino que en muchas comarcas, en muchas partes se la conocía; porque ocurría que si uno hablaba bien de ella, el otro también y de esta manera fue extendiéndose su espléndida bondad hasta que no hubo hombre o mujer, joven o anciano que al llegar a Saluzzo no quisiera visitarla.

De esta manera Gualterio había casado honrada y dichosamente y vivió en casa tranquilo en la paz del Señor. Gozó del favor de las gentes, y así, por haber descubierto que la virtud se oculta con frecuencia en los de humilde condición, tomáronle todos por hombre discreto, lo que en verdad se ve muy pocas veces.

No sólo conoció Grisélida todos los trabajos caseros, sino que, cuando las circunstancias lo requerían, sabía atender al bien común. Y así, no había pendencia, rencor o disputa en todo el país que su sabiduría no apaciguara ni remediase. Y aún si los nobles u otros señores de la comarca se enemistaban, ella sabía reconciliarlos, incluso en ausencia de su esposo.

Decía tan sabias palabras y era su hablar tan oportuno, que las gentes creyeron había sido enviada del cielo para enmendar sus errores.

No mucho tiempo después de haber casado, Grisélida dio a luz una niña; y, aunque de buen grado hubieran preferido un hijo, no dejaron por esto de alegrarse, porque no siendo ella estéril, siempre les quedaba la esperanza de tener un varón.

Y aún era el tiempo en que mamaba su hija, cuando el marqués concibió en su mente la idea de probar a su esposa, y así, no pudiendo apartar de sí aquel deseo, procedió a tentar a su mujer. Dios sabe que no quería amedrentarla; muchas veces antes la había probado y la halló siempre buena. ¿Qué necesidad tenía de examinarla otra vez? Algunos lo tendrán como rasgo

de ingenio y como a tal lo alabarán, pero yo digo que no es prudente, ni discreto, probar a una mujer, cuando no hay necesidad, poniéndola en la angustia y terror.

Mas el marqués procedió de esta manera: Una noche vino solo, con grave continente, entró en la habitación de su esposa y le dijo:

—Grisélida, espero que no habrás olvidado el día en que, rescatándote de tu pobre condición, te puse en estado de alta nobleza. Mas insisto en que esta dignidad que ahora gozas y en que yo te he colocado, no debe hacerte olvidar el hecho de que yo te recibí en pobrísimo estado. Porque, ¿cómo habrías logrado ser dichosa si yo no te hubiese hallado? Y, ahora, escucha atentamente las palabras que voy a decirte; hablaré pues. Nadie, excepto tú y yo nos puede oír. Tú sabes muy bien cómo llegaste a esta casa, y en verdad que no ha transcurrido mucho tiempo de ello; y así, a pesar de lo mucho que te aprecio y te estimo, mis hidalgos no opinan lo mismo; aseguran que es oprobio y motivo de escándalo tener que servirte a ti, que has nacido en una aldea. Y no cabe duda de lo que te digo, pues en especial desde que ha nacido tu hija, ellos no paran de hablar. Yo deseo, como siempre, tener con ellos paz y tranquilidad, y en estas circunstancias no puedo arriesgarme a perderla. Mas yo haré por tu hija lo que mejor convenga; y esto es también el deseo de mi corte. Dios sabe que ello me causa mucha pena; sin embargo, no he de obrar sin tu consentimiento. Muestra una vez más tu paciencia como juraste y prometiste en tu aldea el día de nuestra boda.

Ella oyó todo esto y, sin alterar sus facciones ni mostrar el menor resentimiento, dijo:

—Señor, todo te pertenece, mi hija y yo somos vuestros enteramente. Te obedeceremos, señor, puedes tomar lo que tuyo es, o también destruirlo; haz tu voluntad. Y, así como el cielo es mi salvación, nada que a ti te plazca puede desagradarme, ni nada hay que yo desee más que el no perderte; éste es y será siempre el deseo de mi corazón. Y así, ni el tiempo, ni la misma muerte, podrán apartar de ti mi atención.

Feliz hizo al marqués esta respuesta. Sin embargo, fingió no estarlo; y al salir de la habitación sus miradas y facciones eran sombrías. A poco, después de esto, llamó a su cámara a un hombre de su confianza, al cual muchas veces había encargado graves asuntos (pues esta gente puede poner planes perversos perfectamente en ejecución), por lo que el príncipe sabía muy bien que este escudero era leal y cumpliría el deseo de su amo. Y así éste, cuando comprendió la voluntad de su señor, entró sigilosamente en el cuarto de la marquesa y dijo:

—Señora, os pido excusas si ejecuto una cosa a la que me veo obligado, mas vos sois lo suficiente discreta como para comprender que no se pueden eludir las órdenes del príncipe, aunque sean ellas de lamentar y nos acongojen. Debemos pues acatar todos sus deseos, y lo mismo debo yo hacer, y eso es todo lo que quería deciros. Y ahora, señora, me han mandado apartar de vos a vuestra hija.

Y en este momento le arrebató la criatura como si fuera a matarla en el acto. Grisélida permaneció sentada, y quieta y sumisa como un cordero, dejó al escudero ejecutar aquel ignominioso acto.

Ominosa era la reputación de aquel hombre, y ominosa era su cara, y más aún la hora de su aparición. Y Grisélida creyó que en aquel momento y lugar daría muerte a la hija que tan tiernamente amaba, pero ni un suspiro salió de su boca, ni un sollozo sacudió su cuerpo, sino que se avino pacientemente a la voluntad del marqués. Y, entonces, pidió al escudero que tuviera la bondad de corazón para dejarle besar a su hija antes de matarla, y colocando a la pequeña en su regazo, con afligido semblante la arrulló en sus brazos y luego tiernamente la besó.

—¡Adiós, hijita mía! —le dijo dulcemente— no volveré a verte más, te he signado con la Cruz y por ello serás bendecida por el Padre de los Cielos que por nosotros murió. ¡Mi pequeña hija! A Tu cuidado encomiendo su alma; pues que esta noche debe morir por mi causa.

Apenas una nodriza hubiera soportado aquel espectáculo, cuánto más excusable, pues, para una madre el haber dado ayes de dolor; sin embargo, ella soportó aquel infortunio sin conmoverse y dulcemente dijo al escudero:

—Tomad a la pequeña y haced la voluntad de mi señor, mas os ruego, a menos que él lo haya prohibido, enterréis este pequeño cuerpo en lugar fuera del alcance de las bestias, pues no quiero que éstas lo destrocen.

A este requerimiento, él nada dijo, mas se limitó a coger la criatura y con ella partió. Retornó el escudero a su amo y diole información breve y completa sobre las palabras de Grisélida y su comportamiento, entregándole luego a su pequeña hija. El príncipe pareció sentir algún remordimiento, mas a pesar de ello no desistió de su propósito; porque así se comportan los príncipes cuando quieren hacer su voluntad. Y así, le dijo a aquel hombre, que con todo cuidado y en secreto, envolviera a la niña en pañales y preparara para ella una caja o cofre. Y bajo pena de perder la cabeza no debía revelar a nadie lo que hacía ni a donde debía dirigirse. Y así le ordenó que llevara a su hija a Bolonia en casa de la hermana del marqués, la cual era en aquel tiempo condesa de Panago, y le explicara las circunstancias, rogándole accediera a

criar a la pequeña del mejor modo que pudiera; mas no debía decir quién era la niña ni a ella, ni a nadie.

Y partió el escudero en cumplimiento de su misión; pero dejad ahora que retorne al marqués, el cual mantenía en constante vigilancia a su esposa preguntándose si podría observar algún cambio en su rostro o en su comportamiento, pero no logró hallarla sino en constante disposición e inmutable. Tan alegre y sumisa como siempre, estaba dispuesta a amar y servir a su señor; la adversidad no la había cambiado y en ninguna circunstancia nombró ella a su hija.

Transcurrieron cuatro años antes que la marquesa tuviera otro hijo, y esta vez fue voluntad de Dios que naciera un apuesto varón. Alegróse su padre y con él su pueblo y todos alabaron al Señor y diéronle gracias. Pero tenía el niño dos años de edad y aún mamaba de su nodriza, cuando cierto día el marqués insistió en probar de nuevo a su esposa con más dura prueba si cabe. ¿Qué falta le hacía al marqués someterla a otra prueba? Pero los casados no tienen medida cuando encuentran una paciente esposa.

—Esposa mía —dijo el marqués— acaso habréis oído algo, mas, si no, sabed que mi pueblo ha tomado muy mal nuestro matrimonio y aún ahora, con el nacimiento de mi hijo, la situación ha empeorado altamente, de manera que a mis oídos llegan tan crueles rumores que en verdad matan mi corazón.

«Cuando Gualterio muera —dicen—, Janícula le sucederá y, puesto que será nuestro señor, deberemos obedecerle a la fuerza». No cabe duda que esto dicen y yo debo tener buen cuidado de semejantes murmuraciones, y así aun cuando mis vasallos no hablen en mi presencia, yo temo sus ideas, porque mi propósito es vivir en paz con ellos. Por todo lo cual he determinado disponer de mi hijo, en secreto, del mismo modo que un día hice con su hermana. Pongo esto en tu conocimiento para que no te sobrecoja el dolor de perderlo. Por lo cual una vez más te ruego que muestres paciencia.

—Señor —dijo ella— ha dicho y diré siempre, que no deseo en verdad nada sino lo que vos queráis; no me siento acongojada, aun cuando mi hija y mi hijo sean muertos si es que ello es vuestra voluntad. Yo no he tenido parte en los dos niños, sino enfermedad primero y luego dolor. Tú eres nuestro señor; dispón de nosotros a tu voluntad y no pidas consejo. Porque, así como dejé mis vestidos en casa antes de venir a ti, dejé también mi libertad antes de recibir vuestros vestidos. Y así os ruego que hagáis vuestro gusto, que yo obedeceré vuestro deseo. Y ciertamente si yo conociera vuestra voluntad antes de expresarla la ejecutaría sin negligencias, mas ahora que sé cuál es vuestro deseo, tendré el valor y constancia suficiente para cumplirlo; y si mi

muerte pudiera serviros de algún provecho, entonces gustosamente daré mi vida, porque la suerte no es nada en comparación de vuestro amor.

Percibió el marqués la constancia de su esposa, y bajó los ojos maravillándose de que pudiera soportar tanto, mas luego con sombrío semblante, pero lleno de placer, abandonó la habitación.

El escudero tomó a su hermoso hijo de la misma manera, o aún peor, que hiciera antes con su hija. Sin embargo, tan grande era la paciencia de Grisélida, que no dio muestras de dolor alguno y, signando a su hijo con la Cruz, dióselo al hombre rogándole diera sepultura al cuerpo de la criatura para que sus tiernos miembros no fueran presa de aves o bestias. Mas no obtuvo respuesta del escudero y así éste partió, porque nada significaba para él aquello, y fuese luego con el niño a Bolonia, donde cuidadosamente lo dejó.

Se maravillaba el marqués de la paciencia de su esposa, y si no hubiese sabido cuán profundamente amaba a sus hijos, de seguro hubiera sospechado se trataba de brujería, o maleficio, o perversa inclinación; tal era la inmutabilidad de su rostro. Pero él sabía muy bien que, después de él, su esposa amaba a sus hijos.

Y ahora, señores, de buena gana preguntaría: ¿No bastaban estas tentaciones? ¿Qué más podía imaginar un severo marido para probar la lealtad y constancia de tan inexorable criatura? Pero hay personas que, en cuanto hacen propósito de llevar a cabo algo, nada hay que pueda hacerles desistir de efectuarlo, porque en verdad se sienten tan ligadas a su proyecto como lo está el mártir a la estaca de su martirio. Y tal era el caso del marqués; y así vigilaba todas sus palabras y miradas por si descubría en ellas algún cambio hacia él, pero jamás pudo hallar alteración alguna; su ánimo y su rostro eran siempre iguales, y al envejecer, si cabe, había aumentado su lealtad y solicitud por su esposo de tal manera que la voluntad de los dos no parecía más que una, porque lo que Gualterio deseaba, era también deseo de ella, por lo cual gracias al cielo todo tuvo feliz término. Demostrando ella cómo una mujer no debe desear jamás nada por ella misma, sino hacer lo que quiera su marido.

En breve tiempo, circularon entre la gente escandalosas historias sobre Gualterio, que por haber casado con pobre había cruelmente asesinado a sus hijos, tal se decía y no era de extrañar, puesto que nadie se cuidó de hacer llegar hasta sus oídos la noticia de que no habían muerto. Y así, aunque hasta ahora había sido muy amado por su pueblo, el oprobio de su mala fama hizo que lo maldijeran. El nombre de asesino es odioso; sin embargo, no quiso él

desistir de su cruel propósito por ninguna consideración. Porque todo su afán se concretaba en probar a su esposa.

Cuando su hija hubo cumplido doce años, mandó un mensajero a la ciudad de Roma pidiendo le expidieran bulas; éstas le debían permitir repudiar a su esposa y aún, si lo deseaba, casar de nuevo. Mas díjole al Papa, en gran secreto, que estas bulas debían ser falsas, pues sólo las quería para que reinara la paz entre él y sus vasallos.

Y la gente ignorante, creyó de buena fe que aquella noticia era cierta, pero imaginó que al llegar estas nuevas a oídos de Grisélida, su corazón quedaría muy afligido. Mas aquella fiel y sumisa criatura resolvió con más constancia como jamás había demostrado soportar toda adversidad de la Fortuna. Y así amoldóse en todo momento a la voluntad y deseo de su señor al cual había entregado su corazón y su alma y la felicidad de este mundo.

Y para acortar esta historia diré, que el marqués escribió personalmente una carta en la cual manifestó sus intenciones y que secretamente mandó a Bolonia.

Y así, en ella, pedía a Panago, que había desposado entonces con su hermana, enviase a casa los dos niños convenientemente escoltados. Pero una cosa suplicó con insistencia, y es que no debía revelar a nadie quiénes eran, mas sólo se permitía decir que la doncella iba a desposar al marqués de Saluzzo.

El conde hizo lo que se le rogó y, en el día señalado, partieron hacia Saluzzo e iban con ellos muchos nobles ricamente ataviados escoltando a la doncella y a su hermano.

Aparejada se hallaba la hermosa doncella para la boda, cubierta de ricas y esplendorosas joyas, y su hermano, que sólo tenía siete años, iba a su lado muy pulcramente ataviado. Y así de esta suerte ellos, en gran magnificencia y regocijo, cabalgaron día a día hacia la ciudad de Saluzzo.

Entretanto el marqués, para tener la absoluta certeza de que Grisélida era más constante que nunca, con su habitual perversidad, la sometió a una suprema prueba; y así un día, en pública audiencia, dirigióse a su esposa y, en alta voz, le dijo:

—De cierto, Grisélida, que ha sido para mí muy agradable tenerte por esposa, y más a causa de tu lealtad y sumisión que a causa de tu riqueza y linaje. Mas, cuando ahora pienso en ello, y lo considero, creo, en verdad, que cuanto más grande es la posición de uno mayor es su servidumbre. Un labrador es más libre de lo que soy yo para hacer lo que guste, pues mis vasallos me están forzando con sus diarios clamores a tomar nueva esposa. Y

debo decirte que el Papa lo consiente para que de una vez acaben las rencillas. A más, ya está en camino la que va a ser mi esposa y pronto estará aquí. Apresúrate a dejar tu puesto libre para ella. En cuanto a la dote que trajiste, te hago favor de que vuelvas a llevarla contigo. Retorna a la casa de tu padre —dijo él—. La suerte no dura toda la vida. Por lo que te aconsejo que sufras con ánimo sereno los golpes de la Fortuna.

Y aún ella respondió:

—Señor, sé, y he sabido siempre, que no era posible hacer comparación con tu esplendor y mi pobreza; esto no se puede negar. Yo jamás me consideré digna de ser tu esposa bajo ningún aspecto; no, ni tan siquiera tu sirviente. Y en esta casa de la cual me has hecho señora (al Altísimo tomo por testigo y Él no me conforte si miento) jamás me consideré dueña o señora, sino humilde servidora vuestra, como siempre lo seré mientras viva. Que el cielo os recompense vuestra generosidad por haberme honrado tanto tiempo y sostenido en tan alta nobleza, de la cual yo no era digna. No tengo más que decir. Alegremente volveré junto a mi padre y con él viviré el resto de mi vida. En el lugar donde me crié, viviré y moriré como viuda, con casto cuerpo y casta alma y en todo lo demás. Yo os entregué mi virginidad y fui vuestra fiel esposa, y Dios prohíba a la esposa de tan gran príncipe tomar otro marido o amante. Que Dios, en su bondad, os conceda, con la nueva esposa, dicha y prosperidad; yo le cederé con gusto mi lugar en el cual he sido tan feliz. Pero ya que os place que me vaya, partiré, señor cuando quieras. Pero en cuanto a la oferta que me hacéis de que me quede la dote que traje, bien sé que nada fue sino miserables trapos, lo cual difícilmente ahora hallaría. ¡Oh, señor! ¡Cuán noble y benevolente parecíais por vuestra mirada y semblante el día en que se celebró nuestra boda! El amor cambia al envejecer. Mas de cierto, señor, que ni las penalidades, ni la muerte me harían, ni de palabra ni de hecho, arrepentirme jamás de haberos entregado mi corazón. Señor, vos sabéis cómo en casa de mi padre fui despojada de mis harapos y luego ricamente vestida. Y así bien claro está, que nada traje, salvo mi lealtad, mi desnudez y virginidad. Tomad, pues, señor, mis ropas. Os las devuelvo, así como el anillo de nuestra boda; vuestros son, para siempre, el resto de vuestras joyas que están en vuestro aposento. Desnuda salí de la casa de mi padre y desnuda debo volver. Me conformaré gustosa con vuestros deseos. Sin embargo, espero que no consentiréis que salga desnuda de vuestro palacio. Porque en verdad que nada podéis hacer tan deshonroso como permitir que el vientre que ha llevado vuestros hijos sea visto, sin ropa alguna que lo cubra, por la gente del camino; por lo cual os suplico que no me dejéis

andar como un gusano. Porque sois aún mi señor, y recordad que vuestra esposa fui, aunque indigna, y así, en compensación a mi virginidad que os di y no puedo llevarme, concededme ahora, a cambio, una camisa como las que solía llevar, para que con ella pueda ocultarse el vientre de la que fue esposa vuestra. Mas para no apesadumbraros más, mi señor, me apartaré de vuestro lado.

—Puedes conservar tu camisa —dijo el marqués—, y llevártela contigo.

Mas sólo pudo decir estas palabras porque la piedad y la pena embargaban su ánimo.

Y ante las gentes despojóse ella de sus vestidos y cubierta con una sola camisa partió hacia la casa de su padre.

La gente sollozaba a su paso y maldecía de la Fortuna una vez y otra, pero los ojos de ella estaban enjutos y en todo tiempo no dijo ni una palabra.

Su padre pronto tuvo noticias de aquellas nuevas, y, así maldijo el día y la hora en que había nacido. Mas él, siempre había recelado de este matrimonio, pues ya desde el comienzo había creído que el príncipe, una vez satisfecho su deseo, sentiría que era deshonor y vergüenza para su clase haber descendido tanto y pronto buscaría manera de deshacerse de ella.

El murmullo de la gente advirtió al anciano de la llegada de su hija y presto salió a recibirla. Entre sollozos, cubrióla como pudo con el viejo vestido, mas no pudo ajustarlo, porque el paño, aunque burdo, había envejecido a causa de los muchos días como habían transcurrido desde la boda.

Así, esta perla de paciencia conyugal habitó por algún tiempo con su padre y nunca demostró en público o privado, de palabra o simplemente con la vista el que se le hubiera infligido daño alguno y en su rostro no se podía descubrir ni la más leve señal que recordase su antigua elevada posición. Mas nadie debía maravillarse de esto, porque siendo marquesa había vivido siempre en la humildad y había sido discreta y sin pretensión, honrando a su esposo en leal y constante sumisión.

La gente habla de Job y, en particular, de su humildad, de lo cual los clérigos hablan con gran elocuencia, pero siempre de la del hombre; en cambio, alaban muy poco a las mujeres; pero de cierto que ningún hombre puede ser tan humilde o fiel como lo son las mujeres; a no ser que sea un caso reciente.

Cuando el conde Panago llegó de Bolonia, las nuevas de su venida se difundieron por todas partes y así, también, llegaron a oídos de todos el que él traía consigo una nueva marquesa con tanta pompa y aparato que en todo el

occidente de Lombardía jamás humanos ojos habían presenciado tal esplendor.

Antes de la llegada del conde, el marqués, sabiéndolo y teniendo el plan ya trazado, envió algunos mensajeros en busca de la pobre e inocente Grisélida; y ella, con corazón humilde y alegre rostro, sin abrigar por esto en su ánimo gran esperanza, acudió a la llamada del marqués e hincóse ante él de rodillas saludándole con respeto.

—Grisélida —dijo—, he resuelto firmemente que la doncella con la cual yo case debe ser recibida en mi casa lo más regiamente posible y para ello cada uno ocupará el lugar que le corresponda, siendo servido según su rango y quiero a todos servir y honrar en la medida que sea posible. Mas, como no tengo en casa mujer capaz de ordenar y preparar las alcobas según mi deseo, me agradaría en extremo que tú asumieras este cargo, pues estás tú familiarizada con mis gustos; sin embargo, no te importe que tu vestido sea pobre y ajado. Ello no te ha de impedir hacer tu trabajo lo mejor que puedas.

—Señor —replicó ella—, no sólo soy feliz en hacer vuestra voluntad, sino que es mi deseo serviros y complaceros desde mi humilde condición e incluso estoy dispuesta a morir. Porque el dolor y la mala fortuna jamás podrán hacer que mi pecho cese de amaros con el amor más verdadero.

Y al decir esto, dio comienzo al arreglo de la casa, preparando mesas, haciendo lechos y esforzándose en que todos se apresuraran en el cumplimiento de su deber; y así unos barrían y limpiaban, mientras ella, la más diligente entre todas, preparaba la sala del banquete y las habitaciones una por una.

Llegó el conde a media mañana, y, con él, los dos nobles niños. Y salió la gente para presenciar aquella costosa ceremonia; y ahora, por primera vez, empezaron a decirse unos a otros que Gualterio no era necio, pues si quería cambiar de esposa, de cierto que era para bien; porque, en verdad, que todos juzgaron a ésta más hermosa y más joven que Grisélida; y, siendo así, el fruto de semejante matrimonio sería también más hermoso y, debido a su noble nacimiento, más aceptable, pues su hermano tenía también muy apuesto semblante. Por todo lo cual, la muchedumbre sintió gran afecto hacia ellos y aprobó la conducta del marqués.

«¡Oh pueblo inestable, desleal, necio y mudable como una veleta! Alegre siempre al más nuevo rumor (pues creces y menguas como la luna), en verdad que por tu necedad no vales ni un penique. Falso en juzgar, tu perseverancia es mala, loco es el que de ti se fía». Esto decían las personas más graves,

mientras la multitud, feliz por tener nueva marquesa, la contemplaba por novelería.

Mas no quiero hablar de esto ahora, sino referirme a Grisélida para alabar su paciencia y diligencia. Y, así, mostrábase ésta tan activa en todo lo que concernía a la boda, que ni sus burdas ropas impidiéronle ni por un momento efectuar su trabajo. Y fuese hacia la verja para recibir a la marquesa después de lo cual continuó con sus obligaciones. Y puso tanta competencia en recibir a cada invitado según su rango y tanta cortesía y distinción, que todos se maravillaban cómo ella, tan pobremente vestida, pudiera entender de semejantes honores y respetos. De manera que todos alabaron su discreción.

En todo este tiempo, Grisélida no cesaba de elogiar a la doncella y a su hermano, haciéndolo con tan buena intención y tan sinceramente como nadie lo hubiera hecho. Mas al cabo entraron los nobles y colocáronse en su lugar para la fiesta y el marqués mandó entonces que se acercara Grisélida y como si de chanza se tratase, le dijo:

—¿Qué os parece, Grisélida, la belleza de mi nueva esposa?

Y ella le contestó:

—Ciertamente que muy bien, señor, pues podéis creerme que jamás vi doncella más hermosa. Dios le conceda la felicidad a ella y a vos por el resto de vuestras vidas. Mas una cosa os suplico y os advierto; no martiricéis a esta doncella como habéis hecho con otra. Ella ha sido criada con delicadezas y no podría soportar la adversidad como quien lo ha sido en la pobreza.

Cuando Gualterio vio su paciencia y su semblante libre de malicia, cuando vio que se mantenía firme como una muralla y sin ningún resentimiento por las muchas veces que él la había injuriado, el marqués sintió su corazón moverse a la piedad.

—¡Grisélida mía! —exclamó—, baste con esto. No sientas en tu pecho más temor, ni te acongojes por más tiempo. He puesto a prueba tu lealtad y tu fe, en la riqueza y en la pobreza, y ahora sé de tu constancia.

Y, entonces, tomándola en sus brazos, comenzó a besarla repetidas veces. La sorpresa hizo que Grisélida tío entendiera sus palabras; pues en verdad que le parecía despertar de un sueño, tal era su estupefacción. Mas, al cabo salió de ella y el marqués le dijo:

—Por el Señor que murió por nosotros en la Cruz, tú eres Grisélida, mi esposa, y así Dios salve mi alma, como no tengo ni jamás he tenido otra. Ésta, la que has supuesto iba a ser mi esposa, es nuestra hija, y éste, que aquí ves, será mi heredero como fue mi intención siempre y es el niño que ciertamente llevaste un día en tu seno. Ambos los mantuve escondidos en Bolonia;

tómalos ahora, para que no puedas decir que has perdido a tus hijos y, en cuanto a las gentes que hablaron de ello, que tomen buena nota de que no hice esto por malicia o crueldad, sino sólo para probar la lealtad de mi esposa.

Al oír ella esto, cayó al suelo en jubiloso desmayo, mas, al volver en sí, llamó a sus dos hijos y los estrechó en sus brazos llorando tan lastimosamente y besándolos tan tiernamente como lo haría cualquier madre hasta que sus cabellos quedaron bañados en abundantes y saladas lágrimas.

Y tan digno de compasión fue ver su desmayo como el oír el humilde tono de su voz.

—Mil veces, señor, os doy gracias por haber salvado a mis queridos hijos. Ahora ya no me importa morir —decía—, aquí o en otra parte; sé que me amáis y tengo vuestro favor. ¿Qué significa la muerte? ¡Oh, hijos míos! ¡Oh, mis tiernos infantes! Vuestra dolorida madre a menudo imaginaba que crueles bestias os habían devorado. Pero la misericordia de Dios y la bondad de vuestro padre, os han preservado sanos y salvos.

En aquel instante cayó al suelo sosteniendo aún en sus brazos a sus dos hijos, mas, al cabo, con esfuerzo, lograron separarlos. ¡Oh, cuántas lágrimas corrieron por los rostros de las gentes que presenciaron esto y tal emoción sentían que a duras penas podían permanecer en la habitación!

Gualterio la consoló hasta calmar su dolor, y luego, al recobrarse del desmayo, todos la animaron hasta que de nuevo se recobró. Y, entonces, la trató Gualterio con tal amable consideración, que era digno de verse la felicidad de los dos, ahora que de nuevo se encontraban juntos. Y así, cuando los demás tuvieron oportunidad, la condujeron a su habitación, y despojándola de su burdo vestido, la cubrieron esplendorosamente con un traje de hilo de oro y con corona de muchas preciosas piedras, y así, de esta suerte vestida, fue llamada a la sala donde se celebraba el banquete y se le rindieron allí los debidos respetos. De esta manera aquel triste día tuvo un feliz final y cada uno, ya fuese hombre o mujer, hicieron lo que pudieron para que aquel día fuera festejado y transcurriera alegremente hasta que las estrellas iluminaron la noche, y, según el parecer de todos, más espléndida fue esta fiesta que la de la misma boda.

Los dos vivieron muchos años en paz y prosperidad. Su hija hizo ventajosa boda, casando con el más noble príncipe de Italia. Gualterio mantuvo al padre de su esposa en la corte, en pacífico retiro, hasta que el alma abandonó su cuerpo.

A Gualterio, sucedióle su hijo, el cual llevó su herencia en paz y tranquilidad. Y fue afortunado en desposarse, aunque no sometió a su esposa

a pruebas. Porque según dice San Jaime en su Epístola: «Él, que nos ha redimido, no nos someterá a severas pruebas». Mas, sin duda, Él no ha dejado de probarnos todos los días con la adversidad, no para asegurarse de nuestra fuerza de voluntad, que de cierto El conoce desde que nacimos, sino para que nos ejercitemos en la virtud y vivamos santamente.

El Estudiante concluyó su cuento y el Hostelero exclamó:

—¡Por los huesos de Dios! Un barril de cerveza diera yo, para que mi mujer escuchara esta leyenda. En verdad que este cuento ha sido bueno y apropiado para esta ocasión en cuanto a mí se refiere. Mas de nada sirve llorar y lamentarse por lo que no tiene solución.

Prólogo al cuento del mercader

—Sollozos y lamentos, angustias y calamidades sufro yo todo el día y noche como lo hacen la mayoría de casados —el Mercader dijo— o, al menos, esto supongo por lo que me pasa a mí, que esto sí sé cierto. Tengo una mujer, la peor que hallaríais; y me atrevo a jurar que, si ella casara con el diablo, le dominaría. ¿De qué sirve referiros su gran maldad y su carácter iracundo? En verdad que existe gran diferencia entre la paciencia de Grisélida y la indecible maldad de mi mujer. ¡Maldito sea yo, si estando libre caigo de nuevo en el lazo! Porque nosotros, los casados, vivimos en constante pesar y tribulación y, si no, probadlo y veréis que digo la verdad. Y ¡por Santo Tomás de la India[113]!, que esto es aplicable a la mayoría, aunque no a todos. Dios no lo permita. ¡Ah, mi buen señor Hostelero! Creedme, no llevo casado más que dos meses y, sin embargo, creo que el que toda la vida haya pasado sin mujer, no es capaz de referir nada que iguale a las penas que me produce la perversidad de mi esposa.

—Dios os bendiga, mercader —dijo el Hostelero—, y pues que tanto sabéis sobre esta materia, contadnos, os lo ruego, algo sobre ella.

—Gustosamente lo haré —dijo el Mercader—, pero no de mis penas, porque de cierto mi corazón se halla muy afligido para mencionarlas.

Cuento del mercader[114]

EN OTRO tiempo, habitaba en Lombardía un noble caballero, el cual moraba en Pavía, viviendo en gran prosperidad. Durante sesenta años había permanecido soltero, deleitándose con el placer de las mujeres que elegía, como suelen hacer algunos locos. Mas por un exceso de piedad o devoción, no puedo decir cuál, cuando este caballero hubo sobrepasado los sesenta, le entraron ganas de casarse y ocupó sus días y sus noches en busca de mujer; y, así suplicó al Señor le concediera conocer la bienaventurada existencia que obtienen marido y mujer de vivir en este sagrado lazo con el cual Dios fue el primero en unir al primer hombre con la primera mujer. «Otra vida no vale un ardite —añadía—, porque los puros goces del matrimonio hacen de la tierra un paraíso». Esto decía el anciano caballero en su gran sabiduría.

En verdad son tan ciertas las excelencias del matrimonio, como lo es el que Dios está en el cielo. Y cuando el hombre envejece y está cano, entonces la esposa es su más delicada posesión. Es conveniente tomar esposa joven y apuesta, para tener de ella descendencia y vivir gozoso y en solaz. Mientras los solteros a la menor contrariedad con las mujeres, se lamentan y no paran de lanzar ay es y quejidos, lo que no deja de ser pueril. Pero es razonable que los solteros anden inquietos y apesadumbrados, porque ellos edifican sus moradas en tierras movedizas, y así, buscando seguridad, hallan inestabilidad. Lo mismo que los pájaros o bestias salvajes, viven en libertad, sin vigilancia alguna, mientras que el estado del matrimonio hace que el hombre viva feliz y ordenadamente bajo su yugo.

Mas ¿por qué razón no debe un hombre casado ser feliz? ¿Quién hay más sumisa que una esposa? ¿Quién le ayudará cuando se halle enfermo y mostrará más solicitud que su compañera? En el dolor, ni en la desgracia ella le abandonará, ni se cansará de amarle y servirle aun cuando se halle postrado en cama por el resto de su vida. Y aun dicen algunos letrados, como Teofrasio[115] (aunque en ello mienta): «No tomes mujer por economía, ni con

la idea de reducir los gastos de tu casa. Porque un criado fiel tomará más empeño en mirar por tus bienes de lo que tu propia esposa haría, porque las esposas siempre reclaman la mitad, y, así el Señor me salve, si caes enfermo, te atenderá mejor un amigo verdadero o un sirviente honrado que tu esposa; porque ellas sólo esperan recibir tu herencia. Mas si tomas mujer para tu ayuda, puede que entonces llegues a ser cornudo».

Estas sentencias, y aún otras peores, fueron escritas por el letrado que os digo. Mas bien cierto es que estas necedades nada valen. No os cuidéis más de ellas y escuchadme:

Una esposa es en verdad un don del cielo; todos los otros dones, como tierras, rentas, pastos, derechos comunales o bienes muebles, son dones de la Fortuna y pasan como sombra en la pared. Pero no temáis y dejad que os diga llanamente que una esposa es cosa duradera y que permanece más tiempo en vuestras casas del que quizás hubierais esperado.

Gran sacramento es el del matrimonio; y, así, un hombre, sin mujer, es desgraciado, porque vive sin ayuda de nadie una vida solitaria, y al hablar así lo hago de los seglares. Mas no digo esto con ligereza; si me escucháis, os diré la causa por la que la mujer fue creada para ayudar al hombre.

Cuando el Todopoderoso Dios creó a Adán, vio su vientre desnudo y su soledad, tuvo piedad de él y se dijo: «Hagamos para este hombre una compañera que le ayude, y que sea a su semejanza». Y entonces creó a Eva. Por lo cual, es evidente que la mujer es la ayuda del hombre, su solaz y su terrenal paraíso. Sumisa y virtuosa vive con él, en unidad, porque son una sola carne y, según creo, una sola carne tiene un solo corazón, lo mismo en la felicidad que en la desgracia.

¡Una esposa! ¡Ah, Santa María, *benedícite*! ¿Qué adversidad puede afligir a un hombre con esposa? En verdad que no puedo decirlo. Ni hay boca que pueda decir, ni corazón imaginar la dicha que hay entre ellos dos. Si el hombre es pobre, le ayuda en su trabajo, vigila sus bienes y jamás malgasta ella nada. Lo que le place al marido, place a la esposa y cuando él dice «sí», ni una vez ella dice «no». «Haz esto», dice él, y ella contesta: «En seguida, señor». Feliz y bienaventurado es el estado de matrimonio; gozoso y a la vez virtuoso, ordenado y aprobado. Y todo hombre que se estime en algo debería estar de continuo de rodillas pidiendo a Dios una esposa que le durara hasta el fin de sus días. Porque de ese modo aseguraría su vida, y así, siguiendo su consejo, difícilmente se vería engañado nunca. El que tenga mujer puede, pues, levantar la frente sin temor, porque ellas son fieles y discretas y hará bien en seguir su consejo el hombre que por sabio se tenga.

Mirad a Jacob; según los doctos cuentan, siguió el consejo de su madre Rebeca, ajustando a su cuello una piel de cabrito y alcanzando de esta suerte la bendición de su padre. Y según cuenta la historia, Judit salvó al pueblo escogido con su sabio consejo, asesinando a Holofernes mientras dormía.

Pensad en la manera cómo Abigail rescató a su marido Nabal en el momento en que éste debía ser ejecutado. Y también en Esther, que, con buen consejo, libró al pueblo de Dios de la desgracia e hizo que Mardoqueo fuera alabado por Asuero.

Según Séneca, nada hay que supere a la mujer humilde.

«Soporta lo que te diga tu mujer. —Cato recomienda—. Ella debe mandar y tú obedecer y, más aún, para complacerte, ella te obedecerá. Y si enfermas, tu esposa cuidará de tus negocios, pero si no la tienes, no debes lamentarte y llorar porque de nada te servirá. Mas si tienes esposa, entonces harás bien en amarla lo mismo que Cristo amó a su Iglesia. El que siente estimación por sí mismo, de hecho, ama ya a su esposa, porque nadie aborrece a su propia carne, sino que la nutre durante toda su vida. Y así digo que aprecies a tu mujer o nunca prosperarás. Porque aun cuando muchos tomen esto en chanza, el camino que eligen marido y mujer es el más seguro, pues tiende a unirles tan íntimamente, que ningún mal puede ocurrirles y, en particular, a la mujer».

Por estas razones, Enero, el caballero de que os hablé, meditaba en su avanzada edad sobre la felicidad y virtuosa tranquilidad que hay en el matrimonio, el cual es tan dulce como la miel. Y un día llamó a sus amigos para comunicarles el resultado de sus cavilaciones, y así, con grave semblante les dijo:

—Amigos míos, soy viejo y cano y estoy al borde de la sepultura, como Dios sabe. Ved que he malgastado mi cuerpo, por lo que debo ahora cuidar de mi alma, si en verdad puedo aún remediarlo. Por lo que he resuelto casarme lo antes que pueda con hermosa doncella, mas como no quiero aguardar mucho tiempo, yo, por mi parte, indagaré dónde hallarla. Pero he pensado, que siendo yo uno y vosotros muchos, es más probable que halléis vosotros a mi esposa. Y yo me uniré a vosotros. Mas os prevengo, amigos, que no quiero esposa vieja; a lo sumo debe tener ella veinte años. Porque ciertamente que mi gusto se inclina por el pan viejo y la carne joven. Y así no tendré yo mujer de treinta años, por ser ésta simple forraje y saco de habas. A más, que Dios sabe que las viudas conocen más artimañas que la barca de Wade y pueden ellas solas mover tanto alboroto que jamás viviría yo en paz con una de ellas. Diversas escuelas hacen sabios estudiantes; y sucede lo mismo cuando una

mujer tiene muchos esposos. Mas de cierto que la juventud se puede guiar lo mismo que puede la cera amoldarse a las manos. Por todo lo cual, os digo que no tomaré mujer vieja por ninguna razón. Suponed que fuera tan desafortunado que no hallara placer en ella; debería yo entonces vivir en adulterio el resto de mi vida e ir de cabeza al diablo cuando muera. De ella no tendría descendencia; mas dejad que os diga que mejor preferiría ser comido por los perros a que mi herencia cayera en manos extrañas.

Mas no hablo neciamente. Sé por qué los hombres casan y sé también que muchos que alardean de saber del matrimonio, no saben mejor que mi criado los motivos por los cuales un hombre debe tomar esposa. Si un hombre no puede vivir en castidad, debe entonces reverentemente elegir esposa, y no sólo por concupiscencia o amor, sino para criar hijos que den gloria a Dios; y de este modo evitan la fornicación, pagando entre ellos su justo débito y ayudándose el uno al otro en la tribulación, como hermano y hermana, y viven de este modo en santa continencia.

Pero, señores, con vuestra licencia os diré que esto no va conmigo, porque creo tener mis miembros fuertes y muy capaces de efectuar todo lo que un hombre puede hacer, y de ello yo soy el mejor juez, de lo cual, a Dios doy gracias.

Y así, a pesar de ser cano, soy como el árbol que florece antes de dar fruto y ciertamente un árbol que florece no está viejo ni seco. Sólo mi cabeza está vieja; mi corazón y mis miembros están, cual el laurel, verdes todo el año. Y ahora que habéis oído lo que pienso, os ruego asintáis a mi deseo.

Gentes diversas, contaron sobre el matrimonio diversas historias; lo condenaban unos, otros lo elogiaban, pero al cabo (ya sabéis cómo disputan los amigos), ocurrió que, entre sus dos hermanos, hubo una ligera controversia. Uno se llamaba Plácelo y Justino el otro.

—¡Hermano Enero! —dijo Plácelo— de cierto que no te hace falta pedir consejo, a no ser que, en tu sabiduría y prudencia, te dejes guiar por el proverbio de Salomón que reza: «Obra con consejo y no te arrepentirás». Pero, querido señor hermano, aun cuando Salomón dijera tales palabras, tan cierto como estimo mi salvación, creo que tu opinión es la mejor. Toda la vida he sido cortesano y Dios sabe que he ocupado puestos al lado de señores muy importantes, y jamás tuve disputa con ninguno de ellos. Porque, de hecho, yo no les contradecía nunca, pues he creído siempre que un señor sabe mejor de todo que yo, por lo cual no me incumbe lo que dice. Nadie hay tan necio como un consejero al servicio de un señor de alta dignidad que se atreva a presumir o incluso a pensar que su consejo es mejor que la opinión de su

señor. No, podéis creerme, los señores no son necios. Tú, aquí mismo, acabas de exponer un elevado juicio, piadoso y bueno, y yo estoy de acuerdo con tu opinión y confirmo tus palabras. Por Dios, que no hallaríamos en esta ciudad ni en toda Italia hombre que se expresara mejor. Tanto que satisfaría al mismo Cristo si te oyera. Porque, en verdad, que cuando un hombre de edad avanzada toma esposa joven, demuestra tener un elevado espíritu, y un gran corazón. Haced, pues, lo que os plazca en este asunto, porque en verdad creo que es lo mejor que puede hacerse, cuando ya no queda nada para decir y hacer.

Justino, que se hallaba sentado escuchando, dirigióse a Plácelo y le dijo:

—Ahora, hermano, te suplico tengas tú paciencia en escucharme, como yo la he tenido oyéndote. Séneca, entre otras sabias sentencias, dice que el hombre debe meditar muy bien a quién deja sus tierras y posesiones. Mas si, siguiendo sus consejos, debo vigilar a quién dejo mis bienes, cuánto más habré de considerar a quién dejo mi cuerpo. Porque os advierto seriamente: el casar sin reflexión no es juego de niños. En mi parecer, es esencial indagar si ella es discreta u orgullosa, de mal carácter o dada a la bebida; rica o pobre, derrochadora de bienes o virago. Como la perfección no se encuentra ni en hombre ni en bestia, debemos informarnos, pues, de si nuestras esposas tienen más buenas cualidades que malas; y, en verdad, que lleva tiempo investigar esto. Muchas lágrimas he derramado desde que tengo esposa. Muchos son los que alaban la vida de casado, pero yo no encuentro en ella sino gastos, molestias y obligaciones, y ninguna felicidad. Sin embargo, Dios sabe que mis vecinos no cesan de decir que tengo la esposa más sumisa y constante que ha existido. Pero yo sé perfectamente dónde me aprieta el zapato. Puedes hacer, en cuanto a mí concierne, lo que te plazca, pero reflexiona antes de entrar en el matrimonio con mujer joven y hermosa, y piensa que eres hombre viejo. Por el Señor que hizo el agua, tierra y aire, el más joven de nosotros tiene bastante que hacer para mantener a su esposa para él solo. A fe que tú no la complacerás, ni le darás satisfacción completa más allá de tres años. Las esposas requieren muchísimas atenciones. Y ahora te ruego no te disgustes por lo que te he dicho.

—Bien —dijo Enero—, has terminado con tus sentencias. Porque has de saber que éstas me importan un ardite, así como tu Séneca, porque todo ello no vale lo que un canasto de hierbas. Ahora mismo acabo de escuchar mejores consejos que los tuyos, los cuales se avienen mejor con mi opinión. ¿Tú qué dices, Plácelo?

—Digo que hombre maldito es el que ponga obstáculos al matrimonio.

Y sin más, todos se levantaron y acordaron que el anciano casara con quien quisiera.

La imaginación de Enero se llenó día a día de conjeturas y fantasías sobre el matrimonio; por las noches, veía esbeltos talles y hermosos rostros pasaban por su mente como si alguien hubiera colocado un brillante espejo en la plaza del mercado para que él viera pasar a las doncellas de la vecindad, y, de esta suerte, Enero veía a toda doncella con el pensamiento, vivieran éstas cerca o lejos de aquel lugar. Y así él no sabía por cuál decidirse, porque, si una tenía hermoso semblante, la otra gozaba de tan ventajosas cualidades o de tal prestigio entre las gentes, que la balanza se inclinaba a su favor. Al cabo dejó que todas salieran de su corazón y eligió por propia cuenta. Porque el amor es ciego, y no puede ver. Por esto en su corazón dibujó la alegre belleza de la juventud de la doncella, su delicado talle, sus largos y finos brazos y su discreción y gentileza, feminidad y gravedad. Y habiendo resuelto elegirla a ella sintió que nada mejor podía haber hecho. Y así, cuando llegó a una determinación, creyó que los demás opinaban mal y le parecía imposible que se opusieran a su criterio. E invitó entonces a sus amigos rogándoles el placer de su compañía y porque quería abreviar en lo posible su trabajo. Y así no hacía falta cabalgar más, ni andar de un lugar a otro, porque, en verdad, él había encontrado lo que quería.



Vino Plácelo y, al cabo, llegaron también sus amigos y díjoles que no opusieran argumento alguno a su decisión, ya que ésta, a más de placer a Dios, era la base de su felicidad verdadera.

—Hay en la ciudad —dijo— una doncella de gran hermosura, y, aunque no es de muy noble cuna, me bastan su juventud y su belleza.

Y declaró, entonces, que tomaría esta doncella por esposa y viviría con ella tranquilo y en santidad; y a Dios daba gracias de poder poseerla por entero sin compartir con otro hombre. Y rogó a sus amigos le ayudaran en aquella entrevista que no debía fallar; después de lo cual, su corazón descansaría.

—Ya nada me preocupa —dijo—, excepto una cosa que me aguijonea la conciencia y que en vuestra presencia voy a declarar. En otro tiempo oí decir que el hombre no puede tener dos paraísos, uno en la tierra y otro en el cielo. Porque aun cuando me mantenga limpio de los siete pecados capitales y de las ramificaciones de este árbol, hay sin duda tanto deleite en el matrimonio, que me siento preocupado. Porque si ahora, que soy viejo, llevo tan placentera vida, libre de dolor y tribulación, de modo que en la tierra hallo el cielo, y si el verdadero cielo se consigue con sufrimiento y tribulación, ¿cómo, entonces, viviendo gozosamente, cual los casados hacen con sus mujeres, puedo yo entrar en la bienaventuranza eterna de Cristo? He aquí mi temor, por lo cual os ruego, hermanos míos, me resolváis este asunto.

Justino, que aborrecía la locura de su hermano, chanceando respondió:

—Señor —dijo—, de ser éste el único obstáculo, pudiera ser que Dios, por un milagro y por su gran misericordia, dispusiera que te arrepintieras de tu vida de casado; en la cual ahora dices que no hay dolor ni tribulación, y, además, pudiera hacer que te arrepintieras aún antes de casarte por la Santa Iglesia. Dios prohíbe al hombre casado arrepentirse mucho más que al soltero. Por esto mi mejor consejo es que no desesperes, porque ella puede ser tu purgatorio, y será entonces el instrumento de Dios, o su látigo, por el cual saldrás tú lanzado a los cielos más rápido que una flecha al salir del arco. Y así, espero en Dios que comprenderás que no hay dicha en el matrimonio ni la habrá jamás, que pueda oponerse a nuestra salvación, siempre y cuando uses de él razonablemente y con moderación, no dando a tu esposa demasiado amor y librándote también de otros pecados. He dicho cuanto tenía que decir; no te preocupes, hermano, mi inteligencia no alcanza mucho. Dejemos pues esto. La viuda de Bath, si la habéis comprendido, ha declarado ya sus razones más hábilmente sobre este asunto que tenemos ahora nosotros entre manos, o sea el matrimonio. Despidámonos pues, y que Dios os preserve del mal.

Cuando vieron que no había solución, arreglaron aquel asunto de la mejor manera y Mayo, que así se llamaba la doncella, convino en casarse con Enero lo antes que pudiera. Pero considero sería una pérdida de tiempo si os hablara de todas las escrituras y documentos mediante los cuales ella fue dotada con las tierras de él y os hiciera relación de su rico ajuar. Mas al cabo llegó el día en que ambos debían ir a la Iglesia a recibir el santo sacramento. Salió el sacerdote con la estola al cuello y exhortó a la mujer a ser discreta en el matrimonio como Sara y Rebeca. Dijo entonces las oraciones de costumbre y los signó con la Cruz y, dándoles la bendición de Dios aseguró la ceremonia con santos ritos.

De esta forma se casaron ellos y tomaron luego sus asientos en el banquete junto a personas principales. Reinó en casa de Enero el júbilo y el regocijo, se trajeron ricos manjares y tal eran las melodías que producían los instrumentos, que ni Orfeo[116], ni Anfión de Tebas[117], jamás emitieron otras semejantes. Cada servicio llegaba con sonora música de trompetas, las cuales sonaban más fuerte que las de Joab y Teodomas de Tebas cuando peligraba su ciudad. Y así, mientras Baco escanciaba su licor en todo vaso y Venus sonreía a todos, Enero se había vuelto su caballero y estaba pronto a probar su valor, tanto en su matrimonio como en su libertad, y así Venus, sosteniendo en su mano la llameante antorcha, bailaba ante la novia y la entera compañía. Y de cierto que ni Himeneo, dios del matrimonio, vio en su vida más feliz novio.

Guarda silencio, tú poeta Marciano, tú, que escribiste la feliz boda entre Filosofía y Mercurio, acompañada por las canciones de las Musas. Tu lengua y tu pluma son demasiado débiles para describir esta boda. Porque cuando la tierna juventud casa con la encorvada vejez, el júbilo no puede ser descrito. Haz tú mismo la prueba y verás si miento o no en esta materia.

Mayo permaneció sentada. Tal encanto emanaba su rostro, que contemplarla parecía un sueño. La reina Esther jamás miró a Asuero con ojos tales como los de aquella doncella. Y tan bella era que no puedo describir ni la mitad de su hermosura; sólo diré que parecía una esplendorosa mañana del mes de mayo llena de belleza y de delicia. Y cada vez que Enero contemplaba su rostro sentía su ánimo estremecerse, y en su interior, deseaba abrazarla aquella noche, más fuerte de lo que jamás París hizo con Helena. Y, sin embargo, no dejaba de sentir compasión al pensar que aquella noche podría lastimarla, y pensaba: «¡Ay, tierna criatura! Dios me conceda el que pueda contener mis fuerzas, que tan vivas y ardientes siento; y así temo que no puedas soportar toda mi pasión. Sin embargo, quiera Dios que pronto llegue la noche y aun quisiera que ésta durara siempre, y que todas estas gentes se

marcharan». Y, al cabo, hizo cuanto en su mano estaba y cortésmente fue apartando aquella gente de la mesa[118], que era lo que deseaba. Y, así, llegó la hora en que debían levantarse, y bailaron y bebieron libremente y luego recorrieron la casa derramando perfumes. Todos se sentían contentos y llenos de felicidad; todos, salvo un escudero llamado Damián, que largo ha trinchado la carne en la mesa del caballero. Su señora Mayo habíalo enamorado de tal modo que creyó volverse loco por la pena. Danzando con la antorcha, Venus habíale marcado tan cruelmente, que poco le faltó para que cayera desmayado en el acto y fuese presuroso a su lecho. Mas por el momento, nada añadiré sobre él y le dejaré que llore y se lamente hasta que la gentil Mayo se apiade de su dolor.

¡Oh peligroso fuego que en el lecho te nutres! ¡Servidor enemigo del hogar! ¡Oh traidor criado, falso sirviente! Como pérfida culebra te has alimentado en mi seno. Dios nos libre a todos de conocerte. ¡Oh Enero!, ebrio con el gozo del matrimonio, mira cómo Damián, tu propio escudero y criado de nacimiento intenta hacer villanía contigo. Dios te conceda el poder de descubrir a tu enemigo en tu propia morada, porque no hay peor azote en el mundo que soportar al adversario para siempre en la casa.

Entretanto, el sol había recorrido su arco diurno y estaba próximo a descender, por lo que apenas asomaba en el horizonte. La noche con su oscuro y severo manto comenzó a cubrir el hemisferio, y, así, aquella gente, dando gracias a uno y a otro lado, comenzó a abandonar la residencia de Enero y, cabalgando alegremente, dirigiéronse a sus casas donde cada uno atendió a sus obligaciones, y a su debido tiempo todos fueron a descansar. Y así también Enero, cuando vio que todos se habían ido, manifestó su impaciente deseo de ir al lecho, pues que no podía aguardar por más tiempo.

Bebió primero vino especiado y luego *hipocrás*[119], clarete y *vernaccia* caliente, así como electuarios fortísimos como los que el maldito monje Constantino ha descrito en su libro *De Coitu*[120]. Y bebió todos ellos sin ningún reparo porque quería fortalecer su ánimo.

Luego, dijo a sus íntimos amigos:

—Por amor de Dios, desalojad la casa pronto.

Y, cortésmente, ellos hicieron tal como se les ordenó. Se bebió por última vez, se corrieron las cortinas, y la novia, tan silenciosa como una piedra, fue conducida al lecho, el cual previamente había bendecido un cura. Enero tomó en brazos a la dulce Mayo, a su paraíso, a su mujer, y una y otra vez la besó con cariño, restregando con las cerdas de su barba, espesa como la piel de un

tiburón y punzante como las zarzas (porque, según su costumbre, estaba recién afeitado), su delicado semblante.

—¡Ay, esposa mía! —decía—. En verdad que debo agraviarte y ofenderte gravemente antes que llegue la hora de descender. Pero, sin embargo, recuerda esto: nadie puede efectuar un buen trabajo si lleva prisa. Las cosas requieren ser hechas despacio y perfectamente y así no nos importe a nosotros el tiempo que retocemos, porque, en verdad, estamos unidos por el santo matrimonio, y bendito sea su yugo, porque nada de lo que hagamos será pecado. Porque un hombre no puede pecar con su esposa, lo mismo que no puede cortarse con su propio cuchillo. Y nosotros podemos, según la ley, solazarnos a nuestro placer.

Y en estos menesteres se afanó toda la noche hasta que, al clarear el día, tomó una sopa de vino clarete. Luego, besó a su esposa y se entregó a disolutos juegos. Estaba tan lascivo como un potro y tan locuaz como una urraca. Cantaba a grandes voces y, mientras, agitábase en su cuello la lacia piel. Sabe Dios lo que Mayo sintió en su corazón, al verle sentado en camisa con su gorro de dormir y su flaco cuello. Sí, en verdad, creo que ella estimó en muy poco su diversión.

—Ahora que ha amanecido, dormiré —dijo él, al cabo—, porque de cierto que no puedo permanecer despierto por más tiempo.

Y recostó la cabeza durmiéndose hasta las nueve.

Luego, cuando vio que era el debido tiempo, levantóse Enero, pero la gentil Mayo permaneció en la cama hasta eh cuarto día, según la buena costumbre entre las desposadas. Porque todo trabajador debe tener su tiempo de descanso, de lo contrario poco duraría y esto es aplicable a toda criatura viviente, ya sea pez, ave, bestia u hombre.

Retorno ahora al afligido Damián para decir cómo se consumía de amor. Mas ved lo que yo le diría:

—¡Ay, pobre Damián! Contéstame si puedes: ¿cómo declararás tu amor a la dulce Mayo? Ella te dirá que «no». Además, si hablas, revelará tu pasión a su esposo y entonces, ¡Dios te ayude! Nada mejor puedo decir.

Y, así, Damián enfermó, abrasóse en el fuego de Venus hasta el extremo de perecer por deseo e, incapaz de soportar por más tiempo el sufrimiento, resolvió pedir secretamente permiso para escribir una carta en la cual expuso toda su aflicción a modo de queja o canto y dirigió a su hermosa y gentil señora Mayo. Y guardó él su escrito en una bolsa de seda que colgaba de su camisa justo en el lugar del corazón.

La luna, que el día que casó Enero con la dulce Mayo estaba en el segundo grado de Tauro, habíase deslizado entrando en el signo de Cáncer; sin embargo, Mayo manteníase en su habitación según costumbre de los nobles. Porque a una novia no le es permitido comer en el salón hasta transcurridos cuatro días o, por lo menos, tres, después de los cuales puede ir al festín. Pero este tiempo había sido cumplido y Enero y Mayo, luego que hubieron oído misa mayor, bajaron a tomar sus asientos en el salón, y ella parecía tan hermosa y lozana como un esplendoroso día de verano. En esto el buen caballero, echando en falta a su escudero Damián, exclamó:

—¡Por Santa María!, ¿qué le ocurre a Damián que no está en su lugar? ¿Es que acaso ha enfermado?

Los demás escuderos que se hallaban allí cerca, excusaron a Damián diciendo que ciertamente éste había enfermado, lo que le impedía cumplir con su obligación, pues ninguna otra causa podía haberle apartado de su deber.

—Me apena oír esto —dijo Enero—, porque en verdad que es un excelente escudero y sería una gran pérdida si muriese. Es tan inteligente, discreto y fiel como el primero de su clase; y es, además, valeroso, servicial y económico; por todo lo cual, le visitaré lo antes que pueda después que termine la comida, y llevaré a Mayo para que le anime y yo haré lo mismo.

Y todos aprobaron el proceder del caballero y le colmaron de bendiciones por su bondad y cortesía en aliviar a su escudero en su enfermedad, acordando que era una noble acción.

—Señora —dijo Enero—, luego de comer, cuando abandones el salón para dirigirte a la alcoba con tus doncellas, id todas a visitar a Damián; entretenedle y decidle que, muy luego, en cuanto descanse un poco, iré a verle; pero daos prisa porque yo estaré esperando que vengáis a reposar en mis brazos.

Cuando el caballero hubo pronunciado estas palabras, llamó a un escudero que era senescal de su palacio y comenzó a darle instrucciones. La gentil Mayo, seguida de sus doncellas, dirigióse derecho a Damián y sentándose al borde de su cama procuró consolarle lo mejor que pudo. Damián, viendo llegada su ocasión, sigilosamente puso en manos de ella la misiva en la cual escribiera sus deseos y al tiempo que lo hacía suspiraba profundamente.

—Señora —dijo dulcemente—, no me descubráis, porque de saberse esto soy hombre muerto.

Y entonces ella ocultó en su seno la bolsa que él le diera y salió de la habitación. Y esto es todo lo que puedo deciros.

Regresó Mayo junto a Enero, que la aguardaba sentado en su lecho, y luego Enero, tomándola en sus brazos, la besó muy repetidas veces hasta que al cabo se acostó con ella. Pero Mayo fingió tener que ir a un lugar, que como sabéis, cada uno debe frecuentar por necesidad y, cuando hubo leído aquel billete, lo rasgó en pedazos, echándolos en la letrina.

Y ahora, ¿quién reflexiona sino la hermosa y lozana Mayo? Tendióse ella junto al anciano Enero, quien dormía hasta que su misma tos lo despertó, y, entonces, le rogó éste se pusiera desnuda del todo, pues sus ropas le estorbaban para tomar de ella placer, y ella obedeció, de buen grado o no. Mas no diré del modo que él procedió, ni si fue para ella paraíso o infierno, porque no quiero con ello enojar a personas respetables, y así les dejaré que actúen hasta que la campana suene a vísperas y deban levantarse.

Si ocurrió por obra del destino, azar de la naturaleza, de los astros o de alguna constelación, o si fue debido a alguna posición favorable de los cielos que mueve a piedad a cualquier mujer induciéndola al juego de Venus, esto no lo puedo decir. Pero Dios sabe que nada sucede sin causa; juzgad vosotros y yo callaré. El hecho es que aquel día, el enfermo Damián causó tan agradable impresión a la gentil Mayo que no pudo apartar de su corazón el sentimiento de proporcionarle felicidad. Ciertamente, pensaba, no me importa a quien con esto pueda desagradar, pero amo a Damián más que a cualquier criatura viviente a pesar de que él carezca de camisa para cubrirse. ¡Cuán fácilmente fluye la piedad a los nobles corazones! Esto demuestra la gran generosidad que hay en las mujeres cuando éstas reflexionan detenidamente. Sin embargo, las hay también de cruel corazón; éstas, de seguro, hubieran dejado perecer a Damián antes que concederle sus favores; y, orgullosas de su perversidad, nada les hubiera importado obrar como homicidas.

Mas la compasiva Mayo, llena de piedad, escribió con su propia mano una misiva en la cual entregaba por entero su corazón. Nada deseaba tanto —decía— como saber el tiempo y lugar en que poder satisfacerle y darle cuanto quisiera.

Y cierto día, en cuanto tuvo ocasión, fuese Mayo a visitar a Damián e introdujo secretamente su carta bajo la almohada de éste para que la leyera, si es que era su deseo, y, luego, apretó su mano fuertemente, pero con tal disimulo que nadie lo vio. Pero al cabo, habiendo sido llamada por Enero, presto fuese a su lado.

A la mañana del siguiente día, despertóse Damián. Tanto su enfermedad como desespero habían desaparecido y, así, peinóse y se arregló, y acicaló e hizo cuanto pudo para parecer atractivo a los ojos de su señora, acudiendo

luego en presencia de Enero tan sumiso como un perro de caza. Mostrábase complaciente con todos, alabando las cualidades de cada uno, logrando de esta suerte que las gentes hablaran bien de él con lo cual ganaba favor a los ojos de su señora. Mas dejaré aquí a Damián, con sus negocios, y proseguiré con mi historia.

Creen algunos letrados, que en el placer se halla la más pura felicidad y, ciertamente, que el digno Enero hizo lo posible para llevar una vida llena de delicias y vivir tan noblemente como corresponde a un caballero. Había amueblado su casa que parecía la de un rey y había hecho construir un jardín rodeado por un muro de piedra que era tan hermoso que otro no he visto que le igualara en belleza. Y, en verdad, creo que ni el autor del *Romance de la Rosa*[121] puede describir todo su encanto; ni tan siquiera Príamo, aun siendo Dios de los Jardines, es capaz de decir la belleza de este jardín y de la fuente que brota bajo un siempre verde laurel. Dicen que alrededor de esta fuente suelen venir Plutón y su reina Proserpina, seguida de sus huestes de hadas y a menudo se divierten con músicas y con danzas.

Y así, este digno y anciano caballero tomó gran afición al jardín pasando allí gran parte de su tiempo. Guardaba una pequeña llave de plata que no dejaba a nadie y con la cual abría el postigo de la verja que daba al jardín, de manera que podía visitarlo siempre que le pluguiese. Y cuando, en verano, sentía la obligación de pagar a su esposa débito, entonces solía frecuentar con la dulce Mayo el jardín, yendo solo con ella; y lo que Enero no hacía en el lecho, lo realizaba ventajosamente en el jardín. De esta suerte Enero y su esposa pasaron días llenos de dicha; pero la felicidad terrenal no es duradera para los hombres y así tampoco lo fue para Enero.

¡Oh suerte mudable! ¡Oh inestable Fortuna! Engañosa cual el escorpión. Fascinas con la cabeza y das con la cola muerte. ¡Oh dicha incierta! ¡Oh dulce, extraño veneno! ¡Oh Monstruo, que pintas tus dones con apariencia de estabilidad y engañas a jóvenes y ancianos! ¿Por qué siendo amigo de Enero le decepcionas ahora privando de la vista a sus ojos de modo que tal dolor siente que desea estar muerto? ¡Ay del noble y generoso Enero! En medio de su gran felicidad y prosperidad ha quedado ciego. ¡Qué tristes sollozos, cuántos lamentos! Mas para colmar sus males el fuego de los celos ha prendido en su corazón y teme que su esposa cometa locuras hasta el punto de desear que alguien asesine a ella y a su amante. Pues ni en vida, ni después de muerto, podía soportar la idea de que ella fuese amante o esposa de alguien, pues era su deseo que durante su vida y después de muerto, vistiera negros trajes viviendo como viuda, o tórtola que ha perdido a su compañero. Pero al

cabo, transcurridos un mes o dos, Enero vio mitigado su dolor, pues comprendiendo que no podía remediar su infortunio, pacientemente comenzó a aceptar su adversidad; pero de cierto que no podía evitar una cosa y era que estaba celoso de continuo. Y eran estos celos tan violentos, que no permitía a Mayo frecuentar lugar alguno a menos que la llevara de la mano.

Y así, la lozana Mayo a menudo lloró por esto, pues ella amaba a Damián tan tiernamente que sintió debía poseer su amor o morir. Y mientras aguardaba parecía su corazón estallar. En cuanto a Damián, volvióse el hombre más triste del mundo que jamás habéis visto, pues ni una palabra podía dirigir a la lozana Mayo sobre sus propósitos sin que Enero lo oyera porque su mano estaba siempre en la suya. Sin embargo, con señales secretas y notas, que él de continuo escribía, logró comunicar a Mayo y enterarla de los planes que había ideado.

¡Oh, Enero! ¿De qué te serviría a ti ver el más lejano horizonte? Mejor ser ciego y engañado, que tener ojos y aún permanecer engañado. Tenía Argos cien ojos, y a pesar de mirar y atisbar fue burlado como muchos otros. Sabe Dios si alguien opina lo contrario, mas yo añadiré que, ser engañado sin saberlo, en verdad no es gran desgracia.

La dulce Mayo, de la cual os he hablado, tomó con cera caliente el molde de la llave que Enero usaba para abrir el postigo del jardín, y Damián, que conocía su intención, hizo forjar otra igual. Y nada hay que añadir sino que pronto acontecerá una señalada maravilla que tendrá que ver con esta llave y de la cual oiréis hablar si aguardáis.

¡Oh noble Ovidio! El Señor sabe cuán verdaderamente hablas cuando te refieres al amor. Pues éste imagina siempre las mejores trazas y ardides para conseguir su propósito. Ved si no a Píramo y Tisbe, los cuales, aunque estrechamente vigilados, lograron comunicarse con leves murmullos a través de un espeso muro. ¿Quién si no ellos, a los cuales el amor unía, hubieran actuado de esta suerte?

Mas volvamos al asunto que trato de contar. En la primera semana de junio, sucedió que Enero, incitado por su esposa, sintió gran deseo de solazarse con ella en el jardín, y así, cierta mañana, dirigióse a ella y le dijo:

—Levanta, esposa mía, mi señora y mi paloma. Dulce tórtola, el canto de la alondra se oye, el invierno ha pasado y las aguas de la lluvia se han ido. Acércate con tus ojos de paloma. Tus senos son más deliciosos que el vino y, puesto que el jardín está cercado por todas partes, ven, mi blanca y dulce esposa, porque en verdad has herido mi corazón. En ti no he hallado tacha. Ven, pues, y solacémonos, porque te he elegido a ti por esposa y compañera.

De esta manera, Enero hablaba a su esposa. Mayo hizo entonces señas a Damián para que éste se adelantara con la llave. Y así Damián, abriendo el postigo de la verja, se deslizó hacia el jardín, haciéndolo de tal manera que nadie le vio ni oyó, y fuese luego a un matorral donde permaneció en cuclillas muy quieto.

Enero, ciego por entero, tomó de la mano a Mayo y, con ella y nadie más, fue a su delicioso jardín. Y, abriendo habilidosamente la verja, dijo:

—Esposa mía, nadie hay aquí ahora, excepto yo y tú que eres de todas las criaturas la que más aprecio. El Cielo es testigo que mejor prefiero morir que ofender a mi esposa tan querida y leal. En nombre de Dios recuerda cómo te elegí, ciertamente que no por codicia, sino sólo por el amor que te tengo. Sé fiel conmigo, aunque sea anciano y ciego; y te diré que con ello ganarás tres cosas: primero el amor de Cristo, tu honor en segundo lugar y en el tercero toda mi herencia: mis castillos y haciendas serán para ti. Puedes exponer las escrituras cuando gustes, y mañana, así Dios es mi salvación, se hará esto, antes de la puesta del sol. Pero, primero, bésame para sellar nuestro convenio. No me culpes si me muestro celoso; mi pensamiento está tan unido a ti, que cuando pienso en tu hermosura y en mi desagradable vejez, aunque fuera para mí la muerte, no puedo soportar el estar lejos de tu compañía. Porque de cierto que te amo muy verdaderamente, y de esto no me cabe duda. Bésame pues, esposa mía, y luego paseemos.

A estas palabras, la dulce Mayo dio gentil contestación, mas al hacerlo llenáronse de lágrimas sus ojos.



—Yo tengo —dijo—, lo mismo que tú, un alma que salvar, y no mencionaré el honor, esta delicada flor de mi condición de esposa que confié en tus manos cuando el cura me unió a tu cuerpo. Así, si no te importa, mi querido señor, ésta es mi respuesta: Pido a Dios que jamás amanezca el día en que pueda yo causar afrenta a mi linaje o empañar mi buen nombre siéndote infiel, y así te digo que mejor quisiera padecer la peor de las muertes que jamás haya sufrido mujer, que cometer este crimen. Mas si no me crees, desnúdame y mete mi cuerpo en un saco y arrójalo al más cercano río. Soy una señora y no una ramera. ¿Por qué dices cosas tales? Ciertamente que los hombres sois muy desleales con las mujeres porque nunca os cansáis de reprocharnos y decir falsedades de nosotras.

Y, mientras decía estas palabras, vio a Damián que estaba situado tras un arbusto, tosió y le señaló con el dedo un árbol cargado de frutas indicándole que trepara por él, y de cierto que comprendió su intención, así como todas las señales que Mayo hubiera hecho mucho mejor que Enero. Porque ella le había dicho en una carta todo lo que concernía al asunto, indicándole lo que debía hacer. Y así dejaré a Damián en el peral, mientras Enero y Mayo alegremente pasean.

Brillante era el día con el cielo azul. Febo había enviado sus rayos de oro para animar con su calor las flores. Hallábase en Géminis[122], mas no lejos de Cáncer, que es la exaltación de Júpiter. Y así ocurrió que, en esta esplendorosa mañana, Plutón, que es el Rey de las hadas, estaba sentado al extremo opuesto del jardín y había también muchas damas del séquito de su esposa la Reina Proserpina, la cual, según el Claudiano, fue arrebatada por Plutón en su tenebroso carro mientras se hallaba cogiendo flores en el campo, y así Plutón, que estaba sentado en un banco de fresca hierba, dirigiéndose a la Reina, le dijo:

—Esposa mía, nadie puede negar, pues la experiencia diaria lo demuestra, las traiciones que vosotras cometéis con el hombre. Podría referir un millón de historias notables sobre vuestra deslealtad e inconstancia. ¡Oh sabio Salomón, rico en riquezas, sabiduría y gloria, memorables son tus sentencias para todo aquel que puede comprenderlas! En ellas alabas la bondad de los hombres. «Entre mil hombres uno bueno he hallado, mas entre todas las mujeres ninguna he encontrado buena». Así hablaba el Rey porque él conocía la perversidad de las mujeres. Y Jesús, hijo de Sirach[123], si no me equivoco, hablaba rara vez con respeto de las mujeres. Así caiga sobre vuestros cuerpos erisipela y peste. Veis a este noble caballero; porque es ciego y viejo su propio escudero le hará cornudo. Ved al lascivo criado subido al árbol. Pero

yo obraré según mi real majestad, haciendo que en el momento que su esposa le engañe, recobre la vista el anciano y ciego caballero. Entonces, él conocerá el mal proceder de su esposa para vergüenza de ella y de otras.

—Si lo haces —dijo Proserpina— te juro por Saturno, que es el padre de mi madre, que proveeré a su esposa con respuesta a propósito y no sólo a ella, sino que, a causa de ella, proporcionaré a todas las mujeres contestación rápida para que puedan disculparse sin temor y confundir a los que quieran acusarlas. Y así, aunque un hombre vea algo con sus dos ojos, nosotras las mujeres negaremos con osadía y lloraremos y juraremos y aún os haremos pérfidos reproches hasta que consigamos volveros tan torpes como los mismos gansos. Porque ¿qué son, dime, para mí tus autoridades? Y así, aunque Salomón haya hallado entre las mujeres a muchas locas, hay sin embargo docenas de hombres que han sabido encontrar mujeres leales, buenas y virtuosas, y pongo por ejemplo las que ahora moran con Cristo en el cielo, las cuales demostraron su constancia en el martirio. A más, la historia romana cita innumerables esposas que se distinguieron por su lealtad y virtud. Y así, señor, no te enojes, porque, aun cuando Salomón dijo no hallar ninguna mujer buena, él dio a entender que la suprema bondad no reside en nadie sino en Dios, que mora en la Trinidad. Mas, en nombre de Dios y de la Santísima Trinidad, ¿por qué haces tanto caso de Salomón? ¿Qué te importa si edificó un templo al Señor, o si era rico y lleno de gloria? También construyó templos a los falsos dioses y nada peor que esto hay. Te pido, pues, que me disculpes, porque, aunque dores su reputación, sigue permaneciendo un lujurioso y un idólatra que renegó del verdadero Dios en su ancianidad. Y si Dios no le hubiera contenido, por consideración a su padre, dice la Biblia que lo hubiera perdido mucho antes. No doy un pétalo de flor por todas las villanías que los hombres han escrito de las mujeres. Debo pues hablar o estallaré, porque yo también soy mujer. Y si nos llaman charlatanas, no me impedirá la cortesía hablar mal de quien mal nos quiere, así corten mis largos y rubios cabellos.

—No te enojes, señora —Plutón dijo—. La razón está de tu parte, pero he jurado devolver la vista a este anciano y debo mantener mi palabra, pues, como rey que soy, no puedo mentir.

—Y yo —replicó la reina— digo que sabré responder, de eso yo me encargo. Y ahora no tengamos más palabras, porque ciertamente no quiero disgustarte.

Pero volvamos a Enero, que, con la dulce Mayo sentado en el jardín cantaba alegremente como una cotorra el *Siempre te amaré y sólo a ti*, y tanto

anduvo por el jardín que al cabo vino a dar con el peral donde Damián estaba en lo alto, asomando la cabeza por las verdes hojas.

La lozana Mayo, esplendorosa y de buen ver, suspiró y dijo:

—Señor, en verdad que mucho apetezco las peras de este peral; tanto que moriré si no logro comer de ellas. Por el cielo, haz algo. Porque has de saber que una mujer en mi estado puede tener gran apetito de fruta y puede morir si no consigue satisfacerlo.

—¡Ay de mí, si tan sólo no fuera ciego! —exclamó él.

—Esto no importa —dijo ella— por mi salud que si sólo intentaras abarcar con tus brazos este peral y dejaras apoyar mi pie sobre tu espalda podría yo subir con facilidad.

—Realmente en esto no hay dificultad —dijo él— porque de cierto te diera la sangre de mi corazón si ello te valiera de remedio.

Encorvóse él y ella subió a su espalda, agarró una rama y trepó. No os enojéis, señores, conmigo, soy hombre rudo y, como a tal, no sé hablar con lindezas.

Damián, sin más dilación, le levantó la camisa y arremetió a la moza. Al ver Plutón aquel vergonzoso acto, devolvió a Enero la vista, haciendo que viera mejor que nunca. Pero Enero, cuyo pensamiento estaba fijo en su mujer, miró al árbol, y vio a Damián con Mayo en situación difícil de referir a menos de ser grosero. En esto, lanzó Enero un grito tan desgarrador como hace una madre al morir un hijo.

—¡Socorro! ¡Aquí, auxilio! ¡Aquí, asesino! ¡Arriba! —la voz de Enero clamaba—. ¿Qué haces? ¡Oh, osada mujer!

—¿Qué te pasa señor? —dijo ella—. Ten paciencia y haz uso de tu saber, porque en verdad acabo de curar tu ceguera. Por la salvación de mi alma que no miento, pues, según aprendí, para devolver la vista, no hay más que forcejear con un hombre en lo alto de un árbol. Y Dios sabe que sólo trataba de ayudarte.

—¡Forcejear! —exclamó él—. ¡Oh sí, pero por dentro! Que Dios os dé ignominiosa muerte. Con mis propios ojos vi cómo te poseía, que Dios me confunda si miento.

—En este caso, mi remedio es ineficaz, porque si vieras —dijo ella— no hablarías de ese modo. Tu mirada es turbia y nada perfecta.

—Veo —dijo él— tan bien como jamás vi con mis dos ojos, gracias a Dios, y juraría, por mi honor, que esto es lo que parecía hacer contigo.

—Desvarías, querido señor —dijo ella—. Éste es el agradecimiento que me tienes por haberte ayudado. ¿Por qué habré sido tan buena contigo?

—Bien, esposa mía —dijo él—. Abandona estas ideas y baja del árbol, y si he dicho algún desatino, por el mismo Dios, que he sido castigado en exceso; porque vi, o creí ver a Damián junto a ti y tu camisa levantada hasta su pecho.

—Podéis pensar, señor, lo que gustéis, pero un hombre al despertarse de su sueño no puede apreciar las cosas como cuando se halla despabilado del todo. De la misma manera, un hombre que ha permanecido ciego durante largo tiempo no puede, al recobrar la vista, ver tan claramente como otro que ve desde hace días. Antes que tu vista sane, serás engañado muchas veces y verás cosas que no son. Por todo lo cual, señor, te suplico que seas cauto. Porque, por el Señor del cielo, que muchos creen ver una cosa, cuando realmente es otra. Quien mal piensa, mal juzga.

Y en esto saltó ella del árbol y se unió a Enero.

¿Quién puede ser más feliz que Enero? Muchas veces besó a Mayo y la abrazó acariciando su vientre. Y luego ambos, partieron hacia el palacio de Enero.

Y aquí, señores, termina el cuento de Enero, que seáis felices y que Dios y su Madre Santa María os bendigan.

Prólogo al cuento del Escudero

—¡Loado sea Dios! —dijo el Hostelero—. Él me libre de semejante mujer. Mira qué tretas y artimañas nos tienden las mujeres. Siempre se muestran solícitas con nosotros lo mismo que ocupadas abejas, y luego, como en el cuento del Mercader, cuentan la verdad a su manera. Mujer tengo y, aunque pobre, es en su honra firme, pero en la lengua, chismosa, a más de tener también otros defectos. Pero esto ya poco importa. Sin embargo, entre nosotros os digo que, por Dios, lamento estar atado a ella. Mas loco sería si dijera aquí sus faltas. ¿Decís por qué? Porque volverían a ella, pues bien se encargaría alguien de irle con el cuento. ¿Quién? Para qué decirlo. Las mujeres saben esparcir esta materia a la perfección, a más que carezco de ingenio para referirlo. Aquí, pues, termino mi relato. Acercaos, señor Escudero, os lo ruego, y contadnos alguna cosa del amor, porque de cierto que sabéis de él, como cualquier hombre.

—No, por cierto —dijo el Escudero—, pero haré lo que pueda para complaceros, porque no quiero ir contra vuestros deseos. Relataré una historia, pero excusadme si hablo mal porque mi intención es buena. Atended, pues, a mi cuento.

Cuento del escudero[124]

EN SARRAY, tierra de Tartaria, moraba un rey que guerreó en Rusia; por su causa muchos valerosos hallaron la muerte. Cambuscán se llamaba este noble rey y gozaba en sus días[125] de gran renombre, pues, ni por tierra ni por mar, había señor que gozara de tantas excelencias en todo. No carecía de ninguna cualidad de rey, guardando la fe de la religión en que había nacido y jurado. Era poderoso, sabio, justo y magnánimo; fiel a su palabra, honrado, benevolente, constante, joven, lozano y robusto; y era, en las armas, tan diestro como el mejor caballero del condado. Era apuesto y afortunado, viviendo en tal regio esplendor que no hallaríamos otro hombre semejante.

Este gran rey de Tartaria[126], tuvo, de su esposa Elpheta, dos hijos, el mayor llamado Algarsyf y el otro Cámbalo. Tenía, también, este digno rey una hija que se llamaba Canacea y era de los tres la más joven. Pero no tengo lenguaje ni habilidad para relataros la mitad de su belleza, ni me atrevo a emprender tarea tan alta. En todo caso, no poseo conocimientos para hacerlo; porque para describir todos sus pormenores haría falta un buen retórico que supiera los secretos de este arte (y yo no soy tal). Hablaré, pues, como pueda.

Sucedió que, cuando Cambuscán hubo llevado veinte años su corona, encargó, según costumbre de todos los años, las fiestas de su natalicio y ordenó que fueran proclamadas por todo el reino de Tartaria, coincidiendo este día con los Idus de Marzo. Febo, alegre y reluciente, brillaba en todo su esplendor pues se hallaba en el punto de exaltación en la mansión de Marte y a diez grados del colérico y ardiente signo de Aries.

Benigno y agradable era el tiempo; las aves, tanto por la estación, como por el sol resplandeciente o el reciente verdor, cantaban sus amores altamente, porque sentían haber ganado protección contra la desnuda espada del invierno.

Y, ahora, este Cambuscán, del cual vengo hablando, sentóse, llevando regias vestiduras y diadema, en el lugar de más honor de su palacio e

iniciáronse tan esplendorosas y magníficas fiestas que el mundo jamás vio otras semejantes. Me ocuparía todo un día de verano si tuviera que relatar todo el espectáculo; sin embargo, no hace falta entrar en detalles, ni referir el orden en que se sirvieron los platos, ni hablaré de las sopas exóticas, ni de cisnes asados, ni tampoco de los capones que allí se sirvieron; pero en todo caso diré, según antiguos caballeros refieren, que hay en ese país muy apreciados manjares los cuales desconocen la mayoría de las gentes.

En verdad que no existe quien pueda referir todo; y así, como estamos llegando a la hora prima, para no perder tiempo, volveré a mi historia.

Luego del tercer plato, cuando el rey se hallaba sentado en su dignidad oyendo la deliciosa música de sus trovadores, de repente irrumpió a la puerta de la sala un caballero montado sobre un corcel de bronce. Llevaba en su mano un gran espejo y en su pulgar un anillo de oro, mientras de su costado pendía una desnuda espada. De tal modo sorprendió a la concurrencia la aparición de este caballero que nadie pronunció palabra. Y cabalgó éste hacia la mesa de honor, mientras jóvenes y ancianos lo contemplaban llenos de pasmo.

Aquel extraño caballero, aparecido tan inesperadamente, iba armado por entero, menos la cabeza, que llevaba al descubierto. Primero saludó al rey, luego a la reina y a todos los nobles, según estaban sentados en el salón; e hízolo con tan profundo respeto y deferencia y empleó tal lenguaje y tal continente, que Sir Gawain, con su antigua cortesía, no lo hubiera hecho mejor aun cuando volviera del reino de las hadas. Luego, con clara y sonora voz, dijo ante la mesa de honor su mensaje, haciéndolo de tal modo que no omitió detalle, ni tuvo equivocación alguna. Y usó para ello el estilo de la época. Y, para resaltar más sus palabras, acompañábalas de ademanes cual hacen los oradores. Aunque yo no pueda imitar su lenguaje, ni expresarme a su manera, sin embargo, diré a mi modo lo que él manifestó, si es que aún lo recuerdo. Y fue esto:

—Mi soberano señor, Rey de Arabia y de la India, te saluda en esta ocasión con sus mejores deseos y, para honrar vuestra fiesta, me manda a mí, que soy vuestro servidor, para que os traiga este caballo de bronce, el cual, así llueva o brille el sol, os llevará al lugar que os plazca. Iréis cómodamente sentado en su lomo, y así, sin el menor daño para vos, os trasladará cuando gustéis, por buenos o malos parajes, al lugar que deseéis visitar. Con él volaréis a través del aire, tan alto como vuela el águila y aun cuando durmáis en su lomo, estad seguro que este mismo corcel os llevará al lugar donde gustéis y retornará luego sólo con dar vuelta a una clavija. El que hizo este

caballo sabía muchos ardides, conocía sellos y trataba con los espíritus, a más, que aguardó tiempo en terminarlo esperando que los astros se hallaran en posición propicia. En cuanto a este espejo, que sostengo en mi mano, tiene tal virtud, que en él veréis las adversidades que amenazan a vuestro reino, o a vos mismo, y él os revelará quién es vuestro amigo o enemigo; a más de esto, si alguna hermosa señora ha entregado su corazón a un caballero, en él verá si es aquél falso, y aparecerá su nuevo amor tan claro que nada quedará oculto. Por lo cual, en esta alegre estación de estío, os envía mi rey, para vuestra hija Canacea, este espejo que aquí veis, así como este anillo. Y, si queréis saber la virtud del anillo, es ésta: la doncella que lo lleve en su pulgar o en su bolso, comprenderá a la perfección el canto de toda ave que vuela bajo el cielo, y podrá responderles en su propio lenguaje; conocerá asimismo las propiedades de las hierbas, sabiendo a quién pueden beneficiar y curará con ellas anchas y profundas heridas. Esta desnuda espada, que pende de mi costado, tiene poder para atravesar la armadura del hombre que golpeéis, aunque sea ésta más gruesa que el frondoso roble y, quienquiera que sea herido por ella, no sanará jamás, a menos que vos, movido a compasión, le toquéis de plano con la espada el lugar de la herida y ella cicatrizará. Ésta es la pura y escueta verdad, y no ha de fallar mientras la espada esté en vuestro poder.

En cuanto hubo dado esta relación, el caballero salió cabalgando del salón, desmontando luego su corcel, brillante como el sol, el cual permaneció inmóvil en el patio. Luego, fue conducido el caballero a su aposento, desarmáronle y lleváronle a su sitio en el banquete. Y entonces, con gran ceremonia y boato, repartiéronse los regalos. Y el anillo fue llevado entre clamores a Canacea en el mismo lugar donde se hallaba sentada en la mesa de honor.

En cuanto al caballo de bronce, y esto es un hecho y no fantasía, no pudieron levantarlo, sino que se mantuvo clavado en tierra, y nadie logró separarlo del sitio en que se hallaba, ni tan siquiera con cabrestantes o poleas, porque, en verdad, nadie conocía el secreto del animal. Así, pues, allí tuvieron que dejarle, hasta que el caballero regresó y enseñó la manera de separarlo del suelo, como oiréis.

Gran multitud rodeaba al caballo, pues querían ver cómo éste se hallaba fijo en el suelo. Era alto y tan ancho y largo y bien proporcionado, que parecía propiamente un caballo de Lombardía; a más de esto, tenía los ojos vivos como el más noble corcel pullés. Por lo cual, todos estuvieron de acuerdo que aquel caballo era perfecto desde la punta de las orejas a la cola y que ni la Naturaleza, ni arte alguna, podrían mejorar en él cosa alguna. Sin embargo,

les embargaba una gran preocupación, pues no imaginaban cómo siendo de bronce, podría andar.

Las gentes opinaban de diversas maneras, cada uno tenía su propia idea, y, así, todos zumbaban como enjambre de abejas mientras exponían sus teorías de acuerdo con su imaginación; unos citaban al antiguo poeta, diciendo que era como Pegaso, el caballo volador, o, también, el corcel del griego Sinón, el cual llevó a Troya la destrucción, como podéis leer en las antiguas crónicas.

—Siento temor en mi corazón —dijo uno— porque creo que este caballo lleva en su interior hombres armados que se proponen invadir la ciudad. Sería lo mejor examinar estos casos por entero.

El de más allá, susurraba al oído de su amigo:

—Ese miente, lo más probable es que sea una ilusión mágica de los juglares de la fiesta.

De esta suerte discutían ellos, exponiendo sus diversas conjeturas, dispuestos siempre a poner de su parte la peor voluntad, como hacen las gentes ignorantes al querer opinar sobre lo que está fuera de su comprensión.

Algunos se maravillaban de que, en el espejo, que había sido llevado a la torre mayor, pudiéranse ver tales cosas. Otro dio la respuesta a esto, diciendo que bien pudiera tener natural explicación y producirse una combinación conveniente de ángulos de reflexiones artificiosas, y añadía que, en Roma, Aristóteles, Vitello[127] y Alloren escribieron en su tiempo sobre curiosos espejos y ciencias, como saben los que han leído sus libros.

Más aún, otros hablaban de las maravillas de la espada que podía traspasar toda cosa; y mencionaron al rey Telefeo[128] y a Aquiles, cuya prodigiosa espada podía curar a la vez que herir, lo mismo que la espada de que os hablo. Y, así trataron de los diferentes métodos de templar el metal, usando a veces pociones, y de la manera y el tiempo en que debe efectuarse. Todo lo cual para mí es un misterio.

Se habló también de los anillos y todos acordaron que jamás habían oído de tan admirable cosa e invención de anillos, a no ser por Moisés y el Rey Salomón, de los cuales se decía eran muy expertos en este arte[129]. De esta suerte hablaba la gente mientras se agrupaba en pequeños círculos. Algunos, sin embargo, hicieron resaltar las ventajas de que el vidrio se hiciese de cenizas de helecho helado; no obstante, por ser esto cosa conocida de largo tiempo, la gente había cesado de hablar y maravillarse de ello. Muchos habíanse admirado hondamente del trueno, del flujo y reflujo del mar, de la niebla, telarañas y demás cosas hasta que sus causas fueron conocidas. Y, así,

charlaron y discutieron, exponiendo sus teorías hasta que el rey se levantó de la mesa de honor.

Febo había dejado el décimo ángulo meridiorial; Leo, la noble y regia bestia, con la estrella Aldirán[130], estaba ascendiendo aún, cuando Cambuscán levantó de la mesa de honor. Entre clamores de música, llegó el rey a su cámara de gala y era allí tal el armonioso resonar de los instrumentos que parecía la gloria celestial. Los adeptos a Venus empezaron a danzar, pues, ésta, hallándose en la exaltación de Piscis, los contemplaba con amorosos ojos.

Entonces, el noble rey sentóse en el trono y el extraño caballero presto fue llevado a su presencia, y cortésmente danzó con la dulce Canacea. Todo era allí júbilo y diversión tales que un hombre corriente no podría describirlos; haría falta uno que de verdad amase el amor y que estuviese dispuesto a servirle, un hombre alegre como el mes de mayo, para que supiera quizá relatarnos esta fiesta.

¿Quién, si no, podría hablarnos de las singulares figuras de las danzas, de los hermosos semblantes, de las miradas discretas y disimulaciones por temor de que los descubriera algún celoso? Lanzarote podría hacerlo, pero está muerto. Así que pasaré por alto todos estos regocijos y nada añadiré, dejando a estas gentes en espera, hasta que se dispongan a cenar.

Entre músicas traen los criados el vino y las especias que fueron los ujieres y escuderos antes a buscar. Y así todos beben y comen y cuando al cabo hubieron concluido, dirigiéronse al templo, como era razón. ¿Qué necesidad hay de relatar toda la suntuosidad que allí había? Sabido es que en la fiesta de un rey hay abundancia para todos, grandes y pequeños y más delicadezas de las que yo pueda referir.

Después de la cena, el noble rey, acompañado de su séquito de señores y damas, fuese a ver el caballo de bronce. Y la gente mostraba más admiración por este caballo que en el sitio de Troya, donde otro caballo fue también motivo de admiración.

Mas, para finalizar, el rey preguntó al caballero sobre la fuerza y capacidad del caballo y le rogó le informara sobre lo que debía hacer para gobernarlo.

Asió el caballero las riendas del corcel y de inmediato comenzó a saltar el animal.

—Señor, no hay otra cosa que decir —dijo él—. Cuando deseéis cabalgar a cualquier parte, torced este alambre que está fijo en el interior de la oreja, y que yo os mostraré en cuando os halléis a solas. Debéis también decirle el

nombre del lugar o país al cual os queráis dirigir. Y cuando deseéis parar en algún sitio, no tenéis más que decirlo al tiempo que torcéis otro alambre; he aquí cómo funciona. Él os obedecerá siempre, de manera que con él iréis donde os plazca. Y se detendrá en el lugar que le indiquéis, manteniéndose allí tan firme en el suelo que nadie podrá arrastrarlo o apartarlo del lugar en que se halle. Mas si queréis que se desvanezca a los ojos de las gentes, torced este alambre y, al punto, desaparecerá para volver a cualquier hora que lo llaméis. De día o de noche, él acudirá a vuestra llamada. En secreto, os daré todas las instrucciones. Podéis montar cuando gustéis; nada más hay que decir.

Informado el rey por el caballero de aquel asunto, lo retuvo en su mente y regresó alegremente a la fiesta. Lleváronse las bridas del corcel a la torre y allí guardáronse entre las más preciadas joyas y tesoros del rey; sin embargo, el caballo se desvaneció. ¿Decís cómo? No puedo decirlo, y esto es todo lo que sacaréis de mí. Y ahora dejaré a Cambuscán celebrando su fiesta alegremente hasta que empiece a despuntar el nuevo día.

El sueño, fomentador natural de la digestión, comenzó a cabecaer sobre ellos, avisándoles de que el mucho beber y el ajetreo requieren descanso. Entre bostezos, besó el rey a todos ellos diciendo que era hora de descansar, pues el calor se une a los vapores de la sangre.

—Cuidad vuestra sangre —decía— si sois amigos de la naturaleza.

Diéronle cada uno las gracias, bostezando dos veces o tres, después de lo cual, se retiraron a descansar como su señor les había ordenado y en verdad era para ellos lo mejor.

Mas no relataré los sueños que tuvieron, porque sus cabezas estaban llenas de vapores por la bebida y sus sueños carecen de importancia.

Durmieron la mayoría hasta pasada la hora prima, menos Canacea, que, moderada cual son todas las mujeres, había pedido permiso a su padre para acostarse antes del atardecer, porque ella no deseaba aparecer pálida y ajada por la mañana, y así acostóse en seguida para levantarse muy de mañana al siguiente día. Y antes que el sol hubiese iniciado su carrera en el cielo, llamó Canacea a su ama junto a sí y le dijo que deseaba levantarse.

Su aya, de mal talante, cual suelen las mujeres viejas, dijo a la dulce Canacea:

—Señora, ¿a dónde queréis ir tan temprano? ¿Acaso no sabéis que todos se hallan durmiendo?

—De cierto que sí —replicó Canacea—, pero mi deseo es levantarme y pasear porque en verdad que ya no me place dormir.

El aya, entonces, llamó a buen número de damas, de las cuales se levantaron doce. Y así, luego levantóse también la misma Canacea, fresca y lozana y con tan buen color como el sol del amanecer, el cual había recorrido solamente cuatro grados sobre el horizonte.

Ambos, el mágico espejo y el anillo, habían alegrado de tal manera el corazón de Canacea, que su semblante cambió doce veces de color y, tal fue la impresión que le causó el espejo, que de noche, mientras dormía, tuvo una visión.

Andaba a paso corto, vestida en ropas apropiadas para la suave estación y así paseaba y se divertía en compañía de cinco o seis damas de su séquito y de nadie más. Al cabo, por un abovedado corredor, salió del jardín. La humedad que se desprendía de la tierra hacía el sol dilatado y rojo, pero, aun así, el espectáculo era de tal belleza que enterneció el corazón de Canacea. A más, oíase también el gorjeo de las aves, cuyo significado conocía la doncella.

Si uno difiere la intriga de una historia, el interés de los que escuchan decae, porque esperando largo tiempo, el tiempo transcurre, y la historia pierde su sabor por exceso de extensión, por lo cual paréceme a mí que debo desatar el nudo de mi relato.

Ocurrió, pues, que Canacea en su paseo, vino a dar con un roble viejo y seco y tan blanco como el yeso. Y allí, en lo alto de aquel árbol, hallábase posado un halcón hembra, que chillaba tan lastimosamente que el bosque entero resonaba con sus clamores. Habíase herido tan cruelmente en ambas alas, que la roja sangre descendía del árbol. No cesaba de gritar y chillar, clavándose el pico y profiriendo tan terribles quejidos, que el tigre o la bestia más salvaje que mora en el bosque hubieran llorado por compasión del ave.

Jamás hombre viviente ha oído hablar de la hermosura de semejante halcón; brillante era su plumaje, esbelta su forma, poseyendo además toda suerte de nobles atributos. Parecía ser un halcón peregrino de algún remoto país. Sin embargo, la sangre fluía tan copiosamente de sus heridas que el halcón parecía desfallecer.

Canacea, la dulce y gentil princesa, llevaba en su dedo el mágico anillo que le permitía comprender a la perfección el lenguaje de las aves. Y así, en cuanto supo lo que decía el halcón, sintió tal compasión que creyó morir en el acto. Apresuróse a acudir al árbol y, extendiendo su falda, miró al halcón compasivamente, porque ella comprendía muy bien que, en cuanto el halcón desmayara de nuevo por la pérdida de sangre, no podría sostenerse en el árbol. Y de esta suerte aguardó largo tiempo, hasta que al cabo dirigióse al ave y le dijo:

—¿Cuál es la causa, si puede saberse, de que os halléis en este espantoso tormento del infierno? ¿Es por temor a la muerte o acaso se debe al amor? Estas cosas, según creo, son las que más dañan a un noble corazón, pues los demás infortunios no son tales si se comparan a éstos. Mas por lo que veo, tú descargas venganza sobre ti y esto prueba que la amargura y el sufrimiento son la causa de tu cruel agonía; otra cosa no será, ya que ningún animal te persigue. Te ruego, pues, por amor a Dios, tengas piedad de ti o me digas la manera de ayudarte, porque jamás, en parte alguna del mundo, he visto a ningún ave tratarse tan cruelmente. En verdad que me mata la compasión de ver tu sufrimiento. Baja ya del árbol, por amor de Dios, y, tan cierto como soy la hija de un rey, que remediaré antes que acabe el día tu dolor, si en mi mano está el hacerlo. Pero debo antes conocer el verdadero origen de tu sufrimiento. Y así, con la ayuda de Dios, encontraré abundantes hierbas que muy pronto aliviarán y cicatrizarán tus heridas.

El halcón gritó, más lastimosamente si cabe que antes, y, al fin, un súbito desmayo hízole caer al suelo, quedando allí inerte. Canacea lo recogió en su regazo, hasta que poco a poco se recobró, y cuando el halcón despertó de su desmayo habló en el propio lenguaje de los halcones, diciendo lo que sigue:

—Que la piedad prontamente fluye a los nobles corazones que sienten el dolor ajeno como si el propio fuera; esto, la diaria experiencia lo demuestra y puede verse en los libros y en la vida real. Un corazón noble revela su nobleza, y tú, ¡oh hermosa Canacea!, sientes compasión por mí; lo veo claramente en tus ojos. La causa de esto es la verdadera bondad femenina que Dios ha puesto en vuestro carácter. No por la esperanza de mejorar mis heridas, sino sólo por obedecer vuestro bondadoso corazón y para que otros aprendan de mí, de la misma manera que en el cachorro se castiga al león, os diré la razón de mi infortunio, ahora que aún es tiempo.

Mientras de esta suerte hablaba el halcón, la doncella lloraba de tal modo que parecía convertirse en agua. Y así el halcón díjole que calmara su llanto, después de lo cual suspiró y empezó su historia.

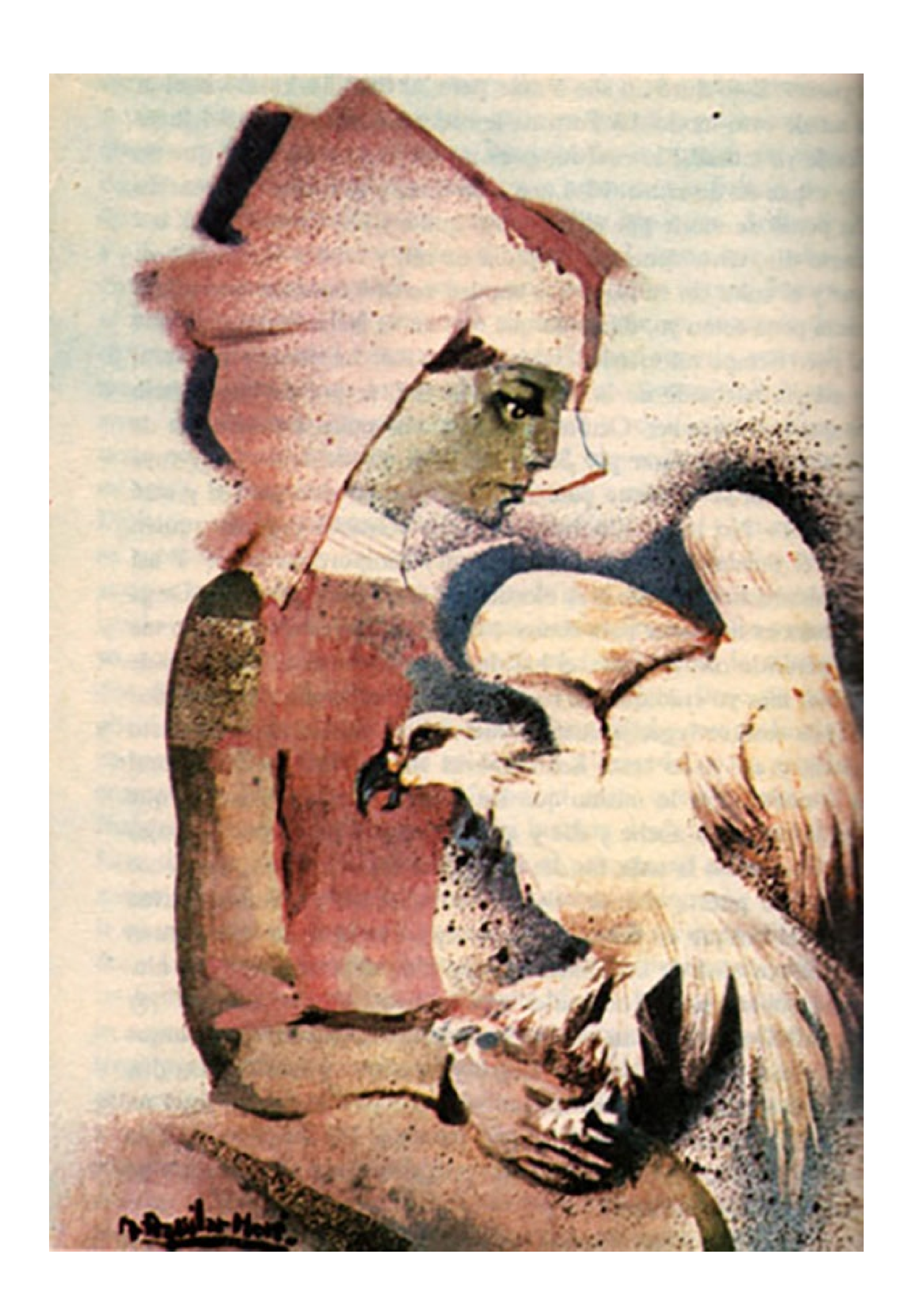
—Nací en aciago día, fui criada en roca de mármol gris, cuidada y atendida; ninguna preocupación me turbaba. Y así no conocí la adversidad hasta que cierto día en el alto cielo volé. Junto a mí moraba otro halcón que parecía fuente de nobleza; no obstante, en su interior reinaba la perfidia. Ocultaba su traición bajo la apariencia de lealtad, color de honestidad y un incansable deseo de complacer, y todo esto lo demostraba en tal grado que nadie hubiera podido suponer que era falso. Al igual que la serpiente, escondíase entre las flores en espera de morder. ¡Aquel hipócrita! Aquel

parangón del amor, pagaba galantes cortesías y atenciones, manteniendo en apariencia todas las delicadezas propias del verdadero amor. Y así, cual el sepulcro, era hermoso por fuera y por dentro nauseabundo. Esto era aquel maldito hipócrita. Ardiente y a la vez frío, mantenía sus intenciones de tal suerte que nadie, excepto el demonio, conocía sus propósitos. Tanto tiempo lloró y se lamentó, tantos años pretendió mi amor, que yo, inocente de su consumada maldad y temerosa de que llegase a morir, pues tal me parecía, creí en sus juramentos y promesas, concediéndole mi amor, manteniendo, sin embargo, mi honor y reputación a salvo, tanto en privado como en público. Y así, creyendo que merecía mi amor, le entregué mi corazón por entero y mi alma, pues sabe Dios, que de lo contrario jamás se los hubiera dado, y yo recibí su corazón a cambio del mío para siempre. Pero según dice una antigua sentencia: «El hombre honrado y el ladrón no piensan igual». Así, pues, al ver que las cosas habían llegado lejos y que yo, confiadamente, le había entregado mi fiel corazón, lo mismo que él jurara hacer conmigo, al punto, aquel tigre, lleno de duplicidad, cayó sobre sus rodillas, con tal humildad y tan profunda reverencia, que semejaba por su aspecto y proceder a un gentil enamorado. Tan enajenado parecía por el gozo, que ni Jasón, ni Paris el troyano, ¿he dicho Jasón?, ni hombre desde el tiempo de Lamech, que, según se ha escrito, fue el primero en amar a dos mujeres, ni desde que nació el primer hombre, pudo nadie imitarle en una veintemillonésima parte. Tan hábil era en decir falsedades y fingimientos, que nadie en esta materia hubiera osado soltar las hebillas de sus zapatos, ni persona alguna hubiera mostrado su agradecimiento como él me demostró. Ninguna mujer que se tenga por discreta hubiera resistido al encanto de sus decires y sus gracias, porque en verdad engalanaba y cuidaba sus frases lo mismo que su persona. Yo le amaba por la sumisión y lealtad de su corazón; si algo le hacía sufrir, y yo lo sabía, mi corazón parecía retorcerse por la muerte. Y así, las cosas llegaron a tal extremo que perdí mi voluntad, obedeciendo en todo sus deseos, me refiero a los que permite el decoro y honor; los cuales, y Dios sabe que jamás hubo cosa que tanto apreciara, no volveré ti poseer. Esto duró un año o más, pero, al final, las cosas vinieron A ser de otro modo. La Fortuna le ordenó que apartase del lugar donde yo moraba, lo cual fue para mí motivo de tal dolor que no soy capaz de describir. Mas una cosa diré, y es que yo he sentido las penas de morir por el tormento que me dio su marcha. Y así cierto día, tristemente, se despidió de mí, y tal era el tono de su voz y el color de su cara, que supuse verdaderamente que sentía tanta pena como yo, de modo que creí en su lealtad pensando que al poco tiempo retornaría. Había para su marcha

razones de honra, y así yo, haciendo de la necesidad virtud, acepté de buen grado lo que tenía que ser. Oculté mi dolor como pude, y tomándole de la mano, hícele jurar por San Juan. «Mira —le dije—, soy tuya por entero, sé tú ahora para mí lo que yo he sido para ti y seré siempre». No hace falta repetir lo que contestó porque, ¿quién sino él puede dar mejor contestación y comportarse peor? Y así él hablaba siempre con gran elocuencia, pero no decía nada. «Larga cuchara es menester para comer con el diablo», esto he oído o me ha parecido oír. Al cabo, el halcón hubo de partir al lugar donde debía, mas yo creo que en su pensamiento albergaba este adagio: «Toda cosa se regocija cuando vuelve a su estado natural». Esto dicen, y así yo lo creo. Los hombres sienten inclinación natural a la novedad, y lo mismo que los pájaros criados en jaulas, que miras por ellos noche y día y aunque en sus jaulas pongas pajas tan finas como la seda, les des azúcar, miel, leche o pan, en cuanto hallan su puerta abierta, vierten su bebedero y, raudos, parten hacia el bosque en busca de gusanos; tal es el amor que sienten por la novedad de los alimentos y su afán de aventuras, que ninguna nobleza puede obligarles a permanecer en sus jaulas. Y ¡ay de mí! De esta misma suerte se condujo el halcón, que aunque fuese bien nacido, lozano y alegre y generoso y sencillo; un día, en cierta ocasión, vio un milano hembra, y ella se llevó todo mi amor de manera que nada quedó para mí. De esta suerte él ha extinguido mi fe, el milano tiene por servidor a mi amante y yo estoy perdida sin remedio.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el halcón comenzó a quejarse, desvaneciéndose de nuevo en el regazo de la doncella.

Gran pena sintieron Canacea y todas sus doncellas por el infortunio del halcón y en verdad que no acertaban cómo aliviarle. Al cabo, Canacea se lo trajo a casa en su falda y púsole compresas allí donde se había herido con el pico, y luego ocupóse en buscar plantas medicinales e hizo con ellas nuevos y extraños ungüentos de coloreadas hierbas para cicatrizar las heridas del ave y en dio empleó noche y día y todas sus fuerzas. Junto al cabezal de mi lecho, colocó una jaula, cubriéndola de terciopelo azul (por ser éste el color de la fidelidad en las mujeres) y, pintando de verde la parte exterior, representó en ella pérfidas aves; cual son las alondras, los halcones machos y los búhos; mientras que a su lado, como por escarnio, hizo pintar urracas que escarnecían y chillaban a las demás aves.



Mas dejemos a Canacea al cuidado del halcón, porque nada diré sobre el anillo hasta el momento en que deba relatar cómo el halcón fue rescatado por su arrepentido amante, lo cual, según cuenta la historia, se hizo por mediación de Cámbalo, el hijo del rey del cual os he hablado. Y proseguiré mi historia con el relato de aventuras y batallas y tan admirables prodigios, como jamás se han oído. Primero os hablaré de Cambuscán, que en un tiempo conquistó a muchas ciudades; luego os diré cómo Algarsyf ganó a Teodora por esposa. Muchas veces puso su vida en gran peligro y hubiera por su causa perecido, de no haber sido ayudado por el caballo de bronce. Mas luego os contaré también de otro Cámbalo que combatió en lid con los dos hermanos de Canacea antes de poder conseguirla. Pero ahora proseguiré por donde quedé en mi historia.

Tan alto lanzó Apolo su carro hacia la mansión de Mercurio…

*(*Nota del editor*: Chaucer dejó sin terminar este cuento).*

Epílogo al cuento del Escudero

—A fe, Escudero, que te has portado bien —dijo el Hacendado— y yo celebro tu ingenio. Considerando tu juventud, hablas con tal sentimiento que de cierto mereces mi aplauso. De seguir por este camino, a mi juicio, nadie de los que aquí están podrán ganarte en elocuencia. En verdad que he sentido gran placer en escucharte. Un hijo tengo y por la Santa Trinidad que a menudo lo reprendo. Porque, ¿de qué valen las riquezas cuando falta en los hombres la virtud? Y así bien quisiera que se pareciera a vos y no jugara a los dados como lo hace, derrochando de ese modo sus bienes y perdiendo su fortuna.

—¡Malhaya tu buena crianza! —gritó el Hostelero—. De sobra sabéis, señor Hacendado, que cada uno debe contar un cuento o dos al menos, o de lo contrario romper su promesa.

—No te enojes, mesonero —dijo el Hacendado—; sólo he querido tener unas palabras con este joven caballero.

—Acabemos —dijo el Hostelero— y empiece el cuento.

—Con mucho placer —dijo el otro— seguiré tu deseo; atiende no obstante a lo que te digo. No quiero contrariarte y a Dios pido que te plazca

mi relato, pues de ese modo conoceré si es bueno.

Prólogo al cuento del Hacendado

En otro tiempo, los nobles y antiguos bretones[131] componían sus cantares de leyendas y aventuras que versificaban en su propio lenguaje. Acompañaban sus baladas con música o recitábanlas para su placer. Una de ellas guardo en la memoria, la cual de buen grado os relataré ahora, lo mejor que pueda.

Sin embargo, señores, como soy hombre sencillo, os ruego disculpéis mi estilo, porque jamás estudié el arte de la retórica. Cuanto diga, será simple y sin complicación. Sabed que no he dormido en el Monte Parnaso[132], ni estudiado a Marco Tulio, ni a Cicerón. No os engañéis, pues, porque en verdad nada sé de delicadezas, ni de flores de lenguaje, porque conozco sólo las flores de los campos o las que las gentes pintan o tiñen. Y así arduo me sería usar de semejantes lindezas ya que no siento natural inclinación hacia días. Pero si os place oír mi cuento…

Cuento del hacendado

EN ARMÓRICA, como llamaban a Bretaña, hubo antaño un caballero que amaba a una doncella con tal afán, que hubo de vencer grandes vicisitudes y tribulaciones para ganar su amor. No había bajo la capa del sol doncella más bella ni que procediera de más noble linaje, por lo cual el caballero no osaba expresarle sus penas y congojas y todas sus ansias. Pero al cabo, a causa de su intrepidez y constante sumisión, compadecióse ella de su dolor y tácitamente accedió en tomarle por esposo y señor suyo, ejerciendo él su señorío cual hacen los hombres con sus esposas. De su libre albedrío juró él por su honor de caballero, que jamás se opondría a sus deseos ni se mostraría celoso; sino que seguiría en todo su voluntad cual debe hacer todo enamorado con su dama. Sin embargo, para no mancillar su condición de esposo, aparecería ante todos como dueño y señor.

Y para agradecer ella su bondad, dijóle humildemente:

—Señor, ya que en vuestra nobleza me otorgáis licencia para que obre según mi criterio, Dios no permita que entre nosotros reine la discordia o que mantengamos discusión por mi causa. Por lo cual, señor, ahora, y en este lugar, os prometo por mi honor ser vuestra verdadera y sumisa esposa hasta que muera.

De esta suerte, ellos vivieron en paz y sosiego. Porque de cierto, señores, y de esto podéis estar seguros, dos que se amen, si desean vivir juntos cierto tiempo, deben forzosamente someterse uno al otro. El amor no debe ser oprimido por el señorío, porque cuando el señorío aparece, presto el Dios del Amor bate sus alas y desaparece. Porque el amor es tan libre como pueda ser cualquier espíritu. Por su naturaleza desean las mujeres ser libres y no oprimidas como esclavas, y, si no me engaño, esto es también lo que los hombres quieren. En el amor suele ganar el más paciente; porque ciertamente la paciencia es una principal virtud, y según los letrados, ella sola vence, mientras que la severidad nada consigue. Uno, no puede encolerizarse ni

regañar por cualquier aspereza. Sed indulgentes, y si no sabéis, aprended. Me pregunto si lo conseguiréis, porque ciertamente que en este mundo no existe el hombre que, llegada una ocasión, no se comporte injustamente.

La cólera, la enfermedad, la influencia de los astros, el vino, las penas o un cambio de los humores, pueden hacer a menudo hablar o actuar erradamente. No podéis vengaros de todo el mal. Quién sabe tener dominio sobre sí mismo, sabrá según las circunstancias actuar de modo sensato.

Por esto, aquel noble y prudente caballero, deseoso de vivir en armonía, prometió ser indulgente, mientras ella hizo fiel promesa de que, en su comportamiento, jamás podría hallarse falta alguna.

De esta suerte hicieron ellos prudente y razonable pacto; ella tomó a su esposo por siervo en el amor y señor en el matrimonio. Sin embargo, era a la vez ambas cosas, aunque más que siervo era señor, porque, en verdad, poseía esposa y amor. Ella era su dama y también su esposa. Todo lo cual no es más que una conversión de la ley del amor.



Por ese medio, consiguió él la dicha. Mas al cabo, llevó a su esposa a su país, no lejos de Penmarch Point, donde tenía su morada, viviendo allí lleno de gozo y felicidad. Porque ¿quién, sino un hombre casado puede decirnos toda la alegría, tranquilidad y consuelo que existe entre esposo y esposa?

Mas este estado de felicidad duró un año o poco más, hasta que el caballero del cual vengo hablando, que se llamaba Arverago de Caerrud, resolvió partir hacia Inglaterra o también llamada Bretaña, para vivir allí, pues

era su deseo buscar honores y fama en los hechos de armas. Y así, teniendo por entero su corazón puesto en estas hazañas, moró, según dice el libro, por dos años en aquel lugar.

Mas dejaré de hablar ahora de Arverago y os diré de su esposa Dorigena, que amaba a su esposo con todo su corazón, y que sollozó por su ausencia cual hacen las esposas discretas, siempre que les place hacerlo. Y así ella se lamentó, gimió y guardó largas vigilias, ayunando y recibiendo cruel tormento por el deseo de verle, que nada en este vasto mundo podía consolarla.

Sus amigos, al ver su sufrimiento, trataron de aliviar su tristeza. Día y noche exhortábanla a que abandonara su estado de postración, diciéndole que de lo contrario sería su muerte. Y así ellos la consolaban lo mejor que podían.

Si la piedra se esculpe largo tiempo, termina por aparecer en ella la imagen, según todos sabéis. Tantos consuelos le prodigaron, que al cabo renació en ella la esperanza y la sensatez. La huella de la consolación prendió en su corazón y mitigó su dolor; de lo contrario, ciertamente que no hubiera soportado aquel cruel sufrimiento para siempre.

Sin embargo, en medio de su infortunio, Arverago mandó cartas a su casa anunciando que se hallaba bien y que pronto regresaría; de no ser así, el dolor hubiera desgarrado su corazón.

Viendo sus amigos que habían aminorado sus penas, de hinojos le suplicaron, por su vida, que saliese con ellos a dar alguna vuelta para ahuyentar sus lúgubres pensamientos. Y, al cabo, viendo que era lo mejor, accedió a sus deseos.

Y así sucedió que, morando en su castillo próximo al mar, para entretenerse, bajaba a menudo al acantilado, desde donde veía numerosas embarcaciones navegando por diversos rumbos. Sin embargo, esto vino a acrecentar su congoja, pues ella no cesaba de preguntarse si, entre todos los navíos que se hallaban a su vista, habría uno que trajera su esposo a casa. Porque éste era el único medio de que su corazón sanase de sus heridas.

Y así, no cesaba de mirar aquel hondo acantilado cuyas rocas hacían que su corazón temblase hasta desfallecer.

Luego, sentada en la hierba, mirando fijamente al mar, suspirando decía:

—Eterno Dios, que guías con tu Providencia los destinos del mundo; según dicen, nada hacéis en vano. Pero ¿por qué, Señor, habéis creado las rocas negras de la orilla del mar? En verdad que tan repulsivas son, que más bien parecen obra del diablo o de una yegua salvaje, que de un Dios perfecto, prudente y sabio. Ni bestias, ni aves, sacan beneficio de ellas; que yo sepa a

nadie hacen bien, sino perjuicio, pues ellas, Señor, destruyen a la humanidad y, aunque lo hayamos olvidado, las rocas han destrozado los cuerpos de un millón de hombres. Sin embargo, la humanidad es obra perfecta de la Creación. La has hecho, Señor, a tu imagen y semejanza, mas no pareces sentir por ella gran amor, puesto que has creado este medio para destruirla. Ningún bien reportan, sino sólo daño. Y, aunque los letrados se esfuercen en probar que todo es por nuestro bien, yo no alcanzo a comprender tus razones. Dios, creador de la fuerza del viento, guarda a mi esposo. Y, lo demás, resuélvanlo los letrados. Mas quisiera, por el mismo Dios, que estas rocas horrendas hundiéranse en el propio Infierno, porque ellas me harán perecer de terror.

De esta suerte hablaba ella tristemente entre sollozos.

Viendo sus amigos que no hallaba distracción en pasear junto al mar, determinaron buscar por ella otros lugares de recreo. Así, lleváronla junto a ríos y fuentes y otros sitios encantadores, donde se bailaba y jugaba a las damas y al chaquete.

Y así sucedió que, una hermosa mañana, fuéronse a un cercano jardín en busca de provisiones y otras cosas precisas, y pasaron allí el día entero divirtiéndose. Era el sexto día de mayo. Este mes, con sus suaves lluvias, había pintado el jardín, llenándolo de hojas y de flores; esto, y el cuidado de habilidosas manos, habían engalanado el jardín con tanta delicadeza y primor que jamás hallaríais otro de tanta belleza a no ser el propio Paraíso. Tal era su hermosura, su perfume y su color, que de cierto hubiérase contentado cualquier corazón que no hubiese estado enfermo o apesadumbrado por un gran dolor. Luego de la comida, comenzaron todos a bailar y a cantar, y Dorigena continuó suspirando y lamentándose, porque entre los danzantes no lograba descubrir al que era su esposo y su amor. Sin embargo, aunque apartada de la danza, sentía aliviar su dolor por la esperanza.

Mas ocurrió que, entre todos los danzantes, había uno que era, a mi modo de ver, más animoso y alegre que el mes de mayo. Con tanto donaire y gentileza bailaba ante Dorigena, que jamás en el mundo pudo hombre alguno igualarle. Para describirle, diré que era uno de los hombres mejor dotados; joven, discreto, vigoroso, rico e ingenioso, bien renombrado y sagaz. Mas para acortar, si he de decir verdad, este apuesto hidalgo, servidor de Venus, que se llamaba Aurelio, amaba en secreto a Dorigena, sobre toda criatura, desde hacía más de dos años sin que ella lo supiera. Jamás se atrevió a declarar sus sufrimientos, su tormento y su dolor; porque en verdad temía en su desesperación decir algo que pudiera enojarla. Sólo en sus canciones osaba

revelar su amor y lamentarse de no ver este amor correspondido. Conocía toda suerte de canciones; layes, coplas, baladas, rondeles y virolayes, en los cuales no se atrevía a revelar su pena, y así sufría los tormentos de una furia del infierno, declarando que moriría como Eco[133] por Narciso sin osar manifestar su aflicción. Por este medio descubría su dolor, pues por otros medios no osaba; excepto, quizás, en las danzas, donde la gente joven se entrega a menudo a amoríos; puede ser que él mirara a su rostro pidiendo gracia, mas ella nada sabía de sus intenciones. Sin embargo, antes de abandonar el jardín, sucedió, que por ser Aurelio su vecino, hombre de honor y reputación y por haberle conocido de tiempo atrás, iniciaron ambos conversación. De este modo, acercábase Aurelio a sus propósitos y cuando vio el momento oportuno dijo:

—Señora, por el Dios que hizo este mundo, de haber sabido que ello hacía vuestra felicidad, el día que vuestro esposo partió allende los mares, yo quisiera haber marchado para jamás volver. Porque bien sé que toda mi devoción es inútil y mi sola recompensa, que mi corazón se destroce. Señora, tened compasión de mis agudas penas, pues que con sólo pronunciar una palabra podéis matarme o salvarme. ¡Aquí a vuestros pies quiero mi sepultura! No puedo decir más. Tened piedad, señora, o me haréis morir.

—¿Es cierto lo que habláis? —dijo Dorigena—. En verdad que nunca supe antes lo que ansiabais, pero ahora que sé vuestros propósitos, Aurelio, por Dios que me dio el alma y vida, sabed que jamás seré esposa infiel en palabra ni en obra. Pues sólo he de ser de aquél a quien estoy unida. Tomad esto como mi respuesta definitiva —pero luego, como a modo de chanza, añadió—: Por el Señor del cielo, Aurelio, ya que os lamentáis tan lastimosamente, os concederé mi amor el día que a lo largo de la costa de Bretaña quitéis todas las rocas una a una, hasta que no impidan navegar a barca o bajel alguno. Esto digo; cuando la costa quede tan limpia de rocas, de suerte que no se vea una peña, entonces os amaré más que a ningún hombre. Y os hago promesa de ello, en cuanto puedo.

Aurelio, suspiró hondamente.

—¿Es ésta la gracia que me ofrecéis? —dijo.

—Sí, por el Señor que me crió. Sí, ésta es. Porque sé que esto no sucederá jamás. Mas, decidme, ¿qué placer puede hallar un hombre en amar a la mujer de otro, que puede poseer su cuerpo cuando le place?

Al oír esto, Aurelio afligióse profundamente y, suspirando, respondió con tristeza:

—Señora, lo que pedís es imposible, por lo cual debo yo morir horrenda muerte.

Y, con estas palabras, marchóse. Llegaron, entonces, muchos de sus otros amigos y pasearon a lo largo de las avenidas del jardín sin saber nada de lo que había ocurrido. Por lo cual, continuaron divirtiéndose alegremente, hasta que el esplendoroso sol perdió su color, pues el horizonte habíale privado de la luz, lo que equivale a decir que era de noche. Y así todos, excepto el desolado Aurelio, se encaminaron a casa llenos de contento. Éste, retornó a su morada con afligido corazón, pues no veía el modo de librarse de la muerte. Sintió su corazón helarse y, cayendo sobre sus desnudas rodillas, comenzó, en su delirio, a rezar singulares plegarias. Y así, a fuerza de dolor, su mente desvariaba de tal modo, que no sabía lo que hablaba. Y entonces, con corazón angustiado, dirigió sus quejas y lamentos a los dioses, comenzando por el Sol.

—¡Oh Apolo, dios que diriges y gobiernas la vida de cada planta o hierba, árbol o flor, dando a cada uno de ellos su sazón y su tiempo según tu declinación, a medida que tu morada cambia en alto o en bajo! Señor Febo, dirige tus ojos misericordiosos sobre el infortunado Aurelio, de lo contrario estoy perdido. Señor, por falta que no he cometido, mi dama ha jurado mi muerte, a menos que, en vuestra magnanimidad, os apiadéis de mi lacerado corazón. Bien sé, señor Febo, que si lo deseáis podéis ayudarme mejor que nadie, salvo mi dama. Consiente, ahora, pues que yo te indico cómo y de qué manera puedes ayudarme. Tu hermana, la hermosa y brillante Lucila[134], reina y suprema diosa del mar, porque aunque Neptuno sea su Dios, ella ejerce sobre él su poder, desea calentarse e iluminarse con tu fuego, por lo cual te sigue con mucha diligencia; el mar, desea seguirla como diosa que es, no sólo de mares, sino de todos los ríos grandes y pequeños. Por tanto, señor Febo, te pido que realices este prodigio o haz que mi corazón estalle. Y esto es, Señor, que ahora, en esta próxima oposición al signo de León, ruegues a tu hermana que levante tan gran marea, que cubra por lo menos en cinco brazas las rocas de la Armórica Bretona; y que esta marea dure dos años. Sólo entonces podré decir a mi dama: «Las rocas han desaparecido, cumplid vuestra promesa». Señor Febo, obra este milagro por mí. Ruega a tu hermana que no ande en su curso más aprisa que tú durante estos dos años, porque, de esta suerte, no adelantándote en tu carrera, ella se mantendrá siempre igual en el lleno y el pleamar primaveral durará noche y día. Mas si ella no consiente en concederme a mi querida señora y soberana, ruégale que haga hundir a cada roca en su propia sombría región, allí donde Plutón mora, de lo contrario, jamás ganaré yo a mi dama. E iré a peregrinaciones descalzo al

templo de Delfos. Señor Febo, mira las lágrimas de mis mejillas y ten alguna compasión de mi desventura.

Al pronunciar estas palabras, cayó en un desmayo y por largo tiempo permaneció en éxtasis. Su hermano, que sabía su desgracia, lo recogió y lo condujo al lecho. Y allí dejaré a esta infeliz criatura desesperada en medio de su tormento y pensamientos; puede morir o vivir, escoja ella, que a mí me da igual.

Arverago, la flor de la caballería, volvió a su casa entre otros distinguidos caballeros, lleno de honor y prosperidad. ¡Dorigena, feliz eres en brazos de tu marido! Intrépido y digno guerrero que la ama más que a su propia vida. No se le ocurre a él pensar si, en su ausencia, habló alguien a su esposa de amor. Ningún temor siente. Y así, danza, combate y se alegra con su esposa. Y yo les dejo en su gozo para volver al dolorido Aurelio.

La enfermedad y el cruel sufrimiento retuvieron en el lecho al infortunado Aurelio y pasaron dos largos años antes que pudiera abandonarlo. Durante este tiempo, fue su hermano su único consuelo, el cual, siendo docto, conocía de estos asuntos, así como de su dolor, porque, ciertamente, él no dijo palabra alguna sobre el particular a ningún ser viviente. Y ocultó su dolor en su seno, con más secreto que Pánfilo[135] lo llevó por Gala tea. Por fuera, su pecho parecía intacto, pero la aguda flecha permanecía clavada en su corazón; y en medicina, como sabéis, no basta cicatrizar la herida superficialmente a menos que alcancéis la flecha y la arranquéis.

Y así, su hermano lloró y se lamentó en secreto, hasta que al cabo le vino a la memoria que, cuando estuvo en Orleáns de Francia buscando ansioso algo que aprender en todo lugar, cierto día vino a sus manos un libro de magia blanca que un amigo suyo (a pesar de dedicarse al estudio de leyes) había escondido privadamente en su pupitre. Este libro hablaba mucho de las operaciones referentes a las veintiocho mansiones de la luna, así como otras cosas parecidas que hoy tienen poco valor, porque la Fe de la Santa Iglesia y nuestro Credo no permiten que estas quimeras nos perjudiquen. Y así, al recordar este libro, su corazón bailó de gozo y asimismo se dijo calladamente: «Mi hermano sanará en breve, pues estoy seguro que hay artes mediante las cuales se producen diversas visiones como las que producen los expertos magos. He oído decir que, en los banquetes, a menudo los prestidigitadores hacen que el gran salón se llene de agua y aparezca una barca, y aún en esta misma sala se ha remado de arriba abajo. A veces un horrible león aparece; otras veces se ven flores brotando de un prado o una viña con uvas blancas y rojas o también un castillo todo de cal y canto. Todo lo cual hacen desvanecer

al instante o esto parece a la vista. He llegado, pues, a la conclusión de que, si logro encontrar en Orleáns algún amigo que conserve en la memoria las mansiones de la luna, u otras fórmulas de magia sobrenatural, puedo hacer que mi hermano obtenga a su amor. Pues, mediante alguna ilusión mágica, puede hacer que ante los ojos humanos desaparezcan todas las rocas de la costa de Bretaña y que vayan y vengan barcos por su orilla. Y hacer que dure esta ilusión una semana. Entonces, mi hermano sanará de su dolor, porque ella habrá de cumplir su promesa o llenarse de oprobio».

¿Para qué alargar este cuento? Dirigióse al lecho de su hermano, y, tanto le insistió de que fuese a Orleáns, que éste se levantó al instante y se dispuso a partir con la esperanza de ver sus males curados.

Y estaban llegando a la ciudad, tanto que apenas les separaban de ella dos o tres estadios, cuando hallaron a su paso a un joven estudiante paseando solo, el cual les saludó expresivamente, en latín, diciéndole luego:

—Yo sé la causa de vuestra herida.

Y así aun cuando ellos quedaran desconcertados por estas palabras, él les reveló todos sus propósitos. Preguntó el estudiante bretón por los amigos que en otros días había conocido, y al responder que se hallaban muertos, derramó muchas lágrimas.

Al punto, descendió Aurelio del caballo y fuese a casa de aquel mago, quedando allí muy bien hospedados. Había allí tal abundancia de manjares y exquisiteces, que jamás en su vida Aurelio había visto casa mejor provista. Antes que ellos entraran a cenar, el mago les mostró selvas y bosques llenos de ciervos con tan grande cornamenta como jamás ojos humanos han visto y vieron cientos de ellos y cómo eran éstos heridos por crueles flechas. Y cuando estos ciervos salvajes hubieron desaparecido, vieron halconeros que con sus halcones mataban garzas en la orilla del río. Percibió luego a varios caballeros lidiando en un llano y, después de esto, el mago le complació mostrándole a su dama en una danza, en la cual él parecía tomar su parte. Y este encantamiento duró hasta que el mago batió palmas, con lo cual todo se desvaneció. Y sin embargo, no habían abandonado la casa mientras contemplaban aquel espectáculo maravilloso, sino que permanecieron silenciosos, sentados en el estudio donde el mago tenía sus libros, estando allí los tres solos. Al cambio, el astrólogo llamó a su escudero y le dijo:

—¿Está nuestra comida lista? Hace más de dos horas que te mandé prepararla; fue cuando estos señores entraron conmigo en el estudio donde están mis libros.

—Señor, está dispuesta para cuando gustéis, —dijo el escudero— y, si queréis, ahora mismo os la serviré.

—Entonces, lo mejor será que cenemos —dijo él— pues la gente enamorada debe descansar alguna vez.

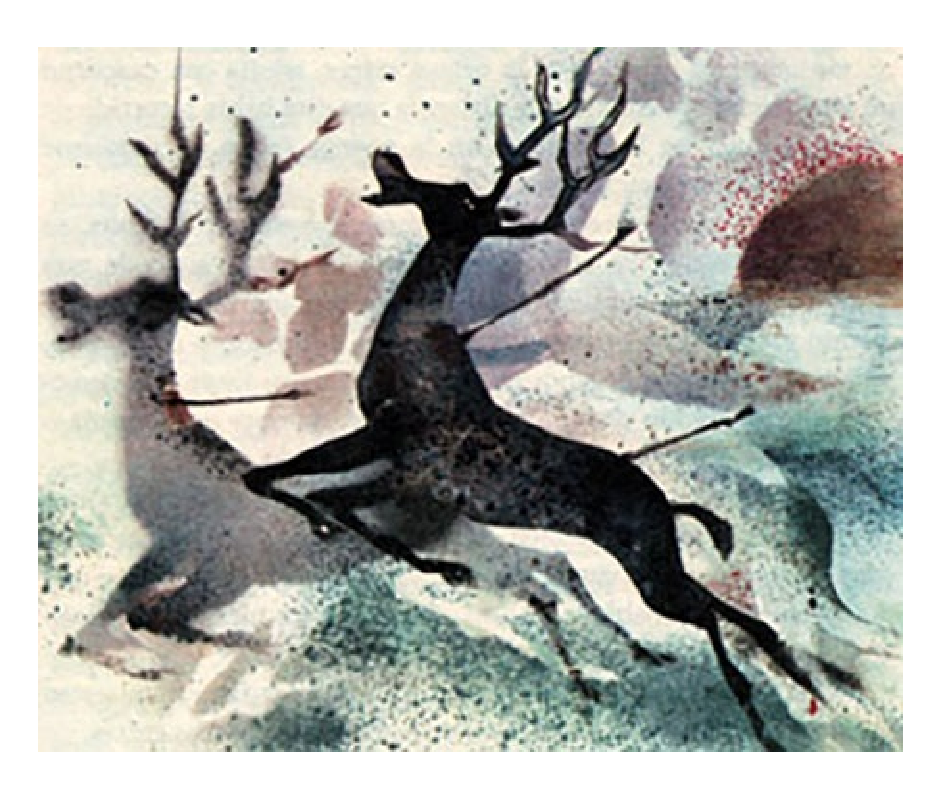
Y, después que hubieron cenado, comenzaron a tratar sobre la suma con la que sería el astrólogo recompensado por apartar todas las rocas de Bretaña, desde Gironda, hasta la boca del Sena. Al principio, el mago se mantuvo firme jurando que no haría aquel trabajo por menos de mil libras. Mas luego, mostróse poco dispuesto a hacerlo incluso por esta suma.

Pero Aurelio, cuyo corazón estaba al punto de estallar de gozo, replicó:

—¿Qué me importan mil libras, cuando el vasto mundo, que dicen que es redondo, diera, de ser yo su dueño? Y, pues que en todo estamos conformes, queda hecho el trato. Tú serás pagado fielmente, palabra de fe. Pero, ahora, procura que ninguna pereza o negligencia nos detenga aquí, pues debemos partir mañana.

—Sí —replicó el maestro— os lo prometo por mi fe.

Aurelio fue a la cama cuando le apeteció, durmiendo la noche entera, pues el cansancio del día y la esperanza de felicidad habían hecho que su corazón se relevara del sufrimiento. Y al amanecer del siguiente día, tanto Aurelio como el sabio tomaron el camino más corto para la Bretaña, descendiendo allí donde habían de permanecer. Esto sucedió, según me recuerdan los libros, en la fría y helada estación de diciembre.



Febo había envejecido; sus rayos, que en el solsticio de verano habían brillado como oro bruñido y resplandeciente, habíanse tornado del color del latón y ahora, al descender hacia Capricornio, bien puedo decir que aún brillaba más pálido. Los hielos, el granizo y la lluvia habían destruido el verdor de todo jardín. Jano[136], con su doble barba, sentado junto al fuego bebía el vino en su cuerpo. Delante de él tenía carne de jabalí, y todo el mundo gritaba: ¡Navidad!

Aurelio agasajó al mago, haciendo que se sintiera el mejor acogido de los huéspedes, rogándole, luego, hiciera lo que en su mano estaba para librarle de sus crueles agonías, de lo contrario le traspasara el corazón con su espada. El astrólogo, sintiendo lástima por las penas de aquel hombre, diose la mayor prisa para remediar sus cuitas. Noche y día aguardó la hora propicia para su experimento astrológico, es decir, para producir la ilusión mágica, pues no sé los términos astrológicos, por la cual Dorigena y todos los demás creyeran que las rocas de Bretaña habían desaparecido o bien que se habían sumergido en el abismo. Por fin, vio llegada la hora que creyó oportuna para llevar a cabo aquella diabólica acción. Trajo sus tablas toledanas[137], convenientemente corregidas, y otros aparatos; tablas para seguir los movimientos de los planetas en todos los períodos, para subdivisiones, longitudes, combinaciones de ángulos y sus convenientes partes proporcionales y, mediante los cálculos de la octava esfera, seguía con exactitud el movimiento de Alnath[138] y la distancia que ésta había recorrido de Aries, a quien se le considera en la novena esfera. Y todo este cálculo hizo muy exactamente.

Y cuando hubo encontrado la primera mansión de la Luna, su fase y su posición en el Zodíaco y todo lo demás, supo de esta suerte cuál era la mansión apropiada de la Luna para su experimento y, con esto y otras reglas referentes a sortilegios e ilusiones, que practicaban los paganos en aquellos tiempos, sin mayor demora y por mediación de su magia, hizo que, durante una semana o dos, pareciera que las rocas se habían desvanecido.

Aurelio, desesperado por la duda, sin saber si podría alcanzar su amor o perdería su ocasión, aguardaba noche y día que se realizara el prodigio. Y, cuando vio que allí no existía obstáculo y que todas las rocas se habían desvanecido, cayó a los pies del astrólogo y dijo:

—Yo, el triste y desventurado Aurelio, doy gracias a mi maestro y a mi señora Venus, que me han ayudado en mis grandes cuitas.

Y, luego, se dirigió Aurelio al templo, pues sabía que allí podría contemplar a su señora, y cuando lo creyó oportuno, con trémulo corazón y

semblante humilde saludó a su soberana y amada señora.

—Mi verdadera señora, a quien amo y temo con todo el corazón, a quien por nada del mundo desagradaría, si no fuera tal mi dolor que estoy a punto de morir aquí a vuestros pies, nada os diría de mis sufrimientos; pero de cierto que debo hablar o morir. Ninguna falta he cometido y, sin embargo, me matas con el mayor de los tormentos. Pero, incluso, aun cuando no te apiades de mi muerte, reflexiona un momento antes de romper tu promesa. Por el Dios que reina en lo alto, piensa detenidamente antes que me des muerte porque, en verdad, yo te amo. Señora, nada reclamo de vuestra promesa si no es con vuestro consentimiento. Pero, sin embargo, bien sabéis que allí, en cierto lugar del jardín, algo me prometisteis; y esto era vuestro amor. Por vuestro honor os hablo, señora, ya que no por vida de mi corazón. He hecho lo que me mandasteis y podéis ir a verlo si os dignáis. Haced vuestra voluntad, mas recordad vuestra promesa, pues muerto o vivo aquí me hallaréis. De vos depende, señora, si vivo o muero, pero de algo estoy cierto y es que las rocas han desaparecido.

Ella, quedó asombrada y lívida y perdió todo el color de sus mejillas, mientras él se disponía a partir. En verdad, que jamás había pensado que esto llegara a suceder, pues ni siquiera en sueños creyó en la posibilidad de que se realizara tal prodigio o maravilla, puesto que se apartaba de la manera de obrar de la Naturaleza. Y así, aquella desgraciada criatura se dirigió a su casa, y tal era su desmayo que a duras penas lograba andar. Y así por un día o dos lloró y se lamentó, desfalleciendo tan a menudo que daba lástima de ver. Pero a nadie dijo la causa de su aflicción, pues Arverago se hallaba ausente de la ciudad. Y así, con pálido y afligido semblante en su congoja decía: «¡Ay de mí! A ti. ¡Oh, Fortuna!, dirijo mis quejas. Tú me has envuelto en tus cadenas, de las cuales no veo la manera de escapar si no es con la muerte o el deshonor. Uno de los dos debo escoger. Pero, sin embargo, mejor perdiera la vida que deshonrar mi cuerpo o sentirme infiel o perder mi buen nombre. Sí, de seguro que la muerte me librará de esto. Porque, ¿acaso antes de ahora no han existido numerosas esposas y doncellas que se mataron antes que cometer culpa con su cuerpo? De cierto que sí y así lo atestigua la historia. Cuando los treinta tiranos[140], con el corazón lleno de iniquidad, hicieron matar a Fedón en el festín, mandando prender a sus hijas y traerlas a su presencia completamente desnudas para satisfacer su lascivia, obligándolas a bailar sobre el pavimento donde la sangre de su padre se había vertido, y aquellas afligidas y aterrorizadas doncellas escaparon para arrojarse al río y se ahogaron antes de perder su virginidad, según los libros dicen. Asimismo, los

de Nisenia inquirieron y buscaron cincuenta doncellas de Lacedemonia con la intención de satisfacer su lujuria; sin embargo, no hubo ni una sola de todas ellas que no se matara antes que consentir en ser despojada de su doncellez. ¿Por qué, pues, he de temer yo a la muerte? Mirad también al tirano Aristóclides, el cual amaba a una doncella llamada Estinfalida; cuando cierta noche, su padre fue asesinado, corrió ésta al Templo de Diana y asiendo su imagen jamás quiso separarse de ella, hasta que la mataron allí mismo. Así, pues, si las doncellas sienten tal horror en ser violadas por un hombre, cuanto más, me parece a mí, debe una esposa elegir la muerte antes que ser deshonrada. ¿Y qué diré de la mujer de Asdrúbal que sacrificó su vida por Cartago? Pues cuando ella vio que los romanos habían ganado la ciudad, saltó al fuego con sus hijos, escogiendo la muerte antes que dejar que ningún romano le hiciera ofensa. ¿No se mató la infortunada Lucrecia en Roma luego de haber sido violada por Tarquino, por creer vergonzoso seguir viviendo cuando había perdido el honor? También las siete vírgenes de Mileto[141] se dieron muerte por dolor y temor antes que las gentes de Galaria las violaran. Y, del mismo modo, podría yo relatar más de mil historias sobre este tema. Por ejemplo, después que Abradato fue asesinado, su amante esposa se dio muerte, dejando que la sangre penetrase en las heridas de su marido». «Nadie deshonrará mi cuerpo —decía—, nadie mientras yo viva». Mas, ¿para qué he de citar más ejemplos cuando tantas se han matado antes que ser deshonradas? Y así, considerando todo esto, creo es lo mejor que yo me mate que perder mi honor. Yo seré fiel a Arverago, o de otro modo me mataré como sea. Porque, igual hizo la amada hija de Democión por no querer ser deshonrada. ¡Oh Sadaceo! Cuánta compasión produce la lectura de la muerte de tus hijas, las cuales se mataron por la misma razón. En verdad que la misma compasión da, si no más, que cuando la doncella tebana se mató a causa de Nicanor[142], en un caso semejante. Otra virgen tebana hizo exactamente la misma cosa porque un macedonio la violó, remediando con su muerte la pérdida de su doncellez. Y, ¿qué diré de la mujer de Nicerato, que por las mismas circunstancias se quitó la vida? ¡Cuán verdadero era también el amor de Alcibíades, que eligió la muerte antes que consentir que el cuerpo de su amado quedara insepulto! Pensad en la mujer de Alcestes y en lo que decía Homero de Penélope; todos los griegos saben de su castidad. Y de Laodamia ciertamente se ha escrito que, al ser Protesilao asesinado en Troya, rehusó vivir un solo día después de su muerte. Historia similar es la de Porcia que no pudo vivir sin Bruto por haberle entregado su entero corazón. Y la fidelidad perfecta de Artemisa, honrada por toda Barbaria. ¡Y tú! ¡Oh reina

Tauta[143]!, tu fidelidad de esposa puede servir de espejo a todas las mujeres. Y lo mismo puedo decir de Bilyea[144], de Rodaguna y de Valeria.

Y así, durante un día o dos se lamentó Dorigena, pensando que debía morir; sin embargo, al tercer día, regresó el digno caballero Arverago y le preguntó el porqué de su amargo llanto. A esto, ella lloró más si cabe.

—¡Ay de mí! —exclamó—. Bien quisiera no haber nacido, pues que he dicho, he hecho una promesa…

Y entonces, le relató lo que vosotros ya sabéis y yo no repetiré.

Pero ved cómo su esposo le contestó, con sereno rostro, y amistosamente le dijo lo que vais a oír:

—¿Hay algo más, Dorigena?

—No, no —replicó ella—. Dios me ayude; esto ya es demasiado, aunque sea su voluntad.

—¡Ah, esposa! —dijo él—. No te acongojes, quizá todo pueda remediarse. Tú mantendrás tu palabra, por mi fe, pues mejor sería apuñalado por el amor que te tengo, que dejar que tú faltaras a tu lealtad. Porque en verdad nada hay más sagrado que la fidelidad. —Mas al decir estas palabras rompió a llorar, y luego, añadió—. Mientras te quede vida y aliento, te prohíbo bajo pena de muerte hables a nadie de este asunto. Soportaré mi dolor lo mejor que pueda, procurando alegrar mi rostro para que las gentes no piensen mal de ti.

Y llamó luego a su escudero y a una doncella y les dijo:

—Id con Dorigena y llevadla al lugar donde ella desee ir.

Y así ellos partieron, pero sin saber el motivo de su viaje, pues el caballero no quería descubrir su intención a nadie.

Y así ocurrió que el escudero Aurelio, que tanto amaba a Dorigena halló, por el azar, a su dama en medio de la calle de más tránsito de la ciudad, cuando ésta se dirigía al jardín donde hiciera su promesa. Él dirigíase también a ese jardín, pues guardaba estrecha vigilancia sobre sus actos, vigilándola cada vez que ella salía de la casa. Así fue como se encontraron, ora por azar o providencia. Él la saludó gozoso, preguntándole a dónde iba.

A lo cual ella como loca respondió:

—¡Ay de mí!, al jardín voy, pues me ha ordenado mi marido que cumpla lo que prometí.

A esto, comenzó Aurelio a maravillarse y en su corazón sintió gran piedad por ella y por sus lamentos, así como también por Arverago, el noble caballero que había ordenado a su esposa cumplir su promesa, porque no podía soportar que ésta faltara a su palabra. Por lo cual, sintió en su corazón

gran pena y tomando todo en consideración, creyó preferible privarse de placer que cometer acto tan malvado y ruin al lado de tan generosa magnanimidad y así brevemente dijo:

—Señora, decid a vuestro esposo Arverago, que he visto su gran nobleza y vuestra aflicción y, puesto que él prefiere sufrir la vergüenza que veros quebrantar vuestra promesa, yo mejor sufriera el tormento del infierno, que acabar el amor entre vosotros. Señora, yo os devuelvo todo juramento y toda promesa que me hayáis hecho desde que nacisteis, y os doy mi palabra que jamás os reprocharé nada. Y aquí me despido de la mejor y más verdadera esposa que jamás he conocido en mi vida.

Guárdense las mujeres de hacer promesas, si no vean a Dorigena. Sin embargo, de algo no hay duda, y es que un escudero puede sin duda realizar tan noble acto como un caballero.

Ella le dio las gracias de rodillas y luego dirigióse a su casa, donde relató a su marido todo lo ocurrido.

Y podéis creer que él sintió tanta satisfacción, que me es imposible describir. Mas, ¿para qué he de hablar más del asunto?

Arverago y su esposa vivieron en perfecta felicidad durante el resto de sus vidas y nunca jamás entre ellos hubo otra discusión. Él la apreciaba como una reina y ella le fue fiel para siempre. Y esto es todo lo que sacaréis de mí sobre estos dos.

Pero Aurelio, que había perdido todo su capital, comenzó a lamentarse el día entero.

—¡Ay de mí! —exclamaba—. ¿Por qué me habré comprometido a pagar mil libras al astrólogo en oro puro? ¿Qué haré yo? Estoy completamente arruinado. Y así debo vender mi herencia y volverme mendigo. Yo no puedo permanecer en este lugar y ser la vergüenza de todos mis parientes, a menos que pueda persuadirle a ser indulgente. Sin embargo, intentaré pagarle en determinados días del año y le agradeceré todas sus bondades, manteniendo mi palabra sin mentir.

—Maestro —dijo—, puedo jactarme que jamás he quebrado una promesa. De seguro que os pagaré lo que os debo aun cuando tenga que ir mendigando envuelto en mi única capa. Pero si pudierais concederme garantías por un año o dos, todo iría bien. Si no, debo vender mi hacienda y más no puedo decir.

Al oír estas palabras, el sabio respondió gravemente:

—¿Acaso no he cumplido yo contigo?

—De cierto que sí, y lo habéis hecho bien y con lealtad.

—¿No has tenido placer de tu dama, como deseabas?

—No, no —respondió el hidalgo, y tristemente suspiró.

—¿Por qué no? Decidme, si podéis, cuál es el motivo de esto.

Entonces, comenzó Aurelio su relato sin dejar nada, de la misma manera que habéis oído, por lo cual yo nada añadiré.

—Arverago —dijo—, en su nobleza, hubiera preferido morir a que su esposa quebrantara su promesa. Y luego le refirió la aflicción de Dorigena y el aborrecimiento que sentía por tener que ser esposa infiel, tanto que mejor prefería morir en el acto. Que ella nunca había oído hablar de ilusiones mágicas y por lo cual incautamente había hecho su promesa. Esto hizo que sintiera gran compasión de ella y, si libremente me fue mandada, libremente yo, la devolví a su marido. Esto es todo lo que sucedió, y no hay más que decir.

El filósofo replicó:

—En verdad, amigo mío, que cada uno de vosotros ha procedido con nobleza. Tú eres hidalgo y él, un caballero. Pero Dios Todopoderoso, no prohíbe a un letrado realizar tan noble acción como las vuestras. Señor mío, yo te concedo las mil libras. Y así será como si ahora mismo hubieras venido a la tierra y jamás me hubieras conocido. No señor, no tomaré ni un solo penique por toda mi habilidad, ni nada por mi trabajo. Me has pagado bien con mi sustento. Con esto basta.

Y montando su caballo emprendió su camino.

Pero ahora, señores, os quisiera preguntar: ¿Cuál de ellos os parece más generoso? Decídmelo antes de proseguir la marcha. Yo no puedo decir más. Mi cuento se ha acabado.

Prólogo al cuento de la segunda Monja

Haríamos bien en poner todo nuestro esfuerzo en evitar a este protector y sirviente de los vicios, portador de placeres que en nuestro idioma llamamos ociosidad y en vencer a ésta con su contraria, la diligencia. Porque la pereza, que de continuo nos vigila, tiende sus lazos con tal ligereza al ver a un hombre ocioso, que éste no se da cuenta hasta que está cogido en la trampa. Por lo cual, sería para nosotros mejor entregarnos al trabajo, venciendo de ese modo a la ociosidad. Más aun considerando que el hombre no debiera morir

jamás, la pereza no deja de ser una corrompida torpeza de la cual no proviene ningún bien, ni nada provechoso. Y así, la pereza ata de tal manera al hombre, que éste duerme, come, bebe y devora el trabajo del otro.

Y aquí yo me esfuerzo en poner mi diligencia en traducir de la Leyenda Aurea, vuestra vida y pasión. A vos me refiero, ¡oh Virgen y mártir Santa Cecilia!

Invocación a la Virgen María

Tú que eres la Flor de todas las Vírgenes, de quien San Bernardo[145] escribió tan bien, a ti te invoco antes de que yo comience. Permíteme celebrar, ¡oh Tú, que eres sostén de miserables pecadores!, la muerte de tu doncella, que por sus méritos ganó la vida eterna venciendo en todo momento al demonio, según luego se podrá leer en esta historia. Tú, Virgen y Madre, Hija de tu Hijo; Tú, Fuente de Misericordia, Bálsamo de almas pecadoras, en quien Dios, en su suprema bondad, eligió morar.

Tú, humilde y exaltada sobre toda criatura, Tú ennoblecido has nuestra naturaleza, hasta tal punto que el mismo Hacedor no desdeñó vestir y envolver a su Hijo en carne y sangre de humana naturaleza. En el seno de Vuestro bendito vientre, el Eterno Amor y la Paz, aquel que del triple espacio es Señor y Guía; que hizo tierra y mar, y es, sin cesar, alabado en el cielo, tomó la forma humana. Y Tú, Virgen sin mácula, diste a luz de tu propio cuerpo al Creador de todas las criaturas, conservando tu virginal pureza. En Ti se hallan unidas la magnificencia, la misericordia y bondad, de tal suerte, que Tú, que eres el Sol por excelencia, no sólo ayudas al que te reza, sino que antes que el hombre te pida ayuda, Tú, en tu benignidad, te adelantas libremente, y te tornas en médico de su vida.

¡Oh dulce y bienaventurada Virgen!, ayúdame ahora Tú, en este exilio de amargura. Recuerda a la mujer de Canaán, que dijo: «El perro come de las migajas que caen de la mesa de su amo». Aunque yo, indigna hija de Eva, sea pecadora, acepta, Señora, mi fe y, como la fe sin obras es cosa muerta, dame conocimiento y ocasión para que yo obre de manera que me vea libre de la más oscura región. Tú que eres la más hermosa y llena de gracia, Madre de Cristo, querida Hija de Santa Ana, sé Tú mi abogada en el alto lugar donde se

canta eternamente el «Hosanna». Ilumina con tu luz mi alma cautiva y atribulada por el contagio del cuerpo, por el peso de la lascivia mundana y falsos afectos. ¡Oh Puerto de Refugio! ¡Oh salvación de los tristes y afligidos! Ayúdame ahora, pues que pronto empezaré mi tarea. Sin embargo, ruego a los que lean lo que escribo me disculpen si no relato este cuento de forma artística, pues lo hago en reverencia de la Santa. Me limitaré, pues, a seguir los acontecimientos de su vida, rogándoos que deis mis palabras por buenas.



Interpretación del nombre de Cecilia

Primeramente, quisiera exponer la etimología del nombre de Santa Cecilia, según se ve en la historia. Quiere decir, cielo y lirio (*coeli lilia*) y significa pura castidad de virginidad; o quizá se llamó lirio por tener ella la inmaculada blancura de la honestidad, tierna conciencia y la dulce fragancia de la buena fama. También pudiera ser que el nombre de Cecilia significase «Sendero de la Oscuridad» (*coecis via*), por lo que se dice de sus enseñanzas. Cecilia puede también interpretarse por su gran luz de sabiduría y esplendorosa virtud en «Libre de Ceguera» o si no, como he leído, Cecilia es un nombre compuesto de cielo (*coelum*) y Leah. Lo cual es un ejemplo de su sabiduría y buenas obras, pues Leah significa pueblo, y, así como en el cielo vemos la luna y el sol y todas las estrellas, del mismo modo, en la vida espiritual vemos en esta noble virgen la magnanimidad de fe, la claridad perfecta de sabiduría y muchas obras de singular excelencia. Los sabios han escrito que las esferas del cielo son veloces, redondas y ardientes; al igual era la blanca y dulce Cecilia, rápida y diligente en sus buenas obras, completa y entera en su perseverancia, de continúo abrasada en la ardiente llama de la caridad. Y aquí acabo yo de hablaros sobre el nombre de Cecilia.

Cuento de la segunda monja

ESTA clara virgen Cecilia, nacida de noble estirpe romana, fue desde su cuna criada en la fe de Cristo cuyo Evangelio nunca apartó de su pensamiento. Y yo hallo escrito que jamás cesó ella de amar y temer a Dios y de suplicarle guardara su doncellez.

Cierto día, en que debía desposarse con un joven llamado Valeriano, estando pronta a contraer matrimonio, sintió tal humilde compasión de su espíritu, que colocó bajo su vestido de oro (que le sentaba muy bien) y junto a su cuerpo, un cilicio. Y mientras salía música del órgano, ella con solitario corazón cantaba a Dios: «¡Oh Señor, conserva mi alma y mi cuerpo sin mancha, de lo contrario pereceré!». (Ayunaba cada segundo o tercer día por amor del que murió en el Árbol de la Cruz y se entregaba a continuas y fervientes oraciones). Vino la noche, y así, cual la gente acostumbra, debía con su esposo ir al lecho; mas ved que entonces le habló privadamente y le dijo:

—Dulce, amado y querido esposo, tengo un secreto que debes conocer, y que yo te diré con agrado, si juras no revelarlo jamás.

Y Valeriano hizo promesa y juró firmemente que nunca le traicionaría bajo ninguna circunstancia ni por cosa alguna que pudiera suceder. Y entonces ella le dijo:

—Un ángel tengo que me guarda con tan gran amor, que así yo ande o duerma, está siempre a mi lado para vigilarme. Mas si él percibe que tocas mi cuerpo o me tienes amor impuro te matará en el acto sin la menor duda, y morirás en la flor de la juventud. Pero si tú me proteges con amor puro, por tu pureza, él te amará como a mí y te revelará su alegría y su esplendor.

Así, Valeriano, amonestado según la voluntad de Dios, replicó:

—Si debo confiar en ti, deja que yo vea a este ángel y le contemple. Y si en verdad es un ángel verdadero, entonces haré lo que me pides; pero, créeme, si amas a otro hombre, os mataré a ambos con esta espada.

A esto, Cecilia replicó al punto:

—Tú verás al ángel, si quieres, con tal que creas en Cristo y seas bautizado. Dirígete a la Vía Apia[146], la cual dista sólo tres millas de esta ciudad, y habla a la pobre gente que allí mora del modo que yo te enseñe. Y así les dices que yo, Cecilia, te he mandado a ellos para que te muestren al buen anciano Urbano por secreto motivo y santo propósito. Y cuando tú veas a San Urbano, le dices cuanto yo te he recomendado, y cuando hayas sido bautizado y hayas purgado todos tus pecados, entonces, antes de partir, tú verás a este ángel.

Y así, Valeriano fuese a aquel lugar y encontró al anciano y Santo Urbano, tal como le había dicho, escondido en las catacumbas de los santos. No se demoró en cumplir su mensaje. Y habiéndolo Urbano recibido, levantando las manos por el júbilo, dejó que las lágrimas cayeran de sus ojos.

—¡Todopoderoso Dios! —dijo—. ¡Oh Cristo Jesús, sembrador de castos ideales y Pastor de todos nosotros! Toma para Ti el fruto de esta semilla de castidad que has sembrado en Cecilia. Como abeja solícita e inocente, te sirve esta doncella. Pues el esposo que tomó, que antes era el fiero león, aquí te manda sumiso como un cordero.

Y cuando hubo hablado, aparecióse un hombre anciano en blancas y resplandecientes vestiduras, llevando en su mano un libro escrito con letras de oro, y así permaneció delante de Valeriano.

Valeriano cayó al suelo como muerto de terror, y entonces el otro, asiendo el libro, comenzó a leer en él:

—Un Señor, una Fe, un solo Dios, un Bautismo, un Padre Supremo para siempre y para todas las cosas. —Estas palabras estaban escritas en oro. Y cuando las hubo leído el anciano, dijo—: ¿Crees o no crees esto? Contesta sí o no.

—Todo esto creo —dijo Valeriano—, y me atrevo a sostener que bajo el cielo no hay hombre capaz de concebir algo tan verdadero.

Entonces, desvanecióse el anciano, sin saber él cómo ni a dónde fue. Y el Papa Urbano le bautizó en aquel mismo lugar.

Valeriano fuese a casa y halló a Cecilia de pie en su habitación con un ángel. Y este ángel tenía en sus manos dos guirnaldas: una de rosas y la otra de lirios; la primera entregó a Cecilia, y la segunda a su esposo Valeriano.

—Guardad siempre estas coronas, puros de cuerpo y con pensamiento inmaculado —dijo el ángel—. Para vosotros las he traído del paraíso, y os aseguro que no se marchitarán ni perderán jamás su suave fragancia. Ninguna persona las verá a menos que sea casta y aborrezca la maldad. En cuanto a ti,

Valeriano, por haber respondido al buen consejo con tanta premura, se te permitirá pedir una gracia y esta gracia se te concederá.

A esto Valeriano respondió:

—Un hermano tengo, a quien amo más que ningún ser viviente; yo te ruego que mi hermano consiga gracia de conocer la verdad, como yo lo hago aquí.

—Tu petición place a Dios y ambos con la palma del martirio asistiréis a su bienaventurada fiesta.

Cuando hubo hablado estas palabras, llegó Tiburcio, el hermano de Valeriano, el cual, percibiendo el aroma de las rosas y lirios, sintió en su corazón gran extrañeza y dijo:

—¿De dónde proviene el suave perfume de rosa y lirio que noto en esta habitación en esta época del año? En verdad que si tuviera este perfume en las manos, no podría ser más penetrante. El suave olor que siento en mi corazón ha cambiado mi naturaleza.

Y entonces Valeriano le dijo:

—Nosotros tenemos dos resplandecientes y brillantes guirnaldas blancas como la nieve y rojas como la rosa, pero que tus ojos no pueden ver. Y yo rezo, querido hermano, para que tú puedas verlas del mismo modo que ahora notas su fragancia. Por lo cual, debes creer sin demora la verdadera verdad.

Y Tiburcio respondió:

—¿Es verdad cuanto dices o acaso no es más que un sueño?

—De seguro, hermano, que hemos soñado hasta ahora —repuso Valeriano —, pero, ahora por primera vez vivimos en la verdad.

—¿Cómo y de qué manera lo sabes? —inquirió Tiburcio.

—Yo te lo explicaré —Valeriano dijo—. La Verdad me ha sido revelada por el Ángel de Dios, el cual verás tú, si renuncias a los ídolos y eres puro.

De este milagro de las dos coronas, habló San Ambrosio en su Prefacio, y este ilustre y excelente Doctor solemnemente nos dice: «Para recibir la palma del martirio, Santa Cecilia, llena de la gracia de Dios, abandonó el mundo e incluso su lecho nupcial». Da testimonio de ello la conversación de Tiburcio y Valeriano, a quien Dios en su bondad concedió dos guirnaldas de suaves y fragantes flores, por mediación de su Ángel. La doncella llevó a estos dos hombres a la bienaventuranza. Y de cierto, que el mundo ha podido aprender cómo se recompensa la casta devoción del amor.

Y Cecilia demostró entonces, claramente, la vanidad de los ídolos, pues que éstos, a más de no poder hablar, no oyen tampoco, por lo cual les instó a abandonarlos.

—El que no crea esto —dijo Tiburcio—, ciertamente es una bestia.

Al oír esto Cecilia, le abrazó gozosa de que al cabo él viera la verdad.

—En este día te recibo como de la familia —dijo aquella bienaventurada, hermosa y bien amada doncella. Y luego añadió—: El amor de Cristo hízome esposa de tu hermano, y ahora, de la misma manera, puesto que estás dispuesto a despreciar a los ídolos, yo te tomo por pariente. Ve ahora con tu hermano y sé bautizado y purifícate tú mismo, para que de esta suerte puedas contemplar la faz del ángel de quien tu hermano te ha hablado.

Y Tiburcio dijo:

—Querido hermano, primero dime dónde y a quién he de dirigirme.

—¿A quién? —exclamó Valeriano—. Ven, parte con buen ánimo, pues que voy a llevarte al Papa Urbano.

—¿Has dicho Urbano? —exclamó Tiburcio—. En verdad, querido hermano, que esto sería un hecho extraño, o eso me parece. Porque no te referirás al Urbano que ha sido tantas veces condenado a muerte y vive siempre en los rincones de aquí para allá, sin atreverse a asomar cabeza; si fuese encontrado, o se le pudiera avistar, de seguro lo llevarían al rojo fuego y a nosotros también de hallarnos en su compañía. Y mientras nosotros buscamos a este dios en el lejano cielo, en este mundo, se nos quemaría sin remisión.

Pero Cecilia, valientemente, le respondió:

—Tú, el más querido de mis hermanos, debes saber que los hombres harían bien en temer la muerte, si ciertamente no hubiera otra vida que vivir. Pero no temas, hay otra vida en otro lugar, que no se perderá jamás. El Hijo del Padre hizo todas las cosas y el Espíritu que del Padre procede declaró, en sus palabras y milagros, que el Hijo de Dios, cuando estuvo en este mundo, nos enseñó que hay otra vida donde morarán los hombres.

A esto Tiburcio respondió:

—Querida hermana, tú misma acabas de decir algo sobre un solo Dios y Señor verdadero. ¿Cómo hablas ahora de tres?

—Te explicaré esto antes de terminar —dijo ella—. Del mismo modo que en el hombre hay tres clases de inteligencia; esto es, memoria, entendimiento y voluntad, pueden en el Ser Divino coexistir Tres Personas.

Y entonces ella, le habló de la venida de Cristo al mundo, enseñándole todos sus sufrimientos y muchas particularidades sobre su Pasión. Cómo sufrió por la redención del linaje humano, el cual se hallaba hundido en el dolor y pecado. Todas estas particularidades explicó a Tiburcio, quien, después de lo cual, con santa intención, fuese, acompañado de Valeriano, al

Papa Urbano. Éste, con gozoso y alegre corazón, lo bautizó dando gracias a Dios y allí mismo en aquel lugar hízole su caballero, completando su instrucción. Después de esto, Tiburcio alcanzó tal grado de gracia que cada día veía al Ángel del Señor en este mundo temporal y, siempre que pedía a Dios una gracia, érale concedida al instante.

Difícil sería enumerar todas las maravillas que obró Jesucristo por ellos; pero, al fin, los lictores de la Ciudad de Roma los encontraron y llevaron ante el prefecto Almaco, el cual los examinó detenidamente hasta saber sus intenciones. Y así, los mandó a la imagen de Júpiter, al tiempo que decía:

—He ahí mi sentencia. Aquel de vosotros que no sacrifique a Júpiter, se le cortará la cabeza.

Entonces, un tal Máximo, un oficial subordinado del Prefecto, arrestó a los mártires de los cuales vengo hablando; pero, compadecióse de ellos y lloró mientras los conducía en su camino, y cuando oyó Máximo sus enseñanzas, obteniendo permiso de los ejecutores, presto los llevó a su casa y, antes del atardecer, no sólo convirtieron con sus enseñanzas a Máximo y a su gente, sino también a los ejecutores. Y así a todos apartaron de sus falsas creencias e hicieron que creyeran en un solo Dios.

Por la noche, apareció Cecilia con los sacerdotes para que todos fueran bautizados y, apenas la luz del día había vuelto, díjoles con mirada grave:

—Mis bien amados y queridos soldados de Cristo, arrojad las obras de las tinieblas y armaos con la armadura de la luz. En verdad, que habéis librado gran batalla para conseguir la Verdad, mas ved que vuestro destino ha concluido. Habéis mantenido la fe. Id, pues, recibid del Justo Juez la corona por vuestro mérito.

Y cuando Cecilia hubo dicho estas palabras, se les condujo para ofrecer sacrificio; sin embargo, al llegar al lugar que habían de realizarlo, rehusaron sacrificar y ofrecer incienso, en vez de lo cual, con corazón humilde y constante devoción, cayeron sobre sus rodillas y sus cabezas fueron cortadas yendo sus almas a reunirse con el Rey de la Gracia.

Máximo, que lo había presenciado todo, declaró al punto que él había visto sus almas en el cielo entre los ángeles rodeados de luz y claridad. Muchos se convirtieron y, por esto, Almaco le azotó severamente con látigo de plomo, hasta que de su cuerpo escapó la vida. Y Cecilia le dio secreta sepultura, junto a las tumbas de Tiburcio y Valeriano, las cuales se hallaban ocultas bajo una piedra. Después de esto, Almaco ordenó a sus oficiales fueran de inmediato a buscar a Cecilia, para que ella públicamente sacrificara a los dioses y ofreciera incienso ante Júpiter. Mas ellos, convertidos por sus

sabios consejos, lloraron amargamente. Y dando entero crédito a sus sentencias, una y otra vez exclamaron:

—Cristo, Hijo de Dios, que tan buen sirviente tiene, es el verdadero y único Dios. Ésta es nuestra creencia y la mantenemos todos así perezcamos.

Almaco, que oyó hablar de este hecho, ordenó que Cecilia fuese llevada a su presencia y, una vez estuvo ante él, le dijo:

—¿De qué clase eres, mujer?

—Soy mujer patricia —dijo ella.

—Yo te interrogo ahora sobre tu fe y tu religión; aunque sé que esto te disgusta.

—Neciamente comienzas tu examen —replicó ella—, pues en verdad esperas que yo dé dos contestaciones a una pregunta, lo cual pone de manifiesto tu ignorancia.

A estas razones repuso Almaco:

—¿De dónde provienen tus insidiosas respuestas?

—¿De dónde? De la conciencia y de la buena fe —dijo ella.

—¿Acaso no respetas mi autoridad?

—No, no temo tu poder, porque el poder de un hombre mortal no es más que un fuelle inflado de viento, y una aguja puede hacer que estalle.

—Mal has principiado —dijo él— y en el error perseveras. No sabes que nuestros poderosos y generosos príncipes han dado orden de castigar a cada cristiano a menos que éste renuncie de su cristiandad, con lo cual quedará enteramente libre.

—Se equivocan vuestros príncipes —dijo Cecilia entonces—. Por una ley absurda nos hacéis culpables, cuando en verdad no tenemos culpa. Tú desconoces nuestra inocencia y nos imputas como crímenes el que reverenciemos a Cristo y nos llamemos cristianos.

—Dos caminos puedes elegir —dijo Almaco—. Sacrifica o abjura del Cristianismo y quedarás libre.

Mas, entonces, aquella dulce y bienaventurada doncella comenzó a reír y dijo:

—¡Oh juez, convencido de tu locura! ¿Acaso quieres que renuncie a mi inocencia y me acuse de crimen? Ved, mirad su ridículo aspecto. Tu conducta atrae ciertamente la atención de la corte.

—Desgraciada y miserable criatura —dijo Almaco— ¿es que no sabes hasta dónde alcanza mi poder? ¿No me han dado nuestros poderosos príncipes autoridad sobre la vida y la muerte? ¿Cómo osas, pues, hablarme con tanto orgullo?

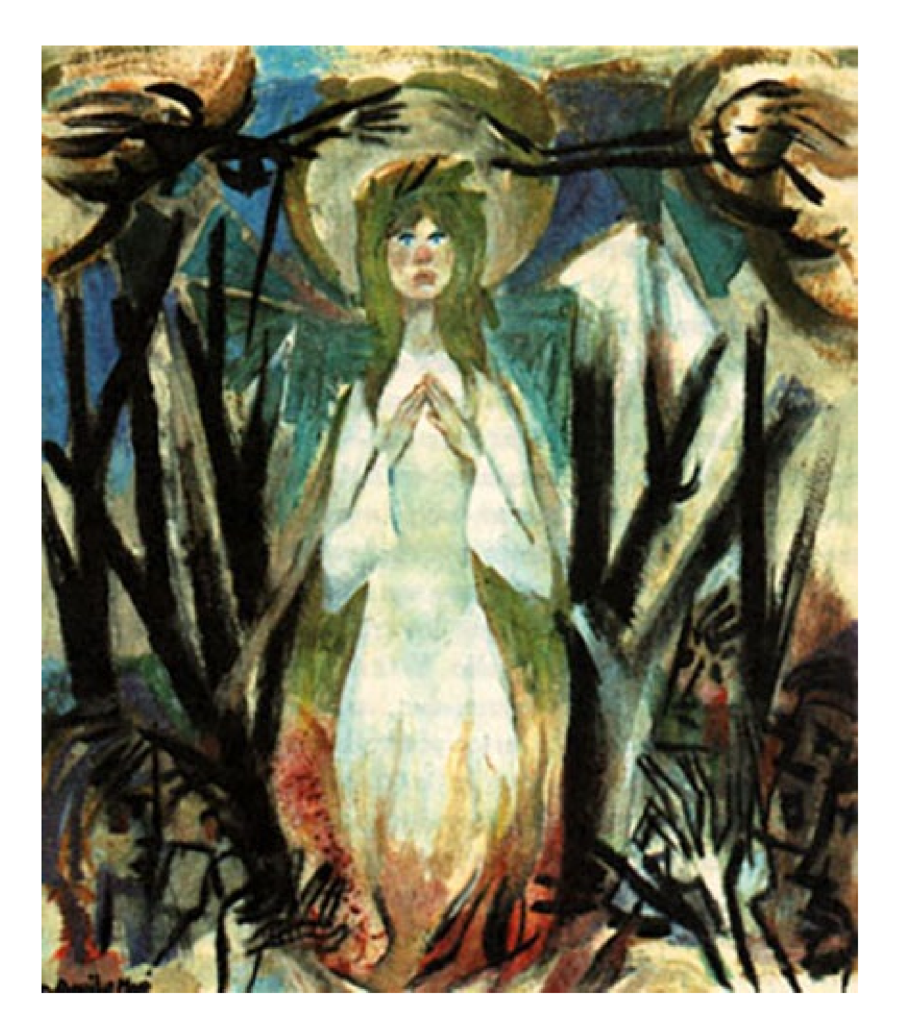
—No te hablo con orgullo, sino con firmeza —dijo ella— pues, por mi parte, puedo decir, que los cristianos sentimos aborrecimiento por el pecado de orgullo. Y si no temes oír la verdad, yo demostraré aquí, públicamente, que has dicho una mentira muy grande. Aseguras que los príncipes te han dado poder sobre la vida y la muerte de las gentes, a ti, que sólo destruyes la vida. No tienes en verdad otro poder que éste y así sólo puedes decir que los príncipes te han hecho sirviente de la muerte; y si dices otra cosa, mientes porque tu poder es del todo limitado.

—Con esto basta —dijo Almaco—, sacrifica ahora antes de partir. Soporto, como filósofo, tus insultos, mas no consentiré que injuries a nuestros dioses.

—Necia criatura —repuso Cecilia—, tu boca no ha cesado de proclamar tu ignorancia y así ha puesto de manifiesto tu impotencia como oficial y juez. ¿De qué te valen los ojos si eres ciego? Porque la cosa que todos vemos que es piedra (lo cual bien se percibe) tú, tomas por tu dios. Sigue pues mi consejo y, puesto que con tus propios ojos no ves, coloca sobre tu dios la mano y hallarás que es de piedra. Vergüenza es, en verdad, que la gente se ría de ti y de tu locura. Porque, comúnmente, se sabe en todas partes que Dios Todopoderoso mora en el alto cielo, mientras que esos ídolos, como bien puedes ver, no sirven de nada, ni a ti, ni a ellos mismos, y, de hecho, no valen un ardite…

Estas palabras y otras semejantes habló Cecilia hasta que Almaco, encolerizado, mandó fuera llevada a casa.

—Abrasadla en un ardiente baño —dijo.



Y así como ordenó, hicieron. Y sumergida en el baño, encendieron debajo un gran fuego que mantuvieron noche y día; pero a pesar del fuego y del calor, la doncella permaneció fría sin sentir dolor y allí estuvo una noche entera y un día. Sin embargo, en este baño debía perder la vida, pues que Almaco, con perversa intención, mandó un mensajero con orden de matarla en el baño. Tres golpes dio el verdugo sobre su cuello, mas no logró cortarlo del todo, y, siendo que en aquel tiempo existía una ley por la cual nadie podía ejecutar con más de tres golpes, ni fuerte, ni suave, él no hizo más, y la dejó yacer medio muerta con el cuello herido. Así, en este momento vivió tres días y en todo este tiempo ella no dejó de predicar la fe a aquellos que había convertido. Dioles sus bienes y pertenencias y luego los mandó al Papa Urbano y les dijo:

—Tres días he pedido al Rey del Cielo y no más, para que yo pueda recomendaros y deciros que convirtáis mi casa en iglesia para todos.

San Urbano y sus diáconos buscaron el cuerpo de la doncella, y por la noche, secretamente, lo sepultaron entre los santos. Su casa llamóse de Santa Cecilia. San Urbano la consagró, y aún hoy día allí se honra a Cristo y a la Santa.

Prólogo al cuento del Criado del Canónigo

Luego que la vida de santa Cecilia fue terminada y antes que cabalgásemos cinco millas, un hombre nos alcanzó en Doughton-under-Blean. Vestía hábitos negros, debajo de los cuales llevaba blanca sobrepelliz. Su caballo, un rucio rodado, sudaba que daba espanto ver y parecía haber sido espoleado durante tres millas. También el corcel del criado de aquel hombre estaba tan sudado que apenas podía proseguir su camino, la espuma le cubría por entero, salpicando al jinete de tal modo que parecía una urraca. Sobre su grupa extendíase una doble alforja de cuero y su equipo era ligero, de tal suerte que parecía preparado para viajar en verano. Yo me pregunté quién sería, hasta que noté que llevaba cosida la capa a la capucha, por lo cual, luego de reflexionar algún tiempo, llegué a la conclusión de que era Canónigo de alguna clase. Colgábale el sombrero de la espalda, atado de una cinta, y, en verdad, que no cabalgaba ni al paso, ni al trote, sino que galopaba como un loco. Llevaba, para librarse del sudor, una hoja de bardana en la capucha, con lo cual mantenía fresca su cabeza; sin embargo, sudaba que daba gusto ver, pues su frente destilaba como un alambique lleno de llantén y parietaria[147].

Apenas hubo llegado exclamó:

—¡Dios guarde a esta alegre compañía! Mucho he galopado por causa vuestra, pues quería alcanzaros para cabalgar con este feliz concierto.

Su criado era también de lo más cortés.

—Señores —dijo—, esta misma mañana os he visto salir de la hostelería, y así se lo he dicho a mi señor, el cual siente vivos deseos de divertirse con vosotros, pues que él gusta de la chanza.

Y el Hostelero dijo:

—Amigo mío, has hecho bien en decir esto a tu amo, porque ciertamente parece hombre de ingenio y divertido, o así yo creo, por lo cual, quizá podría alegrar esta compañía con un cuento o dos.

—Si os referís a mi amo —dijo el Criado— de cierto que sabe más cuentos y juegos de los que hacen falta. Confiad en mi señor; si le conocierais como yo le conozco, os quedaríais sorprendido de la habilidad y destreza que demuestra en todos los asuntos. Grandes proyectos ha emprendido, los cuales muy difíciles serían, para los que están aquí, de llevar a cabo, a menos que él

os enseñara. Porque aunque, aquí, cabalgando entre vosotros, parezca un hombre común, de conocerle, podríais sacar de él gran provecho. Y aún arriesgo cuanto tengo a que no renunciaríais a su trato ni a cambio de muchos bienes. Por todo lo cual, yo os prevengo de que él es ciertamente hombre de gran distinción y verdaderamente eminente.

—Bien hablas —dijo el Hostelero— pero dime: ¿es clérigo o no? O, en otro caso, explica lo que es.

—En verdad que es más que clérigo —repuso el Criado—. En pocas palabras os relataré su arte. Y así os digo que mi amo posee tantos conocimientos secretos (los cuales, ciertamente, no aprenderéis de mí, aunque yo le ayude algo en su trabajo), que podría levantar todo el suelo por el que vamos cabalgando hasta llegar a la ciudad de Canterbury, y luego empedrarlo de oro y plata.

—¡Dios os bendiga! —exclamó el Hostelero al oír esto—. Sin embargo, extraña me parece a mí esta maravilla a juzgar por la apariencia de tu amo, pues hombre tan ingenioso debiera cuidar mejor su aspecto. Porque, en verdad, su abrigo no vale un ardite y está sucio y roto. Y maldito sea si miento. Mas decidme, si podéis, ¿por qué tu amo, pudiendo comprar buenas ropas, va tan desaliñado?

—¿Para qué me preguntas? —dijo el Criado—. Así Dios me valga, él nunca medrará. Pero de esto nada diré, así mejor será que vosotros guardéis secreto. Según yo creo, mi amo es demasiado sabio; el término medio es el justo, según dicen los doctos, y quien pasa de él, está en un error. Por esto yo tengo a mi amo por loco y necio. Cuando a un hombre le sobra ingenio, a menudo abusa de él; y éste es el caso de mi amo, que yo deploro grandemente. Que Dios le remedie… y esto es todo lo que puedo deciros.

—No te preocupes, buen Criado —dijo el Hostelero—; pero ya que conoces la ciencia de tu amo, déjame que te niegue nos digas lo que hace y nos cuentes sus tretas y artimañas. Mas dime también dónde vivís, si es que puede saberse.

—En los arrabales de la ciudad —respondió el criado—, escondidos en rincones y callejones sin salida, allí donde ladrones y rateros medran ocultos y temerosos, sin levantar cabeza, allí vivimos nosotros.

—Decidme ahora —preguntó el Hostelero—, ¿por qué está tan descolorido vuestro rostro?

—¡Por San Pedro! —exclamó el Criado—. La mala suerte ha sido. Estoy tan habituado a soplar el fuego, que esto, supongo, ha cambiado el color de mi rostro. Yo no suelo mirarme en los espejos, sino que fatigosamente trabajo en

aprender a transmutar metales. Nosotros andamos siempre desviados y contemplamos el fuego sin parar, pero a pesar de toda nuestra esperanza jamás logramos nuestro deseo. A muchos engañamos y a otros pedimos prestado, algo como una libra o dos, o diez, o doce y aún mayores cantidades, y así les hacemos creer que doblaremos su dinero al menos. Pero todo es falso, porque, aunque nuestros deseos son buenos, no pueden realizarse, aunque siempre hacemos nuestros ensayos. Sin embargo, la ciencia de la alquimia está tan lejos de nosotros que no logramos alcanzarla, y, digamos nosotros lo que sea, ella acaba siempre por deslizarse hasta que nos convierte en mendigos.

Mientras de esta suerte parloteaba el Criado, acercóse el Canónigo y oyó cuanto decía. Porque aquél era un Canónigo suspicaz, el cual siempre creía oír a la gente hablar mal. Pues según Catón, «los culpables creen ser el sujeto de toda conversación». Por esta misma razón, el Canónigo quiso escuchar lo que el Criado hablaba.

—Guarda silencio —le dijo—. Si pronuncias otra palabra, lo pagarás caro. Me estás calumniando delante de esta gente y, aún más, osas decir lo que debieras guardar secretamente.

—Ea —dijo el Hostelero—, sigue adelante sea lo que sea, pues las amenazas de tu señor no valen un ardite.

—Por mi fe que poco caso le hago —repuso el Criado.

Y cuando el Canónigo vio que no había solución y que el Criado revelaría todos sus secretos huyó lleno de vergüenza y aflicción.

—¡Ah! —exclamó el Criado—. Ahora habremos diversión, y pues que él se ha ido yo os diré todo lo que sé, y, que el demonio lo mate, porque yo no pienso trabajar con él por más tiempo, así me ofrezca peniques o libras. Tormento y vergüenza caigan sobre él. Él fue quien me metió en este baile, que no ha sido baile para mí, estad seguros; esto es lo que yo pienso, piensen lo que sea los demás. Y, sin embargo, a pesar de todo el dolor, miseria y aflicción que ello me trajo, jamás logré apartarme de esto. Dios me conceda ahora inteligencia para relataros todo lo que pertenece a esta ciencia y, como mi señor se ha ido, nada me retendrá y os diré cuanto conozco.

Cuento del criado del canónigo

SIETE años he vivido con este Canónigo y nada he aprendido de su ciencia. Ella me ha despojado de mis bienes. Dios sabe que, como conmigo, ha hecho a muchos otros. Antes, yo era alegre y jovial, y en el vestir elegante, por lo cual usaba de finos adornos; mas, ahora, vedme cubierto de andrajos. Mi tez, que era fresca y encendida, ahora pálida es y de color ceniza. Y así a todo el que se dedique a la alquimia le sucederá igual. Por todo este trabajo mis ojos se hallan ofuscados. Ved lo que se consigue con la alquimia. Esa ciencia escurridiza me ha dejado tan desnudo que nada me queda en parte alguna. Y encima de esto, es el hecho que tengo tantas deudas por el oro que he pedido prestado, que por mucho que viva jamás lograré pagar. Dejad que yo sea una advertencia para todos. Quienquiera que empiece, está listo, porque no podrá apartarse de este arte y, así Dios me ayude, nada sacará de él, sino la bolsa vacía y los sesos rotos.

Y cuando, por su locura o necedad, haya perdido sus bienes en este juego arriesgado, entonces animará a otras gentes a que pierdan los suyos. Porque los bribones se alegran siempre de que alguien les acompañe en su desgracia. Pero esto no hace al caso y ahora os hablaré de nuestro trabajo.

Cuando nos hallamos en el lugar donde practicamos nuestro misterioso arte, por los términos que empleamos y por nuestro aspecto, parecemos muy sabios; yo soplo el fuego hasta que mi corazón estalla. Mas, ¿para qué diré todas las proporciones e ingredientes? Como cinco onzas de plata pura, o seis, o quizá más, ¿y para qué he de ocuparme en manifestaros sus nombres, como oropimente[148], huesos calcinados y escamas de hierro molidas en polvo muy fino? ¿O describiros cómo son todos puestos en un puchero de barro, en el cual se ha echado previamente sal y pimienta, todo lo cual, además de otras cosas, se cubre bien con una lámina de vidrio y se cierran ambos con llantén para que no pueda salir nada de aire? Entonces se regula el fuego, a veces moderado, otras muy vivo, y empezamos a volatizar las materias, a

amalgamizar y a calcinar el azogue, llamado también mercurio crudo, con el cual empiezan también nuestras angustias y preocupaciones.

A pesar de todos nuestros esfuerzos, jamás logramos tener éxito, y ni el oropimente, ni el mercurio sublimado, ni el litargirio molido de piedra de pórfido[149], todo ello en determinadas onzas, de nada nos sirven, ni tampoco los gases que se desprenden, ni el residuo sólido son de ninguna utilidad en nuestro trabajo; por lo cual, toda nuestra labor y nuestras fatigas se pierden, así como nuestro capital. Que el diablo cargue con todo.

Muchas cosas son las que pertenecen a este arte; sin embargo, aunque soy hombre ignorante, os las diré a medida que me vengan a la memoria, aun a pesar que no sepa colocarlas según su clase: bolo armónico, verdín, bórax y vasijas hechas de tierra y vidrio: vasos, retortas, destilatorios, redomas, crisoles, sublimatorios, cucurbitas, alambiques y otras cosas parecidas que no valen una mosca. No hace falta repasar todas nuestras sustancias, como aguas bermejas, nuez de agalla, arsénico, sal amoníaco y azufre; y también podría decir numerosas hierbas como la agrimona, la valeriana, la lunaria y otras. Nuestras lámparas arden día y noche para nuestro trabajo; tenemos hornos para la calcificación y albificación[150] del agua, cal viva, greda, clara de huevo, polvos diversos, cenizas, estiércol, orines, arcilla, receptáculos con cera, salitre, vitriolo; varias lumbres de leña y carbón; potasa, álcali, sal preparada, sustancias quemadas, coágulos, arcilla mezclada con pelo de caballo o humano, aceite de tártaro, alumbre, levaduras, cerveza nueva, tártaro en bruto, rejalgar y otras sustancias absorbentes o de incorporación; nuestra plata vitrificada y nuestra fermentación o cementación, nuestros moldes, probetas, tubos de ensayo y muchas cosas más.

Os repetiré, tal como me fue enseñado, los cuatro espíritus y siete cuerpos en su justo orden como a menudo oí decir a mi maestro: el primer espíritu es el azogue, el segundo el oropimente, el tercero la sal amoníaco y el cuarto el azufre. Y ved ahora los siete cuerpos: el oro, que es el Sol; a la plata la llamamos Luna; al hierro, Marte; al azogue, Mercurio; al plomo, Saturno; al estaño, Júpiter, y el cobre, Venus, válgame Dios que así es.

Nadie que se ocupe en esta maldita ciencia tendrá jamás bastantes bienes. El que quiera invertir un penique en ella, ese penique perderá sin duda. Quien desee proclamar su locura, que venga y aprenda alquimia. Mas si tienes dinero, entonces, ven, y aprende a transmutar. ¿Pensáis acaso que es fácil de aprender? Bien sabe Dios que no, pues aun cuando seáis monjes o frailes, curas o canónigos, o cualquier otra cosa y así os sentéis noche y día sobre vuestros libros estudiando este arte funesto y maravilloso, todo será en vano y

de nada os servirá. Enseñar este arte a un ignorante, no puede hacerse; mas sea éste un letrado o no el resultado es el mismo, y por mi salvación puedo asegurar que todo el que estudia alquimia acaba mal.

Pero se me olvidaba, sin embargo, enumerar las aguas corrosivas, las limaduras, las modificaciones de los cuerpos, los aceites, las abluciones y metales fusibles, mas como la lista de todos ellos excedería a cualquier libro, será mejor que deje todos estos nombres, pues con los que llevo dichos basta para evocar al peor demonio del infierno.

Todos buscamos con ansia la Piedra Filosofal, llamada también elixir. De tenerla, seríamos ricos, pero yo declaro, ante Dios, que pese a toda nuestra habilidad y destreza nunca viene a nosotros. Por ella hemos derrochado nuestros bienes y de cierto nos volveríamos locos por el pesar si la esperanza no aliviara nuestros corazones con el pensamiento constante de que, al cabo, ella, después de tan largos sufrimientos, vendrá a recompensarnos. Penosas y firmes son estas esperanzas y suposiciones, porque os advierto que ellas no tienen fin. Y así, confiando en tiempos futuros, hace que el hombre se desprenda de lo poco que le queda. Sin embargo, todo es poco para este arte, pues su atractivo es tal, que de tener una sola sábana con que cubrirse por la noche y una capa para andar de día, ambas las venderíamos para emplear su producto en la alquimia. Nada puede detenerles, hasta que nada les queda. Dondequiera que vayan, siempre los descubriréis por el olor a azufre, porque, en verdad, yeden como el macho cabrío y es su olor tan penetrante y tan parecido al morueco que distinguiréis a este hombre, aunque esté a una milla de distancia. Ved, pues, que si queréis, podéis conocer a esta gente por el olor y por sus raídos trajes. Mas, si acaso preguntáis a uno de ellos el porqué de su desaliño, al punto os dirá al oído que si ellos fuesen espiados se les mataría a causa de su ciencia y de esta manera traicionan ellos la inocencia de la gente. Mas dejemos esto para volver a mi cuento.

Antes de poner la vasija a la lumbre, mi amo, pues ahora que se ha ido hablaré, y sólo él, calienta cierta cantidad de metales, en lo cual es muy experto o, al menos, sé que tiene esta fama. Y, sin embargo, siempre está inquieto o apurado, porque por lo regular la vasija acaba por estallar y todo se pierde. Estos metales tienen tanta fuerza, que a menudo taladran nuestras paredes a pesar de estar hechas de cal y canto. Algunas se hunden en el suelo, procedimiento por el que hemos perdido muchas libras, y aún otras veces salen disparadas al aire y se posan en el techo; por todo lo cual pienso que el demonio, aunque no aparezca a nuestra vista, está sin duda entre nosotros. En el infierno, donde él es dueño y señor, no puede haber mayores penas, ni más

grande ira. Pues cuando nuestra marmita se rompe, como he dicho antes, entonces se incomoda todo el mundo y empiezan a reñir; uno dice que ha sido a causa del fuego y otro dirá que no, que ha sido por el atizado, lo que me llena de temor porque éste es mi trabajo. «No», dirá un tercero, «no sabéis lo que decís; el fuego no estaba bien regulado». «Silencio y escuchadme», el cuarto dice. «La razón ha sido porque nuestro fuego no ha sido alimentado con madera de haya, he ahí la causa y así no medre si miento». Y yo nada puedo decir a este asunto, mas sólo sé que todo acaba con gran disgusto. «Ya no tiene remedio», dice mi maestro. «Ahora nada puede hacerse, pero guardaré de prevenirme en el futuro contra estos riesgos; de cierto sé que la vasija que empleamos estaba rajada, pero sea lo que fuere no debes desanimarte. Ea, ponte a barrer el suelo y alegremos nuestros corazones».

Luego que los cascajos se han barrido en un montón, se extiende un paño en el suelo, se recogen todos y se pasan por una criba, escogiéndolos muy repetidas veces. «Mirad», dice uno, «aquí veo algo de nuestro metal, si bien es verdad que mucho se ha perdido, no obstante, de ir mal las cosas, aún quizá, podría de nuevo arreglarse. Debemos probar fortuna, pues así Dios nos salve, no puede un mercader vivir siempre en la prosperidad. Creedme, pues a veces se hunde su género y otras llega seguro a puerto». «Silencio», grita mi amo, «yo encontraré el modo de que nuestro barco llegue con bien a casa, puesto que, la próxima vez, he de emplear un nuevo estilo que no fallará; y, si falla, entonces, señores, os digo que me culpéis a mí, pues en algo me habré equivocado, podéis creerme». Y así otro dice que el fuego calentaba en exceso, pero ora por excesivo calor, ora por frío, lo cierto es que nunca sale bien. Siempre fallamos nuestro intento y, sin embargo, proseguimos delirando en nuestra locura. Cuando nos hallamos juntos, parecemos todos sabios como Salomón; pero, según he oído, no es oro todo lo que reluce y, asimismo, no toda manzana apetitosa a la vista puede tener buen sabor. Esto es lo que la gente dice y éste es también nuestro caso, pues aquel que más sabio parece, es, cuando llega a la prueba, el más necio y el más parecido a un ladrón. Por Jesucristo, creo que me he explicado bien y esto lo veréis antes que acabe el cuento.

Hay entre nosotros un religioso canónigo que, de cierto, podría infectar una ciudad, aunque fuera tan grande como Nínive, Roma, Alejandría, Troya y aún otras tres más. Ningún hombre, aunque viviera mil años, podría relatar todos sus ardides y engaños, y ni en todo el vasto mundo hay alguien capaz de decir todas sus falsedades y perfidias; en menos de dos minutos embauca al primero que trate con él, a menos que éste sea otro demonio cual él mismo.

De esta suerte, ha engañado a muchísimos hombres y seguirá haciéndolo mientras en él quede aliento. Y aún a pesar de esto, las gentes caminan largos trechos para buscarle y conocerle, porque en verdad ellos nada saben de su verdadero carácter, del cual, si queréis escuchar, os hablaré aquí, ahora mismo.

Con ello, no piensen los respetables religiosos canónigos que trato de injuriarles porque mi cuento va a ser de un canónigo, y, como sabéis, siempre hay alguno malo en todas las órdenes, mas impida Dios que pague una entera congregación la culpa de un solo individuo. No me mueve el deseo de desacreditaros; sólo me propongo censurar lo que es censurable. No dedico este cuento a ninguno de vosotros en particular, aunque sí puede aplicarse a muchos. Como bien sabéis, ante los doce Apóstoles de Cristo sólo fue traidor el execrable Judas; así pues, ¿por qué han de ser culpables los restantes si son inocentes? Lo mismo ocurre con nosotros, descontando una cosa que os diré; si está en vuestro convento algún Judas, seguid mi consejo; abandonadle a tiempo, antes que él os traiga la ruina y la perdición. Os ruego no os enojéis y escuchéis lo que voy a deciros sobre este asunto.

Hubo una vez en Londres un capellán prebendado que había vivido allí muchos años. Era tan amable y servicial que la mujer de donde se hospedaba no admitía ni un penique por la ropa, ni mesa, por lo cual él iba siempre bien vestido y tenía muy abundante dinero que gastar. Sin embargo, esto carece de importancia, por lo cual proseguiré con mi cuento del canónigo, el cual llevó a este sacerdote a la ruina.

Cierto día, aquel malvado canónigo fue a visitar al sacerdote en la habitación donde se hospedaba y rogóle que le prestara cierta cantidad de oro, la cual le sería devuelta y por entero.

—Préstame un marco de oro —le dijo— por tres días solamente, después de los cuales te pagaré. De lo contrario puedes otra vez colgarme del cuello.

Al punto el sacerdote entregó el marco de oro al canónigo, y éste, después de darle las gracias repetidas veces, emprendió el camino de regreso. Mas al tercer día ya estaba de vuelta con el dinero y así devolvió todo su oro al sacerdote, y éste quedó tan contento que dijo: «En verdad que no siento reparo alguno en prestar un noble, o dos, o tres, y aún todas mis pertenencias a un hombre tan leal que paga siempre en su día, pues a tal hombre yo jamás le podría negar nada».

—¿Habéis dicho infiel? —dijo el canónigo—. Ciertamente que no sé qué es esto. Porque una palabra tengo y, a fe, que la he de cumplir hasta el día que baje a la sepultura. Creed esto de la misma manera que creéis en vuestro

credo. Pero gracias a Dios, y yo creo que ésta es la ocasión de decirlo, ningún hombre ha empeorado su situación por dejarme oro o plata, porque jamás en mi corazón ha habido engaño. Pero ahora, señor —añadió—, ya que habéis sido tan generoso y me habéis mostrado tanta amabilidad, os revelaré una cosa secreta que conozco para de este modo agradeceros vuestras bondades y, si queréis aprender, os haré una clara demostración de mi habilidad en alquimia. Prestad atención, pues veréis con vuestros ojos cómo yo realizo un prodigio antes de partir.

—Si en verdad podéis hacer esto —dijo el sacerdote—, entonces os ruego, por Santa María, que lo hagáis.

—Cumpliré vuestro deseo —dijo el canónigo—. Dios prohíba lo contrario.

De esta suerte, aquel ladrón canónigo tendía sus lazos. Gran verdad es que «servicio ofrecido, apesta». Esto dicen los sabios y muy pronto podrá probarse en el caso de este canónigo, el cual es padre de todo fraude, cuya mayor alegría y satisfacción consiste en llevar a los cristianos a su perdición; tales eran los pensamientos de su corazón. Y líbrenos Dios a todos de sus engaños.

Aquel sacerdote nada sabía del hombre con quien trataba, ni podía, en verdad, sospechar todos los males que le aguardaban. ¡Oh sencillo sacerdote, pobre inocente, cegado por tu propia codicia! ¡Hombre infortunado! Tu mente se ha ofuscado de suerte que no ves el fraude que este malvado de cierto te prepara. ¡Oh, hombre infortunado que jamás lograrás escapar a sus artimañas! Y así, puesto que nada puedo remediar, sin demorarlo más os relataré su estupidez y su locura, así como la traición y perversidad de aquel malvado.

¿Creéis acaso que este canónigo era mi amo? Os juro, señor Hostelero, que no era él, sino otro canónigo que sabe de más astucias, el cual infinidad de veces ha traicionado a las gentes y, en verdad, me repele hablar de su falsedad. Porque, siempre que trato de su perversidad, mis mejillas enrojecen de vergüenza por él, o, mejor diría, arden, pues, por lo que sé, mi cara no tiene color, porque los diversos vapores que desprenden los metales, de los cuales os he hablado, lo han destruido y gastado.

Ahora, comprobad vosotros mismos la villanía de aquel canónigo, el cual, dirigiéndose al sacerdote, le dijo:

—Señor, mandad a vuestro criado que traiga algo de azogue, para que dispongamos en seguida de él; haced que nos traiga dos onzas o tres, y, en cuanto regrese, veréis algo tan prodigioso como jamás habéis visto antes.

—Se hará como decís —repuso el sacerdote, y ordenó a su sirviente en busca del metal.

Y éste, obedeciendo al punto, partió para volver con tres onzas de azogue, y no menos, que entregó al canónigo, el cual depositó en lugar a propósito, y, entonces, ordenó al mozo que trajera carbones para poder empezar al instante su tarea.

Al punto se trajeron los crisoles; el canónigo sacó el crisol de su pecho, el cual mostró al sacerdote.

—¿Ves este aparato? —dijo—. Tómalo en tus manos y tú mismo deposita en él una onza de este azogue. Esto te iniciará en este arte, el cual, en nombre de Cristo, a muy pocos revelo. Y ahora verás un experimento por el cual yo transformaré o reduciré el azogue volviéndole moldeable, lo que con tus mismos ojos verás, porque yo no te decepcionaré, hasta que se convierta en plata tan nueva y tan pura como la que llevas en tu bolsa o en otra parte. De lo contrario puedes llamarme falso e incapaz de mostrarme entre la gente honrada. Aquí mismo guardo un polvo, el cual me ha costado muy caro. Por él se verificará el prodigio, pues que él es causa de todo mi poder, el cual estoy pronto a revelaros. Mira que esté bien cerrada la puerta, pues no quiero que nadie nos espíe mientras nos entregamos a este secreto arte.

Todo se hizo como dijo el canónigo. El criado salió del departamento y su amo cerró la puerta, después de lo cual, sin demorarlo más, ambos emprendieron su tarea. El pérfido canónigo colocó la sustancia sobre el fuego, el cual yo soplé con diligencia, mientras el canónigo esparcía en el crisol unos polvos. Yo no puedo decir si era arcilla o vidrio o alguna otra cosa que no tiene el valor de un mosquito. Entonces, para deslumbrar al sacerdote, díjole que se apresurara a recoger los carbones y los apilase encima del crisol. Como señal de amistad dijo el canónigo:

—Todo lo que tengamos que hacer se hará por tus propias manos.

—Muchas gracias —exclamó encantado el sacerdote mientras recogía los carbones tal como el canónigo dijera.

Y, al tiempo que él se afanaba en su trabajo, aquel miserable y endemoniado, aquel falso canónigo, tomó un carbón de haya, en el cual había hecho hábilmente un agujero, y colocó en su interior unas onzas de limaduras de plata, tapando luego el orificio con cera de manera que las limaduras de plata quedaran dentro. De esta suerte, como podéis comprender, él iba preparando su fraude aunque a primera vista no se viera, así como otras cosas más que os diré a su tiempo. Y así, antes de llegar el sacerdote, él lo tenía todo preparado, pues quería dejarle la bolsa limpia antes de partir. Siempre

que hablo de él mi mente se aflige, porque en verdad yo pagaría para que él abandonara sus engaños, si pudiera. Sin embargo, hoy está aquí, pero mañana no, de manera que jamás para en lugar alguno. Mas ahora, señores, por amor de Dios, atended.

Tomó el canónigo el carbón del cual os hablé arriba y lo ocultó en su mano mientras el sacerdote colocaba las ascuas de carbón como ya os dije.

—Amigo mío, lo has arreglado mal, el fuego no está como es debido, pero pronto lo dispondré. Dejadme, por San Gil, que tome parte en esto; muy acalorado estáis y lleno de sudor. Tomad este lienzo y secaos.

Y mientras el sacerdote se enjugaba el sudor, el canónigo, que el diablo lleve, tomó una parte del carbón y la colocó encima del mismo centro del crisol. Entonces sopló con fuerza los carbones hasta que éstos empezaron a arder.

—Descansemos ahora y bebamos —dijo el canónigo—. Confiad en mí. Todo estará listo en un momento. Sentémonos, pues, y refresquémonos.

Y así que hubo ardido todo el carbón de haya, las limaduras cayeron por el agujero al crisol, lo cual debía ocurrir forzosamente por estar colocadas justo encima; mas el pobre sacerdote nada había advertido, pues creía que todos los carbones eran iguales. Y cuando vio que era ya tiempo, el alquimista dijo:

—Tomad descanso, señor sacerdote, y acercaos; mas como de cierto sé que no poseéis ningún molde, salid fuera y me traéis un pedazo de cal y, con suerte, yo lo convertiré en molde. Traed, también, un puchero de agua y entonces veréis lo bien que sale nuestro negocio. Mas para que no haya posible engaño por mi parte, ni sospeches nada, yo no me quedaré aquí solo, sino que iré con vos y con vos retornaré.

Para resumir, diré que abrieron la puerta de la habitación y tomando la llave salieron para regresar al poco rato. Mas ¿para qué perder un día entero en relataros esto?



El canónigo, como ya dije, cogió el pedazo de cal y formó con él un molde de la manera que voy a describiros: de la manga extrajo una lámina de plata, que no pesaba más que una onza; y, ahora, prestad atención para que podáis ver su maldito engaño. Hizo, pues, el molde dándole el largo y el ancho de la lámina de plata, pero, tan disimuladamente, que el capellán nada vio y una vez más la ocultó en su manga. Luego, retiró el material del fuego y con gozosa expresión, lo vertió en el molde, y, cuando hubo concluido esto, lo echó todo en la vasija de agua al tiempo que decía al sacerdote:

—Aquí, ved, introducid vuestra mano, tantead bien. Yo creo que aquí hay plata. ¿Qué diablo podría ser sino plata?

El sacerdote metió la mano y al punto sacó una lámina de plata y cuando vio lo que era, conmovido por el gozo exclamó:

—La bendición de Dios y de su Madre y de todos los Santos sea con vos, señor canónigo, y así caiga sobre mí la maldición si no soy todo vuestro y para siempre, con tal que me iniciéis en este noble arte.

Y el canónigo dijo:

—Os haré ahora una segunda prueba; vigilad bien, para que podáis adiestraros, y otro día, si es necesario, podéis ensayaros en mi ausencia en la práctica de esta ciencia sutil. No discutas ahora —prosiguió— y toma otra onza de mercurio y haz con él lo mismo que con el otro que ahora es plata.

El sacerdote inició su tarea y puso de su parte todo para cumplir lo que aquel maldito canónigo le ordenara. Y así soplaba los carbones con gran violencia, esperando ver cumplido el anhelo de su corazón. Entretanto, aquel pérfido canónigo iba preparando su segundo engaño. Llevaba en su mano,

como para sostén, un bastón hueco, y os ruego que prestéis mucha atención, en el extremo del cual, como hiciera con el pedazo de carbón, colocó una onza de limaduras de plata tapándolas bien con cera. Mientras el sacerdote se hallaba absorto en su tarea, el canónigo púsose a hablar con él y, tomando el palo, echó, cual hiciera antes, polvos en el crisol y, así, digo que los diablos despellejen a este canónigo por sus engaños y Dios no lo impida, porque todo pensamiento u obra suya era engaño. Con su maldito palo, removió los carbones de encima del crisol hasta que la cera comenzó a derretirse al fuego, como todo el mundo sabe que tiene que ocurrir, de no ser un necio, hasta que su contenido se deslizó fuera, cayendo precipitadamente en el crisol. En verdad, señores, que no pudo salir mejor. El inocente sacerdote, engañado de nuevo, nada sospechó, y era tal su gozo y alegría, que yo, aunque quisiera, jamás podría relataros. Y entonces, ofrecióse en cuerpo y alma al canónigo para lo que él dispusiera.

—Soy pobre —dijo el canónigo—. Sin embargo, os puedo enseñar algo que sé. Decidme, ¿tenéis por aquí algo de cobre?

—Paréceme, señor, que sí —dijo el sacerdote.

—Si no, partid en seguida y compradlo —repuso el canónigo—. Adelante, señor, daos prisa.

Partió aquél y regresó con el cobre. El canónigo lo tomó y de él pesó una onza solamente.

Mi lengua es inadecuado instrumento para referir todo mi pensamiento sobre la falsedad de este canónigo, el cual es padre de todo mal. Y así, a aquellos que no le conocían mostrábase él como amigo, mas tanto en su corazón como en su mente llevaba el diablo. Me abruma referir toda su falsedad. Sin embargo, debo hacerlo para que ello sirva de advertencia a otros, aunque no por otra razón.

Y así puso él la onza de cobre en el crisol y lo colocó de inmediato en el fuego; hizo entonces que el sacerdote soplara encorvándose en su trabajo cual antes hizo, y vertió en él los polvos. Todo era pura necedad y, sin embargo, con ello embaucaba al sacerdote. Vertió, entonces, el cobre fundido en el molde y, finalmente, lo echó en la vasija de agua. Luego, introdujo su mano en ella. Guardaba, como habéis oído, una lámina de plata en su manga, la cual sacudió él haciendo que cayera al fondo de la vasija, sin que el sacerdote advirtiera para nada sus manejos. El canónigo siguió tanteando dentro del agua y con maravillosa habilidad, separó la plata del cobre, sin que el capellán percibiera nada y ocultó ésta. Y, entonces, asió al sacerdote y le dijo:

—Inclinaos ahora y ayudadme como yo os he ayudado hace un momento. Introducid vuestra mano y ved lo que hay aquí.

El capellán sacó inmediatamente la lámina de plata y, entonces, el canónigo dijo:

—Vayamos ahora al lugar donde alguien capacitado para decirnos si estas láminas tienen algún valor, porque, por mi alma, juraría que esto es plata pura. Mas pronto lo sabremos.

Llevaron aquellas tres láminas al platero y allí las sometieron a prueba de fuego y martillo y nadie pudo negar que era verdadera plata.

¿Quién más feliz que aquel párroco? No hay pájaro al amanecer, ni ruiseñor de verano más deseosos de cantar, ni dama tan dispuesta para la danza o, en el caso de señores o señoras, ningún caballero tan ansioso de ganar el favor de su dama como aquel sacerdote lo estaba en aprender este miserable arte. Esto fue lo que dijo al canónigo:

—Si tal favor merezco, decidme por el amor del que murió por nosotros cuánto vale esta fórmula y no os retraséis, señor, en decírmelo.

—Por Nuestra Señora —dijo el canónigo—, te advierto que es muy cara, porque aparte de un fraile, que soy yo, ningún otro hombre de Inglaterra la conoce.

—Nada importa, señor —exclamó el otro—. Decidme, por amor de Dios lo que vale; os lo suplico.

—En verdad —repuso el otro— te digo que es muy cara. En una palabra, señor, si deseas poseerla, tendrás que pagar cuarenta libras, y así Dios me ayude que, de no ser por la reciente amistad que me has demostrado, te costaría más caro.

A esto, el sacerdote buscó la cantidad de cuarenta libras en nobles y con ellas pagó al canónigo por la fórmula. Mas todo aquel negocio no era sino fraude y engaño.

—Señor sacerdote —dijo él—, no busco recompensa por mi habilidad, pero desearía mantener esto oculto; si en verdad me apreciáis, guardadla en secreto. Pues de saber la gente mi poder, sentiría tanta envidia por mi ciencia, que Dios sabe me costaría la vida. No hay otra alternativa en esto.

—Dios lo impida —exclamó el sacerdote—. No os expreséis así, porque antes de veros en algún apuro, yo me volvería loco y vendería todos mis bienes.

—Gracias, señor, por tus buenos deseos —replicó el canónigo—, y adiós y muchas gracias.

Con lo cual partió, y el sacerdote jamás pudo verle otra vez desde aquel día. Y cuando al sacerdote le pareció, se dispuso a probar aquella fórmula, pero la tal no salió; ved, pues, de qué manera fue burlado y ved de qué arte se valía el canónigo para llevar a las gentes a su ruina.

Mirad, señores, cómo los hombres, cualquiera que sea su rango, buscan sin parar el oro, hasta que en verdad ya casi no queda; a tantos atrae la alquimia, que creo no equivocarme al pensar que esto es la causa de que éste sea tan escaso. Los que practican el arte de la transmutación usan de tan extraños términos que apenas nadie logra entender. Dejemos, pues, que ellos parloteen como las grullas[151] y se afanen con entusiasmo en pulir sus palabras, porque jamás alcanzarán su propósito. Fácil en verdad es para el hombre que éste aprenda a transmutar sus bienes, si los tiene, a cambio de nada. Y así, este engañoso juego ofrece tan atrayente y rica recompensa, que convertirá la felicidad del hombre en cruel desespero, vaciará la más repleta bolsa y atraerá las maldiciones de todos los que le han cedido sus bienes; por todo lo cual, los que practican este arte harán bien en avergonzarse y apartar sus quemados dedos del fuego. Si te dedicas a la alquimia, sigue mi consejo y abandónala antes de que pierdas tus bienes; tarde es mejor que nunca y nunca es demasiado tiempo para arrepentirse.

Aunque os entreguéis a este arte para siempre, jamás lograréis hallar la Piedra Filosofal. Tan atrevidos sois como el ciego Bayardo, el viejo caballo que corre sin tino y no ve el peligro; tan osado es que lo mismo tropieza contra una piedra, como anda por la orilla del camino. Lo mismo hacéis los alquimistas, mas yo os digo que procuréis ver el camino recto, evitando que se ofusque vuestra mente. Porque aunque mantengáis los ojos bien abiertos y os paséis noches enteras sin dormir, nada conseguiréis en esta carrera más que consumir lo que logréis mendigar o pedir prestado. Retirad el fuego, no sea que su llama os queme; con esto quiero decir que os apartéis del todo de este arte, porque, si no lo hacéis, os quedaréis sin nada. Ahora mismo os diré lo que dicen sobre este negocio los verdaderos alquimistas.

Arnaldo de Vilanova en su *Rosario de los Filósofos* dice estas palabras: «La mortificación o reducción del mercurio no puede realizarse sin la ayuda de su hermano». Pero el primero que habló de la alquimia fue Hermes Trimegista[152], el cual fue padre de esta ciencia y dice: «El dragón no morirá a menos que su hermano sea muerto con él». Con el dragón quería decir el mercurio y por su hermano el azogue. Este último viene del Sol, que es el oro, y el primero de la Luna, que es plata. Por lo cual él dijo, y recordad bien esta sentencia: «No dejéis que ningún hombre se interne en este arte, a menos que

comprenda sus motivos y términos; de lo contrario será un loco». Porque esta ciencia y arte es de los misterios, ciertamente el más misterioso.

Y así también el discípulo de Platón, inquirió una vez a su maestro y le dijo: «¿Cuál es, decidme, el nombre de la Piedra Filosofal?». «Es una piedra humana llamada Titán». «¿Qué es esto?», dijo el otro. «Lo mismo que Magnesia», repuso Platón. «Realmente, señor, ésa es *ignotum per ignotius*». «Os ruego, querido señor, me digas qué es Magnesia». «Digamos que es un líquido compuesto de los cuatro elementos», dijo Platón. «Querido maestro, decidme, si os place, cuál es el principio esencial de este líquido». «No puedo decirlo», dijo Platón, «porque, en verdad, que todos los alquimistas juramos no descubrir esto jamás a hombre alguno, ni tan siquiera escribirlo en un libro. Porque ello es tan precioso a los ojos de Cristo que Él no desea que sea revelado excepto cuando a su Divinidad le place inspirar a un hombre; mas Él lo prohíbe a los demás, porque ésta es su voluntad. He ahí todo».

Con esto yo termino; y, puesto que el Dios del cielo no desea que los alquimistas den explicación de cómo se descubre esta Piedra, a mi juicio lo mejor será olvidarla. Porque el que se hiciere adversario de Dios practicando este arte contra su voluntad, éste no prosperará jamás, y con mayor motivo si se dedica a él hasta el fin de sus días. Y aquí me callo, mi cuento ha finalizado y Dios guarde a todos los hombres y los alivie en sus sufrimientos.

Prólogo al cuento del Administrador

En el lugar donde se halla la pequeña villa llamada Bob-up-and-down, junto al bosque de Blean, en el camino de Canterbury, justo en este lugar comenzó el Hostelero a chancearse.

—Ved, señores, Dobín se ha atascado en el fango, ¿quién lo arrastrará? ¿No hay quien quiera despertar a nuestro amigo por amor del dinero? Tan dormido va, que bien pudiera un ladrón atarle y robarle. ¡Por mis huesos!, que se caerá del caballo de un momento a otro. Mas decidme, ¿es éste un cocinero de Londres? Haced que se acerque; debe pagar su deuda, pues juro que ha de contar un cuento, aunque éste no valga ni un montón de paja. ¡Despertad, maldición! —exclamó—. ¿Cómo se os ocurre dormir en la madrugada? Por lo

que se ve, puede decirse que habéis pasado la noche sudando en brazos de una ramera, porque de cierto no podéis teneros en pie.

Con pálido semblante, el Cocinero dijo al Hostelero:

—¡Pardiez! Tamaña pesadez me ha sobrevenido, que ni con un galón del mejor vino de Cheapside lograría despabilarme.

—En cierto modo —dijo el Administrador, si esto ha de aliviaros, os relevaré de contar el cuento, si nadie en esta compañía se opone y nuestro Hostelero consiente. Tu cara parece demacrada, tus ojos turbios y tu aliento yede; inequívoca señal de que tu salud no es buena, lo cual, en cuanto a mí se refiere, no es digno de elogio. ¡Mas mirad cómo bosteza! Tan ebrio se halla como si acabara de tragarse todo el vino de una bodega. ¡Ea! Guarda silencio, no sea que el demonio del infierno se meta por medio. Porque tu horrible aliento acabará por infectarnos a todos. Porque en verdad que tu olor es el del puerco, lo cual para ti debiera ser gran vergüenza, así te lleve la peste. ¡Ah señores! Mirad con atención a este hombre. ¿Acaso queréis batiros con la lanza y escurrir el bulto? A fe que para ello estáis bien dispuesto, según se ve por vuestra embriaguez.

Encolerizóse el Cocinero de tal modo al oír aquel discurso que, mudo e incapaz de pronunciar palabra, lanzóse sobre el mayordomo de colegio, dando tal sacudida a su caballo que éste lo echó al suelo, y allí estuvo hasta que lo recogieron. Buen trato le dio el caballo, mas yo digo que aún hizo poco. Cuántos trabajos y pesares, empellones y jadeos hasta que consiguieron levantarle a su silla, porque aquel fantasma, aunque pálido, era ciertamente muy pesado.

—Por mi alma —dijo el Hostelero—, este hombre está tan ebrio por la bebida, que su cuento no sería sino una chapuza. Yo no sé si ha bebido vino, o cerveza nueva, o vieja, pero habla con la nariz y resopla como si tuviera constipado de cabeza. Mucho esfuerzo le cuesta mantenerse él, su caballo y su carro fuera del lodo, mas si cae por segunda vez, de cierto que entonces nadie lograra levantar su esqueleto. Empezad, pues, vuestro cuento, señor Administrador, y dejemos a este hombre; sin embargo, he de deciros que no obrasteis muy sabiamente en reprender a este rústico en su caída, porque siempre puede ocurrir que él, otro día, os tienda una trampa y veáis vuestro nombre en el registro. Con esto quiero decir que, rebuscando él, en vuestros asuntos, puede hallar ciertas cosas capaces de desacreditaros si carecéis de testigos.

—Esto sería por su parte gran cobardía —dijo el Administrador—, mas yo no lo he de consentir, porque antes pagaré que pleitear con él. Así, procuraré

no enojarle, si puedo. Yo no quise sino chancearme. ¿Mas sabéis por qué? Porque aquí, en esta calabaza, guardo buen vino, de la mejor vendimia, y de él os juro que haré que beba el Cocinero.

Y ved cómo el Administrador tenía razón. El Cocinero bebió de la calabaza hasta el fondo. Pero ¿qué falta le hacía si estaba ya ebrio? Y así que vació la calabaza, se puso a cantar y presto la devolvió al Administrador. Muy complacido quedó el Cocinero con la bebida y diole las gracias lo mejor que supo.

Nuestro Hostelero rió ruidosamente y dijo:

—Por lo que veo, de gran utilidad es llevar en los viajes buena bebida, porque ella, convierte la cólera y el rencor en amor y armonía y alivia todo otro mal. ¡Oh Baco, que de tal modo conviertes lo serio y lo grave en chanza y diversión, yo bendigo tu nombre! ¡Honor y gracia a tu divinidad! Esto es cuanto puedo decir de este asunto. Ahora, señor Administrador, os ruego contéis el cuento.

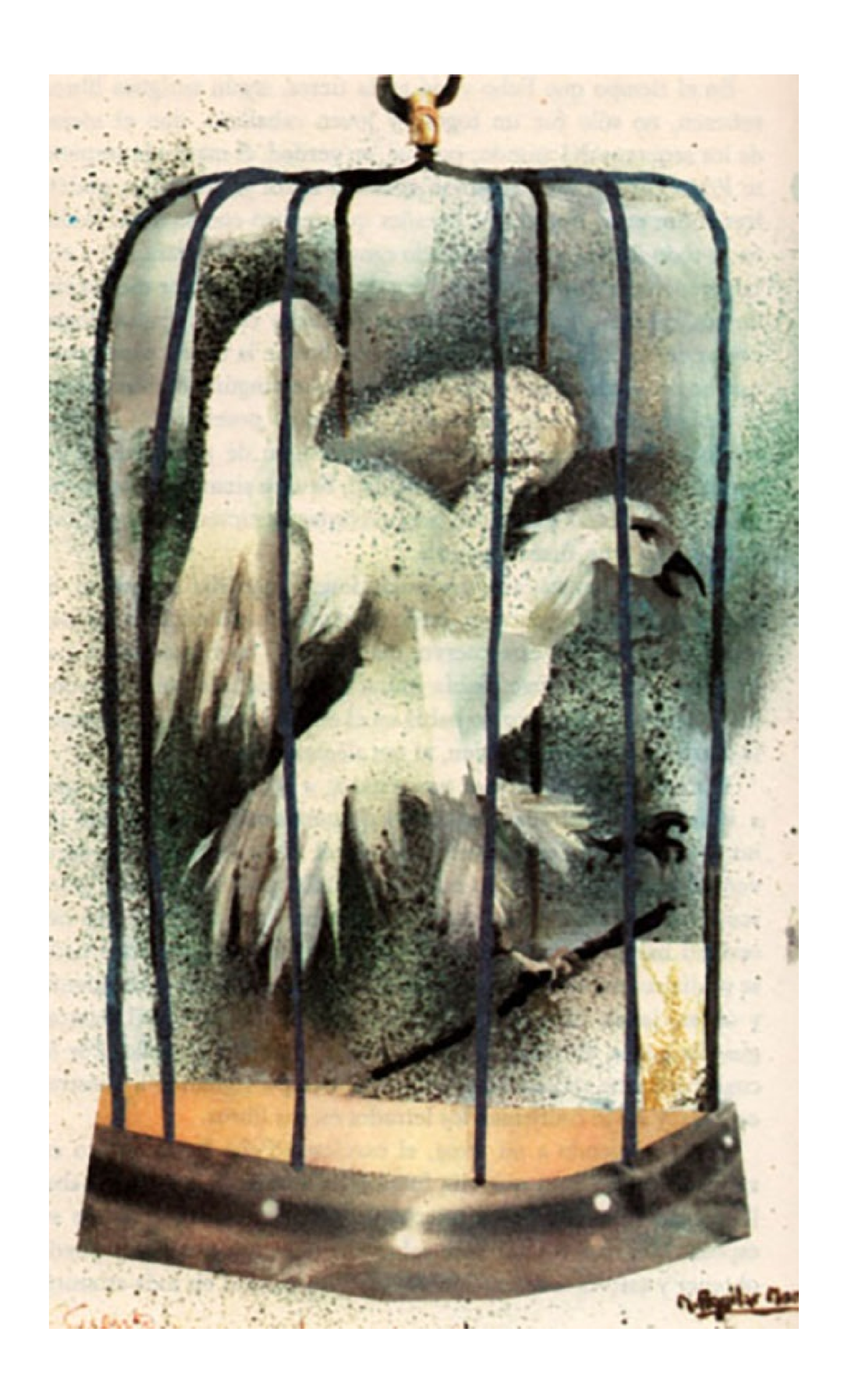
—Atended —replicó él—, pues a ello voy.

Cuento del administrador

EN EL tiempo que Febo vivió en la tierra, según antiguos libros refieren, no sólo fue un fogoso y joven caballero, sino el mejor de los arqueros del mundo; porque, en verdad, él mató a la serpiente Pitón cuando ésta hallábase dormida al sol y, asimismo, podéis leer sobre otras numerosas hazañas que realizó con su arco. Podía tocar todo instrumento y, cuando cantaba, tenía tan clara voz y era tal su melodía que ni Anfión, Rey de Tebas, quien, por mediación de sus cánticos, edificó los muros de dicha ciudad, jamás logró cantar como él. Era el más apuesto hombre de la tierra, pero ¿para qué he de describir su rostro? Sólo diré que ningún hombre viviente tenía mejor aspecto. Era noble, honrado y poseía todas las perfecciones por excelencia. Febo, ese parangón de juventud, en su cumplida caballerosidad y generosidad, llevaba siempre en su mano un arco para cazar y también para recordar su victoria sobre Pitón. Esto, según creo, dice la historia.

Tenía Febo en su casa una jaula, donde guardaba un cuervo, el cual había criado durante largo tiempo, enseñándole a hablar como un grajo. Era este cuervo, blanco como un blanco cisne que lo fuera como la nieve. Sabía imitar la voz de cualquier persona que relatara un cuento y no había en el mundo ruiseñor que cantara la diezmilésima parte de bien, ni tan alegremente.

Y tenía Febo en su casa una esposa, a la cual amaba más que a sí mismo. Mostrábase solícito en complacerla y colmábala de honores noche y día. Sólo en una cosa él no la complacía. A decir verdad, era celoso, por lo cual la vigilaba constantemente, pues temía ser burlado, como otros en su mismo caso. ¿Pero qué necesidad había de que él hiciera tal cosa? Porque en verdad nada se podía remediar. Una buena esposa que sea pura en pensamiento y obras, jamás debe vigilarse. Ciertamente que es inútil montar guardia a una libertina, porque nada se obtendrá con ello. Por lo cual, paréceme simple necedad perder tiempo vigilando a nuestras esposas, y así lo confirman los letrados en sus libros.



Pero, volviendo a mi tema, el excelente Febo hacía cuanto en su mano estaba para que ella fuera feliz. Sin embargo, ni su caballerosidad ni su conducta intachable garantizaban el favor de su esposa. Mas, como Dios bien sabe, hay una cosa que nadie puede obtener y esto es la alteración del instinto natural en toda criatura.

Tomad un ave de la clase que sea; ponedla en una jaula, mantenedla limpia en lo que podáis, entregadle vuestro entero corazón y vuestra mente, nutridla tiernamente con la más deliciosa comida y bebida que podáis imaginar, aunque esté en la más alegre jaula de oro, ella cien mil veces preferirá volar hacia el frío y acerbo matorral y alimentarse de gusanos e inmundicia, y nunca cejará en su intento de escapar de su jaula, porque, en verdad, sólo desea ser libre.

Tomad un gato; nutridle con leche y tierna carne, dadle lecho de seda y, luego, dejad un ratón que corra por la pared. Veréis cuán presto abandona el gato su lecho, carne y demás lujos de la casa; tal es su apetito por el ratón. Mirad cómo el instinto se sobrepone a la prudencia. Al igual hace la loba en tiempo del celo; siguiendo su instinto, perseguirá también al más salvaje e impetuoso lobo que en su camino halle.

Todas estas sentencias a que me refiero, pueden, sin duda, aplicarse a los hombres cuyo comportamiento es infiel, pero en manera alguna a las mujeres, porque los hombres nunca se libran de la lujuria y a menudo suelen buscar placer en criaturas de inferior condición que sus esposas, sin importarles si ellas son bellas, leales o corteses. De esta suerte, nuestra detestable carne siente tal ansia por la novelería, que jamás hallamos placer duradero en nada que sea consonante con la virtud.

Pero, a pesar de sus grandes virtudes, Febo sin sospecharlo siquiera era engañado. Ella tenía otro hombre, un hombre poco relevante que nada valía en comparación de su esposo. ¡En verdad que daba compasión verle! Mas esto suele ocurrir a pesar de los muchos sufrimientos y penas que produce.

Siempre que Febo salía, su esposa al momento mandaba a buscar a su apuesto hombre; apuesto, por decir algo, y os ruego que disculpéis. Dice el sabio Platón en sus obras, que «la palabra debe seguir al hecho». Si uno desea expresar una cosa, la palabra debe tener relación con la acción. Soy ignorante, pero lo que trato de deciros es que entre una dama de alto linaje que sea infiel, y una mujer común, si las dos viven en error, no hay de hecho otra diferencia que ésta: A la dama noble se la llama amante, mientras que la pobre se dice que es una manceba; pero en realidad, una desciende tan baja como la otra. Asimismo, tampoco existe diferencia entre el tirano (que todo lo usurpa), un

proscrito o un ladrón. De lo cual Alejandro dijo la siguiente sentencia: «Si un tirano tiene hombres y poder para destruir y asolar cuanto halle en su camino de manera que siembre la desolación a su paso, llámanle general. Mas ved que si a un bandido le siguen sólo algunos hombres, de suerte que no puede hacer tal daño ni llevar la ruina sobre país alguno, entonces se le llama ladrón o proscrito». Mas como no soy ningún letrado, no citaré aquí más sentencias y proseguiré con el cuento que ha poco he empezado.

La esposa de Febo mandó en busca de su amante y al punto ellos satisfacieron su efímera lascivia. El blanco cuervo, colgando desde su jaula, los contemplaba en su tarea sin decir jamás una palabra. Mas cuando regresó el amo de la casa, él lo saludó cantando un triste «cu-cú, cu-cú».

—¡Qué ave más extraña! —exclamó Febo—. En verdad, que no comprendo el significado de esta canción. Antes solía cantar tan bien que su voz llenaba mi corazón de delicia, pero, esto, ¿qué clase de canción es esto?

—Por el Señor, que esta canción es muy a propósito para mi amo —dijo el ave— porque has de saber, Febo, que a pesar de tu hermosura, valía y educación, de todas las músicas, canciones y vigilancias, has sido engañado por alguien de poca importancia, que no tiene el valor de una mosca comparado contigo. Pero, como vivo y respiro, yo vi a este hombre poseer a tu esposa en tu propio lecho.

¿Qué más queréis que os diga? Sin la menor afectación el cuervo le relató toda la vergüenza y agravio que su esposa le había causado con su lujuria y dio de ello buena prueba repitiendo que sus propios ojos lo habían visto. Y Febo, al cabo, partió, mas su corazón parecía estallar en dos por el dolor. Entonces, dobló su arco y, apuntando con la flecha, lleno de furor mató a su esposa. De esta suerte todo terminó. Y ¿qué más añadiré yo? Sin embargo, fue tal su remordimiento que destrozó sus instrumentos de música: el arpa, el laúd, la cítara y el salterio, así como su arco y sus flechas, después de lo cual, dijo al ave:

—Traidor —exclamó él— tu lengua de escorpión ha sido mi ruina. ¿Por qué habré venido a este mundo? ¿Por qué no estaré muerto? ¡Oh amada esposa! ¡Oh joya de delicias! Para mí, constante y fiel, yaces ahora muerta con tu semblante pálido y descolorido. ¡Tú has sido inocente! Tan cierto estoy de ello, que aquí mismo yo, estoy pronto a jurarlo. Temerario ha sido el provocador de tan vil injuria. ¡Oh ofuscada mente! ¡Oh imprudente furor! Sin ninguna piedad han herido al inocente. ¡Oh sospecha!, llena hasta el borde de engaños y suposiciones, ¿dónde está tu saber? ¿Dónde tu juicio? Dejad que todos los hombres se guarden de la irreflexión y nada crean sin pruebas

convincentes. No golpee tu mano sin mirar antes lo que hace. Considera con detención y cautela antes de dejar que tu cólera y venganza estallen por cualquier suposición. ¡Ay de mí! Cuántos hombres han perecido por esta causa y yacen ahora entre el polvo. Y así yo también me he de dar muerte por este dolor. Y entonces, dirigiéndose al cuervo, le dijo: ¡Ah traidor villano!, pronto pagarás por tu engañoso cuento. Tú, que en otro tiempo cantabas como el ruiseñor, eres ahora falso ladrón. En verdad que tú no cantarás ni hablarás más mientras vivas y perderás todas tus blancas plumas. Éste es el castigo de un traidor. Tú serás negro, lo mismo que tu descendencia. Jamás de ti saldrá armonioso sonido y sólo graznarás para anunciar la tempestad o la lluvia. Y esto lo soportarás como signo evidente de que tú has matado a mi esposa.

En eso, abalanzóse él sobre el ave y le destrozó las blancas plumas sin dejar una. Luego la pintó de negro, le arrebató su canción y su facultad de hablar, tras lo cual, por la puerta, lo lanzó al diablo. Yo alabo su acción, y por esta razón todos los cuervos son negros.

Y yo os ruego, señores, que toméis advertencia de esta parábola o fábula y que recordéis lo que digo. Jamás, en tu vida, digas a un hombre que otro hombre ha buscado placer en su esposa, porque le obligarás a que te odie con odio mortal. Según los letrados dicen, el noble Salomón nos enseña a mantener nuestras lenguas en estrecha vigilancia. Pero, como ya he dicho, yo no soy letrado; sin embargo, os diré lo que mi madre me dijo: «Por el cielo, hijo mío, recuerda siempre a este cuervo. Guarda tu lengua y conserva a tu amigo. Hijo mío, una mala lengua es peor que el mismo demonio, y contra el demonio, hijo mío, no podemos hacer nada. Hijo mío, Dios, en su infinita bondad, amuralla a la lengua con labios y dientes para que el hombre piense antes de hablar. Los doctos, hijo mío, nos han enseñado cuán a menudo las gentes han perecido por hablar demasiado, pero ciertamente, y hablando en sentido general, nadie recibe daño alguno por hablar poco y aún antes de decir este poco hay que pensarlo. Hijo mío, debes refrenar tu lengua en todo tiempo excepto cuando te diriges a Dios en la oración y adoración. La primera virtud, si deseas conocerla, es refrenar tu lengua y mantener sobre ella vigilancia; esto aprenden todos los niños. Hijo mío, graves daños acarrea la torcida locuacidad, cuando una palabra o dos bastan. Tal me dijeron y yo repito. ¿Acaso ignoras cómo puede una lengua pérfida operar? La espada hiere y corta un brazo en dos partes, así del mismo modo la lengua puede cortar una amistad. El charlatán es aborrecible a los ojos de Dios. Lee al sabio y noble Salomón, los Salmos de David, lee a Séneca. Pero no hables, hijo mío, jamás cuando tu cabeza deba inclinarse. Muéstrate sordo a toda palabra inoportuna,

y haz como los flamencos: “Menos palabras, mejor entendimiento”. Hijo mío, si tú no has hablado mal, no debes temer traición alguna, mas el que tal ha procedido jamás puede retractarse de sus palabras. Porque lo que se dice dicho queda, y se propaga, tanto si él quiere como no y aunque de ello se arrepienta. Porque el poder está en el hombre que cuida sus palabras. Hijo mío, no murmures jamás en falso ni en verdad, y, allí donde te halles, ya sea entre poderosos o humildes, cuida de tu lengua y recuerda al cuervo».

Despedida del autor

Ruego a todos aquellos que leyeren este pequeño tratado, que por las cosas que en él les agraden den gracias a Nuestro Señor Jesucristo, del cual procede toda sabiduría y toda bondad, y lo que les disguste, atribúyanlo a mi ignorancia, ya que no a mi voluntad; porque mejor me hubiese expresado de tener más talento. Según la Biblia, «todo se escribe para enseñanza nuestra». Y éste ha sido mi propósito.

Y por ello, humildemente os suplico, por Dios misericordioso, que roguéis por mí, para que Cristo se apiade de mí y perdone mis culpas; en particular las traducciones y trabajos sobre vanidades humanas, de las cuales ahora me retracto y son: *El libro de Troilus. La Casa de la Fama, La Leyenda de las buenas Mujeres, El Libro de la Duquesa, El Parlamento de las Aves*, éste, de *Los Cuentos de Canterbury*, el cual tiende hacia el pecado, *El Libro del León*, y muchos otros libros que no puedo recordar, así como muchas canciones y sentencias pecaminosas; que Cristo, en su gran misericordia, perdone mis pecados. Pero por las traducciones de la *Consolación* de Boecio y otros libros de leyendas y Santos y otras de moralidad y devoción, por éstas, yo doy gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a su bendita Madre y a todos los Santos del cielo, y a ellos imploro para que me den gracia para lamentar mis pecados y preparar mi alma para la salvación, desde ahora hasta el momento de mi muerte, y me conceda la gracia de la sincera penitencia, confesión y remuneración en esta vida por la gracia de Aquel que es Rey de Reyes y Sacerdote sobre todos los sacerdotes. El cual nos redimió con la preciosa sangre de su corazón, y así sea yo uno de los que se salven en el día del último Juicio.

«*Qui cum Paire et Spiritu Sancto vivit et regnat Deus per omnia saecula. Amen*».



GEOFFREY CHAUCER (1343-1400). Fue un escritor, filósofo, diplomático y poeta inglés, conocido sobre todo por ser autor de los *Cuentos de Canterbury*. Ampliamente considerado como el poeta inglés más importante de la Edad Media y el primer poeta sepultado en el Rincón de los poetas de la Abadía de Westminster. También alcanzó fama durante su vida como alquimista y astrónomo habiendo compuesto un tratado acerca del astrolabio para su hijo de diez años Lewis.

Entre varios de sus trabajos como los son *El libro de la duquesa* (*The Book of the Duchess*), la *Casa de la fama* (House of Fame), la *Leyenda de las buenas mujeres* (*Legend of Good Women*) y *Troilo y Crésida* (Troilus and Criseyde), Chaucer es mejor conocido por *Los cuentos de Canterbury* (The Canterbury Tales), conjunto de relatos en verso inspirados en el *El Decamerón*, que debió de componer entre 1386 y 1400. El poeta escribió en realidad sólo la cuarta parte de los cuentos que planeó en un principio, aunque la muestra recoge ya casi todos los géneros de la cuentística medieval. La obra desempeñó un papel crucial en la fijación de la gramática y la lengua inglesas. Chaucer se revela como gran artista y profundo psicólogo, capaz de imprimir gran vivacidad a la narración y impregnarla de un humor malicioso y profundamente humano.

Notas

[1] Como personaje mitológico, esposo de Flora, diosa de las flores, y padre del dios de los frutos, Carpo; como fenómeno atmosférico, viento del Oeste. <<

[2] Santo Tomás Beckett, arzobispo de Canterbury, fue asesinado en 1170 y canonizado en 1173. **<<**

[3] Zona de Marruecos donde habitaban los benimerines. <<

[4] Layas y de Satalia eran ciudades turcas (Asia Menor), conquistadas, respectivamente, en 1361 y 1367. <<

[5] Los ingleses lucharon (1363) al lado de los partidarios del Papa Urbano VI contra los franceses, que respaldaban a Clemente VII de Aviñón. <<

[6] El ruiseñor simboliza el amor; como duerme poco, es testigo potencial de las escenas amorosas. <<

[7] Referencia a la *Égloga* de Virgilio: El amor todo lo puede. <<

[8] El ocupar uno de estos veinte puestos de magistrado significaba alcanzar la cumbre de la carrera de Derecho. Eran designados por el rey. <<

[9] Aquí, concretamente, el porche de la catedral de San Pablo, donde los magistrados encontraban a su clientela. **<<**

[10] Patrono de la hospitalidad. <<

[11] Como miembro del Parlamento. <<

[12] La de más calidad y precio. <<

[13] Para practicar el contrabando. <<

[14] Los tratamientos y medicamentos dependían del horóscopo de cada persona. <<

[15] La peste diezmó a la población inglesa durante las plagas de 1348, 1361, 1369 y 1376. <<

[16] Los rostros de los miembros de esta Orden angélica son muy rubicundos. <<

[17] *crémor tartrato*: ácido de potasa, que se halla en la uva, en el tamarindo y en otros frutos, y se usa como purgante en medicina y como mordiente en tintorería. <<

[18] Según la ciencia medieval, alimentos afrodisíacos y causantes de pústulas. <<

[19] Región al norte del mar Negro. <<

[20] Gobernante de Tebas y prototipo de tirano. <<

[21] El maléfico influjo de Saturno provocará la muerte de Arcites. <<

[22] El cerebro se dividía en tres compartimentos. En el frontal residía la imaginación; en el central, la razón, y en el posterior, la memoria. La melancolía se ubicaba en la parte central. <<

[23] Diosa del amor y la fertilidad. El viernes es su día. <<

[24] Legendarios fundadores de Tebas. <<

[25] Diosa de la caza. <<

[26] El color amarillo representa a la envidia. <<

[27] Se enamoró de su propio reflejo. <<

[28] Medea, la hechicera que ayudó a Jasón. Circe fue la hechicera que en *La Odisea*, 10-12, convierte a los hombres en cerdos. <<

[29] Turno, adversario de Eneas, murió por culpa de su amor a Lavinia. <<

[30] Rey de Lidia. <<

[31] Al perder Calistopea su virginidad a manos de Júpiter, la convirtió en una constelación, la Osa Mayor, y luego en la Estrella Polar. <<

[32] Para huir de Apolo se transformó en un laurel. <<

[33] Dio muerte al jabalí, herido anteriormente por Atalanta, de quien estaba enamorado. <<

[34] El dios de ultratumba. <<

[35] Juno otorgó este título a Diana, como diosa del nacimiento. <<

[36] Esta diosa aparece en tres formas: la Luna (en el cielo), Diana (en la tierra) y Hecate (en las profundidades marinas). <<

[37] En la zona del norte de África ocupada por los benimerines. <<

[38] Nombre árabe de un tratado de Ptolomeo. <<

[39] Instrumento para fijar la posición de las estrellas. El propio Chaucer escribió un *Tratado del astrolabio*. **<<**

[40] Santa patrona de la ciudad y Universidad de Oxford. <<

[41] El Padrenuestro blanco era una oración vespertina para alejar al maligno. Aquí el original *white* significa «simulado» como en la actualidad el término blanco en las comuniones blancas se celebra la fiesta, pero no la comunión. <<

[42] cardamomo: planta medicinal, especie de amomo, con el fruto más pequeño, triangular y correoso, y las semillas esquinadas, aromáticas y de sabor algo picante. <<

[43] bayardo: caballo de raza británica. <<

[44] Numerosos flamencos vivían en Londres y otras ciudades. La propia esposa de Chaucer era de origen flamenco. <<

[45] Sus lamentos ocasionaron la muerte de Hércules. <<

[46] La primera, por culpa de la falsedad de Teseo, que la abandonó en la isla de Naxos, el segundo, por la falsedad de Jasón. <<

[47] Cuando intentó cruzar a nado el Helesponto. <<

[48] Boccaccio lo transforma en Criseida. Chaucer también escribió Troilo y Criseida. <<

[49] Al morir su esposo en la guerra de Troya, ella se suicido. <<

[50] Los mató cuando Jasón los abandonó. <<

[51] Hipimestra fue muerta por su padre. Penélope, la esposa fiel que esperó el regreso de Ulises. Alcestes se sacrificó por su esposo. <<

[52] Las nueve musas, hijas de Pieros de Macedonia, o las hijas del rey Pieros de Emacia. Cfr. Ovidio *Metamorfosis V*. Por competir con las musas se transformaron en urracas. <<

[53] En este juego de azar se pierde al sacar dos ases o dos seises. Se gana si se obtiene el mismo número que se ha nombrado al principio, o es superior a él; si no sale, sigue jugando hasta que sale uno de los números perdedores. <<

[54] El rival de Eneas en Italia. <<

[55] Símbolo de la traición. <<

[56] Santa María Egipcíaca llevó cuarenta y siete años de vida eremítica en el desierto, como penitencia por su disoluta juventud. <<

[57] Fue falsamente acusada de adulterio por dos ancianos. (Cfr. *Daniel XIII*. <<

[58] Vino griego, dulce y blanco. <<

[59] El traidor de la *Chanson de Roland* fue descuartizado. <<

[60] ¡Un reloj solar portátil! <<

[61] En tiempos de Chaucer, la Lombardía ya era la zona bancaria por excelencia de Europa. <<

[62] Conocida antífona litúrgica del tiempo de adviento. <<

[63] En tiempos de Enrique III (1255), diecinueve judíos fueron ejecutados por ese infanticidio. <<

[64] *El cuento de Melibeo* se basa en la traducción francesa de la edición latina del *Libro de la Consolación y el Consejo*, obra del italiano Albertano de Brescia. En esta obra se argumenta a favor y en contra de solucionar las querellas y litigios con medios violentos o mediante arbitrajes. <<

[65] El último trabajo de Hércules consistía en alejar de las puertas del Habes al cancerbero, el perro de tres cabezas. <<

[66] El dios ribereño que luchó con Hércules. <<

[67] El ladrón de bueyes, gigantesco hijo de Vulcano. <<

[68] Luchador de incesante y creciente fuerza. <<

[69] Al noreste de Damasco. <<

[70] Esto es, Claudio Marco Aurelio Flavio (268-70 d. C., y no Claudio, muerto en 54 d. C.). <<

[71] Pedro de Lusiñán, que murió asesinado en 1369. <<

[72] La *Farsalia* de Lucano, *La vida de los doce césares*, *de Suetonio*, y *Factorum ac Dictorum Memorabihum*. **<<**

[73] Nótese la falsa e «interesada» versión del texto latino por parte del esposo deseoso del débito conyugal. <<

[74] El momento cumbre del relato va a llegar, y Chaucer fija con exactitud el tiempo astronómico. En este caso, el gallo *Chanteclair* exhibe su sabiduría. <<

[75] Los enfrentamientos teológicos entre los partidarios de San Agustín y los pelagianos (siglo IV coleaban hasta la época de Chaucer. El santo sostenía que el pecado original se borraba mediante la gracia divina; Pelagio defendía la tesis del nacimiento del hombre sin pecado original. <<

[76] Una conocida sátira latina sobre un asno descontento de la longitud de su cola. <<

[77] Uno de los cabecillas de la Revuelta campesina de 1381. <<

[78] Junto con Pigmalión, nombre de un famoso trío de artistas de la Antigüedad. <<

[79] La avaricia es la causa de todos los vicios. <<

[80] Población andaluza famosa por la gradación de sus vinos. <<

[81] persas. <<

[82] Quizá Demetrio Nicanor, rey de Siria. <<

[83] Para los protestantes, el tercero, ya que éstos dividen en dos el que la Iglesia Católica considera el primer mandamiento. <<

[84] Los cuentos de esta sección tratan sobre las tensiones de la vida matrimonial. El amor entre los esposos, prefigurado en el de Cristo a su Iglesia, está fuertemente jerarquizado: la esposa debe estar fuertemente sujeta al marido, y cualquier forma de rebelión se considera adulterio. Tal era la posición medieval al respecto. En este prólogo, la Comadre exhibe una vasta erudición, desde San Jerónimo y Teofrasto hasta Deschamps y Walter Map. Junto a la dialéctica celibato-matrimonio, amor-sexo, autoridad del marido o de la mujer, etc., se entremezclan las incongruentes ideas de una mujer que, pretendiendo ser feminista, se convierte en antifeminista. <<

[85] *I Reyes XI*: 3: «Tenía setecientas esposas y princesas, y trescientas concubinas». <<

[86] Nótese la variedad léxica del aparato sexual de la comadre: sexo, órgano genital, instrumento, «eso», conejo, etc. <<

[87] El monstruoso cancerbero de los cien ojos. <<

[88] Sexo. <<

[89] El libro de Jankin contenía tres tratados antifeministas que estaban en boga en la época de Chaucer. Su objetivo era promocionar el celibato eclesiástico. El primero se titulaba *Consejos de Valerio al filósofo Rufino para no casarse*; su verdadero autor era el oxoniense Walter Map. El segundo, *El librito dorado de Teofrasto sobre el matrimonio*. El tercero, *La carta contra Joviniano*, de San Jerónimo. <<

[90] Tertuliano y Crisipo también fueron escritores antimatrimoniales. Trótula, una doctora de Salerno, escribió un tratado sobre las enfermedades de la mujer. Eloísa rechazó casarse con Abelardo. <<

[91] Mercurio simboliza la sabiduría literaria; Venus, el sexo y el amor. <<

[92] La diosa cretense que engendró al Minotauro. <<

[93] Cuando su esposo, Agamenón, regresó de Troya, ella le asesinó con la ayuda de su amante. <<

[94] Su esposa, Erifila, reveló el escondite de su marido por un collar. <<

[95] A instancia de su amante, Sejano, Livia asesinó a su marido. <<

[96] Envenenó al poeta Lucrecio, su esposo. <<

[97] Los críticos atribuyen la inspiración de este cuento a una doble fuente. Por un lado, a la tradición celta; por otro, a la sátira latina, donde la elección entre la belleza y la fidelidad es causa de tensión matrimonial. <<

[98] El barbero de Midas y el malo en la *Metamorfosis XI*: 174-193. <<

[99] Aunque las fuentes de este cuento son inciertas, la descripción de la enemistad entre el fraile y el alguacil son proverbiales, Sin embargo, no resulta fácil ver cómo éste y el siguiente cuentos encajan dentro del grupo matrimonial. Aquí, Chaucer fustiga la corrupción de la autoridad religiosa. <<

[100] Los frailes dependían de sus superiores provinciales, y éstos, del Papa; se escapaban, pues, de la jurisdicción del ordinario del lugar (obispo). <<

[101] Este santo, arzobispo de Canterbury (961-988), tuvo fama de sojuzgar a los endemoniados. <<

[102] El patrono de los carreteros. <<

[103] La madre de la Virgen María. <<

[104] Es una sátira contra el método recaudatorio de los frailes. <<

[105] Se escribía sobre una capa de cera. <<

[106] En inglés medieval, fórmula francesa de afectación que equivale a ¡vaya, vaya! <<

[107] Juego de palabras con *eructavit* (del *Salmo* XLIV) y eructar. **<<**

[108] Los carmelitas consideran que Elías fundó su Orden en el Monte Carmelo. (Cfr. 1 *Reyes XVIII, 10: 20*). **<<**

[109] El Senado romano le coronó el domingo de Pascua de 1341. <<

[110] Profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Bolonia. <<

[111] La temática de este cuento gozó de amplia difusión durante la época medieval. Durante el siglo XIV circularon nueve versiones diferentes. Baste decir que Boccaccio y Petrarca lo pusieron en boga. Este cuento se incluye en *El Decamerón*. Petrarca lo tradujo al latín y, a su vez, esta versión fue traducida al francés. Chaucer utilizó una de las cuatro traducciones francesas. <<

[112] Nombre italiano que significa «puerta pequeña». <<

[113] El Apóstol incrédulo. También cfr. *Summa Th.* III: 1980. <<

[114] Éste es uno de los cuentos más originales de Chaucer, aunque la escena final del peral sea un lugar común en la literatura medieval. A notar la correlación entre la primera parte del cuento —una larga disquisición teórica — y *El cuento de Melibeo*. La figura de Enero —el amante viejo y lascivo— está descrita con caracteres muy vigorosos. <<

[115] Escribió el *Liber Aureolus de Nuptiis*. San Jerónimo cita con frecuencia a este autor en *Adv. Jov. 1: 47*. <<

[116] Músico de la Mitología griega que rescató a su esposa con su música. <<

[117] Al conjuro de su música las piedras se desplazaron por sí solas: así se construyó Tebas. <<

[118] La figura del marido impaciente en la noche de bodas siempre ha sido motivo de jocosidad literaria, en este caso acentuada por la edad del «impaciente». <<

[119] hipocrás: Bebida hecha con vino, azúcar, canela y otros ingredientes. <<

[120] Jocosa contradicción, un monje «especialista» en afrodisíacos. <<

[121] Guillaume de Lorris. <<

[122] Del 11 de mayo al 11 de junio. <<

[123] El supuesto autor del *Eclesiástico*. <<

[124] Este cuento ha suscitado gran confusión entre la crítica por diversos motivos: los elementos fantásticos —los diferentes talismanes en general y el caballo volador en particular— son muy numerosos; la segunda parte del relato —las lamentaciones del halcón— parece no tener relación con la primera. <<

[125] 1162-1227. <<

[126] Cerca de Estalingrado, y capital del antiguo Imperio tártaro. <<

[127] Éste tradujo al latín el tratado de óptica del árabe Alhacén. <<

[128] La espada de Aquiles le hirió y le curó. <<

[129] La tradición medieval consideraba a estos dos personajes bíblicos como dotados de grandes poderes mágicos. <<

[130] Cástor y Pólux. <<

[131] La Bretaña francesa. <<

[132] El sagrado monte de las musas. <<

[133] Ovidio cuenta en su *Metamorfosis* 3407, la muerte de Eco por amor. <<

[134] Diana adopta tres formas: Lucina, la diosa de la Luna; Artemisa, la diosa de la Tierra, y Hécate, la diosa de ultratumba. <<

[135] Cfr. el famoso poema medieval *Pamphilus de Amore*. **<<**

[136] El dios romano de cara bífida; de él se deriva «enero». <<

[137] Las famosas tablas de astronomía compuestas por orden de Alfonso X el Sabio. Chaucer compuso también su *Tratado de Astrolabio* y probablemente, *El Ecuatorio de los planetas*. <<

[138] Estrella de Aries que ayudaba a medir la precesión de los equinoccios. <<

[140] Destronados en 403 a. C. <<

[141] Los gálatas la saquearon en 276 a. C. <<

[142] Oficial de Alejandro Magno en la campaña de Tebas (336 a. C.). <<

[143] Reina de Iliria. <<

[144] Bileia, la esposa de Dulio, que venció a los cartagineses en 260 a. C. Rodaguna, la hija de Darío, que mató a su ama por intentar persuadirla de que se volviera a casar. <<

[145] Este santo (1090-1153) profesó una devoción proverbial a la Señora. <<

[146] La que une Roma con las cuatro catacumbas. <<

[147] cañarroya (parietaria): planta herbácea anual, de la familia de las Urticáceas, con tallos rojizos, erguidos, de cuatro a seis decímetros, sencillos o con ramas muy cortas, hojas alternas, enteras, pecioladas, ásperas y lanceoladas, flores en grupos axilares, pequeñas y verdosas, y fruto seco, envuelto por el perigonio. Crece ordinariamente junto a las paredes y se ha usado en cataplasmas. <<

[148] oropimente: mineral compuesto de arsénico y azufre, de color de limón, de textura laminar o fibrosa y brillo craso anacarado. Es venenoso y se emplea en pintura y tintorería. <<

[149] pórfido: roca compacta y dura, formada por una sustancia amorfa, ordinariamente de color oscuro y con cristales de feldespato y cuarzo. <<

[150] albificación: en química antigua se refiere a la acción de volver el color blanco o blanquecino. <<

[151] grajilla: ave de la familia de los Córvidos, más pequeña y con el pico más corto que la graja y la corneja, negra, con auriculares y cogote de color gris. Es muy característico el tono gris pálido de sus ojos. Sociable, forma grandes bandadas. <<

[152] El dios egipcio, supuesto fundador de la alquimia. **<<**